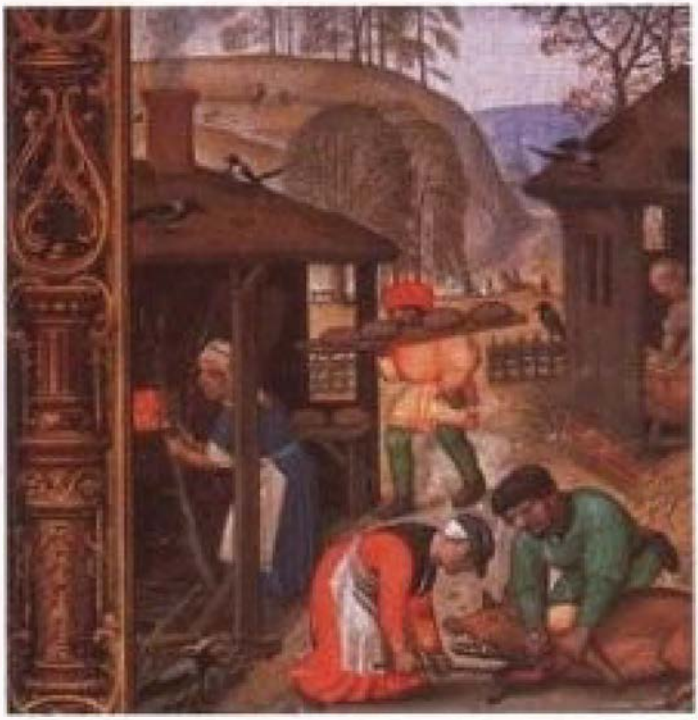
Norman J.G. Pounds

Historia económica de la Europa medieval



Crítica

NORMAN J. G. POUNDS

HISTORIA ECONÓMICA DE LA EUROPA MEDIEVAL

Traducción castellana de
JOSEP M.ª PORTELLA

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA

Título original:
AN ECONOMIC HISTORY OF MEDIEVAL EUROPE

Maqueta: Alberto Corazón
© 1974: Longman Group Limited, Londres
© 1981 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., calle Pedró de la Creu, 58, Barcelona-34

ISBN: 84-7423-161-2
Depósito legal: B. 36.997-1981
Impreso en España
1981. — Alfonso impresores, S. A., Recaredo, 4, Barcelona-5

PRÓLOGO

Este libro es el primero de los dos que cubrirán la historia económica de Europa desde el tiempo de los romanos hasta el pasado más reciente. La línea divisoria entre ambos volúmenes discurre hacia el año 1500, aunque, inevitablemente habrá de haber una pequeña superposición. Este volumen, en particular, tuvo su origen y su organización básica en un curso magistral dictado en el Departamento de Historia de la Universidad de Indiana, aunque en extensión y detalle ha ido bastante más lejos de su contenido original.

Se ha intentado presentar la historia de la Europa continental como un todo, prestando tanta consideración a los asuntos referentes a la Europa oriental y a los Balcanes como lo permitieran las condiciones de espacio y equilibrio del texto. Las referencias a la Gran Bretaña son ocasionales y sólo se hacen cuando los procesos británicos —como por ejemplo, el comercio de la lana— incidían directamente en los asuntos de la Europa continental. De igual modo, a Rusia se le ha prestado una atención limitada, puesto que a lo largo del período estudiado lo referente a este país sólo afecta de modo marginal a la Europa «peninsular». El método seguido ha consistido en comenzar (capítulos 1-3) y concluir (capítulo 10) con capítulos dedicados al estudio de una economía sometida a sendos procesos de cambio, emparedando entre ambos bloques a seis capítulos temáticos y sistemáticos, dedicados cada uno de ellos a un sector específico de la economía. Tal tipo de organización obliga inevitablemente a ciertas repeticiones, por las que el autor pide aquí disculpas.

El autor está sumamente agradecido a sus amigos y colegas de la Universidad de Indiana por la ayuda recibida y los ánimos que le han dado, en especial los profesores Glanville Downey, A. R. Hogue y Maureen F. Mazzaoui (en la actualidad en la Universidad de Wiscon-

sin), quienes leyeron buena parte del manuscrito; al doctor Edward Miller, director del Fitzwilliam College de la Universidad de Cambridge; al doctor John Hatcher, del Departamento de Historia de la Universidad de Kent, en Canterbury, quien también lo leyó y comentó, y a numerosos estudiantes, especialmente la señorita Annette Koren, cuyos comentarios ayudaron enormemente a pulir las irregularidades.

También desea expresar su gratitud a la profesora E. M. Carus-Wilson, por haberle permitido la utilización de su gráfica de exportaciones de lana y paños ingleses; al señor R. A. G. Carson del Departamento de Numismática del Museo Británico, por autorizarle a realizar los dibujos que aparecen en la figura 9.2, basados en las ilustraciones de su estudio de los sistemas de acuñaciones mundiales.

Departamento de Historia,
Universidad de Indiana,
Bloomington,
Indiana, Estados Unidos.

Capítulo 1

EL BAJO IMPERIO ROMANO

A mediados del siglo II de nuestra era, el Imperio romano alcanzaba el punto álgido de su poder y prosperidad. Elogiado por sus contemporáneos y ensalzado por la posteridad, el Imperio estaba en paz, feliz y opulento. Alcanzado este nivel con los emperadores Antoninos, la suerte del Imperio fue declinando —según se sostiene comúnmente— hasta alcanzar el nadir en el siglo V, cuando el poder escapó de las manos del último y débil emperador de Occidente y el territorio imperial fue ocupado por los invasores bárbaros y regido por sus jefes tribales.

Las razones de esta reversión de la fortuna han sido objeto de controversia y debate durante quince siglos y se ha aducido todo tipo de argumentación posible, desde degeneración racial hasta cambios climáticos. El declive de Roma sigue atrayendo el interés, incluso cuando hoy día nadie osaría tratar de explicarlo en términos de un solo factor decisivo. El fenómeno de la caída de Roma fue demasiado complejo como para tratar de explicarlo de un modo simplista.

No todo iba sobre ruedas durante el reinado de Antonino Pío y de Marco Aurelio. La leyenda de la edad de oro de los Antoninos es, sin lugar a dudas, exagerada y, en este período, las semillas de la decadencia de Roma ya estaban sembradas. Los combates en las fronteras del Imperio eran cada vez más intensos y Marco Aurelio tuvo que pasar muchos de sus últimos años guerreando en el Danubio. Hubo que incrementar el ejército y los impuestos para costearlo. Las tropas, que anteriormente se reclutaban entre el campesinado italiano, se extraían, cada vez más, de las provincias e incluso de esos pueblos bárbaros a los que se proponía resistir. Una tributación dura y con

harta frecuencia injusta hundió al campesinado y ensanchó el abismo existente entre ricos y pobres. Los ricos incrementaron sus propiedades, mientras los descendientes de los antiguos campesinos libres se convirtieron, con el transcurso del tiempo, en *coloni,* atados a la tierra de sus amos.

Las necesidades de la defensa explicaban, y hasta cierto punto justificaban, el fortalecimiento del control imperial sobre las provincias y sobre las ciudades (*civitates*) que las componían. La burocracia imperial aumentó en tamaño y en poder, y la estructura social se hizo cada vez más rígida. Los edictos imperiales ligaban al artesano a su trabajo y al campesino a su tierra. Las ocupaciones de este tipo, y hasta el pertenecer al concejo de la ciudad, pasaron a ser hereditarias, restringiendo la movilidad social y destruyendo las iniciativas.

Las ciudades, las principales detentoras de la civilización y la cultura romanas, habían ido aumentando constantemente, tanto en número, como en tamaño y esplendor, durante los últimos años de la República y bajo el Principado. Pero pocas fueron las que se fundaron pasado el siglo I y casi ninguna después de mediados del siglo II. La erección de grandes edificios públicos, así como la construcción de obras públicas, tales como acueductos y baños, perdieron importancia ya en el siglo II, excepto en Roma y, entrado el siglo III, la construcción de murallas defensivas contra las incursiones bárbaras pasó a ser de la mayor importancia y urgencia.

La era de los Antoninos marca la divisoria entre el período de expansión territorial y de crecimiento económico que, en general, había caracterizado al Principado, y el período de invasiones y recesión económica que le siguió. El cambio económico que se produjo en esos siglos es difícil de investigar e imposible de expresar de manera cuantitativa. La decadencia no fue un proceso continuo y uniforme; hubo períodos en los que la fortuna del Imperio parecía ir en alza; cuando los mandos militares tenían éxito en las fronteras y los emperadores, por medio de sus edictos, intentaban con gran ímpetu, aunque al fin y al cabo sin éxito, poner remedio a las lacras sociales de la época.

La decadencia tampoco afectaba a la totalidad del Imperio. El Oriente Medio y el Mediterráneo oriental no compartían en muchos aspectos la suerte del Mediterráneo occidental y de las provincias europeas. Si bien el Imperio romano de Occidente «cayó» en el siglo V, debemos recordar que el Imperio de Oriente, con su centro en Constantinopla, perduró otros mil años.

La «caída» del Imperio romano, considerada políticamente, significó el fin de la sucesión de los emperadores que lo habían gobernado desde Roma, Milán o Rávena. Asimismo, las provincias del Imperio se transformaron en reinos gobernados por jefes bárbaros y dominados por una élite no romana. De todos modos esta transición no tuvo contrapartida comparable en el campo económico. La sociedad urbana del siglo II fue cambiando lenta y gradualmente hasta convertirse en la sociedad desurbanizada de la alta Edad Media. El comercio, que caracterizó a la sociedad anterior, se esfumó, y de la amplia interdependencia entre la ciudad y el campo y entre una provincia y otra se pasó a la autosuficiencia y al aislamiento local. No fue éste un cambio repentino y revolucionario. Tardó siglos en efectuarse, del mismo modo que, en la Edad Media, le llevó siglos a la economía europea el restaurar las ciudades, las manufacturas y el comercio.

Este cambio económico no fue un proceso uniforme y continuo. Se dio claramente en el siglo III, pero en el IV hubo una cierta recuperación en Occidente, seguida por una especie de otoño dorado de la Antigüedad, antes del invierno de las Edades Oscuras. Las desgracias del Imperio de Occidente no hallaron reflejo en el de Oriente. Este último no cayó. Su territorio quedó recortado por las invasiones de persas y eslavos y, posteriormente, árabes, pero su capital, Constantinopla, permaneció intacta y sus barcos continuaron surcando los mares, sosteniendo su comercio y procurando el abastecimiento alimenticio a sus ciudades.

Había muchas razones que podrían explicar este contraste. Las provincias orientales eran, con mucho, más ricas y más pobladas que las occidentales, y en este sentido podían resistir más fácilmente el peso del coste de la defensa y la superestructura burocrática del Imperio. Las provincias orientales tenían un excedente exportable de granos y de mercancías manufacturadas. Occidente tenía muy poco con qué nivelar sus importaciones de Oriente y, cuando no se pagaban con el producto de los impuestos imperiales de las provincias orientales, su pago presuntamente representó un drenaje del oro de Occidente hacia Oriente.[1]

El Imperio de Occidente, a pesar de su menor riqueza y de su

1. Hubo también un movimiento de oro hacia el este, desde el Imperio hacia la India; véase E. H. Warmington. *The commerce between the Roman Empire and India,* Cambridge University Press, 1928, pp. 272-318.

escasísima población, parece haberse hallado expuesto a mayores peligros que el de Oriente. Los persas, es cierto, representaron una seria amenaza, especialmente tras el advenimiento de los Sasánidas (224). Incluso un emperador —Valeriano (253-260)— fue capturado por los persas, pero éstos no mostraron interés en ocupar más territorios que aquellos a los que históricamente tenían derecho, y para mantener una frontera defendible frente al Imperio romano.

Sin embargo Occidente estaba expuesto a la presión de los pueblos germánicos y, en el siglo v, a la del pueblo mongol de los hunos. Sus rutas de invasión toparon muy pronto con las fronteras del Rin y el Danubio, originándose una guerra casi continua, por lo menos desde mediados del siglo II. La mayor parte de las legiones se hallaban destacadas a lo largo de los dos ríos, y el aprovisionamiento, tanto de reclutas como de suministros, gravó al máximo los recursos del Imperio de Occidente. Las provincias de Oriente, de Egipto a Asia Menor, no corrieron gran peligro de invasión o destrucción, al menos hasta el siglo VII. En Occidente estos temores siempre se hallaron presentes. En los últimos años del siglo III, las tribus germánicas realizaron profundas incursiones en la Galia, y las defensas de las ciudades planeadas improvisadamente muestran de qué manera sus gentes trataron de afrontar el peligro.

Los problemas sociales del Imperio de Occidente eran más graves y estaban más profundamente arraigados que los de Oriente. En parte eran la consecuencia del peligro militar y de la necesidad de mantener un gran ejército; en parte venían ya del Principado e incluso de la República. En resumen, la brecha existente entre ricos y pobres se iba ensanchando, los ricos cada vez eludían sus responsabilidades sociales con más éxito. El peso de los impuestos recaía sobre una base cada vez más empobrecida, mientras el atraso tecnológico del Imperio —en cierto modo consecuencia de la institución de la esclavitud— impedía un aumento importante de la producción.

Las fronteras

El Imperio había alcanzado su máxima extensión territorial bajo Trajano, con la conquista de la provincia de Dacia. Antonino Pío avanzó la frontera en el norte de Gran Bretaña a las tierras bajas de Escocia, pero esta acción fue efímera y sin éxito. Por lo demás, el

límite entre el Imperio y las tribus germánicas y celtas, entre civilización y barbarie, siguió el curso del bajo Rin (figura 1.1); luego desde cerca de Coblenza (Confluentes) cortaba hasta el Danubio, alcanzándolo cerca del gran codo en Ratisbona (Regnum) y seguía, excepto por la inclusión de Dacia, hasta su desembocadura en el mar Negro. La frontera del río estaba bien definida y era de fácil defensa. Más aún, ofrecía una relativa facilidad al movimiento de tropas y suministros entre una fortificación y otra.

Los límites del Imperio en el este no se basaban en aspectos geográficos. Se extendían desde la orilla más oriental del mar Negro, a través de las montañas de Armenia, hasta el valle del Éufrates. Desde allí iban hacia el sur, a grandes rasgos siguiendo el límite entre la estepa y el desierto, hasta los confines de Egipto. Era una línea fluctuante, que sólo tenía una cierta estabilidad al discurrir por el curso superior del Éufrates. A lo largo de las fronteras de Armenia y Mesopotamia, el Imperio se vio amenazado primero por los partos, y más tarde por los persas sasánidas. De cuando en cuando los romanos penetraban en Mesopotamia, más allá del Éufrates, pero la mayor parte del período que cubre este capítulo se mantuvieron a la defensiva.

El Imperio no tenía límites en el sur. Su influencia terminaba en los márgenes del Sáhara, donde no había gentes que dominar ni recursos que controlar. Se establecieron fortificaciones legionarias hasta a cien millas de la costa de Tripolitania, y formaban una cadena a lo largo del margen sur de las montañas del Atlas de Numidia y Mauritania. Sólo en Egipto el Imperio se extendió más hacia el sur, y aquí su control terminaba en algún punto al sur de la primera catarata del Nilo.

La población

Se mantiene comúnmente que la población del Imperio alcanzó su más alto nivel en el siglo II, y que de ahí fue descendiendo hasta la extinción del Imperio de Occidente. De todos modos hay muy pocos datos ciertos acerca del número de la población, y ninguno sobre la tasa y alcance de su decadencia. Sin embargo, la progresiva despoblación, implícita en el déficit de reclutas para el ejército y la creciente extensión de tierras abandonadas, fue un factor de la caída de

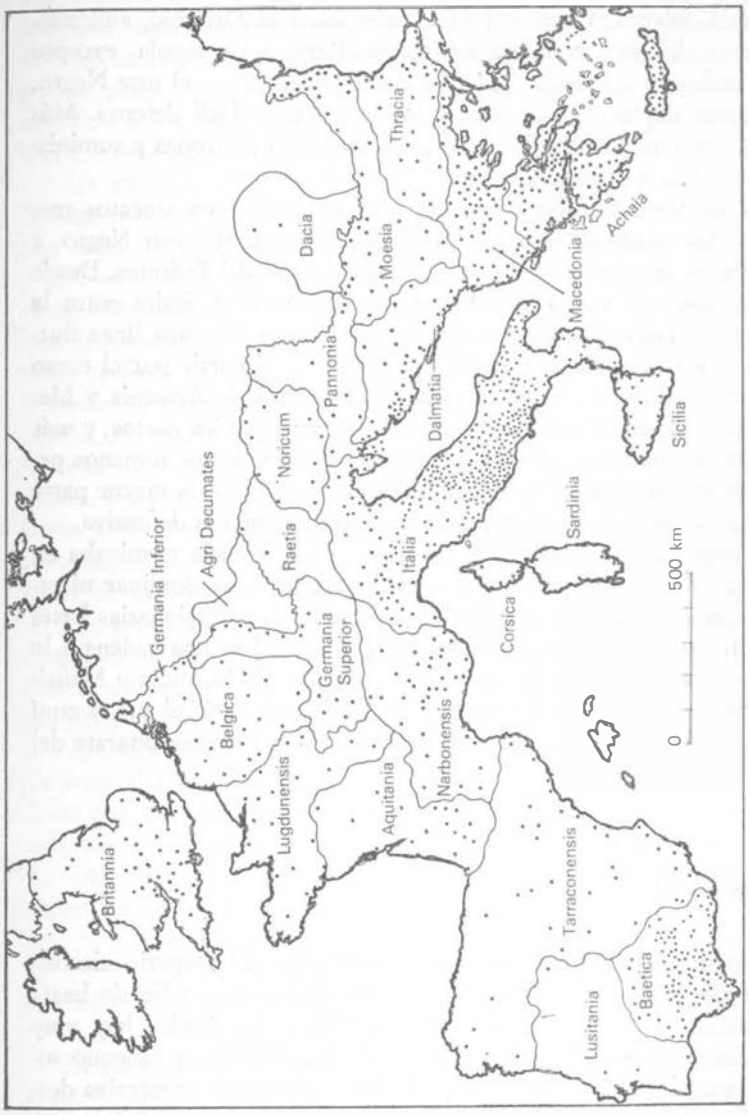


FIGURA 1.1

Ciudades y provincias del Imperio romano

Roma. Fue, según Bury, «el más claro elemento de la debilidad del Imperio romano».[2]

Las diversas valoraciones que se han hecho sobre la población del Imperio en la época de los Antoninos y en otras épocas de su historia no son más que conjeturas eruditas. Oscilan entre los 50 y los 70 millones en el siglo II, a pesar de que algunos han aventurado hasta 100 millones. Incluso para Italia, a pesar de los censos llevados a cabo en los primeros años del Principado, existe una gran incertidumbre, al no haberse tenido en cuenta a los niños ni a los esclavos. El más reciente, y también el más científico examen de datos, el de Brunt, da un total italiano a principios del siglo I de 7,5 millones.[3]

Si el total de la población del Imperio a mediados del siglo II era de 60 millones, eso sugeriría una población relativa media de unas 16 personas por kilómetro cuadrado.

La población no sólo era escasa sino que también estaba muy desigualmente distribuida. Las provincias más densamente pobladas eran las del Oriente Medio y, debido a que grandes áreas eran desiertos y montañas, los oasis de población estaban muy densamente poblados para los niveles del mundo antiguo. De entre ellos sobresalía el valle del Nilo; después seguían con toda seguridad las tierras costeras y los valles regados por ríos del Asia Menor y Siria, y las cuencas del Tigris y el Éufrates.

El censo de Italia, con toda seguridad la más densamente poblada de las provincias europeas, no sobrepasaba los seis u ocho millones. La densidad media de España y Galia era mucho menor, a pesar de que las «ciudades» de la costa mediterránea parecen haber sido bastante populosas. Britania, las Germanias y las provincias del Danubio y de los Balcanes no reunían en conjunto más que unos pocos millones. Habría que añadir que la corriente actual tiende a aumentar estas estimaciones, al tiempo que las excavaciones realizadas van poniendo al descubierto cada vez más lugares habitados del período romano.

Gran parte del territorio imperial, en especial el de las provincias europeas, debió de tener la apariencia de una selva deshabitada, con algunos islotes de civilización. Estos islotes estaban con harta frecuencia sólo conectados por el sistema imperial de caminos y

2. J. B. Bury, *History of the later Roman Empire*, 2 vols., 1889.
3. P. A. Brunt, *Roman manpower*, Oxford University Press, 1971, pp. 121-130.

quizá por senderos locales. Consecuencia de esto era lo difícil y costoso del transporte y comunicaciones entre ellos.

La tasa de mortalidad era alta y la esperanza de vida muy corta. Existe escasa evidencia y aún ésta se deriva principalmente de inscripciones funerales y *stelae*. La muestra de la población romana de la que tenemos información no ha sido, ni con mucho, tomada al azar, sino que se compone, con toda seguridad, de aquellos que eran bastante ricos como para dejar indicios de su vida. La edad media del adulto al morir parece que estaba entre 30 y 35 años. Se supone que existía un alto nivel de mortalidad infantil, y la esperanza de vida al nacer no sería mucho más de los 20 años.

La gran mayoría de la población del Imperio vivía en áreas rurales y trabajaba la tierra. Sus vidas se mantenían a un nivel de subsistencia, y tras pagar los impuestos y las rentas ya no les quedaban reservas. Las depredaciones de los invasores llegados del otro lado del Rin y del Danubio o las acciones, acaso más destructivas, de los legionarios romanos los reducían a la miseria. Las enfermedades eran frecuentes entre la población desnutrida. En tiempos de Marco Aurelio, la peste bubónica barrió el Imperio y, como era común con esta peste, fueron apareciendo brotes esporádicos durante el siglo siguiente. En el siglo VI (542-543) de nuevo la peste se extendió hacia el oeste, y otra vez se llevó un inmenso número de vidas. Si se establece la analogía con la peste negra de 1348-1351, la mortandad debió haber sido enorme y la recuperación de la población muy lenta. Quizá nunca se recuperó del todo de esos primeros ataques. Además, la desnutrición siempre debió exponer a la población a otras enfermedades, aunque fuesen menos mortales.

Tenemos evidencias abrumadoras de la escasez de mano de obra durante el bajo Imperio. Los campesinos estaban ligados al suelo (*adscripti glebae*), y, si escapaban, se les castigaba con dureza. Eran elementos valiosos para su amo, que no podían ser reemplazados fácilmente. Había grandes áreas sin cultivar (ver *infra*, p. 29). A partir del siglo III los edictos imperiales animaban e instaban a la reocupación de las tierras abandonadas (*agri deserti*), y la reiteración de estos edictos demuestra tanto su ineficacia como la gravedad del problema.

Hacía ya tiempo que los ciudadanos romanos de las provincias italianas habían dejado de constituir el grueso de las legiones. Progresivamente, el reclutamiento se hacía cada vez más con gentes

de las provincias y desde los tiempos de Diocleciano se puso en práctica cierto tipo de conscripción. El servicio militar, muy desprestigiado, tomaba sus hombres del campo, donde eran necesarios para la agricultura. Sin duda fue la escasez de mano de obra permanente la que forzó la admisión de bárbaros —sobre todo germanos— en los ejércitos. Éstos se encuadraban en unidades regulares a las órdenes de oficiales romanos. Jones opina que en general eran soldados fieles y dignos de confianza.[4] No se puede decir lo mismo de los *foederati,* las tropas federadas, que servían bajo sus propios jefes y alquilaban sus servicios a las autoridades romanas a cambio de una suma global. No estaban sujetos a la disciplina romana y, en general, no eran de fiar. A decir verdad, parece ser que introdujeron entre los romanos un sentimiento de consternación similar al que afectaría al duque de Wellington al tener que incorporar aquel contingente variopinto de reclutas al ejército peninsular.

Las fronteras del Imperio romano en Europa separaba la civilización de la barbarie. Ello no implica, en modo alguno, que esa civilización romana hubiese impregnado a todo el Imperio. Aunque acaso ninguna provincia permaneció totalmente inmune a las influencias culturales de Roma, hubo muchas áreas donde las culturas locales celtas, íberas, ilíricas o tracias perduraron, con pocas modificaciones, a lo largo de todo el período imperial. Del mismo modo, las lenguas y culturas locales —arameas, sirias y coptas— se perpetuaron en Oriente Medio, igual que el celta y otras lenguas sobrevivieron en las provincias europeas.

Ramsay MacMullen escribió: «siempre hubo bárbaros dentro de las fronteras del Imperio romano, dejados a su aire, en las montañas remotas y los desiertos».[5] Además de estos pueblos nativos, cuya romanización era, a lo sumo, superficial, había un gran número de pueblos germánicos que se habían instalado en territorio imperial. Cada intrusión bárbara en las fronteras imperiales debió aportar nuevas influencias a la población del Imperio. En el siglo I grandes contingentes de bárbaros fueron atraídos al otro lado del Danubio y se les dotó de tierras cerca de la orilla meridional. En tiempos de Nerón un gobernador de Moesia aseguraba haber instalado de este

4. A. H. M. Jones, *The later Roman Empire, 284-602,* Blackwell, Oxford, 1964, II, p. 621.

5. Ramsay MacMullen, «Barbarian enclaves in the northern Roman Empire», *L'Antiquité Classique,* XXXII (1963), pp. 552-561.

modo a 100.000 —número que parece desmesurado— y el propio Augusto dotó con tierras en la orilla izquierda del Rin a las tribus germanas que él mismo había derrotado. Esta práctica se generalizó y en los siglos III y IV debieron de haber enormes contingentes de bárbaros semiasimilados, viviendo no sólo en provincias fronterizas sino también muy adentrados en el territorio imperial.

La movilidad dentro de las fronteras del Imperio no era tan acentuada. Durante el alto Imperio se produjo una migración de gentes de las provincias del este hacia Roma. Juvenal la condenó y declaró, seguramente exagerando, que el Orontes de Siria iba a desembocar en el Tíber.[6] Tal movimiento del este densamente poblado hacia un Occidente despoblado era de esperar. El que no adquiriera mayores proporciones y que quedara restringido a las ciudades, seguramente se debió al hecho de que en ese tipo de migraciones la gente emigraba a las áreas más ricas y con mayores posibilidades, y no hacia las zonas más pobres. Fueron los germanos los que se establecieron en las provincias europeas, no las gentes del Oriente Medio.

Roma, sin embargo, sí que atrajo a esas gentes, y los sirios, bajo cuyo gentilicio se debió de incluir seguramente a casi todos los pueblos comerciantes del Levante, llegaron a ser muy activos en el comercio de Occidente. Cuando los habitantes del Oriente Medio se trasladaban a las provincias de Occidente iban a las ciudades, jamás a las áreas rurales despobladas, si no era como mercaderes ambulantes. Debemos recordar que el cristianismo, que era una secta oriental, en Occidente se convirtió en una religión urbana.

La tierra y las condiciones rurales

La gran mayoría de la población del Imperio habitaba en pueblos y aldeas (*vici*) y se ganaba la vida cultivando el suelo. No puede decirse en qué proporción. Sería sorprendente que hubiese sido inferior al 80 por 100 y, con toda seguridad, fue bastante mayor. Sobre las espaldas de los cuatro quintos de la población recaía el peso de mantener a un ejército inmenso, siempre en aumento, a una burocracia corrupta y opresiva, y a los ricos frívolos y holgazanes.

6. Juvenal, *Sátiras*, III, 62-65. Véase también Séneca, *Ad Helviam*, 6.

El impuesto sobre la tierra, que recaía principalmente sobre el pequeño propietario, era la principal fuente de ingresos del gobierno. La invasión de Roma por sus enemigos, la destrucción durante la guerra civil, los caprichos del clima y la incertidumbre de la cosecha, amenazaban al bienestar del campesino. Siempre podía ser conscripto para ayudar a la defensa del Imperio y el gran terrateniente siempre estaba dispuesto a adueñarse de sus tierras en caso de que sus deudas le forzaran a cederlas. «¿A quién sorprendería —escribió Dill— que la gente expuesta a tales arbitrariedades, en nombre de un gobierno civilizado, aceptara con agrado la ruda justicia de un jefe godo?» [7]

En todo el Imperio la principal cosecha la constituían los cereales panificables. En la región mediterránea, con inviernos suaves y veranos cálidos y a menudo secos, se cultivaba tanto el trigo, en sus distintas variedades, como la cebada. El trigo era la cosecha predominante en Egipto y Siria. En las provincias europeas más alejadas del Mediterráneo, aunque también se cultivara trigo, eran más importantes otros cereales. La espelta, una variante del trigo, se cultivaba en la Galia. El centeno que era el cultivo principal entre los germanos se cultivaba también en el Imperio, acaso por los pobladores germanos. El cultivo de la avena aún tenía escasa importancia, acaso debido a que, con una presión demográfica reducida, no había necesidad de cultivar los suelos pobres y ácidos que favorecen su cultivo. El mijo se cultivaba en ciertas áreas de la región mediterránea, y el arroz, aunque conocido, era difícil de cultivar en la mayor parte de las provincias del sur, a causa de la escasez de lluvias estivales.

Las pautas de cultivo fueron cambiando durante el Imperio y la relativa facilidad para el comercio marítimo de larga distancia dio pie a la especialización local. En la propia Italia el cultivo de grano iba perdiendo importancia. Se dedicaron grandes extensiones a la ganadería ovina y bovina y en los ricos suelos de Campania y de partes del Lacio se extendió el cultivo del olivo y de la vid. Tenemos abundantes pruebas, procedentes de las excavaciones realizadas en villas, de los molinos de aceite, en los que se prensaban las aceitunas y se preparaba el aceite para el mercado. La España meridional tam-

7. Samuel Dill, *Roman society in the last century of the Western Empire*, Macmillan, Londres, 1899, p. 276.

bién se convirtió en una importante región del cultivo de la aceituna, remitiendo gran parte de su producción a Roma en millones de ánforas, cuyos fragmentos rotos todavía hoy cubren el Monte Testaccio junto al Tíber en el extremo sur de la ciudad.

Uno de los ejemplos más importantes de especialización agrícola lo tenemos en el cultivo de trigo en Sicilia, norte de África y, sobre todo, en Egipto. La población de Roma y más tarde también la de Constantinopla se alimentaba, en gran medida, con el grano procedente de esas regiones. En los meses estivales toda una procesión de barcos arribaba con trigo a Ostia, en cuyos muelles se descargaba, almacenaba, para posteriormente transportarlo Tíber arriba hasta la ciudad.

La plebe no vivía sólo de pan. Los guisantes y las alubias eran cultivos de gran importancia; se cultivaban verduras y hierbas aromáticas, así como también plantas industriales —lino y cáñamo— para la manufactura de ropa, lonas, sogas y cordelería. Además estaban los alimentos exóticos que hacían su aparición en las orgías y en las páginas de Ateneo, Petronio y Marcial.

Los gustos de los ricos en materia de vinos y aceite eran muy sutiles. Los buenos viñedos eran tan bien conocidos en la época del alto Imperio como lo son hoy día, aunque la dificultad y el alto coste del transporte (ver pp. 38-39) los hubiera encarecido mucho cuando por fin llegaban al banquete de un Trimalción. El área del olivo se limitaba a las tierras bajas que bordeaban el mar Mediterráneo, al abrigo de heladas. La vid no estaba sometida a tales limitaciones y su cultivo se difundió hasta casi los confines del Imperio. Su propagación es parte del legado cultural de Roma. Con toda seguridad, durante el Alto Principado la vid no se cultivó más al norte de las tierras bajas del Languedoc y Provenza. En el siglo IV, el emperador Juliano mencionaba los viñedos de las cercanías de París y Ausonio los de los alrededores de Burdeos y de las empinadas colinas que bordean al Mosela. Se cultivaba viña en las quintas de Nórica y Panonia, y hay indicios de que también se cultivó en partes de los Balcanes. Esta amplia difusión de la vid es uno de los aspectos de la civilización romana que ha perdurado (ver pp. 235-237).

La cría de animales carecía de importancia en las regiones mediterráneas del Imperio. Las sequías estivales que requemaban la hierba, la escasez de prados y la falta de cosechas forrajeras limitaban el pastoreo. Un buey era lo máximo que un campesino podía man-

tener normalmente. De todos modos, la transhumancia permitía a algunos animales —principalmente corderos y cabras— resistir al verano. En primavera migraban a las montañas y descendían de nuevo en otoño. Esta práctica parece haber ido en aumento en Italia bajo el Imperio, acaso debido a que con la decadencia de las granjas rurales, las tierras bajas se pudieron dedicar a pastos invernales. Los pastores nómadas conducían sus rebaños, dos veces al año, a través de *calles,* o rutas migratorias que, según la ley romana, debían mantenérseles abiertas. Formaban un grupo ingobernable, apenas distinguible de los bandidos. Se les prohibía el uso de caballos por decreto imperial, ya que ello hubiese incrementado su movilidad y al mismo tiempo el peligro que constituían para la sociedad romana establecida. Sin embargo, sus rebaños proporcionaban lana, que era la única alternativa real al lino en la confección de tejidos. El principal suministro de carne a Roma provenía seguramente de los cerdos que engordaban en los bosques de los Apeninos y que eran conducidos hasta la ciudad. Había quejas por la pérdida de peso durante el desplazamiento.

Fuera de la región mediterránea, las condiciones climáticas eran más favorables para la cría de animales y el ganado vacuno, en particular, era abundante y de gran importancia. La carne representaba una buena parte de la dieta humana y Julio César elogió a las tropas italianas que servían en la Galia por su prontitud en acostumbrarse a tal régimen cárnico. Los animales de tiro eran más abundantes y mucho más utilizados que en las provincias mediterráneas. No fue casualidad que el arado pesado (ver p. 227), tirado por una yunta, hiciera su primera aparición en la Europa septentrional. El cerdo, que podía dejarse engordar en los bosques con un mínimo de supervisión, fue una importante fuente de proteína, y siguió siéndolo durante toda la Edad Media.

Desde el punto de vista técnico la agricultura romana era conservadora. La institución de la esclavitud puede haber sido un factor de inhibición de las innovaciones, pero no puede argüirse que la abundancia de mano de obra hiciera innecesarios los utillajes de labor. En realidad, la situación fue a la inversa; durante el bajo Imperio hubo una terrible escasez de mano de obra rural. Lo más probable es que las gentes instruidas no llegaran a interesarse en las actividades cotidianas en sus tierras. El tipo de educación que habían recibido les predisponía a ignorar los asuntos técnicos. Es

sintomático que ni Varrón ni Columela, en sus tratados sobre agricultura, no nos digan nada sobre la composición del arado, y en la obra de Paladio la descripción es corta y ambigua.

En la mayor parte de la región mediterránea la tierra parece haber sido cultivada en años alternos. Esto se debía, por supuesto, a la falta de fertilizantes, pero también a un régimen de lluvias inadecuado. Si se hacían desaparecer las malas hierbas con el arado —Columela recomendaba que se arara la tierra tres veces por cada cosecha— y se efectuaba una óptima labranza de los campos, se podía retener el agua de la lluvia y así disponer del suministro de dos años para cada cosecha. Tan sólo en áreas donde se practicaba normalmente el regadío, y esto se aplicaba a Egipto, se cosechaba la tierra anualmente.

El arado era un instrumento ligero de madera, que era transportado por el labrador hasta el campo y tirado por un solo animal (figura 5.4). En lo esencial no había cambiado de como lo había descrito Hesíodo allá por el año 800 a. C. Sólo arañaba la superficie del suelo; no socavaba la tierra ni le daba vuelta tal como el arado de vertedera u orejera haría más tarde. Los campos de planta cuadrada o rectangular se araban en las dos direcciones. Se echaba estiércol si se disponía de él, pero la escasez de ganado significaba que el campesino humilde disponía de muy poco. Parece ser que a veces quemaban los rastrojos, de modo que las cenizas enriquecieran el suelo, y en un confuso pasaje de Silio Itálico[8] se indica que los rastrojos y las tierras en barbecho se utilizaban como pastos de invierno para los animales transhumantes.

Fuera de las regiones de clima mediterráneo, las distintas condiciones climáticas dictaban unas pautas agrícolas distintas. Los agrónomos romanos, sin embargo, escribían para el público italiano y nada nos dicen de las prácticas agrícolas al norte de los Alpes. Que el pastoreo era más importante que en el sur está implícito en los huesos hallados en las excavaciones. También es probable que un arado más pesado, tirado por yunta de bueyes, se utilizara al menos esporádicamente. Plinio hacía referencia a tal arado, dotado de ruedas y equipado con una cuchilla, que penetraba verticalmente en el suelo. Si contaba también con una orejera, como el arado medieval y el moderno, para remover la tierra y enterrar las semillas, eso

8. Silio Itálico, *Punica*, VII, 364-366.

no lo aclara. Sin embargo, hubiera sido fácil de adaptarle una, tan pronto como se desarrolló el arado de ruedas.

En diversos lugares del norte de Europa se han hallado rejas, hechas de hierro, lo que sugiere que el arado pesado estaba bastante extendido. Generalmente se supone (ver p. 68) que el arado con su yunta de bueyes ofrecía grandes dificultades para dar la vuelta al final del surco, y que por esta razón los surcos eran largos, para reducir al mínimo el número de giros al cabo del día. La consecuencia lógica de la utilización del arado pesado sería un campo de franjas largas y estrechas. Así ocurrió durante la Edad Media y la alta Edad Moderna. Un campo de estas características puede haberse originado en la Europa septentrional durante el bajo Imperio, pero no tenemos suficientes pruebas de ello.[9]

La productividad de la agricultura era baja pero las exigencias de trabajo humano altas. Cicerón consideró que un rendimiento de ocho a uno era normal en Sicilia, y que lo máximo que cabía esperar era de diez a uno. Columela advertiría que, en la mayor parte de Italia, el rendimiento de cuatro a uno era un hecho poco frecuente. Se ha aducido [10] que Columela era excesivamente pesimista y que los rendimientos eran por lo general más elevados. Las cosechas fluctuaban en gran manera según las condiciones climáticas, y en los años malos —como nos lo muestra la práctica medieval— los rendimientos podían ser muy inferiores al de cuatro a uno.

No menos importante para el campesino que el rendimiento obtenido por grano sembrado era la cantidad de trabajo empleado en conseguirlo. Se ha demostrado, sobre la base de las indicaciones de Columela, que un *iugerum* de tierra cerealística requería unos diez días de trabajo en arar y preparar el suelo, sembrar y cosechar.[11] Esto equivale a quince días de trabajo humano por acre. Dado que el año laboral era en realidad de unos 250 días, un campesino no podría cultivar más que unos 16 acres, o acaso menos, ya que el trabajo tendía a acumularse en determinadas épocas del año.

Había que sembrar el grano de cuatro a seis *modii* por *iugerum*,

9. Para la relación entre arados y campos, véase B. H. Slicher van Bath, *The Agrarian History of Western Europe A.D. 500-1800*, Londres, 1963, pp. 54-69.

10. K. D. White, «Wheat Farming in Roman Times», *Antiquity*, XXXVII (1963), pp. 207-212.

11. K. D. White, «The productivity of labour in Roman agriculture», *Antiquity*, XXXIX (1965), pp. 102-107.

o sea de seis a nueve medios u 850 a 1.300 litros por hectárea. Un rendimiento del cuatro a uno habría proporcionado al campesino de 24 a 36 modios. Una cuarta parte debía reservarse como simiente, restando de 18 a 27 modios, o 160 a 240 litros para su consumo o venta. Se pensaba que un hombre activo necesitaba hasta 8 modios por año. Se ve fácilmente que el trabajo de un solo labrador, incluso si contaba con suficiente tierra para mantenerse totalmente ocupado, sólo podía proporcionarle una mísera existencia a él y a su familia.

Claro que podía contar, y probablemente así era, con otras fuentes de ingresos y de alimentos; sus cosechas podrían haber dado mejores rendimientos; posiblemente tendría un olivo y algunas vides, como el campesino de Aristófanes cuya ambición era tener:

> Primero una hilera de vides...
> Luego la pequeña higuera que crece lozana junto a ellas
> En tercer lugar la viña casera ...
> Y a su alrededor crecerán los olivos formando un agradable lindero.

Tanto si la pobreza del cultivador era exagerada como si no, a duras penas disponía de dinero para pagar los impuestos y a menudo hasta el alquiler. Era con estos gastos con los que el labrador mantenía la superestructura imperial y social.

La población rural de Italia había estado formada, en otros tiempos, por campesinos libres que cultivaban granjas en propiedad o arrendadas. Toynbee [12] ha sugerido que el campesino romano recibió un golpe mortal con las guerras púnicas, particularmente con la devastación que produjo la campaña de Aníbal en la segunda de ellas. Gran parte de Italia, según asegura, jamás se volvió a recuperar. El campesino abandonó sus tierras, dejándolas yermas. Así se originaron las grandes propiedades —*latifundia*— de los ricos y también las muchedumbres de desarraigados que se concentraban en Roma o las masas que lucharon en las guerras civiles de la República. Hasta cierto punto, esta tendencia fue compensada por el establecimiento de colonias de veteranos y por los intentos de atraer hacia el campo a gentes de la ciudad mediante condiciones de inquilinato ventajosas, como hicieron los Gracos, pero la tendencia jamás llegó a invertirse.

12. A. J. Toynbee, *Hannibal's Legacy*, Oxford University Press, 1965, II páginas 36-105.

Bajo el Imperio el número de campesinos continuó declinando. Ya no había campañas militares que los desarraigaran de la tierra o que los cubrieran de deudas, pero los altos impuestos tuvieron los mismos efectos. El impuesto principal durante el Imperio afectaba a las tierras cultivadas. Se trataba de una cantidad fija, que no variaba su valor nominal acorde con las circunstancias. Las condiciones atmosféricas o el factor humano podían echar a perder la cosecha; sin embargo, el impuesto sobre la tierra debía pagarse. Podría suponerse que la inflación habría reducido el valor real de un impuesto fijo. Pero la inflación en los siglos II y III sólo afectaba a la moneda de plata menuda, que se devaluaba constantemente. Los impuestos se fijaron en *aurei* de oro, que mantuvieran su valor estable. De este modo los campesinos estaban obligados a pagar cantidades cada vez mayores, contándolas en *denarii* o *nummi* para pagar la misma cantidad en términos de *aurei* de oro. Sin embargo, el pago se efectuaba algunas veces en especie —alimentos para el aprovisionamiento del ejército y para el consumo de Roma—, pero ello dependía de la disponibilidad de transporte. Al mismo tiempo muchos, quizá la mayoría, de los campesinos, debían el alquiler, cuyo pago era prioritario tras el pago del impuesto de la tierra.

El volumen de los pagos había ido aumentando durante el siglo I. Adriano llegó a perdonar el pago de impuestos en una suma muy considerable, lo que, con toda seguridad, no hubiera hecho si hubiese tenido la menor posibilidad de cobrarlos. El impuesto sobre la tierra, según se ha dicho, normalmente representaba un tercio de la cosecha del campesino. Añadamos a esto el alquiler, que podía haber sido por lo menos otro tanto, y el campesino se quedaba con muy poco para vivir. Tenemos ejemplos de campesinos que vendían lo que les había quedado de su cosecha de cereales para poder comer comida de inferior calidad y menos apatecible, tal como alubias, en cantidad suficiente para no morir de hambre.

Como último recurso el campesino vendía su propiedad para pagar los impuestos y vivía en tierras ajenas como inquilino, pagando un alquiler en metálico o en especie, o realizando algún tipo de prestaciones.[13] En el siglo II el tamaño del ejército fue en aumento,

13. En palabras de Salviano, los campesinos de la Galia se veían «forzados a huir por los recaudadores de impuestos y a abandonar sus reducidas tenencias, por verse incapaces de retenerlas, buscando las propiedades de lo más ricos y convirtiéndose en arrendatarios suyos» (citado por Jones, *op. cit.*, II, p. 775).

lo que añadió otra sobrecarga al tesoro imperial. El fraude de impuestos se castigó con todo rigor. En la anarquía que caracterizó a gran parte del siglo III, el campesino continuó perdiendo más y más. A la opresión de los recaudadores de impuestos hubo que añadir la amenaza de saqueo y destrucción de los ejércitos en campaña.

El campesino libre, propietario de la tierra que cultivaba y que no pagaba alquiler a nadie, jamás desapareció por completo y hay suficientes indicios de que continuó siendo más numeroso y próspero en las provincias orientales que en las europeas. Pero la mayoría de los campesinos parece ser que quedaron reducidos a la situación de *coloni* en tierras ajenas. Bajo Diocleciano su situación se deterioró todavía más. Estaban atados a sus tierras y les estaba prohibido trasladarse a otra posesión o abandonar la agricultura, a menos que se enrolaran en las legiones. La finalidad del edicto era asegurar el pago del impuesto de capitación y mantener la tierra en cultivo. También servía los intereses de los terratenientes en un momento en que la escasez de mano de obra campesina estaba resultando problemática.

Los *coloni* fueron de este modo *adscripti glebae* y sus descendientes que heredaron el inquilinato heredaron también las mismas limitaciones de movimiento. Es cierto que algunos huyeron de la tierra a la que la ley los había atado, pero para la mayoría el nuevo estado fue permanente y progresivamente opresivo. La infeliz posición de los *coloni* está implícita en los edictos de los emperadores y explícita en ciertos escritores, como Salviano de Marsella, quien condenó la avaricia y crueldad de los terratenientes. Hubo casos extremos en que el propietario construía una cárcel y empleaba soldados para intimidar y disciplinar a sus inquilinos. En la época en que la situación de los esclavos empezaba a mejorar, la de los *coloni* iba deteriorándose cada vez más, y la diferencia entre ambos se minimizó casi hasta desvanecerse. «¿Qué diferencia puede apreciarse —diría Justiniano en el siglo VI—, entre esclavos y *adscripticii,* cuando ambos dependen de la voluntad de su amo, quien puede manumitir a un esclavo con su *peculium* y alienar un *adscripticius* con la tierra?» [14] La sociedad se dirigía inexorablemente hacia el sistema de servidumbre medieval.

Lo opuesto al *coloni* era el gran terrateniente, cuya vasta pro-

14. Citado por Jones, *op. cit.*, II, p. 801.

piedad se había formado, a lo largo de un período de quizá siglos, con las tenencias de campesinos libres. Tales propiedades ya se conocían en tiempos de la República. Plinio el Joven poseía acaso 8.000 *iugera,* esparcidos por toda la Italia central.[15] A partir del siglo II el número y la extensión de las grandes propiedades creció continuamente. La tierra se adquiría por concesiones del emperador o por cesiones de campesinos que no podían seguir cumpliendo sus obligaciones. Algunas propiedades se incrementaron por matrimonio o herencia, como en la Europa medieval. Las mayores pertenecían con toda probabilidad a miembros de la clase senatorial, pero el emperador, las municipalidades, los templos y hermandades y, en los últimos años del Imperio, la Iglesia cristiana, todos poseían vastas propiedades de las que extraían rentas.

Los ricos adquirían tierras por el prestigio que confería y a la vez porque representaba la única posibilidad de inversión. Alardeaban de sus posesiones, como Trimalción cuya propiedad era tan vasta que no tenía idea de cuanto abarcaba.[16] Esto, desde luego, era pura sátira. La mayoría de las grandes propiedades, incluso la de Trimalción, mostraban la evidencia de su origen disperso. Se formaron con fragmentos desperdigados. Sin duda sus propietarios trataron de unificarlas adquiriendo las tierras intermedias. También, en ocasiones, las propiedades se fragmentaban y dividían entre los herederos. Desgraciadamente las estadísticas no indican el número y tamaño de las propiedades. Sabemos, sin embargo, que las propiedades de Apión en Egipto debían haber cubierto unas 120 millas cuadradas. Símaco, un senador de finales del siglo IV, poseía, «por lo menos, tres caserones en Roma o sus alrededores, y quince fincas rurales en diversos distritos de Italia. Tenía grandes propiedades en Samnio, Apulia y Mauritania».[17] Las rentas de tales tierras eran inmensas. Las de Símaco, escribía Dill a finales del siglo pasado, ascendían a 60.000 libras esterlinas anuales, o quizá 300.000 libras en términos de poder adquisitivo actual. Y muchos senadores eran mucho más ricos que éste. El mismo hecho de tener las propiedades dispersas les proporcionaba cierta protección contra las malas cosechas y desgracias.

15. René Martin, «Pline le Jeune et les problèmes économiques de son temps», *REA,* LXIX (1967), pp. 62-97.
16. Petronio, *Satyricon,* IV.
17. Dill, *op. cit.,* p. 149.

Claro está, que tal riqueza no podía haber sido adquirida honradamente, y gran parte de ella debía proceder, seguramente, de lo que, en jerga actual, podríamos llamar chanchullos de «protección» y extorsión. Las víctimas, en la mayoría de los casos, eran los campesinos. El egoísmo y la avaricia de los terratenientes era comparable a la indiferencia con que contemplaban los problemas sociales y políticos. Sus vidas eran frívolas; raramente se encargaban de asuntos públicos, y esos calaveras del mundo antiguo tan sólo mostraban energía e ingenio en las tareas de adquirir más tierras y evadir los impuestos correspondientes.

Normalmente vivían en villas; a veces poseían varias entre las cuales hacían las rondas, a la manera del barón medieval, yendo de un castillo a otro. Había muchas maneras de gestionar una propiedad. Sin duda en la mayoría de ellas se reservaba una parte al abastecimiento directo de la villa. Era, en efecto, una hacienda, dirigida por un capataz (*procurator*) y trabajada con toda seguridad por esclavos. Parte se alquilaría a un contratista, quien de este modo intervendría entre los compesinos y el propietario y que extraía el beneficio explotando a aquéllos. Gran parte de la tierra, con toda probabilidad, se cedía a corto o largo plazo a los *coloni,* que pagaban tanto el alquiler como el impuesto sobre la tierra. Los encargados de la propiedad, bastante a menudo hombres de origen humilde o incluso servil, no dudaban en explotar a los pobres en el servicio del amo. Salviano declaraba en su apasionada condena de la sociedad romana, que había más humanidad y justicia bajo el dominio de los godos que la que podía esperarse hallar en el Imperio.

Resulta fácil exagerar esta imagen del rico extravagante engordando a costa de las masas depauperadas. En el siglo v había abundantes propiedades de dimensiones modestas, pertenecientes a los *curiales* de los pueblos o a corporaciones. Había también campesinos libres que no habían sido forzados a empeñar sus tierras para pagar las deudas y convertirse así en *adscripticii* de los ricos. Es probable que fuesen más numerosos en Macedonia y Tracia y en las provincias levantinas y Egipto que en Occidente. Sin embargo, la evidencia es totalmente cualitativa y no hay posibilidad de emitir un juicio cierto. De todos modos, en esta pequeña diferencia en el transcurso del desarrollo social puede hallarse en cierto grado la razón de que sobreviviera el Imperio de Oriente y la desaparición del occidental.

Lo que sí es cierto es que durante los siglos III y siguientes la

tierra de labor iba siendo abandonada por todo el Imperio. Los emperadores procuraron controlar esta tendencia, no sólo atando los campesinos a la tierra, sino también al continuar exigiendo la contribución territorial de campos que habían dejado de ser cultivados, asentando a los veteranos en tierras abandonadas, y cediéndolas en condiciones muy favorables.

Jones estimaba [18] que en el siglo v la situación en el norte de África había llegado a ser alarmante, donde había dejado de cultivarse de un tercio a la mitad de la tierra de labor. En los demás lugares no era tan grave, y quizá donde era menos crítica era en Egipto y en el Oriente Medio. El hecho de que la tierra estaba siendo abandonada no frenaba el ansia de nuevas tierras de los grandes terratenientes, y la inversión en bienes raíces parece haber seguido siendo preferida y provechosa. De hecho es poco probable que las tierras dejadas de cultivar fueran, en la mayoría de las áreas, más del quinto,[19] y en su mayor parte eran tierras marginales. Sin embargo, es posible que la tierra de cereal abandonada siguiese sirviendo de pasto a corderos y otros animales.

Una razón que explique el descenso en la extensión de la tierra de labor puede haber sido la decadencia de la población total del Imperio, a pesar de que puede, desde luego, argumentarse que el abandono de la tierra cultivable, con la consiguiente reducción del suministro de alimentos, era en sí misma un factor de despoblación. También es probable que la infraestructura agrícola, como por ejemplo las obras de irrigación, que había llevado largo tiempo construir, fuera destruida por las invasiones o las guerras civiles, causando el abandono de las tierras afectadas. Incluso la pérdida de bueyes de laboreo pudo tener las mismas consecuencias. La inseguridad de la época, el peligro de bandidos o de rebeliones campesinas también pudo causar el abandono, en particular, en granjas remotas y aisladas. Finalmente, la misma contribución territorial, que afectaba por igual a las tierras buenas y a las malas, puede haber significado más de lo que la tierra era capaz de producir. Era más ventajoso abandonar el cultivo de tierras marginales que continuar la lucha contra un suelo pobre y el recaudador de impuestos.

¿Y qué resistencia, podríamos preguntarnos, oponían las clases

18. Jones, *op. cit.*, II, p. 816.
19. *Ibidem*, p. 822.

bajas a la opresión que sufrían? Era difícil oponerse a un sistema en el que las fuerzas del ejército y de los tribunales se ponían del lado de los terratenientes. Sin embargo, también se produjeron insurrecciones. Hubo violentos estallidos entre los campesinos del norte de África en el siglo IV, ligados a la secta herética de los donatistas. En la Galia, desde finales del siglo III, hubo revueltas de los bagaudas, impulsados por el descontento del campesinado, pero que tenían connotaciones de resistencia céltica a los romanos. Se extendieron a España y, de modo intermitente, prosiguieron durante todo el siglo IV.

Las ciudades [20]

Se ha dicho con frecuencia que la civilización romana fue esencialmente urbana. Fue por medio de las ciudades que fundaron o restablecieron, como los romanos intentaron impresionar a las provincias con el poderío y majestuosidad del Imperio romano. Las ciudades, sin embargo, eran algo más que eso. Eran las células que componían el cuerpo político imperial. Durante el proceso de expansión de la República se habían establecido colonias (*coloniae*) por toda Italia que fueron ocupadas por veteranos una vez terminado el servicio militar. El proceso se extendió más allá de los confines de Italia. Las fortificaciones galas en las colinas fueron, en muchos casos, reemplazadas por ciudades romanas de nueva planta, a menudo edificadas en un valle cercano y que perpetuaron el nombre de la tribu a la que servían.

Otras ciudades se fundaron *de novo* en las encrucijadas de caminos, en los vados de ríos y en lugares estratégicos a lo largo de la frontera. No podríamos asegurar en qué número. Thomsen considera [21] que no habría menos de 300 en Italia y, con toda seguridad, había 78 en el valle del Po.[22] La *Notitia Galliarum* nombra 122 en la Galia, 114 de las cuales eran ciudades (*civitates*) en el sentido estricto. Gildas escribió acerca de las 28 ciudades de Britania, aunque no es fácil sacar en claro a qué asentamientos se refería, y Plinio enu-

20. El término ciudad se emplea aquí para describir el conjunto de edificaciones. *Civitas* implica el *territorium* conjuntamente con su capitalidad.

21. Rudi Thomsen, *The Italic regions from Augustus to the Lombard invasion*, Classica et Medievalia: Dissertations, Copenhague, 1947.

22. G. E. F. Chilver, *Cisalpine Gaul*, Oxford University Press, 1941, pp. 45-50.

meró 175 en la provincia de la Bética, al sur de España.[23] Las provincias del Danubio y de los Balcanes no estaban tan intensivamente urbanizadas, pero en Grecia el número de *poleis* ascendía a varios centenares, y Pausanias enumeraba cuando menos unas 140 en los distritos del sur de la Grecia peninsular. Jones ha estimado que habría unas 900 ciudades en las provincias orientales. La intención del mapa de la figura 1.1 es mostrar los establecimientos urbanos del Imperio en el siglo II.

Estas ciudades —el mapa señala unas 500— variaban en gran medida por su forma y función. La mayoría de las de Grecia y muchas de las de Italia eran anteriores a la conquista romana. Salvo unas determinadas excepciones, no habían sido planificadas de antemano, y muchas eran meramente pueblos grandes. La mayoría eran de fundación romana. Su construcción tenía un diseño regular, con sus calles cruzándose en ángulo recto, y muchas de ellas, en el siglo II, se hallaban rodeadas por una muralla, con frecuencia, también de diseño rectangular. En esto, Roma era una excepción. Carecía de planificación, y la muralla Serbia ya había desaparecido hacía tiempo ante el crecimiento de los suburbios. La muralla Aurelia que todavía hoy existe no se construyó hasta alrededor del año 275.

Hacia el centro de todas las ciudades, tanto en las planificadas como en las que no, había el foro o lugar de mercado. En sus alrededores, los edificios públicos: el templo del culto imperial, los baños y la basílica desde donde se dirigían los asuntos de interés público. En el límite de la ciudad había, por lo menos en las mayores, un teatro o un estadio. Muchas ciudades, debido al espíritu de competición que prevalecía en el alto Imperio, gastaban más de lo que podían y se metían en deudas. Las antiguas rivalidades tribales se habían transformado en competiciones entre ciudades.

La ciudad era el punto central del distrito, y el término *civitas,* comúnmente traducido por ciudad, se refería en realidad tanto a ese lugar central como a la región circundante. La región era, en lo posible, un área tribal, reconocida como tal con anterioridad a la conquista romana. Ello queda particularmente claro en la Britania romana y en partes de la Galia. La *civitas* era autónoma en muchos aspectos, y en eso se parecía a la *polis* griega. Sin embargo, existe una diferencia fundamental en el hecho de que las *civitas*, en gran parte

23. Plinio, *Historia Natural*, III, 1, 7.

del Imperio, derivaban de un territorio tribal y transmitían un nombre tribal: Corinium Dubonorum (Cirencester) y Venta Belgarum (Winchester); Durocortorum Remorum (Reims) y Augusta Treverorum (Tréveris). En la polis griega, por el contrario, no se daban esas asociaciones.

La *civitas* se gobernaba por un consejo o *curia,* consistente en un número variable de miembros —500 o 600 en las *civitates* mayores— con cargo vitalicio y que, en la práctica, se transmitía a sus descendientes. De entre la *curia* se elegían los magistrados que administraban la *civitas,* practicaban las ceremonias religiosas y proporcionaban diversiones a las masas urbanas. Sin duda, en los primeros tiempos del Imperio había una cierta competición para ocupar los cargos, pero pronto los inconvenientes pesaron más que las ventajas. Se esperaba de los *curiales*, o decuriones, elegidos para los cargos cívicos, que organizasen exhibiciones de gladiadores y demás espectáculos, cuidaran de la conservación de los baños, murallas y otros servicios comunitarios y construyeran edificios públicos que honraran a la ciudad. Se esperaba que hicieran a escala local lo que los emperadores en Roma.

Las misiones de ambos, emperadores y *curiales*, podían en estos aspectos exceder a sus posibilidades. Se sabe de casos de miembros de la curia arruinados por el peso financiero del cargo. Añádase a esto el hecho de que sobre los *curiales* recaía la obligación de cobrar los impuestos que debía la *civitas* y de los que eran colectivamente responsables ante el emperador. Por otra parte había que ser propietario para poder pertenecer a la curia, y la mayoría de los *curiales* no eran pobres. En el siglo III, todos los ciudadanos de la *civitas* que poseyeran el mínimo financiero necesario fueron conscriptos a la curia, y se les hizo imposible rehuir a esta obligación o retirarse de la ciudad. Al mismo tiempo se hizo más difícil conseguir la excedencia de la obligación de servir en un cargo público.

De este modo el decurión se encontró atado a la administración de la ciudad de un modo parecido a como el campesino lo estaba a la tierra. Se percibía un rigor que recorría toda la estructura social del Imperio. La cuestión que se plantea es si la clase curial era tratada tan rígidamente como los *coloni*. Jones piensa que no; que sólo unos pocos sufrieron serias pérdidas financieras, y que como clase continuaron, aunque de mala gana e inadecuadamente, desempeñando sus funciones curiales en el siglo VI. El hecho es que estaban más articulados que los *coloni*; se quejaron con más fuerza y por ello se les ha

prestado mayor atención. En realidad, hay suficientes indicios de que las desgracias de los *coloni* procedían, en parte, de la opresión ejercida por los recaudadores de impuestos curiales. Un testigo tan poco sospechoso como Salviano llegó a escribir que había tantos tiranos como *curiales*.

La segunda característica del gobierno de la ciudad en el bajo Imperio era la progresiva injerencia de la autoridad imperial en los asuntos locales de la *civitas*. Si el Imperio había sido, según palabras de Rostovtzeff, «una vasta federación de ciudades-Estado»,[24] el sistema gubernamental iba tornándose cada vez más unitario. Los emperadores estaban cada vez más preocupados por los aspectos financieros, y eso les llevó a designar *curatores* que supervisaran las finanzas urbanas y *exactores* que cobraran los impuestos. Con el tiempo se escogieron de entre los propios decuriones, haciendo más dependiente a la propia *curia* de la administración imperial.

La función principal del núcleo urbano central de cada *civitas* era servir de sede del gobierno local y de centro del culto imperial. Pero en esas concentraciones humanas se daban también otras funciones. Por necesidad, la ciudad dispuso de un mercado en el que se vendieran los productos del campo circundante. Al mismo tiempo se desarrolló la artesanía que suministraba sus productos manufacturados a las aldeas vecinas. Algunas ciudades, desde muy pronto, tuvieron funciones militares. No albergaban guarnición, pero podían proveer los servicios necesarios al cercano fuerte legionario. En todas las ciudades, con excepción de las mayores, la agricultura era una actividad importante. Se ha advertido la ausencia de quintas en las proximidades de ciudades. Aquellos que en otros tiempos se hubieran construido quintas, ahora edificaban hermosas casas en las ciudades, donde vivían de sus rentas tal y como si hubiesen estado en medio del campo. Los decuriones, que representaban la élite de la *civitas*, debían su *status* en gran medida a sus posesiones rurales.

Más aún, gran parte de la población de la ciudad, la constituían, con toda seguridad, trabajadores rurales. Muchas de las ciudades del Imperio puede que no fuesen más que pueblos grandes a los que se les superpuso el aparato del gobierno municipal. No había mucho más en sus funciones que las distinguía de los *vici* o pueblos.

24. M. Rostovtzeff, *The social and economic history of the Roman Empire*, Londres, 1926, p. 130.

Ello sugiere que la mayoría de las ciudades eran pequeñas. Su actividad sólo podía ocupar, a lo sumo, a mil o dos mil personas. Y en la mayoría de los casos el excedente de producción de la *civitas* no podía sostener a un número mayor. *Si* suponemos que la población de las provincias europeas no excedía los 30 millones y *si* había unas 500 *civitates*, entonces el tamaño medio de éstas no podía superar los 60.000. Un poblamiento de este tipo no podría haber sostenido a una ciudad de grandes dimensiones. Y al contrario, *si* el 10 por 100 de la población era urbana y, en su mayoría, no se dedicaba directamente a la agricultura, ello viene a sugerir que el tamaño medio de las ciudades no superaba los 6.000 habitantes. Había una ciudad enorme —o sea, Roma— y un cierto número de grandes ciudades, de modo que la mayoría restante debían haber tenido bastante menos de 6.000 habitantes. Desde luego, los datos son demasiado vagos como para hacer algo más que conjeturas aproximadas; pero, por lo menos permiten hacernos una idea.

Otra línea de interpretación es la que se basa en el área y la planta de la ciudad. En el siglo III la mayoría de éstas estaban amuralladas, lo que, en muchos casos, nos permite conocer su delimitación con bastante precisión. La cuestión es si existía relación directa entre el recinto amurallado de una villa y su población. Con la excepción de algunos casos, en los que las excavaciones han puesto al descubierto las plantas de las casas de algunos sectores de una ciudad, se desconoce la densidad de edificación del área urbana. Dos ejemplos conocidos, las ciudades británicas de Calleva Atrebatum (Silchester) e Isca Silurum (Caerleon), tenían una densidad muy baja y se componían en su mayoría de espaciosas mansiones de la clase terrateniente. ¿Era normal esa densidad tan baja, o acaso sólo sobreviven por el simple hecho de que eran excepcionales?

Por otra parte, en las ciudades italianas de Pompeya, Herculano y Ostia, que las excavaciones han sacado a la luz, la densidad era mucho mayor. *Pueden* haber tenido una densidad de unas 150 personas por hectárea, mientras que Isca Silurum tendría sólo unas 45, y Calleva unas diez. El problema siguiente es que muchas ciudades no construyeron sus murallas hasta verse amenazadas por las invasiones germánicas del siglo III y algunas, que ya habían tenido murallas mucho antes, redujeron su área por esta época. En Augustodunum (Autun, en Borgoña), un caso extremo, el área amurallada se redujo de unas 200 hectáreas a sólo diez. Esto nos lleva a pensar que la den-

sidad en esas ciudades contraídas, transformadas en una especie de Fluchtburgen, debió de ser enorme.

Si, pongamos por caso, las ciudades de las provincias del Imperio, en los días prósperos del siglo II, tenían unas 125 personas por hectárea —y este número concuerda tanto con las escasas pruebas concretas que tenemos como con la posterior evidencia medieval— podemos por lo menos hacernos una idea del tamaño de las ciudades romanas. En la Galia, la mayor habría tenido unos 35.000 habitantes y la menor unos 600. En Britania el tamaño podría haber pasado de los 20.000 habitantes escasos de Londres, hasta menos de 500 en las más pequeñas. La figura 1.2 representa el área de las ciudades galas, ordenadas según tamaño. Se ve claro que la mayoría eran muy pequeñas, con —si se acepta nuestra proposición— menos de 2.500 habitantes por ciudad. Eso arroja un poco de luz sobre la situación de los *curiales*. Nunca fueron suficientes, excepto en las escasas ciudades grandes, para llevar a buen término las obligaciones que sobre ellos recaían. Tras el entusiasmo del siglo I, debieron encontrar sus funcio-

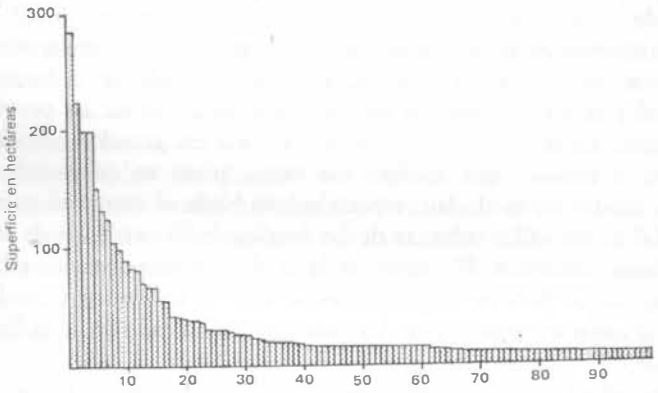


FIGURA 1.2

Clasificación de las ciudades de la Galia romana según sus tamaños (medidos por la superficie incluida dentro de las murallas)

nes curiales demasiado opresivas. No debe sorprender que siempre que les fue posible buscaran refugio en el aislamiento de sus propiedades rurales para escapar a sus responsabilidades cívicas.

El crecimiento del urbanismo clásico era delicado. Se sostenía con los réditos y los impuestos que afectaban a la población agrícola y nunca originó, a escala considerable, las actividades eminentemente urbanas de la manufactura y el comercio. Otra cuestión era que, durante los primeros años del Imperio, en muchas ciudades se había edificado en exceso. Las rivalidades entre las ciudades y dentro de la misma clase curial llevó a la creación de una costosa superestructura de edificios públicos, baños, acueductos y otras obras por el estilo. Su construcción debió empobrecer tanto a los constructores como a los promotores; su mantenimiento realmente representaba una pesada carga, que las ciudades del bajo Imperio no podían soportar. El empobrecimiento del campesinado y la tendencia de la clase rentista de las ciudades a mudarse a sus quintas rurales minó las bases de la ciudad provinciana. Algunas redujeron su área; otras fueron abandonadas; todas decayeron.

Si la estructura urbana del Imperio demostró a la larga, que era incapaz de sostenerse, lo mismo puede decirse, incluso con más razón, de la propia Roma. Ésta era una ciudad grande, incluso para los modelos de la Antigüedad; así y todo es extremadamente difícil hacer una estimación de su población. Probablemente, siguió creciendo, por lo menos, hasta el siglo II, a causa de la expansión de la burocracia imperial y la inmigración de gentes, principalmente de las provincias orientales. La mayoría de la población vivía en grandes edificios de alquiler, o *insulae*, que alzaban sus varios pisos en calles estrechas. En los límites de la ciudad, especialmente hacia el este y el noroeste, se hallaban las villas urbanas de las familias senatoriales y de las demás clases pudientes. El centro de la ciudad lo ocupaban los edificios públicos —los *fora* de emperadores sucesivos, los baños y las basílicas, y el extenso palacio que Augusto había edificado en la colina Palatina—.

Los cálculos de su población total dependen del número y del tamaño de las *insulae*, y oscilan entre el medio millón y los dos millones de habitantes. Las posibilidades de la cifra más alta son escasas, y, probablemente, el total oscilaba entre un millón y la mitad de esa cifra. Nunca anteriormente, y, probablemente, tampoco después, una ciudad tan grande generó una actividad económica tan mínima para su sostenimiento. No podía alimentarse de las granjas de la Campania; la artesanía local satisfacía, en general, la mayor parte de la demanda local en materia de manufacturas sencillas, pero no se

exportaban mercancías en cantidades significativas, y había que pagar las importaciones de grano, aceite y vino con dinero de los impuestos imperiales. El tráfico de granos estaba altamente organizado, especialmente desde Egipto al puerto de Ostia, desde donde una flota de barcazas lo transportaba Tíber arriba hasta la ciudad.

Buena parte de la población estaba subempleada, o simplemente desempleada, sostenida por los emperadores y alimentada con una limosna de pan y aceite. Una civilización tecnológicamente avanzada puede soportar tal carga, y normalmente así lo viene haciendo por medio de sus servicios de bienestar público, seguridad social y subsidios de paro. Pero el Imperio romano era una sociedad técnicamente atrasada, siempre viviendo al límite del hambre. Roma era un lujo que no se podía mantener; un símbolo de unidad imperial y de poder, y su precio recaía sobre un campesinado desnutrido y sobrecargado de impuestos.

Manufactura y comercio

Una de las explicaciones más ampliamente divulgadas y aceptadas en un momento dado sobre la decadencia del Imperio romano (ver p. 86) se basaba en la destrucción del comercio. El Imperio, se decía, se mantenía unido por sus caminos y, sobre todo, por sus rutas marítimas, por los que discurría un flujo continuo de productos. Era el movimiento comercial por las arterias del Imperio lo que le dio vida y prosperidad. El Imperio, es cierto, parecía diseñado para activar el comercio interno. Un sistema desarrollado de carreteras bien construidas, muchos ríos navegables y sobre todo el mar Mediterráneo a través del cual las provincias intercambiaban sus productos, todo ello estimulaba el tráfico, la comunicación y el comercio. Arístides, en su elogio del Imperio, hacia mediados del siglo II, diría que «siempre hay barcos entrando o saliendo del puerto [de Roma], y los productos del mundo entero pueden verse en Roma».

Por lo visto, Arístides no había visitado Ostia en invierno, y si hubiese entrado en las bodegas de los barcos que partían del puerto no habría encontrado más que lastre. Se trataba de un comercio estacional, como lo prueba exhaustivamente el viaje de san Pablo, y además era unidireccional. Es muy fácil exagerar tanto el volumen del comercio como su papel en mantener el Imperio unido. En realidad

el volumen del comercio, en relación al tamaño, variedad y población del Imperio, era bastante reducido, y el tráfico de productos muy caro. La economía de subsistencia que predominaba en gran parte del Imperio no podía generar un gran volumen de comercio y, aparte del suministro de Roma, se dirigía mayormente a satisfacer los gustos extravagantes de los ricos y los requerimientos del ejército.

El Imperio había construido un complejo sistema de caminos que podían ser utilizados en cualquier época del año, pero fueron construidos por militares y con fines militares. A los mercaderes se les permitía utilizarlos, a veces previo pago de un peaje, pero el *cursus publicus*, el sistema de transporte sostenido por los gobiernos provinciales, no lo podían utilizar, por lo menos en teoría. Más aún, los particulares debían pagar unos derechos o arbitrios —generalmente de poca monta— por los artículos que transportaban. La circulación de mercancías era lenta y costosa. Los arreos que habrían de permitir a los caballos tirar de los carros aún no se habían inventado. Normalmente se utilizaban bueyes, pero tenemos ejemplos del uso de mulas. El edicto de precios de Diocleciano prescribía 20 denarios por milla por un carro que transportase una media tonelada; ocho denarios por milla por un camello y cuatro por un asno. Se asegura que en un transporte de unas 300 millas, el precio del trigo casi se duplicaba. El transporte de granos para remediar un hambre local era, de hecho, imposible, a menos que se hiciese por barco. En tales condiciones, el transporte rodado se reducía, de hecho, a mercancías de escaso peso y de alto valor y a los pedidos prioritarios del ejército.

Parece ser que, siempre que fue posible, se utilizaron los ríos debido al costo más bajo del transporte acuático. Sin embargo, aparte del Po, el Nilo y el curso inferior del Tíber, pocos ríos mediterráneos eran navegables. En la Galia, el Ródano y el Mosela tenían gran importancia, si nos fiamos de los bajorrelieves que se han conservado, en el transporte de vino (figura 1.3), y en España se utilizó el Guadalquivir. Los ríos fronterizos, el Rin y el Danubio, eran importantes para la circulación de mercancías entre los fuertes de las legiones que se extendían a lo largo de sus orillas. Así, por ejemplo, se excavó un camino de sirga en la empinada superficie rocosa de la Puerta de Hierro, a orillas del Danubio. Hoy está cubierto por las aguas de un pantano construido recientemente.

No tenemos estadísticas de ningún tipo que permitan hacerse una idea del volumen de comercio interior del Imperio. El transporte

marítimo era el más importante, y si pudiéramos expresarlo en términos de toneladas/milla, su importancia nos parecería abrumadora. Pero la navegación era estacional. Durante la tercera parte del año los barcos estaban amarrados en el puerto, y durante otro tercio la navegación se consideraba peligrosa. La mayor parte de los viajes se realizaban, por lo tanto, durante los cuatro meses de la estación estival. Los barcos eran pequeños y pocos tenían una capacidad superior a las 200 toneladas. La mayoría de puertos eran simplemente fondeaderos abiertos y ofrecían una protección escasa, y los grandes muelles de Ostia eran bastante excepcionales, y solamente se justificaban debido al volumen e importancia del comercio de grano para Roma que allí se llevaba a cabo. Tampoco era la marina mercante un negocio próspero ni rentable. Durante el alto Imperio hubo que engatusar a los ricos para que se encargaran de ello. Posteriormente, los propietarios de buques se organizaron en gremios o corporaciones de *navicularii*. A sus miembros se les otorgaban diversos privilegios, incluyendo la exención de obligaciones curiales, pero que, al igual que los decuriones, su empleo pasó a ser hereditario. La misión de abastecer a Roma era demasiado importante para abandonarla al antojo de especuladores privados.

Los principales productos del comercio mediterráneo eran los granos —sin duda, el más importante en cuanto a volumen—, seguido del aceite de oliva y quizá del vino. Egipto y el norte de África eran los principales productores de trigo. El aceite parece haber provenido principalmente del sur de España. A partir del siglo III, el volumen de aceite español importado por Roma empezó a disminuir, y en el monte Testaccio no hay fragmentos de ánforas con sellos fechados con posterioridad a esta época. Los materiales de construcción, especialmente los mármoles más bellos, a veces se importaban por mar. Y también pequeñas cantidades de artículos de consumo de alta calidad y relativamente valiosos, incluyendo especias, tejidos y objetos de metal.

El comercio por tierra quedaba restringido a los géneros más valiosos. Entre ellos la cerámica y el vidrio, lanas de alta calidad y un sinfín de pequeños objetos decorativos que podían soportar los altos costes del transporte terrestre. La madera debió transportarse en grandes cantidades, no sólo para la construcción, sino también para utilizarla como combustible. Los balnearios de las grandes ciudades, especialmente de Roma, debieron de requerir inmensas cantidades de

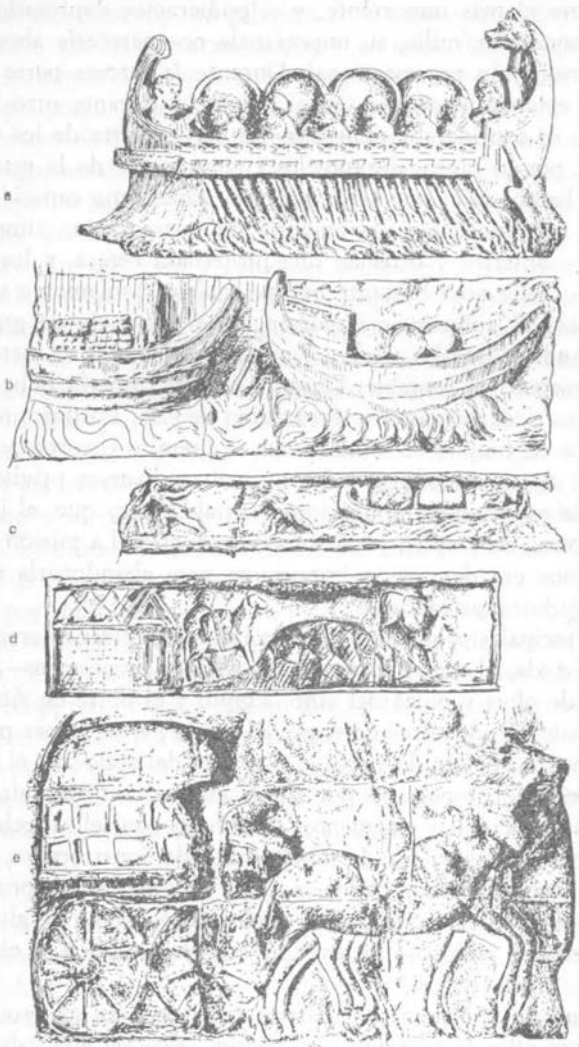


FIGURA 1.3

El transporte en el Imperio romano

a) De Nimega; *b*) de la columna de Trajano; *c*), *d*) y *e*) del monumento de Igel

madera, gran parte de la cual descendía flotando por el Tíber.[25]

El comercio de esclavos tenía suma importancia en cualquier parte del Imperio. Se habían capturado en el transcurso de las guerras de conquista imperiales, pero una vez que el Imperio hubo alcanzado su mayor extensión territorial, el suministro resultó menos abundante. Aumentó el precio de los esclavos y su número se mantuvo alto por medio de la procreación en las casas de los amos ricos. Pero siempre se mantuvo la posibilidad de adquirir nuevos esclavos. Eran más abundantes y baratos en las tierras fronterizas, en las que las guerras y el comercio con los bárbaros del otro lado proporcionaban un suministro continuo. Hay cierta evidencia de que en el bajo Imperio se esclavizaron hombres libres a pesar de los edictos imperiales que lo impedían. Esto ocurría cuando los campesinos empobrecidos tenían que vender o abandonar a sus hijos para así pagar el alquiler y los impuestos.

Los esclavos realizaban la mayor parte del trabajo en las grandes propiedades, especialmente en las «reservas» explotadas directamente por sus propietarios. También la administración imperial utilizaba esclavos en una proporción muy considerable, para trabajar en los talleres que suministraban equipamiento al ejército y en los servicios que la administración mantenía. Los ricos poseían un número inmenso de esclavos y a menudo actuaban como si su prestigio estuviera en relación directa con el número de sus dependientes, aunque muchos de ellos fuesen innecesarios. Debía de haber un alto grado de subempleo entre esas multitudes de esclavos domésticos.

Sin embargo, la mayoría de las actividades que se realizaban en el Imperio estaban en manos de artesanos libres. No tenemos noticia alguna de organización industrial a gran escala, dejando aparte las fábricas imperiales de uniformes y armas. En toda ciudad había artesanos, muchos de ellos fabricando los productos para la región circundante. Había molineros, curtidores y tejedores; artesanos que producían para los habitantes de las *civitas*; carpinteros, herreros y albañiles. Algunos tenían un esclavo o un aprendiz; trabajaban a escala muy reducida, tenían poco capital y vendían sus productos directamente a un mercado local. En ciudades mayores, los grupos de artesanos de ocupaciones similares se organizaban en gremios o *collegia*, cuya calidad de miembro se hizo permanente y hereditaria en el si-

25. Joel LeGal, *Le Tibre, fleuve de Rome dans l'Antiquité*, París, 1953.

glo III. En las ciudades más pequeñas es posible que los artesanos no estuviesen muy especializados. La descripción de Jenofonte de los oficios urbanos escrita en el siglo IV a. C., no era, probablemente, menos aplicable a las condiciones de medio milenio después:

> En las grandes ciudades ... un sólo oficio, e incluso, a menudo, menos que un oficio completo, es suficiente para mantener a un artesano; un hombre por ejemplo, hace zapatos masculinos, y otro femeninos, e incluso hay lugares donde un individuo se gana la vida cosiendo zapatos, otro cortándolos, otro cosiendo las partes superiores, mientras que un último junta todas las partes ...

Por otra parte, en las ciudades pequeñas:

> el mismo trabajador hace sillas, puertas, arados y mesas, y a menudo este mismo construye las casas y, a pesar de todo ello, está contento si tiene suficiente trabajo para mantenerse.[26]

La mayoría de las ciudades del Imperio romano eran pequeñas.

No había ningún tipo de especialización regional. Cada región era prácticamente autosuficiente y el insignificante comercio interregional quedaba restringido a unos cuantos productos de calidad. Ciertas áreas tenían renombre por sus excelentes tejidos; así el paño galo se apreciaba en Roma; el ateniense en Asia Menor; y los tejidos de Alejandría, Laodicea y Tarso parece ser que eran ampliamente conocidos por todo el Oriente Medio. Debía de haber numerosos mercaderes de tejidos, algunos de ellos muy ricos, a juzgar por el monumento de Igel, erigido en el siglo IV, cerca de Tréveris, en memoria de uno de ellos.[27]

La cerámica era uno de los artículos comerciales más importantes, pero debemos tener en cuenta que, debido a que esos objetos son casi indestructibles, los hallazgos acaso exageren su importancia. La más abundante era la cerámica pulida parda llamada aretina, por ser originaria de Arezzo en Italia, pero que fue imitada ampliamente, primero en el sur de la Galia (La Graufesenque y Lezoux) y en el siglo IV en la Renania. Las lámparas de barro cocido también eran

26. Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, II, 5.
27. *Recueil Général des Bas-Reliefs, Statues et Bustes de la Gaule Romaine*, Imprimerie Nationale, París, 1915, VI, pp. 437-460.

objeto de un importante comercio, así como los utensilios de vidrio y de metal. Los ladrillos y baldosas se fabricaban generalmente en el mismo lugar donde se iban a utilizar, y parece ser que había ladrillerías en la mayoría de los fuertes legionarios y en las proximidades de las ciudades mayores.

De las minas se extraía hierro y metales no férricos —plomo para las tuberías y cisternas, cobre y estaño para la fundición del bronce, oro y plata para la acuñación de monedas y para las obras de arte—. Las vetas metalíferas más importantes estaban en España y en la región alpina, además del estaño y el plomo procedente de Britania, y la plata y el plomo de los Balcanes. Los metales debieron jugar un papel importante en el comercio a gran distancia.

Reunidas todas las evidencias, éstas nos demuestran que el comercio dentro del Imperio no tenía gran importancia. Se puede aventurar que la gran mayoría de los campesinos, que en definitiva constituían la mayor parte de la población, nunca poseyó ni utilizó ningún utensilio que no hubiese sido fabricado en la misma región y, probablemente, por un artesano conocido. Incluso las excavaciones de Calleva (Silchester), ciudad que al ser abandonada no había sufrido ninguna destrucción de importancia, nos revelan una proporción muy escasa de artículos que no se hubieran fabricado en la localidad.

Se ha argumentado [28] que el foco de la actividad manufacturera tendió, bajo el Imperio, a desplazarse de Italia hacia las provincias nuevas del Imperio. Tal desplazamiento era inevitable. Estas provincias llegaron, con el tiempo, a exigir los mismos lujos y servicios de que se disponía en Italia desde hacía tiempo. Pero el elevado coste del transporte, las obligó a fabricarlos ellas mismas. Todo esto se hace evidente en la adopción del estilo aretino en las cerámicas de la Galia y en los de las Germanias. También hay algunos indicios de que la calidad del tejido producido en la Galia mejoró hasta el punto de que los tejidos gálicos tenían gran demanda en Roma. Es bien conocido el caso del cajón de embalaje con cerámica gala enterrada en Pompeya por la erupción del Vesubio en el año 79 antes de que hubiese sido desempaquetada. ¿Podría decirse que los artículos producidos en las provincias europeas estaban desplazando a los italianos en el mercado «doméstico»? Si así fuera, no sería más que otro ejemplo del ya conocido destino de los Imperios.

28. F. W. Walbank, *The Awful Revolution*, Liverpool University Press, 1969, pp. 47-54.

Parece estar claro que la manufactura de Italia decayó relativamente al desarrollarse la de las provincias. Lo que no está claro es si el declive fue absoluto. Sin embargo, parece cierto que las provincias del Oriente Medio mantuvieron su preeminencia, y que sus mercaderes, generalmente conocidos como sirios, se movieron muy activamente por toda la cuenca mediterránea y penetraron hasta el corazón de la Galia.

Las autoridades del Imperio nunca fomentaron el comercio con sus vecinos bárbaros. No podían exportarse ciertos artículos considerados de utilidad militar o estratégica y la mayoría de las exportaciones romanas consistían en artículos de lujo.[29] Parece ser que los objetos de cerámica y de bronce eran los que más a menudo se comercializaban, quizá porque han sobrevivido con mayor facilidad. A diferencia de gran parte del comercio interno, el que cruzaba las fronteras se pagaba con importaciones del mundo bárbaro. Al parecer consistían en su mayor parte en ganado, productos forestales —incluyendo miel y ámbar— y esclavos, la partida más valiosa. No nos quedan dudas de que los jefes germánicos capturaban esclavos para venderlos a los romanos, del mismo modo que los reyezuelos africanos los capturaban para venderlos a los traficantes blancos en los siglos XVII y XVIII. La crátera de bronce hallada entre los artículos funerarios de un rey germano podía ser muy bien la recompensa obtenida por transferir a los romanos los esclavos capturados en una incursión afortunada.

Pocos eran los lugares donde se efectuaban los contactos comerciales entre el Imperio y sus vecinos. Ello se debía, en parte, al hecho de que tanto el Rin como el Danubio eran ríos muy anchos y difíciles de cruzar. La mayor parte del comercio llegaba a las tierras germánicas por diez o doce puntos de cruce, como mucho. Los más importantes debían de estar en el Rin inferior, accediendo a las tierras francas del noroeste de Germania, y en el Danubio medio, desde donde partían las rutas hacia el *hinterland*, siguiendo aproximadamente las que ya había establecido el comercio prehistórico del ámbar. Existía, además, el comercio marítimo, no sólo con Britania, sino también bordeando la costa y remontando los ríos de Germania. También se practicaba el comercio marítimo entre las ciudades de las provincias orientales —la primera y más importante fue Constantino-

29. R. E. Mortimer Wheeler, *Rome beyond the imperial frontiers*, Bell, Londres, 1954, pp. 63-94.

pla, después de su restauración por Constantino (año 330)— y los pueblos bárbaros que rodeaban el mar Negro.

Los hallazgos de utensilios romanos presentan una extraña pauta de agrupación en la Europa central y oriental (figura 1.4).[30] Se encuentran con frecuencia en regiones de suelo de loes de la llanura septentrional, especialmente en Westfalia, Sajonia y Turingia; en las tierras bajas de Bohemia y en la llanura de Moravia. Se deduce que éstas eran las tierras más ricas y más densamente pobladas de Germania. Sin embargo, los hallazgos también son abundantes en Polonia central y Silesia, en las islas danesas y en las orillas meridionales del mar Báltico.

Los avatares económicos del bajo Imperio

La expansión territorial del Imperio romano cesó en el año 106 con la conquista de Dacia por Trajano. De ahí en adelante se mantendría a la defensiva frente al mundo bárbaro. Durante un período de varios siglos, los ejércitos victoriosos habían avasallado un territorio tras otro. Habían acumulado enormes botines de oro y, sobre todo, de esclavos, y los habían remitido a las viejas provincias del Imperio. Tras una campaña victoriosa, los esclavos robustos eran baratos en los mercados de Roma. Las ganancias del Imperio, no sólo permitieron el aumento de las fortunas de las familias senatoriales, sino que además suministraron a bajo costo los medios para espectáculos y triunfos complejos y para monumentos y edificios duraderos.

No hay estadísticas de las ganancias que produjo el imperialismo, pero podemos suponer que debieron ser considerables, según las pruebas que Cicerón presentó en su acusación contra Verres por los abusos de su gobierno en Sicilia. Los ingresos en oro y sobre todo en mano de obra debieron ser un factor de gran importancia en la construcción por Roma de ciudades, caminos y monumentos, durante los siglos I y II.

En adelante las ganancias del Imperio siguieron siendo cuantiosas, pero los botines de nuevas conquistas ya no volvieron a afluir a las arcas y a estimular la economía. En vez de ello, el Imperio se encontró con costos grandes y crecientes tanto de la administración de

30. H. J. Eggers, *Der römische Import im freien Germanien*, Hamburgisches Museum für Völkerkunde und Vorgeschichte, 1951, especialmente los mapas 60-62.

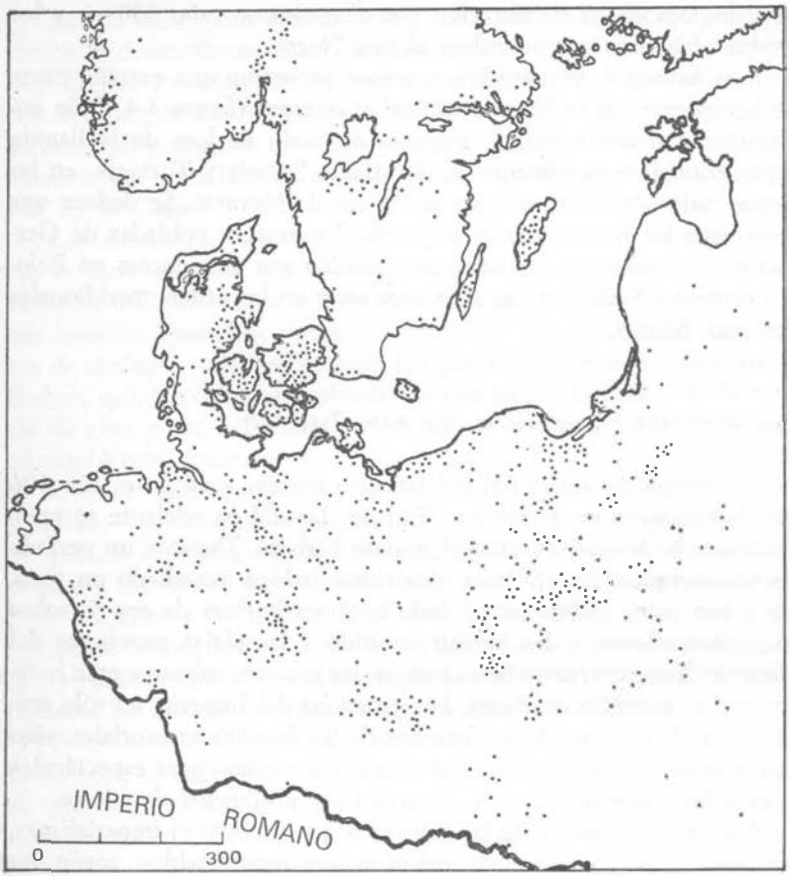


FIGURA 1.4

Distribución de los hallazgos de artículos exportados del Imperio romano

FUENTE: H. J. Eggers, *Der römische Import im freien Germanien*, Hamburgo, 1951, mapa 6.

un vasto territorio como de su defensa ante las presiones renovadas más allá de sus fronteras.

El Imperio, sin embargo, disponía de abundantes recursos con que hacer frente a los nuevos peligros, a pesar de que estuviesen muy

desigualmente distribuidos por sus territorios. Las provincias orientales eran, con mucho, las más ricas. Contaban con una población más densa y una tradición más antigua y más rica de vida urbana y artesanal que Occidente, y su foco se extendía de Egipto a Siria y Bitinia. En cambio, la mayoría de las provincias europeas eran zonas apenas conocidas, objetivo de aventuras especulativas de los mercaderes sirios que esperaban que llegase el momento en que fuesen abiertas al comercio y al desarrollo.

Las principales ganancias de los emperadores procedían de distintas fuentes que jamás llegaron a consolidar y administrar eficazmente. Las fuentes principales eran las tierras de propiedad privada de los emperadores, que constituían el núcleo de un gran patrimonio. Éste siguió creciendo a medida que se fueron sumando las tierras de los príncipes vencidos, criminales condenados y senadores proscritos. Este conjunto de posesiones, conocido en el bajo Imperio como *res privata*, era inmenso, y gobernado por una burocracia de organización compleja. En ciertas regiones de las provincias orientales pudo ascender hasta un quinto de toda la tierra de labor. No se conocen sus proporciones en el Imperio occidental.

Generalmente, las tierras de la *res publica* se arrendaban. Las condiciones de tenencia variaban, pero incrementaban el tesoro imperial de una manera constante. Por otra parte, en los difíciles tiempos del siglo IV, los emperadores a veces vendieron parte de su patrimonio para disponer de más dinero. Siempre hubo familias senatoriales ricas dispuestas a comprarlas.

Sin embargo, la mayor parte de las rentas provenían de los impuestos. Había una inmensa variedad de impuestos y un sistema de exenciones todavía más confuso. La mayor aportación la constituía el impuesto sobre la tierra, del que la provincia de Italia estaba exenta. No sabemos a cuánto ascendía. Las evaluaciones de muchas regiones no eran equitativas y nunca se llevaron a cabo revisiones periódicas. En el bajo Imperio llegaron a constituir una carga aplastante para el campesinado, y se ha estimado que en Egipto el impuesto sobre la tierra alcanzó alrededor de un tercio del valor de la cosecha.

Había un impuesto de capitación, evaluado de una manera igualmente injusta, del que los ciudadanos romanos estuvieron exentos hasta el año 212. Dado que el impuesto por unidad de superficie no parece haberse basado en forma alguna en ningún tipo de censo pe-

riódico, la cantidad tendió a convertirse en otra valoración de la tierra. Hubo peajes —en verdad de poca monta— que afectaban a las mercancías transportadas de un lugar a otro del Imperio; existían impuestos más gravosos sobre las mercancías que cruzaban las fronteras. En algunas provincias había una especie de impuesto de venta. Las propiedades de los senadores estaban sujetas a una pequeña exacción de tributos que podía pagarse fácilmente, pero que, aún así, encontraba oposición. Los mercaderes —término utilizado aquí en su sentido más amplio para incluir todo tipo de artesanos— pagaban también otro impuesto, y las ciudades hacían una contribución con el advenimiento de cada nuevo emperador.

Las desmesuradas necesidades del ejército obligaban a una amplia gama de imposiciones. Había que alimentar y vestir a las legiones, lo que determinaba el embargo de alimentos y ropas, aunque, normalmente sólo en aquellas áreas desde las cuales se le pudiesen enviar sin demasiada dificultad. Los pagos en especie, granos, vino, carbón, tejidos, se acostumbraban a conmutar por pagos en dinero, que, aunque normalmente eran pequeños, suponían para el campesinado una carga adicional. Incluso la obligación de suministrar reclutas al ejército podía conmutarse con dinero.

El sistema de tributación era muy complejo y costoso y requería una vasta burocracia para su administración. Incluso hay ejemplos en que los costes de la recaudación se sumaban a los propios impuestos y eran extraídos del campesinado conjuntamente. Más aún, era regresivo e inflexible, al no tener en cuenta la mayor capacidad del rico para pagar, ni las variaciones del rendimiento agrícola del que, en última instancia, procedía gran parte de los impuestos. Aquellos a quienes esta enorme estructura impositiva mantenía —la burocracia, el ejército y, como Gibbon añadiría, la Iglesia— no eran productores, no contribuían al producto bruto ni a la inversión de capital del Imperio.

Con todo y lo pesada que era la carga impositiva, nunca fue suficiente para las necesidades del gobierno. Es probable que una organización más racional del sistema de impuestos hubiese podido rendir más a un coste inferior. Dado el caso, los emperadores desde la época de Septimio Severo (193-211) recurrieron con mayor frecuencia a la devaluación de la moneda. Añadieron cierta proporción de metal-base a la plata con que se acuñaban los denarios, disponiendo así de mayor cantidad de monedas con que exonerar sus obligaciones. Este

proceso continuó durante el siglo III, hasta que el denario pasó a ser esencialmente una moneda de cobre.

La acuñación de un mayor número de monedas, sin un aumento paralelo de la productividad, combinado con el reducido valor intrínseco de éstas, condujo inevitablemente al aumento de precios. Se ha dicho que hacia finales del siglo III el poder adquisitivo del denario era inferior al 1 por 100 de su valor antes del comienzo de la inflación.

El denario no era en absoluto la única moneda en circulación Había monedas de cobre de menor valor que el denario, que dejaron de circular cuando éste se depreció. También había piezas de oro, los *aurei*, que valían originalmente 25 denarios. Éstas no se devaluaron, y parece ser que se esperaba que sostuviesen el valor de los denarios. En vez de ello, siguiendo la regla monetaria universal, retiró de la circulación a la mejor moneda. El áureo se atesoró o se fundió. Nadie lo cambiaba por denarios, por lo menos, no a la par, a no ser que fuese obligado a ello.

Tal era la condición caótica de la moneda y de los precios en el momento de la ascensión de Diocleciano (284). Éste intentó remediar la situación fijando precios máximos y topes salariales y emitiendo una nueva moneda. En ambos casos fracasó. El edicto de precios del año 302 constituía un inmenso catálogo de tarifas y precios que no se podían sobrepasar. Se publicó en todo el Imperio, y en general se ignoró. La tendencia inflacionista era demasiado fuerte para detenerse con tales medidas.

La emisión de nueva moneda tropezó con parecidas dificultades. Los metales preciosos escaseaban y el emperador sólo podía emitir moneda fundiendo la de sus predecesores. Casi todo el dinero en circulación estaba tan devaluado que en gran parte consistía en cobre y no había suficiente metal para una moneda regular de oro y plata. No fue hasta el reinado de Constantino que se pudo disponer de nuevo de monedas de oro y plata. Utilizó para ello los tesoros que los templos habían acumulado y que, con la adopción del cristianismo, habían pasado al Estado. También por medio de imposiciones a las ciudades y al campo, obtuvo cierta cantidad de oro y plata de los tesoros privados. De este modo se acuñó el *solidus* de oro que se mantuvo con un valor bastante estable; pero los problemas del bimetalismo eran demasiado evidentes. Los denarios de cobre siguieron circulando y, además, se acuñaron pródigamente. A los legionarios

se les pagaba con denario, que de este modo entraron en circulación. La inflación de la moneda de cobre prosiguió hasta llegar a no tener casi valor, y a finales del siglo IV sólo se emitía en pequeña cantidad.

El Imperio se quedó, pues, con una moneda de oro, el sólido, y otras monedas fraccionarias del sólido. Los *nummi* de cobre continuaron circulando para las transacciones diarias del pueblo bajo, pero se seguía sintiendo agudamente la necesidad de disponer de una moneda estable inferior al oro. Ésta se consiguió con Anastasio al final del siglo V, al emitirse mayores *nummi* de cobre en varias denominaciones. Unas monedas similares se emitían en Italia y norte de África. Parece que se ejerció un cierto control sobre las acuñaciones. El valor no oscilaba demasiado y se mantuvo una relación relativamente estable con el sólido de oro. De este modo, en los años de la decadencia, el Imperio había solucionado uno de sus mayores problemas —la inflación y la devaluación de la moneda—. Un indicio de este problema es el hecho de que en el Oriente rico se llegase a un *modus vivendi*. En Occidente la disponibilidad de la moneda revestía menos importancia al tiempo que la economía se dirigía lentamente hacia un sistema de hacienda autosuficiente.

El contraste entre el Oriente y un Occidente pobre ya era claro desde mucho antes de que Diocleciano los separara formalmente. La línea divisoria discurrió desde el Danubio, cerca de Sirmium, hacia el sur, atravesando las montañas de Iliria, hasta la costa dálmata, cerca del antiguo poblado griego de Epidauro. De la costa meridional del mar Mediterráneo penetraba en el desierto entre Tripolitania y Egipto. No separaba de modo preciso las provincias ricas de las relativamente pobres y, a este respecto, gran parte de Grecia correspondía a Occidente. Sin embargo, son los acontecimientos al oeste de esta frontera los que deben llamar nuestra atención.

En las provincias europeas, una reducida élite, acostumbrada desde los primeros años del Imperio a una vida de lujo, siguió exigiendo e imponiendo más de lo que la economía occidental podía soportar. En Egipto se compraba el grano para proveer a Roma, y los mercaderes sirios —y posteriormente judíos— proporcionaban a su clientela occidental los refinados productos de Oriente. Las provincias europeas no producían suficiente excedente para la exportación, excepto quizá de metales, y sus importaciones debían pagarse con los impuestos y las rentas, que así se acumulaban en Oriente, y con la exportación de metales preciosos. Es probable que muchos de los atesora-

mientos de áureos, que con tanto éxito intervino Constantino, estuvieran en las provincias orientales.

Las líneas maestras de la civilización romana en Occidente, sus ciudades, quintas y caminos, se trazaron principalmente en los dos primeros siglos del Imperio cuando las ganancias del imperialismo lo hicieron posible. Sin embargo, constituyeron una superestructura que al bajo Imperio le era cada vez más difícil de mantener. Los bárbaros no derribaron al Imperio en Occidente; simplemente le hicieron gastar sus parcos recursos de un modo que, en realidad, no podía permitirse. En otras palabras, hicieron necesaria una mayor imposición para fines militares.

El peso de los impuestos contribuyó a la reducción del número de campesinos libres, aumentando así la riqueza en manos de la clase senatorial. Ésta, como hemos visto, se acostumbraba a evadir, o por lo menos a minimizar, sus impuestos y a eludir sus deberes sociales. Esto no sucedió así, o sólo se dio en pequeña escala, en las provincias orientales. En Occidente, los ricos formaron una clase ociosa de aficionados a la literatura; sus vidas giraban en torno a sus propiedades; sus cartas estaban llenas de trivialidades; no existía en ellos ningún deseo de servir al Imperio en los años de crisis. Se preocupaban menos de los bárbaros, siempre que se mantuviesen a distancia, que del emperador de la lejana Roma o Constantinopla.

Capítulo 2

LA ALTA EDAD MEDIA

El Imperio romano de Occidente terminó y la Edad Media comenzó con el período de invasiones germánicas del siglo v. El emperador Rómulo Augústulo fue depuesto en el año 476 y con ello concluía toda una era, aunque los emperadores de Oriente siguieran reinando ininterrumpidamente en Constantinopla hasta la llegada de los cruzados en el año 1204.

El fin del régimen imperial no fue seguido de un cambio radical en la economía o en la sociedad. En estos aspectos, la evolución de la época clásica a la medieval fue lenta y progresiva. Los reyes bárbaros ya llevaban años gobernando en el territorio del Imperio, así como los colonos germánicos cultivando su suelo. El señorío medieval seguía en muchos aspectos las líneas de la villa del bajo Imperio. Las instituciones sociales y legales del Imperio persistieron en la Edad Media y el período merovingio de la Galia fue un reflejo pálido y tenue de la civilización romana. Sin embargo, durante el siglo v se produjeron cambios cuyos agentes fueron los invasores del Imperio romano.

Las invasiones del siglo v

Los bárbaros se habían ido infiltrando en el Imperio romano desde varios siglos antes de que el último emperador fuese destronado. Vinieron en bandas guerreras, como aquellas a quienes Mario derrotara en Aquae Sextinae en el año 102 a. C., o aquellas que obligaron a fortificar improvisadamente las ciudades galas durante el siglo iii.

También habían venido como mercaderes, como colonizadores a la búsqueda de tierras que cultivar, como reclutas de la legión o como aliados federados que guerreaban por el Imperio. Los bárbaros ya estaban familiarizados con la civilización romana. Desde hacía mucho tiempo estaban habituados a adquirir los productos del Imperio y a vender su producción agrícola y forestal en sus asentamientos fronterizos. Cuando atravesaron el Rin o el Danubio ya sabían lo que tenían delante. Querían tierras para cultivar, mayor abundancia de artículos de consumo y acaso, más que nada, seguridad frente a sus propios enemigos, que les habían ido empujando hasta los mismos muros del Imperio.

La primera de las tribus germánicas que irrumpieron con fuerza desde la Europa centro-oriental fueron los godos. Habían abandonado sus regiones de origen en Escandinavia acaso ya en el siglo I y se habían asentado en las llanuras de la Europa oriental. Una vez allí se habían dividido en dos ramas: los visigodos, o godos del oeste, y los ostrogodos, en el este, antes de que el terror huno los volviera a empujar de nuevo. Los visigodos cruzaron el Danubio inferior y penetraron en los Balcanes, más como refugiados aterrorizados que como guerreros victoriosos. Sólo la cruel política de vacilaciones de los romanos los hizo volver contra sus opresores y los humillaron, asesinando al emperador Valente en la batalla de Adrianópolis (378).

Los visigodos permanecieron en los Balcanes durante algunos años y, en este tiempo, muchos de sus soldados se pusieron a sueldo del Imperio. Luego se trasladaron a Italia y, en el año 410, tomaron y saquearon la ciudad de Roma —destrucción que parece haber sido mucho menos severa que la que llevaron a cabo los soldados de Carlos V, en 1527—. De ahí se trasladaron a la Galia, extendiendo su reino por Aquitania, Auvernia y hasta el centro de España.

A los visigodos les siguieron sus antiguos vecinos, los ostrogodos, que también pasaron por los Balcanes e Italia, donde se convirtieron en servidores y beneficiarios del Imperio. En el ínterin, otros pueblos germánicos habían sido expulsados de sus hogares tradicionales en las llanuras septentrionales. El pueblo vándalo se desplazó primero hacia el Danubio y más tarde hacia el oeste, aliados con alanos y suevos, hacia el Rin y, a través de la Galia, hasta España. Permanecieron en el sur suficiente tiempo como para dejar su nombre a la región de Andalucía, antes de cruzar el estrecho y dirigirse al norte de África.

Otros pueblos germánicos emigraron a distancias más cortas: los alamanes, desde Germania sudoriental hacia la Galia oriental, y los borgoñones, desde la llanura septentrional hacia la Renania media, desde donde aquellos que sobrevivieron a la masacre de los hunos, emigraron a la provincia francesa que lleva su nombre. Los francos, el único de los pueblos germánicos en adquirir una importancia duradera, eran una asociación de tribus del noroeste de Germania. En el siglo v atravesaron el Rin y se difundieron lentamente por toda la Galia, fusionándose con borgoñones y visigodos. Hacia los mismos años, ciertos pueblos de las orillas del mar del Norte, conocidos colectivamente como anglosajones, cruzaron el mar y se asentaron en Britania.

Estas tribus, cuyo impacto en la historia de Europa ha sido tan profundo, estaban constituidas por grupos humanos relativamente pequeños. Es poco probable que las mayores de ellas —los visigodos o los francos— sobrepasaran en exceso los 100.000, entre hombres, mujeres y niños. Las más pequeñas, como por ejemplo, los alanos, los suevos o los borgoñones, no debieron ser muchos más de 20.000. Lo más probable es que la totalidad de pobladores germánicos en la Galia, durante el siglo v, ascendiese al 3 o 4 por 100 del total de la población y, por descontado, no más del 5 por 100. Los ostrogodos y los colonizadores lombardos en Italia, y los pueblos visigodo, suevo y vándalo en España debieron constituir seguramente una proporción todavía menor del total demográfico.

Sin lugar a dudas, la población del Imperio había descendido desde el siglo II. La magnitud de este descenso nos es desconocida, pero por las referencias contemporáneas a la falta de mano de obra, al abandono de tierras de labor y a la despoblación de ciudades, se deduce que debió de ser importante. Por ello, es poco probable que la inyección demográfica que representó la inmigración bárbara sirviera para elevar la población al nivel que había tenido en tiempos de los Antoninos. En otras palabras, ninguno de los pueblos invasores se vio *en la necesidad* de desplazar a los romanos ni de dedicarse a la ardua tarea de cortar el bosque ni de roturar tierras vírgenes, y no hay evidencia de que obraran de ese modo, excepto en casos poco significativos y no durante el período de las invasiones.

Los estudios detallados que se han realizado sobre toponimia y hallazgos arqueológicos vienen a demostrar que los colonos de la alta Edad Media se asentaron en las áreas ya ocupadas por los roma-

nos y raras veces se alejaron de ellas.[1] Casi siempre establecieron sus hogares en las proximidades de las casas de los romanos y debieron compartir con ellos el cultivo de los campos. La tónica del asentamiento germánico en Europa occidental fue más bien de continuidad que de revolución.

Cierto es que los invasores no se asentaron de un modo indiscriminado ni uniforme por todas las regiones que ocuparon. En términos generales, parece que supieron escoger los suelos más fértiles o los que podían cultivar con más facilidad y aprovechamiento. Los que cruzaron el Rin se situaron densamente a corta distancia de la antigua frontera imperial, llegando a constituir más del 5 por 100 hipotético de la población, que se ha postulado más arriba. Mas hacia el corazón de la Galia, donde sus asentamientos fueron menos numerosos, su contribución al total demográfico debió de ser bastante inferior al 5 por 100.[2]

Los invasores germánicos de la Europa occidental no sólo heredaron campos, granjas y aldeas sino también las instituciones sociales y políticas y los códigos jurídicos. Puede que no acabaran de entender éstos y que deteriorasen aquéllas, pero su contribución en ambos campos fue mínima. «El trasfondo de la ley sálica de los francos —escribía Wallace-Hadrill—, no es una ley clásica, sino vulgar, pero inconfundiblemente romana ... sus normas eran subproductos romanos.» [3] El nivel de civilización romana debió desfasarse o rebajarse en sus manos, pero no fue destruida.

Sin embargo, no puede decirse otro tanto de los invasores del siglo VI y subsiguientes. Procedían de regiones muy alejadas del núcleo de la civilización y del poder romano y, en su mayoría, habían sido muy poco influenciados por Roma. Algunos, en especial los pueblos arábigo-bereberes de religión musulmana, le eran realmente hostiles.

Los lombardos, que iniciaron la penetración en Italia en el año 568, habían permanecido durante cierto tiempo a lo largo del Danubio procedentes del área del Báltico. Más que ningún otro pueblo

1. Véase Charles Higounet, «L'occupation du sol du pays entre Tarn et Garonne au Moyen Âge», *Ann. Midi*, 65 (1953), pp. 307-330, y Jacques Baussard, «Essai sur le peuplement de la Touraine du I^er^ au VIII^e^ siècle», *Moyen Âge*, XL (1954), páginas 261-291.

2. Franz Petri, *Germanische Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich*, Bonn, 1937.

3. J. M. Wallace-Hadrill, *The long-haired kings*, Methuen, Londres, 1962, pp. 8-9.

invasor habían conservado la organización de las tribus, que se unieron para la guerra y la conquista, y con la paz se volvieron a disgregar. El estado lombardo de Italia se centró en Pavía, pero muy pronto se desintegró en «ducados» autónomos, dos de los cuales, Spoleto y Benevento, permanecieron como enclaves lombardos en la Italia central y meridional. Los lombardos «estaban tan poco familiarizados con las leyes de Roma como con su lenguaje».[4] Si el código ostrogodo de Teodorico había sido, de hecho, un extracto de la legislación tardía romana, aplicable tanto a los godos como a los romanos, el código lombardo ponía en evidencia una sociedad en que las actividades principales eran la guerra y la caza. Se ocupaba ante todo de cuestiones tan primitivas como el *wergild*, o rescate por los agravios de sangre, acercándose, de ese modo, más a las primitivas leyes anglosajonas que a los códigos de godos y francos.

Mientras los lombardos ocupaban la Italia septentrional, los eslavos se extendían hacia el sur, por los Balcanes. Poco se sabe de su número o de las rutas que siguieron. Seguramente tropezaron con una población muy escasa en el interior de la península y debieron incrementarla en muy poco. Procopio escribió: «Viviendo un hombre alejado de su vecino, ocupan su país de un modo esporádico ... en consecuencia ... poseen grandes extensiones de terreno».[5]

Entre los últimos invasores del siglo VI se contaban los ávaros y los búlgaros. Los primeros ocuparon la parte norte de la llanura húngara hasta que Carlomagno los destruyó. Los segundos se asentaron en los llanos que rodean el mar Negro, pero muy pronto fueron absorbidos por los otros pueblos eslavos que estaban allí con anterioridad.

En la mayoría de las provincias de la Europa oriental apenas si hubo continuidad entre las instituciones y la actividad económica del Imperio romano y las sociedades que le sucedieron. Las ciudades costeras del Imperio bizantino retuvieron su actividad corporativa y sus ciudadanos se dedicaron al comercio marítimo, pero a Monembasia, en la Grecia meridional, se la describía en el siglo VIII como *in slavonica terra*. Los eslavos habían destruido las ciudades costeras de Dalmacia, y si Tesalónica se salvó de la destrucción fue debido, según

4. Gino Luzzatto, *An economic history of Italy from the fall of the Roman Empire to the beginning of the sixteenth century*, Routledge, Londres, 1961, p. 18.
5. Procopio, VII, 14, 29-30.

se decía, a un milagro atribuido a san Demetrio. En el interior de la península balcánica la destrucción del legado de Roma fue completo.

El período de las invasiones bárbaras fue, sin duda, de una destrucción inmensa y de grandes pérdidas de vidas humanas. Ciudades saqueadas, aldeas quemadas y cosechas destruidas. Y, sin embargo, bajo el espectro de la guerra, la vida siguió casi sin cambios. Se siguieron edificando villas y las transacciones de tierras continuaron. Si la ciudad de Tréveris fue destruida cuatro veces,[6] es evidente que tuvo que haber algún grado de recuperación entre cada destrucción. Sidonio describía la destrucción de Augustonemetum (Clermont), pero añadió que se había reconstruido y ocupado de nuevo.[7] Señaló que los godos destruyeron las cosechas en el valle del Ródano, pero pudo encargar a su amigo Paciente, obispo de Lyon, que comprara grano para alimentar a los necesitados.

Los invasores bárbaros del oeste no eran en absoluto enemigos del orden romano. Hubo colaboración, e incluso amistad, entre los pueblos opuestos, en los intervalos entre los períodos bélicos. Los invasores respetaban y aprendían del sistema social y político romano y los provinciales romanos llegaron a temer, si es que no a respetar, a sus nuevos dueños. Dopsch tiene toda la razón al insistir en la continuidad de las instituciones y de las ideas durante el período de las invasiones. Siagrio, que murió resistiendo la invasión franca, creía que había valido la pena el tiempo dedicado a aprender la lengua germana[8] y, si creemos al disléptico Salviano, los pobres del sur de la Galia buscaban refugio bajo la protección de los bárbaros «porque no podían seguir soportando la salvaje crueldad que hallaban entre los romanos».[9]

En Italia, a pesar de la destrucción producida por las guerras góticas y la incursión y asentamiento de los lombardos, la continuidad de las instituciones sociales y económicas fue, probablemente, más clara que en la Galia. Unas cuantas ciudades destruidas por los lombardos, otras saqueadas por los godos, pero, en general, la vida urbana continuó sin impedimentos, aunque a menor escala. También en España la dirección pasó de los jefes hispano-romanos a

6. Salviano, VI, 8 y 13.
7. Sidonio Apolinario, *Cartas*, III, n.º 2.
8. Sidonio Apolinario, *Cartas*, V, n.º 5.
9. Salviano, V, 5.

los visigodos, pero los invasores no pudieron ser más del 5 por 100 de la población [10] y en su mayoría se asentaron en lo que después sería Castilla la Vieja. En el resto del país, la vida no sufrió grandes cambios con respecto a la rutina de la época imperial. Los invasores habían recibido una parte de la tierra como *hospites* del Imperio romano y aprendieron las técnicas agrícolas de los romanos.

Villa y señorío

Los tres siglos comprendidos entre el fin del Imperio de Occidente y el reinado de Carlomagno son, acaso, los más oscuros de toda la historia de la civilización occidental. Las fuentes disponibles son escasas y plantean tantas preguntas como resuelven. ¿Qué extensión tuvo la villa y hasta qué punto era, topográficamente, la heredera de las haciendas de los últimos romanos? ¿Cuál era la situación de los que trabajaban las tierras de las villas y cuál su relación con un campesinado libre e independiente? Finalmente, ¿hasta qué punto existía un mercado para los productos agrícolas y, a la inversa, qué dependencia sufrían los campesinos y los propietarios de las villas con respecto a los productos del artesanado, urbano o no?

No hay respuesta tajante para ninguna de estas preguntas. El punto de vista romanista extremo, hoy en gran medida desacreditado, contemplaba la estructura de las propiedades rurales en el siglo IX como esencialmente idéntica a la anterior a las invasiones. La Galia, tal como la retrata esta escuela, estaría formada por haciendas, similares a las que Sidonio Apolinario poseía en las cercanías de Clermont, en Auvernia. Consistía en una residencia, que debió tener cierto parecido con la villa que construyera Plinio el Joven en Toscana. La propiedad comprendía «extensos bosques y prados floridos, pastos con abundante ganado y una buena dotación de campesinos trabajadores», pero el viejo aristócrata romano no quiso dar descripción alguna de su explotación. Tanto él como sus amigos vivían «aterrorizados en un mar de tribus» [11] pero, incluso en esos tiempos turbulentos, siguieron incrementando sus haciendas, con-

10. J. Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1972⁹, p. 82.
11. Sidonio Apolinario, II, n.º 2.

virtiéndose en protectores de los pobres y reduciendo a los hombres libres a la condición de *coloni*. Los pobres, escribía Salviano «se ponían bajo la protección de los poderosos, se convertían en los cautivos rendidos de los ricos y se sometían a su jurisdicción» [12] perdiendo en el proceso sus pequeñas propiedades.

Las propiedades tipo villa aumentaron, con seguridad, tanto de número como en dimensiones a lo largo de ese período, pero las aldeas (*vici*) de propietarios libres no habían desaparecido en absoluto, ni tan sólo en el siglo IX. Las haciendas mayores eran las de los jefes bárbaros. Procedían de las haciendas imperiales, incrementadas con las tierras confiscadas y expropiadas. Eran la base de la riqueza de los reyes francos y godos, produciendo rentas suficientes para el mantenimiento de sus cortes y ejércitos, y también suponían un medio con qué recompensar los servicios de sus subalternos y con qué pagar las oraciones de la Iglesia. La fuerza de los primeros reyes merovingios se originó, en parte, en el control que ejercían sobre la tierra. La debilidad de sus últimos sucesores se debió, más que nada, a la negligente dispersión de sus propiedades.

Probablemente fue la Iglesia el mayor receptor de dádivas reales durante esos siglos. La época merovingia fue el período de mayor actividad, en cuanto a fundaciones y dotaciones de monasterios, al oeste del Rin y en Italia, del mismo modo que la época carolingia lo iba a ser en la Europa central. Gracias a la generosidad de reyes y de laicos, se constituyeron enormes propiedades, tal como lo indicarían los polípticos del siglo IX. Los reyes hacían también concesiones de tierras, e incluso de siervos,[13] a sus seguidores, de modo que las propiedades laicas fueron creciendo desde la base, gracias a las encomiendas de campesinos (ver p. 65), y, al mismo tiempo, desde arriba merced a las concesiones reales.

Sin embargo, tales concesiones se hacían habitualmente, por un cierto número de años y, normalmente, el concesionario recibía el usufructo a lo largo de toda su vida. A cambio, él debía prestar un servicio, costear los gastos de un empleo o, acaso, sólo rendir homenaje. Sin duda alguna, el interés del concesionario radicaba en convertir la concesión en hereditaria, en favor de sus descendientes y, aunque tenemos noticias de la devolución de muchas propie-

12. Salviano, V, 8.
13. Gregorio de Tours, VI, 32.

dades al rey, fueron seguramente muchas más las que se perdieron para la fiscalidad real. Los primeros carolingios, en particular Carlos Martel, tuvieron éxito en obtener la devolución de las tierras alienadas, incluyendo algunas que habían pasado a manos de la Iglesia, pero muchas de ellas volvieron a perderse, especialmente bajo el reinado de Ludovico Pío, cuando la generosidad real alcanzó proporciones peligrosas.

La concesión de tierras —*beneficium* o beneficio— fue en su origen una especie de salario por los servicios prestados, incluso tratándose tan solo de la donación de limosnas por parte de una comunidad monástica. La carencia de dinero procedente de imposiciones regulares y la falta de otros medios obligó a los reyes merovingios y godos a pagar de ese modo a sus fieles sirvientes. Sin embargo, fue haciéndose corriente que la concesión de un beneficio fuese acompañada de la inmunidad del concesionario y la encomienda de éste a su señor. La inmunidad era la exención de las tierras en cuestión de toda otra jurisdicción; la encomienda era el acto, mediante el cual, el concesionario juraba homenaje y se convertía en «hombre» de su señor. Veamos una carta de Ludovico Pío del año 815.

> Cierto hombre nuestro, llamado Juan, ha venido ante nos y nos ha pedido permiso para ocupar y tomar posesión de todo lo que nuestro padre y también nos le hemos concedido [seguramente *in beneficio*], junto con todo aquello que él o sus hijos hayan ocupado en el pasado. Nos ha mostrado la carta que nuestro padre le dio; pero hemos ordenado otra para él y hemos mejorado la antigua. Concedemos a nuestro fiel hombre, Juan, en el distrito de Narbona ... con tierras tanto cultivables como incultas y todo aquello que tanto él como sus hijos han ocupado en otros lugares; y todo aquello que él y sus hijos poseerán como donación nuestra; ellos y sus sucesores lo tendrán de nos exento de rentas y libre de cualquier otra molestia. Ningún conde, vicario, mayordomo ni oficial alguno debe atreverse a detener o juzgar a ninguno de sus hombres que allí vivan; sólo Juan, sus hijos y sucesores deberán hacerlo ... Y a fin de que esta carta tenga vigor la hemos sellado con nuestro sello.[14]

14. *Ausgewählte Urkunden zur Erläuterung der Verfassungsgeschichte Deutschlands im Mittelalter,* eds. Altmann y Bernheim, Berlín, 1904, p. 289, traducido en *A source Book for Medieval Economic History,* eds. R. C. Cave y H. H. Coulson, Biblo and Tanner, Nueva York, 1965, pp. 27-28.

Aquí tenemos ejemplificada, no sólo la negligente generosidad del propio Ludovico, sino también la combinación de la concesión de *beneficium*, la encomienda de Juan respecto a *todas* sus tierras y la concesión a éste de *immunitas* con respecto a cualquier otra jurisdicción para la totalidad de sus posesiones. Se encuentran presentes la mayoría de los elementos del feudalismo posterior.

Las propiedades agrarias, la única fuente importante de ingresos y de influencia de la realeza, se administraban con mucho cuidado. El propio Carlomagno fijó la pauta. Las capitulaciones conocidas como *Brevium exempla* eran el catálogo de tres conjuntos de propiedades agrarias, situadas respectivamente en Suabia, Alsacia y Artois,[15] de las cuales sólo la última era de hecho una posesión imperial. Las otras dos pertenecían al obispo de Augsburgo y a la abadía de Weissenburg. El *Brevium exempla* pretendía, como su nombre indica, servir de modelo a otros inventarios. Sin lugar a dudas, la razón para su recopilación era conservar un registro de las alienaciones de tierras *in beneficio* y asegurar su devolución posterior al señor que las había concedido. Los sucesivos repartos del Imperio carolingio entre los descendientes de Carlomagno, aunque aparentemente eran divisiones de soberanía, fueron, de hecho, intentos de asegurarse una parte equitativa de las propiedades imperiales.

No ha llegado hasta nuestros días ningún inventario de las propiedades imperiales, pero sabemos bastante de las posesiones de por lo menos siete monasterios del siglo IX de la Europa occidental. El más antiguo y también el más detallado de todos ellos es el políptico que el abad Irminón mandó recopilar, referente a las tierras de la abadía de Saint-Germain, en las proximidades de París.[16] Sólo se han conservado la mitad de los textos originales, pues el resto desapareció durante un incendio ocurrido en el siglo XVIII (ver página 149). El texto describe 25 villas pertenecientes a la abadía y que se extendían geográficamente desde las cercanías de Château Thierry, por el este, hasta las vecindades de Nogent-le-Retrou, a unos 120 km al oeste de París, además de otras posesiones al sur

15. El nombre completo es: *Brevium exempla ad describendas res ecclesiasticas et fiscales*; aparece impreso en *MGH*, Leges, I, 250-256 y su editor lo ha datado del 810.

16. El texto se ha publicado en dos ocasiones, acompañado de largas introducciones críticas: *Polyptyque de l'abbé Irminon*, ed. B. Guérard, 2 vols., Imprimerie Royale, París, 1844; y *Polyptyque de l'Abbaye de Saint-Germain-des-Prés*, ed. A. Longnon, H. Champion, París, 1895.

del Loira y en la desembocadura del Sena (figura 2.1). La mayoría de las haciendas parece que se trataba de territorios compactos, agrupados alrededor de una casa solariega. Casi la mitad estaban divididos entre la reserva cultivada en beneficio de la abadía y lotes campesinos. Sin embargo, al oeste de París, cuando menos cuatro haciendas estaban compuestas en su mayoría por tenencias pequeñas y desperdigadas, algunas de las cuales aún no han podido ser identificadas. Es posible que cada una de estas haciendas fuese el resultado de una amalgama de tierras procedentes de legados y encomiendas al monasterio.[17]

Otro monasterio que había adquirido extensas posesiones era el de Saint-Rémy, de Reims. El abad Hincmar realizó, en el año 861, el inventario de las tierras, pero sólo nos ha llegado una copia del siglo XVIII.[18] Sus posesiones, que se encontraban en las proximidades de Reims, estaban formadas, en su mayoría, por bloques compactos de terreno, y unas cuantas posesiones desperdigadas y pequeñas.

El políptico de Montier-en-Der, cerca de Saint Dizier, en la frontera de Champaña y Borgoña, se recopiló entre los años 832 y 845. Hace referencia a unas 30 villas, la mitad de las cuales estaban divididas entre reserva y tenencias de campesinos dependientes. Lobbes, en el valle del Sambre, en Bélgica y Saint-Bertin, cerca de Saint-Omer en el Flandes Occidental, tenían también cierto número de villas compactas, en su mayoría también repartidas entre mansos en arrendamiento y reserva.

El monasterio de Prüm, situado en el valle del Eifel, al norte de Tréveris, poseía un gran número de posesiones muy desparramadas. El monasterio fue incendiado en el transcurso de una incursión vikinga, y en el año 893 se hizo un inventario de todas sus posesiones, cuando aún había posibilidad de realizarlo.[19] Tenía, en esa época, más de un centenar de posesiones, individualmente muy pequeñas y esparcidas por un área que se extendía desde Lorena al Ruhr y desde las Ardenas, en Bélgica, hasta la Renania central.

17. Véase N. J. G. Pounds, «Northwest Europe in the ninth century, its geography in the light of the polyptyques», *AnnAAG*, LVII (1967), pp. 439-461.

18. *Polyptyque de l'Abbaye de Saint-Rémy de Reims*, ed. B. Guérard, Imprimerie Impériale, París, 1853.

19. «Güter-Verzeichnung der Abtei Prüm von 893», *Urkundenbuch zur Geschichte der mittelrheinischen Territorien*, ed. Heinrich Beyer, I (1860), pp. 142-201.

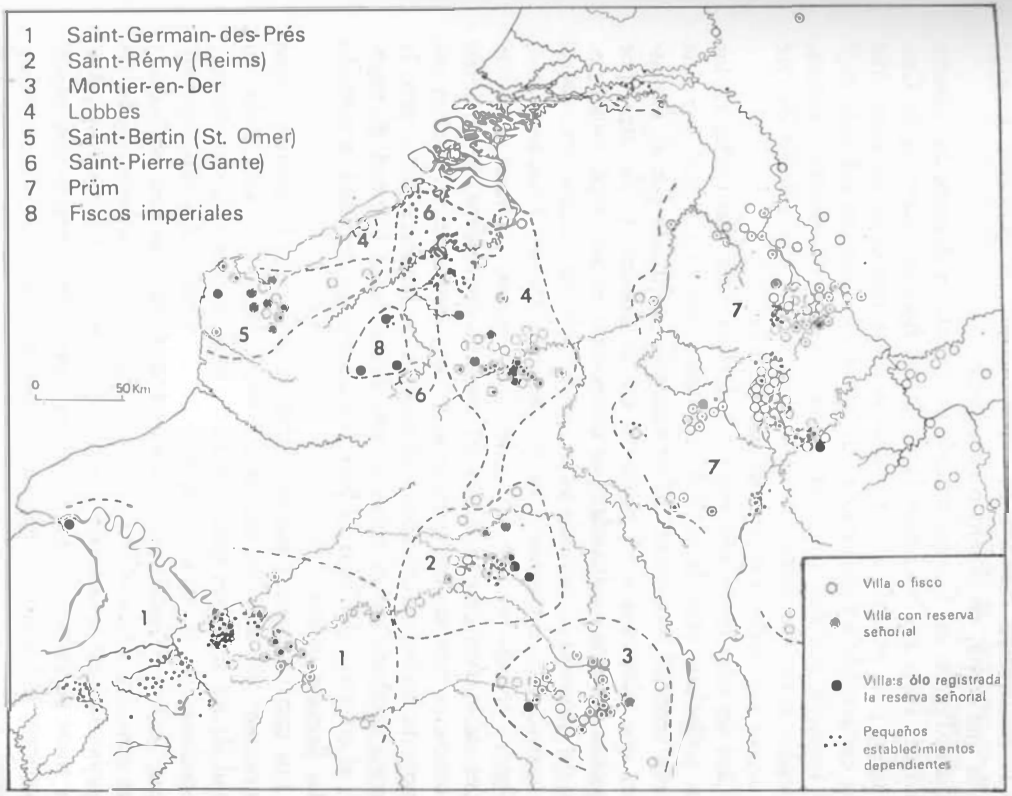


FIGURA 2.1

Fiscos registrados en los polípticos del siglo IX que se han conservado

Las tierras de Prüm cubrían un área más amplia que las de cualquier otra propiedad conocida, pero la mayoría de las unidades que la constituían carecían de reserva y sólo proporcionaban a la abadía una renta, en dinero o en especie.

Saint-Pierre, en Gante, realizó un inventario durante la primera mitad del siglo IX. No siguió la pauta del *Brevium exempla* de Carlomagno, y es posible que ni tan solo fuese conocido. La lista, que se ha conservado en un catálogo de legados monásticos del siglo IX,[20] está formada por una sucesión de pequeños asentamientos, mansos, separados e incluso lotes de tierra aislados. No hay indicios de que las tierras hubiesen sido organizadas en villas.

Casi un cuarto del número total de haciendas registradas en los siete polípticos eran bipartitos, formados, de una parte, por una reserva señorial —*mansus indominicatus*— cultivada por el monasterio, que almacenaba el producto en su granero y, de otra, por pequeñas tenencias cultivadas por campesinos en su propio beneficio. Sólo un pequeño número de villas —dieciocho en el año 275— estaban constituidas exclusivamente por reserva señorial. Eran en efecto, haciendas trabajadas por mano de obra esclava, similares a las de finales de la Antigüedad. Unas 80 carecían de reserva. Se dividían en tenencias campesinas, o mansos, y sus arrendatarios pagaban comúnmente las rentas en especie. Algunos eran hombres libres, pero la mayoría estaban, de un modo u otro, privados de libertad. Se parecían al colonato del bajo Imperio romano y, en realidad, a menudo se les llamaba *coloni*.

Los que trabajaban sus tenencias en haciendas bipartitas, y que constituían casi los dos tercios del total, lo hacían, ante todo, en virtud de los servicios que prestaban en la reserva señorial. Sin sus prestaciones, la reserva no se hubiese cultivado. Además, normalmente tenían obligación de realizar transportes, lo que obligaba a estar ausentes de la villa durante varios días, y también habían de suministrar ciertos artículos, tales como pollos, huevos y tejidos. Sólo unos pocos tenían que pagar en dinero. El extracto que sigue, procedente del corto y fragmentado políptico de la abadía de Saint-Amand, en las cercanías de Lille, al norte de Francia, ilustra este tipo de relación.

20. *Liber Traditionum Sancti Petri Blandiniensis*, ed. Arnold Fayem, en *Cartulaire de la ville de Gand*, 2.ª serie, I (Gante, 1906) pp. 10-52.

En la hacienda de Businiacas hay un manso de reserva, con casa y otras edificaciones, así como también jardín, huerto y capilla. La reserva está constituida por dieciséis *bonniers* [unas 20 hectáreas] de tierras de labor. De éstos, cinco *bonniers* se siembran en otoño con 20 modios y 6 se siembran en primavera con 36 modios. Hay 4 *bonniers* de pastos de los que se obtienen 30 cargas de heno. Unos 3 *bonniers* están cubiertos de matorral. Hay un molino que produce unos 20 modios al año.

Hay 11 mansos, pagando cada uno de ellos 10 modios de malta y 2 modios de lúpulo; y como compensación [*pro levamine*] un dinero y también un cerdo. Deben trabajar en los viñedos uno de cada dos años, o en su lugar pagar un sueldo. Cada siete años deben pagar un sueldo por el servicio militar [*pro hostelicio*]. Suministran una libra de lino, un pollo y cinco huevos. Hacen [*wagtas*]. Trabajan dos días por semana con un buey y un tercer día suministran trabajo manual.[21]

Había otros diez mansos cuyas prestaciones en trabajo y débitos en especie diferían en pequeños aspectos de los otros once mansos anteriormente citados. También había 28 esclavas, cada una de las cuales debía pagar un sueldo —lo que significaba que su situación servil era poco menos que total—. Finalmente, había suficiente bosque como para mantener una piara de diez cerdos.

Así que, en los primeros años del siglo IX, ya se hallan presentes los aspectos fundamentales del señorío medieval. ¿Cómo —podemos preguntarnos— se llegó a originar la villa bipartita? Tal tipo de hacienda, durante el alto Imperio romano, se hubiese cultivado como un todo con mano de obra esclava. La disponibilidad de esclavos disminuyó durante el bajo Imperio y dejó de ser posible llevar a cabo la explotación de una hacienda mediante ese método. Por otra parte, la inseguridad que se vivía en esa época forzó a un creciente número de hombres libres a encomendarse, junto con sus tierras, al potentado del lugar, que tenía posibilidad de protegerlos. Esta práctica se había desarrollado mucho antes del fin del Imperio de Occidente y la tendencia aumentó en los siglos siguientes. El campesino encomendado carecía, en adelante, de libertad completa; algo debía aportar a cambio de la protección recibida y ¿qué era más fácil que cargar sobre sus espaldas por lo menos parte de las

21. Este corto políptico, que sólo consta de cuatro párrafos, lo imprimió B. Guérard en su edición del *Polyptyque* de Irminón, I, pp. 925-926; traducción a cargo del autor.

obligaciones desempeñadas anteriormente por la *familia rústica* de esclavos campesinos?

Los *coloni* ya no eran propietarios de sus tierras, pero éstas, por regla general, no se absorbían en la reserva. De haber sido así, hubiese recaído sobre el señor la obligación de mantener a sus *coloni*. Era mucho más fácil exigir de éstos la realización de todas las tareas que fuesen necesarias para el buen funcionamiento de la hacienda y, además, dejarles que se mantuviesen a sí mismos, cultivando sus pequeñas tenencias en el tiempo de que dispusieran, una vez que hubiesen cumplido con sus deberes para con el señor.

El sistema de villa bipartita era, pues, la manera más sencilla de hacer cultivar la tierra. Se proveía a cada *colonus* de un manso o *hufe*. No parece que hubiera quejas en cuanto a tratos desiguales, aunque el manso medio en las tierras de Saint-Germain era del orden de 9,5 *bonniers*, o de unas 9 hectáreas. Un manso era, por regla general, lo que se necesitaba para mantener a una familia campesina. El diagrama (figura 2.2) muestra las dimensiones, en *bonniers*, de los 936,5 mansos de Saint-Germain registrados. El *mode* era entre 7 y 9 *bonniers* (9-11 hectáreas), aunque podían pasar de menos de 3 a más de 33. Los mansos de Saint-Rémy de Reims, hasta un número de 248,5, tenían una dimensión media de poco más de doce *bonniers* (15 hectáreas). Los registros muestran la existencia de medios-mansos, como si la presión demográfica empezara a exigir la partición de las tenencias entre los herederos. Es probable que los mansos más pequeños enumerados en las tierras de Saint-Germain y Saint-Rémy se hubiesen originado de ese modo.

La mayoría de las villas del siglo IX, de cuya información disponemos, carecían de reserva. Puede que los *coloni* proporcionaran prestaciones en trabajo, pero éstas no podían incluir la labranza de tierras señoriales, ya que no tenían. Entre sus deberes se incluía la tala de árboles en los bosques, la preparación de pértigas para emparrar las vides y el cortar madera para tejados. Sus esposas hacían paños de lana y lienzos; otros pagos en especie los constituían aves, huevos y lechones. Las villas carentes de reserva eran considerablemente menores que las de régimen bipartito, de manera que, en ellas, la organización de un *mansus indominicatus* hubiese resultado difícil, por no decir imposible. Además, las villas sin reserva acostumbraban a quedar a gran distancia de los monasterios (figura 2.1). Con toda seguridad tales villas eran *vici* cuyos campesinos

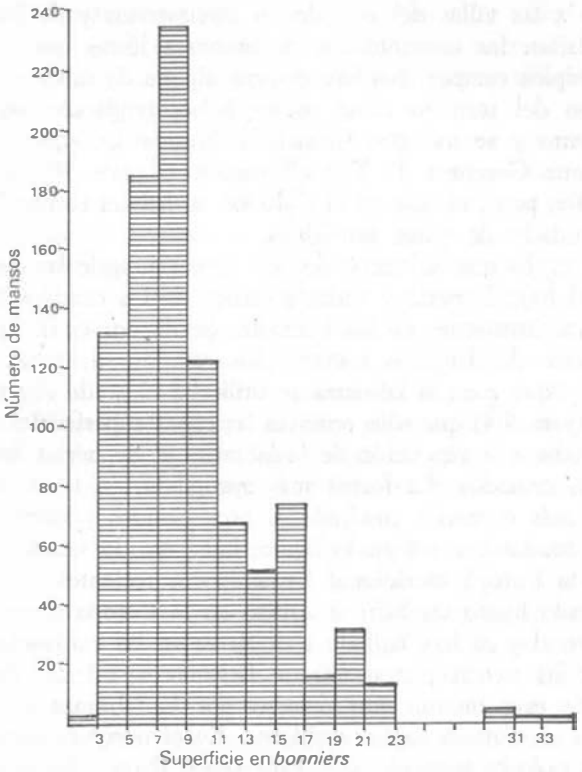


FIGURA 2.2

Tamaño de los mansos de la abadía de Saint-Germain, hacia 810

libres se habían encomendado, produciendo la «incorporación de la aldea a la esfera de acción de un gran terrateniente».[22] Más aún, algunas villas incluían asentamientos pequeños y remotos, consistentes en un solo manso o fracción de éste. ¿Se trataba de tierras recién arrebatadas al bosque o tan sólo las propiedades de un campesino que se había encomendado a un monasterio, en busca de seguridad? Jamás conoceremos la respuesta.

22. Robert Latouche, *The birth of Western economy*, Mathuen, Londres, 1961, p. 69.

Junto a las villas del rey, de los monasterios y de los señores laicos existían las comunidades de hombres libres que trabajaban en sus propios campos. No hay manera alguna de saber su número. El empleo del término *vicus* parece haber implicado tal tipo de asentamiento y se usó con frecuencia durante los siglos VI y VII. Se dice que Gregorio de Tours [23] mencionó unos 70. Su número iba de baja, pero, ni aún en el siglo IX, se habían convertido todos en comunidades de *coloni* semilibres.

Poco es lo que sabemos de los sistemas agrícolas practicados durante el bajo Imperio y todavía menos de los cambios introducidos por las invasiones de los bárbaros. Se da por cierto que, en la mayor parte del Imperio romano, los campos se araban en años alternos, y que para la labranza se utilizaba el arado ligero mediterráneo (figura 5.4) que sólo removía las capas superficiales del terreno. Obligaba a la repetición de la labranza y, de hecho, los campos resultaban cruzados. La forma más apropiada, en estas circunstancias, era más o menos cuadrada, y esos campos pequeños y compactos, labrados con un arado ligero, han seguido siendo característicos de la Europa meridional hasta épocas recientes.

El arado ligero también se utilizó en la Europa septentrional y noroccidental y se han hallado ejemplares en las excavaciones realizadas en las tierras pantanosas de Dinamarca, además de que las marcas de este instrumento dejadas por la labranza cruzada han persistido en algunos suelos arcillosos. En el noroeste céltico prevalecía una práctica parecida, y la *Vita Sancti Breoci* describe el modo como unos cuantos monjes arrebataron tierras al bosque, abrieron pequeños campos y los araron, cruzándolos, con arados ligeros.[24]

A partir de una fecha desconocida comenzó a difundirse le utilización del arado pesado por zonas de Alemania, los Países Bajos y el norte de Francia. Este instrumento iba tirado por una pareja de animales. Su cuchilla hacía un surco vertical en el suelo, mientras que la reja lo cortaba horizontalmente y la orejera removía la tierra enterrando los yerbajos (ver p. 227). Normalmente un par de ruedas ayudaban a aligerar el peso y controlaban la profundidad del surco. Era un instrumento tosco; los animales que tiraban de él requerían

23. Auguste Longnon, *Géographie de la Gaule au VI^e siècle*, Librairie Hachette, París, 1878, p. 16.

24. *Vita Sancti Breoci*, cap. 47, en G. H. Doble, *Saint Brioc*, Exeter, 1928.

la labor de dos hombres por lo menos, y era muy difícil girarlo al final del surco. Por eso se tendió a labrar la tierra en franjas o estadios,* cada uno de los cuales venía a significar un día de labranza, y las franjas se agrupaban en campos.

La yunta necesaria para tirar de un arado podía mantenerse en la reserva, pero excedía la capacidad de una familia campesina. Los que debían prestar servicios de labranza en las tierras de Saint-Amand estaban obligados a presentarse con un buey. Sólo la comunidad podía disponer de una yunta. Allí donde se adaptó el arado pesado, la labranza era una tarea comunitaria e impuso sus propias reglas a la tierra. El haz de franjas labradas en un mismo esfuerzo comunitario constituyó un solo campo y así debió continuar hasta que los *enclosures* o *remembrements* (cerramientos) de los tiempos modernos cambiaron la situación. Es muy poco probable que las comunidades pequeñas, como las registradas en el políptico de Saint-Germain, al oeste de la cuenca de París, pudiesen mantener un arado pesado.

El políptico de Saint-Rémy sí que indicaba las dimensiones y el número de franjas contenidas en la reserva de la abadía. Tenían, por lo menos en teoría, un décimo de *bonnier* de superficie y su longitud era diez veces su anchura. En realidad, las dimensiones de la franja o *mappa* variaban ampliamente (tabla 2.3). Consideraciones económicas, tanto de tiempo como de esfuerzo, aconsejaban intercalar las franjas de la reserva con las de los *coloni*.

La introducción del arado pesado fue una innovación importante porque permitió la puesta en cultivo de tierras duras y difíciles, pero potencialmente fértiles. Seguramente su utilización se difundió a partir de Alemania meridional, pero se desconoce si se adoptó de manera generalizada antes de la caída del Imperio de Occidente o si fue difundido por los invasores alamanes o francos. Por la forma de las rejas, hay indicios de que los romanos conocían su existencia.[25] Parece haber sido general, aunque no universalmente, adoptado en las regiones entre el Loira y el Rin, pero debió de utilizarse poco o nada al sur del Loira. Greogrio de Tours describía las tierras de los alrededores de Dijón como fértiles «y tan productivas que los

* El estadio es una unidad de longitud equivalente a un octavo de milla, es decir, a unos 175 metros. (*N. de ed.*)

25. K. D. White, *Agricultural Implements of the Roman World*, University Press, Cambridge, 1968.

campos se siembran después de una sola labranza, a la que sigue una cosecha grande y rica.[26] ¿Quería eso decir que el uso del arado pesado se había extendido hasta el valle del Saona y que Gregorio, más familiarizado con Turena y Auvernia, no lo había visto con anterioridad?

A los *coloni* y a los *servi* de las tierras de la villa se les llamaba a realizar las tareas de labranza y, a veces, debían aportar un buey, pero nunca debían traer el arado. Se tiende a creer que una herramienta tan grande y compleja como el arado pesado con ruedas sólo podía aportarla el señor y que sólo se utilizó en las villas que incluían un *mansus indominicatus*. No parece probable que se utilizara el arado pesado en *villae* sin reserva y por ello es improbable que la tierra de labor se distribuyera en franjas. La verdad es que no parece posible que en aquellas aldeas menudas, de tres o cuatro *mansi*, como las que constituían la mayor parte de las propiedades de la abadía de Prüm, hubiese ningún arado pesado.

La villa de Malbunpreyt (Malbonpré en las Ardenas de Alemania occidental) tenía quince *culturae*, administradas colectivamente por la abadía de Prüm, en régimen de *mansus indominicatus*.[27] Evidentemente, estaban muy diseminadas por toda la campiña de las Ardenas y el registro las describe como «junto al río», «en el valle», «*in longunpret*», y así sucesivamente. Se indicaba, para cada uno de ellos, la cantidad de grano necesario para la siembra. Las cantidades oscilaban entre 6 modios y 110 modios, siendo la cantidad total 767 modios. Puede demostrarse que en las tierras de Saint-Germain se sembraba avena a razón de cinco modios por *bonnier*. Según esta base las *culturae* debieron oscilar entre algo más de un *bonnier* (alrededor de 1,2 hectáreas) y 22 *bonniers*, o 20,2 hectáreas, las *culturae* menores acaso fuesen sólo claros practicados en el bosque; las mayores debieron organizarse en franjas o campos de algún tipo, pero nada sabemos acerca del sistema de cultivo y de labranza.

Las condiciones de la agricultura medieval requerían dejar los campos en barbecho frecuentemente. En la zona de agricultura mediterránea era costumbre producir cereal en régimen de año y vez, mientras que en la Europa noroccidental, los campos se dejaban en barbecho uno de cada tres años. En las regiones meridionales, con

26. Gregorio de Tours, III, 19; traducción de O. M. Dalton.
27. Políptico de Prüm, *cap.* 46.

inviernos suaves y veranos secos, lo común era sembrar el cereal en otoño y cosechar a principios de verano, antes de que el calor y la sequía la echasen a perder. La siembra en primavera tenía pocas posibilidades de madurar a tiempo y se llevaba a cabo muy pocas veces. Sin embargo, en la Europa noroccidental, ya en el siglo IX, por lo menos en algunas villas con reserva señorial, se había desarrollado la práctica de alternar 1) granos de siembra otoñal; 2) granos de siembra primaveral; 3) barbecho.

El políptico de Saint-Amand, al que ya se ha hecho referencia (pp. 64-65) indica tanto el área sembrada y la cantidad de simiente empleada, como el área total de tierra dedicada al cultivo cerealístico (ver tabla 2.1).

TABLA 2.1

Saint-Amand: superficie de tierra de cereal en régimen de siembra otoñal y primaveral (en «bonniers»)

Villa	Siembra otoñal	Siembra primaveral	Barbecho	Total
Businiacus	5	6	[5]	16
Madria	10	10	[10]	30
—*	16	16	[16]	48
Millio	5	5	[5]	15

* Nombre tachado en el manuscrito.

Aquí aparecen tres grandes campos, o por lo menos tres áreas de un tamaño aproximadamente igual, que se trabajaban rotativamente. El caso de Saint-Amand se ha citado a menudo como si fuese el paradigma de las haciendas del período carolingio. De hecho, una simplicidad tan diáfana era rara y los sistemas de cosecha eran desaliñados en extremo. Sin embargo, de una manera general, podemos estimar el área de tierra de cereal sembrada en primavera y en otoño, respectivamente, por la cantidad de simiente empleada o del trigo cosechado. Las cosechas de cereales eran:

Siembra otoñal: trigo, espelta,[28] centeno.

28. La espelta era una subespecie del trigo común. Su característica principal es que el grano se desprende con dificultad de la cáscara, al ser trillado.

Siembra primaveral: cebada, avena y, ocasionalmente, espelta.

Casi todas las referencias de este período evidencian el desnivel existente entre el grano de siembra otoñal y el de siembra primaveral. La cantidad de grano *sembrado* en las tierras de la abadía de Saint-Rémy o recibido como tributo de los arrendatarios aparece en la tabla 2.2.

TABLA 2.2

Saint-Rémy: grano sembrado o recibido como tributo (en modios)

Tipo de cereal	Sembrado en la reserva	Porcentaje	Recibido de arrendatarios	Porcentaje
Trigo (*frumentum*)	150	1,7	55,5	2,3
Centeno (*sigilum*)	586,5	6,5	53,5	2,2
Cebada (*ordeum*)	6	0,1	271,5	10,9
Espelta (*spelta*)	7.256	80,7	2.024	81,6
Avena (*avena*)	—	—	15,5	0,6
Variedad no especificada (*annona*)	988	11	60	2,4
	8.986,5	100	2.480	100

Es muy difícil concertar esas cifras con cualquier sistema de rotación de tres campos. El predominio de la espelta, generalmente en la cosecha sembrada en otoño, es abrumadora. Una situación bastante parecida se da en las tierras de Lobbes. Hay que suponer que en esos casos se llevó a cabo el sistema de rotación mediterráneo de año y vez, con barbecho para la siembra otoñal, insinuándose la interesante hipótesis de que este sistema debió ser introducido por los romanos y que ha sobrevivido inalterado. Al este del Rin, en los pocos casos en que disponemos de estadísticas, el predominio lo tienen los granos de siembra primaveral. En Duisburg, la abadía de Prüm percibía de sus arrendatarios: de cebada, 70 modios; avena, 34 modios; centeno, 60 modios. Las exacciones señoriales siempre se decantaron a favor del trigo, la espelta y el centeno, que producían un pan ligero, más que por la avena y la cebada, que, cuando se empleaban como ali-

TABLA 2.3

Las dimensiones de los «mappae» en las tierras de Saint-Rémy

Tamaño del *mappa* en perchas cuadradas	Número de *mappae*	Superficie total en perchas cuadradas
120	1	120
160	6	960
200	3	600
240	1	240
250	1	250
280	1	280
300	1	300
360	3	1.080
400	6	2.400
440	1	440
500	1	500
3.250	25	7.170

Media 286,8 perchas cuadradas

FUENTE: cálculo del autor.

mento humano, se consumían en forma de gachas o sopa. El modelo de Duisburg opone 104 modios de grano primaveral a 60 de otoñal.

Finalmente, hubo zonas en las que no se llevó a cabo ningún intento de cultivar granos de siembra otoñal. Las *culturae* en Malbunpreyt, y también en otras villas pequeñas de las tierras altas de la abadía de Prüm, producían tan sólo avena; en Aldenselen, en los Países Bajos, había una región que producía avena «cada vez que se sembraba»;[29] y otra región, cercana a Gante, que se sembraba con avena un año de cada tres.[30]

Los sistemas de cultivo del período carolingio no permiten el análisis. Por las informaciones parciales conservadas puede adivinarse la organización de campos y cultivos bajomedievales, pero tan sólo

29. Políptico de Prüm, *cap.* 99.
30. Saint-Pierre de Gante, políptico, *cap.* 3.

en las villas bipartitas de mayor extensión. En las demás partes, no parece que se llegaran a imponer las limitaciones de la agricultura de villa, y los campesinos debieron tener libertad para disponer de sus campos como mejor les pareciera y cultivar lo que mejor se adaptase al clima y al suelo. Muchas son las preguntas que quisiéramos formular a los registros: ¿hasta qué punto el arado pesado iba asociado al sistema de cultivo de tres campos y a los señoríos bipartitos de grandes dimensiones? ¿Cuántos de éstos derivaban de las villas del bajo Imperio romano? Y también, ¿hasta qué punto el control monástico o señorial influyó en la sistematización y regulación de los asuntos de tenencia y cultivo de la tierra? Cuando menos, tenemos la sospecha de que el sistema señorial posterior fue el producto de la administración eficaz de las propiedades agrarias durante los períodos merovingio y carolingio.

El propio Carlomagno dio ejemplo de una cuidadosa administración de sus tierras. La *Capitulare de Villis* [31] es un conjunto de instrucciones precisas a sus mayordomos y a otros oficiales, orientadas al mantenimiento de las construcciones, los cuidados necesarios para con los animales y las herramientas y el comportamiento de los oficiales y de los hombres que trabajaban los campos. Se regulaba el cuidado de las abejas, la atención de los viñedos y la fabricación del vino; el almacenamiento de los alimentos y la plantación de árboles. Como colofón de esta desorganizada serie de preceptos se formulaba la orden de que se cultivasen ciertas plantas en los jardines de las villas imperiales. Sigue una extensa lista de verduras, hierbas y árboles frutales que no se hubieran podido cultivar con éxito en ninguna otra villa. Sin lugar a dudas, el emperador pensaba en lo que le gustaría disponer para su uso y disfrute particular.

A pesar de la abrumadora cantidad de instrucciones detalladas, encaminadas a la administración de la hacienda, que este documento contiene, nada nos dice acerca de la disposición de los campos, la variedad de herramientas agrícolas o la rotación de los cultivos. Debe suponerse que los mayordomos que administraban las villas debían saber acerca de esas cuestiones más que el propio emperador. La única instrucción que se les daba con respecto a las cosechas era que procuraran que hubiese «buena simiente, bien dispuesta y de otro

31. Impreso en *MGH, Legum Sectio,* I, Hanover (1883), pp. 82-89, y en J. P. Migne, *Patrologia Latina,* XCVII, París (1862), pp. 349-358.

lugar». Si llegó a haber algún intento generalizado de normalizar los sistemas de cultivo y de cosechas, no aparece en la *Capitulare de Villis*.

Además de los cereales, que constituían el grueso de las cosechas, y de los productos de huerta, de los cuales el propio Carlomagno ha dejado una relación tan detallada, había también una importante producción de lino en los Países Bajos y en Renania. El lino, enriado y agramado, era uno de los tributos principales a pagar por los campesinos. Los lienzos se tejían en los *gynaecea*, el lugar donde las mujeres trabajaban para el monasterio.

Los viñedos eran tan importantes en los siglos VIII y IX como lo fueron en los años finales del Imperio romano. En realidad estaban más extendidos y llegaban hasta zonas tan septentrionales como Flandes y la región de las Ardenas. Los monasterios crearon una gran demanda de vino. Gregorio de Tours hizo referencia al noble «falerniano» producido en las colinas cercanas a Dijon [32] y Fredegardo describió cómo se destruyeron los viñedos de Aquitania,[33] que tanto vino suministraban a iglesias y monasterios.

Los viñedos del norte de Francia y de los Países Bajos tenían poca extensión y producían caldos amargos y de baja calidad. Los monasterios norteños, e incluso villas seculares, adquirieron posesión de pequeñas haciendas vinateras más al sur y las retuvieron en régimen de reserva. Lobbes (cerca de Namur, en Bélgica) poseía viñedos en las cercanías de Reims y algunos de sus arrendatarios tenían, entre sus diversos deberes, la obligación de dirigirse a los viñedos en la festividad de san Remigio.[34] Las villas imperiales de Artois, citadas en el *Brevium exempla*, disponían también de pequeños viñedos cerca de París. Prüm tenía viñedos en las laderas empinadas del valle del Mosela —Ausonio las había descrito ya casi cinco siglos antes— y también junto al Rin, cerca de Bonn y Remagen.

Casi todas las villas, especialmente las mayores, poseían prados y en Flandes algunos eran extensísimos. Corrientemente se estimaba su superficie en términos de las cargas de heno que producían, demostrando que su valor primordial estribaba en proporcionar forraje invernal para los animales domésticos. Los prados húmedos de Flandes

32. Gregorio de Tours, III, 19.
33. Fredegardo (continuación), 47.
34. 1 de octubre; acaso una alusión a la feria del vino, de Reims.

(*Watriscampi*) servían de pastos a la ganadería ovina y en uno de ellos perteneciente a Saint-Pierre de Gante, los rebaños podían pacer durante todo el año, lo que parece ser una circunstancia poco corriente.

Esta relación de la economía rural de la Europa noroccidental se basa principalmente en los polípticos realizados en media docena de monasterios. La imagen resultante es deforme, porque sólo se refieren a las tierras que habían pasado a manos de los monasterios. Carecemos de informaciones equivalentes acerca de las comunidades supervivientes de campesinos libres y, con la excepción del norte de Italia, tampoco hay inventarios de tierras y campesinos del resto de Europa.

En Italia, la inseguridad que reinaba en aquella época y la práctica de la economía habían dado lugar a la formación de propiedades comparables a las de la Francia septentrional. Parece —y las informaciones son demasiado escasas para tener seguridad— que la reserva cultivada a base de mano de obra esclava era más frecuente que en Francia. Sin embargo, generalmente prevalecían las grandes haciendas bipartitas, que, en gran mayoría, derivaban de las haciendas del bajo Imperio romano. Las propiedades de los monasterios de Bobbio y de Santa Giulia de Brescia, los únicos para los que disponemos de datos suficientes, estaban constituidas por un gran número de unidades desperdigadas. Bobbio contaba, por lo menos, con 650 arrendatarios dependientes, algunos de los cuales suministraban, como en el norte de Francia, la mano de obra necesaria para el trabajo en la reserva. Sin embargo, muchos se relevaban de esta obligación mediante pagos en especie: trigo, vino, aceite, volatería y huevos, y había una fuerte tendencia hacia el *métayage* o aparcería, mediante la cual el arrendatario contribuía con una determinada parte del producto total.[35]

Santa Giulia disponía de unas sesenta villas o señoríos en su mayor parte dispersos por la llanura septentrional italiana cercana a

35. L. M. Hartmann, «Die Wirtschaftgeschichte des Klosters Bobbio im 9. Jahrhundert» en *Zur Wirtschaftgeschichte Italiens im Mittelalter*, Gotha (1904), pp. 42-73; P. S. Leicht, «L'organisation des grands domaines dans l'Italie du Nord pendant les x^e^-xii^e^ siècles», *RS Bodin*, IV (1949), pp. 165-176; Gino Luzzatto, «Changes in Italian agrarian economy», en *Early Medieval Society*, ed. Sylvia, L. Thrupp, Appleton-Centum, Nueva York, 1967, pp. 206-218; P. J. Jones, «The agrarian development of medieval Italy», *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Economique, Aix-en-Provence, 1962*, II, París (1965), pp. 69-86.

Brescia y algunas en las montañas que rodean la ciudad.[36] De nuevo nos encontramos con el sistema por el que los campesinos siervos y semilibres no sólo debían trabajar las tierras de la reserva, sino que también debían abonar rentas en moneda y en especie. En particular, había *liberi homines* que debían prestar servicios en trabajo semanalmente en sus tierras porque las habían transferido al monasterio («qui illorum propium ad illan curtem-Porzano-traditerunt»); en pocas palabras, se trataba de *coloni* que en nada diferían de los del bajo Imperio (ver p. 26). La mayoría de los arrendatarios eran, sin embargo, *manentes*, aparceros que debían entregar un tercio de la cosecha de grano («qui reddit de grano modium tertium»), y prestar ciertos servicios. El monasterio poseía también un pequeño y decreciente número de esclavos y un número mayor de *prebendarii* que trabajaban para el monasterio pero que carecían de tierras.

Las posesiones de Santa Giulia eran inmensas. Como parte de su reserva, poseía más de 3.500 cabezas de ganado. En sus graneros y bodegas se guardaban enormes, aunque indeterminadas, cantidades de grano y vino entregadas por sus *manentes*. Sus arrendatarios llevaban a cabo 54.200 *opera*, o servicios, muchos de los cuales se referían a tareas de labranza, siembra y cosecha y, como en tantos señoríos monásticos, los pagos en especie más corrientes se efectuaban en pollos, huevos y quesos. El monasterio poseía una pesquería (*dominica piscatione*) que podía proporcionar unos 1.200 peces y entre los ingresos anuales del monasterio se contaban 610 libras de hierro, importantes cantidades de lana, tejas y muchos otros productos no comestibles.

La aportación en especie era, a todas luces, muy superior a la que el monasterio podía consumir y, aún admitiendo que los materiales de construcción se empleaban en el propio monasterio y que la lana se hilaba y se tejía en el propio *gynaeceum*, debía venderse una buena parte en el mercado y sin duda sirvió para abastecer a varias de las ciudades de la región. Además Santa Giulia percibía de sus arrendatarios la importante cantidad de 320 sueldos en pago de rentas.

36. «Inventarium omnium bonarum eorumque redditum monasterii sanctimonalium S. Iuliae Brixensis», en *Codex Diplomaticus Langobardiae*, Historiae Patriae Monumenta, XIII, Turín, 1873, pp. 709-728.

El legado de Roma era menos evidente en la Península Ibérica que en Italia e incluso Francia. La impronta romana sólo fue profunda en la Bética y en la costa mediterránea y en vano tratará de hallar propiedades de tipo villa en la mayor parte de la meseta y del norte de España. Es imposible precisar con un grado aceptable de seguridad qué parte de la estructura rural romana sobrevivió a las invasiones de vándalos y godos, porque lo que fuera que quedase sucumbió posteriormente con la invasión musulmana del siglo VIII. Las regiones montañosas del norte de España —los montes Cantábricos y los Pirineos— se resistieron al control musulmán, como ya antes se habían resistido al romano. Cuando a fines del siglo VIII se inició la conquista carolingia del norte de España, se encontraron con que en los valles montañeses vivía una sociedad muy compartimentada y estratificada, en la que el feudalismo incipiente había tenido escasa influencia. Era una sociedad de hombres libres que cultivaban sus tierras con la ayuda de mano de obra servil. Pero la guerra y la inseguridad trajeron sus inevitables secuelas: la encomienda y la creación del beneficio y la inmunidad. Ya en el siglo IX se habían constituido, por ese sistema, extensas posesiones agrarias, especialmente en Cataluña, y las iglesias se mostraban tan activas en acumular granjas como lo eran en Italia y Francia, aunque la escala de sus operaciones era mínima si se la compara con las posesiones gigantescas de Santa Giulia o Saint-Germain.

Al este del Rin y más hacia el norte del cinturón de tierras abiertas que se extienden desde Artois, por Hainaut y Brabante hasta el Rin, no se encontraba la villa clásica. Más allá de esos límites hay señales referentes a grandes señoríos, propiedad de ricos monasterios, que, por regla general, estaban constituidos por parcelas de tierra pequeñas y ampliamente desperdigadas (*Streubesitz*). Su organización no era tan estricta como en la cuenca parisina. Aunque se exigía el cumplimiento de prestaciones en trabajo, muchas veces los campesinos las conmutaban por pagos en especie. Saint-Pierre y Saint-Bavon, en Gante, tenían posesiones de este tipo. Generalmente, la reserva era pequeña y rara vez se exigían prestaciones en trabajo para su cultivo. Hay que suponer que esas tierras las cultivaban directamente las abadías empleando mano de obra servil. Una situación parecida se encuentra en las posesiones renanas de Prüm.

Sin embargo, nos encontramos con que los propietarios de tales señoríos trataron de imponer algún orden y concierto, desprendién-

dose de las tierras más remotas y peor administradas, concentrándose en las tierras más cercanas a la abadía y organizándolas en unidades más compactas e idóneas desde el punto de vista administrativo. Las abadías gantesas se encontraban en este proceso cuando su labor quedó interrumpida por causa de las invasiones escandinavas.[37] En Alemania, la tendencia generalizada consistía en integrar la reserva con las *hobae* campesinas, como en Alemania se llamaba frecuentemente a los mansos, y el campesino estaba obligado a realizar la labranza y demás tareas que la reserva exigía.

Pocos señoríos alemanes podían equipararse en extensión con aquellos de Francia que ya se han estudiado, aunque el obispo de Augsburgo poseía, en la época en que se recopiló el *Brevium exempla*, 1.427 mansos ocupados por arrendatarios (*vestiti*) y otros 80 vacantes (*absi*). Las tierras de Fulda, de Gandersheim y quizás otras, sobrepasaban los 10.000 *hobae* o mansos y debieron de extenderse sobre amplias zonas. Durante el período carolingio estas posesiones crecieron de tamaño, a base de encomiendas y legados a monasterios, así como también a causa de la extensión de los asentamientos y de las tierras cultivadas arrebatadas a bosques y eriales. El *Brevium exempla* describía un señorío bipartito en Staffelsee, junto al lago Constanza, perteneciente al obispo de Augsburgo; tenía una extensión de 740 jornales (*iurnales*), prados suficientes como para producir 610 cargas de heno y tanto la labranza como las demás tareas las llevaban a cargo 23 mansos libres (*mansi ingenuiles*) y diecinueve serviles. La reserva contaba con un número relativamente grande de animales, incluyéndose 26 bueyes de yunta (*boves*). Se hace difícil imaginar cómo podía cultivarse una reserva tan extensa con el trabajo de tan pocos arrendatarios, incluso contando con que un tercio del área se encontraba en barbecho; hay que pensar que debió haber también esclavos que, puesto que no eran *casati* (albergados en cabañas) no habían sido registrados.

Las posesiones de Saint Emmeram de Ratisbona estaban constituidas por 51 unidades de tierras dispersas y de pequeñas dimensiones.[38] Cada una consistía en unos cuantos mansos o *hobae*. Ningu-

37. A. E. Verhulst, «De Sint-Baafsabdij te Ghent en Haar Gronbezit (VII^e-XIV^e eeuw», *Verhandelingen van de Koninklijke Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Letteren en Schone Kunsten van België, Klasse der Letteren*, vol. XXX, 1958.

38. El registro de censos de St. Emmeram aparece impreso en P. Dollinger, *L'évolution des classes rurales en Bavière*, París, 1949, pp. 504-512.

no de ellos estaba obligado a prestar servicios de labranza y no se menciona tal obligación. En su lugar debían pagar unas cuantas medidas de centeno, avena, malta o cerveza, cerdos, volatería y sobre todo tejidos de lana y lino. Muchos de los campesinos debían pagar dinero al monasterio. Las informaciones de otros polípticos y registros censales sugieren que la mayoría de los señoríos germánicos, tanto monásticos como laicos, se componían más de unidades pequeñas, como las de Saint Emmeram, que de grandes, como el señorío de Staffelsee.

La villa romana se había convertido, hacia la época final del Imperio, no sólo en una propiedad agrícola, sino también en un centro autosuficiente de producción manufacturera. Se tejían y acababan paños, se curtían y trataban cueros, e incluso se fundía el hierro. La villa carolingia heredó estas características. No precisaba de un mercado donde vender los productos de su manufactura. Algunas villas forjaban el hierro, otras malteaban granos o elaboraban cerveza, trabajaban la madera e incluso preparaban tintes. Las actividades manufactureras que anteriormente se habían desarrollado en las ciudades, con la parcial excepción de Italia, se habían trasladado al campo. Fue tarea de las ciudades, durante los dos o tres siglos siguientes volverlas a atraer al medio urbano.

La extensión de las propiedades agrarias, agrupadas en villas y señoríos a efectos administrativos, acarreó la desaparición final de los campesinos libres residentes en comunidades aldeanas. Es probable que su número hubiese disminuido más en aquellos lugares de Francia septentrional donde el régimen de villa bipartita se había establecido más firmemente. Pero hubo muchas zonas en donde las comunidades de campesinos libres perduraron durante el siglo IX. Latouche ha hallado pruebas de esa supervivencia en Maine.[39] También sobrevivieron en algunas partes de Alemania y de la región Alpina, donde el desarrollo del señorío fue menos acentuado.

Las ciudades

La vida urbana, al igual que la vida en la villa, perduró durante los siglos siguientes a la caída del Imperio de Occidente, pero siem-

39. R. Latouche, «Défrichement et peuplement rural dans le Maine du IX^e^ au XIII^e^ siècles», *Moyen Âge*, 4^e^ série, III, 1948, pp. 77-78; y *The birth of the Western economy*, pp. 64-65.

pre de un modo atenuado. Las ciudades sufrieron seriamente en manos de los invasores del siglo v. Muchas de ellas, como nos describen los contemporáneos, fueron quemadas; otras fueron abandonadas y se arruinaron. Cierto poema anglosajón, conocido generalmente como *The Ruin* (La Ruina), nos cuenta la impresión que produciría en las gentes invasoras la visión de los monumentos decadentes de una ciudad romana:

> Una obra de gigantes se desmorona. Los tejados se agrietan y caen; sus torres se desmenuzan en ruinas. Asaltadas aquellas murallas, con las puertas destrozadas —su mortero enblanquecido por la escarcha. Sus altivas fortificaciones están resquebrajadas y arruinadas, completamente minadas por el paso del tiempo ...

Sin embargo, en comparación, fueron pocas las ciudades romanas que una vez destruidas no fueron reocupadas. Wroxeter, Caerleon y Silchester, en Britania, son ejemplos de ello. En Galia varias fueron abandonadas por sus obispos —entre ellos Jublaius, Tongres y Javols— y reducidas a simples aldeas. En la mayoría de las otras, o bien no se interrumpió jamás su ocupación, o bien se reactivó cierto tipo de vida urbana tras un corto período de abandono. Tréveris fue saqueada por lo menos cuatro veces y otras tantas fue reocupada. Sidonio escribía a su amigo Graco desde Clermont «desde el interior del reducido recinto protegido por unas murallas arruinadas y semiquemadas y con el terror de la guerra a sus puertas».[40] Sin embargo, él siguió habitando allí y la ciudad sobrevivió a los embates de los visigodos. Así sucedió con muchas otras ciudades del Occidente romano. Gregorio de Tours refiere una anécdota que demuestra que el sistema de acueductos seguía funcionando en una de las ciudades romanas, y que seguía nombrándose un ingeniero para que cuidase de él. En Vienne, junto al Ródano, que por entonces resistía un ataque, «el oficial encargado del acueducto fue expulsado de la ciudad». Éste ofreció sus servicios a los atacantes y condujo a una compañía de hombres armados «a lo largo del acueducto, precedidos por hombres con barras de hierro, pues había un desagüe cubierto por una gran piedra, que fue retirada con las pértigas de hierro,

40. Sidonio Apolinario, VII, 10.

siguiendo las instrucciones del ingeniero y, de ese modo, entraron en la ciudad».[41]

Las narraciones de Gregorio de Tours se hallan, en verdad, plagadas de referencias a ciudades y a la vida urbana. La peste asoló Narbona y Albi; Orleans estaba repleta de mercaderes judíos y sirios, y en las calles de Tours, las casas de los mercaderes guardaban ornamentos preciosos y objetos de plata.[42] Lyon, París, Toulouse, Verdún y otras más parece que siguieron siendo populosas durante los períodos merovingio y carolingio. Pero no todas las ciudades disfrutaron de tan buena fortuna. Por cada ciudad elogiada por su vigor y actividad comercial por Gregorio, Sidonio o Fredegardo, hubo por lo menos media docena que desaparecieron de las crónicas. Algunas se borraron de la superficie de la tierra, abandonadas y nunca más recuperadas. Sin embargo, la gran mayoría, abandonadas por los oficiales imperiales y por los *rentiers* pudientes, se convirtieron en aldeas grandes, cuyos campesinos partían diariamente hacia los campos.

La supervivencia de las ciudades en la Galia fue sumamente selectiva. Aún lo fue más en España, donde aún son menos las que mantuvieron su continuidad desde los tiempos romanos hasta la baja Edad Media. No obstante, en Italia, la situación era bastante diferente. Allí, las ciudades habían echado raíces profundas en la vida económica del país. El comercio con el Imperio bizantino y otras partes del mundo mediterráneo se mantenía con cierta intensidad. Los puertos seguían siendo centros comerciales y su actividad se transmitía al *hinterland*. Aparte de aquéllas, como Aquileia y Concordia, que fueron destruidas en el curso de las invasiones lombardas, la mayoría de las ciudades italianas mantuvieron algún tipo de actividad económica, aparte de la práctica de la agricultura, durante toda la alta Edad Media. No fueron las invasiones lombardas lo que despobló Pavía (Ticinum), sino la peste, «de modo que todos los habitantes huyeron a las montañas y a otros lugares y la hierba y los matorrales crecían en la plaza del mercado y por todas las calles de la ciudad».[43]

No debería sorprender esta decadencia de la vida económica,

41. Gregorio de Tours, II, 24.
42. *Ibid.*, VI, 23-24.
43. Paulo Diácono, VI, 58.

sino el hecho de que no desapareciera totalmente. Las ciudades del Imperio eran, en palabras de Latouche «no centros de producción, sino de derroche ... no fuentes de riqueza, sino de miseria».[44] No difundían la actividad económica a su comarca; se abastecían de ella. La retirada de los terratenientes a sus posesiones agrarias, junto con la aparición de la economía de la villa autosuficiente, amenazó la supervivencia de la ciudad como entidad económica.

Se libró de la extinción merced a dos factores: sus murallas defensivas y la Iglesia cristiana. Pocas cosas en las ciudades romanas impresionaron más a los invasores que las defensas. Construidas a base de sillería, eran casi indestructibles y en esos tiempos azarosos proporcionaban un cierto grado de seguridad frente a las bandas de merodeadores errantes. Para Isidoro de Sevilla, una ciudad era esencialmente un lugar *quo esse vita tutior*.[45] Gregorio de Tours escribió de Dibio (Dijon): «Cuatro puertas se abren hacia los cuatro cuadrantes del mundo y treinta y tres torres protegen el cinturón de murallas, hechas de piedras escuadradas, con una altura total de 30 pies y un espesor de 15. Por qué a ese lugar no se le da el título de ciudad no sabría decirlo».[46] Las fortificaciones de muchas de las ciudades del Imperio de Occidente sobrevivieron a la Edad Media y reconstruidas, remozadas y, en su caso, ampliadas (véase p. 267) perduraron en los tiempos modernos, formando un anillo protector alrededor de la ciudad. Así pues, las ciudades amuralladas proporcionaban cobijo a gentes que hubiesen vivido con más amplitud fuera de las murallas. Los mercaderes las convirtieron en base de operaciones, donde podían almacenar sus géneros y ponerlos a la venta con relativa seguridad; también las instituciones de la Iglesia cristiana hallaron protección dentro de las murallas.

Fue la Iglesia quien, más que cualquier otra institución, dio continuidad a la vida de la ciudad. El cristianismo fue, en su origen, un culto urbano y su organización reflejaba la del Estado. Sus basílicas se construyeron al lado de las de los emperadores divinizados y los obispos habitaban en ciudades y administraban unas diócesis que se correspondían casi exactamente con las de las *civitates* de la administración romana. Dijon, que no era capital de *civitas*, tampoco

44. Latouche, *The birth of the Western economy*, p. 5.
45. Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, XV, 2, 6.
46. Gregorio de Tours, VI, 19.

era sede episcopal; esa es la razón de la aparente sorpresa de Gregorio al hallarse ante tan óptimas defensas. El Clermont de Sidonio era ambas cosas a la vez y allí, como obispo consciente de su labor, continuó residiendo, en medio de las ruinas de la ciudad romana.

La catedral del obispo se levantaba, en la mayoría de los casos, junto a la plaza del mercado, heredero del foro romano. Con la excepción de Britania, no era una institución monástica y seguramente no ocupaba permanentemente más que a unas pocas personas. Pero atraía peregrinos y mercaderes y coadyuvó a garantizar la paz y la seguridad del propio mercado. En los siglos VI y VII el monacato se extendió por las provincias del Imperio de Occidente. La Regla de San Benito, por la que se regía, obligaba a sus seguidores al trabajo agrícola, pero nunca determinó el abandono del contacto con el pueblo para refugiarse en el desierto. De hecho requería la constitución de comunidades cuasi-urbanas.

Fredegardo describe cómo en el año 584, Guntram, «edificó en el suburbio de Châlons-sur-Saône (*suburbanum Cabilonninsim*) la suntuosa iglesia de Saint-Marcel».[47] Muchas otras fundaciones se emplazaban en el exterior de las murallas romanas, pero cerca de la ciudad; Saint Rémy en Reims, Saint-Sernin en Toulouse, Saint-Victor en Marsella, Saint-Vaast en Arrás y Saint-Germain y Saint-Denis en París, son buenos ejemplos de ello. En Italia, los lombardos fundaron, entre otras, la iglesia de San Pedro en los extramuros de Benevento y otra, con la misma dedicación, en el exterior de las murallas de Pavía.[48] Más conocidos acaso sean los monasterios de San Agustín de Canterbury, San Botolfo de Colchester y Santa María de York. Esta situación cercana, pero no dentro de la ciudad ha dado origen a muchas especulaciones. ¿Temían los fundadores entremeterse en la esfera urbana de la acción episcopal? ¿Acaso tenían posibilidades de adquirir suficiente tierra intramuros? ¿O hemos de pensar que las ciudades se hallaban ya tan sumamente pobladas que las fundaciones monásticas se vieron obligadas a situarse en los suburbios más allá de la línea de murallas? Cuando las fundaciones monásticas se situaron dentro del anillo de las murallas romanas, como en Bath,[49]

47. Fredegardo, cap. I. La iglesia era famosa por sus ricos ornamentos de oro. Véase Paulo Diácono, III, 34.

48. Paulo Diácono, VI, I; 58.

49. Es posible que la ciudad descrita en el poema anglosajón, *The Ruin*, citado más arriba, fuese Bath (Aquae Sulis). Véase J. F. Benton, *Town origins*, D. C. Heath & Co., Boston, Mass, 1968, pp. 46-48.

Gloucester y Chester, hay buenas razones para suponer que esas ciudades habían sido abandonadas. La situación de las fundaciones monásticas en los suburbios viene a indicar que las ciudades amurallas seguían estando bien pobladas. La fundación de un monasterio más allá de los límites de una ciudad ya existente creaba un segundo núcleo, un nuevo polo de atracción de peregrinos, mercaderes y viajeros, un nuevo centro que, además, podía competir en condiciones favorables con las instituciones más antiguas de la ciudad. Los monasterios —al menos los mayores— se convirtieron en grandes centros de producción; disponían de un excedente de granos y, en muchos casos, de vino, productos animales y paños que había que vender en el mercado. Los siervos del monasterio de Lobbes, en el norte de Francia, tenían que desplazarse hasta los viñedos para la festividad de san Remigio (1 de octubre), seguramente con ocasión de la feria vinícola en el monasterio de Saint Rémy de Reims. Hay también otras informaciones referentes a un monasterio que establecía un mercado o feria ante sus puertas.[50] La feria de Lendit, una de las primeras de ámbito internacional, se estableció en tierras de la abadía de Saint-Denis, en París.[51] Saint-Vaast y Saint-Sernin se enriquecieron gracias a las ganancias obtenidas con el comercio; sus arrabales se llenaron de tiendas, talleres y almacenes hasta que, finalmente, la muralla de la ciudad se amplió para abarcarlos dentro del espacio fortificado (ver p. 270).

En más de una ciudad francesa se distinguen claramente los núcleos gemelos, alrededor de los cuales se constituyeron y en algunos casos, como en Arrás y Toulouse, se hace distinción entre ambos núcleos, llamando a uno de ellos *la cité*, heredera de la *civitas* romana, y *la ville*, el centro más moderno del comercio y la producción, desarrollado alrededor del monasterio benedictino (ver pp. 278-281).

Ennen, al describir la historia primitiva de la ciudad europea, hace distinción entre tres zonas de historia urbana.[52] La primera sería la región mediterránea, donde hubo contracción pero no interrupción en la vida urbana. En la segunda zona, que cubriría buena

50. Henri Laurent, «Marchands du palais et marchands d'abbayes», *RH*, vol. 183 (1938), pp. 281-297.

51. L. Levillain, «Essais sur les origines du Lendit», *RH*, vol. 152 (1927), pp. 421-476.

52. Edith Ennen, «The different types of formation of European towns», en *Early Medieval Society*, ed. Thrupp, pp. 174-182.

parte de España, casi toda la Galia y la totalidad de la Britania romana, Renania y las provincias danubianas y balcánicas, muchas de las ciudades fueron abandonadas; en algunas se dio una continuidad de habitación, pero en todas ellas desaparecieron las formas de gobierno heredadas de los romanos. La continuidad se mantuvo, en muchos casos, gracias a las instituciones de la Iglesia. Sin embargo, las nuevas condiciones habían dado lugar a la aparición de una nueva categoría de asentamiento: la ciudad de mercaderes o *wik*. Los suburbios comerciales de Reims, Colonia, Verdún, Bonn y Ratisbona, son buenos ejemplos tempranos de ello, tanto si se constituyeron alrededor de un núcleo monástico como si no. Pero el comercio no se centró necesariamente en los antiguos centros romanos. Se constituyeron centros comerciales de nueva planta, como Quentovic, en la costa de Picardía, que llevaba a cabo el comercio con Britania.

La tercera zona de historia urbana europea queda al exterior de la frontera del antiguo Imperio romano. Allí no había ciudades, a la manera como los romanos las entendían, aunque los numerosos fuertes, protegidos por una empalizada, barricadas y foso, proporcionaban lugares de refugio y acaso contasen con un pequeño número de habitantes permanentes. Pero también se encontrarían asentamientos mercantiles embrionarios, o *wiks*. Entre ellos podrían incluirse a Duurstede, en el estuario del Rin y las bases utilizadas por los francos para su comercio con los eslavos, embriones a partir de los cuales se desarrollarían Magdeburgo, Erfurt y Bamberg.

Comercio y manufactura

El comercio en los siglos que siguieron a la caída del Imperio de Occidente ha sido objeto de una discusión más encendida que cualquier otro aspecto de este período. La discusión se centra en lo que se ha dado en llamar «tesis de Pirenne» y afecta, ante todo, a los avatares del comercio en la cuenca mediterránea. Pirenne aseveraba —y en esto no se le puede contradecir— que durante los tiempos del Imperio romano hubo un comercio marítimo de importancia. Postulaba, además, que la vitalidad de esta actividad comercial se trasmitía a las provincias circundantes del Imperio. Las invasiones bárbaras, diría, «destruyeron ... no el Imperio, sino el gobierno im-

perial en *partibus occidentis*». Alteraron pero no detuvieron el comercio en la cuenca mediterránea. «En otras palabras, la unidad mediterránea, que fue la característica esencial del mundo antiguo, se mantuvo en todas sus variadas manifestaciones.» [53] Los vándalos se abocaron al mar tras la conquista del norte de África en el año 430, pero sus incursiones piratas fueron detenidas y el equilibrio se restableció con Justiniano.

Esta unidad de la cuenca mediterránea concluyó, según Pirenne, con la conquista musulmana de gran parte del litoral y con el dominio de sus aguas por parte de las flotas árabes. Esto ocurrió en el siglo VII. En el año 640, los árabes ocuparon Egipto. Entre el año 642 y principios del siglo VIII se extendieron por todo el norte de África; en el año 711 invadieron España, y en el año 732 realizaron una incursión profunda en Francia. Establecieron bases piratas en las islas mediterráneas y, en el siglo IX, llegaron incluso a establecerse en Garde Freinet, en la costa de Provenza, desde donde no sólo obstruyeron la circulación y el comercio, sino que, incluso, realizaron incursiones profundas en los Alpes.

La «repentina acometida» del Islam

> había concluido con la unidad mediterránea ... El mar conocido y casi «familiar» que una vez unió todas las partes de esa comunidad iba a convertirse en una barrera entre ellas. Durante varios siglos, la vida social, en todas sus manifestaciones, había sido idéntica en todo su litoral; religión, la misma; costumbres e ideas, iguales o muy similares ... Pero entonces, repentinamente, aquellas tierras en donde nació la civilización fueron desgarradas ... El Mediterráneo había sido un lago romano; ahora se convertía, en su mayor parte, en un lago musulmán.[54]

El comercio languideció en los puertos mediterráneos y las rutas que los unían entre sí quedaron abandonadas.

> De una actividad comercial normal y regular, de un comercio permanente desarrollado por una clase de mercaderes profesionales, en resumen, de todo lo que constituye la esencia misma de una

53. Henri Pirenne, *Mohammed and Charlemagne*, World Pub. Co., Nueva York, 1957, p. 143.

54. Henri Pirenne, *Medieval Cities: their origins and the revival of trade*, Doubleday Anchor Books, Nueva York, 1956, p. 16.

> economía de intercambio que merezca ese nombre, no iba a encontrarse ni rastro tras el colapso que trajo consigo la invasión islámica.

La importancia del comercio se hizo inapreciable. La moneda de oro de los merovingios dio paso a la moneda devaluada de plata de los carolingios. Los latifundios y las comunidades, *villae* y *vici*, se encerraron en sí mismas.

> Pues la economía de intercambio fue sustituida por una economía de consumo. Cada señorío, en lugar de comerciar con el exterior, pasó a ser, en adelante, un pequeño mundo en sí mismo. El siglo IX fue la época dorada de lo que se ha dado en llamar la economía doméstica cerrada y que, con mayor exactitud, podríamos denominar la economía sin mercado.[55]

La claridad y la elegancia con que Pirenne expresó sus ideas provocaron un fuerte impacto y, durante muchos años, parecieron convencer plenamente. Pero ya hace unos 40 años que se somete a la tesis de Pirenne a una crítica cada vez más rigurosa. Se ha visto que él unas veces ignoró y otras exageró la importancia de las informaciones disponibles. Postulaba una antítesis entre los sistemas económicos de merovingios y carolingios e inventó una revolución para explicar la transición entre ambos sistemas. Aunque el ejemplo había sido exagerado, no puede negarse que hubo cierto contraste entre las economías de los siglos VI y VII por un lado y las de los siglos VIII y IX por otro. Sin embargo, la transición fue un proceso largo y lento, de decadencia en unas áreas y de crecimiento en otras. Viene marcado por el surgimiento de las economías de ámbito local y regional que no pueden pintarse a golpe de brocha ni con los colores contrastados de un Pirenne.

La cuenca mediterránea no fue durante el bajo Imperio romano el escenario de un comercio tan vigoroso como Pirenne aseguraba. Se transportaba gran cantidad de trigo y aceite, principalmente para el abastecimiento de la ciudad de Roma, pero la población de ésta decrecía y —con toda seguridad, después de las guerras góticas de mediados del siglo VI— hubo poca demanda de grano africano o de aceite de España. Había cierta circulación de mercancías desde

55. Henri Pirenne, *Medieval Cities*, p. 16.

Oriente hacia Occidente, pero, en su mayoría, se trataba de artículos de lujo y el volumen era pequeño, aun cuando su valor no fuese despreciable. Este comercio continuó tras la caída del Imperio de Occidente. Consistía en especias, hierbas aromáticas, sedas, marfil y papiro, mercancías cuya demanda en el oeste debió de ser mínima. Incluso es posible que el comercio del Atlántico, por las costas francesas y entre Francia y las Islas Británicas, fuese tan importante como el estrictamente mediterráneo. Que hubo comercio entre el Mediterráneo y el Atlántico lo demuestra la conocida anécdota de la Vida de san Juan el Limosnero sobre aquel comerciante de Alejandría que se «aventuró» a transportar trigo hasta Cornualles y retornó cargado de estaño.

El comercio parece ser que, en su mayoría, estaba en manos de sirios y judíos y hay algunas escasas informaciones sobre comerciantes francos, godos y romanos. La mayoría de los comerciantes debieron de operar con escaso capital y a pequeña escala. De hecho no eran más que buhoneros, y Latouche los ha comparado acertadamente con los norteafricanos y oriundos del Oriente Próximo, que de vez en vez tratan de vender alfombras y otros cacharros de puerta en puerta por Francia.[56] Sidonio escribió a su amigo Graco, encomendándole al portador de la carta como

> uno que mejora su parca existencia gracias al comercio; no obtiene beneficio ni ventaja alguna de ningún oficio manual ni empleo, ni tampoco saca provecho del cultivo de la tierra ... Aunque sus medios son pocos, la confianza popular en él es tan grande que, si quiere reunir dinero para la compra de mercancías, la gente le tiene suficiente confianza sin otra garantía que el saber de su buena fe.[57]

El caso es que el buen obispo demostró ser excesivamente cándido; el mercader era un impostor que desapareció con el dinero que le habían prestado.[58]

Gregorio de Tours menciona frecuentemente a sirios y judíos, normalmente en un contexto que parece indicar que compraban y vendían por cuenta de un tercero. Prisco, el judío, por ejemplo, era

56. Latouche, *The birth of the Western economy*, p. 123.
57. Sidonio Apolinario, VI, 8.
58. *Ibid.*, VII, 2.

un familiar del rey Chilperico «a quien ayudaba ... en la adquisición de objetos preciosos».[59] Otros tenían *negociatores* que realizaban las compras y obtenían los productos por cuenta de sus patrones. En Tours (ver p. 82) había calles de tiendas de comerciantes pero no hay información, por lo menos en Galia y España, de tiendas en las que se realizasen negocios de forma regular. Las compras se hacían, con toda probabilidad, en las mercados y ferias periódicas.

Los mercaderes se internaban profundamente en Germania, e incluso más lejos, en tierras eslavas. Fredegardo cuenta la historia de Samo, probablemente un franco, que viajó hacia el este, seguramente en busca de esclavos; se vio envuelto en las guerras defensivas de los wendos eslavos contra los ávaros, llegando a convertirse en rey. Los esclavos eran una de las exportaciones principales hacia el oeste. Eran el botín y acaso la causa de las guerras entre germanos y eslavos, y la ciudad de Verdún, junto al Mosa, en la Francia oriental, parece haber sido un centro del comercio de esclavos.

Las pruebas, aunque sean totalmente cualitativas, indican que el volumen del comercio decayó en la mayor parte del oeste durante el período merovingio, aunque acaso hubo cierta intensificación comercial en la zona de los Países Bajos, la Austrasia patrimonial de los carolingios. Durante el período carolingio el volumen del comercio decayó aún más, especialmente en las zonas costeras del Mediterráneo, pero no hay razón para suponer que llegó a interrumpirse totalmente, incluso en las áreas más expuestas a los ataques árabes. Un suceso narrado por el monje de Saint-Gall da cuenta de que Carlomagno se encontraba «en cierta ciudad ... de la costa, en la Galia meridional» cuando una banda de piratas se acercó al puerto. «Cuando los barcos iban haciéndose visibles, algunos dijeron que eran mercaderes judíos, otros que se trataba de africanos o de mercaderes británicos.»[60] Tan sólo Carlomagno supo ver la verdad, pues por la traza de los barcos reconoció que se trataba de piratas escandinavos. La leyenda es sin duda apócrifa, pero sin embargo indica que los mercaderes, ya fuesen judíos o norteafricanos, no eran extraños en esta época en las costas del Languedoc y Provenza.

Sin duda alguna, los piratas árabes hicieron del comercio marí-

59. Gregorio de Tours, VI, 5.

60. Notker el Tartamudo, II, 14. No parece probable que los nórdicos irrumpieran en el Mediterráneo antes de la muerte de Carlomagno.

timo maditerráneo una aventura sumamente insegura, especialmente después de que se establecieran en Garde Freinet y ocupasen las islas mediterráneas, hacia el año 890. La antigua ruta de Francia a Roma, que discurría por mar desde un puerto provenzal hasta Ostia, seguramente dejó de utilizarse, pero hay indicios del aumento del tráfico por los pasos de los Alpes franceses. Los pasos de Mont-Cenis y los dos San Bernardos parece que fueron los más utilizados, y Carlomagno estableció peajes en las *cluses* o gargantas por donde los valles alpinos atravesaban las faldas de las montañas. Los productos comerciales seguían llegando al Imperio franco a través de esta ruta. La crónica de Saint-Gall describe cómo gente que «acababa de llegar de Pavía, a cuya ciudad los venecianos habían traído desde las tierras del otro lado del mar todas las riquezas de Oriente» se adornaba para el carnaval con «cintas de púrpura siria y de color limón; otros se envolvían con pieles de armiño».[61] Posiblemente, los presentes de los embajadores persas, incluyendo «bálsamo, nardo, ungüentos de diversos tipos, especias, perfumes y una amplia variedad de medicamentos», también arribaron siguiendo esta ruta. Carlomagno devolvió el cumplido con caballos españoles, mulas y perros de caza, así como también «mantos de Frisia, blancos, grises, carmesí y azul zafiro, pues estos ... eran escasos en aquellas regiones y tremendamente caros».[62] Según nos cuenta Einhard, cuando Carlomagno construía la catedral de Aquisgrán «no le fue posible encontrar columnas de mármol para la construcción en ningún otro lugar, por lo que tuvo que hacerlas traer de Roma y Rávena».[63] No sabemos cómo se transportarían, si a través de los Alpes, por mar hasta Provenza, o por mar hasta la misma boca del Rin. Cualquiera que fuese el camino, su consecución indica que el comercio a larga distancia no estaba muerto, ni mucho menos.

La conquista musulmana de buena parte de la cuenta mediterránea sin duda forzó el cambio en los escenarios principales de la actividad económica. En las provincias occidentales del Imperio romano el foco comercial y los centros manufactureros más activos habían sido los del Languedoc, Provenza y el valle del Ródano. Esta región no pudo mantener su primacía tras la conquista franca. Los centros de poder francos se encontraban en el norte de Francia y los Países Bajos. Allí

61. Notker el Tartamudo, II, 17.
62. *Ibid.*, II, 8-9.
63. Einhard, 26.

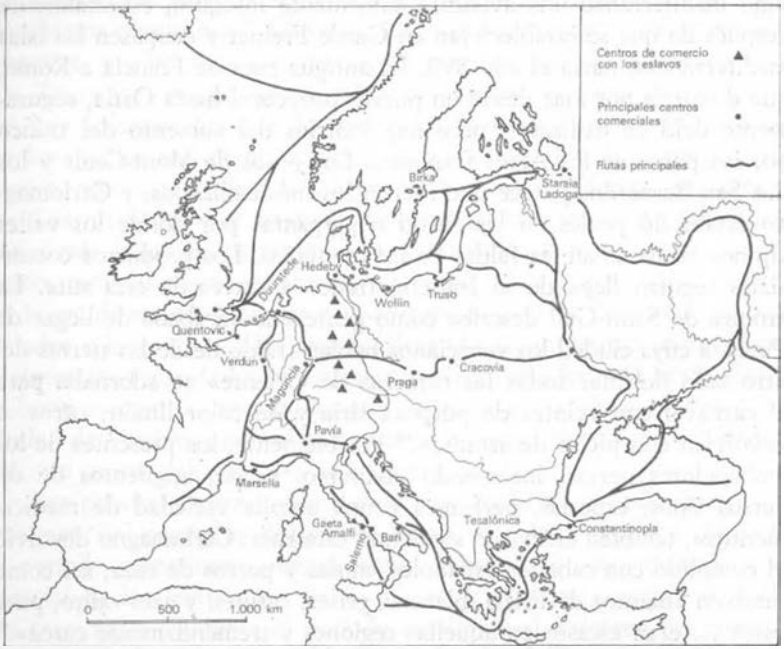


FIGURA 2.3

Rutas comerciales del Imperio carolingio

estaban la mayoría de los fiscos imperiales,[64] y allí pasaron gran parte del tiempo los carolingios, viajando de una villa imperial a otra. La presencia del emperador y de su corte atrajo el comercio a la región. Los numerosos monasterios ricamente dotados, no sólo crearon una demanda de materiales de construcción, objetos de arte y alimentos, sino que también produjeron excedentes de vino y paños que entraron en el mercado.

En este comercio, los frisones desempeñaron un papel primordial. Parece ser que habitaban las regiones costeras de los Países Bajos y Flandes. Comerciaban con Inglaterra y sus mercaderes remontaban el Rin para hacer llegar sus productos a la Alemania meridional, y

64. J. W. Thompson, *The dissolution of the Carolingian fisc in the ninth century*, University of California Pubns. (en «History», vol. XXIII), Berkeley, California, 1935.

acaso hasta las rutas transalpinas de Italia.[65] Parece que se dedicaron principalmente al comercio de paños. Suministraban paños frisones (*pallia fresonica*) a los monjes de Saint-Gall, uno de los cuales parece haber tenido una mala opinión acerca de su honradez comercial. Notker escribió que Carlomagno les había permitido vender capas cortas, que parecen haber estado de moda hasta que él «los cogió vendiendo esas capas cortas al mismo precio que las largas» y mandó que cesara la venta.[66]

El origen de los paños frisones, que, con toda seguridad, tuvieron gran aceptación durante el período carolingio y que, teñidos en diversos colores, se enviaban incluso al califa de Bagdad, se ha discutido acaloradamente. No era paño inglés, pero es muy poco probable que lo hubiesen tejido los propios frisones. Por otra parte, los monasterios de Austrasia recibían ingentes cantidades de tejidos de lana y de hilo (*sarciles* y *camsiles*) como tributo de sus campesinos. La abadía de Lobbes debía recibir de sus arrendatarios anualmente no menos de 17.000 haces de lino, junto con otras cantidades sin especificar... y Prüm recibía lino de 46 de sus villas y tejidos de hilo de 21. Es difícil, si no imposible, expresar esto en términos de piezas de tela acabada. Sin embargo, el volumen excedía sobremanera las necesidades personales de los monjes, y hay que suponer que el excedente se vendía y comercializaba por medio de mercaderes transhumantes; en pocas palabras, por los llamados frisones.

Habían ido surgiendo cierto número de puertos en la Europa noroccidental y por ellos discurría gran parte del comercio marítimo del Imperio carolingio con Britania y la Europa septentrional. Los principales fueron Quentovic, o Wicus, en la desembocadura del río Canche, y Duurstede junto al Lek, uno de los brazos del delta del Rin. Al mismo tiempo crecía el comercio con los pueblos eslavos. Carlomagno trató de regularlo prohibiendo la exportación de armas y limitándolo a nueve lugares entre el Elba inferior y el Danubio. Entre ellos estaba Magdeburgo, Halberstadt, Bamberg, Ratisbona y Lorch. Parece que los judíos jugaron un papel importante en este comercio con el este, y fueron especialmente activos en el tráfico de esclavos. En realidad, la palabra «esclavo» proviene de los eslavos, que constituían el mayor número de ellos.

65. Ermoldus Niger, *Carmina*, I, líneas 115-130.
66. Notker el Tartamudo, I, 34.

Dentro del Imperio franco se producía un tráfico de productos pequeño pero significativo. La sal, esencial tanto para el consumo humano como para la elaboración de salazones, se obtenía de las salinas costeras y de los manantiales salinos del interior. La abadía de Prüm tenía seis hombres en su villa de Moyenvic, en Lorena, que disponían de pequeños lotes de terreno, pero que dedicaban la mayor parte del tiempo en obtener sal de los manantiales salinos. El agua se evaporaba en las salinas de abril a diciembre, pero si el monasterio quería, también podía obtenerse la sal *in canlo* (por ebullición) durante el resto del año.[67] El monasterio de Bobbio obtenía sal de los estanques de Commachio, y el comercio de la sal fue una de las primeras actividades comerciales de los venecianos. La sal se transportaba en embarcaciones, remontando el río Loira, desde las salinas de la costa del golfo de Vizcaya, donde algunos monasterios tenían el derecho de producir sal. Había también salinas en las costas llanas del Languedoc, aunque no parece posible que sobrevivieran a las invasiones de los sarracenos.

Las tierras de los monasterios más ricos, al igual que las del propio fisco imperial, se hallaban sumamente dispersas y ello repercutía en los arrendatarios con pesadas obligaciones de transportes. Granos, lana, tejidos, vino, madera para la construcción, tejas y pértigas para viñas se transportaban a veces a distancias enormes. El transporte fluvial se utilizó siempre que fue posible, pero las obligaciones de transporte de los campesinos, que a veces precisaban ausentarse de sus hogares hasta quince *noctes*, es un índice de la dificultad con que tropezaba un señorío monástico a la hora de recaudar los beneficios.

La moneda es un índice de la economía. No sólo es el medio por el que se realizan las transacciones, sino que su volumen y cantidad son los indicadores del volumen y extensión del comercio. Pirenne contrastó —y eso fue lo fundamental de su argumentación— la sólida moneda de los merovingios con las débiles acuñaciones de sus sucesores. También aquí, como en otras cuestiones, se presentaba la antítesis en términos demasiado tajantes. Cierto que los merovingios heredaron la moneda del bajo Imperio romano (ver p. 49). Las monedas fueron el sólido de oro, acuñado por primera vez por Constantino I; el *trimissis* o *triens*, también de oro y con un valor de hasta

67. Políptico de Prüm, cap. 46.

el tercio del sólido, y el denario de plata o dinero. Las monedas continuaron llevando, incluso bajo los reyes francos, la imagen del emperador y pocos fueron lo bastante decididos o arrogantes como para reemplazarla por su propia imagen.

La circulación de oro de los merovingios fue declinando paulatinamente en importancia y, finalmente, desapareció de la circulación. Según Pirenne ello sería reflejo del colapso de la economía occidental ante los embates del Islam. De igual modo pudo ser reflejo de la preferencia de los francos por la plata y la necesidad, con propósitos comerciales, de unidades menores que el sólido y el *triens*. Puede que el sólido desapareciese porque fue progresivamente devaluado hasta que dejó de aceptarse fuera de la Francia merovingia. Mucho antes de la conquista del Mediterráneo por los musulmanes, el denario de plata, con un valor de un cuadragésimo de sólido, constituía el grueso de la moneda en circulación.

Ésta era la situación cuando Carlomagno introdujo su tan discutida reforma monetaria. Le habían precedido los intentos de Pepino el Breve de regular el valor de la moneda. Hacia el año 780, Carlomagno fijó los nuevos valores monetarios: una libra de veinte sueldos y un sueldo de doce dineros, dando lugar al sistema que seguiría vigente hasta que los británicos lo abandonaran en febrero de 1971. Como Carlomagno sólo acuñó el dinero de plata, las denominaciones más altas sólo sirvieron como moneda de cuenta (ver p. 140). No hubo otra moneda de oro que los pocos sólidos que se acuñaron para el comercio con Oriente.[68] Representaban un drenaje del oro, indicador de una balanza comercial deficitaria, con cierta similitud a la que se produjo durante los últimos siglos del Imperio romano. El dinero de plata era adecuado para las transacciones internas, especialmente porque los carolingios se preocuparon de preservar su valor intrínseco. Sin embargo, los capitulares dejan claro que hubo una considerable resistencia a aceptar las reformas monetarias de Carlomagno. La insistencia en que sólo él o sus delegados podían emitir moneda asestó un duro golpe a uno de los privilegios que habían sido concedidos o usurpados por las crecientes inmunidades feudales del Imperio. Además de esto, había un amplio rechazo a aceptar las nuevas y desconocidas monedas. La frecuente reiteración de órdenes

68. Incluso esto se ha discutido; véase P. Grierson, «Le sou d'or d'Uzès», *Moyen Âge*, Serie 4, IX (1954), pp. 293-309.

contra los acuñadores ilegales y contra quienes rechazaban la moneda oficial indica lo difícil que fue obligar al cumplimiento de las leyes. Incluso en el año 864, Carlos el Calvo creyó necesario dictar que:

> Siguiendo la práctica de nuestros antecesores ... hemos ordenado que no se fabrique moneda en ningún lugar de nuestro reino excepto en nuestro palacio, en Quentovic y en Ruán, cuya moneda concuerda de antiguo con la de Quentovic, y en Reims, Sens, París, Orleans, Châlons-sur-Saône, Melle [en Poitou] y Narbona.[69]

Más adelante ordenó severos castigos a aquellos que rehusaran aceptar la moneda legal del país.

Lejos de implicar el colapso del comercio, las reformas monetarias de Carlomagno más bien indican que el volumen del mismo era considerable y que resultó favorecido con la emisión de moneda sana. Fueron los merovingios los que carecían de política monetaria y, a decir verdad, acaso fuesen incapaces de concebirla. Las monedas de oro que les fueron legadas, seguramente no eran las apropiadas a las necesidades de la sociedad merovingia. La acuñación se descontroló y acabó degenerando en emisiones de piezas chapadas de plata. Lo que hizo Carlomagno fue salvar a la moneda franca de este marasmo.

¿Qué sucedió con el oro del que se fabricaron las primitivas monedas merovingias? Normalmente se da por supuesto que, dado que el comercio franco con el Imperio bizantino estaba descompensado, había que pagar parcialmente las importaciones de artículos de lujo con el drenaje del oro. Sin duda alguna, esto es cierto, pero es poco probable que el oro cesase de circular totalmente a causa de ello. Los inventarios carolingios referentes a los bienes eclesiásticos, por ejemplo el referido a la iglesia de Staffelsee, señalan un importante tesoro en ornamentos de oro y demás objetos sagrados. La Europa occidental no producía oro, o lo producía en cantidades ínfimas; por ello hay que suponer que buena parte del abundante oro empleado en los ornamentos de las iglesias y monasterios de nueva fundación provenía de hecho del oro acuñado, cuyo uso no lo justificaba el decreciente volumen del comercio. Si hay que creer a Pablo el Diácono, un baldaquino de oro de considerables dimensiones y de gran peso se colocó sobre el cuerpo de san Marcelo, en Châlons-sur-Saône.[70]

69. Capitular de Pistres (864), cap. 12, *MGH*, *Capitularia Regum Francorum*, II, 315.

70. Paulo Diácono, III, 34.

¿Acaso no es posible que el oro procediera de las monedas ofrendadas por los peregrinos del santuario?

Carlomagno y sus sucesores no limitaron su política económica a cuestiones monetarias. Trataron de regular la economía como un todo, aunque lo más que lograron fue una serie de pronunciamientos *ad hoc*, difíciles de llevar a la práctica y posiblemente ineficaces. Parece que se hizo algún intento para regular el establecimiento de mercados y para eliminar aquellos que no tenían utilidad. Cuando se producía una mala cosecha, se promulgaban tablas de precios, aunque parece poco probable que Carlomagno tuviese más éxito en este campo del que obtuviera Diocleciano cinco siglos antes. La práctica de la usura estaba condenada con más vehemencia de la habitual, pero las prácticas contra las que iba dirigido el capitular del año 806 parece que eran poco más que el préstamo de dinero a una tasa de interés elevada en tiempo de hambre y el almacenamiento de suministros de grano anticipándose a un alza de precios. El *Capitulare de Nimega* del año 806 establece que

> Cualquiera que en la época de la siega o de la vendimia almacene grano o vino, no por necesidad, sino por avaricia, por ejemplo comprando el modio a dos dineros y reteniéndolo hasta que pueda revenderse a cuatro dineros, seis o incluso más, consideramos que está obteniendo beneficios deshonestos. Si, por otro lado, lo compra porque lo necesita, para guardárselo para su propio consumo o para darlo a otros, esto lo contemplamos como una transacción de negocio (*negotium*).[71]

Todas las regulaciones económicas de la época eran apropiadas para los intercambios de poca envergadura, en una sociedad agrícola y predominantemente autosuficiente. La provisión de capital para aventuras comerciales de mayor consideración o a largas distancias parece haber carecido de importancia suficiente como para atraer la atención del emperador.

El Imperio bizantino

El Imperio de Oriente se había segregado del de Occidente por razones políticas desde la división final de los hijos de Teodosio I en

71. *MGH, Capitularia,* I, 132.

el año 395. El Imperio de Occidente fue, como ya hemos visto, invadido y desbordado por pueblos bárbaros, que heredaron en distintos grados la cultura y las instituciones de Roma. El Imperio de Oriente era más resistente y también más elástico que el de Occidente. Su organización central permaneció intacta en la ciudad de Constantinopla, mientras que los territorios controlados se expandían o retraían según los éxitos o fracasos de sus ejércitos. Desde el norte lo invadieron en primer lugar los eslavos de Europa oriental y más tarde los búlgaros de las estepas de Rusia meridional. Desde el sudeste llegaron en los siglos VI y VII, los ejércitos del profeta, avasallando el Levante, invadiendo Anatolia y amenazando a la misma Constantinopla. En la península balcánica, al igual que en la Europa occidental surgieron reinos bárbaros en el suelo mismo del Imperio: el reino de Serbia, el primer imperio búlgaro y, en sus fronteras, el Estado ávaro.

Los reinos bárbaros de los Balcanes recogieron poco de la civilización del mundo antiguo. El desarrollo urbano al norte de las tierras griegas era insignificante; la red viaria se había diseñado en función de las necesidades exclusivamente militares y sobre buena parte de la superficie, la escasa población continuaba viviendo aislada y recluida en las aldeas. Las escasas ciudades del interior de la península balcánica, escribió Procopio, «que fueron capturadas por los eslavos, ahora están deshabitadas y abandonadas, y nadie vive en ellas».[72] Los ciudadanos de Salona buscaron refugio tras las murallas del palacio que Diocleciano había construido junto al mar Adriático; los de Epidauro huyeron a la isla litoral de Ragusa, y se abandonaron Narona y Dioclea para situarse junto a la costa, donde el poderío naval de Bizancio fuese más accesible. Procopio también describió el intento subsiguiente de Justiniano de reforzar el sur de los Balcanes, fundando ciudades fortificadas con gruesas murallas. Su relación sigue de cerca la descripción de Estrabón [73] del proceso de urbanización y civilización —que para Estrabón eran sinónimos— del noroeste de Hispania.

El éxito obtenido por Justiniano en los Balcanes no fue mayor que el de los romanos en Turditania (noreste de España). De un conjunto de 140 lugares de Macedonia y Epiro «urbanizados» de este

72. *Constantine Porphyrogenitus de Administrando Imperio*, ed. Gy. Moravcsik, Budapest, 1949, p. 139.

73. Estrabón, III, 2, 15.

modo, poco más de una docena han sobrevivido como ciudades, y de la mayoría restante, se desconocen hasta sus emplazamientos. Se ha excavado una de las ciudades perdidas de Justiniano, Stobi, en el valle del Vardar, en Macedonia, cerca de Titov Veles.[74] Se trataba de un recinto amurallado de unas veinte hectáreas, con calles pavimentadas y casas y tiendas de piedra. Como muchas otras, era una creación artificial del emperador. Acaso tuvo una débil vida económica hasta entrado el siglo IX, pero después fue abandonada y se desvaneció. Estas ciudades balcánicas jamás se convirtieron en sedes episcopales ni centros de instituciones eclesiásticas. No tuvieron importancia económica real, ni nada que perpetuase su existencia una vez que la mano protectora del emperador se apartaba y los soldados se retiraban.

Sin embargo, en la costa las cosas iban de otra manera. Constantinopla, al contrario de Roma, era una ciudad marítima. No había gran distancia del palacio imperial —encarado al Bósforo— al Cuerno de Oro, donde se descargaban los barcos. Bajo Justiniano, Constantinopla creció hasta convertirse en una ciudad de un cuarto de millón de habitantes que precisaba de importaciones de grano casi tan grandes como las de Roma. Sin embargo, era más fácil llevar a cabo el suministro de grano, ya que el Imperio bizantino retuvo el control efectivo de los mares. Los pueblos bárbaros que aparecieron alrededor de las costas del mar Negro siguieron siendo terrestres y jamás pusieron en tela de juicio la supremacía de la flota bizantina. Hacia el sur, el mar Egeo quedaba cerrado por una barrera de islas que se extendían desde la Grecia meridional al suroeste del Asia Menor. De ese modo quedaba parcialmente separado del Mediterráneo y permaneció bajo el control bizantino. El grano para alimentar a la ciudad de Constantinopla procedía de Tesalia, Macedonia, Tracia y el Asia Menor, así como también de las tierras costeras del mar Negro. Otras ciudades del Egeo, en particular Corinto, Tebas y Tesalónica tuvieron cierta prosperidad, quizá debido a que controlaban gran parte del comercio con Constantinopla.

Las similitudes entre la nueva Roma, Constantinopla y la vieja no son totales. Aquélla desarrolló la manufactura hasta un grado que le permitió, cuando menos parcialmente, nivelar las importaciones. El

74. Ernst Kissinger, «A survey of the early Christian town of Stobi», *Dumbarton Oaks Papers*, n.° 3 (1946), pp. 81-162.

Libro del Eparca[75] se recopiló en la ciudad casi al mismo tiempo que Carlos el Calvo elaboraba la capitular de Pistres (ver p. 96). Ésta se refería a una sociedad rural; aquél a una urbana. Ésta regulaba mercadillos y precios del grano; aquél prescribía los modos en que debían organizarse los artesanos y el modo en que debían conducir sus negocios los tejedores de seda, manufactureros de lienzo, marroquineros y artesanos, productores de toda una gama de objetos, tanto artículos de lujo como de primera necesidad. Era una sistema rígido e inflexible, pero, por lo menos dio testimonio de la existencia de la ingente cantidad de artesanos urbanos que producían sus mercancías para mercados lejanos.

En las zonas rurales del Imperio de Oriente, la formación de grandes propiedades agrarias parece haber estado más atrasada que en Occidente e incluso es posible que se diese el proceso inverso, la disgregación de latifundios. La *Ley del campesino*[76] de finales del siglo VII da una imagen de las comunidades rurales con sus campesinos libres, que acaso contaban con la ayuda de mano de obra esclava, y que cultivaban tanto parcelas cerradas de huerta como también granjas en algún tipo de *open field*. La ley regulaba las disputas por motivos de límites y de animales descarriados, el uso del agua de riego y la tala de bosques para ganar superficie de terreno cultivable. La importancia que tuvo la ley del campesino es difícil de precisar y tampoco está claro en qué parte del Imperio se pensaba aplicar. Las condiciones agrícolas en ella descritas podrían referirse con mayor probabilidad a Macedonia o Tracia. Tampoco parece cierto que las condiciones sociales que trata estuviesen muy difundidas en esa época. En realidad, la historia agrícola del Imperio bizantino es uno de los rincones más oscuros de toda la historia económica medieval.

Hacia el este, más allá de los límites imprecisos del Imperio franco, vivían alemanes libres y los eslavos. Mucho se ha escrito acerca de la estructura social y el nivel económico de los pueblos de la Europa central y oriental. De una cosa podemos estar seguros: no se trataba de una sociedad igualitaria que practicaba el comunismo primitivo en sus *Markgenossenschaften*. En Alemania, la sociedad se hallaba tan estratificada como en las tierras francas, y Dopsch asegura

75. El texto se encuentra publicado en E. H. Freshfield, *Roman law in the later Roman Empire*, Cambridge University Press, 1938, pp. 3-50.

76. El texto griego se encuentra publicado en W. *Ashburner, Journal of Hellenic Studies*, XXX (1910), pp. 85-108, y traducido, *ibid.*, XXXII (1912), pp. 68-95.

haber encontrado allí «grandes propiedades señoriales» así como nobles que exigían los servicios tanto de *adscripti* semilibres como de campesinos siervos.[77] Tampoco hay que suponer que siguiera vigente la descripción que de la sociedad germánica hiciera Tácito. Con toda seguridad, la gente habitaba en pueblos o aldeas pequeños y compactos y cultivaban los campos circundantes de acuerdo con alguna forma del sistema *infield-outfield* (ver p. 210). En algunos lugares de la Europa central y oriental había plazas fortificadas —el *Burgwall* de los alemanes y el *grody* o *hrady* de los eslavos— en los que se podía hallar refugio en épocas de invasiones. Helmold decía de los nordalbingianos, que vivían en lo que hoy es Holstein, que, tras la conmoción «la gente ... salía de la fortaleza en la que se habían encerrado buscando protección por temor a las guerras. Y cada uno volvía a su aldea o a su manso y reconstruyeron casas e iglesias, por tanto tiempo destruidas por culpa del azote de la guerra».[78]

Las invasiones del siglo IX

El período tratado en este capítulo terminó, igual que había comenzado, con invasiones destructoras generalizadas. Las más importantes y extendidas de entre ellas fueron las provinentes del norte, aunque los musulmanes siguieron constituyendo una seria amenaza para las regiones litorales del sur de Europa, y los magiares ocuparon las llanuras del curso medio del Danubio, desde donde realizaron profundas incursiones en la Europa central e incluso en la occidental.

No se sabe qué fue lo que motivó a los pueblos escandinavos a abandonar sus hogares septentrionales e irrumpir y, al menos a escala local, asentarse en regiones del este, oeste e incluso el sur de Europa. Puede haber una explicación en los cambios climáticos, que pudieron dejar yermas las tierras de cultivo marginales; con más seguridad, la presión demográfica debió ser exagerada para los limitados recursos disponibles y debieron sucumbir a la atracción de saquear y asentarse en las tierras más fértiles del sur. Hay que recordar que el número de gente que participaba en las migraciones vikingas era muy bajo

77. Alfons Dopsch, *The Economic and Social Foundations of European Civilization*, Routledge, Londres, 1937, p. 126.

78. *The Chronicle of the Slavs*, ed. F. J. Tschan, Columbia University Press, Nueva York, 1935, p. 123.

y que el mayor de sus barcos tal vez podía transportar hasta un centenar de personas. Para sus ataques contaban más con el factor sorpresa que con el número de sus efectivos. Posiblemente, sus fuerzas, en conjunto, nunca sobrepasaron el número de aquellos que oyendo la llamada de las cruzadas se lanzaron hacia el Oriente.

Sin embargo, el daño y la destrucción que ocasionaron fue, por lo menos tan elevado como el producido por las invasiones germánicas en el Imperio romano. El área afectada fue inmensa. Los daneses de la península de Jutlandia remontaron los ríos frisones, francos y británicos, saqueando, pillando y destruyendo. Los noruegos, a quienes nunca pudo distinguirse de los daneses, navegaron hacia Escocia e Irlanda, de donde poco botín podía sacarse, y hacia Islandia, de donde no se podía obtener nada. Tan sólo un problema agudo de superpoblación pudo haber forzado a los nórdicos a emigrar a Islandia, cuyas difíciles condiciones nos han llegado en las páginas de las sagas. Los escandinavos del sur de Suecia cruzaron el mar Báltico, remontaron los ríos rusos y, cruzando la divisoria descendieron por el Dniéper, el Dniéster y el Don hasta el mar Negro. Llegaron hasta la corte del emperador de Bizancio, desde donde algunos retornaron a Escandinavia por Francia.[79]

Llevaron el terror consigo allí donde fueron. Lo mejor que podía hacerse era pagar elevados rescates en oro, como hiciera Ethelred, en la Inglaterra meridional. El cronista francés Ermentaire describió con tintes sombríos la destrucción que producían:

> El número de barcos crece más y más. La gran hueste nórdica crece continuamente; por todas partes los cristianos son víctimas de masacres, saqueos, incendios, prueba clara de lo que seguirá aconteciendo mientras dure el mundo; toman toda ciudad que hallan a su paso y nadie puede resistirles ... Así, poco a poco va realizándose la amenaza lanzada por el Señor por boca de su profeta: «Un azote venido del norte se abocará sobre los habitantes de la tierra».[80]

Los vikingos, haciéndose más audaces en los años finales del siglo IX, abandonaron sus bajeles y realizaron incursiones tierra adentro. El políptico de Prüm se refiere a los asentamientos destruidos *a paganis* [81] o vikingos, y el propio documento fue compuesto poco después

79. Annales Bertiniani, *MGH*, *Scriptores*, I, 434.
80. Ermentaire, en *Textes d'hist. médiévale*, París, 1951, pp. 132-133.
81. Políptico de Prüm, *caps.* 49 y 103.

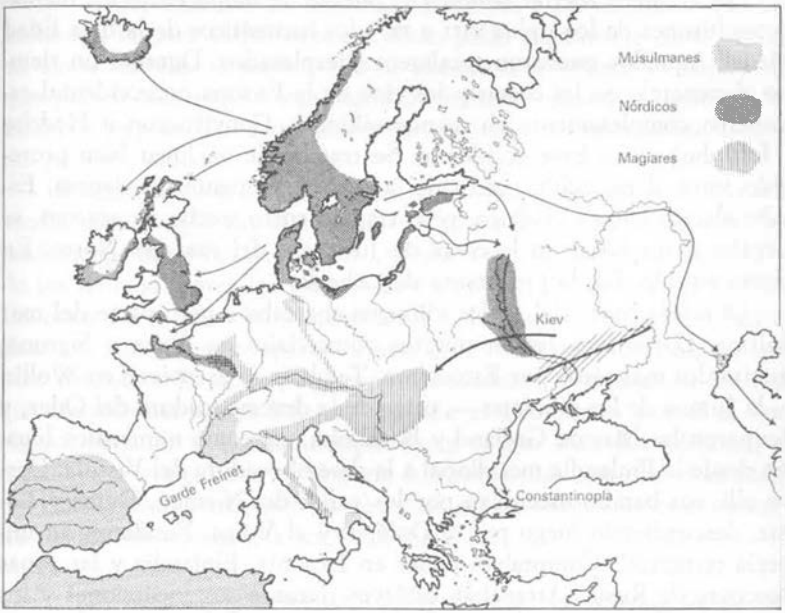


FIGURA 2.4

Las invasiones del siglo IX

de que tuviera lugar la incursión, por temor a que se perdiera algo de la propiedad monástica. Una tras otra, en cada crónica monástica se describe el incendio y saqueo de las tierras costeras del noroeste y oeste de Europa. Con todo, el balance final de las incursiones vikingas no es completamente negativo. No sólo abrieron nuevas tierras a la colonización y al comercio, sino que hasta jugaron un papel importante en el desarrollo comercial. En el transcurso de sus invasiones obtenían mucho más botín del que necesitaban e incluso del que podían llevarse. Así pues, lo vendían o intercambiaban por otros artículos. Obtuvieron grandes cantidades de oro y plata, parte de la cual viajó con ellos hasta Islandia. Pero, andando el tiempo, buena parte de ella volvió a la circulación, cuando los vikingos adquirieron las mercancías que necesitaban y que no podían pagar de ninguna otra manera.

Los vikingos fueron también el puente de unión entre los mercaderes frisones de los siglos VIII y IX y los hanseáticos de la baja Edad Media. Aquéllos quedaron totalmente desplazados. Durante un tiempo el comercio en las costas y los ríos de la Europa noroccidental estuvieron completamente en manos vikingas. Convirtieron a Hedeby (Haithabu) en su base occidental. Se trataba de un lugar bien protegido junto al río Schlei, cerca de la base de la península danesa. Estaba abierto hacia el Báltico, pero tras un corto trecho de acarreo, se llegaba al río Eider en la costa de Jutlandia del mar del Norte. En cierto sentido, fue la precursora de Lübeck.

La esfera comercial de los vikingos abarcaba a gran parte del mar Báltico. Los suecos tenían puestos comerciales en Birka y Sigtuna, sustituidos más tarde por Estocolmo. También se asentaron en Wollin —la Jumna de los cronistas—, cerca de la desembocadura del Oder, y ocuparon las islas de Gotland y Bornholm, así como numerosos lugares desde la Finlandia meridional a la desembocadura del Vístula. Desde allí, sus bandas ascendían por los valles del Niemen, Dvina y Lovat, descendiendo luego por el Dniéper y el Volga. Fundaron un imperio comercial. Compraban pieles en Laponia, Finlandia y las zonas boscosas de Rusia. Atrapaban esclavos durante sus incursiones y los vendían o los conservaban como siervos para abrir nuevas tierras y llevar a cabo la colonización, o bien como un artículo de intercambio.

Los nórdicos acaso penetraron en Rusia hacia el siglo VII, como indica la Crónica Rusa Primaria.[82] En adelante, las monedas atesoradas en Escandinavia pueden ayudar a componer una tosca cronología de la expansión del comercio nórdico en Rusia y aún más lejos. Las monedas más antiguas halladas en Escandinavia son *dirhams* sasánidas (persas), del siglo VII.[83] A éstos siguen una inmensa cantidad de monedas musulmanas del siglo VIII. En su mayoría son monedas de plata omeyas, que parecen indicar una relación muy directa con el Califato de Bagdad. A éstas sigue una serie de piezas abasidas que datan de hasta mediados del siglo IX, pero con ellas terminan las monedas musulmanas halladas. La mayoría de esas piezas se acuñaron en Mesopotamia o Persia occidental y demuestran plausiblemente que el comercio nórdico no se efectuaba con Bizancio, sino que, por la vía del

82. *The Primary Russian Chronicle*, ed. S. F. Cross, p. 144.

83. Archibald R. Lewis, *The Northern Seas*, Princeton University Press, 1958, pp. 214-220 y 226-228.

Volga se traficaba con las regiones del Caspio y Persia occidental. Sin embargo, se hace difícil explicar cómo pudo acumularse tanto dinero en Escandinavia. A menos que se obtuviera mediante el saqueo, lo que parece más seguro, supondría un balance comercial positivo; los vikingos exportarían más productos de los que importarían, lo que no parece probable.

El comercio con Persia, a través del Volga se interrumpió hacia mediados del siglo IX, seguramente a causa de las incursiones de los pechenegos hacia occidente, pero también a causa de una insurrección de los letones contra los varangianos nórdicos, en la zona del Báltico. En unos pocos años los escandinavos volvieron a penetrar en Rusia. Éste es el movimiento que se asocia al nombre de Rurik. Siguió una ruta distinta a la de la penetración precedente, remontando los ríos que desembocan en el Báltico, pasando al Dniéper, y por él al mar Negro, llegando a Constantinopla hacia el año 860. En adelante, el comercio se realizó con el Imperio bizantino más que con el abásida.

Constantino Porfirogéneta describía así las expediciones comerciales de los varangianos, a fines del siglo IX:

> Los barcos de una sola traca [Μονοξυλα, probablemente canoas vaciadas] que descienden desde la Rusia exterior hasta Constantinopla son de Novgorod, donde Sviatoslav, hijo de Igor, príncipe de Rusia, tiene su sede, y otras de la ciudad de Smolensko y de Teliutza, Chernigov y de Busegrado. Todos ellos descienden por el río Dniéper y se reúnen en la ciudad de Kiev ... [Los eslavos] talan la madera para sus embarcaciones durante el invierno y cuando ya las han amarrado, al acercarse la primavera y el deshielo, las llevan ... al río Dniéper ... y descienden hasta Kiev. Los rusos sólo adquieren las almadías, dotándolas de remos, chumaceras y otros enseres ... y así las dejan listas.[84]

Desde Kiev las flotas de barquichuelas realizaban el difícil descenso del Dniéper, porteando las embarcaciones para eludir los rápidos más peligrosos, hasta alcanzar el mar Negro. Ahí seguían la costa, bajo la vigilancia de los pechenegos tártaros, hasta alcanzar la desembocadura del Danubio y los confines del Imperio, con su cargamento de esclavos, pieles y productos forestales.

84. *Constantine Porphyrogenitus de Administrando Imperio*, eds. G. Moravcsik y R. J. H. Jenkins, Budapest, 1949; la cita es del capítulo 9, pp. 57-63.

En el curso medio del Dniéper, los vikingos fundaron el «Estado» de Kiev. No era un Estado unitario en el sentido moderno de la acepción; se trataba, más bien, de la jurisdicción ejercida por los vikingos o rus [85] sobre un grupo de ciudades: Smolensko, Chernigov, Vitebsk, Pereyaslav y la propia Kiev. Los rus eran el grupo predominante en las ciudades, pero las áreas adyacentes las poblaban eslavos y tártaros, que alternativamente parecen haber comerciado con los rus y haber amenazado su comercio por la estepa.

Las incursiones de los magiares en la Europa oriental seguramente movilizaron un mayor número de gente que el total de las migraciones vikingas, aunque el impacto que produjeron fue menor. Ello se debió a que encajaron perfectamente en un medio que ya había sido acondicionado por los ávaros. Abandonaron el sur de la estepa rusa en el siglo IX, cruzaron los Cárpatos y penetraron en la llanura húngara (hacia el año 895). Desde un principio comprendían a pueblos agricultores y pastores y, a medida que se iban asentando en su nueva patria, los primeros se hicieron predominantes.[86] Sus incursiones en Alemania las detuvo Otón I; las que realizaron en Italia y los Alpes no produjeron cambios duraderos y así quedaron restringidos a los territorios que, con sólo ligeras modificaciones, han sido suyos durante un milenio.

El sur de Europa no estaba más protegido de las invasiones que el norte. Durante el siglo IX los musulmanes se asentaron con más firmeza en la cuenca mediterránea. Ocuparon la mayoría de sus islas, incluyendo a Creta (año 827) que guardaba la entrada al Egeo, Córcega, Cerdeña (en el año 760) y las islas Baleares (en el año 798) desde donde podían vigilar las costas de Cataluña, Francia y del norte de Italia. El Imperio bizantino había seguido ejerciendo una débil autoridad en Sicilia e Italia meridional y también en la zona de la desembocadura del Po. Aquéllas cayeron en manos musulmanas hacia el año 827, y así concluyó totalmente el Imperio bizantino en el Mediterráneo occidental. En España, el emirato musulmán de Córdoba, bajo sus dirigentes omeyas, se extendió hacia el norte hasta la línea

85. El término Ρωζ, utilizado por los bizantinos para denominar a los pueblos nórdicos, probablemente derive del término finés antiguo *rotsi*, empleado por los suecos; véase *De Administrando Imperii*, ed. R. J. H. Jenkins, vol. II, *Commentary*, pp. 20-23.

86. D. Sinor, «The outlines of Hungarian prehistory», *Cah. Hist. Mond.*, VI (1957), pp. 513-540.

de los ríos Duero y Ebro. Los musulmanes ocuparon Garde-Freinet, en la costa de Provenza cercana a Saint-Tropez, desde el año 888 hasta el 975, y desde esta base realizaron incursiones por el valle del Ródano hasta Lyon, hostigaron el comercio que discurría por los pasos alpinos y devastaron puntos y poblaciones costeras desde los Pirineos hasta el sur de Italia. Grandes zonas se desploblaron y en todas partes, la economía quedó reducida a un nivel de susbsistencia.

Las incursiones musulmanas, así como las vikingas, no fueron totalmente negativas. De entre las ciudades arruinadas y los campos devastados surgió, en un período de tiempo relativamente corto, una vitalidad renovada. Cuando, ya a fines del siglo X y el siglo XI resurgió el comercio, éste fue eminentemente mediterráneo, y en él los musulmanes jugaron un papel evidente e importante.

Capítulo 3

LA EXPANSIÓN DE LA ECONOMÍA MEDIEVAL

Las presiones ejercidas sobre Europa por escandinavos, magiares y sarracenos alcanzaron su punto álgido en los años finales del siglo IX y en las primeras décadas del siglo X. De aquí en adelante fueron disminuyendo progresivamente. Los escandinavos en el año 885 sitiaron París, asolando la comarca, masacrando a sus habitantes e incurriendo profundamente en Borgoña. Veinticinco años después, los daneses construían sus hogares a lo largo del valle del Sena y, en unas pocas décadas, se habían fusionado con la población franca autóctona, originando uno de los más florecientes Estados de la Europa altomedieval. Los magiares se extendieron por Alemania e Italia. Derrotaron al Estado de la Gran Moravia, alcanzaron Bremen y Apulia y, en el año 926, destruyeron el monasterio suizo de Saint-Gall. Pero en el año 955 su ejército se enfrentó al alemán de Otón I, cerca de Augsburgo, quedando totalmente derrotados. Posteriormente, sus actividades quedaron limitadas a la llanura húngara, en el curso medio del Danubio. En el Mediterráneo occidental, el peligro musulmán persistió durante más tiempo. Las incursiones a las ciudades del litoral se sucedían: Génova fue capturada en el año 935 por una banda africana e incluso en el año 972, un ataque desde Garde Freinet penetró en los Alpes del Delfinado, llegando a capturar al abad Maiolus de Cluny para pedir un rescate.

En el año 915, la base musulmana de Garellano, en el sur de Italia, fue destruida, pero la ocupación árabe de Garde Freinet perduró hasta el año 973. A finales de siglo, los puertos de la Italia septentrional, especialmente Pisa y Venecia, reforzaban su poderío naval hasta asegurarse la protección de sus ciudades y costas próxi-

mas. Los peligros que amenazaban a Europa fueron reduciéndose gradualmente; la piratería moruna continuó perturbando la navegación en el Mediterráneo, del mismo modo que siguió haciéndolo hasta el siglo XIX. El comercio entre los Estados cristianos y el Islam empezó a sustituir a la anterior situación de hostilidad permanente, y el Mediterráneo dejó de ser la barrera que hasta entonces había sido entre el Occidente europeo y las tierras del norte de África y del Cercano Oriente.

El cambio ocurrido en Europa en las últimas décadas del siglo X y en las primeras del siglo XI fue enorme. Existía la superstición popular de que la era cristiana duraría mil años. No tenemos pruebas de que tan piadosa tradición inhibiera la vida económica,[1] pero en los años siguientes al año 1000 hubo un incremento tremendo en la actividad económica. Raoul Glaber describía así el nuevo espíritu:

> Así, en el umbral del año 1000 ... sucedió en casi todo el mundo, pero especialmente en Italia y Galia, que las iglesias fueron reparadas, aunque muchas de ellas no parecían necesitar tales obras; pero cada nación de la Cristiandad rivalizaba con las otras en cuál de ellas rezaría en las iglesias más decorosas. Así sucedía, como si el propio mundo se hubiera sacudido y desprendido de su edad, y se estuviera revistiendo por todas partes con una vestidura alba de iglesias.[2]

Tal resurgimiento espiritual no pudo ocurrir sin un fundamento económico. La construcción de iglesias se llevó a cabo con los beneficios aportados por la agricultura y el comercio, y el monacato se sostenía con el escaso excedente producido por el campesinado. El siglo X había contemplado la recuperación de la Europa occidental y central de las depredaciones efectuadas por las sucesivas olas de invasores y la reavivación de una población diezmada. Durante el siglo XI se inició la obtención de cierto excedente, parte del cual se invierte en piedras y mortero, parte en la institucionalización social y política y parte en la expansión de Europa, arrojando a los musulmanes de España e Italia, conquistando parte del Levante, creando sociedades

1. Henri Focillon, *The year 1000*, Ungar, Nueva York, 1969.
2. Raoul Glaber; la traducción es la de C. G. Coulton, *Life in the Middle Ages*, Cambridge University Press, 1930, vol. I.

comerciales a lo largo del litoral y estableciendo una frontera expansiva de colonización en la Europa central y oriental.

El momento del cambio en la economía europea se produjo en distintos momentos según las diferentes partes del continente: más pronto en Italia que en Francia, y antes en Francia y Renania que en el resto de Alemania. Las últimas áreas afectadas por la economía expansiva de la alta Edad Media fueron Escandinavia, la Europa centro-oriental y el interior de los Balcanes. Pero en cualquier lugar, al margen de los índices y medidas que se tomen, el crecimiento económico ya se manifestaba con anterioridad al año 1000. Así, se hace visible en el panorama de Borgoña, donde el monje Glaber vivió la mayor parte de su vida.

Índices del crecimiento económico

Es un hecho comúnmente aceptado que a la caída del Imperio de Occidente siguió un período de estancamiento económico. Este estancamiento desembocó en los siglos X y XI en un período de expansión o crecimiento que se mantuvo hasta finales del siglo XIII o principios del siglo XIV. Respecto a este hecho el acuerdo es total. Hubo algún tipo de decaimiento económico en los años centrales del siglo XIV, asociado comúnmente a la difusión de la peste negra. En cierto momento del siglo XIV —la fecha es objeto de especulación— la economía europea volvió a entrar en una fase expansiva.

El investigador trata de encontrar indicadores de las tendencias económicas en la Edad Media. En la actualidad esos indicadores aparecen en tablas estadísticas: índices de empleo, inversión, crédito bancario, actividad comercial, etc., todas las cuales son relativamente fáciles de obtener. Para la Edad Media no hay indicadores estadísticos y los que se pueden considerar como tales no se prestan a ser cuantificados. Pueden señalarse cinco tendencias, ninguna de las cuales es susceptible de ser medida con precisión, pero que sin embargo, de un modo cualitativo, indican un crecimiento económico sostenido. Estas cinco tendencias son: 1) la formación de un sistema de Estados, con sedes fijas de gobierno e instituciones administrativas; 2) el crecimiento demográfico; 3) la puesta en cultivo de nuevas tierras y la creación de nuevos asentamientos rurales; 4) la expansión del volumen comercial y el incremento de la variedad de artículos, y 5) el proceso de urbanización.

El sistema de Estados europeo

Uno de los primeros frutos del resurgimiento económico europeo fue el desarrollo del sistema de Estados medievales. Los carolingios habían disipado sus territorios patrimoniales y en una o dos generaciones desaparecieron de la escena política. Su lugar fue ocupado por unos príncipes que, si bien regían territorios menos extensos, en muchos casos los controlaban con mayor firmeza. *Francia* quedó como un concepto vago; sin embargo, dentro de sus límites se desarrollaron unidades políticas mucho mejor organizadas. El ducado de Normandía y el condado de Flandes llegaron a ser un modelo de organización territorial eficiente y efectiva. Las tierras capetas, centradas en el condado de París, los ducados de Borgoña y Saboya y el reino de Arles, desarrollaron órganos de administración central. Más allá del Rin, las tierras bajas y fértiles del valle del Main y de la Renania media se convirtieron en el centro del ducado de Franconia. Al este de la Selva Negra, el ducado de Suabia se extendía por los valles del Neckar y del Danubio superior. Más hacia el este se encontraba Baviera, que ya empezaba a ejercer su autoridad por el valle del Danubio, donde su marca protectora —la Ostmark o Austria— comenzó a configurarse hacia el año 1000. En el norte de Alemania, Sajonia, que se había resistido valientemente a la conquista de Carlomagno a finales del siglo VIII, inició a principios del siglo X la primera dinastía imperial alemana.

El siglo X presenció también el nacimiento del Estado bohemio o checo y del reino de Polonia; los magiares consolidaron su poder en la llanura húngara; surgió un Estado croata en el noroeste de la península balcánica; el primer imperio búlgaro se extendía al sur del Danubio, y entre ambos quedaba situado el reino embrionario de los serbios. Incluso en Escandinavia comenzaron a aparecer focos de poder político. En la isla de Sjaelland surgió el núcleo del Estado danés. En Noruega, alrededor de Trondheim y en las tierras bajas cercanas a la cabecera del fiordo de Oslo, se formaron organizaciones políticas similares, que en el siglo X convergerían para formar el reino de Noruega. En Suecia, la organización política se dio, en primer lugar, entre las tribus svea de Uppland, en el área del norte del lago Mälar, alrededor de la primera capital sueca, Uppsala.

Las entidades políticas surgidas en los siglos X y XI se centraron

cada una en su propia área de tierras relativamente fértiles y productivas. Ninguna de ellas surgió sin una base agrícola. El comercio pronto se convirtió en una fuente auxiliar de riqueza y prosperidad, pero teniendo siempre como base el excedente engendrado por la agricultura, que fue el que hizo posible una organización política efectiva y de amplia base. La comparación en la Europa central y centro-oriental, de las áreas de deforestación temprana y de colonización, según el mapa de Schlüter,[3] con las áreas de poder político de los siglos X y XI, muestra una singular coincidencia entre ambas. Si se toma un mapa de los desplazamientos de los primeros emperadores germánicos, como los preparados por Theodor Mayer,[4] se puede comprobar que los dirigentes pasaban la mayor parte del tiempo en aquellos territorios que eran o bien las bases de su poder político, o las fuentes de su sustento diario.

El núcleo del Estado bohemio lo constituían las tierras fértiles situadas alrededor y al norte de Praga. Es aquí, donde acudió, a finales del siglo X, el comerciante ambulante judío Ibrahim Ibn Ja'kub.

> La ciudad de Praga —escribió—, está construida de piedra y cal y es la más rica de las ciudades en comercio. Ahí acuden rusos y eslavos desde Cracovia con sus mercaderías, y de las tierras de los turcos [o sea musulmanes] vienen mahometanos, judíos y turcos, también con mercaderías y con *mitkal* [moneda árabe], y de allí se exporta harina, estaño y pieles varias. Su país es el mejor de los del norte, y el más rico en provisiones alimenticias. Por una moneda pequeña venden tanto trigo que un hombre tiene suficiente para todo el mes, y pueden vender tanta cebada como para alimentar un caballo durante cuarenta días.[5]

Ja'kub siguió describiendo el país de Mieszko I, el primer rey auténtico de Polonia, que murió en el año 992.

> El país de Mieszko es el mayor de todos los países eslavos. Es rico en pan, carne, miel y pescado. Los impuestos que recauda se pagan en *mitkal*. Con ellos se paga la soldada a los hombres ...

3. *Atlas Ostliches Mitteleuropa*, Bläter, Bielefeld, 1959, pp. 59-60.
4. Theodor Mayer, «Das deutsche Königtum und sein Wirkungsbereich», en *Das Reich und Europa*, Leipzig, 1941, pp. 52-63.
5. Ibrahim Ibn Ja'kub, *Monumenta Poloniae Historica*, nueva serie, I, Cracovia (1949), p. 49.

> Y tiene 3.000 hombres de armadura ... Y da a sus hombres vestimenta, caballos, armas y todo lo que necesiten.[6]

Evidentemente, estos Estados rudimentarios de Europa centro-oriental ya llevaban los gérmenes de una organización política; podían mantener una fuerza militar regular, y sus capitales se embellecían con hermosos edificios de piedra, varias décadas antes del año 1000. La información de Ja'kub la confirman los descubrimientos arqueológicos y por los monumentos que se conservan de ese período. La riqueza en arquitectura románica del distrito polaco de Gnieznо-Poznan, alrededores de Praga en Checoslovaquia, proximidades de Goslar y Brunswick en Sajonia, y Espira, Worms y Maguncia en Renania, constituyen un impresionante monumento de la temprana prosperidad de esas regiones. Una riqueza similar se hubiera encontrado en Francia, en Normandía y en la región de París, pero fue destruido en gran medida para dar paso al florecimiento gótico del siglo XIII.

Sin lugar a dudas, los períodos prolongados de paz y el mayor sentido de seguridad de finales del siglo X y de los inicios del siglo XI incitaron a la acumulación de riquezas. La población pudo crecer y ello trajo consigo la ampliación de la superficie cultivable y la fundación de nuevos asentamientos. Es difícil determinar los inicios de estos procesos. Hay referencias de aperturas de nuevas tierras en el políptico del abad Irminón, pero la escala de nuevas roturaciones debe de haber sido mínima en esta época, y las nuevas tierras abiertas al cultivo quedaban ofuscadas por el número de los asentamientos descritos como vacantes o ruinosos. Sin duda hay cierto grado de exageración en las reseñas dejadas por los cronistas de las devastaciones producidas por los invasores, pero las condiciones que describieron no eran, en verdad, las más idóneas para estimular el crecimiento de la población o la desforestación y colonización de regiones desiertas.

Sin embargo, en ciertas áreas favorecidas, las condiciones habían cambiado quizás a mediados del siglo X, y a principios del siglo XI había indicios de una economía expansiva en casi todas partes. Es posible que el crecimiento económico se diera antes en las áreas protegidas, por la distancia, de las invasiones de los nórdicos, magiares y sarracenos. Latouche ha sugerido [7] que el largo período de tranqui-

6. Ibrahim Ibn Ja'kub, *loc. cit.*

7. Robert Latouche, *The birth of the Western economy*, Methuen, Londres, 1961, p. 269. El autor no menciona el hecho de que, en realidad, Borgoña fue atacada por

lidad que disfrutó Borgoña fue uno de los factores que influyeron en la temprana extensión de la colonización, y el establecimiento de fundaciones monásticas. El área original de Polonia, la región comprendida entre los ríos Warta y Notec, también parece haber quedado inmune a las invasiones. Cuando un ejército alemán alcanzó el área central del Estado polaco, el cronista Otto de Bamberg describió [8] la barrera protectora de bosques y pantanos que detuvo a los invasores. Bohemia, Suabia, Franconia y, con toda seguridad, el Estado ottoniano de Sajonia también disfrutaron de condiciones de relativa paz.

Crecimiento demográfico

El período de expansión económica lo fue también de crecimiento demográfico. La especie humana responde muy rápidamente al estímulo producido por la inmunidad a los ataques y la disposición de tierras de cultivo ilimitadas. La ocasión de hacerse cargo de tierras recién arrebatadas al bosque o desiertas daba lugar a una nupcialidad temprana y a familias más numerosas. Los pequeños avances en la técnica agrícola extendían el margen de cultivo, ensanchando de este modo el área de colonización. La mortalidad siguió siendo elevada y la esperanza de vida baja, pero el incremento marginal en el número de miembros en una familia media tuvo efectos acumulativos. A partir de unos inicios lentos en el siglo X y principios del siglo XI, la población creció con una aceleración progresiva hasta que, por lo menos a nivel local, se había creado una situación malthusiana, a principios del siglo XIV. Durante varios siglos no hubo escasez de tierras. Los cartularios y los registros de rentas indican que el área de tierras de labor fue incrementándose hasta que, a finales del siglo XIII o principios del siglo XIV, quedaba en la Europa occidental muy poca tierra que mereciera la pena roturarla y poner en cultivo.

La abundancia de tierra, por lo menos durante la primera etapa del período de crecimiento, combinada con un crecimiento constante de la población produjo un excedente de producción creciente a las

una partida de daneses tras el sitio de París en 885; véase *Abbo*, ed. Guizot, Collection de Mémoires, p. 52.

8. Vita Ottonis Episcopi Babanbergensis, *Monumenta Poloniae Historica*, II, Lwów (1872), pp. 32-70.

clases terratenientes. De ahí salieron los medios para construir los grandes templos de los siglos XII y XIII. No fue casualidad que Suger, abad de Saint-Denis de 1122 a 1151, fundase nuevas aldeas y que pudiese reconstruir la iglesia monacal en el nuevo estilo gótico. El excedente de la producción agrícola sirvió para alimentar a una población urbana creciente, que a su vez pagaba los productos rurales que usaba o consumía con los útiles producidos por los artesanos y los servicios de mercaderes e intermediarios.

En este resurgimiento vital de la Edad Media yace la raíz del crecimiento económico medieval. De igual modo, contribuyó a la decadencia económica de la baja Edad Media, ya que, como resultado de un incremento ilimitado de la población, sin ningún avance tecnológico paralelo, condujo directamente a la superpoblación. Los frenos malthusianos: desnutrición, enfermedad, hambre, aparecieron, inexorablemente, durante el siglo XIV, en una población demasiado numerosa para los recursos disponibles; como consecuencia la población europea se redujo, durante un período, al nivel que los recursos existentes en el continente podían sostener.

Expansión de la agricultura

La población no hubiese podido crecer al ritmo que lo hizo sin el estímulo de nuevas tierras. La comunidad aldeana creció durante los siglos XII y XIII hasta alcanzar el máximo posible. En el transcurso del proceso de crecimiento, grupos de gente emigraban, practicaban nuevas desforestaciones y edificaban nuevas aldeas, a veces dentro de la misma parroquia y a la vista de la aldea madre, a veces a distancias tan grandes que al alejarse de la aldea nativa tenían que decir adiós, sin esperanzas de volver jamás.

La emigración de los campesinos flamencos para colonizar las tierras yermas de Holstein, descrito en la Crónica Eslava de Helmold, fue una empresa tan formidable como la de los primeros emigrantes al Nuevo Mundo. La desforestación de la selva y el cultivo de las tierras yermas de gran parte de Europa occidental y central fue una de las grandes realizaciones del hombre medieval.

Crecimiento del comercio

Siempre hubo comercio en Europa. Se redujo al mínimo durante el período de las invasiones de los siglos IX y X, pero, aunque hubiese quedado restringido a objetos de lujo o de carácter religioso, continuó practicándose. No podía concebirse la realeza sin el comercio, ya que los signos externos de la majestad y autoridad fueron invariablemente objetos esotéricos de alto precio y origen lejano. Las sedas de Constantinopla eran distintivas del rango; también lo fueron el armiño y otras pieles, objetos de oro y plata, joyería y ornamentos religiosos de vidrio emplomado de los dirigentes bárbaros del norte de Europa. La nobleza eclesiástica, no menos que la laica, exigía sus propios símbolos de grado, vestiduras y libros para la liturgia y ornamentos para las iglesias.

En los siglos X y XI, el volumen del comercio y el tipo de mercancías objeto de transacción empezaron a incrementarse. Esta revolución comercial se produjo primero en Italia y luego en el norte de Europa. Fue un resurgimiento, no una novedad; pero un resurgir con diferencias notables. El volumen de las importaciones europeas de más allá del Mediterráneo empezó a incrementarse. Mercancías más voluminosas, incluyendo lana en bruto del norte de África y alumbre y tintes del Oriente Medio, empezaron a llegar a los puertos de Italia y del sur de Francia. En el siglo XII el balance de este comercio experimentó un cambio fundamental. Hasta el momento, Europa había tenido poco que exportar —poco de lo que el mundo musulmán y el Imperio bizantino quisieran comprar—. En su totalidad, las importaciones europeas de mercancías orientales había que compensarlas mediante la exportación de esclavos y oro, ya que el Levante producía manufacturas de gran demanda entre las élites del oeste. Europa era la región colonial y subdesarrollada. Sin embargo, a partir del siglo XII, ya tiene otras mercancías que vender. El drenaje del oro quedó reducido a una pequeña cantidad a medida que las importaciones de maderas, alumbre, sedas y especias, se pagaban cada vez con mayor frecuencia con las exportaciones de paños y artículos metálicos.

También en los mares del norte se desarrolló el comercio durante la alta Edad Media. Difería fundamentalmente del que tenía lugar en el Mediterráneo. Era éste un comercio entre una Europa en desa-

rrollo y el mundo musulmán y bizantino más desarrollado. Consistía en importar a Europa mercancías complejas y refinadas y en exportar todo aquello que Europa producía y que el mundo oriental y bizantino necesitaba. En el comercio norteño, eran los antiguos territorios imperiales de Carlomagno la región más desarrollada y Escandinavia y el Báltico la atrasada. El comercio en estas regiones pudo haber comenzado con el saqueo de ciudades por los vikingos, que después vendían en los mercados y ferias los objetos robados. Después proseguiría con la demanda del norte menos desarrollado de productos manufacturados, como paños, y de artículos de lujo, como el vino. A cambio la Europa noroccidental recibía los productos de las tierras septentrionales —salazones de pescado de los mares y pieles de los bosques— y, en fecha más tardía, grano, madera y lingotes de hierro. El volumen del comercio norteño parece haberse ido incrementando continuamente a lo largo de la Edad Media, pero sus características apenas cambiaron. El norte continuó siendo la esfera «colonial», exportando materias primas a cambio de las manufacturas del oeste más desarrollado.

Sin embargo, el comercio mediterráneo sí que cambió de carácter. Europa fue abandonando gradualmente su papel colonial. Sus exportaciones fueron pasando a ser mayormente mercancías elaboradas o manufacturadas y el mundo musulmán empezó a suministrarle, además de sedas y especias, alumbre en bruto y granos del norte de África.

Carecemos de estadísticas comerciales que nos permitan hacernos una idea de los cambios de volumen y de composición del comercio exterior de Europa. Sin embargo, no puede discutirse que éste se multiplicó muchas veces entre los siglos X y XIII. El crecimiento de las ciudades con puerto de mar que dependían enormemente del comercio marítimo ya es, en sí mismo, una clara evidencia al respecto. Amalfi, el principal puerto italiano en el siglo XI, según los contemporáneos, cedió su lugar a Pisa, dotada de un puerto mayor, y luego a los puertos mucho mayores de Venecia y Génova. Las escasas informaciones existentes acerca del tráfico comercial entre los puertos italianos y la Europa central, a través de los Alpes o remontando el valle del Ródano, sugieren la expansión continuada del volumen del comercio.

Mientras que las referencias a las características y el volumen del comercio marítimo europeo son escasas, las referentes al movi-

miento comercial dentro de la propia Europa son prácticamente inexistentes. Sólo indirectamente —a través del establecimiento de ferias y mercados, el crecimiento y prosperidad de las ciudades en las que el comercio jugaba un papel importante, en suma, el desarrollo de lo que los científicos sociales han dado en llamar la infraestructura comercial— podemos tomar conciencia de la expansión que se produjo en esos años.

También demuestra el crecimiento de la actividad comercial el progresivo perfeccionamiento de los medios utilizados para efectuar los pagos y saldar las deudas. Durante todo el período dominó una economía monetaria. En dinero se expresaba el valor de las mercancías y en moneda se llevaban a cabo las acumulaciones de capital y los atesoramientos. Pero la cantidad de dinero en circulación era a todas luces insuficiente. Hubo una gran profusión de cecas. Éstas, con autorización del rey, acuñaban monedas en plata traída con este propósito, con la efigie o insignia de éste en una de sus caras, siendo responsables de la calidad del metal empleado. Con todo, los monederos trabajaban en pequeños talleres y su producción era mínima. Lopez ha llevado a cabo la dificilísima tarea de estimar la producción de las cecas del norte de Italia;[9] descubrió que el total era «increíblemente bajo» y dio por entendido que tuvo que circular moneda extranjera, paralelamente a la de producción local. La calidad de las acuñaciones, durante la primera parte del período de crecimiento medieval, fue muy defectuosa; monedas estampadas desigualmente, a menudo en metal de valor más bajo. La cantidad de moneda que circulaba por Europa era ciertamente escasa, por lo menos en comparación con la que circularía 100 o 200 años más tarde. Las monedas de la baja Edad Media, en cuanto a diseño, acuñación esmerada, valores en uso y cantidad puesta en circulación, son una clara evidencia de la gran difusión del comercio.

Además del dinero, los mercaderes de la baja Edad Media, desarrollaron instrumentos de cambio que minimizaron la necesidad de numerario. De no haber sido así, quedan serias dudas de que los metales preciosos disponibles hubieran sido suficientes para cubrir las necesidades del comercio. La utilización de las letras de cambio se

9. R. S. Lopez, «East and West in the early Middle Ages: Economic relations», *Relazioni del X Congresso Internazionale di Science Storiche*, III, Florencia (1955), pp. 113-163.

inició en Italia alrededor del año 1300 y, hacia mediados del siglo XIV, se había generalizado su uso en el comercio a gran distancia. Se simplificó enormemente el pago de las deudas y en gran medida hizo innecesario el trasiego de dinero en distancias grandes. Al mismo tiempo, los asuntos comerciales se simplificaron considerablemente con el uso de la contabilidad por partida doble, aunque es probable que este método de teneduría no tuvo una difusión amplia fuera de Italia (véase p. 490). La expansión del volumen comercial y el creciente perfeccionamiento de los métodos comerciales constituyen una de las pruebas más elocuentes de la expansión económica entre los siglos XI y XIII.

La urbanización de Europa

Un último índice de crecimiento económico es el aumento del número y del tamaño de las ciudades y poblaciones. A principios del período no debía de haber más de un centenar de agrupaciones humanas que pudiesen llamarse ciudades y de ellas casi la mitad estarían en Italia. Tras el período de crecimiento, este número había ascendido por lo menos a 4.000 —y posiblemente a 5.000— poblaciones que reclamaban la categoría de ciudad. No todas tenían funciones urbanas bien definidas y algunas, a decir verdad, eran básicamente agrícolas. Pero unas 2.000 debían ser centros de comercio regional o local y lugares de concentración de artesanos, donde llevaban a cabo sus especialidades y producían mercancías para el mercado. El período de máxima fundación de ciudades fue la segunda mitad del siglo XII y todo el siglo XIII. La figura 3.1 muestra la frecuencia con que se corporativizaron las ciudades en la Europa central. Hasta cierto punto, puede inducir a errores. En la mayoría de los casos, sólo permite conocer cuándo una ciudad se corporativizó o recibió su carta, siendo de ese modo autorizada a actuar legalmente como una corporación privilegiada. La gran mayoría de las veces, la ciudad, como un ente funcional, ya existía con anterioridad y sus mercaderes y artesanos habían demostrado sus posibilidades de gobierno aún antes de recibir la confirmación legal (véase p. 265). Por otra parte, algunas ciudades, en el momento de recibir sus derechos y privilegios, eran poco más que pequeñas comunidades rurales, y con el otorgamiento de la carta se trataba de atraer a los habitantes potenciales.

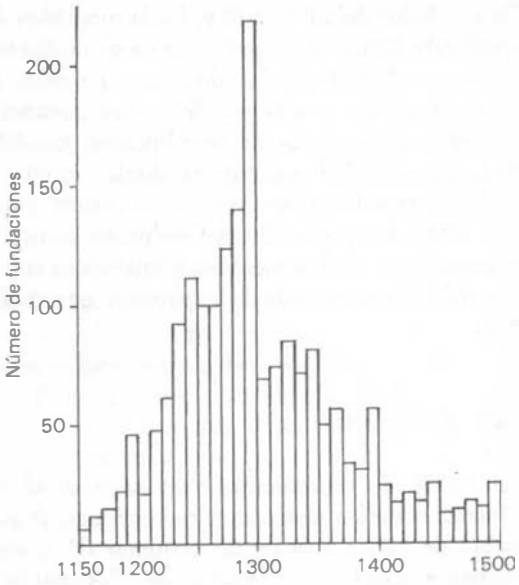


FIGURA 3.1

Fundaciones de ciudades en la Europa central, según Heinz Stoob. En períodos decenales

Unas pocas nunca llegaron a funcionar como ciudades. Sus funciones siguieron siendo fundamentalmente agrícolas, aunque por un tiempo figurasen como ciudades. Aún con estas limitaciones, el diagrama demuestra la extrema necesidad de establecer ciudades y la fuerza con que el comercio se difundía.

No sólo se fundaron centenares de ciudades en Europa occidental y central; muchas de las ciudades ya existentes aumentaron rápidamente de tamaño en esos años. La prueba de ese crecimiento consiste básicamente en la ampliación de las murallas urbanas para englobar superficies más extensas, la creación de parroquias urbanas y la emigración a las ciudades —como muestran los apellidos de muchos de los ciudadanos— desde las aldeas cercanas.

Las ciudades tenían diversas funciones. En todas ellas había un sector agrícola que, en las menores, debía comprender a la mayor

parte de la población. En muchas, quizá la mayoría, hubo algún tipo de organización que agrupaba a mercaderes y artesanos. En un principio, debió de ser muy amplia, para así poder abarcar a los pocos mercaderes y artesanos que constituían cada una de las actividades. Posteriormente, de una manera gradual, el gremio de mercaderes inicial fue dando paso, por lo menos en la Europa del norte, a gremios más especializados. Este cambio se encuentra bien documentado en las ciudades mayores; en las menores no está tan claro y no puede decirse con absoluta certeza cuáles fueron los últimos gremios en constituirse. En cualquier caso, la tendencia demuestra un enorme incremento en el número de artesanos y en el grado de especialización alcanzado. En Italia, la hermandad de mercaderes perduró como una asociación de mercaderes capitalistas, mientras que los gremios menores, constituidos por trabajadores manuales, fueron conformándose progresivamente (véase pp. 339-340).

El conjunto de estos cinco índices da una medida aproximada del crecimiento económico. Desgraciadamente no permiten, con la posible excepción del crecimiento de las ciudades, su expresión cuantitativa. Ello significa que no se puede decir cuándo el crecimiento se hace evidente, ni cuándo termina, ni tampoco la tasa de crecimiento entre ambas fechas. Una cosa es cierta: Europa era demasiado grande y variada como para posibilitar toda generalización. Hoy una crisis económica puede difundirse a partir de cierta área de la manufactura, consumo o negocios en dificultades, hasta lugares donde sólo se producen artículos de primera necesidad. Esa difusión puede tardar un año o dos, pero un día u otro, la contracción de la demanda en Londres o Nueva York se dejará sentir en un mercado local de cultivadores de cacao de Ghana, o de productores de clavo de Zanzíbar. Tales cambios ocurrían en la Europa medieval, pero eran incomparablemente más lentos. Si el crecimiento económico se inició en Italia en el siglo x, como, de hecho, así fue seguramente, ocurrió muchas décadas antes de que se reflejara en un aumento de la demanda de más allá de los Alpes, y siglos tardaría en transmitirse un alza repentina en el Mediterráneo a Escandinavia y Polonia. A lo largo del período medieval fue extendiéndose la idea del mercado a nivel europeo. Hacia el siglo xiv, los negociantes de las ciudades comerciales más importantes compraban y vendían sus productos, por ejemplo paños, en diversas partes del continente. El mercado en que se movía Pegolotti se extendía desde Escocia hasta el Oriente, y las

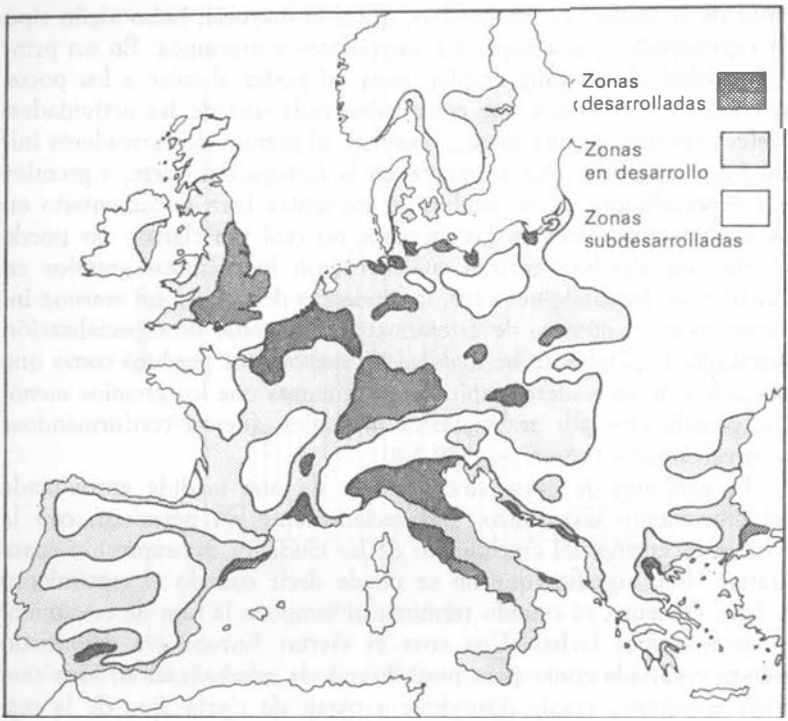


FIGURA 3.2

Zonas desarrolladas, en desarrollo y subdesarrolladas en la etapa final de la Edad Media

ferias internacionales más importantes estaban enfocadas a servir un área cada vez más amplia y a atraer comerciantes de un número de países cada vez mayor. Pero siempre hubo regiones ajenas al sistema y que se mantuvieron al margen hasta que la revolución de los transportes y de las comunicaciones de comienzos del siglo XIX las obligó a integrarse en la economía europea.

RESURGIMIENTO ECONÓMICO EN ITALIA

La revolución económica de la Edad Media comenzó en Italia. Había buenas razones para que así ocurriese. Italia había sido la re-

gión más urbanizada del Imperio romano, y la recesión del último período imperial y de las Edades Oscuras fue seguramente menos severa aquí que en la Galia y España. La población era más culta, la red de caminos mejor y tenían una tradición de oficios urbanos mucho más enraizada que en cualquier otra región del Imperio. Las guerras con los godos y la invasión lombarda produjeron una profunda recesión. Algunas ciudades fueron destruidas y jamás se recobraron, pero en la mayor parte de la península, la recuperación no se hizo rogar. Italia tenía una ventaja importante sobre el resto del antiguo Imperio. El sistema de la villa, con una economía casi autosuficiente y su población de esclavos y siervos ligados a la tierra, nunca se desarrolló ahí en un grado comparable a los otros lugares del Imperio. Consecuentemente, las clases terratenientes nunca abandonaron totalmente las ciudades para refugiarse en sus villas. En las ciudades siempre quedó un número suficiente de miembros de esta clase como para constituir una élite urbana. Ellos crearon la demanda de productos de la región, así como también de las mercancías exóticas traídas por los mercaderes. La ciudad italiana, con la posible excepción de cortos períodos bélicos, nunca dejó de ser un lugar de mercado y un foco de economía de intercambio.

Otra ventaja que tuvo Italia fue que parte de su periferia permaneció en el Imperio bizantino hasta el siglo IX o X. Constantinopla sería lejana e inefectiva, pero los puertos sobre los que ejercía su soberanía nominal tenían privilegios comerciales en el Egeo y en Oriente. No fue casualidad que los puertos que surgieron en los siglos IX y X —Amalfi, Gaeta, Bari y, sobre todo, Venecia— fuesen nominalmente súbditos del emperador oriental. Por estos puntos entraban las sedas, especias y productos exóticos procedentes del Oriente para el consumo de la Europa occidental.

Así pues, Italia se integraba en la órbita comercial de Constantinopla. Las monedas bizantinas eran de uso común, especialmente el sueldo de oro o *nomisma*, la moneda más estable y apreciada por el hombre medieval. En realidad, cuando se empezó a utilizar la moneda de oro como un derecho heráldico, se la conocía como «besante». Los mercaderes europeos que traficaban en Italia y en el Mediterráneo eran, en un principio, súbditos del emperador de Oriente. Eran, principalmente, sirios y judíos. Los primeros desaparecieron del comercio con Occidente hacia el año 800 o poco después. Los judíos siguieron activos durante más tiempo; luego, también ellos

abandonaron la escena italiana, trasladando su campo de actividades, al parecer, a Alemania y a la Europa centro-oriental, donde no había tanta competencia. De este modo dejaron el campo despejado a los italianos, que, durante toda la Edad Media, iban a ser el pueblo hegemónico en el comercio de Europa.

> No se les discriminaba irremediablemente como a los judíos [escribía Lopez [10]], ni se hallaban inexorablemente alejados del centro mediterráneo del comercio oriental, como los escandinavos, ni se encontraban ligados sin remedio a los sistemas económicos de la Antigüedad, como los bizantinos. Pronto se desligarán de las ataduras que los relacionaban con señores problemáticos y organizarán comunas libres, esto es, el gobierno de los mercaderes por los mercaderes y para los mercaderes. El futuro es suyo.[11]

Las primeras ciudades comerciales italianas surgieron en el suelo rocoso del sur. Fueron precoces pero incapaces de sobrevivir como centros del comercio internacional. De no haber sido conquistadas por los normandos hubiesen sucumbido a la competencia de las ciudades del norte, que crecieron más lentamente, pero sobre un terreno incomparablemente más fértil. Su *hinterland* era pobre y montañoso, una región deprimida, según opinión de Toynbee,[12] desde la época de las guerras púnicas. Venecia y Génova tenían tras ellas la populosa llanura de Lombardía y, más allá del cerco de los Alpes, un mercado potencial de posibilidades ilimitadas en las regiones fronterizas de la Europa noroccidental y central. Así que, a fines del siglo XI, Bari, Amalfi y Gaeta se rindieron ante Pisa, Génova y Venecia.

El comercio en los puertos italianos del norte se basaba en un principio en la importación de productos manufacturados y artículos de lujo del este, que se pagaban con la exportación de esclavos, madera para la construcción de embarcaciones y el resto se completaba con oro procedente de los tesoros acumulados. Pero Italia pronto se emancipó de su situación colonial. En el siglo XII, si no antes, empezó a desarrollar sus propias manufacturas y, por estadios que no es posible documentar, se inició el ascenso de la importación de materiales industriales en bruto: lana, algodón, productos tintóreos y alum-

10. R. S. Lopez, *loc. cit.*
11. *Ibidem.*
12. Arnold Toynbee, *Hannibal's legacy,* Oxford University Press, 1965, II, páginas 10-35, 155-189.

bre. Venecia y Génova, a lo largo de la Edad Media, nunca dejaron de importar especias y seda y «los encantos y misterios» de Oriente siempre fueron objeto de comercio, pero el papel económico de Italia, por lo menos de la Italia septentrional hasta Toscana y Umbría, pasó a ser eminentemente el de fabricante y exportador de productos manufacturados.

El siglo XIII fue en Italia un período de rápido crecimiento económico. Las ciudades crecieron al máximo. La puesta en cultivo de tierras en el llano de Lombardía y en las tierras pantanosas de Toscana era continua, pero la población sobrepasó la capacidad del campo italiano para producir alimentos, y acaso también la de los mercados para absorber las manufacturas. Mucho antes de la peste negra ya eran visibles los signos de la depresión económica. Había un alto nivel de desempleo, como lo demuestra el enorme ejército de pobres en la Florencia de Villani. La población había dejado de aumentar, cuando menos a nivel local, antes de finales del siglo XIII, y seguramente había iniciado la tendencia descendente con anterioridad al ataque de la peste negra. El período de crecimiento medieval había llegado a su fin.

BIBLIOTECA

El crecimiento económico en la Europa noroccidental

Un segundo foco de crecimiento económico lo constituyó el norte de Francia y el sur de los Países Bajos. Italia septentrional reunía todas las condiciones y su resurgimiento económico era, en cierto sentido, inevitable. En cambio no podía decirse lo mismo de los Países Bajos y del norte de Francia. A decir verdad, cuesta descubrir qué condiciones positivas tenía esta región. Carecía de la tradición urbana romana; con la excepción de Arrás, ninguna de las ciudades comerciales e industriales del Medioevo tenía orígenes romanos. Tampoco tenía una densidad de población alta ni una buena red de carreteras romanas.

Sin embargo, los flamencos tuvieron sus predecesores en los frisones. Sus bases se encontraban situadas en los límites del Imperio carolingio, pero miraban hacia Gran Bretaña y Escandinavia. Vivían a caballo entre dos mundos. Su *hinterland* lo constituían los territorios del Imperio carolingio, mientras que sus barcos bordeaban los límites de Europa. En esto se parecían a los mercaderes pioneros de

Italia, que también vivían entre dos mundos: el espléndido Bizancio y Oriente y el Occidente europeo en vías de desarrollo. Puesto que había que comerciar entre esferas tan contrastadas, los pueblos que habitaban en la zona de contacto entre ambas —Italia meridional y los Países Bajos— eran los más indicados para la tarea.

En tiempos de Carlomagno, los Países Bajos y Francia septentrional disponían de un producto exportable, paño, en gran cantidad, con toda seguridad tejido por los arrendatarios de los monasterios de la región. Los mercaderes y campesinos seguían el saludable principio de dedicarse a las actividades industriales con las que habían adquirido cierta fama. No sabemos cómo ocurrió el tránsito de la manufactura pañera de las dependencias monásticas a los talleres urbanos, pero el cambio de emplazamiento debió relacionarse con el buen gobierno de los condes de Flandes. Los castillos de los condes se repartían por toda la provincia, proporcionando cierta seguridad dentro de los límites de cada castellanía. Evidentemente había necesidad de mercados, ya que las ciudades crecieron rápidamente al amparo de sus murallas, tan pronto como los condes les daban ánimos.

Se subraya a menudo que se produjeron ciertos cambios en el medio físico que coadyuvaron al desarrollo de los Países Bajos como región manufacturera y comercial. A principios del siglo XII (la fecha no es segura), el nivel del mar ascendió ligeramente, ensanchando y profundizando los estuarios y abriendo el Zwin, el río de Brujas, a las embarcaciones, así como facilitando la navegación en los puertos y ríos navegables de la región. Sin ninguna duda, estos acontecimientos influyeron, en algún grado, el curso del desarrollo económico de los Países Bajos, pero nada tuvieron que ver con el crecimiento de Brujas.

Las actividades comerciales de los frisones les llevaron a remontar el Rin llegando hasta Suiza. Operaban en Maguncia y en otras ciudades romanas de la Renania. Es probable, incluso, que en su actividad llegasen a Italia. Hacia el siglo X, sus actividades comerciales comenzaron a extenderse por Alemania. Los emperadores sajones, especialmente Otón I, establecieron mercados y fomentaron el comercio. Por todas partes, en las tierras de Austrasia y Sajonia, había signos de resurgimiento económico en el siglo X. Un extraño poema del siglo XI,[13] en el que una oveja y una mata de lino discutían cuál

13. «Conflictus Ovis et Lini», en *Zeitschrift für Deutsches Altertum*, IX (1859), pp. 215-238.

de ellas era más valiosa para el hombre, aseguraba que los paños de lana flamencos se vendían por toda Francia. Mientras tanto los frisones habían desaparecido de escena, traspasando su papel a los flamencos, a quienes hacia el año 1100, se podía encontrar operando por las ciudades renanas y que, unos cuantos años más tarde, llevaban sus paños a las ferias de Champaña.

Así pues, las gentes de los Países Bajos supieron aprovecharse de las ligeras ventajas que les proporcionaba su situación geográfica para levantar la mayor concentración de manufacturas pañeras de la Europa medieval. A diferencia del desarrollo económico general de Italia, el de los Países Bajos se basaba esencialmente en la fabricación de un solo producto. La prosperidad italiana se fundaba principalmente en el comercio de productos del Oriente. Pero, en cierto sentido, ambas regiones eran complementarias. Inevitablemente, se establecieron relaciones comerciales entre ambas. Los mercaderes frisones del Rin y el Mosa allanaron el camino a los flamencos que en Colonia, París y las ferias de Champaña vendían sus paños a otros mercaderes que, a su vez, los transportaban a Italia. De este modo se forjó un eje comercial entre la Europa meridional y la noroccidental. Desde el siglo XI, este eje siguió dominando la estructura comercial de Europa y estimulando los negocios por las rutas que de éste partían.

Este estímulo afectó profundamente a Alemania. Las rutas principales entre Italia y el noroeste europeo discurrían, originariamente por el valle del Ródano y luego a través de Champaña o de Lorena. Poco a poco fueron desplazándose hacia el este, siguiendo primero el valle del Rin y cruzando por los pasos alpinos de más al oeste. Después, con la apertura de los pasos centrales y orientales, el tráfico se desplazó a través de la Alemania meridional a Augsburgo, Nuremberg y Francfort, con desviaciones a Viena, Praga y Sajonia. En todas estas regiones se desarrolló una economía de mercado. El volumen de la producción —agrícola e industrial— se incrementó y el excedente se llevaba al mercado. Buena parte de él se transportaba a Italia, a la Renania o a los Países Bajos.

El crecimiento económico en la Renania y en las regiones de más al este contrasta con el grado de estancamiento relativo de la Francia occidental, en la que, con excepción de las ciudades portuarias de Ruán y Burdeos, no hubo ninguna ola de expansión urbana que se le pudiese comparar. Se fundaron pocas ciudades y la mayo-

ría de éstas no llegaron a desarrollar las funciones urbanas en un grado significativo. Gran parte de la Península Ibérica apenas si resultó afectada por la revolución urbana. Muy pocas de las ciudades de España y del occidente francés tuvieron la necesidad de extender sus murallas para abarcar los suburbios populosos. El crecimiento fue demasiado lento para hacer necesaria esta medida.

Características del crecimiento económico

La economía sólo puede desarrollarse cuando parte de la producción no es consumida (ni destruida), sino invertida de algún modo productivo, de manera que pueda contribuir al incremento futuro de la producción. El hombre medieval no estaba inclinado a invertir en el futuro de la tierra. Si disponía de un excedente de dinero, antes lo donaría a un monasterio o a una iglesia o lo dedicaría a misas para el sufragio de las almas. Sin embargo, existía una cierta inversión, cuando menos a nivel local, que tenía alguna importancia. El perfeccionamiento de la rueda hidráulica y su utilización en molinos de harina es algo a tener en cuenta. Su interés principal estribaba en reducir la necesidad de mano de obra y hacerla, de ese modo, disponible para otras actividades. No hay duda alguna de que durante el período de crecimiento medieval se incrementó el uso de la fuerza hidráulica en cierto número de actividades que el hombre medieval había aprendido a utilizar.

La evidencia de la demanda de tierras en el siglo XI y aún antes es abrumadora. No se trataba de desforestar los bosques y de roturar eriales, sino también de las tareas más difíciles de construir diques en los pólderes y drenar las marismas de las tierras inferiores de los valles. Se efectuaron inversiones para desecar las feraces tierras pantanosas del valle del Po, en la Italia septentrional y, sobre todo, en la creación de los pólderes de Flandes. Las Actas de los condes de Flandes muestran, con repetidas referencias a las tierras recientemente ganadas al mar, con qué rigor se llevaban a cabo las obras.[14] Los monasterios se mostraron especialmente activos en la apertura y colonización de tierras y no hay duda alguna de que, gracias a los be-

14. *Actes des Comtes de Flandres, 1071-1128*, ed. F. Vercauteren, CRH, Bruselas, 1938.

neficios obtenidos de ello, se pudieran llevar a cabo sus ambiciosos planes de construcción. Suger fundó nuevas aldeas y también reconstruyó la iglesia de Saint-Denis.

Las clases feudales, tanto la eclesiástica como la laica, obtuvieron, pues, grandes ingresos de sus tierras y crearon una mayor demanda de mercancías. No sólo se incrementaron los gastos en construcción de edificios; también consumieron más telas, cuero y alimentos exóticos, así como armas, armaduras y lo que podríamos llamar artículos de larga duración. El campesinado debió compartir, aunque en menor grado, este aumento en el consumo. La extensión de la superficie de la tierra cultivable, en tanto anduvo por delante del incremento de la población, trajo consigo una ampliación del tamaño de las granjas, y el pequeño aumento en la producción permitió al campesino disponer de un excedente que podía vender en el mercado y así, a su vez, comprar otras mercancías. Sin ninguna duda, en el caso del campesinado, el incremento del nivel de consumo fue marginal, pero en un conjunto de población que ascendía a varios millones, el aumento en la demanda de tejidos bastos e instrumentos sencillos pudo ser importante. Allí donde las prestaciones en trabajo y otras obligaciones se habían conmutado por el pago de una renta fija, el campesino se encontraba a menudo en buena posición, al tiempo que la inflación aumentaba el valor de los excedentes que producía, dejándole un cierto margen de beneficios.

Fue característico del período de expansión agrícola el aumento de la superficie de la tierra de labor, mientras que apenas si cambió la intensidad de la producción. Las inversiones se dirigieron a abrir bosques y a roturar eriales; en cambio se prestó muy poca atención a mejorar la ganadería o a la selección de la simiente. En palabras de Rodney Hilton [15] «una actitud favorable a la inversión en mejoras cualitativas acentuaría la colocación de los beneficios de las rentas y de la producción en nuevas edificaciones, drenaje, fertilizantes y ganadería, con el objeto de aumentar los rendimientos. En su lugar, todos los tratados están impregnados de una atmósfera de prudente parsimonia». Esto es cierto, pero se roturaban nuevas tierras, se esparcía estiércol, se cavaban pozos de margas y de muchas maneras,

15. R. H. Hilton, «Rent and capital formation in feudal society», *Deuxième Conférence Internationale d'Histoire Économique, Aix-en-Provence, 1962*, II, París (1965), pp. 33-68.

aunque modestas, la calidad de la tierra se mejoraba. Ello se refleja en una manera muy lenta en las tasas de rendimientos (ver p. 232).

Todo esto se encuentra en la misma línea del bajo nivel de la tecnología medieval y de la resistencia a la innovación. Había excepciones, claro está. Las tierras de Thierry d'Hireçon, en Artois, tenían unos rendimientos tan altos que inducen a pensar que el propietario administraba sus propiedades con una competencia y una clarividencia poco habituales. El cultivo, ya mencionado, de los pólderes de Flandes y de la llanura aluvial del Po también significaron inversiones muy importantes en la agricultura. Pero ambos casos se produjeron en regiones cuyos pobladores tenían el hábito de invertir para el futuro. Parece natural que un mercader de Milán o Venecia, o un burgués de Brujas o Yprés considerara la tierra como una mercancía más, que se podía comprar, mejorar y obtener beneficios. Tamaña empresa se hallaba muy alejada de la mentalidad del pequeño señor feudal de Normandía, Borgoña o Westfalia.

El crecimiento de la población en el siglo XII fue seguido, con la excepción de unas cuantas regiones muy específicas, no por una intensificación de la producción agrícola, sino por la extensión de las tierras de labor. Inevitablemente, la superficie cultivada fue extendiéndose, a partir del área de tierras fértiles cultivadas desde mucho antes a tierras marginales que una agricultura más inteligente hubiese conservado como bosques o pastos. El resultado fue la reducción progresiva de la tenencia campesina media y también la baja de la calidad media del terreno. No hubo, en contrapartida, ninguna mejora en la tecnología agrícola. La crisis del siglo XIV fue debida en cierta manera a la falta de inversiones para mejorar la tierra. La magnificencia de Chartres y Amiens, las murallas y las sedas de los gremios son el anverso de una moneda, cuyo reverso es una agricultura retrógrada y estancada, y la falta de inversiones en la tierra.

Europa, durante la Edad Media, tenía sus áreas retrasadas y subdesarrolladas, de igual modo como las hubo bajo el Imperio romano o en la actualidad. Fueron regiones donde el proceso de crecimiento económico tuvo poco eco o, incluso, que jamás se inició. Con la casi absoluta inexistencia de estadísticas, es muy difícil delimitar esas áreas retrógradas. Sin embargo, debieron incluir las áreas montañosas, donde la minería no había estimulado el progreso en otros campos de actividad, y muchas regiones de suelo pobre, como los eriales del norte de Alemania, o de clima muy frío, como buena parte de

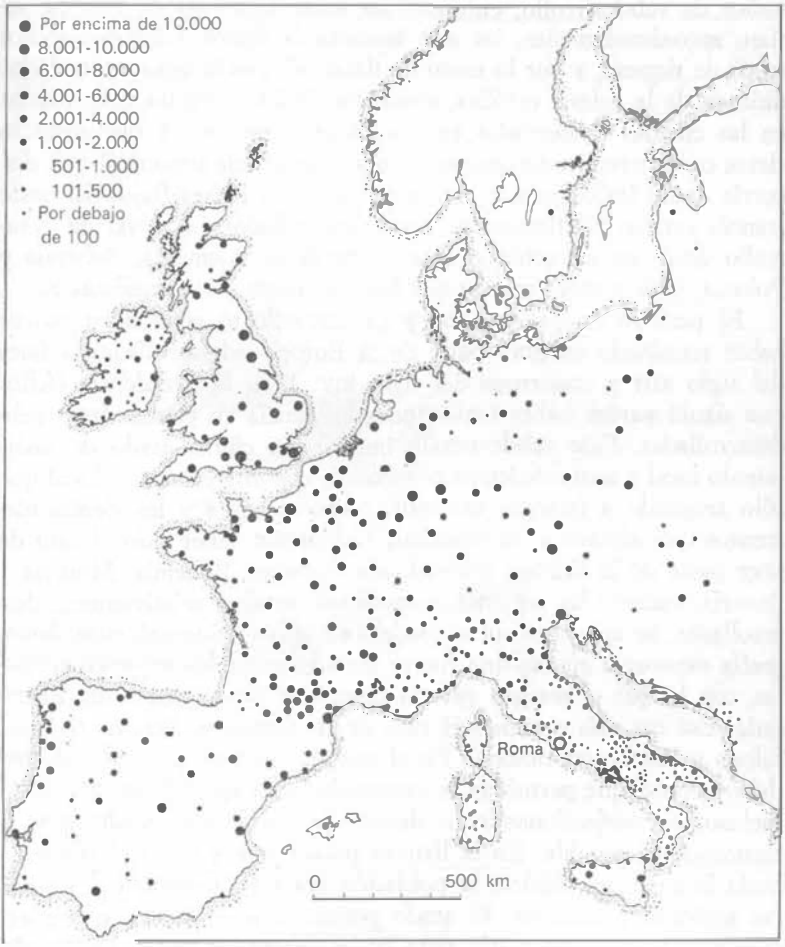


FIGURA 3.3

Evaluación de las diócesis de cara a la percepción de cargas impositivas por el Papado, en florines florentinos, hacia 1300

FUENTE: *Hierarchia Catholica Medii Aevi*, Ratisbona, 1913.

Escandinavia. Si la ausencia de crecimiento urbano puede servir de índice de subdesarrollo, entonces las áreas atrasadas de Europa serían, aproximadamente, las que muestra la figura 3.2. Otro índice tosco de riqueza, y por lo tanto de desarrollo, es la evaluación de las diócesis de la Iglesia católica, alrededor de 1300 (figura 3.4), basada en las cuentas conservadas en los archivos papales, y que muestra cierta concentración de riqueza a cada lado del eje comercial que discurría desde Italia hacia el noroeste, hasta los Países Bajos. El oeste francés estaba, relativamente, poco desarrollado y el nivel de desarrollo decae en dirección al este, a través de Alemania, Bohemia y Polonia, y de manera más brusca hacia el norte, en Escandinavia.

El período de prosperidad y de crecimiento económico parece haber terminado en gran parte de la Europa «desarrollada» a fines del siglo XIII y comienzos del siglo XIV. Pero la decadencia cíclica que siguió parece haber tenido poca influencia en ciertas áreas subdesarrolladas. Este subdesarrollo implica un cierto grado de aislamiento local y autosuficiencia económica, con una economía local que sólo responde a factores externos, como el clima y los demás elementos que afectan a las cosechas. Ese parece haber sido el caso de gran parte de la Europa oriental. Sin embargo, Bohemia, Moravia y Austria, excepto las regiones montañosas, estaban relativamente desarrolladas. Se aproximaban al modelo europeo occidental, cuya demografía expansiva ejercía una fuerte presión sobre los recursos agrícolas, con lo que el margen para la inversión, productiva o no, disminuía. Ese era más o menos el caso de las tierras vecinas de Sajonia, Silesia y Polonia meridional. En el resto de Europa oriental aún quedaban tierras que permitían la expansión de la agricultura, así como, incluso, su perfeccionamiento dentro de los límites fijados por la tecnología disponible. En la llanura polaca y más hacia el nordeste, hacia la zona del Báltico, la población era más dispersa y las técnicas agrícolas primitivas. El arado pesado, con su reja y su orejera (ver p. 227), tan necesario para poder labrar las duras arcillas del llano polaco, sólo se adoptó en las pocas regiones donde la influencia alemana era poderosa. En los demás lugares se utilizaban arados más sencillos y menos efectivos. Al tiempo que la Europa occidental, e incluso la central, estaban superpobladas y su agricultura limitada por el desarrollo tecnológico medieval, todavía quedaban tierras disponibles en la Europa del este. La extensión del uso del arado pesado con orejera, generalmente bajo influencia alemana, permitió la

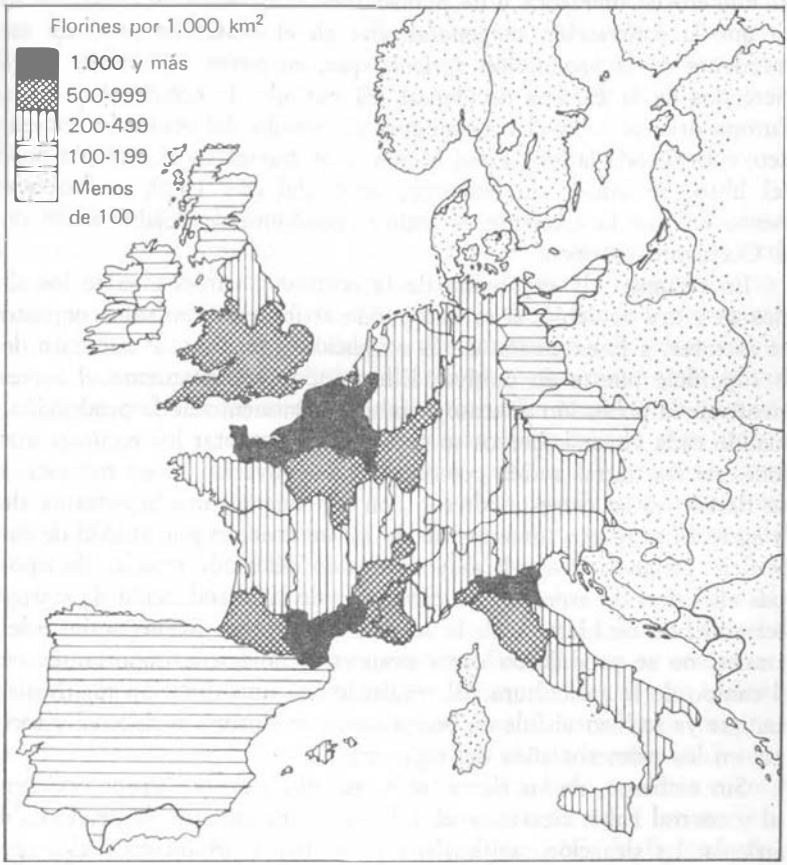


FIGURA 3.4

Evaluación de las diócesis, hacia 1300 (los límites son los de las provincias eclesiásticas)

FUENTE: *Hierarchia Catholica Medii Aevi*, Ratisbona, 1913.

ampliación del área cultivable y también mejorar los rendimientos. El número de mercados y de poblaciones aumentaba en el momento en que la contracción se generalizaba en el oeste. Se producía un excedente de la producción agrícola que, en parte, se enviaba a los mercados de la Europa occidental. El período de crecimiento de la Europa oriental, con el consiguiente desarrollo del comercio hanseático, cubrió toda la baja Edad Media, y se tratará en el capítulo final del libro. Se inició, sin embargo, antes del año 1300, en un momento en que la creciente estrechez económica se dejaba sentir en el Occidente europeo.

En resumen: la expansión de la economía europea entre los siglos XI y XIV es debió, si es que puede atribuirse a un solo conjunto de factores, a la extensión de la ocupación humana y al aumento de la superficie puesta en cultivo. Ello condujo directamente al incremento de la población y, acaso, también al aumento de la producción, cuando cada vez más brazos se dedicaban a explotar los recursos vírgenes de las tierras recién colonizadas. Las inversiones en roturación de tierras no se correspondieron con ninguna mejora importante de la agricultura ni con un aumento de las inversiones por unidad de superficie. Dejando aparte la mayor difusión del arado pesado, de tipos más eficientes de arneses para caballos y de la introducción de ciertas herramientas de hierro y de la rueda hidráulica en ciertas actividades rurales, no se produjeron otros avances tecnológicos importantes en el campo de la agricultura. El resultado fue una situación malthusiana, que ya se hizo visible en buena parte de Europa occidental y central en los primeros años del siglo XIV.

Sin embargo, en las tierras más recónditas de la Europa occidental y central había ciertas posibilidades de incrementar la producción agrícola. La situación malthusiana no se había producido y el crecimiento económico estimulado por la difusión del arado pesado prosiguió sin ninguna interrupción grave a lo largo de toda la Edad Media.

El sistema monetario medieval

El período de crecimiento medieval vio surgir una economía de mercado en las áreas desarrolladas de Europa. El campesino y su señor vendían los excedentes agrícolas habidos y empleaban el di-

nero así obtenido en adquirir artículos de consumo y en librarse de sus obligaciones para con sus superiores. Se trataba de una economía dineraria y sin una disponibilidad suficiente de moneda se hubiera frenado y en última instancia reducido al nivel del simple trueque. Hacia finales del período de crecimiento medieval, los instrumentos de crédito, como las letras de cambio (ver p. 481), se utilizaron con más frecuencia, permitiendo de este modo incrementar el volumen del comercio sin necesidad de aumentar considerablemente el dinero en circulación.

La función de la acuñación es triple: proporcionar una medida a los valores y un medio para comparar las diversas mercancías; servir de vehículo de intercambio, y ser un instrumento para la acumulación de riquezas. La acuñación ha de ser suficientemente abundante como para satisfacer las necesidades del comercio; debe estar disponible en denominaciones suficientemente pequeñas como para servir a las necesidades de las transacciones comerciales menores de un mercado rural, y debe ser estable. Carlomagno había legado a su Imperio un denario, o dinero, de plata, que pesaba 1,7 gramos y con una ley de alrededor del 95 por 100 de plata. Esta moneda fue imitada en Inglaterra y se convirtió en una pieza aceptada y respetada como medio de intercambio por todo el Imperio carolingio.

Sin embargo, su suerte ilustra perfectamente los avatares de cualquier moneda, por buena que ésta fuese. El metal que se utilizaba para las acuñaciones a menudo escaseaba. Por ello, no se tenían escrúpulos en acuñar monedas de menor peso que el legal y en utilizar aleaciones con menos plata que en los dineros carolingios originales. También incidía la tentación de sacar tajada de la emisión de moneda devaluada. Los usuarios no tardaron demasiado en darse cuenta de la depreciación progresiva y en exigir más dinero por las mercancías que vendían. El dinero circuló por gran parte de Europa, durante toda la baja Edad Media. Se acuñó en la mayoría de los países, pero en todos ellos seriamente devaluado. La tasa de depreciación variaba enormemente de un país a otro. Fue menor en Inglaterra, donde el valor intrínseco del dinero (*penny*) de plata se había reducido a casi la mitad hacia el año 1250. En Francia el contenido de plata del *denier* era, hacia la misma época, poco más del vigésimo del que tenía en tiempos de Carlomargo. Y en Italia el valor era aún menor. La tendencia a la devaluación de la moneda fue más acentuada durante el siglo XII, cuando la necesidad de mayor disponibilidad de nu-

merario para satisfacer las necesidades de un comercio en expansión fue más urgente.

La acuñación de monedas, que en un principio era prerrogativa real, pasó, en Francia, a manos de los grandes feudatarios. Con ellos se perdió toda consistencia entre las acuñaciones de un mismo valor nominal. Desde el siglo XIII, los reyes franceses fueron recuperando gradualmente el monopolio de la emisión de monedas. A partir de los inicios del siglo XIII, Francia hacía dos emisiones, en las cecas reales de París y de Tours. El *denier* parisino era, sin embargo, mayor que el *tournois* y servía de base a un sistema diferenciado de monedas y de contabilidad. En Alemania los emperadores sajones y sus inmediatos sucesores lograron mantener un control eficaz de las acuñaciones, pero también allí el derecho de acuñar monedas fue pasando a manos de los príncipes territoriales y ya jamás volvió a las manos imperiales. Tan sólo en Inglaterra la corona mantuvo un control firme y generalmente efectivo de su moneda.

A todas luces, la progresiva depreciación de la moneda pequeña en un período de expansión comercial, hacía necesaria la introducción de denominaciones más altas. De hecho ya había, incluso en el período carolingio, una moneda en circulación en unidades con un valor demasiado alto para el comercio menudo del mercado local. Antes de las reformas carolingias, el sueldo de oro bizantino o *nomisma* era, en palabras de Cosmas Indicopleustes [16] «aceptado en todas partes ... pues ningún reino tiene moneda alguna que se le pueda comparar». El *nomisma* o besante, era bajo cualquier concepto, una moneda excepcional de la alta Edad Media. Bizancio, durante gran parte de su historia, dispuso de suficiente cantidad de oro como para mantener estable la calidad de su moneda. Cuando a veces se acuñaba un besante de menor peso las autoridades siempre mantenían invariable el contenido de oro. El sostenimiento de una moneda estable era una cuestión de orgullo para el Estado bizantino, aunque resultase costoso para el contribuyente. El *nomisma* circulaba por Italia, donde incluso se acuñaba durante el período en que los emperadores bizantinos retuvieron el control de las regiones del sur, pero raramente se le vio al norte de los Alpes. Tenía un valor demasiado alto para el débil comercio que se practicaba en la Europa septentrional.

16. Citado en Carlo M. Cipolla, *Money, prices and civilization*, Gordian Press, Nueva York, 1967, p. 16.

El *nomisma*, al que Lopez denominara [17] «el dólar de la Edad Media» no era la única moneda de renombre internacional. Tenía un rival de menor categoría en el *dinar*, llamado a veces *mancus*, del mundo musulmán. También era una moneda de oro, aunque no tenía la estabilidad ni la reputación del *nomisma*. Se introdujo en Europa desde el norte de África y la España mora, donde, seguramente, se había acuñado con oro sudanés. Los mercaderes europeos agradecían el pago con esta moneda de sus exportaciones habituales desde el siglo IX al siglo XI: madera, paños y sobre todo esclavos. Sin lugar a dudas, se ha exagerado enormemente el papel jugado por el dinar en la economía de la Europa occidental.[18] Se le ha tomado como uno de los factores principales del resurgimiento económico de Europa, y se ha dicho que se utilizaba para saldar las importaciones de artículos de lujo de Bizancio. En realidad, el dinar sólo llegó a Europa en pequeñas cantidades y no pudo competir, ni en estabilidad ni en renombre, con el *nomisma*.

Sin embargo, había un drenaje de oro desde Europa occidental a Bizancio, similar (p. 96) al que en los últimos años del Imperio romano había existido hacia Oriente. El comercio entre la Europa occidental y el Mediterráneo oriental estaba descompensado. La única manufactura que Europa exportaba eran espadas, lo que era, según Lopez,[19] «una ilustración de la inferioridad del Oeste en todo arte, excepto en el de la guerra». El balance se saldaba con oro. El Imperio bizantino siempre estaba dispuesto a aceptar oro: lo usaba para sostener su excelente moneda, para llevar a cabo su tortuosa política exterior en el Oriente Próximo y, para, a su vez, compensar su propio comercio con el mundo musulmán. La opinión de Lombard era, esencialmente, que la Europa occidental importaba oro del mundo musulmán, especialmente del norte de África, y lo utilizaba para importar mercancías de Bizancio. Hay bastantes pruebas que refuerzan esta opinión.

Probablemente, Europa no necesitaba importar oro africano. Sus

17. R. S. Lopez, «The dollar of the Middle Ages», *JEH*, XI (1951), pp. 209-234.

18. Maurice Lombard, «L'or musulman du VII^e^ au IX^e^ siècle», *AnnESC*, II (1947) 143-160; véase también F.-J. Himly, «Y a-t-il emprise musulmane sur l'économie des états européens du VIII^e^ au X^e^ siècle?», *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, V (1955), pp. 31-81; P. Grierson, «Carolingian Europe and the Arabs: the myth of the Mancus», *RBPH*, XXXII (1954), pp. 1059-1074.

19. R. S. Lopez, «East and West in the early Middle Ages», *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, III, Florencia (1955), pp. 113-163.

tesoros, acumulados en su mayoría en tiempos del Imperio romano y provenientes seguramente de las provincias orientales, hubieran sido suficientes. El volumen comercial era pequeño y las dimensiones del déficit del comercio occidental seguramente mínimas. Todas las pruebas tienden a señalar la existencia de grandes cantidades de oro atesorados, gran parte del cual estaba en manos de la Iglesia, en su mayoría en forma de objetos religiosos. Cuando a fines del siglo X se produjo en el norte de Italia una fuerte tendencia a la adquisición de tierras, para la financiación de las transacciones se utilizaron objetos de oro y plata, así como también joyería, pieles, telas finas e incluso libros.[20] Ello tanto podía implicar una grave escasez de moneda en circulación, como la abundancia de riquezas atesoradas que salían al mercado en el momento en que la expansión comercial lo requería.

Un requisito esencial para desarrollar el comercio era la disponibilidad de un vehículo de intercambio que fuera adecuado tanto cualitativa como cuantitativamente. Si la cantidad de moneda en circulación es muy pequeña, la gente recurre al sistema menos flexible y más molesto del trueque, lo que, a su vez, reduce el volumen total del intercambio. Si la moneda se devalúa seriamente, también se reduce el volumen total de las transacciones, ya que la gente tiene reticencia a aceptarla. Los manuales comerciales italianos del siglo XIV, de los cuales el de Pegolotti es el más conocido, señalan repetidamente las monedas que habían sido devaluadas y que, por lo tanto, había que rechazar.

La reanimación económica se llevó a término, en su totalidad, sin contar con una moneda sana y respetada, y su ausencia seguramente tuvo una influencia restrictiva para el comercio. No cuesta mucho comprender por qué la situación monetaria en Europa no fue tan buena como hubiera podido ser. Ocasionalmente podía hallarse un *nomisma* bizantino en la Europa occidental, e incluso se hicieron intentos de imitarlo, pero normalmente no circulaba. Las reservas de oro atesoradas eran seguramente suficientes, especialmente si se contaba con el suministro suplementario de oro africano para permitir la acuñación de las monedas de oro. Pero los negocios precisaban de monedas de valor bajo, no monedas altas y prestigiosas como el *no-*

20. D. Herlihy, «Treasure hoards in the Italian economy, 960-1139», *EHR*, X (1957-1958), pp. 1-14.

misma. Las acuñaciones se hacían en plata, incluso tratándose de un metal en déficit crónico. Había pocas minas de plata en Europa y ninguna de ellas era grande. La plata carolingia provenía, probablemente, en su mayor parte de Melle, en el Poitou, una mina más bien pequeña. Es posible que Europa careciera de recursos argentíferos importantes antes de que se pusieran en explotación, a fines del siglo X, las reservas de las montañas Harz, sobre Goslar.

De ese modo, la creciente demanda de numerario, asociada a la voluntad de los gobiernos de obtener beneficios mediante las aleaciones con metales de menor calidad, condujo a una devaluación progresiva. Como se ha dicho más arriba, la tasa de devaluación variaba enormemente de una unidad política a otra. Una razón fundamental de ello, además de la escasez de metal, fue la incapacidad del gobierno para mantener un control eficaz sobre los fabricantes de moneda autorizados. La depreciación monetaria trajo, de una parte, la inflación de precios y, de otra, la institución de monedas de denominación más alta. De éstas, la primera en adaptarse fue el *grosso*, *groschen* o cruzado. Apareció en primer lugar en las ciudades comerciales de Italia, donde la necesidad de poseer una moneda de alto valor era más acuciante. Al *grosso* veneciano del año 1202 siguieron muy pronto otras monedas de plata de alto valor emitidas por otras ciudades italianas. Medio siglo después el *grosso* o *gros tournois* empezó a acuñarse en Francia y poco después en los Países Bajos.

Sin embargo, esta medida no tuvo el efecto de parar la tendencia a la devaluación de la moneda. El cruzado perdió peso y ley, mientras que los dineros de plata, a los que en cierta manera había venido a sustituir, quedaron reducidos a piezas pequeñas que apenas si contenían algo más que metal base. Incluso el *nomisma* bizantino se devaluó en el siglo XII y entró en una franca decadencia, después de que los cruzados ocupasen Constantinopla en el año 1204. Al mismo tiempo, la necesidad de disponer de una moneda estable y de alto valor se agudizaba. En poco menos de medio siglo, la Europa occidental estaba acuñando su propia moneda de oro. En el año 1252, Génova, acostumbrada a utilizar el *nomisma* y el dinar de oro del mundo mediterráneo, empezó a acuñar el *genovino de oro*. En seguida siguieron a éste el florín de Florencia y el ducado de oro veneciano o *zecchino*. Pronto empezó a dejarse sentir fuera de Italia la necesidad de disponer de una moneda de oro. Antes de concluir el siglo XII, el rey francés inició la acuñación de oro, que fue evolucionando hacia

el estable *écu*, o corona. En el siglo XIV, Inglaterra creó su noble de oro, o medio marco, imitado seguidamente en los Países Bajos.

Desgraciadamente, nada sabemos acerca del volumen de moneda que se acuñó. Los estudios que se han realizado de las matrices empleadas en las acuñaciones indican que fueron escasas y, en algunos casos, únicas. No pudieron poner una gran cantidad de monedas en circulación, incluso si se hubiese dispuesto de suficiente metal que acuñar. La historia de la moneda europea discurre paralela a la del comercio y a la del crecimiento económico en general. La degeneración del dinero carolingio norteeuropeo y el mantenimiento del *nomisma* y del dinar mediterráneo pusieron en evidencia el contraste de sus funciones económicas desde el siglo IX hasta el siglo XI. La devaluación sostenida del dinero en un momento de reactivación comercial trajo consigo la introducción de modos de transacción mediante documentos y también la acuñación de denominaciones más altas en plata y en oro. No fue casualidad que ello ocurriera en el siglo XIII y principios del siglo XIV, ni que se iniciase en aquellas ciudades italianas que destacaban en el comercio continental.

Monedas de cuenta

Tan sólo en los años que siguieron inmediatamente a la reforma monetaria de Carlomagno la moneda corriente circuló por amplias zonas de la Europa occidental. En adelante, cuando las acuñaciones pasaron a manos privadas, el dinero dejó de tener el mismo valor, incluso en las zonas adyacentes. A nivel del mercado local, donde los productos se vendían al contado y no se llevaban cuentas, no hubo diferencias apreciables, pero en el comercio a grandes distancias, donde era preciso llevar libros y contabilidad, tenía unos efectos considerables. En un sistema de bimetalismo, los valores intrínsecos de las monedas de oro y plata fluctuaban continuamente. Se emitían nuevos tipos de monedas que, a menudo, no eran múltiplos del dinero local, al tiempo que también circulaban monedas extranjeras que, aparte de utilizar los mismos nombres, no tenían ninguna relación con las de uso local. Además, como el dinero era una moneda de poco valor, al utilizarlo para expresar los precios, los totales obtenidos ascendían a cantidades astronómicas. Era necesario relacionar las variadas monedas de uso local a algún modelo que, aunque fuese

teórico, estuviese ampliamente admitido. Esta fue la moneda de cuenta. Hubo muchos sistemas de cálculo, ninguno de los cuales fue común a todo el Occidente europeo. En realidad lo que hacía falta era un sistema que se basara en el contenido de oro de una moneda superior que sirviera para comparar todas las monedas, unas con otras. Nunca llegó a conseguirse. En vez de ello, cada región tuvo su propia moneda de cuenta, y el mercader tenía que averiguar como mejor podía los valores relativos de, por ejemplo, el *grosso* o *gros* de Francia y el de varios Estados alemanes o ciudades italianas. Algunas de estas ciudades, con mayor experiencia comercial, trataron de hacer sus respectivas monedas de oro de un valor aproximadamente igual al de otras ciudades.

En principio, la moneda de cuenta surgió de la necesidad de disponer de un término adecuado para expresar grandes cantidades de denarios. El término *soldo, sou, shilling* o sueldo pasó a significar doce dineros o peniques y la libra cierta cantidad de sueldos. La libra era, en su origen, una unidad de peso y se la tomó figurándose la cantidad de plata con la que se podría acuñar una libra de dineros, normalmente, aunque no siempre, unos 240. La libra y el sueldo durante mucho tiempo, desde que se empezaron a utilizar en el siglo XII, sólo fueron monedas «fantasma». Ni se veían ni se tocaban: sólo se utilizaban en contabilidad. La propia pequeñez de las monedas en circulación requerían de una buena práctica. Cuando empezaron a acuñarse monedas de más alta denominación se intentó, generalmente sin éxito, integrar las nuevas monedas en el esquema de las monedas de cuenta. Así, el *grosso*, por ejemplo, se concibió en un principio como un *soldo* en el sistema de monedas «fantasma».

Desgraciadamente, cuando se fueron emitiendo monedas con nuevas denominaciones, no siempre fue posible integrarlas en el sistema existente y hubo que imaginar una nueva moneda de cuenta que las representase. En Venecia, por ejemplo, llegó a haber dos monedas de cuenta y el valor real de la libra era distinto en ambos sistemas. El problema de expresar la moneda local en términos de moneda de cuenta y de establecer las relaciones que permitieran la conversión de una moneda de cuenta en otra siempre estuvo presente. Los escritores, que, como Pegolotti, conocían muy bien el sistema, encontraban tantas dificultades para explicarlo como hoy tenemos para comprenderlo.

Las monedas de plata, los dineros e incluso los *grossi*, raramente

circulaban en áreas alejadas del lugar donde se habían acuñado, y la moneda nueva, en su mayoría de cobre y con valores de fracción de dinero, probablemente nunca. En ciertas regiones, por ejemplo Inglaterra, las monedas extranjeras estaban legalmente prohibidas. Sin embargo, por lo general, las monedas de oro acuñadas después de mediados del siglo XIII circulaban libremente. Las monedas de oro de las ciudades italianas eran corrientes en la mayor parte de Europa. Los mercaderes las llevaban en sus bolsas, y los embajadores en sus equipajes. Los gobiernos las utilizaban para saldar la balanza comercial, para financiar a sus aliados y, en general, para llevar a cabo la política exterior.

Sin embargo, por regla general, la moneda intervino poco en el comercio a gran distancia. En grandes cantidades hubiera representado una pesada carga y hubiese añadido además un enorme riesgo a los que ya normalmente corrían los viajeros. Cada una de las ferias de Champaña concluía con unos días dedicados exclusivamente a pasar cuentas (véase p. 414). El mercader flamenco a quien, al finalizar la feria, debían dinero por los paños vendidos debía, a su vez, dinero por las compras que había efectuado. El arreglo final consistía, pues, en comparar las cuentas y ver si, globalmente, se compensaban. Al final, la cantidad de dinero que cambiaba de manos podía ser pequeña, una fracción mínima del valor total de las transacciones.

Incluso después de la decadencia de las ferias de Champaña, continuaron los encuentros periódicos de mercaderes con la finalidad de hacer balance de sus libros y compensar sus deudas mutuas. Las ferias de Lyon continuaron sirviendo a este propósito hasta bien entrado el siglo XVI. La complejidad creciente del comercio europeo en el siglo XIII exigió, asimismo, otro instrumento para descargar las deudas. Al declinar las ferias, los mercaderes dejaron de verse cara a cara. Los encargos se hacían por medio de un corredor y los pagaban, una vez recibidos, por medio de una letra de cambio notarial. La más antigua de ellas que se conoce data de la primera mitad del siglo XIV. Sin embargo, como sistema de descargar las obligaciones financieras, su utilización no llegó a extenderse hasta después de la peste negra (ver pp. 481-482). Los años finales del siglo XIV en algunos aspectos acaso fueran un período de decadencia económica; pero en el campo del comercio vinieron marcados por el experimento y la innovación.

Conclusión

El período de crecimiento económico medieval culminó en los años finales del siglo XIII o los primeros del siglo XIV. La economía cesó de expansionarse porque, como generalmente se sostiene, se había alcanzado una situación en la que la población presionaba fuertemente en los recursos y el nivel *medio* de bienestar había comenzado a descender. Sin embargo, tales cambios de población y de bienestar no se pueden reflejar por medio de una curva suave a causa de los factores erróneos y azarosos introducidos por la guerra, las variaciones en el suelo y, sobre todo, los caprichos del clima. La situación malthusiana real puede quedar velada por una serie de varios años de buenas cosechas y súbitamente, manifestarse en su cruda realidad en unos pocos años malos (ver p. 157). Los veranos húmedos y fríos y las inundaciones invernales de los años 1315 y 1317 han sido bien documentadas gracias a H. S. Lucas [21] y son suficientemente conocidas.

Es muy fácil decir, como han hecho algunos, que la decadencia económica bajomedieval comenzó con las malas cosechas, las hambres y las epidemias de aquellos años. Ciertamente, había la probabilidad estadística muy alta de que la mayor parte del continente se viera afectado, en un momento u otro, por tales circunstancias. Herlihy ha hallado pruebas de un ligero descenso de la población, bastante antes del año 1300, en algunas de las áreas más densamente pobladas de Toscana,[22] y Postan ha postulado [23] que en Inglaterra la depresión se inició mucho antes de la peste negra.

En la Europa occidental y meridional, al igual que en buena parte de la Europa central, la población había dejado de aumentar hacia los años iniciales del siglo XIV. Tanto el volumen de la producción como de la demanda descendieron. Tras un alza de precios inicial, motivada por la escasez de alimentos, los precios tendieron a bajar. Con todo, el amanecer del Renacimiento europeo no era completa-

21. H. S. Lucas, «The great European famine of 1315, 1316 and 1317», *Speculum,* V (1930), pp. 343-377.

22. David Herlihy, «Population, plague and social change in rural Pistoia, 1201-1340», *EHR,* XVIII (1965), pp. 225-244; del mismo autor, *Medieval and Renaissance Pistoia,* Yale University Press, 1967, pp. 62-69.

23. M. Postan, «Some economic evidence of declining population in the later Middle Ages», *EHR,* II (1950), pp. 221-246.

mente sombrío. No hubo interrupción alguna en el desarrollo de los métodos comerciales. Se seguían amasando enormes fortunas y se invertía en tierras, en construcciones y en operaciones comerciales. Pero la Europa que surgió de las pestes y las hambres del siglo XIV era una Europa renovada. La población había disminuido pero era más especializada. Existía mucho desempleo estructural, pero también crecimiento en otras direcciones nuevas. Sobre todo, se apreciaba una recesión en la construcción de edificios religiosos y un aumento en las inversiones de capital en empresas constructivas: barcos, minas, mejoras de la tierra e infraestructura comercial. Fueron las inversiones efectuadas a finales de la Edad Media lo que produjo el crecimiento económico del siglo XVI.

Capítulo 4

LA POBLACIÓN DE LA EUROPA MEDIEVAL

El capítulo anterior trazaba las líneas según las cuales la economía medieval, a grandes rasgos, se desarrolló entre los siglos IX y XIII. Este desarrollo fue seguido de cerca por la historia del crecimiento y decadencia de la población europea —en realidad tan de cerca que puede disculparse la afirmación de que existe una íntima relación entre ambas—. Es obvio que el volumen de la producción y el nivel de bienestar iban encadenados con las dimensiones de la población. La relación, sin embargo, no es tan simple como algunos eruditos han señalado. El examen de la relación de los movimientos demográficos y de las tendencias de largo alcance de la economía es excesivamente difícil. Para éstas, los índices son escasos e imprecisos; para aquéllos, carecemos de estadísticas que no sean susceptibles de gran variedad de interpretaciones. Los índices económicos ya han sido examinados. Este capítulo estudia las evidencias relacionadas con la magnitud y los cambios cíclicos de la población.

Fuentes para la historia de la población

El hombre medieval, como antes que él el hombre clásico, tenía poco interés por los números. Y tampoco mostró deseo alguno de especificar ninguna estimación precisa en cuanto a la población y, cuando se le pedían cifras, aventuraba las opiniones más peregrinas. En realidad, en una sociedad que, en su inmensa mayoría, era rural y autárquica, en la que los cambios a largo término en el número de individuos o en el volumen de la producción no se creían posibles,

no había ninguna necesidad de censos. No fue hasta el siglo XVIII, cuando la realidad del cambio en las condiciones económicas se introdujo en la mente del hombre europeo, que se hicieron los primeros intentos a escala nacional de contar el número de almas que componían la población. Con ello no queremos decir que no hay base documental para estimar la población en diferentes períodos de la Edad Media. Las informaciones fueron recogidas con otros propósitos y sólo puede trabajarse con dificultad y contando con una alta probabilidad de error, en orden a obtener información acerca del total de la población.

Las pruebas son, en parte, documentales, pero también hay materiales extraídos de la propia tierra. Los cambios en el área de cultivo, del número y superficie de las ciudades amuralladas y las dimensiones de las iglesias han contribuido a la evidencia. La información así extraída es, en el mejor de los casos imprecisa, y en el peor confusa. La menos insegura de las muchas guías de la población medieval es, con certeza, la que proporcionaba las listas de las categorías específicas de gente: cabezas de familia, contribuyentes, guerreros, comulgantes, carniceros o panaderos. Si se puede dar por sentado que esos datos son suficientemente ciertos para un determinado período y lugar, sólo queda relacionarlos con el total de la población. Por desgracia, esta relación puede haber variado enormemente, no sólo a lo largo del período, considerado como un todo, sino de un lugar a otro. La proporción de artesanos, en general, debió de incrementarse a lo largo de la Edad Media; el número de guerreros debió de variar según la gravedad de las crisis a que tenían que enfrentarse. El número de agrupaciones familiares, o «fuegos» como se les llamaba más a menudo, proporciona el tipo de información más útil. Los modelos de comportamiento humano no diferían tan fundamentalmente, según los lugares y las épocas, como para que la familia no pudiera ser tomada como unidad de medida.

Con muy pocas excepciones, los registros medievales de fuegos y familias se recopilaron con un solo propósito: la de facilitar la fijación y percepción de impuestos. Necesariamente reflejan los esfuerzos realizados por parte del señor o del rey, para que ninguna familia estuviera ausente en la lista y, por parte del campesino para eludir el alistamiento. Es razonable suponer que algunos lo conseguían. En realidad, los registros fiscales de los fuegos ingleses del siglo XVII están salpicados de indicios de la existencia de familias que

no habían sido incluidas cuando se confeccionaron las primeras listas. No hay razón alguna para suponer que los tasadores medievales eran más competentes o los campesinos menos escurridizos.

Por ello, es en términos de fuegos —*feux, foca* o *fuoghi*— que debemos medir la población medieval. El examen más exhaustivo de fuegos del período medieval es la archiconocida relación denominada de «les paroisses et les feuz des baillies et seneschaucées de France», recopilada en el año 1328.[1] En ella aparece el número de parroquias y fuegos de 33 unidades territoriales, aunque no todas ellas están bien definidas. Este documento es fiable en muchos aspectos y las informaciones están corroboradas por otras fuentes. Existen también listas de fuegos mucho más detalladas, referidas a muchas provincias de Francia. Hay un rollo referido a Rouergue, del año 1341, que alista los fuegos por parroquia (figura 4.1). Han sobrevivido varias relaciones de Provenza y Languedoc, así como fragmentos de las referentes a partes de Normandía y al condado de Porcien (Champaña). Los Países Bajos, Francia septentrional y el ducado de Borgoña fueron censados —y algunas provincias en varias ocasiones— a fines del siglo XIV y durante el siglo XV. En Suiza, se hizo la inspección de fuegos en los cantones de Zurich y Basilea.[2]

Hubo errores, inconsistencias y omisiones, pero tomados en su conjunto, esos registros proporcionan un inestimable muestreo de la densidad de población de buena parte de Europa occidental. Estos registros son más escasos en Alemania y son, generalmente, de fecha más tardía. Hay listas de fuegos en Mecklemburgo, Neumark y el señorío de Sorau (Zary, actualmente en Polonia occidental).[3]

En conjunto, se trata de una relación importante que puede, además, complementarse con los registros eclesiásticos. Éstas son más fiables, ya que no iban tan directamente dirigidos a la fijación y per-

1. Ferdinand Lot, «L'état des paroisses et de feux», BEC, XC (1929), pp. 51-107 y 256-315.

2. L.-J. Thomas, «La population du Bas-Languedoc à la fin du XIII^e siècle et au commencement du XIV^e», *Ann. Midi* (1908), pp. 469-483; Édouard Baratier, *La démographie provençale du XIII^e au XVI^e siècle*, París, 1961; *Documents relatifs au Comté de Champagne et de Brie*, ed. A. Longnon, Colln. de Docts., París, 1891, n.^os 7.304-7.404; H. Ammann, «Die Bevölkerung der Westschweiz im ausgehenden Mittelalter», en *Festschrift F. E. Welti, Aarau*, 1937, pp. 390-447; W. Bickel, *Bevölkerungsgeschichte und Bevölkerungspolitik der Schweiz seit dem Ausgang des Mittelalters*, Zurich, 1947.

3. F. Stuhr, «Die Bevölkerung Mecklenburgs am Ausgang des Mittelalters», *JVMG*, LVIII (1893); *Das Landregister der Herrschaft Sorau von 1381*, ed. J. Schulte, *Brandenburgische Landbücher*, I, Berlín, 1936.

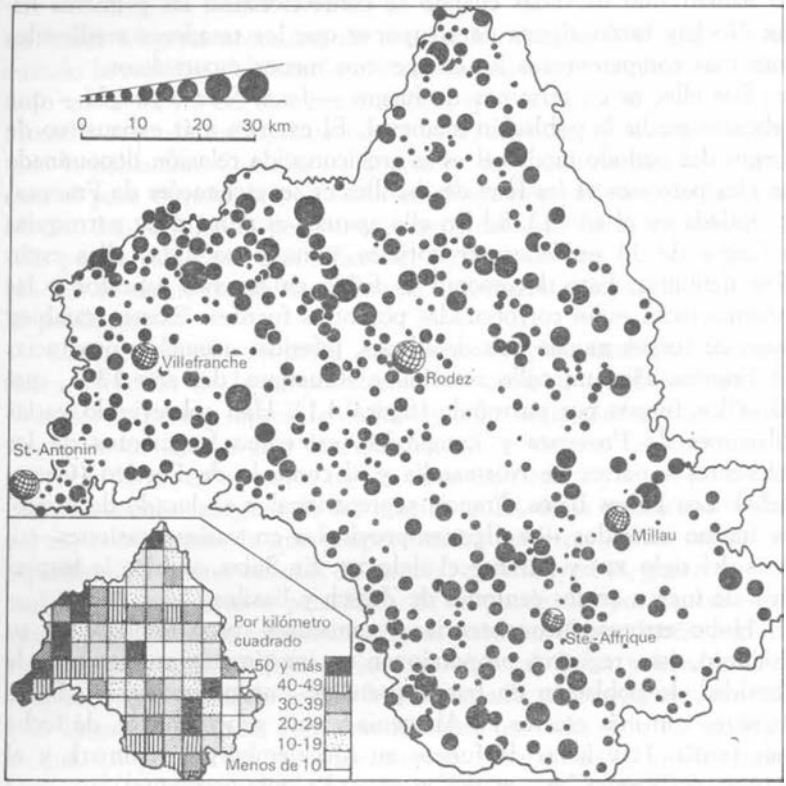


FIGURA 4.1

Distribución de la población en Rouergue (Francia)

NOTA: Los círculos representan las ciudades. Su población era: unos 11.500 hab. en Rodez, unos 7.000 en Millau, unos 4.750 en Sainte-Affrique, unos 4.000 en Villefranche y unos 8.500 en Saint-Antonin.

FUENTE: Se basa en la lista de fogajes publicada en A. Molinier, «La sénéchaussée de Rouergue en 1341», BEC, XLIV (1883), pp. 452-488.

cepción de impuestos. Uno de los más antiguos es el conocido políptico de Eudes Rigaud, arzobispo de Ruán entre los años 1248 y 1276.[4] Consiste en los *pouillés* o inspecciones que se hacían cuando

4. *Polyptychum Rotomagensis Dioecesis, Recueil des Historiens des Gaules et de la France*, XXIII, París (1894), pp. 228-329.

un recién nombrado titular se hacía cargo de sus beneficios. Las informaciones no son totalmente sincrónicas y faltan los datos —seguramente porque esas parroquias no quedaron vacantes durante el período— de 100 de las 1.341 parroquias de la diócesis de Ruán. Las cifras globales suministradas al arzobispo se referían a los varones adultos de cada parroquia, pero muchas de esas cantidades aparecen redondeadas, por lo que hay que suponer un margen de error considerable.

En el año 1416-1417 se llevó a cabo una inspección de la diócesis de Lausana, en Suiza, a cargo de los oficiales episcopales, anotando el número de fuegos de cada parroquia.[5] Se realizaron incursiones al *hinterland* de Lausana; las parroquias parecen haber sido registradas en el orden en que fueran visitadas. No parece que se omitiera parroquia alguna en las zonas más densamente pobladas de la diócesis, pero no puede decirse lo mismo de las montañas del Jura, al noroeste, mucho menos pobladas: allí el número de fuegos estimados parece ser demasiado bajo.[6]

Los registros señoriales adolecen, en general, del defecto de no haber intentado reseñar todas las familias; tan sólo aquellas que tenían que prestar servicios, pagar rentas u otras obligaciones al dueño del señorío. Raramente hacen referencia a la población trabajadora carente de tierras que debía al señor poco o nada. Sin embargo, a veces dan informaciones muy valiosas del tamaño de las familias y sus sirvientes y, ocasionalmente, permiten calcular las dimensiones mínimas de un señorío o de un distrito.[7]

El políptico del abad Irminón es la fuente de información más valiosa de la alta Edad Media. Es el registro de las tierras del monasterio parisino de Saint-Germain-des-Prés (ver p. 61), recopilado hacia el año 810. El valor demográfico del políptico de Irminón radica en el hecho de que, no sólo se refiere a los arrendatarios de la abadía, sino que da también información acerca de sus relaciones familiares. Dejando aparte la importancia de esas informaciones para determinar la proporción de sexos y las dimensiones de la familia media, el do-

5. «La visite des églises du diocèse de Lausanne en 1416-1417», *Mémoires et Documents publiés par la Société d'Histoire de la Suisse Romande*, 2.ª serie, II (1921).

6. Ferdinand Lot, «Conjectures démographiques sur la France au xv^e siècle», *Moyen Âge*, XXXII (1921), pp. 1-27 y 107-137.

7. Karl Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter*, Verlag von Alfons Dürr, Leipzig, 1886, vol. I, p. 163; contiene un ejemplo familiar del empleo de este método erróneo.

cumento permite establecer la relación de la mayor parte de los habitantes de las comunidades pertenecientes a Saint-Germain.[8] Ello, combinado con el hecho de que cuando menos hay una posibilidad de calcular la superficie de algunos de los señoríos o fiscos, nos permite obtener un cálculo aproximado de la densidad de población.

Por regla general, conocemos mejor la población urbana que la rural. Las ciudades llevaron mejores registros y los han preservado más cuidadosamente, y los gobernantes tuvieron con demasiada frecuencia la necesidad de saber cuántas bocas había que alimentar, ya que, excepto las ciudades menores, no eran capaces de producir los alimentos necesarios para su sostén. Toda ciudad estuvo preocupada por sus necesidades alimenticias y algunas nombraron un oficial cuya función era la de comprar granos y mantener siempre una buena reserva dentro del recinto amurallado. Así pues, era imprescindible el conocimiento del número de «bocas» para llevar a cabo tal cometido. Ésa es la razón principal del gran número de estimaciones de la población urbana italiana. En Nuremberg se realizó en el año 1431 un recuento de todos los varones capaces para la guerra en prevención de un ataque de los husitas.

Otras informaciones acerca del crecimiento o decadencia de la población son aún menos susceptibles de una interpretación precisa que las que ya han sido citadas. La superficie de la tierra de labor se redujo, sin ninguna duda, durante los años finales del Imperio romano. También es cierto que comenzó a ampliarse de nuevo a partir de los siglos x y xi, y acaso antes. Eso no podría haber sucedido si la población no hubiese aumentado, pero no existe fórmula alguna que permita relacionar los nuevos asentamientos rurales, incluso aunque se pudiera hacer una lista de ellos, con el crecimiento demográfico.

El resurgimiento de la vida urbana, la formación de las grandes ciudades y la proliferación de las pequeñas no hubiese tenido lugar sin el aumento de la población rural que producía los alimentos que nutrían a las ciudades y que adquiría los productos de los artesanos urbanos. La mayoría de las grandes ciudades ampliaron sus recintos amurallados durante el siglo xiii o primeros años del siglo xiv, algunas en dos o más etapas. El propósito de esta medida era permitir

8. Emily Coleman, «Medieval marriage characteristics: A neglected factor in the history of medieval serfdom», *JIH*, II (1971), pp. 205-219.

el crecimiento de la población urbana y la intensificación de la artesanía ciudadana. En realidad, la transformación de la vida urbana que tuvo lugar en los siglos XII y XIII debe atribuirse al aumento total de la población.

Lo cierto es que, al extender sus murallas y edificar grandes iglesias parroquiales, los vecinos de las ciudades medievales fueron excesivamente optimistas. Ya antes de que la última línea de murallas hubiera quedado completada, la crisis se cebó en sus constructores. En todas partes, con la excepción de la Europa oriental y acaso la septentrional, la población dejó de crecer y la opinión más generalizada es que hubo contracción en la mayoría de las regiones (ver p. 184). Las pruebas de ello son tanto documentales como arqueológicas. La comparación directa de los registros fiscales de fogaje sólo puede realizarse en unos pocos casos pero, cuando ello es posible, como en Borgoña, Provenza y Languedoc, la contracción demográfica aparece claramente. Las informaciones extraídas de las listas de fogaje encuentran eco en las provenientes del trabajo de campo. El abandono de poblaciones y la reducción de la tierra de labor en Inglaterra, Francia y Alemania es una prueba concluyente. A decir verdad, el culto a la aldea abandonada ha llegado a ser una actividad interesante, ya que no especialmente útil, de historiadores jóvenes y fuertes. Así pues, estas son las pruebas a partir de las cuales el historiador debe proceder a establecer la magnitud de la población medieval, sus variaciones en el tiempo y su distribución espacial.

Natalidad y mortalidad en la Europa medieval

El estudioso de la historia demográfica en la época actual dispone de la inapreciable ayuda de los registros parroquiales de bautismos, casamientos y defunciones que le permiten analizar, con un margen de error mínimo, la edad de nupcialidad, el número de hijos y el espacio entre ellos, las dimensiones de una familia completa y la esperanza de vida, desde el nacimiento a la vejez. Así ha sido posible conocer la estructura de la población en la Europa preindustrial. El medievalista carece de tales ayudas. Sólo es posible la reconstrucción de unas cuantas familias que apenas representan una fracción mínima del total de la población y que en absoluto pueden ser consideradas como una muestra representativa. Conocemos las familias

reales y principescas y, a partir de los registros públicos, se puede, en numerosos casos, llegar a establecer las estadísticas vitales de la aristocracia terrateniente. El profesor Russell, que ha trabajado con este propósito [9] en las *inquisitiones post mortem* inglesas, ha indicado —no muy convincentemente— que sus averiguaciones sobre las clases terratenientes podían extenderse al resto de la población.

No hay manera de obtener datos fidedignos acerca de la masa de la población medieval y tan sólo podemos obtener información de sociedades modernas preindustriales de características análogas. La tasa de natalidad era alta, del 30, el 40 por 1.000 anual, o aún más. Sin embargo, no era habitual que las mujeres alumbraran un hijo cada año durante el período fértil de su vida matrimonial. Las familias de diez o doce hijos eran más bien excepcionales. Los registros parroquiales del período preindustrial sugieren que el período intergenésico —el lapso de tiempo entre dos embarazos— sería por término medio de unos treinta meses. No hay razón que indique que tal intervalo no era lo normal en la Edad Media.

De ahí se sigue que, al considerar el grado en que cada generación se reemplazaba a sí misma, la edad nupcial y, consiguientemente, la del primer embarazo es de vital importancia. El retraso del matrimonio durante tres años acaso reduzca el potencial familiar en un nacimiento. Sin embargo, esto no es todo. La fertilidad femenina disminuye con la edad, hasta que a los 40 o algo más cesa totalmente. Una mujer que se case hacia finales de la veintena es menos fértil que aquella que lo haga alrededor de los veinte. De ese modo, los matrimonios tardíos parecen influir en el número de nacimientos legítimos de dos modos: *a*) por reducir el período total en que la concepción es posible, y *b*) por dejar fuera de consideración el período de la vida femenina en que la probabilidad de embarazo es mayor.

Cualquier discusión acerca del crecimiento o decadencia demográfico debe considerar, como uno de los factores más importantes, la edad habitual de nupcialidad. Las informaciones extraídas de los registros de las clases superiores indican que las mujeres se casaban a una edad muy temprana. De ahí no se sigue que la masa del campesinado siguiera esa práctica y Russell opina que, por regla general,

9. J. C. Russell, *British medieval population*, University of New Mexico Press, 1948, pp. 92-117.

la edad nupcial era más tardía que entre las clases terratenientes. Había una razón muy simple que lo explicaba. El campesino sólo se casaba cuando disponía de un lote de tierras, una fracción de un *mansus* o de una *hoba* que le permitiera mantenerse a sí mismo, a su esposa y a su futura familia. La adquisición de tierras podía conseguirse mediante roza o roturación. También podía obtenerla por herencia, y ésta parece haber sido la fórmula normal. Con suma frecuencia, el campesino no se casaba hasta que su padre moría o había abandonado el cultivo de su tenencia. Parece que muy pocos campesinos conocieron a sus nietos. No es aconsejable generalizar a partir de la escasa información disponible, pero parece que el campesino se casaba tarde y cabe suponer que su esposa no sería mucho más joven que él. En las ciudades, la institución del aprendizaje posponía el matrimonio del hombre de un modo parecido, ya que éstos tenían normalmente prohibido casarse hasta que el período de aprendizaje hubiese concluido.

Por supuesto, es totalmente imposible calcular hasta qué punto los matrimonios tardíos pudieron haber reducido la fertilidad y de ese modo poner tasa al crecimiento de la población. Sin embargo, es cierto que debió ser un factor restrictivo. Con todo, como veremos más adelante, los siglos XI al XIII fueron un período de crecimiento demográfico intensivo. Russell ha estimado [10] que la población del conjunto de Europa creció de 34,2 millones alrededor del año 1000 hasta 68,3 millones hacia el año 1300. Un incremento de menos del 1 por 100 anual, acompañado como iba de una alta tasa de natalidad y una baja esperanza de vida, parece poco coherente con una edad nupcial elevada de la masa de la población.

El alza demográfica que ocurrió en buena parte de Europa en las décadas centrales del siglo XVIII, aunque se viese potenciada por una dieta alimenticia más equilibrada y por las mejoras sanitarias, parece haberse debido principalmente al descenso un año o dos en la edad nupcial media. ¿Acaso el crecimiento demográfico medieval se vio influenciado por factores similares? En el campo de la agricultura se produjeron mejoras técnicas que tuvieron el doble efecto de aumentar el área de tierras de labor y de mejorar la calidad de los cultivos. El sistema de cultivo en tres hojas comenzó a desplazar

10. Russell, «Late ancient and medieval population», *TAPS*, XLVIII (1958), 3.ª parte, p. 148.

al sistema bienal, y un nuevo tipo de arnés permitió aprovechar mejor la fuerza de tracción de los caballos. Estos avances pudieron aumentar la disponibilidad de alimentos, mejorar la dieta y posiblemente reducir la tasa de mortalidad. Pero parece difícil que con sólo estos cambios se obtuvieran los resultados descritos. Parece más probable que fuese el descenso de la edad nupcial lo que aumentó la tasa de natalidad. El único factor que, en una amplia zona de la Europa occidental, pudo hacer esto posible fue la apertura de nuevas tierras a la colonización por el campesinado medieval. Debemos suponer que muchos hombres jóvenes, conocedores del quehacer agrícola, pidieron y obtuvieron permiso para hacer rozas en los yermos del señor o acaso para emigrar más allá de su jurisdicción. Así se convertían en poseedores de un manso antes de la muerte de su padre y pudieron contraer matrimonio a una edad más temprana de lo que hubiesen podido de no haber sido de este modo.

Sin lugar a dudas, sus decisiones se verían influenciadas por las costumbres locales en materia de herencia. Donde regía el derecho de primogenitura, como ocurría en la mayor parte de la región de *open fields* del norte de Francia, los hijos más jóvenes tenían la alternativa de permanecer en sus comunidades como jornaleros o asalariados, o trasladarse a nuevas tierras. De ese modo, podía suceder que el hijo más joven pudiese tener un lote de tierras y esposa mucho antes que el mayor, que debía esperar hasta recibir su herencia. En algunas áreas apartadas prevalecía un sistema de herencia muy particular, conocido como *borough English*, mediante el cual la herencia paterna pasaba al hijo más joven, en lugar de ir a manos del mayor. ¿No se trataría de un intento de dar con una solución, alejando a los hijos mayores y despejando la vía al más joven, quien podría hacerse cargo de la herencia cuando el padre muriese?

Este razonamiento nos lleva, pues, a la conclusión de que no fue la explosión demográfica lo que produjo la colonización de los yermos, sino más bien que la disponibilidad de éstos animó a contraer matrimonio a edad más temprana y a tener familias más numerosas. La cuestión que se plantea entonces es por qué, si los yermos habían existido siempre, rodeando a las comunidades aldeanas y aislándolas unas de otras, no se habían empleado de ese modo con anterioridad. No es nada fácil dar una respuesta. Acaso pueda suponerse que las áreas cubiertas de bosque o erial eran las menos aptas para las condiciones de la agricultura altomedieval; que eran tierras

pantanosas que requerían drenaje, arcillas duras difíciles de arar, o yermos arenosos que sin la aportación de estiércol daban escaso rendimiento. De hecho, hay informaciones abundantes acerca del drenaje y del cultivo de tierras pantanosas en los primeros años del siglo XII, y el arado pesado con ruedas ya hacía tiempo que se conocía. Podía roturar los suelos duros, pero era difícil de fabricar y precisaba de varias bestias de tiro. Lo que sí conocemos es la cronología de su difusión por la Europa occidental y central. Pudo ser un factor crucial en la roturación de las tierras duras. La amplia aceptación del sistema de tres hojas, en lugar de la simple alternancia de cosecha de grano y barbecho, también pudo contribuir a la puesta en cultivo de nuevas tierras. El sistema de tres hojas precisaba de una siembra primaveral, normalmente avena o cebada. Cuando menos, la avena era apta para los suelos ligeros y delgados y a menudo se empleó solamente en las tierras recién roturadas (ver p. 223). También permitía alimentar a un mayor número de animales, lo que, a la vez, no sólo proporcionaba más potencia para tirar del arado pesado, sino también más estiércol para abonar los suelos ligeros.

Tales adelantos en el campo de la tecnología agrícola acaso facilitaron el cultivo de suelos que anteriormente se despreciaban. Lo que es dudoso es que por sí solos hubiesen producido la expansión agrícola. El contraste entre tierras buenas y malas nunca es absoluto y diáfano y el campesino medieval, empirista como era, no siempre era capaz de percibirlo. Al elegir las tierras de labor, se dejaba influir tanto por las consideraciones institucionales —tierras de la reserva señorial, derechos comunales y de caza— como por las condiciones naturales del suelo. La expansión de los cultivos no fue tan sólo el paso de tierras buenas a tierras menos buenas, aunque sin duda éste fue un elemento importante.

Debe buscarse una relajación, más o menos súbita, de las limitaciones impuestas por el sistema señorial sobre sus campesinos dependientes. Los polípticos del siglo IX indican el reforzamiento del control de los monasterios sobre sus tierras y arrendatarios, que fueron masivamente *adscripti glebae*. Sin embargo, en el políptico de Irminón hay pruebas de que la condición del campesino empezaba a mejorarse, al irse comprendiendo su valía para la mejora de las tierras. Empezó a considerarse a la gente como una forma de riqueza y su trabajo como una fuente de ingresos para sus señores. Ya a principios del siglo IX, Irminón se enorgullecía de haber roturado y

puesto en cultivo nuevas tierras, y sus sucesores, tanto en Saint-Germain como en otras innumerables casas, animaron a los colonos a fundar nuevas aldeas y a expandir la frontera de la colonización. El ejemplo del abad de Saint-Denis es bien conocido (ver p. 196). Fundó la aldea de Vaucresson, no porque hubiese enjambres de campesinos hambrientos de tierras, sino porque había tierras listas para poner en cultivo para la gloria de Saint-Denis y el beneficio de su monasterio. La fundación de nuevas aldeas no era en absoluto monopolio de las casas religiosas. Los propietarios laicos se mostraban igualmente activos. La Crónica Eslava de Helmold nos cuenta que los señores de Wagria (más o menos lo que es Holstein) mandaron mensajeros a los Países Bajos y a Alemania occidental para dar a conocer el hecho de que había buenas tierras esperando ser labradas. Cuando se abrió la frontera de la colonización europea no había masas de campesinos desbordando las fronteras de sus países de origen. En cierto sentido, era necesario dar a conocer las posibilidades. Pero las nuevas tierras permitieron a los hijos menores y a los coherederos establecer sus hogares a edad más temprana y crear familias con la absoluta seguridad de que había tierra suficiente para todos.

Así que puede decirse que la «revolución vital» que va de los siglos X y XI hasta finales del XIII se vio estimulada por una nupcialidad temprana y por familias completas más numerosas. Pero los matrimonios tempranos no podían producir por sí solos un incremento demográfico si la mortalidad era alta. El matrimonio a la edad de 20 años y la muerte antes de los 30 no hubiesen producido necesariamente un aumento espectacular de la población. Es necesario saber cuántas familias estaban «completas» o en cuántos casos la muerte de uno de los cónyuges ocurría antes de que la mujer llegase al término del período de fertilidad. También quisiéramos conocer qué proporción de hijos sobrevivían en esos matrimonios tempranos y cuántos llegaban a crear sus propias familias. En otras palabras, es preciso establecer la «tasa de reproducción neta». Esos datos de una sociedad sólo pueden conocerse si se dispone de registros de nacimientos y defunciones, y éstos son prácticamente inexistentes con anterioridad al año 1600.

Sin embargo, sí que se conocen esos datos vitales referentes a algunos miembros de las clases feudales. Sus vidas, en algunos casos, están bien documentadas; hacían testamento y sus propios señores hacían pesquisas por su cuenta, con ocasión de una muerte, en las

fortunas y herederos, para asegurarse de que se cumplían todos los pactos. Russell ha trabajado en esas fuentes para elaborar unas tablas de expectativa de vida y dimensiones familiares, en Inglaterra. El error de utilizar dichas fuentes —aparte el hecho de que muestran el cuadro incompleto de las clases que dicen representar— estriba en que se refieren tan sólo a una fracción mínima, acaso el 2 o 3 por 100 del conjunto de la población, que en absoluto representa a las masas. En términos estadísticos, no es un muestreo al azar y sería absurdo establecer datos generalizables al conjunto de la población.

La cuestión de la expectativa de vida durante el período de crecimiento demográfico medieval hay que considerarla desde un ángulo distinto. Dado por supuesto que no podemos conocer, excepto en unos pocos casos en absoluto representativos, cuáles fueron las tasas de mortalidad ¿podemos establecer la frecuencia relativa de causas anormales de muerte: guerra, hambre y epidemias? Las fuentes nos permiten llevar a cabo esta tarea en el período que se estudia sólo en el sentido más amplio. Al considerar la mortalidad entre la gente cualquiera de una época cualquiera, hay que distinguir, en primer término, las causas de mortalidad que siempre están presentes, las dolencias y plagas de las que el género humano es heredero: enfermedades cardíacas y pulmonares, dolencias respiratorias, gripe, cáncer. Puede que fluctúen pero, en general, no crecen hasta proporciones epidémicas. En una población grande deben considerarse como causantes de una tasa de mortalidad constante, quizá de un 30 por 1.000 o algo más, y por año. Superpuesta a esta mortalidad «normal» estaba la mortalidad anormal producida por «crisis» —guerra, hambre y enfermedades epidémicas—. Éstas producían enormes fluctuaciones en las tasas de mortalidad, saltando de un simple 30 por 1.000 a varios centenares.

El hambre era un peligro omnipresente. El hombre vivía junto a la tierra, atento a lo que sus campos le iban a producir, a merced del mal tiempo y de las malas cosechas. Sólo a fines de la Edad Media empezó a desarrollarse un comercio internacional de alimentos capaz de resolver sus problemas. Cada cuatro o cinco años había una mala cosecha resultante de acontecimientos y condiciones totalmente ajenos al control e incluso a la comprensión del campesino.

> Antes de que se completen cinco años se alzará el hambre.
> Las riadas y el mal tiempo destruirán los frutos

escribió Langland en la *Visión de Piers el labrador*. Una situación de desnutrición permanente aparece inscrita en la alta tasa de mortalidad de la Edad Media. Pero, a intervalos, una serie de malas cosechas traían el hambre, algo distinto a la desnutrición, y, con él, las tasas de mortalidad resultaban muy superiores al 30 o 50 por 1.000 que era lo normal. Como en toda sociedad simple, las consecuencias de la escasez de alimentos se intensificaban a causa de la conducta social. La idea del racionamiento resultaba totalmente extraña. Al primer indicio de escasez se producía habitualmente una especie de fiebre por conseguir alimentos. Los ricos compraban con ánimo de almacenar y los precios se disparaban. Así la escasez se intensificaba artificialmente y las clases pobres la padecían con mayores sufrimientos de los que era necesario. Van Werveke ha demostrado [11] que las consecuencias de las malas cosechas de los años 1315-1317 fueron potenciadas por la especulación de los negociantes de las ciudades de los Países Bajos.

Las enfermedades epidémicas eran la segunda causa más importante de las crisis de mortalidad. Hasta cierto punto eran consecuencia de la escasez de alimentos. Las letanías de la reforma de la Iglesia de Inglaterra oraban para librarse de toda plaga, de la «peste y el hambre» indicando hasta qué punto ambas aparecían relacionadas en las mentes humanas. La peste podía aparecer sin precedente de hambre, pero su difusión se aceleraba debido al hecho de que la gente estaba desnutrida. A la alta mortalidad producida por la epidemia seguía normalmente una época de hambre, porque el ritmo de labranza, siembra y cosecha había quedado alterado, y con ello se aumentaban las probabilidades de futuras enfermedades epidémicas.

El papel de la guerra es más difícil de precisar. Queda perfectamente claro que destruía vidas y propiedades y que los ejércitos medievales vivían sobre el terreno en que guerreaban es un hecho bien conocido. La destrucción de casas, ganado y equipamiento significaba la pérdida de un capital fijo que era necesario para el desarrollo de la actividad agrícola. Si no se reemplazaban a corto plazo —y normalmente no se podía— la agricultura se encontraba en dificultades para desarrollarse, cuando menos en las condiciones anteriores. La destrucción de las simientes debió ser especialmente desastrosa, y no queda

11. H. van Werveke, «La famine de l'an 1316 en Flandre et les régions voisines», *RN*, XLI (1959), pp. 5-14.

duda al respecto de que las tropas merodeadoras daban buena cuenta de cualquier almacén de granos reservados para la siguiente siembra, por pequeño que éste fuese.

Las invasiones musulmanas, vikingas y magiares fueron inmensamente destructoras, pero después de que esas olas de invasiones hubieron pasado, parece cierto para el siglo o los dos siguientes, que las guerras fueron menos destructivas de lo que habían sido y de lo que iban a ser durante la baja Edad Media. Los ejércitos eran pequeños, la obligación de servir como caballero se limitó a períodos cortos, y ni reyes ni príncipes disponían de medios para pagar grandes ejércitos durante períodos prolongados. La guerra, durante este período, fue más estática de lo que iba a ser más adelante. En gran parte consistía en construir y sitiar castillos. Las tierras de la vecindad inmediata a las fortalezas podían quedar destruidas y arrasadas, pero el resto del país normalmente no recibía un castigo excesivo.

En la baja Edad Media, pasada la mitad del siglo XIII, todo este panorama quedó trastornado. El carácter de la guerra cambió. Los ejércitos se hicieron numerosos, se emplearon mercenarios a un ritmo creciente y las campañas, en lugar de terminar en unas cuantas semanas, se alargaban durante meses e incluso años. Era el mayor interés de los mercenarios, empleados cada vez con más frecuencia en los siglos XIV y XV, el mantener la actividad guerrera de una manera constante. Al llegar la paz, esas bandas quedaban sueltas por los campos, robando, destruyendo y asesinando. En ciertas partes de la Europa occidental, los intervalos de paz teórica eran más desastrosos que los años de guerra formal. La *Cerche des feux,*[12] las listas de fogaje recopiladas en el ducado de Borgoña entre los años 1375 y 1470 muestran con sus aldeas despobladas qué podía suceder. Va describiendo asentamiento tras asentamiento, en los años 1431 y 1442 como quemados o devastados por los «*gens d'armes*» o por los *écorcheurs*. Los cronistas de la baja Edad Media describen, a veces en términos horripilantes, las destrucciones ocasionadas por los ejércitos de mercenarios que por aquellos tiempos andaban sueltos por Europa.

¿Qué cambios —podríamos preguntar— ocurrieron en esos factores durante la Edad Media como para que llegaran a influenciar tan

12. J. Garnier, *La recherche des feux en Bourgogne aux XIV^e^ et XV^e^ siècle*, Dijon, 1876.

definitivamente en la demografía y la natalidad? Ya se ha mencionado que el carácter de la actividad guerrera cambió a lo largo de la baja Edad Media y que se hizo más destructivo en términos de vidas y propiedades. No es tan fácil definir los cambios acaecidos en la meteorología y en el clima ni la incidencia de la peste y demás epidemias. Weikinn ha recopilado un inmenso catálogo de referencias a las condiciones meteorológicas durante la Edad Media y siglos posteriores.[13] Las referencias al mal tiempo —temporales de lluvia, veranos fríos y húmedos, inundaciones desastrosas— fueron mucho más frecuentes durante los dos siglos finales de la Edad Media e indican que, por lo menos en la Europa noroccidental, los desastres de origen climatológico fueron más frecuentes y graves de lo que lo habían sido con anterioridad. A esto hay que añadir otras evidencias:[14] extensión de los glaciares alpinos, descenso del nivel de los cultivos y del bosque en las regiones montañosas, inundación de las tierras bajas de la costa de los Países Bajos, humedecimiento progresivo de los suelos de los valles de la Europa central donde, en algunos casos, hubo que abandonar el cultivo. El Atlántico norte se hizo más tempestuoso, se perdió el contacto con la colonia nórdica de Groenlandia y los viajes a Islandia se hicieron menos frecuentes.

La primera crisis climatológica bien documentada fue la acaecida entre los años 1315 y 1317. Durante esos años, los inviernos húmedos fueron seguidos por veranos frescos y lluviosos. Las cosechas que lograron germinar y crecer no pudieron madurar en buenas condiciones. Las cosechas fueron escasas y se hizo difícil reservar simiente para la cosecha del año siguiente. Durante tres años sucesivos, el tiempo fue malo y las cosechas miserables, y por toda la Europa noroccidental se produjeron situaciones de hambre. Sin ninguna duda, la crisis de 1315-1317 fue la peor que ocurrió durante la baja Edad Media, pero otras crisis, más localizadas y de menor magnitud, venían ocurriendo constantemente.

Ya se conocían las epidemias con anterioridad a la peste negra de los años 1347-1351. Se había producido una irrupción de peste durante el reinado de Justiniano. Comenzó en Egipto en el año 541

13. Curt Weikinn, *Quellenkunde zur Witterungsgeschichte Europas von der Zeitwende bis zum Jahre 1850*, DAW, Berlín, 1958, vol. I.

14. E. Leroy Ladurie, *Times of feast, times of famine*, Doubleday, Nueva York, 1971.

y se difundió por gran parte del Imperio bizantino, aunque parece que no afectó a gran parte de la Europa occidental. Acaso no fue tan virulenta como la irrupción más conocida del siglo XIV, pero, sin embargo, produjo una fuerte caída demográfica. A ésta siguieron por lo menos otras quince epidemias, hasta que hizo su aparición, supuestamente por última vez, en el año 767. Ello ilustra una característica de la peste bubónica: la tendencia a permanecer endémica en una población durante largos períodos y luego, repentinamente, a adquirir proporciones epidémicas. La peste no parece haber hecho su aparición en Europa durante casi seis siglos, lo que no deja de sorprender, si consideramos el hecho de que, durante ese período, permaneció endémica en Asia. Sin embargo, sí que hubo irrupciones de otras enfermedades. En los años 1312-1317 una epidemia de grandes proporciones, que no se trataba de peste, barrió Alemania de este a oeste. Volvieron a hacer su aparición muchas enfermedades que hacía tiempo que no se producían en Europa, como por ejemplo la lepra y el ergotismo, una enfermedad contraída por la ingestión de centeno contaminado. También fueron frecuentes la pulmonía, la pleuresía y otras a las que los escritos de la generación posterior se referían como fiebres y catarros; pero el hombre medieval se salvó de un azote de las generaciones posteriores: la viruela aún no había hecho su aparición en Europa.[15]

Después de 1350 las epidemias fueron más frecuentes y muchas de ellas debieron ser de peste bubónica. Hubo irrupciones localizadas durante la década de 1350; una epidemia de amplias proporciones en los años 1363-1366, y de nuevo en los años 1393-1399.[16] Las irrupciones acaecidas durante el siglo XV son casi demasiado numerosas como para contarlas. En su mayoría eran muy localizadas, pero debieron de ser muy escasas las zonas de Europa que escaparon totalmente a la peste, y muchos lugares fueron atacados repetidamente. En la ciudad de Gotinga fueron más de veinte los años descritos como epidémicos entre los años 1350 y 1500.[17] La peste se propa-

15. Charles Creighton, *A history of epidemics in Britain*, vol. I, Cambridge, 1891, aunque superado en parte, aún es útil. Véase también Philip Ziegler, *The Black Death*, Collins, Londres, 1969 [Penguin, 1970]; y J. F. D. Shrewsbury, *A history of the bubonic plague in the British Isles*, Cambridge University Press, Londres, 1970.

16. E. Keyser, «Die Pest in Deutschland und ihre Erforschung», ACIDH, Universidad de Lieja, pp. 369-377.

17. Walter Kronshage, *Die Bevölkerung Göttingens, Studien zur Geschichte der Stadt Göttingen*, Gotinga, 1960, pp. 28-73.

gaba por las pulgas parásitas de la rata negra. Se extendía rápidamente en las comunidades que vivían apiñadas en poco sitio. Monasterios enteros quedaron vacíos. Parece haber tenido la máxima virulencia en las ciudades, mientras que las zonas poco pobladas resultaron menos afectadas. Su asociación con la desnutrición pudo ser sólo indirecta. Los pobres, que estaban casi por definición mal nutridos, eran los que más apiñados vivían en las callejas y los barrios bajos de las ciudades medievales. Los registros de los enterramientos de una casa para pobres en Cambray no sólo muestran la naturaleza cíclica de esos períodos sino también su íntima relación con los períodos de alza de precios de los granos.[18] Arnould ha demostrado [19] que, en Hainaut en los siglos XVII y XVIII, las epidemias seguían muy de cerca a las malas cosechas y a las hambres. No hay razón alguna para dudar de que esa situación era muy parecida en los siglos XIV y XV. En realidad, Favreau, basándose en el estudio de la población de Poitiers en el siglo XV, ha indicado [20] la íntima correlación entre malas cosechas y guerra, por una parte, y por la otra la difusión de las epidemias.

La tesis de las últimas páginas es de que hubo un cambio en la incidencia de esos factores —guerra, malas cosechas y epidemia— que fue el mayor responsable del incremento de la mortalidad. Se ha indicado que se hicieron más frecuentes y agudos en los siglos XIV y XV de lo que lo habían sido en los siglos inmediatamente anteriores, y que fueron la causa principal del decaimiento de la población bajo medieval. Sin embargo, hay que estudiar de qué modo la alta mortalidad producida por una enfermedad epidémica pudo influir en la demografía. Depende en gran manera del grupo de edad que sucumbía con más facilidad. Si se trataba de los más viejos, el hecho podía tener pocas consecuencias a la larga en el conjunto de la población, ya que las mujeres habrían alcanzado, o estarían a punto de alcanzar, la menopausia. Una alta mortalidad entre los jóvenes sería mucho más grave, ya que la sociedad perdería buena parte de la siguiente generación de progenitores y la disminución en el nú-

18. H. Neveux, «La mortalité des pauvres à Cambrai (1377-1473)», *AnnDH*, 1968, pp. 73-97.

19. M.-A. Arnould, «Mortalité et épidémies sous l'ancien régime dans la Hainaut et quelques régions limitrophes», *ACIDH*, pp. 465-481.

20. Robert Favreau, «Épidémies à Poitiers et ans le Centre-Ouest à la fin du Moyen Âge», BEC, vol. 125 (1967), pp. 349-398.

mero de nacimientos se seguiría perpetuando durante un buen número de años. Faltando registros parroquiales, se hace difícil averiguar si algún grupo de edad, en particular, resultó más afectado que los otros. Russell asegura [21] que la tasa de mortalidad, durante la epidemia de peste negra, fue más elevada entre los grupos más viejos que entre los jóvenes. Sin embargo, su aseveración no viene corroborada por los documentos. El cronista francés Jean de Venette escribió acerca de la peste que «fuit tant mortalitas hominum utriusque sexus et magis juvenum quam senum»[22] (la mortalidad era tan elevada entre hombres como entre mujeres, pero más entre los jóvenes que entre los viejos) y quien esto escribe, al examinar los datos de los registros parroquiales, referentes a las irrupciones locales de peste en la Inglaterra de los años 1591-1592, descubrió que casi el 60 por 100 de las víctimas eran niños, o cuando menos menores de edad.

Ohlin [23] ha afirmado que la alta mortalidad, al reducir el número de campesinos que disponían de tierras, permitiría a los más jóvenes heredar la tierra, casarse y tener descendencia a una edad más temprana de lo que hubiera sido posible de haber ocurrido las cosas de otro modo. Es incluso posible, añadía, que «el alza de la mortalidad pondría en marcha un crecimiento sostenido». Si pudiera demostrarse que la mortalidad era más elevada entre los grupos de más edad que entre los jóvenes, éste hubiese sido el caso sin ninguna discusión. Sin duda alguna, si la pulmonía y las dolencias respiratorias se hubiesen hecho mucho más comunes, como de hecho sucedió en algunos períodos, entonces cabría suponer que fueron los viejos y no los jóvenes los más afectados. Pero en el caso de las grandes epidemias «asesinas» no fue éste el caso. Quizás era más corriente que un campesino se quedara sin hijos que le sucedieran que el que su muerte prematura permitiera a alguno de ellos heredar o compartir su tenencia a una edad temprana.

Resumiendo: parece que la revolución vital del período comprendido entre los siglos XI al XIII se debió en gran medida a la coincidencia de dos factores. Éstos eran, en primer lugar, el descenso de

21. J. C. Russell, «Demographic pattern in history», *PS*, I (1947-1948), páginas 388-404.

22. Guillaume de Nangis, ed. Géraud, II, p. 211.

23. G. Ohlin, «Mortality, marriage and growth in pre-industrial populations», *PS*, XIV (1960-1961), pp. 190-197.

la edad nupcial, resultante de la apertura de nuevas tierras a la colonización. En segundo lugar, la incidencia relativamente baja del hambre y las enfermedades epidémicas. Esta situación se invirtió en los dos siglos finales de la Edad Media. La frontera de la colonización estaba, en gran medida, saturada. Al mismo tiempo unos factores totalmente independientes incrementaron la posibilidad de que aparecieran el hambre y la guerra y, con ello, la difusión de enfermedades epidémicas. Más aún, la propia incidencia de la mortalidad —la vulnerabilidad más alta de los jóvenes— hizo más difícil la recuperación de las crisis demográficas de la baja Edad Media y también la retrasó más tiempo.

La familia medieval

Las fuentes más importantes del período medieval para el estudio de la población son las listas de fogaje. En la mayor parte de la Europa occidental existía la práctica de exigir tributos extraordinarios sobre la base de la familia, o fuego. Los rollos impositivos resultantes consistían en listas de lugares, con el número de fuegos en cada uno de ellos. Dejando de lado la cuestión de la precisión de las listas, el problema radicaba en determinar las dimensiones medias del grupo familiar. Normalmente se ha supuesto que en Inglaterra el fuego representaba, por regla general, lo que entendemos por familia «nuclear», constituida por los padres y los hijos solteros. «La familia normal —escribía Hallam— consistía en el marido, esposa e hijos y tanto las familias mayores con tres generaciones como las que incluían a los hermanos solteros constituían la excepción.» Del estudio de las familias de las clases feudales, Russell llegó a la conclusión de que el grupo familiar medio lo constituían cuatro personas. Muy pocos investigadores han aceptado una cifra tan baja. El propio Hallam ha establecido que, en ciertos señoríos del Lincolnshire, la media oscilaba entre 4,37 y 4,81.[24]

Por otra parte, algunas familias contaban con un «brazo» o extensión que quizás abarcaba, además del hombre, su esposa y sus hijos, a alguno de los abuelos o algún hijo casado. Tampoco era extraño en las sociedades preindustriales que la extensión de la familia

24. H. E. Hallam, «Some thirteenth-century censuses», *EHR*, X (1958), pp. 340-361.

incluyera a algún sirviente o huésped. Lo corriente era que el cabeza de familia, al llegar a cierta edad —tal vez a los 60 años—, se retirara de la actividad agrícola y cediera el lugar a su hijo, que se casaba si aún no lo había hecho y fijaba su familia en la casa paterna. Los padres seguían viviendo allí, quizá con la familia, quizás en una habitación construida con ese propósito. A veces el hijo, mediante contrato, garantizaba a sus padres grano, leña, un trozo de huerto para cultivar guisantes y alubias e incluso las dependencias para criar algún animal. Los hermanos y hermanas solteros habrían tenido probablemente, aunque no necesariamente, que marcharse. De ese modo, durante un tiempo, habría una familia de tres generaciones. La muerte de los padres reducía la familia a su tamaño «nuclear», pero podía volverse a extender al albergar a un huésped o un sirviente. Los sirvientes —los *famuli* de ciertos registros medievales— eran con toda seguridad los hijos menores de los campesinos vecinos. Normalmente, la familia nuclear contaba con la ayuda de sus propios vástagos para suplementar el trabajo del cabeza de familia. Muy probablemente habría períodos en que no se disponía de esta mano de obra adicional, por tener los hijos muy jóvenes o carecer de ellos. En estas circunstancias se tomaba un sirviente, pero sólo hasta que los hijos, una vez crecidos, pudieran suministrar el trabajo necesario para llevar adelante el manso. Y viceversa, muchos hijos simplemente significarían que la familia proporcionaba sirvientes a otros campesinos.

Esta imagen de la alternancia entre familia nuclear y familia extensa se ha extraído de sociedades preindustriales pero no necesariamente medievales.[25] Está atestiguada por las informaciones procedentes de los rollos de las cortes señoriales medievales, que a veces dejaban constancia de los acuerdos entre hijos para hacerse cargo de la tenencia familiar y de los padres. La familia extensa de tres generaciones, de hecho, no podía durar más de una fracción del tiempo total, acaso un cuarto o un tercio, pero podía seguirle un período en el que un sirviente o un huésped fuese también miembro de la unidad doméstica. Las fuentes son demasiado fragmentarias y discontinuas como para evidenciar qué proporción de familias tenían esas ex-

25. Especialmente Lutz K. Berkner, «The stem family and the developmental cycle of the peasant household: an eighteenth-century Austrian example», *AmHR*, LXXVII (1972), pp. 398-418.

tensiones, pero debieron ser suficientes como para elevar las dimensiones de la familia *media* bastante por encima de las de la familia nuclear.

El interés de esta argumentación radica en mostrar que cualquier factor multiplicador para convertir el fogaje en un total demográfico debe tener en consideración las extensiones familiares. Hay muchos datos que confirman que en las comunidades rurales, las dimensiones medias de las familias excedían de cinco. Parece que, como norma general, las familias de los campesinos muy acomodados eran mayores que las de los pobres, acaso debido a que podían incluir a un sirviente o dos, acaso también debido a que en sus casas más grandes, les era más fácil disponer de espacio para sus padres ancianos u otros parientes.[26] Es posible que, en general, las familias urbanas fuesen mayores que las rurales. Bautier ha establecido [27] que en Carpentras, en Provenza, la familia media era de 5,2 pero que el número oscilaba entre cinco y veinticinco (figura 4.2).

En algunas ciudades del sur de Francia, las dimensiones medias del fuego iban de siete a 8,5. La razón de la existencia de unos fuegos urbanos más numerosos probablemente se debe a la tendencia, común a todas las épocas, de los campesinos pobres subempleados a desplazarse a las ciudades en busca de trabajo; al coste más elevado de las edificaciones nuevas dentro del recinto amurallado, y al mayor número de sirvientes y huéspedes.

Por encima de la alternancia entre familia nuclear y familia extensa, que en una comunidad grande podía haber significado una pequeña diferencia en el tamaño *medio* de la familia, hay ciertas tendencias apenas visibles en las dimensiones de la propia familia nuclear. Los indicios de la existencia de familias numerosas provienen, en su mayoría, del período anterior a la peste negra. En el siglo XV las familias parecen haber sido bastante más reducidas. Tras la epidemia hubo un menor grado de concentración humana. Si suponemos que la peste negra cobró una tasa más elevada de sus víctimas entre los más jóvenes que entre los adultos y ancianos, nos hallaríamos con que las familias tendrían un número menor de hijos.

26. Para un ejemplo, véase F. Maillard y R.-H. Bautier, «Un dénombrement des feux, des individus ed des fortunes dans deux villages du Fenouillèdes», *Bull PH*, 1965, pp. 309-328.

27. R.-H. Bautier, «Feux, population et structure sociale au milieu du XV^{e} siècle: l'exemple de Carpentras», *AnnESC*, XIV (1959), 255-268.

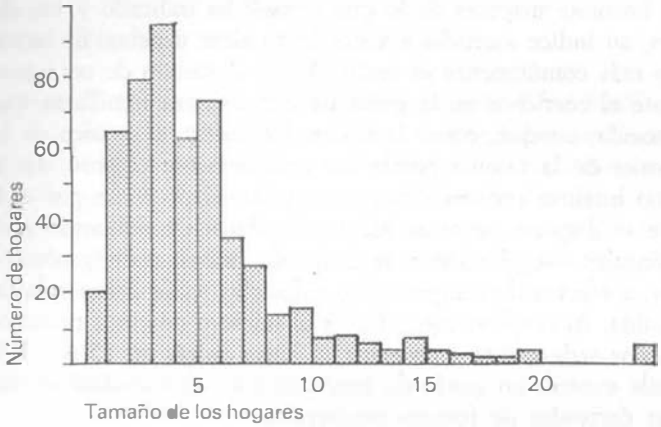


FIGURA 4.2

Número y tamaño de los hogares en Carpentras

FUENTE: R.-H. Bautier, «Feux, population et structure sociale au milieu du xv[e] siècle: l'exemple de Carpentras», *AnnESC*, XIV (1959), pp. 255-268.

Esto parece confirmado por los registros del siglo xv de Clairvaux, en Borgoña, donde aparece un número anormalmente alto de matrimonios sin hijos.

También parece posible que hubiese una diferencia apreciable entre las dimensiones medias de las familias de judíos y gentiles. En Aix-en-Provence y en otros lugares del sur de Francia, las familias judías son, de una manera habitual, más reducidas que las otras. Por otra parte las poblaciones urbanas se veían a veces incrementadas por la llegada de transeúntes. Orange, en Provenza, tenía que proveer habitación, cada invierno, a cierto número de montañeses que llegaban en busca de ocupación estacional. Una vez en la ciudad, esos inmigrantes se supone que se les asimilaba a la categoría de «huéspedes». Por el contrario, otras regiones, y la zona septentrional del Macizo Central francés es un ejemplo de ello, perdían parte de su población masculina durante períodos prolongados. Eran muy apreciados como albañiles y encontraban empleo temporal en las construcciones que se realizaban en el norte de Francia.

El fuego era, a todas luces, un concepto muy variable. Pocas dudas pueden quedar de que, por regla general, tenía unas dimen-

siones bastante mayores de lo que Russell ha indicado y, en algunos lugares, su índice ascendía a veces hasta siete u ocho. El factor empleado más comúnmente es cinco. Tiene el mérito de ser aproximadamente el corriente en la gama de dimensiones familiares que nos es conocida, aunque, como la figura 4.2 indica, el gráfico de las dimensiones de la familia puede ser terriblemente oblicuo. Lo mejor sería no intentar convertir fuegos en gente si no fuese por el hecho de que se dispone de otras fuentes de datos de población distintas a los fogajes —capitaciones, registros de tropas, comulgantes— y se precisa, a efectos de comparación, reducirlos todos a una sola unidad de medida. Al emplear como factor el número de cinco personas por fuego, nos arriesgamos a un error de hasta quizás un 15 por 100. No se puede esperar un grado de precisión más alto tratándose de estadísticas derivadas de fuentes medievales.

Finalmente, se puede poner en tela de juicio la exactitud de las listas de fogaje en las que los historiadores han confiado tan plenamente. Se está de acuerdo en que omiten muchos datos. No hacen ninguna referencia a las clases terratenientes de la Iglesia. Seguramente había un cura en cada parroquia y su familia debió incluir por lo menos a un sirviente. Probablemente había alguna granja monástica, un castillo o mansión señorial; podía haber capillas privadas, con un sacerdote residiendo en la casa adyacente, una leprosería —en el *pouillé* de Ruán aparecen específicamente mencionadas— o una fundación monástica. Luego estaban los pobres, aquellos de quienes no podía esperarse que pagaran impuestos y que, por ello, no valía la pena contar. A veces, los fuegos de los pobres se mencionaban específicamente, como en las listas de fogaje de Brabante. Normalmente no se hacen aclaraciones sobre esta cuestión y no se sabe si se les incluía en las listas y luego se les eximía del pago de los impuestos.

Cuando se pasa de las áreas rurales a las urbanas los problemas aumentan: el número de sacerdotes y de miembros de órdenes religiosas crecía enormemente. Los pobres eran más numerosos y en el punto de si los transeúntes estaban incluidos o excluidos, normalmente no se tiene ninguna información al respecto. Es probable que añadir hasta un 3 por 100 en las áreas rurales y un 5 por 100 en las urbanas compensaría las categorías excluidas, pero, a falta de datos documentales, no hay modo de estimar el número fluctuante de pobres.

Historia demográfica

La historia demográfica de Europa durante la Edad Media se divide, a grandes rasgos, en tres períodos: la alta Edad Media en que la población declinaba o se mantenía estable; el período de crecimiento demográfico desde el siglo x u xi hasta finales del siglo xiii, y los dos siglos finales de la Edad Media, cuando la población primero declinó y luego fluctuó, antes de iniciar la tendencia ascendente a fines del siglo xv.

La alta Edad Media

Generalmente se da por cierto que la población comenzó a declinar durante los últimos siglos del Imperio romano. Sobre eso hay muy pocos datos fiables y su evidencia se ha visto discutida.[28] Sorprendería que un período de invasiones y guerras no produjera alguna disminución en el total demográfico. La población urbana, como queda claramente explicitado en las fuentes literarias, de hecho descendió hasta el punto de que, en áreas del noroeste de Europa, la vida urbana dejó de existir.

El período que va desde el año 543 hasta el año 950, escribió Russell, «señala el punto más bajo de la población europea desde los tiempos del alto Imperio romano».[29] Es muy posible que tenga razón, pero la evidencia que sostenga tal afirmación no está disponible. Por los datos obtenidos de esqueletos humanos se supone que la expectativa de vida era muy corta y que la mortalidad infantil era elevada. La mortalidad, desde la irrupción de la peste bubónica durante el reinado de Justiniano y de las epidemias sucesivas en los dos siglos siguientes, fue seguramente muy elevada, pero no hay indicaciones de que los efectos sobre la demografía fuesen tan graves como los acarreados por la epidemia de peste mejor conocida y más extendida del siglo xiv.[30] No es hasta el siglo ix que finalmente tenemos

28. Especialmente por Moses I. Finley, reseña de A. E. R. Boak, *Manpower shortage and the fall of the Roman Empire in the West*, en *JRS*, XLVIII (1958), páginas 156-164.

29. J. C. Russell, *Late ancient and medieval population*, p. 88.

30. P. Riché, «Problèmes de démographie historique du haut moyen âge» *AnnDH*, 1966, pp. 37-55.

datos de población fiables, en el políptico de Irminón (ver pp. 61-62).

Si alguno de los fiscos reconocidos en ese documento pudiese equipararse a parroquias de las épocas posteriores, la densidad demográfica debió de ser de alrededor de 25 habitantes por kilómetro cuadrado. Ferdinand Lot, que fue el primero en utilizar esos datos para estimar la población de Francia,[31] concluyó que los dominios de Saint-Germain estaban tan densamente poblados como la Francia rural de su propia época y que la población total debió de ascender a unos 15 millones. Esta cifra es, sin embargo, excesiva. Lot cometió el error básico de suponer que el resto de Francia podía sostener tantos habitantes por kilómetro cuadrado como las fértiles comunas de la cuenca parisina. En gran parte del país, la densidad sólo pudo ser una fracción mínima de la estimada para esta región. Se han llevado a término intentos de estimar la población a partir del número de lugares de los que se tiene conocimiento. No hay razón para suponer que en los escasos registros disponibles se incluyeron los nombres de todos los pueblos y aldeas, ni que se pueda determinar de algún modo sus dimensiones medias. Un conocido estudio de la demografía medieval estima la población de Europa, excluyendo a «Eslavia» (sin precisar a qué se refiere este término), en unos 23,2 millones en el año 800 y 28,7 dos siglos después. Ninguno de esos totales, ni tampoco las cifras regionales en que se basan, se fundamentan en el menor indicio de pruebas aceptables.

El período de crecimiento demográfico

Es imposible decir cuándo empezó la población europea a expansionarse tras el estancamiento o la contracción que sufrió durante la alta Edad Media. Russell fija el período de crecimiento, con una precisión que no encuentra respaldo en ninguna fuente, del año 950 hasta el 1348. Sería muy poco probable que la tendencia se hubiese producido simultáneamente en amplias zonas de Europa. Lo más probable es que hubiese grandes fluctuaciones demográficas durante la alta Edad Media, como también las hubo en los siglos XIV y XV, cuando los períodos de recuperación se veían interrumpidos por las hambres, pestes o guerras. Tan sólo podemos afirmar que en algún

31. F. Lot, «Conjectures démographiques», *loc. cit.*

momento entre los siglos VIII y IX, en una área de Europa tras otra, los períodos de crecimiento se hicieron más prolongados y las crisis demográficas menos graves. Las pruebas de esta revolución vital de la Edad Media son, consideradas en su totalidad, indirectas: tan sólo se pueden entender otros acontecimientos o tendencias a la luz de un aumento considerable de la demografía.

Las pruebas más concluyentes proceden de Inglaterra. Entre la recopilación del *Domesday Book* (año 1085) y la confección de las listas de capitación (año 1377), la población, según se interpretan estos textos, aumentaría hasta casi triplicarse. También se tienen datos, particularmente del siglo XIII, que indican que el número de arrendatarios en un señorío en concreto, o en un grupo de ellos, aumentó. En el señorío de Taunton, perteneciente al obispo de Winchester, se exigía de cada adulto varón de más de doce años el pago de un penique anual al tribunal, con motivo de la promesa de franquicia. Se dejaba constancia de las cantidades recaudadas y, durante el período comprendido entre el año 1209 y comienzos del siglo XIV, señalan un alza muy acusada. La recaudación aumentó de 612 peniques en el año 1209 a 1.448 en el año 1311, con una tasa de incremento anual del 0,85 por 100.[32]

El aumento de la población pudo ser más lento en el continente que en Inglaterra. Algunos de los fiscos de Saint-Germain, al igual que los señoríos de las abadías de Saint-Rémy, Lobbes y Montier-en-Der indican una población tan alta en los siglos IX y X que no era posible un nuevo aumento de consideración. Sin embargo, es probable que en las zonas de frontera de Europa oriental la población creciera a una tasa más elevada. Russell ha estimado que la población de Europa, incluyendo a las tierras eslavas, con la excepción de Rusia, pasó entre los años 1000 y 1340 de 30,4 millones de habitantes a 61,9. No pasan de ser conjeturas eruditas. La población *pudo* duplicarse; lo que sí hizo fue crecer considerablemente.

A propósito del incremento demográfico de Europa se plantean dos cuestiones muy importantes: cuándo comenzó la tasa de crecimiento a desacelerarse, y llegado el momento a concluir, y en segundo lugar, si se produjo hacia finales de ese período de crecimiento una crisis de superpoblación aguda. Las fuentes que podrían aportar

32. J. Z. Titow, «Some evidence of the thirteenth-century population increase», *EHR*, XIV (1961), pp. 218-224.

respuestas a estas preguntas son sumamente ambiguas. Mientras que disponemos de muchas estimaciones del número de fuegos, de feligreses y de comulgantes, muy pocos de ellos constituyen una secuencia en ningún lugar o distrito. El impuesto de capitación en el señorío de Taunton es sumamente excepcional al haber dejado registrado un período de tiempo largo, pero incluso en este caso el registro pierde su valor en el siglo XIV porque los pagos se estereotiparon. Tómese, por ejemplo, el gráfico que aparece en la figura 4.3. Muestra

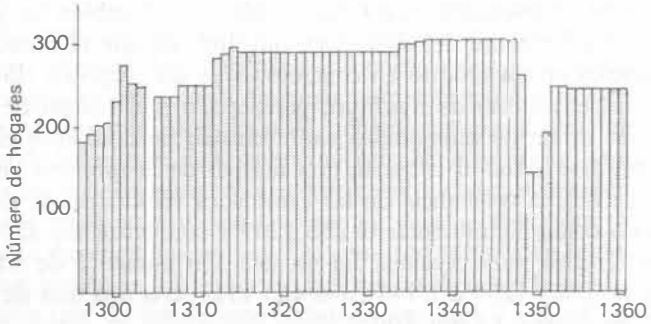


FIGURA 4.3

Número de hogares en siete parroquias cercanas a Montmélian (Saboya)

FUENTE: Pierre Duparc, «Évolution démographique de quelques paroisses de Savoie depuis la fin du XIII[e] siècle», *BullPH* (1962), pp. 247-274.

el número estimado de fuegos en siete parroquias cercanas a Montmélian, en Saboya, entre los años 1296 y 1364. El aumento fue constante desde el comienzo del período que cubre hasta 1315, que fue un año malo para toda la Europa occidental. El número de fuegos parece entonces haberse paralizado y haber quedado así durante dieciocho años, tras los cuales el incremento prosiguió aunque a un ritmo más lento, hasta la irrupción de la peste negra. La recuperación de los estragos de la peste fue rápida pero en el año 1360 el número de fuegos era un 20 por 100 inferior al del año 1347.

Quedan serias dudas de que en realidad ese gráfico refleje con exactitud las tendencias del *total* de la población. Muy probablemente hubo una caída durante los años 1315-1317; quizá fue el ta-

maño *medio* del fuego lo que decayó; acaso el señor exigió entre los años 1316 y 1333 los mismos ingresos que había disfrutado con anterioridad y el número de fuegos en este período se convirtió en una magnitud meramente teórica. En cualquier caso el número de fuegos dejó de ser una medida fiable de población.

Otros datos indican insistentemente, aunque no lo lleguen a probar, que la población siguió creciendo, por lo menos en ciertas áreas, durante las dos décadas iniciales del siglo XIV. Dos señoríos del bajo Languedoc para los que se dispone de datos comparables muestran cierto aumento durante esos años.

TABLA 4.1

Densidad de población por kilómetro cuadrado

Señorío	Densidad 1295	Densidad 1304-1306	Densidad 1321-1322
Vézénobres	33,9	—	36,2
Nogaret	—	26,1	32,2

La comparación de las apreciaciones basadas en los *pouillés* de la diócesis de Ruán a mediados del siglo XIII y las derivadas de la lista de fogaje francesa de 1328 también indican cierto aumento en la densidad de población en los *bailliages* de Caux y Ruán pasando de 65 a 72,4 por kilómetro cuadrado.[33] Estas cifras limitan las probabilidades de que el cambio de tendencia se produjera mucho antes de la epidemia de peste negra.

Los primeros años del siglo XIV vieron cierto número de crisis de hambre. Ninguna de ellas abarcó a todo el continente, pero afectaron a zonas extensas. Los años 1302 a 1305 fueron una época de hambre en el Languedoc. En toda la Europa noroccidental, 1315, 1316 y 1317 fueron años de condiciones climáticas adversas y de graves crisis de hambre, seguidas de peste, aunque las cifras referentes a Montmélian podrían indicar que esta crisis en particular apenas si se dejó sentir en los Alpes de Saboya.

33. N. J. G. Pounds, «Overpopulation in France and the Low Countries in the later Middle Ages», *JSH*, III (1970), pp. 225-247. Este ensayo cita las fuentes empleadas y especifica la metodología.

Esta secuencia de lo que Creighton ha dado en llamar «hambre-pestes» debió de producir una profunda caída en el total demográfico, y hubiese resultado especialmente grave en el caso de haber sido los más jóvenes los más afectados, pues sus efectos hubiesen durado varias generaciones. Quizá fuese en las dos o tres primeras décadas del siglo XIV cuando la revolución vital de la Edad Media quedó concluida.

La segunda cuestión que se ha planteado más arriba se refiere a si a finales del siglo XIII había tenido lugar una situación malthusiana, con una presión demográfica sobre los recursos disponibles tan intensa que el hambre y la peste fueron sus consecuencias inevitables. Esta argumentación es la más ampliamente aceptada, aunque el consenso no es total. La interpretación que se acepta corrientemente se plantea en estos términos: durante el período de expansión medieval había tierra abundante y una población en expansión. Pero los asentamientos de frontera, con el tiempo, llegaron a quedar saturados y en las aldeas se formó un remanente de campesinos subempleados y quizá también solteros. Las tenencias de dividieron y subdividieron y el nivel de vida, ya muy bajo, descendió todavía más porque el volumen de la producción de alimentos por cabeza llegó a niveles demasiado reducidos como para proporcionar una dieta adecuada. Ello, a su vez, dejó a la población expuesta al hambre y a las enfermedades epidémicas. Estos factores pusieron en marcha los frenos malthusianos: baja en la tasa de natalidad, aumento de la mortalidad y descenso del total demográfico.

Esta interpretación es demasiado mecanicista. Dibuja la curva de población acercándose progresivamente a la de la producción de alimentos, produciéndose la catástrofe en el momento en que ambas se cruzan. Implica una disposición limitada de tierra, que ya estaba utilizada al máximo en el momento en que se produjo la crisis. Más aún, sugiere que las mejoras técnicas y de la producción agrícola escapaban a las posibilidades del hombre medieval. Nada de eso era cierto, por supuesto. Había mucha tierra buena sin cultivar o apenas cultivada. La productividad del suelo variaba enormemente y esa variación no se debía únicamente a la calidad intrínseca del suelo. El problema radicaba en que, en la Europa medieval, como en la India actual, se desconfiaba de las innovaciones. La comunidad aldeana medieval no alentó en absoluto la innovación y quedan pocas dudas al respecto de que el hombre medieval fracasó incluso en la

tarea de obtener el máximo de la escasa tecnología de que disponía (ver p. 329). La superpoblación progresiva no fue una condición que el observador atento pudiese apreciar claramente. Había años de buenas cosechas y años en que eran malas. Tras una buena cosecha la gente podía vivir decentemente, pero, más tarde, al fallar una nueva cosecha, las condiciones malthusianas quedaban desveladas.

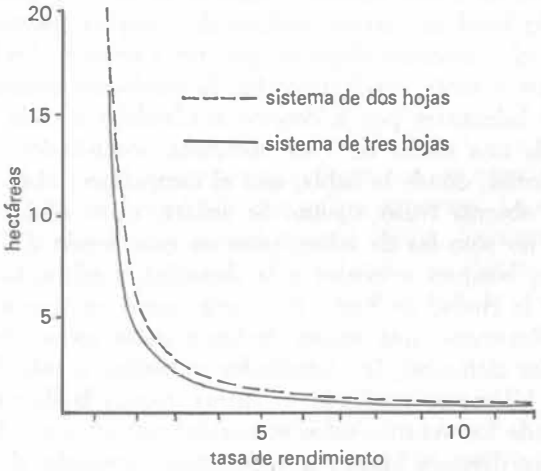


FIGURA 4.4

Superficie requerida para el suministro de alimentos de una persona, con tasas crecientes de rendimiento

FUENTE: Slicher van Bath, en *AAGB*, n.º 9.

La figura 4.4 representa la cantidad de tierra de labor necesaria para mantener a una persona. Obviamente, varía según la tasa de rendimiento obtenido de las semillas y del sistema agrícola empleado. Si lo normal era el sistema de cuatro hojas, cada persona necesitaría unas 1,5 hectáreas (3,6 acres), entendiendo que la tierra quedaba en barbecho un año de cada tres.

Titow ha calculado[34] que en el señorío de Tauton, del obispo de

34. J. Z. Titow, «Some differences between manors and their effects on the conditions of the peasant in the thirteenth century», *AgrHR*, X (1962), pp. 1-13.

Winchester, cada persona disponía de una media de 3,3 acres en el año 1248, pero tan sólo de 2,5 acres en el año 1311. Hay que suponer que los arrendatarios más pobres realizaban trabajos asalariados y así podían comprar grano en el mercado. De otro modo, es difícil imaginar cómo sobrevivían; igualmente difícil es descubrir dónde eran las tenencias lo bastante extensas como para precisar de su trabajo.

Las listas de fogaje permiten realizar un cálculo aproximado de la extensión total de tierras, incluyendo bosques, pastos y eriales de los que el campesino disponía, por regla general. En los *bailliages* de Caen y Ruán, en Normandía, la población estimada era de más de 70 habitantes por kilómetro cuadrado y a cada persona le correspondía una media de 1,43 hectáreas, incluyéndose el área de reserva señorial, donde la había, que el campesino trabajaba pero de la que no obtenía fruto alguno. Se refiere, claro está, al conjunto de tierras, no sólo las de labor, pero en esta región de Normandía había pocos bosques o eriales y la densidad quedaba incrementada al incluirse la ciudad de Ruán. En ciertas zonas exclusivamente rurales en la Rouergue, una región de cuyo suelo no se podían hacer precisamente alabanzas, las densidades ascendían a más de 40 habitantes por kilómetro cuadrado, mientras que en la llanura del Languedoc donde los veranos secos y tórridos ponían serias limitaciones al cultivo, en diversos lugares se registraron densidades de más de 30 habitantes por kilómetro cuadrado. Unos 33 habitantes por kilómetro cuadrado se contaban en la sargentía de Porcien, en las tierras de calidad media de Champaña.

Estas cifras se pueden considerar sólo como aproximadas. Aún así, si la familia media consistía de cinco personas, se trataba ciertamente de superpoblación. Lo sorprendente es que antes de comienzos del siglo XIV no se hubiesen producido hambres generalizadas. Acaso la razón se encuentre en el hecho de que en distintos distritos e incluso en parroquias vecinas, se daban grados variables de superpoblación, según las condiciones sociales o físicas de la localidad. No se puede generalizar. Había distritos donde la situación era grave; otros donde, a juzgar por el silencio de los registros debieran ocurrir pocas catástrofes o aún problemas.

La baja Edad Media

Bajo cualquier óptica, la peste negra fue la epidemia más generalizada y más devastadora que jamás haya azotado a Europa. En algunos aspectos constituye la divisoria entre el período central de la Edad Media y el período final. Allí donde la población no había comenzado a decaer con anterioridad a su aparición, con toda seguridad lo hizo en el transcurso de la difusión de la epidemia por todo el continente. La peste negra, o peste bubónica, llegó a Europa procedente de Asia. Había permanecido endémica en China, de donde la trajeron los tártaros en la década de 1340 por toda el Asia central hasta la península de Crimea. En el año 1347 en Caffa se contagiaron ciertos mercaderes genoveses que, junto con las especias, llevaron la epidemia a Italia a bordo de una galera genovesa. La enfermedad apareció allí donde la galera tocó puerto: Sicilia, Calabria y las ciudades portuarias de Marsella y Génova, todas quedaron contagiadas a fines del año 1347 o principios de 1348. A finales de 1348 se había difundido por gran parte de la Europa occidental y, al año siguiente, llegó a las Islas Británicas y Alemania y comenzó a dejarse sentir en Escandinavia (figura 4.5). Hacia finales del año 1351, la epidemia se extinguió en los confines septentrionales de Europa. Pocas fueron las áreas que quedaron indemnes: una pequeña región de Flandes, otra en los Pirineos occidentales y también la Polonia central. En el resto de Europa la mortandad adquirió proporciones catastróficas. Comunidades enteras, como monasterios, fueron completamente eliminadas. La mortalidad parece haber sido mayor en las ciudades que en las zonas rurales, y muchos habitantes de las ciudades, como los personajes del *Decamerón* de Boccaccio, buscaron refugio en el campo.

El bacilo de la peste bubónica normalmente vive en el sangre de un roedor; en la Europa medieval, la rata negra. De ahí pasa a los seres humanos a través de las pulgas. No es excesivamente infecciosa y el contacto físico con una persona enferma no siempre significa el contagio. Hay sin embargo una variante de la enfermedad, conocida como peste pulmonar, que afecta a los pulmones y se transmite por la tos y los esputos. Ésta es sumamente letal y fue la variante más común durante la epidemia de la peste negra.

Es imposible precisar qué fracción de la población europea su-

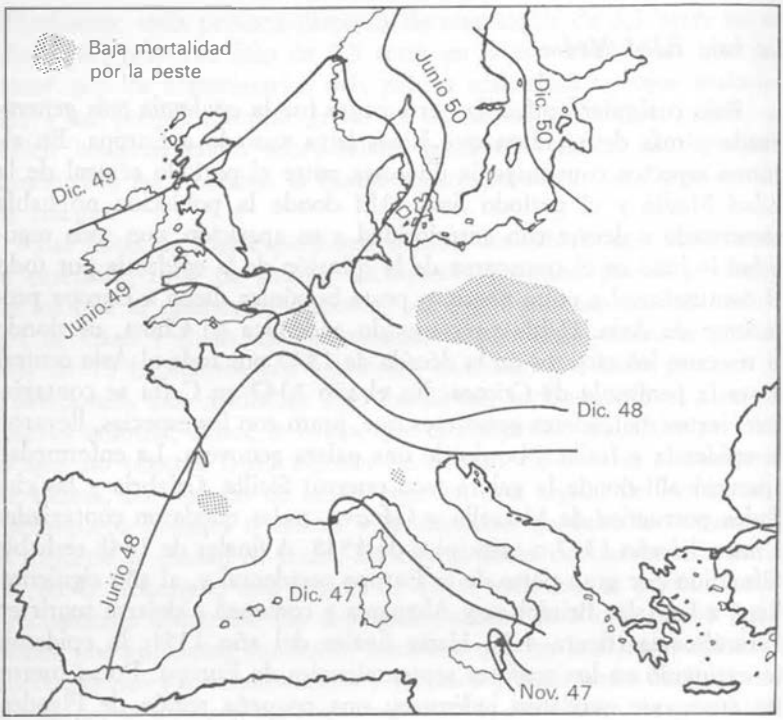


FIGURA 4.5

Expansión de la peste negra

FUENTE: E. Carpentier, «Autour de la Peste Noire», *AnnESC*, XVII (1962).

cumbió a la peste en sus distintas formas. Las estimaciones contemporáneas con toda seguridad fueron exageradas, y los intentos realizados de trampear con las estadísticas de que se dispone no han dado lugar a conclusiones aceptables. Sólo se puede decir que en ciertas zonas la mortandad fue altísima, acaso de la mitad, o incluso más, de la población; mientras que otras zonas escaparon con un saldo realmente bajo o incluso sin ninguna defunción que se pueda atribuir directamente a la epidemia. Igual que anteriormente en el caso de las hambres y de las epidemias de otras enfermedades, no se

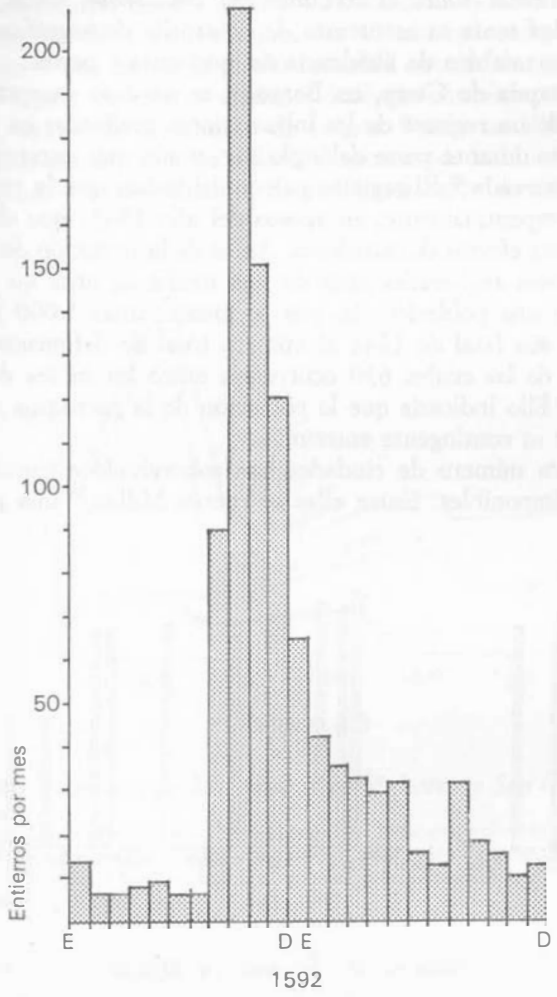


FIGURA 4.6

Mortalidad debida a la peste; un caso inglés de fines del siglo XVI: la mortalidad en Exeter en 1591-1592

FUENTE: Basado en tablas de Ransom Pickard, *The population and epidemics of Exeter*, publ. privada, Exeter, 1947.

puede generalizar sobre el conjunto del continente. Cada región y cada localidad tenía su estructura de desarrollo demográfico particular, así como también de incidencia de epidemias y pestes.

La parroquia de Givry, en Borgoña, es un caso excepcional por haber llevado un registro de las inhumaciones realizadas en la iglesia y en su patio durante parte del siglo XIV, y aún más excepcional por haberlo conservado.[35] El registro parroquial indica que la peste atacó a la aldea, repentinamente, en agosto del año 1348; que duró poco pero que tuvo efectos devastadores. Antes de la irrupción de la peste, las defunciones registradas eran de una media de unas 40 por año, estimándose una población de, por lo menos, unas 1.000 personas. Durante el año fatal de 1348 el número total de defunciones ascendió a 649, de las cuales 630 ocurrieron entre los meses de julio y noviembre. Ello indicaría que la población de la parroquia se redujo al tercio de su contingente anterior.

En cierto número de ciudades han sobrevivido estimaciones de los fuegos imponibles. Entre ellas se cuenta Millau,[36] una población

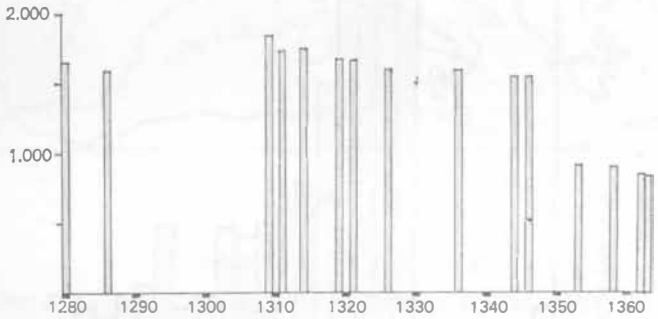


FIGURA 4.7

Número de hogares en Millau

FUENTE: Basado en una tabla de Philippe Wolff, «Trois études de démographie médiévale en France méridionale», en *Stud. On. Armando Sapori*, Milán, 1957, I, páginas 493-503.

35. P. Gras, «Le régistre paroissial de Givry (1334-1357) et la peste noire en Bourgogne», BEC, c (1939), pp. 295-308.

36 Philippe Wolff, «Trois études de démographie médiévale en France méridionale», *Stud. On. Armando Sapori*, pp. 493-503.

del Macizo Central francés (figura 4.7). Parecen indicar que la población había ido declinando durante los 40 años precedentes al azote de la peste y que entonces quedó reducida en más de un tercio. Las listas de fogaje de ciertas ciudades italianas muestran un descenso aún más tajante en el número de fuegos. Tanto en Volterra, como en San Gimignano, la peste redujo el número de habitantes a menos de la mitad, y posteriormente decayó hasta cerca de un cuarto del

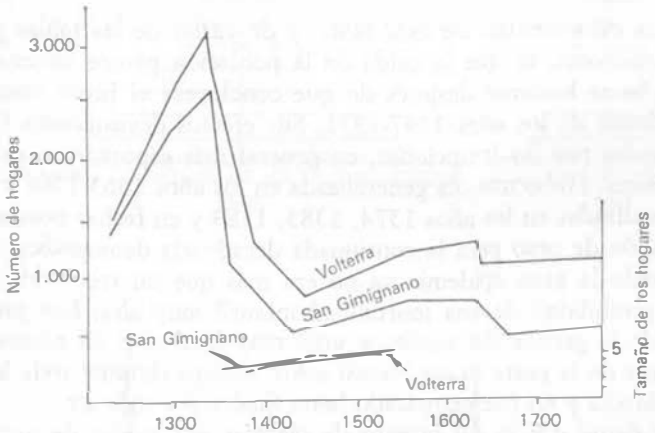


FIGURA 4.8

Hogares y tamaño de los mismos en Volterra y San Gimignano

FUENTE: Enrico Fiumi, «La popolazione del territorio volterrano-sangimignanese ed il problema demografico dell'età communale», *Stud. On. Amintore Fanfani*, Milán, 1962, pp. 249-290; y Christine Klapisch, «Fiscalité et démographie en Toscane (1427-1430)», *AnnESC*, XXIV (1969), pp. 1.313-1.337.

total anterior a la epidemia.[37] En Albi, una ciudad del Mediodía francés que parece haber tenido serias pérdidas, el número de fuegos cayó de 2.669 en el año 1343 a un número estimado en 1.200 hacia el año 1357.[38] La población tal vez descendió aún más, puesto que puede suponerse que las dimensiones medias de la familia también

37. Enrico Fiumi, «La popolazione del territorio volterrano-sangimignanese ed il problema demografico dell' età communale», *Stud. On. Amintore Fanfani*, I, pp. 249-290.
38. Geneviève Prat, «Albi et la Peste Noire», *Ann Midi*, LXIV (1952), pp. 15-25.

disminuyeron. A partir de los datos sacados de los *estimes*, impuestos urbanos de la ciudad de Toulouse, Philippe Wolff calculaba que la población de la ciudad debió ser:[39]

1335	30.000
1385	26.000
1398	20.400
1405	19.000

Una característica de esta tabla, y de varias de las tablas y gráficos anteriores, es que la caída de la población parece haber continuado hasta bastante después de que concluyera el brote inicial de la epidemia de los años 1347-1351. Sus efectos devastadores fueron reactivados por las irrupciones, en general más esporádicas, de años posteriores. Hubo una ola generalizada en los años 1363-1366 y otras más localizadas en los años 1374, 1383, 1389 y en fechas posteriores. Una razón de peso para la continuada decadencia demográfica, incluso cuando la gran epidemia ya no era más que un recuerdo, reside en la posibilidad de una mortalidad infantil muy alta. Los progenitores de la generación siguiente eran muy inferiores en número. El fantasma de la peste negra planeó sobre Europa durante toda la baja Edad Media y no fue exorcizado hasta finales del siglo XV.

La figura 4.9 es un intento de plasmar por medio de una serie de pirámides de población la estructura demográfica *probable* durante el siglo que siguió a la peste negra. Es sólo teórica y se basa en una serie de suposiciones que no pueden establecerse empíricamente.

El siglo y medio que siguió a la gran epidemia se caracterizó por unas fluctuaciones en las que es difícil entrever un comportamiento regular. El aumento de población en una zona parece corresponder al decaimiento en otra. Fue un período de guerras casi continuas, y la destrucción de vidas y propiedades llegó a niveles nunca alcanzados en muchos siglos. Los datos referentes a Borgoña son absolutamente concluyentes. Las *cerches des feux* confirman, aldea tras aldea, que las casas habían sido quemadas y las cosechas destruidas. El número de fuegos que pagaban impuestos descendió, llegando al nivel más bajo entre los años 1420 y 1440. La figura 4.10 plasma la

39. P. Wolff, *Commerce et marchands de Toulouse, vers 1350—vers 1450*, París, 1954, pp. 68-72.

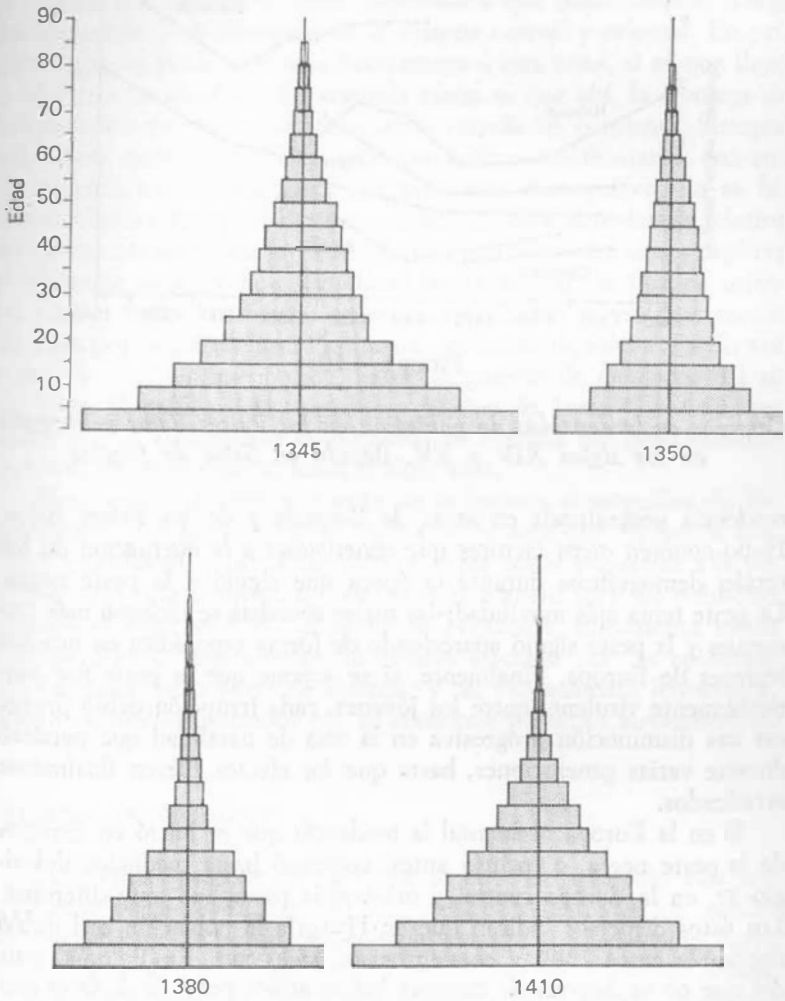


FIGURA 4.9

Pirámides de edad que muestran la estructura de la población de la Europa occidental antes y después de la peste negra

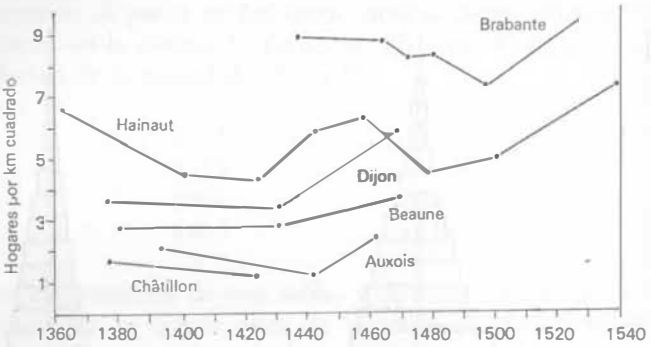


FIGURA 4.10

Cambios en la densidad de población en los Países Bajos y Borgoña en los siglos XIV y XV. Basado en listas de fogajes

tendencia generalizada en áreas de Borgoña y de los Países Bajos. Hubo también otros factores que contribuían a la fluctuación de los totales demográficos durante la época que siguió a la peste negra. La gente tenía más movilidad; las malas cosechas se hicieron más frecuentes y la peste siguió apareciendo de forma esporádica en muchas regiones de Europa. Finalmente, si se supone que la peste fue particularmente virulenta entre los jóvenes, cada irrupción debió provocar una disminución progresiva en la tasa de natalidad que perduró durante varias generaciones, hasta que los efectos fueron finalmente erradicados.

Si en la Europa occidental la tendencia que se inició en tiempos de la peste negra, o incluso antes, continuó hasta mediados del siglo XV, en la Europa central y oriental la pauta fue muy diferente. Los datos dispersos indican que en Hungría la población casi debió duplicarse entre 1300 y comienzos del siglo XVI. En Polonia, país del que no se dispone de excesiva información, pero sin duda el que mejor se ha estudiado de toda la Europa centro-oriental, se cree[40] que la población creció de unos 2 millones a mediados del siglo XIII hasta 7,5 millones en el siglo XVI, con una tasa de crecimiento anual del 0,35 por 100.

40. Irena Gieysztorowa, «Badania nad historia zaludnienia Polski», *KHKM*, XI (1963), pp. 523-562.

Hubo dos razones de suma importancia que condicionaron el signo favorable de la situación en la Europa central y oriental. En primer lugar, la peste sólo tocó ligeramente a esta zona, si es que llegó a afectarla en absoluto. La segunda razón es que ahí, la frontera de colonización no estaba saturada, como sucedía en occidente. Siempre había más tierras por poblar y las condiciones malthusianas, con sus correspondientes limitaciones al crecimiento demográfico, no se hicieron visibles hasta los tiempos modernos. Esta abundancia relativa de tierras durante toda la Edad Media también contribuye a explicar el diferente carácter que revistió el feudalismo en la Europa oriental (ver p. 548). La Europa oriental, además, no se vio gravemente afectada por la guerra hasta las invasiones turcas de fines del siglo XIV y del XV y, en el caso polaco, hasta las guerras de mediados del siglo XVII. El gráfico 4.11, basado en la obra de Irena Gieysztorowa, indica que el crecimiento demográfico en Polonia fue prácticamente continuo desde el siglo XI hasta el siglo XVII.

Muy poco es lo que se conoce de la historia demográfica de Escandinavia, con anterioridad al siglo XVI. Se cree que en Suecia central y meridional, y quizá también en otras zonas expuestas a la poderosa influencia germánica, disminuyó el número total de población durante el siglo XV.[41] En el resto, la población, sumamente escasa y desperdigada, seguramente no resultó afectada por las epidemias que barrieron gran parte de Europa, y tal vez aumentó lentamente, dentro de límites marcados por su economía primitiva autosuficiente.

Cálculos de población

Las páginas precedentes han puesto en claro que sólo rara vez y en muy pocos lugares es posible establecer, dentro de un amplio margen de error, la población probable durante la Edad Media. Todo intento de establecer cifras totales para el conjunto de Europa o para los países que la constituían es casi siempre partir de datos inadecuados y obtener conclusiones insostenibles. Cada una de esas apreciaciones se ha de considerar como fruto de la elucubración humana. Acaso la mayor abundancia de listas de fogaje y de otros documen-

41. Gustaf Utterström, «Some notes on the present state of research in Swedish demographic history prior to 1750», *ACIDH*, pp. 217-225.

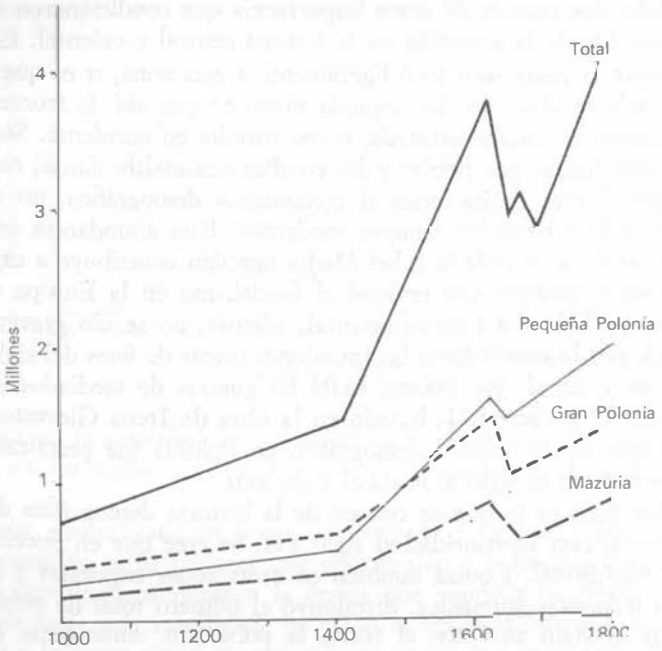


FIGURA 4.11

Crecimiento de la población en Polonia

FUENTE: I. Gieysztorowa, en *KHKM*, XI (1963), pp. 523-562.

tos similares en la baja Edad Media reduzca el margen de error al establecer las magnitudes de población. Por lo menos permiten fijar los límites entre los cuales el número exacto debía encontrarse. Al irse acercando la época moderna los márgenes se comprimen y la posibilidad de error disminuye.

Quizás el mejor planteamiento de un cálculo de población de la Europa del siglo XV —las fuentes son totalmente inadecuadas con anterioridad a esa fecha— sea a través de la estimación de densidades. Es relativamente fácil computar las áreas de las unidades administrativas de las que se dispone de datos acerca del total de fuegos o de feligreses, y se puede calcular el número de fuegos por unidad de superficie.

A pesar de que las posibilidades de error sean considerables, uno puede hacerse una idea aproximada de la densidad demográfica de ciertas partes de Europa en el siglo XV. Había grandes variaciones entre las Ardenas y el Jura, con una densidad de tres o cuatro habitantes por kilómetro cuadrado y las zonas más densamente pobladas de los Países Bajos. Para el Mediodía francés y Alemania disponemos de informaciones similares, susceptibles de ser expresadas de un modo parecido. ¿Podemos, a partir de estos datos, extraer las informaciones que nos hacen falta, o en su caso suplirlas, de manera que se pueda dibujar el mapa demográfico de una buena parte de Europa? Hay dos directrices posibles para averiguar la densidad y el tamaño de las ciudades, que a grandes rasgos ya conocemos, y la naturaleza del suelo, que era un factor de suma importancia en la utilización del suelo rural. Sin embargo, ese mapa sólo podría aceptarse con grandes reservas. Sólo cabe esperar que, a medida que vayan apareciendo más y más estudios parciales, ese mapa, como el que aparece en la figura 4.12, podrá irse puliendo progresivamente y verificando su exactitud.

Pueden indicarse cifras globales, pero habrá que tomarlas con la mayor cautela. Con respecto a Francia, basándose en la lista de fogaje del año 1328, Lot ha calculado la población de la parte del país sometida directamente al rey en unos 13,5 millones y ha estimado para el conjunto de Francia, dentro de los límites establecidos en el año 1794, una población de unos 17,6 millones. Las informaciones referentes a Suiza provienen en su mayoría de las listas del cantón de Zurich y de la diócesis de Lausana, completándolas con datos de Basilea y Ginebra (ver pp. 147-149). Ammann, tras un minucioso estudio de los datos estadísticos, ha expresado la opinión de que la población de la Suiza romance (occidental) en la primera mitad del siglo XV debía oscilar entre los 140.000 y los 145.000 habitantes. Bickel se ha servido de esas cifras para calcular la población global de Suiza, dentro de sus actuales fronteras, que debió de ser entre 600.000 y 650.000 habitantes.[42]

Para Alemania, los datos referentes a las ciudades son relativamente abundantes, pero hay muy poca información respecto a la población rural. Blaschke calculaba una población de unos 553.000

42. H. Ammann, «Die Bevölkerung der Westschweiz im ausgehenden Mittel-alter», *Festschrift E. E. Welti*, Aarau, 1937, pp. 390-447; Bickel, *op. cit.* pp. 40-42.

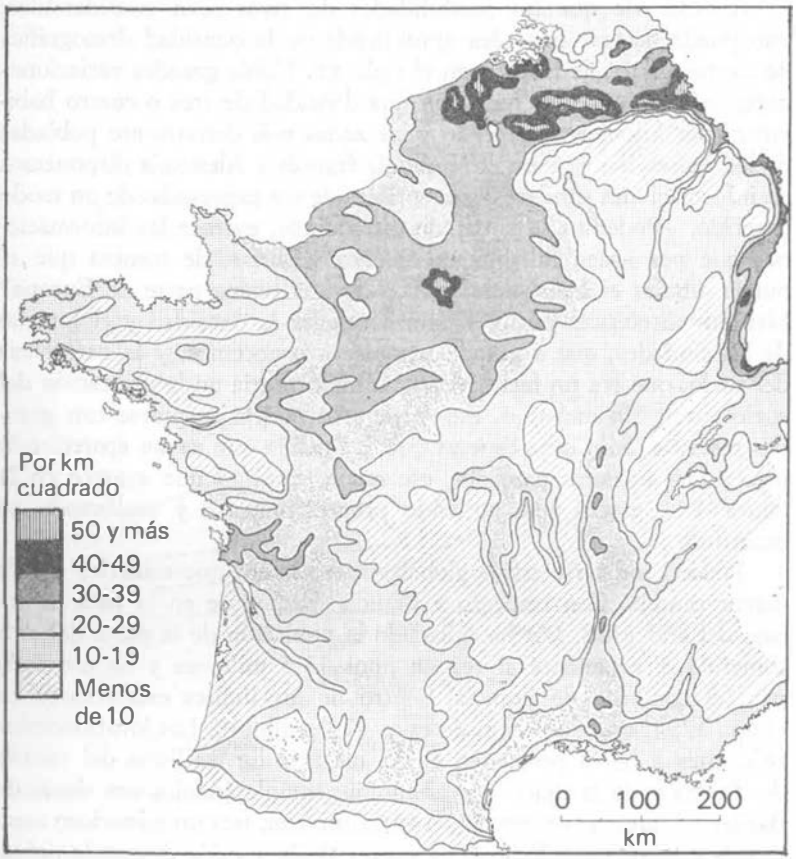


FIGURA 4.12

Mapa hipotético de la densidad de población en la Europa occidental durante el siglo XV

habitantes, o sea unos 22 por kilómetro cuadrado en el ducado de Sajonia a mediados del siglo XVI.[43] En el siglo XV debieron ser bastantes menos.

43. Blaschke, *op. cit.*; del mismo autor, «Bevölkerungsgang und Wüstungen in Sachsen während des späten Mittelalters», *JNS*, vol. 174 (1962), pp. 414-429.

La lista de fogaje de Mecklemburgo,[44] de alrededor del año 1495, denota una región poco poblada y prácticamente rural, con una densidad media de ocho o diez habitantes por kilómetro cuadrado. Los cálculos alemanes de la población del conjunto de Alemania llegan hasta los 15 millones. A tenor de lo que ha establecido para la Alemania oriental, este número parece excesivo. Un cálculo más aproximado *podría* ser de diez a doce millones.

Todo lo que se puede decir de Polonia y de la Europa oriental es que en la baja Edad Media la densidad demográfica era bajísima, pero que aumentaba progresivamente. Irena Gieysztorowa ha sugerido que en las tres provincias históricas de Polonia había en:

1340	1.250.000 habitantes	8,6/km²
1580	3.100.000 »	21,3/km²

Basándose en la *porta*, o impuesto de fogaje de los años 1494-1495, Kovaçsics ha calculado [45] una población de unos 3,6 millones de habitantes en el conjunto de las tierras históricas de Hungría, lo que incluía tanto a Eslovaquia como a Transilvania.

Poco es lo que se sabe de la población de los Balcanes. Había una franja de ciudades comerciales junto a la costa, todas las cuales declinaron mucho durante el siglo XV. Incluso Constantinopla, que durante gran parte de la Edad Media había sido, con mucho, la mayor ciudad de Europa, probablemente no tendría más de 100.000 habitantes después de su conquista por los turcos en el año 1453, y no era mucho mayor antes. El impuesto de fogaje cobrado por Solimán, entre los años 1520 y 1535,[46] de algún modo sirve para calcular la población de las provincias europeas del imperio turco, cuando ya habían comenzado a recuperarse de la conquista otomana: 1.061.799 fuegos, o algo por encima de los 5 millones de personas viviendo entre el Danubio y los confines meridionales de Grecia. Con seguridad, a mediados del siglo XV, la población debió de ser menor.

44. Friedrich Stuhr, «Die Bevölkerung Mecklenburgs am Ausgang des Mittelalters», *JVMG*, LVIII (1893), pp. 232-278.

45. Joseph Kovaçsics, «An account of research work in historical demography in Hungary» *ACIDH*, pp. 249-272.

46. Omer Lufti Barkan, «Essai sur les données statistiques des Registres de Recensement dans l'Empire Ottoman aux XV^e^ et XVI^e^ siècles», *JESHO*, I (1958), páginas 9-36.

En algunos aspectos, Italia es el país mejor documentado de Europa, y sin embargo, el cálculo de su población presenta serias dificultades. Los cálculos de fogaje son más numerosos que en ningún otro lugar, pero en su mayoría sólo se refieren a las ciudades. La población rural era densa antes de la peste negra, pero la decadencia bajomedieval tuvo efectos catastróficos. Por ejemplo, desaparecieron casi los dos tercios de las comunas rurales de Pistoia.[47] Basándose en las listas de fogaje y «bocas» Beloch sugirió una población italiana de unos nueve millones, en el siglo XVI. Durante el siglo XV debió de ser menor, acaso entre siete y ocho.[48]

Para España se carece casi totalmente de datos para estimar el tamaño de la población bajomedieval, a excepción de Cataluña. Dejando aparte las valiosas relaciones de la mortalidad en Barcelona, recopiladas en vistas de la gravedad de las epidemias de peste, disponemos de pocos datos con anterioridad al siglo XVI. La población era escasa y dispersa casi por todo el país. Había bolsas de mayor densidad demográfica en las proximidades de la costa, en Cataluña, Valencia, Andalucía y en las cercanías de Lisboa. La región del interior que tenía la población menos dispersa era la meseta de Castilla la Vieja. Durante el siglo XV, Portugal debió de tener alrededor de un millón de habitantes; Cataluña, unos 400.000, y Castilla tal vez cuatro millones. La España mora, reducida en esta época a una pequeña zona del sur, no podía contar con más de 250.000 habitantes.

De Escandinavia no tenemos datos directos. Su población era del orden de unos 2 millones a mediados del siglo XVII y mucho menor en la baja Edad Media.

Estas cifras de la población de la Europa bajomedieval y renacentista hay que tomarlas con grandes reservas. Con respecto a unas zonas reducidas, puede tenerse la confianza de que el margen de error no excede en demasía al que es inherente de suponer que el «fuego» medio consistía en cinco personas. En otras zonas, la omisión de las ciudades o de los pobres, aparejado al redondeo típico de las estadísticas, disminuye el nivel de credibilidad. Las densidades que

47. David Herlihy, *Medieval and Renaissance Pistoia*, Yale University Press, 1967, p. 71.

48. Carlo M. Cipolla, «Four centuries of Italian demographic development», *Population in History*, Edward Arnold, Londres, 1965, pp. 570-587; del mismo autor, «Per la storia della popolazione Lombarda nel secolo XVI», *Stud. On. Gino Luzzatto*, II, pp. 144-155. El resumen de las cifras dadas por Beloch se encuentran en su *Bevölkerungsgeschichte Italiens*, III, pp. 339-385.

aparecen en la figura 4.12 y las cifras de la tabla 4.2 son apreciaciones brutas que se habrán de comprobar y pulir a medida que se disponga de más datos.

TABLA 4.2

Cálculo de la población de Europa a mediados del siglo XV

País	Población estimada (en miles de hab.)
Países Bajos	1.200- 1.500
Francia	17.000-18.000
Alemania, incluyendo a Holanda Austria y Bohemia	10.000-12.000
Suiza	600- 650
Polonia	1.500- 3.000
Hungría (territorios históricos)	3.000- 4.000
Península Balcánica	4.000- 6.000
Italia	7.000- 9.000
España y Portugal	5.000- 7.000
Escandinavia	1.000- 2.000
TOTAL	49.000-67.000

Capítulo 5

AGRICULTURA Y VIDA RURAL

En la Europa medieval, las anchas espaldas del campesino debieron soportar el peso de toda la superestructura jerárquica política y feudal; las ciudades, sus mercaderes y artesanos y —quizá lo más pesado de todo— la Iglesia. Pagaba impuestos por su hogar y su persona y también el diezmo de sus cosechas en beneficio de su parroquia. Podía ser llamado a trabajar en la reserva señorial y pagaba el arrendamiento en dinero o en especie, o tal vez de ambas maneras. La carga era muy pesada y, por regla general, excedía en mucho lo que podríamos considerar como renta económica de sus tierras. Todo esto no procedía de un contrato negociado libremente; era posible debido a la tremenda indefensión del campesinado: de la necesidad de protección y de su incapacidad para resistirse a las crecientes exigencias, en unos tiempos de crecimiento demográfico y de aumento del hambre de tierras.

El campesinado, según se ha dicho, constituía un 90 por 100 de la población de la Europa altomedieval. Tal proporción descendió en los siglos posteriores, con la ascensión de las ciudades y la absorción de un buen número de campesinos en el comercio y la artesanía. Sin embargo, hay buenas razones para dudar que bajara mucho más del 80 por 100, excepto en áreas muy urbanizadas, como Italia septentrional y los Países Bajos. Las estadísticas escasean e, incluso cuando pueden extraerse datos sobre el total de la población rural de las listas de fogaje, a menudo faltan las cifras referentes a las ciudades. A pesar de ello, se dispone de cifras globales de unas cuantas regiones concretas, para la baja Edad Media.

Brabante era una región muy urbanizada y en Bruselas tenía una

de las mayores ciudades de la época. Una lista de fogaje recopilada en el año 1437 indica que un tercio de la población era urbana.[1] Pero Brabante incluía, además de Bruselas, las ciudades de Lovaina y Amberes y el total urbano se veía, además, incrementado por el componente campesino de la población ciudadana.

Las listas del ducado de Borgoña, recopiladas más o menos hacia la misma época, indican una relación muy distinta entre el componente urbano y el rural de la población. Había menos ciudades que en Brabante y las mayores de entre ellas —Dijon, Beaune y Nuits— serán mucho menores que las de los Países Bajos. Ahí, con una densidad de población mucho menor, el componente urbano no ascendía a más del 15 a 20 por 100 del total.[2]

Finalmente, la lista de fogaje del ducado de Mecklemburgo, confeccionada en el año 1495,[3] muestra un índice de población rural muy elevado. En el área sometida a tributación, la población urbana constituía menos del 5 por 100 del total y parte de ella debió haber trabajado exclusivamente en los campos que rodeaban a las escasas y pequeñas ciudades.

Aunque ciertas partes de Italia, especialmente Toscana, puede que hayan tenido una población campesina aún menor que Brabante, esta última región y Mecklemburgo pueden tomarse como los casos extremos. Acaso Borgoña, con un 80-85 por 100 de población rural, represente el ejemplo medio de la Europa occidental, central y meridional en la baja Edad Media. Una proporción menor no hubiera podido sostener, en absoluto, a la población no campesina, teniendo en cuenta las condiciones de la agricultura medieval.

Asentamiento humano

La población de la Europa occidental, central y meridional debió de pasar de unos 30 millones en el siglo IX a más de 60 a principios del siglo XIV. Ello hubiese requerido que la producción de alimentos hubiese aumentado hasta casi el doble. Hay muy pocos indicios de

1. N. J. G. Pounds, «Population and settlement in the Low Countries and Northern France in the later Middle Ages», *RBPH*, XLIX (1971), pp. 69-402.
2. Basado en J. Garnier, *La Recherche des feux en Bourgogne aux XIV^e et XV^e siècles*, Dijon, 1876.
3. Stuhr, «Die Bevölkerung Mecklenburgs ...», *loc. cit.*

que se hubiese producido una intensificación de la agricultura en grado significativo y, en términos generales, el aumento de la producción se obtuvo merced a la extensión del área de cultivo.

La frontera interna

El proceso de roturación de nuevas tierras se interrumpió durante el período de las invasiones germánicas. Se había reanudado en tiempos de Carlomagno y el políptico de Saint-Germain indica que el propio Irminón había hecho poner nuevas tierras en cultivo. Ello no refleja, necesariamente, que hubiese aumentado la presión demográfica; podía ser simplemente que se abandonasen unas tierras agotadas y se trabajasen otras vírgenes. Sin embargo, no cabe duda alguna acerca de la importancia del desarrollo en los siglos siguientes. Las tierras abandonadas durante las invasiones de los siglos IX y X fueron ocupadas de nuevo, y el hombre empezó a colonizar áreas hasta entonces vírgenes. El proceso continuó hasta los primeros años del siglo XIV y poco después cesó. El período de expansión medieval había terminado; el mayor logro del hombre medieval había concluido y, a nivel local, había una recesión y contracción parecida a la que caracterizó los años finales del Imperio romano de Occidente.

La extensión de los asentamientos medievales y de la agricultura tomó tres formas distintas, cada una de las cuales se manifestaba en la estructura característica de aldeas y campos. El primero y más simple de los métodos revistió la forma de extensión de los apiñamientos de cabañas y la adición de nuevos campos a los campos ya trabajados. Pocas dudas pueden quedar de que las aldeas aumentaron de tamaño gracias a la división del espacio ocupado por las cabañas y por la construcción de dos habitáculos allí donde antes sólo había habido uno, del mismo modo que el manso se dividía en mitades, cuartos y fracciones aún menores. Este proceso se pone de manifiesto al estudiar la planta de muchas aldeas y en el sistema de campos que las rodeaban, pero es una tarea sumamente difícil el documentarlo durante el período de crecimiento medieval.

Puede aducirse que había un límite infranqueable al crecimiento de cualquier aldea o comunidad. Este límite lo fijaba el área necesaria para su propio sostenimiento. Una familia campesina no podía vivir con una superficie cultivada inferior a diez hectáreas. Si a esto

añadimos las huertas cercanas a las cabañas, los prados, los bosques y las inevitables zonas de eriales, nos dará que para una comunidad de unos cincuenta «fuegos» se requería un área no inferior a los diez kilómetros cuadrados. Esta superficie podía oscilar enormemente en función de la calidad del suelo y del nivel en la tecnología agrícola. Sería mucho mayor en zonas de suelos pobres y en aquellas áreas donde la agricultura de pastoreo tenía importancia. La cuestión es en qué momento una comunidad era excesivamente grande, sus campos excesivamente alejados y fragmentados y las dificultades causadas por el crecimiento continuado demasiado considerables. En zonas muy pobladas, tales como los llanos centrales de Bélgica, los asentamientos, por norma general, no se hallaban distantes unos de otros y las perspectivas de expansión eran menores aún que en la mayoría de las demás regiones.

Las listas de fogaje (ver p. 146) de diferentes partes de Europa dan razón de la existencia de comunidades rurales bastante más grandes que las que hipotéticamente se han considerado más arriba de

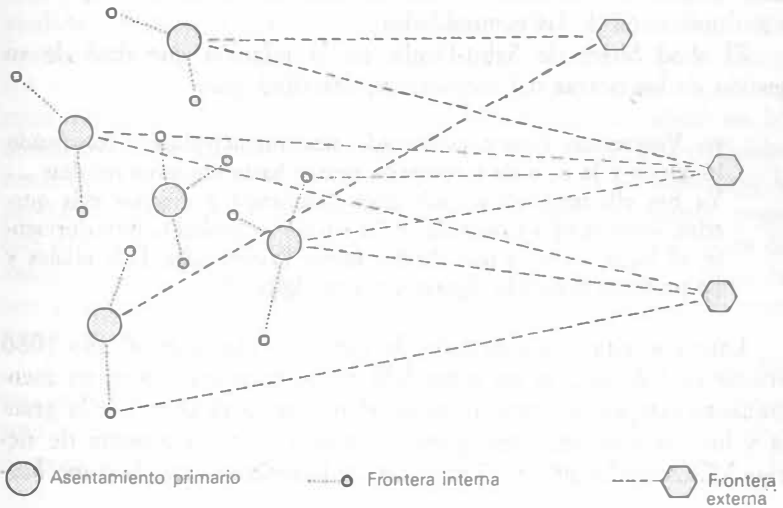


FIGURA 5.1

Un modelo de colonización alemana al este y de asentamiento

familias, o 250 habitantes. Ello a menudo se debe a que estas dísticas se refieren, no a pequeños asentamientos formados por cuantas cabañas, cercanas unas de otras, sino más bien a unis mayores, tales como parroquias, que acaso incluían a dos o comunidades separadas.

Una segunda forma de colonización medieval fue la salida de grude una comunidad-madre y la formación de nuevos asentamienen una zona que nunca había sido cultivada con anterioridad iando menos en un pasado reciente—. Cuando, a comienzos siglo XV, Pablo de Limburgo se dedicó a ilustrar las labores ru- de cada mes del año, para su alegoría de febrero escogió una lejana cubierta de nieve con una granja aislada en primer ino. Se trataba de una cabaña representada en sección para mossu interior, con un palomar, cobertizos para almacenaje y para otección de los animales domésticos y todo ello circundado por valla que la separaba de los campos adyacentes. La caracterísque más nos interesa de esta imagen es la granja aislada, una co- de la aldea, pero dentro de la frontera de colonización de Debió de ser esta la manera más frecuente de expansión ltiplicación de las comunidades.

l abad Suger de Saint-Denis, en la relación que dejó de su ón de las tierras del monasterio, describió que

> en Vaucresson hemos proyectado una municipalidad, construido la iglesia y la rectoría y roturado tierras hasta entonces incultas ... Ya hay allí unos 60 arrendatarios [*hospites*] y muchos más querrían venir si se les permitiese [*si sit qui provideat*]. Anteriormente, el lugar ... tenía más de dos millas [¿cuadradas?] de eriales y no producía beneficio alguno a nuestra iglesia.[4]

atouche cita una concesión de tierra en Maine en el año 1086 o es habitual, se ha concedido tierra para establecer un asennto campesino, consistente en el terreno para construir la granos corrales, así como para un huerto y media arpenta de tie- Esto era lo que en el noroeste de Francia se conocía como *bor-*

Suger, *De rebus in administratione sua gestis*, cap. 10, traducido en *The Euroheritance*, eds. E. Barker, G. Clark y P. Vaucher, Oxford University Press, p. 499-500.

R. Latouche, «Défrichements et peuplement rural dans le Maine du XI^e^ et XIII^e^ , *Moyen Âge*, III (1948), pp. 77-87.

dagium, hospitia o *meix* y al campesino como *hospes*. El huerto vallado era la *olca, osca* o *ouche*. Este fenómeno era general. La Beauce, que iba a convertirse en la *mère des grains* y la principal fuente de aprovisionamiento alimenticio de París, se comenzó a deforestar y a colonizar a fines del siglo XI o principios del XII. Se concedían tierras a los campesinos *in plano et bosco*, en claros ya abiertos y también en bosques que se autorizaba a talar. En muchas partes de Europa, la campiña se vio moteada de *bordagia*. Según cita Latouche, en una relación de rentas de la abadía de la Couture, cercana a Le Mans, había constancia de, cuando menos, 52 de esos bordajes en la sola comuna de Joué-l'Abbé, con un total de 1.013 hectáreas. Las tenencias de una extensión media de 20 hectáreas, en una época de hacinamiento creciente en las comunidades aldeanas, debieron de ejercer una importante atracción sobre las familias campesinas.

Por toda Francia, Renania y Alemania occidental, el proceso continuó. La frontera interna de Europa fue progresando a expensas del bosque, ciénagas y pantanos. Archibald Lewis [6] escribió «eran las tierras yermas las que los campesinos europeos colonizaron y en gran medida pusieron en cultivo entre los años 1000 y 1200 ... una vasta extensión de tierra virgen capaz de sostener una población creciente fue roturada o convertida en pastos para una ganadería ovina y vacuna próspera». Este cambio produjo una alteración radical en las condiciones de arrendamiento. A los asentamientos desperdigados constituidos por una o dos familias campesinas no se les exigía la prestación de servicios laborales. En su lugar, corrientemente, pagaban una renta en metálico. Los registros de la abadía brabanzona de Saint-Trond, por ejemplo, a principios del siglo XII dan cuenta de tres granjas «que pagan 18 denarios, allí donde anteriormente eran tierras yermas».[7]

Esta extensión de la colonización y la agricultura produjo, no sólo un cambio radical en el modelo del asentamiento humano en la tierra, sino también un cambio en los métodos de cultivo, incluso en el tipo de cosechas obtenidas y en los animales criados. El hombre de la

6. Archibald R. Lewis, «The closing of the Medieval frontier, 1250-1350», *Speculum*, XXXIII (1958), pp. 475-483.

7. *Gesta Abbatum Trudonensium*, I, 150, citado por Alfred Hansay en *Étude sur la formation et l'organisation économique de la domaine de l'Abbaye de Saint-Trond*, Gante, 1899, p. 8.

época era un buen conocedor de la calidad de la tierra que ponía en cultivo, pero tuvo, por fuerza, que escoger entre los suelos que eran más feraces y los que se podían cultivar mejor con el utillaje de que disponía. Desde este punto de vista, los mejores eran los suelos ligeros formados por *loess* o *limon*. Era éste un depósito de materiales pulverizados, intrínsecamente fértiles, secos y bien drenados que podían ser dados vuelta fácilmente con un tosco arado de madera. Estos suelos se hallaban en una banda interrumpida que recorría el norte de Europa, desde Normandía, en el oeste, pasando por los Países Bajos, Sajonia, Silesia y el sur de Polonia. Muchas de las villas bipartitas de grandes dimensiones del período carolingio se hallaban situadas en esa banda y hay, con toda seguridad, una relación de causalidad entre la calidad del suelo y la difusión del latifundio. En esas áreas había una población rural más densa que en otras partes, que podía ser supervisada y controlada con más facilidad, y que pronto se vio sujeta a los rigores de la economía señorial bipartita. Los beneficios de la agricultura señorial en estas áreas fueron superiores a los de cualquier otra región.

Bordeando esa región de suelos óptimos, o tal vez rodeadas por ella como si fuesen islas, había áreas de suelo pobre o más problemático. Podía tratarse de suelos arenosos, fáciles de trabajar, pero de escaso rendimiento, o tal vez en el extremo opuesto, ser suelos duros arcillosos, muy fértiles pero cubiertos de bosques de robles, difíciles de despejar, caros de drenar y casi imposibles de roturar sin contar con una buena yunta. Otros tipos de entorno físico que ejercieron menos atracción sobre el campesino altomedieval fueron las marismas de las regiones costeras (ver pp. 199-200), las tierras pantanosas de los valles fluviales y las tierras altas, como por ejemplo las Ardenas, Auvernia y Harz, de suelos poco profundos y ácidos, cubiertos de nieve durante largos períodos y de pluviosidad excesiva.

Tomemos el mapa de la Europa altomedieval y analicémoslo a una macro-escala, en referencia a los intereses del campesino medieval. En toda la Europa central y occidental se produjo un desplazamiento desde las tierras óptimas a las menos buenas, cuando aquéllas iban quedando totalmente ocupadas y desarrolladas y los hijos más jóvenes tenían que emigrar y probar suerte en otros lugares. Este mismo fenómeno puede apreciarse en una micro-escala. En un área de dimensiones reducidas había distintos tipos de suelo, los asentamientos más antiguos se hallaban en los terrenos de más fácil utili-

zación, o cerca de ellos. En cualquier valle fluvial, éstos serían probablemente las terrazas que el río había ido formando en períodos anteriores de su historia. Por debajo de ellas se encontraban las praderas húmedas; por encima, en las cuestas empinadas podía haber bosque o pastos silvestres. En este marco, la progresión de la colonización iba tanto hacia arriba como hacia abajo por el costado del valle, partiendo del asentamiento original en los suelos ligeros de las terrazas fluviales.

En innumerables trabajos se ha tratado de la extensión de la colonización y la agricultura medieval a esta micro-escala. En algunos casos esta dispersión puede rastrearse por las concesiones de tierras y el recibo de las rentas que ello originaba; más a menudo los topónimos sirven de indicadores en el panorama medieval. Los nombres relacionados con la tala de bosques y la extracción de las raíces, con la quema de la vegetación y la roturación de tierras son legión en todos los idiomas de la Europa occidental y central.[8] En la mayoría de los casos hacen referencia a la deforestación producida durante el período del siglo X al siglo XIV.

La puesta en cultivo de las tierras pantanosas es un caso aparte de apertura de tierras durante la Edad Media, que difería de la puesta en cultivo de los eriales en que, para ello, se requería el esfuerzo de un buen contingente de personas y precisaba de algún tipo de dirección o supervisión conjunta. Se llevó a cabo en muchos lugares, tanto de la costa como del interior. El ejemplo más sobresaliente de la puesta en cultivo de tierras cenagosas se dio en Flandes. Las marismas se utilizaban para el pastoreo estival —Saint-Pierre de Gante, en el siglo IX, disponía de unas marismas únicas donde se podía pastorear incluso en invierno— y también para cortar juncos y forraje. Pequeñas porciones de terreno incluso eran cultivables y normalmente producían avena, que crecía y maduraba a finales de la primavera y en verano. En el siglo XI comenzaron a cerrarse las zonas de marisma mediante diques; se las drenaba y convertía en tierra de labor. Se abrieron los *wateringues*, o canales de drenaje, y se realizaban con sumo cuidado las labores de mantenimiento de los diques. Esta tarea era una responsabilidad que se hizo recaer sobre las espaldas del campesino, que debía responder en caso de inundación, tanto

8. Véase A. Carnoy, «Le défrichement dans la toponymie belge», *Rev. Int. Onom.*, XIII, (1961), pp. 81-99.

fluvial como marina. A principios del siglo XI, Lamberto de Ardres describía el Flandes Occidental como «yermo y desolado». Un siglo más tarde, el conde hacía concesiones de tierra «que había sido arrebatada a las marismas», así como de la que «ha surgido de entre las olas y mareas».[9] Hacia el año 1180 se consagró una iglesia para que sirviera a un área que anteriormente había sido «acuosa e inhabitable» («in loco aquoso et inhabitabili»).

Las primeras marismas que fueron puestas en cultivo fueron las del litoral del Canal de la Mancha y del golfo de Vizcaya. Sin embargo, los mayores progresos se hicieron en Italia. Mientras que algunas zonas de la Italia central y meridional, especialmente la Campania (ver pp. 241-242), volvieron a su anterior condición de desierto casi deshabitado, en el norte de Italia se hicieron progresos considerables. Ahí, este proceso vino estimulado por la demanda de una mayor producción alimenticia y por la necesidad de controlar las inundaciones producidas por el Po y sus tributarios. Se construyeron millas de diques en las orillas de los ríos; las ciénagas y los bosques húmedos de las llanuras aluviales fueron convertidos en tierras de labor y se pusieron en cultivo áreas inmensas. Mantua se convirtió en el foco de un vasto sistema agrícola. En un clima mediterráneo no se puede disociar drenaje e irrigación. Se construyeron canales de riego, especialmente alrededor de Milán, para el cultivo de especies veraniegas, en particular en las terrazas más secas que bordeaban la llanura.[10] El período de máxima actividad en la puesta en cultivo de nuevas tierras fueron los siglos XI y XII, culminando en el siglo XIII. En adelante, sólo las tierras más difíciles quedaron sin utilización agrícola. El crecimiento demográfico se había detenido y los granos se importaban, a un ritmo creciente, de tierras cada vez más alejadas. A fines del siglo XIII y durante el siglo XIV la ingente tarea de roturación y puesta en cultivo de nuevas tierras había tocado a su fin. En Italia, así como en el resto de Europa, por lo menos a nivel local, las tierras marginales se perdieron para la agricultura.

En esta colonización interna de la Europa occidental y central, los monasterios jugaron un papel importante. Las fundaciones más

9. *Actes des Comtes de Flandres*, ed. F. Vercauteren, CRH, Bruselas, 1938; véase también G. W. Coopland, *The Abbey of St. Bertin and its neighbourhood*, pp. 900-1.350, Oxford University Press, 1914.

10. Gunnar Mickwitz, «Medieval agrarian society in its prime», *CEH*, I, primera edición, pp. 323-324.

antiguas eran las benedictinas. Los monjes no escogieron consciente y deliberadamente las tierras salvajes y yermas. Debían de utilizar las tierras que les daban y que al parecer se trataba —con igual frecuencia que en el caso contrario— de tierras que ya habían sido anteriormente ocupadas y cultivadas, incluso si el lugar había sido temporalmente abandonado. Sin embargo, a las fundaciones más antiguas también les habían donado grandes superficies de bosques y eriales incultos, y ahí, cuando se presentaba la ocasión, establecían colonias de campesinos. Fue la siguiente ola de fundaciones monásticas, incluyendo las órdenes cisterciense y premonstratense, la que produjo el mayor impacto en los territorios incultos. Estas dos órdenes elegían deliberadamente las tierras boscosas e incultas, acaso porque no tenían probabilidades de hallar nada mejor. De su necesidad hicieron virtud, predicaron el evangelio del trabajo y pusieron en cultivo enormes superficies de bosque y erial.

El papel de los cistercienses fue el más espectacular. Sus primeras casas se erigieron en los bosques de Borgoña, pero fundaron sus monasterios filiales por toda Europa, desde los pantanos del Yorkshire a los eriales de la Pequeña Polonia. En todas partes erigieron sus austeras iglesias, edificaron granjas y construyeron graneros. Las tareas agrícolas, por regla general, no las realizaban campesinos que vivían con sus familias en cabañas, sino por hermanos legos, o *conversi*, que se mantenían solteros, vivían en las granjas y estaban sujetos a la disciplina de la orden. Ello tuvo como resultado una forma de administración de las tierras sumamente activa y eficiente, que demostró ser muy eficaz en tanto que duró la afluencia de *conversi.*

El impacto total que las órdenes monásticas produjeron en la apertura y colonización de tierras es difícil de apreciar. Hasta la aparición de los cistercienses y demás órdenes similares, su papel se limitó a dirigir, supervisar y acaso infundir un cierto orden en los procesos de roturación y colonización de tierras. Pero no participaron directamente en ellas. Las tierras de la abadía de Lobbes, en el valle del Sambre, cerca de Maubeuge, han sido objeto de un estudio profundo.[11] Habían sido adquiridas, en su mayoría, por donación de los magnates merovingios y muchas de las villas monásticas estaban em-

11. L. Genicot, «Donations de villae ou défrichements: les origines du temporel de l'abbaye de Lobbes», *Miscellanea Historica in honorem Alberti de Meyer*, Lovaina, 1946, I, pp. 286-296.

plazadas en lugares que ya habían utilizado con anterioridad los romanos. Las primeras roturaciones de tierras se habían realizado siglos antes y, aunque los monjes acaso animaran al campesinado a asentarse en sus tierras, aquéllos fueron con toda probabilidad *vestiti* —«vestidos»—, o sea dotados de mano de obra, cuando el monasterio recibía las tierras. Gregorio de Tours describía que Chrodin «organizó las posesiones ... plantando viñedos, edificando casas y abriendo nuevas tierras al cultivo». Luego las donaría a la Iglesia «con sus labradores y tierras cultivadas, junto con sus utensilios domésticos, colgaduras, herramientas, sirvientes y esclavos».[12] Se atribuye a Irminón el haber iniciado la deforestación en la región de París, pero, según su políptico, el área en cuestión era muy reducida. En zonas marginales, tales como Eifel y las Ardenas, donde se encontraban la mayoría de las tierras de Prüm, Stavelot y Cornelimünster, los asentamientos se hacían siempre bajo supervisión monástica; pero también es muy probable que esas tierras hubiesen sido abiertas y roturadas de todos modos, si hubiesen permanecido en manos de laicos. Sólo en un aspecto los monasterios pudieron cultivar y colonizar tierras del modo que la mayoría de laicos no hubiesen podido. Los monasterios bien dotados disponían de unos ingresos que les permitían invertir grandes sumas en el proceso. La roturación de sectores del bosque y los eriales no precisaba gran dispendio de capital; la puesta en cultivo de las zonas pantanosas, por el contrario, no sólo requerían una considerable inversión, sino también el empleo de un gran número de trabajadores. En la puesta en cultivo de las marismas litorales, especialmente las de los Países Bajos, los monasterios jugaron un papel primordial.[13]

No cabe duda acerca de la importancia que tuvo la última ola de monasticismo. Los monjes recibían por donación algunas tierras roturadas y colonizadas, pero la mayor parte de la dote consistía en bosques y yermos, cuyo valor dependía de su posterior desarrollo. Por ejemplo, las fundaciones norbertinas de Tongerloo, Averbode y Postel, en la Campiña, al este de Amberes, heredaron unas tierras ya

12. Gregorio de Tours, VI, 13.

13. Michel Mollat, «Les hôtes de l'abbaye de Bourbourg», *Mélanges d'Histoire du Moyen Âge dédiés à la mémoire de Louis Halphen*, París, 1951, pp. 513-521; véase también el caso de la puesta en cultivo de las marismas de Kent por los benedictinos de Canterbury en R. A. L. Smith, *Canterbury Cathedral Priory*, Cambridge University Press, p. 195.

roturadas y cultivadas que habían estado, con anterioridad, en posesión de los benedictinos; pero también recibieron grandes extensiones del erial yermo que todavía hoy constituye gran parte de esta región; gracias a su propio trabajo pudieron sacar algún tipo de provecho de esas tierras.[14] Por toda la Europa occidental y central los hermanos legos del Císter trabajaron los campos, llenaron los graneros monásticos y contribuyeron a la acumulación de fortunas de los mercaderes que traficaban con su lana.

Pero no hay que exagerar su contribución, ni tan sólo la de los cistercienses, en el proceso de apertura de tierras, asentamiento y cultivo. En total sólo fueron unas 700 las casas cistercienses y la mayor de ellas acaso disponía de poco más de 100 o 200 hermanos legos, incluso en el punto más álgido de su prosperidad;[15] la mayoría debieron contar con un número mucho más reducido. Se dedicaban a trabajar las posesiones cistercienses, y no a la continua apertura de nuevas tierras y ampliación de los límites cultivables. Es a todas luces imposible precisar la cantidad de tierras puestas en cultivo por los monjes; buena parte de ellas eran pastos de poco valor. Contempladas en contraste con los logros totales del hombre medieval en materia de apertura, roturación y puesta en cultivo de nuevas tierras, las consecuciones *directas* de los monjes fueron importantes, pero no ingentes.

La frontera interna de Europa siguió en expansión hasta finales del siglo XIII. En algunas zonas aún se siguieron estableciendo nuevos asentamientos en el siglo XIV, pero el movimiento había perdido su ímpetu mucho antes del año 1300. Las razones de ello eran complejas. Pasado cierto límite, ya no podía seguir la deforestación; los bosques eran tan importantes para la economía medieval como lo eran los prados. La continua invasión de los eriales secos, como en Lüneburg, Heath, la Campiña y el Breckland inglés, pronto se evidenció que iba produciendo rendimientos decrecientes. Sobre todo, la población crecía con menor rapidez a fines del siglo XIII y, en la mayor parte de Europa, la expansión cesó a comienzos del siglo XIV (ver p. 182).

14. Hugues Lamy, «L'Abbaye de Tongerloo depuis sa fondation jusqu'en 1263», *Recueil de Travaux, Conférence d'Histoire et de Philologie,* Universidad de Lovaina, 1914.

15. Rievaulx tenía 600 *conversi* en tiempos del abad Ailred, pero era un caso sumamente excepcional.

La frontera externa

La frontera de colonización externa de Europa se encontraba en Escandinavia, en la Europa centro-oriental y sudoriental y en España. Se trataba de una serie de zonas poco pobladas, a las que emigraban las gentes de los lugares más desarrollados y más densamente poblados de Europa. Este movimiento hacia la periferia de Europa puede fecharse con mucha mayor precisión que la colonización de la frontera interna, que ya se ha discutido; pero poco es lo que se sabe acerca del número de personas afectadas y de la mecánica del proceso de colonización.

Las referencias a la frontera de colonización en Escandinavia serán breves ya que el número de gente involucrada fue pequeño y la significación a largo plazo de los asentamientos mínima. El movimiento se produjo esencialmente desde los fiordos noruegos y las llanuras de Suecia hacia el medio todavía más severo de las mesetas interiores y los bosques septentrionales. La emigración de las zonas superpobladas de Escandinavia no siguió fácilmente esta ruta; la mayoría de sus gentes se dirigieron a las Islas Británicas y hacia las costas de la Europa noroccidental y del mar Báltico, donde la población era más densa, pero también las oportunidades eran mayores. Sin embargo el *Landnámabok* [16] islandés nos describe el cuadro de unos colonizadores que roturaban sus campos y edificaban sus aldeas en uno de los medios físicos más inhóspitos a los que se dirigieron las gentes de Europa.

Esto nos lo confirman las sagas, con sus imágenes de pequeños cercamientos separados del erial, donde crecía heno, y de los amplios pastos de altura, donde pacía el ganado vacuno y ovino durante el período del año en que el clima lo permitía. En la propia Escandinavia, los primitivos asentamientos se hallaban emplazados cerca de la costa, en las tierras bajas y más protegidas. También aquí los campos eran pequeños y cercados, y en ellos se cultivaba avena, centeno y, sobre todo, heno. Sin embargo, durante el mes del verano el ganado pacía en las mesetas del interior —el *fjeld*— y en los bosques, mientras en las tierras cultivadas crecían las cosechas de heno

16. Un texto en alemán aparece publicado en Thule: *Altnordische Dichtung und Prosa*, vol. XXIII, Jena, 1928.

y de cereal. En otoño volvían a los establos de las tierras bajas para pasar el invierno, pero, a veces, les sorprendían las primeras nevadas. La saga de Egil cuenta que Skellagrim, viendo su «rebaño ... muy incrementado» lo llevó en verano a los páramos altos. Allí observó que sus «animales mejoraban y engordaban ... [y] que sus ovejas aumentaban en invierno en las cañadas de los montes, incluso a pesar de que no se las podía volver a las tierras bajas». Por ello «construyó una granja junto al erial y tuvo allí su casa y allí atendió a sus ovejas».[17] Y, de ese modo, la colonización progresó de los valles a los páramos altos.

Sin duda, un proceso parecido se dio en la Suecia central y septentrional, e incluso en Finlandia. Entre los pioneros de esta frontera septentrional había colonias de mineros y de obreros metalúrgicos. Fueron campesinos quienes dragaron los lagos poco profundos para obtener el mineral que luego fundían con carbón de leña en hornos sencillos. Hacia mediados del siglo XIII, si no antes, el hierro se exportaba a la Europa noroccidental.[18] La penetración en las tierras salvajes del norte de Suecia se debió, con toda seguridad, tanto a su riqueza en metales como a los escasos recursos de su suelo.

La Península Ibérica también fue una frontera de colonización desde los siglos XII y XIII. Al principio, los cristianos ocuparon las ciudades, fundaron otras nuevas y colonizaron el cinturón montañoso del norte de España. En las ciudades y en los pequeños llanos que bordean la costa mediterránea, los colonos cristianos constituyeron una ínfima minoría en un mundo musulmán, hasta bien entrado el siglo XVI. Sin embargo, en la meseta central de España había grandes extensiones que precisaban pobladores una vez la reconquista ya se había completado, y, allí, como en la Europa oriental, se establecieron comunidades rurales de inmigrantes.

La frontera por antonomasia de la Europa medieval se hallaba en el este. Allí fue donde el movimiento colonizador alcanzó su máximo nivel; donde se produjeron los cambios más profundos en el paisaje y en la economía, y donde las consecuencias, a largo plazo, de la migración tuvieron la más alta significación. El movimiento normal de migración, en Europa, había sido hacia el oeste durante el período

17. *Egil's Saga* (Saga de Egil), traducida y editada por E. R. Eddison, Cambridge University Press, 1930, libro 29, p. 57.

18. Eli F. Heckscher, *An Economic History of Sweden*, Harvard University Press, 1954, pp. 41-44.

de las invasiones. No queda claro cuándo esta tendencia se invirtió y fue reemplazada por la migración hacia el este; probablemente la conquista de Sajonia por Carlomagno (772-785) y el desarrollo del comercio con los eslavos marcó el comienzo del movimiento hacia el este. Sin embargo, éste no tuvo gran relevancia antes del siglo XI, y, en cuanto a migración de pueblos en busca de nuevos hogares, probablemente no excedió al siglo XIII.

Pocos episodios de la historia medieval y, por descontado, ninguno en la esfera de la historia de la colonización, ha despertado sentimientos más fuertes ni más emotivos que el movimiento de los alemanes hacia el este. Para algunos, fue una ingente misión civilizadora, una marcha hacia el este en un frente amplio, penetrando en las tierras de los eslavos; «un conflicto irreprimible en el que estaban en juego la supremacía racial, la religión, el idioma, el comercio, las costumbres y las tierras donde vivir ... una serie gigantesca de campañas y conquistas colonizadoras prolongada durante siglos».[19] En otras palabras, algo parecido a la ocupación y colonización del Oeste por los yanquis. Para otros, especialmente los historiadores eslavos, se trató más bien de la difusión de la tecnología y el comercio occidentales que de la sustitución de eslavos por alemanes. El término que, por desgracia, se emplea frecuentemente para denominar al proceso —*Drang nach Osten*— implica el movimiento coordinado y violento, tan caro a la mentalidad teutónica, en el que los alemanes tomaron y ocuparon las tierras orientales. Un historiador alemán describió el movimiento de este modo (el pensamiento se expresa en toda su extensión en términos de estrategia militar).

> Avanzaban en un frente amplio pero irregular. El ala meridional iba muy adelantada y había alcanzado ... Transilvania y la falda del Tatra en la segunda mitad del siglo XII. El frente norte, hacia el año 1200, se extendía por la frontera de Bohemia occidental, las Lusacias, la Marca Media de Brandemburgo y el Mecklemburgo central.[20]

Una segunda fuente de malentendidos ha sido la confusión entre asentamiento humano y la imposición de un control militar y polí-

19. J. W. Thompson, «East German colonization in the Middle Ages», *AR AmHS*, 1915, pp. 125-150.

20. Hermann Aubin, «Medieval society in its prime: the lands east of the Elbe and German colonisation eastwards», *CEH*, I, primera edición, p. 367.

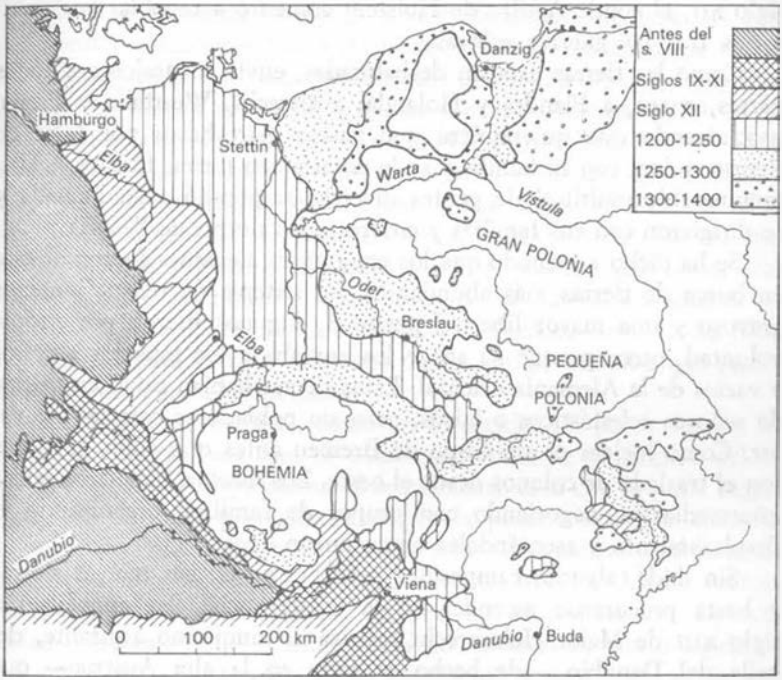


FIGURA 5.2

La progresión hacia el este del asentamiento alemán

tico. Éste era muy anterior a la colonización y Bismarck, a fines del siglo XIX, trataba de convertir en buenos alemanes a los polacos cuyos antepasados habían sido conquistados muchos siglos antes por los ejércitos de Brandemburgo. La imposición de la autoridad política alemana podía ir acompañada del asentamiento de colonos alemanes. Por otra parte, hay ejemplos del asentamiento de alemanes, en Transilvania, por ejemplo, en regiones que nunca estuvieron bajo el control de un Estado alemán, por lo menos antes de la segunda guerra mundial.

El movimiento hacia el este consistió en gran parte en una migración no coordinada de incontables grupúsculos. A principios del

siglo XII, el conde Adolfo de Holstein comenzó a repoblar sus territorios tras las guerras eslavas.

Como las tierras estaban deshabitadas, envió mensajeros a todas partes, o sea, a Flandes y Holanda, a Utrecht, Westfalia y Frisia, proclamando que quienquiera que pasase estrecheces por falta de tierras viniera con su familia y se le dotaría con tierras fértiles... Una innumerable multitud de gentes diversas respondió a su llamada y se dirigieron con sus familias y enseres a las tierras de Wagria.[21]

Se ha dicho a menudo que los emigrantes alemanes fueron al este en busca de tierras más abundantes, un sistema de tenencia menos gravoso y una mayor libertad personal. Algunos fueron por propia voluntad, otros porque su señor los enviaba a los espacios amplios y vacíos de la Alemania oriental. Estas tierras habían caído en manos de señores eclesiásticos o laicos, pero sin pobladores carecían de valor. Como hiciera el arzobispo de Bremen antes que ellos, gestionaron el traslado de colonos desde el oeste. Los *locatores* actuaron como intermediarios, negociando con grupos de familias, organizando el desplazamiento y asentándoles en su nuevo hogar.[22]

Sin duda, algunos campesinos prosperaron en sus nuevas tierras y hasta procuraron ascender en la escala social. La epopeya del siglo XIII de Meier Helmbrecht satiriza al campesino aspirante, del valle del Danubio —de hecho se sitúa en la alta Austria— que intenta entrar en los rangos de la baja nobleza. Este ascenso social, que no debió ser raro en la frontera oriental, fue mucho menos común en las tierras superpobladas de la Europa occidental.

Una vez establecidos en sus nuevos hogares, los alemanes se encontraron rodeados de eslavos. Puede que hubiesen constituido sus comunidades de un modo absolutamente segregado; mas comúnmente constituían, junto con los eslavos, una sola aldea sometida a la ley germánica. La proporción de inmigrantes germánicos y eslavos indígenas es algo que nunca podremos saber. Sin embargo, es cierto que una buena parte de la alta Silesia, en la que la mayoría de los aldeanos del siglo XIV estaban sometidos al *deutsches Recht*, era en el siglo XVIII de lengua polaca.[23]

21. *The Chronicle of the Slavs*, I, 57, según traducción de F. J. Tschan, Nueva York, 1935.

22. F. Lütge, *Deutsche Sozial— und Wirtschaftsgeschichte*, Berlín, 1966, p. 132.

23. Walter Kuhn, *Siedlungsgeschichte Oberschlesiens*, Würzburg, 1954, pp. 31 y ss. y carta 3.

Es difícil apreciar la escala de la colonización alemana del este. La documentación sobre esta gran empresa es verdaderamente escasa. Se ha asegurado que, con anterioridad al año 1350, se habían establecido en Silesia unas 1.200 aldeas y cuando menos 1.400 en las tierras prusianas de la Iglesia y de los Caballeros Teutónicos.[24] Estas apreciaciones se basan principalmente en la evidencia de los topónimos. Las aldeas de que se tiene constancia probablemente contaban con buen número de campesinos eslavos, y muchas de ellas no eran asentamientos primarios fundados por los colonos del oeste, sino asentamientos secundarios resultantes de la migración interna en Silesia y Prusia. El número de los colonos llegados del este del Elba, en realidad pudieron ser bastantes menos de los 150.000 que Aubin indicaba para ambas provincias.

En la Europa oriental, como en la occidental, pocos fueron los asentamientos nuevos que se establecieron desde principios del siglo XIV, y, a efectos prácticos, el movimiento cesó con la peste negra. Tan sólo en áreas poco afectadas por la peste, como por ejemplo, regiones de Polonia oriental y de Rutenia, se siguieron estableciendo nuevos asentamientos. Los años finales de la Edad Media fueron, en la mayor parte de Europa, un período de contracción. La actividad colonizadora del hombre occidental alcanzó su punto álgido en los siglos XII y XIII, pero de su cronología exacta poco es lo que sabemos. Parece lógico suponer que la colonización interna se desarrolló con anterioridad a que se produjera la emigración en gran escala hacia la frontera externa. El conocido diagrama del polen de Overbeck [25] indica un aumento en la cantidad de polen en los granos panificables y también en el llantén, una hierba de los sembrados, y una disminución en la del haya y del carpe desde la época romana hasta el siglo XII. En adelante el polen de los granos disminuyó hasta aproximadamente el año 1400, cuando el volumen volvió a aumentar de nuevo hasta alcanzar el máximo a mediados del siglo XVI. Estos datos se obtuvieron en un páramo turboso en lo alto de la meseta de Rhöngebirge, al este de Francfort del Main. Parece indicar que en esta región de una fertilidad y productividad mínimas, la población, y en consecuencia el área de tierra de labor, creció

24. Aubin, *op. cit.*, p. 396.

25. Reproducido en Wilhelm Abel, *Die Wüstungen des ausgehenden Mittel-alters*, Stuttgart, 1955², p. 47, y en G. Duby, *Rural economy and country life*, Edward Arnold, Londres, 1968, p. 392.

hasta el siglo XII, y luego disminuyó, sólo para volver a aumentar en el siglo XV y buena parte del siglo XVI. El descenso de los cultivos en una época en que las roturaciones y la colonización iban en aumento en muchas otras zonas de Europa parece indicar que las zonas marginales de la frontera *interna* se abandonaron al abrirse la frontera externa.

Asentamientos rurales

Las formas que adoptaron los asentamientos rurales en todas las partes de Europa no sólo se vieron influenciadas en alguna medida por las condiciones físicas del terreno sino también —y en un grado muy importante— por el nivel de la economía y de la estructura social de los propios aldeanos. Hace un siglo Meitzen argumentó [26] que la morfología de un asentamiento iba relacionada con los orígenes étnicos de los pobladores; que la aldea compacta y apiñada tenía relación con los asentamientos germánicos; que el modelo de granjas diseminadas era céltico y el circular y vallado, eslavo. Meitzen jugó un papel importante al remarcar la variedad de asentamientos que aparecieron durante la Edad Media, incluso estando equivocado en cuanto al análisis de sus orígenes. Sin embargo, el estudio de las aldeas y de los tipos de asentamientos no puede ser disociado del de los campos. Éste deriva, en igual medida que las casas y las granjas, de las condiciones económicas y sociales y, en las páginas siguientes, se examinará el sistema de cultivo de los campos junto con los asentamientos humanos que rodeaban.

Los establecimientos primitivos, por lo menos en la parte de Europa situada al norte de los Alpes, fueron posiblemente apiñamientos de cabañas, alrededor de las cuales se practicaba una agricultura itinerante. Se roturaban campos pequeños y seguramente irregulares, se cultivaban y luego se abandonaban. Este sistema de *Feldgraswirtschaft* se infiere en Tácito. Probablemente era el que practicaban los eslavos cuando los alemanes se introdujeron entre ellos [27] y, bajo el nombre de *infield-outfield farming* subsistió en

26. A. Meitzen, *Siedlungen und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slaven*, Berlín, 1895.
27. Lubor Niederle, *Manuel de l'Antiquité Slave*, II, pp. 205-210.

partes de Gran Bretaña hasta entrada la Edad Moderna. Hay que suponer que este pequeño núcleo habitado, de sólo unas cuantas familias creció de tamaño; que la tierra se cultivó con más frecuencia y que un sistema de cultivo de campos sustituyó al cultivo irregular de la época anterior. Las condiciones físicas fijaron, en muchos casos, los límites de este proceso de crecimiento; por otra parte, el villorrio podía expandirse hasta constituir una aldea grande y compacta. Esto sólo podía ocurrir donde el suelo era naturalmente fértil, puesto que sólo en tales zonas podía una comunidad rural grande mantenerse con la producción de los campos circundantes.

El pueblo grande desarrolló instituciones y estructuras que diferían sustancialmente de las del villorrio. En éste nunca podía darse la labranza cooperativa; podía no haber suficientes animales para tirar del arado pesado y los campesinos acaso debían trabajar con cualquier otro instrumento ligero. En la aldea grande, por otra parte, se tenía una mayor perspectiva de la mutualidad de la comunidad rural y al mismo tiempo de las restricciones a la libertad individual impuestas por la tiranía de la costumbre. En la época de las invasiones de los siglos IX y X, la mayoría de las comunidades aldeanas de la Europa occidental y central habían pasado o estaban pasando a un cierto tipo de control señorial. Mientras que el asentamiento aislado o aldea era de difícil supervisión, el pueblo era más fácilmente administrable y, dadas sus mayores dimensiones y productividad, el control y la supervisión más efectivos eran más rentables.

El villorrio, si se abandonaba a sus propios procesos internos de desarrollo, podía decantarse hacia cierto sistema de organización de los campos y de participación común de las bestias de labor, prados y bosques, parecida en cierto modo al del señorío bipartito. Cuando un señor tenía participación en las tierras de la comunidad y podía exigir los servicios de sus miembros, el proceso se apresuraba enormemente. Se imponía un *sistema*; lo ocasional se convertía en norma. La reserva se cultivaba merced a los esfuerzos de los campesinos, y se constituía la mutualidad del señor y sus vasallos, cristalizada en los usos y prácticas de la corte señorial.

No puede responderse de un modo simple a la cuestión de cuándo se conformó la comunidad aldeana. Hay ejemplos de comunidades aldeanas que derivaban de las villas del bajo Imperio romano, y los campesinos eran descendientes del antiguo colonato romano y de esclavos. Hay también casos de creación deliberada de señoríos bipar-

hasta el siglo XII, y luego disminuyó, sólo para volver a aumentar en el siglo XV y buena parte del siglo XVI. El descenso de los cultivos en una época en que las roturaciones y la colonización iban en aumento en muchas otras zonas de Europa parece indicar que las zonas marginales de la frontera *interna* se abandonaron al abrirse la frontera externa.

Asentamientos rurales

Las formas que adoptaron los asentamientos rurales en todas las partes de Europa no sólo se vieron influenciadas en alguna medida por las condiciones físicas del terreno sino también —y en un grado muy importante— por el nivel de la economía y de la estructura social de los propios aldeanos. Hace un siglo Meitzen argumentó [26] que la morfología de un asentamiento iba relacionada con los orígenes étnicos de los pobladores; que la aldea compacta y apiñada tenía relación con los asentamientos germánicos; que el modelo de granjas diseminadas era céltico y el circular y vallado, eslavo. Meitzen jugó un papel importante al remarcar la variedad de asentamientos que aparecieron durante la Edad Media, incluso estando equivocado en cuanto al análisis de sus orígenes. Sin embargo, el estudio de las aldeas y de los tipos de asentamientos no puede ser disociado del de los campos. Éste deriva, en igual medida que las casas y las granjas, de las condiciones económicas y sociales y, en las páginas siguientes, se examinará el sistema de cultivo de los campos junto con los asentamientos humanos que rodeaban.

Los establecimientos primitivos, por lo menos en la parte de Europa situada al norte de los Alpes, fueron posiblemente apiñamientos de cabañas, alrededor de las cuales se practicaba una agricultura itinerante. Se roturaban campos pequeños y seguramente irregulares, se cultivaban y luego se abandonaban. Este sistema de *Feldgraswirtschaft* se infiere en Tácito. Probablemente era el que practicaban los eslavos cuando los alemanes se introdujeron entre ellos [27] y, bajo el nombre de *infield-outfield farming* subsistió en

26. A. Meitzen, *Siedlungen und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slaven*, Berlín, 1895.

27. Lubor Niederle, *Manuel de l'Antiquité Slave*, II, pp. 205-210.

partes de Gran Bretaña hasta entrada la Edad Moderna. Hay que suponer que este pequeño núcleo habitado, de sólo unas cuantas familias creció de tamaño; que la tierra se cultivó con más frecuencia y que un sistema de cultivo de campos sustituyó al cultivo irregular de la época anterior. Las condiciones físicas fijaron, en muchos casos, los límites de este proceso de crecimiento; por otra parte, el villorrio podía expandirse hasta constituir una aldea grande y compacta. Esto sólo podía ocurrir donde el suelo era naturalmente fértil, puesto que sólo en tales zonas podía una comunidad rural grande mantenerse con la producción de los campos circundantes.

El pueblo grande desarrolló instituciones y estructuras que diferían sustancialmente de las del villorrio. En éste nunca podía darse la labranza cooperativa; podía no haber suficientes animales para tirar del arado pesado y los campesinos acaso debían trabajar con cualquier otro instrumento ligero. En la aldea grande, por otra parte, se tenía una mayor perspectiva de la mutualidad de la comunidad rural y al mismo tiempo de las restricciones a la libertad individual impuestas por la tiranía de la costumbre. En la época de las invasiones de los siglos IX y X, la mayoría de las comunidades aldeanas de la Europa occidental y central habían pasado o estaban pasando a un cierto tipo de control señorial. Mientras que el asentamiento aislado o aldea era de difícil supervisión, el pueblo era más fácilmente administrable y, dadas sus mayores dimensiones y productividad, el control y la supervisión más efectivos eran más rentables.

El villorrio, si se abandonaba a sus propios procesos internos de desarrollo, podía decantarse hacia cierto sistema de organización de los campos y de participación común de las bestias de labor, prados y bosques, parecida en cierto modo al del señorío bipartito. Cuando un señor tenía participación en las tierras de la comunidad y podía exigir los servicios de sus miembros, el proceso se apresuraba enormemente. Se imponía un *sistema*; lo ocasional se convertía en norma. La reserva se cultivaba merced a los esfuerzos de los campesinos, y se constituía la mutualidad del señor y sus vasallos, cristalizada en los usos y prácticas de la corte señorial.

No puede responderse de un modo simple a la cuestión de cuándo se conformó la comunidad aldeana. Hay ejemplos de comunidades aldeanas que derivaban de las villas del bajo Imperio romano, y los campesinos eran descendientes del antiguo colonato romano y de esclavos. Hay también casos de creación deliberada de señoríos bipar-

hasta el siglo XII, y luego disminuyó, sólo para volver a aumentar en el siglo XV y buena parte del siglo XVI. El descenso de los cultivos en una época en que las roturaciones y la colonización iban en aumento en muchas otras zonas de Europa parece indicar que las zonas marginales de la frontera *interna* se abandonaron al abrirse la frontera externa.

Asentamientos rurales

Las formas que adoptaron los asentamientos rurales en todas las partes de Europa no sólo se vieron influenciadas en alguna medida por las condiciones físicas del terreno sino también —y en un grado muy importante— por el nivel de la economía y de la estructura social de los propios aldeanos. Hace un siglo Meitzen argumentó [26] que la morfología de un asentamiento iba relacionada con los orígenes étnicos de los pobladores; que la aldea compacta y apiñada tenía relación con los asentamientos germánicos; que el modelo de granjas diseminadas era céltico y el circular y vallado, eslavo. Meitzen jugó un papel importante al remarcar la variedad de asentamientos que aparecieron durante la Edad Media, incluso estando equivocado en cuanto al análisis de sus orígenes. Sin embargo, el estudio de las aldeas y de los tipos de asentamientos no puede ser disociado del de los campos. Éste deriva, en igual medida que las casas y las granjas, de las condiciones económicas y sociales y, en las páginas siguientes, se examinará el sistema de cultivo de los campos junto con los asentamientos humanos que rodeaban.

Los establecimientos primitivos, por lo menos en la parte de Europa situada al norte de los Alpes, fueron posiblemente apiñamientos de cabañas, alrededor de las cuales se practicaba una agricultura itinerante. Se roturaban campos pequeños y seguramente irregulares, se cultivaban y luego se abandonaban. Este sistema de *Feldgraswirtschaft* se infiere en Tácito. Probablemente era el que practicaban los eslavos cuando los alemanes se introdujeron entre ellos [27] y, bajo el nombre de *infield-outfield farming* subsistió en

26. A. Meitzen, *Siedlungen und Agrarwesen der Westgermanen und Ostgermanen, der Kelten, Römer, Finnen und Slaven*, Berlín, 1895.
27. Lubor Niederle, *Manuel de l'Antiquité Slave*, II, pp. 205-210.

partes de Gran Bretaña hasta entrada la Edad Moderna. Hay que suponer que este pequeño núcleo habitado, de sólo unas cuantas familias creció de tamaño; que la tierra se cultivó con más frecuencia y que un sistema de cultivo de campos sustituyó al cultivo irregular de la época anterior. Las condiciones físicas fijaron, en muchos casos, los límites de este proceso de crecimiento; por otra parte, el villorrio podía expandirse hasta constituir una aldea grande y compacta. Esto sólo podía ocurrir donde el suelo era naturalmente fértil, puesto que sólo en tales zonas podía una comunidad rural grande mantenerse con la producción de los campos circundantes.

El pueblo grande desarrolló instituciones y estructuras que diferían sustancialmente de las del villorrio. En éste nunca podía darse la labranza cooperativa; podía no haber suficientes animales para tirar del arado pesado y los campesinos acaso debían trabajar con cualquier otro instrumento ligero. En la aldea grande, por otra parte, se tenía una mayor perspectiva de la mutualidad de la comunidad rural y al mismo tiempo de las restricciones a la libertad individual impuestas por la tiranía de la costumbre. En la época de las invasiones de los siglos IX y X, la mayoría de las comunidades aldeanas de la Europa occidental y central habían pasado o estaban pasando a un cierto tipo de control señorial. Mientras que el asentamiento aislado o aldea era de difícil supervisión, el pueblo era más fácilmente administrable y, dadas sus mayores dimensiones y productividad, el control y la supervisión más efectivos eran más rentables.

El villorrio, si se abandonaba a sus propios procesos internos de desarrollo, podía decantarse hacia cierto sistema de organización de los campos y de participación común de las bestias de labor, prados y bosques, parecida en cierto modo al del señorío bipartito. Cuando un señor tenía participación en las tierras de la comunidad y podía exigir los servicios de sus miembros, el proceso se apresuraba enormemente. Se imponía un *sistema*; lo ocasional se convertía en norma. La reserva se cultivaba merced a los esfuerzos de los campesinos, y se constituía la mutualidad del señor y sus vasallos, cristalizada en los usos y prácticas de la corte señorial.

No puede responderse de un modo simple a la cuestión de cuándo se conformó la comunidad aldeana. Hay ejemplos de comunidades aldeanas que derivaban de las villas del bajo Imperio romano, y los campesinos eran descendientes del antiguo colonato romano y de esclavos. Hay también casos de creación deliberada de señoríos bipar-

titos, en los que las relaciones sociales y los sistemas de campos se crearon adaptándolos, tanto como fuese posible, a las tendencias imperantes de cómo debía funcionar una comunidad rural. Es casi seguro que, cuando el abad Suger fundó el pueblo de Vaucresson (ver p. 196), e instaló en él a sesenta familias, era eso, precisamente, lo que estaba haciendo. Y cuando, como aseguraba, incrementó las rentas que el monasterio percibía de ciertas fincas, lo que seguramente hizo fue simplificar y hacer más eficiente la administración y organizar las obligaciones de los campesinos, a fin de que contribuyesen hasta donde les fuera posible a la rentabilidad de la reserva señorial.[28] El caso extremo de la creación de una aldea modelo lo tenemos en la organización de las granjas cistercienses.[29]

La zona de Europa en la que el pueblo de grandes dimensiones, casas apiñadas y rodeado de las tierras de labor era la forma más normal de asentamiento y de utilización de la tierra, de hecho era enormemente limitada. Afectaba buena parte del norte de Francia y de Alemania occidental, pero incluso ahí se abrían grandes áreas con aldeas y asentamientos aislados. Dondequiera que el terreno era más montañoso y los suelos menos fértiles —en las colinas de Perche, en las Ardenas, en las arcillas de la Champaña húmeda, en los Vosgos y en las zonas de colinas dispersas de Alemania— los pueblos grandes y apiñados eran menos frecuentes y la forma normal de asentamiento era la aldea o la granja aislada. También había diferencias en el paisaje, implícitas en la frase medieval «in plano et in bosco», entre las tierras de campos abiertos y pueblos grandes y apiñados, por un lado, y las de pequeños asentamientos y campos cercados, por otro. Wace percibió las consecuencias sociales al escribir: [30]

> Li paisan et li villain
> cil del bocages et cil des plains *

El villano, descendiente de esclavos o colonos, estaba sometido a su señor, obligado a trabajar en su reserva; su vida cotidiana esta-

28. Suger, *op. cit.*, cap. 5.

29. Véase especialmente la granja de Veulerent; Charles Higounet, *La Grange de Veulerent*, París, 1964.

30. Robert Wace, *Roman de Rou*, ed. Hugo Anderson, Heilbronn, 1879, II, 3.ª parte, líneas 819-820.

* El campesino y el villano, / uno en las tierras boscosas y el otro en el llano.

ba limitada en muchos aspectos por reglamentaciones y estaba sujeto al *Feldzwang* de la economía aldeana. En contraste, el campesino, de hecho, era libre; incluso si no tenía el dominio absoluto de sus tierras, podía adoptar las decisiones que más le convinieran, a condición de que pagase la renta a su señor.

El movimiento humano hacia la frontera externa de Europa impuso unas condiciones nuevas y diferentes en sus asentamientos. Aparecieron nuevos modelos de aldeas y de campos en respuesta a las distintas necesidades sociales y económicas. Era, ante todo, un proceso de colonización relativamente disciplinado y ordenado. Las comunidades, conjuntamente con sus herramientas, animales y enseres, eran conducidas al lugar y «asentadas». Probablemente ocupaban tierras vírgenes. Si con anterioridad ya había un poblado eslavo, se le absorbía en el nuevo pueblo y sus campos quedaban totalmente o en gran medida modificados en el proceso. La forma más corriente adoptada por los nuevos establecimientos era la de extenderse a lo largo de una calle. Las casas de los campesinos se alineaban a ambos lados del camino o la senda. Sus fachadas a este camino eran sensiblemente iguales y las tierras de labor, comúnmente constituidas por unos cuantos campos abiertos de grandes dimensiones, se extendían hasta los confines del asentamiento. A veces, las dos líneas de cabañas divergían, dejando entre ambas una zona de césped de forma ovalada o de huso; se trataba del *Angerdorf* de los alemanes o de la *owalnica* de los polacos. En conjunto, era más pulcro y más ordenado que el pueblo apiñado de la Europa occidental. Es poco probable que hubiese reserva por lo menos en el primer o segundo siglo de existencia del pueblo y los campesinos, con toda seguridad, pagaban sus rentas en metálico o en especie. Aunque el pueblo-calle se hallaba sometido a las mismas limitaciones —usos de labranza, siembra y siega, del barbecho, de la utilización común de los campos para pastoreo tras la siega— que el pueblo de campos abiertos del oeste, había sin embargo, un nivel más alto de libertad personal que en el otro. La servidumbre debió ser rara y si el campesinado tuvo que liberarse de ella en los siglos XVIII y XIX, ello se debió a que su situación se deterioró al formarse los grandes latifundios de la Europa oriental a principios de la Edad Moderna (ver p. 548).

En el paisaje de la Europa oriental aparecen diversas variantes del modelo del pueblo-calle. La más corriente era el pueblo forestal o *Waldhufendorf*, consistente, como el pueblo-calle en una doble

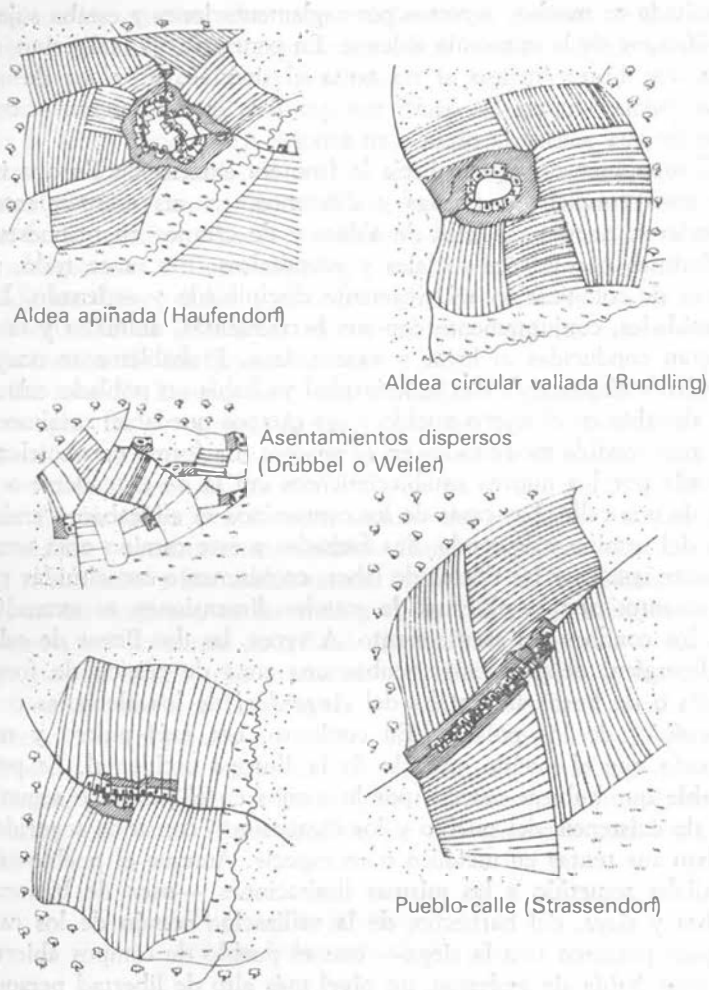


FIGURA 5.3

Planos de aldeas-tipo en la Europa central durante la etapa final de la Edad Media

alineación de casas, pero carente de los campos abiertos de éste. En vez de ello, cada casa disponía en su parte posterior de un lote de tierras cercadas propias, que formaban una franja estrecha de unos 50 o 100 metros de amplitud y que se extendía un kilómetro, o a veces más, hasta los límites de la tierra cultivada. El pueblo forestal fue lo corriente, como de hecho aún lo es, en el país montañoso del norte de Bohemia y del sur de Polonia. Se abría camino, reptando por las faldas de las montañas, a menudo siguiendo un valle a lo largo de varias millas, en sus estrechas franjas cultivadas encaramándose a cada lado en las laderas de las colinas. La aldea de tierras pantanosas, o *Marschhufendorf*, era similar excepto en que las cabañas estaban situadas a lo largo del dique sinuoso construido para proteger las tierras de labor arrebatadas al agua. Las tenencias individuales, formadas en su mayor parte de pastos, se extendían desde la línea de edificaciones por la llanura y las tierras recién drenadas.

Un tipo de aldea, particularmente relacionado con las tierras del este del río Elba que fueron ocupadas y colonizadas por los alemanes en los siglos XII y XIII, era el *Rundling*, o aldea con una valla circular a su alrededor, de manera que los huertos vallados formaban un anillo, dentro del cual los animales domésticos tenían sus corrales. Meitzen lo consideraba una forma de asentamiento específicamente eslavo. Con toda seguridad, no lo era; era una forma particularmente adecuada a las inquietas condiciones de la vida en la frontera. Tanto el pueblo-calle, como el forestal y el *Rundling* aparecen diagramados en la figura 5.3.

La contracción bajomedieval

La economía medieval inició su decadencia con el descenso de la población en el siglo XIV. Ello produjo inevitablemente la contracción del área de cultivo y, por lo menos a nivel local, el abandono de asentamientos. La presión demográfica en el siglo XIII había forzado la colonización y la puesta en cultivo de extensas zonas de tierras marginales. Algunas de ellas, como parece indicar el análisis del polen de la zona del monte Rhön, ya habían sido abandonadas mucho antes. Cabría esperar que, con la contracción del total demográfico en casi un cuarto, se hubiese producido una amplia reduc-

ción de los cultivos y el abandono de buena parte de las tierras más pobres. Hay dos modos en que se puede producir la contracción de los asentamientos y los cultivos.[31] Los asentamientos individuales pueden reducir sus dimensiones; algunas granjas quedaron en ruinas y las tierras más alejadas se abandonaron. La alternativa es el abandono total de algunos asentamientos y la concentración de sus pobladores en un número menor de lugares más favorecidos.

Sin lugar a dudas, se produjeron ambos procesos. En los mapas de propiedades y en los catastros de la alta Edad Moderna aparecen indicios del abandono de campos en las cercanías de las poblaciones grandes. Al mismo tiempo, en algunas áreas de la Europa central, el número de asentamientos que fueron completamente abandonados para no volverlos a ocupar jamás, es tan grande que el fenómeno sólo puede explicarse en términos de la concentración de la población en un reducido número de lugares.

El abandono de asentamientos, lo que los alemanes llaman *Wüstung*, está poco documentado. Generalmente se ha supuesto que se abandonaron a resultas de las epidemias de la segunda mitad del siglo XIV y de la alta mortalidad que produjeron. Lo que se busca es, pues, rastros de la existencia de un determinado asentamiento con anterioridad a la segunda mitad del siglo XIV y su desaparición de los registros después de esa fecha. Hay varios ejemplos de ello. Sin embargo, es mucho más difícil averiguar las dimensiones, tanto antes como después de la peste, de las poblaciones que sobrevivieron. La mayoría de las listas de fogaje se refieren al siglo y medio posterior a la peste negra. Sin embargo, hay suficientes indicaciones para afirmar con toda seguridad que, aunque el descenso demográfico fue general, el *Wüstung* fue un fenómeno local.

El conocido y archicitado trabajo de Abel sobre los asentamientos perdidos de Alemania [32] señala que en la Turingia septentrional desaparecieron los dos tercios de los lugares conocidos, durante la baja Edad Media, y que las pérdidas en Anhalt y en las proximidades de las montañas del Harz orientales sólo fueron ligeramente menores. Al mismo tiempo, en el suroeste de Alemania la proporción era de un quinto o menos y de sólo un tercio en el Palatinado

31. Hans Mortensen, «Die mittelalterliche deutsche Kulturlandschaft und ihr Verhältnis zur Gegenwart», *VSWG,* XLV (1958), pp. 17-36.
32. Abel, *op. cit.*

renano. Estas cifras no pueden entenderse a la luz de lo que sabemos, a menos que supongamos que sólo desaparecieron los asentamientos menores y que se produjo una contracción de población en los mayores.

A menudo se ha dicho que en Francia durante la baja Edad Media, se produjeron escasos abandonos. Esta opinión tiene su fundamento en el estudio del llamado políptico de Eudes Rigaud, que da la relación de las parroquias de la diócesis de Ruán, conjuntamente con el número aproximado de parroquianos. La diócesis se extendía principalmente al norte del río Sena, en una zona de tierras fértiles caracterizada por sus pueblos grandes y apiñados. Los nombres catalogados por Eudes Rigaud pueden identificarse tanto en los mapas del siglo XVIII de Casini como en las hojas topográficas contemporáneas, y no hay duda alguna de que no se produjo pérdida alguna entre las aldeas que dieron sus nombres a las parroquias de la diócesis. Acaso se redujeran —casi seguro que lo hicieron— pero no desaparecieron y las únicas pérdidas que tuvieron lugar fueron granjas y tierras marginales. Las tierras que el conde de Champaña poseía en el distrito de Porcien se reconocieron a principios del siglo XIII.[33] También aquí se pueden identificar y localizar todos sus topónimos en un mapa actual, indicando de nuevo que ninguno de los asentamientos rurales de cierta importancia fue abandonado.

Si hubo alguna pérdida de importancia en los asentamientos de Borgoña, Brabante, Hainaut, Luxemburgo y la diócesis de Lausana, debió ocurrir antes de que se recopilaran las primeras listas de fogaje a principios del siglo XV (ver p. 146). Slicher van Bath ha manifestado la opinión de que los pueblos perdidos fueron comparativamente raros en los Países Bajos, pero admite que se produjo cierta contracción en el número de granjas aisladas, en las tierras pobres de Twente, en el este de los Países Bajos.[34] También en Italia hubo un abandono generalizado de campos y de los asentamientos más apartados, produciéndose, con toda seguridad, la concentración de la población en los pueblos mayores y mejor situados.[35]

33. *Documents relatifs au Comté de Champagne et de Brie, 1172-1361*, ed. A. Longnon, París, 1981, n.os 7.304-7.404.

34. B. H. Slicher van Bath, *The Agrarian History of Western Europe A.D. 500-1850*, Edward Arnold, Londres, 1963, p. 160.

35. P. J. Jones, «The agrarian development of medieval Italy», *Deuxième Conf. Int. Hist. Econ.*, Aix-en-Provence, 1962, París, 1965, II, 69-80.

La conclusión que parece obvia es que en las zonas fértiles y productivas, caracterizadas por los pueblos nucleares, hubo una contracción en las dimensiones de la población, pero que en muy raras ocasiones se llegó al abandono del asentamiento. Por otra parte, hubo, sin duda alguna, un abandono generalizado de asentamientos en algunas regiones de Inglaterra y de la Europa central, pero parece probable que el grueso de los asentamientos abandonados eran de dimensiones reducidas y situados en áreas de productividad marginal. El abandono de tales lugares parece haber ido acompañado de un cierto grado de concentración de la población en los pueblos mayores. Si la datación del polen es correcta (ver. p. 209) tales lugares se abandonaron durante el período de mayor crecimiento demográfico, coincidente con la apertura de la frontera oriental.

Hasta el momento la discusión se ha orientado sobre el supuesto de que el abandono de asentamientos y de campos era consecuencia del descenso de la población durante la baja Edad Media. No hay duda de que ésta fue la causa principal, pero en absoluto la única. Hay pruebas del abandono de asentamientos en fecha tan temprana como el siglo XII, al emigrar sus pobladores primero a zonas periféricas cercanas a sus casas y, más tarde, a tierras mejores pero más distantes. Otras razones del abandono de asentamientos fue la creación de «bosques» para la caza, de granjas para la administración de las posesiones cistercienses, y de cañadas ganaderas en cuanto empezó a subir el precio de la lana. Pero, de todas las razones secundarias del abandono de pueblos, la más importante es la guerra.

La economía rural

El hombre medieval, cuando menos el de las clases más humildes, se alimentaba básicamente de pan. Consumía guisantes y alubias, que eran su principal fuente de proteínas, pero ni la carne ni los productos lácteos constituían una parte importante de su dieta. Por ello, las tierras de pan llevar eran la parte más importante de sus posesiones y, muy a menudo, las únicas partes de su manso que no compartía con nadie. Las estimaciones del área necesaria para la manutención de una familia campesina se expresaban siempre en términos de unidades de tierra de cereales, aun cuando parte de ella debiera de encontrarse siempre en barbecho. Tan sólo en zonas

montañosas y en Escandinavia tenían importancia en la dieta humana los productos procedentes de animales domésticos.

Con todo, la comunidad rural no podía vivir sólo de sus tierras de pan llevar. Los bosques tenían suma importancia. Sin árboles no podían construirse las cabañas ni los techos; sin las ramas secas de los árboles no hubiesen podido obtener la leña necesaria para calentarse en invierno ni para cocer los granos de cereal que de otro modo eran indigeribles. Los bosques, o por lo menos parte de ellos, suministraban la mayor parte de la proteína animal que consumía el hombre medieval. Los prados eran también esenciales, aunque en otro sentido. Proporcionaban heno, y la medida más corriente de los prados era el número de cargas de heno que eran capaces de producir. Sin heno, ni las bestias de labor ni los caballos de montar hubieran podido sobrevivir los inviernos. Los prados eran normalmente la categoría de tierras más escasa y la de más valor por hectárea. Su extensión no podía incrementarse sin grandes dificultades, puesto que sólo se daba en las tierras húmedas y aluviales del fondo de los valles. Los pastos, aunque fuesen silvestres, estaban presentes en la mayoría de las comunidades rurales, pero no tenían corrientemente tanta importancia. Proporcionaban pastos para las ovejas y vacas y, de sus flores, las abejas fabricaban la miel, única sustancia edulcorante.

Pocas eran las comunidades que no disponían de molino, puesto que los cereales panificables habían de molerse para poderlos emplear en el consumo humano. El molino hidráulico había sido raro en la Antigüedad clásica, acaso debido a que la disponibilidad general de mano de obra esclava había hecho innecesario el uso de fuerza mecánica. El molino hidráulico, activado en un principio por una pequeña rueda movida por el agua al discurrir, fue haciéndose cada vez más corriente durante la alta Edad Media y el molino manual fue desapareciendo de las cabañas, y en su lugar se colocó la rueca y el huso y a veces también un telar alto y estrecho. La lana, obtenida de las ovejas del lugar, junto con el lino y el cáñamo, que los campesinos cultivaban en sus propios huertos, suministraba las vestiduras necesarias. La bebida principal era una cerveza ligera, normalmente fruto de la maceración de la cebada malteada, pero también en casos de necesidad, hecha de avena o de cualquier otro cereal disponible. También, aunque sólo ocasionalmente, se utilizaba el lúpulo para dar sabor a la cerveza. Normalmente había una *camba*,

o fábrica de cerveza, a donde los campesinos llevaban sus granos malteados para hacerse la cerveza, del mismo modo que llevaban sus granos a moler en el molino del señor.

Tal era la comunidad rural autosuficiente. El área que controlaba era reducida. El pueblo nuclear del norte de Francia podía controlar, por término medio, unas 2.000 hectáreas. En esta tierra la comunidad debía mantener el equilibrio entre las distintas utilizaciones de la tierra. Cualquier extensión del área de cereal podía producir la escasez de madera para la construcción o de leña. Había, además, que separar de la tierra de cereal una parte para la manutención de los animales de labor sin los cuales no podía labrarse la tierra de pan llevar.

Las páginas precedentes han trazado a grandes rasgos la extensión de la colonización y la agricultura en la alta Edad Media y su contracción en las últimas centurias. En el punto álgido de la expansión medieval, a fines del siglo XIII y principios del siglo XIV, la densidad de la población rural seguramente era tan elevada como sería en cualquier otro momento de la historia de Europa y, en algunas zonas, probablemente no podía ya incrementarse sin ir acompañada de cambios importantes en la tecnología agrícola.[36]

Se ha dicho que los factores de la contracción agrícola bajomedieval fueron el deterioro del clima y el agotamiento, o por lo menos el empobrecimiento, del suelo. Y, por cierto, una teoría sobre la decadencia bajomedieval ha partido de esos supuestos. Sin embargo, no hay pruebas concluyentes de que ninguno de esos dos factores fuesen determinantes. En primer lugar, el suelo puede erosionarse y destruirse, pero no se agota fácilmente, ni pierde sus sustancias nutritivas hasta el punto de que no pueda producir una cosecha. Si un terreno se sembrara continuamente con un mismo tipo de cosecha, sin abonarlo con estiércol, sus rendimientos irían disminuyendo durante un cierto número de años, hasta alcanzar un nivel mínimo, pero ese nivel, con absoluta certeza, se mantendría. El hombre medieval no sembraba sus campos de un modo intensivo, por lo que sólo obtenía un rendimiento muy bajo (ver p. 232). Además, rotaba sus cultivos y practicaba el barbecho, y cuando emplea-

36. Basándose en suposiciones teóricas, se ha establecido que los suelos de la mejor calidad no habrían proporcionado el sustento de muchas más de 75 personas por km², teniendo en cuenta las condiciones de la tecnología medieval; según W. van Egmont, de la Universidad de Indiana, en un trabajo no publicado.

ba el sistema *infield-outfield*, la tierra podía quedar durante varios años sin sembrar. Finalmente, estaba al corriente del valor de las margas y del estiércol, y, de hecho, utilizaba el escaso volumen de ambos de que disponía.

Las informaciones que nos han llegado no indican que los rendimientos descendieran durante la baja Edad Media.[37] A decir verdad, todo apunta hacia lo contrario. Claro que puede argüirse que, puesto que se redujo el área de cultivo y las tierras marginales se abandonaron, cabía esperar que los rendimientos, por término medio, aumentaran. Además, podría decirse que el aumento de los rendimientos medios de las buenas tierras podría encubrir un cierto grado de deterioro de las menos buenas. Todo ello es muy probable, pero el nivel de mejoría en los rendimientos durante los siglos XIV y XV descarta totalmente el argumento del deterioro del suelo, como fenómeno generalizado. Sin embargo, a escala local sí que hubo una cierta pérdida de suelo. Tierras de labor arrebatadas a las marismas volvieron a inundarse en el siglo XV. Hay ciertas pruebas de que las tierras de los valles inundables de muchas regiones, pero especialmente en la Europa central, se volvieron incultivables. Sin duda habría entonces, igual que ahora, ciertos suelos secos dejados en barbecho que el viento arrastraría, y el corrimiento de suelos en las laderas de las colinas que hubiesen podido cultivarse. Pero esos fueron fenómenos a escala exclusivamente local. No hay pruebas de un deterioro del suelo amplio y progresivo.

La otra cuestión del cambio climático durante la baja Edad Media no puede despacharse tan fácilmente. Hay muchas indicaciones de que durante los siglos XIV y XV hubo veranos húmedos que no permitieron madurar a las cosecahs, inviernos rigurosos que las helaban en el suelo y también heladas primaverales e inundaciones desastrosas. Hay también una gran probabilidad de que, a ello, se añadiera un cambio cíclico del clima durante los últimos años del siglo XIII, y de ello hay algunos indicios en los análisis del polen y en los anillos de los árboles. Con toda seguridad, el cambio climático tomó la forma de un aumento en la actividad tormentosa, una mayor pluviosidad y unos veranos más frescos y nubosos. Es imposible precisar si ello afectó a las cosechas y hasta qué punto. Las tasas de rendimiento mejoraron algo durante la baja Edad Media pero,

37. Especialmente B. H. Slicher van Bath, «Yield ratios», *AAGB*, X (1963).

como se ha visto, algunas tierras marginales, que habrían incluido los suelos de los valles inundables y las tierras de marisma, quedaron inútiles para el cultivo. La mejoría resultante acaso pudo compensar favorablemente el deterioro debido a las condiciones climáticas más frías y húmedas.

Las cosechas

Los campos que rodeaban todo asentamiento medieval se dedicaban, en su mayor parte, al cultivo de cereales panificables. Éstos suministraban la casi totalidad de los alimentos y consumían la mayor parte del trabajo campesino. El año del campesino se organizaba a partir de las labranzas de otoño y primavera, la siembra y la siega de las cosechas de cereal. Los grandes graneros de los monasterios se construyeron para almacenar cereales; la abundancia o escasez de éstos era lo que dictaba el bienestar o el hambre del campesino.

En la mayor parte de Europa, independientemente del sistema de campos que se practicase, generalmente se efectuaba una rotación en tres etapas, consistentes en una cosecha sembrada en otoño, otra en primavera y un barbecho que preparaba la tierra para la siguiente siembra otoñal. Las variaciones sobre esta rutina venían marcadas por la calidad del suelo, las veleidades del tiempo o las necesidades humanas. A veces una siembra primaveral seguía a otra siembra primaveral, por ejemplo, cuando las heladas invernales o las inundaciones destruían el grano sembrado en otoño, antes de que lograse germinar y crecer.[38]

Los cereales preferidos eran el trigo y el centeno. No eran los granos grandes y refinados a los que está habituado el agricultor actual, sino variedades más pequeñas y menos resistentes que, mediante un proceso de selección inconsciente, habían evolucionado a partir de los granos silvestres de la Antigüedad. El centeno apareció en la Europa central ya en el período histórico y la avena se diseminó, con toda seguridad, como una mala hierba de los sembrados de trigo. El trigo y el centeno se liberaban de sus cáscaras o glumas al ser ba-

38. Según se refiere en *Le Journal d'un Bourgeois de Paris sous le règne de François I^er^ (Collection de Textes)*, París, 1910, p. 155, en 1522-1523, la dureza del frío invernal echó a perder toda la cosecha de trigo sembrada en otoño «tellement qu'il convint de nouveau ressemer les dictz bledz».

tidos; se molían fácilmente y la harina que producían era panificable. Las variedades medievales de trigo y de centeno tenían un crecimiento relativamente lento. En toda Europa había que sembrarlos en otoño y maduraban normalmente entre junio y agosto. No se daban bien en suelos pobres o ácidos y sucumbían fácilmente a los rigores de un invierno duro. Sin embargo, había variantes que se adaptaban, hasta cierto punto, a su medio físico. Entre ellas se encontraba el *dinkel*, una variedad de trigo resistente que se cultivaba mucho en el norte de Suiza y en Suabia, y la espelta, una variante del trigo, que era común en los Países Bajos y en la Baja Renania.

Las más importantes de las cosechas primaverales eran la avena y la cebada, a veces mezcladas bajo el nombre de *meteil*, *maslin* o mestura. Se sembraban corrientemente en marzo y se las describía a menudo como *tremois*, o cosechas a tres meses. En áreas de suelos pobres rendían mejor que el trigo o el centeno y quedan pocas dudas de que en algunas zonas se las sembraba cuando no eran posibles otras cosechas. El políptico de Prüm, gran parte del cual hace referencia a áreas de suelos pobres y poco fértiles, señalaba que en Aldenselen, en los Países Bajos, había unos terrenos que producían avena «cuandoquiera que se siembre». En Vilancia, en el Eifel, había siete campos donde sólo se sembraba avena. Ésta raramente se sembraba en el sur de Europa, donde el verano largo y seco hacía difícil para una cosecha «a tres meses» crecer y madurar antes de que el calor y la sequía la secasen.

La avena era una de las cosechas más difundidas en el norte de Europa, porque podía crecer en casi cualquier suelo. Sin embargo, tenía las grandes desventajas de ser difícil de batir y de moler y de producir una harina que no «subía» al hornearla. Se utilizaba para pienso de caballos, se malteaba para fabricar cerveza cuando no se disponía de suficiente cebada y, de modo ocasional, para el consumo humano de los pobres menesterosos. Los registros de San Pantaleón de Colonia refieren, en palabras que recuerdan las acerbas críticas del doctor Johnson a los hábitos alimenticios de los escoceses, que el monasterio recibía grandes cantidades de avena que se empleaba para alimentar a los caballos del señor abad y a cualquier viajero que pudiera llegar al monasterio.

El objetivo de los terratenientes monásticos, y sin duda también de los laicos, era imponer un ritmo de cosechas regular porque, dentro de las limitaciones impuestas por el clima, de ese modo se podría

obtener un suministro constante de alimentos. Tampoco quedan dudas de que ese objetivo tropezó con la resistencia del campesinado, y la obligatoriedad del sistema de cosechas medieval a menudo parece haberse impuesto tras arduos enfrentamientos. Sin lugar a dudas, el señor podía generalmente ordenar las cosechas en su reserva y hay abundantes referencias de haberse practicado el sistema de tres hojas en campos de dimensiones sensiblemente iguales, pero hay que hacer salvedades en cuanto a los campesinos. Guillaume de Ryckel, que durante el siglo XIII fue el abad de Saint-Trond, en las proximidades de Lieja, se vio forzado a llegar a un acuerdo con un grupo de campesinos por el que

> todo aquel ... que laboree la dicha tierra, durante seis años [de su concesión] puede sembrar lo que mejor le parezca y en cualquier cantidad que le plazca. Sin embargo, en los seis años siguientes, observarán y seguirán las prácticas de siembra comunales, y así, en el primer año sembrarán trigo o centeno, en el segundo año, cebada o avena o cualquier otro grano que se acostumbre a sembrar en primavera, y el tercero no sembrarán nada en esa misma tierra.[39]

El sistema de tres hojas normal se supone que debiera rendir aproximadamente cantidades iguales de granos sembrados en otoño y primavera. En realidad sólo raramente se cumplía esta ecuación, a tenor de las cifras disponibles. En la granja de Veulerent, perteneciente a la abadía de Chaalis, la tierra de cereal estaba dividida en tres partes (*in tres aristas*), cuyas áreas y uso agrícola era el siguiente:[40]

I)	365 1/2 arpentas	trigo
II)	323 arpentas, 9 perchas	barbecho
III)	333 arpentas, 10 perchas	grano mezclado

Pero esta operación tan eficiente pertenecía a los cistercienses y la realizaban sus propios *conversi*. Más a menudo nos encontramos

39. *Le Livre de l'abbé Guillaume de Ryckel (1249-1272)*, Gante, 1896 (traducción del autor).

40. Charles Higounet, «L'assolement triennal dans la plaine de France au XIII^e siècle», *Acad. Ins. CR* (1956), pp. 507-512; véase también el mismo autor, *La Grange de Veulerent, op. cit.*

con el modelo distorsionado debido a la mayor demanda de cereales panificables —trigo y centeno—; por las condiciones del suelo y del clima, que podían hacer preferibles las cosechas de siembra primaveral; por la voluntad de los campesinos, o por las exigencias de sus señores. Las rentas se pagaban, a menudo, bajo la forma de cereales de siembra otoñal. Según el cuaderno de Guillaume de Ryckel,[41] la abadía de Saint-Trond precisaba anualmente:

trigo	227	modios
centeno	291	»
espelta	40	»

mientras que de las tierras de la reserva obtenía:

Siembra otoñal			Siembra primaveral		
trigo	400	modios	cebada	15	modios
centeno	410	»	avena	40	»
espelta	170	»			

Las exigencias del monasterio y el suministro proveniente de las tierras que controlaba se decantaban generalmente en favor de los granos panificables de siembra otoñal. Pueden tomarse los pagos de diezmos para percibir con más aproximación el sistema de cosechas seguido por los campesinos: se nota la preponderancia de los granos no panificables, cebada y avena. Sólo muy raramente hallamos pruebas claras del uso amplio y generalizado del sistema de tres hojas, en el que las cosechas de siembra otoñal y primaveral y el barbecho se van sucediendo. En todas partes hallamos indicios de que el mercado o el señor exigían un excedente de trigo o de centeno, mientras que el suelo o el clima eran tal vez más apropiados para el cultivo de avena y de cebada. Una solución, allí donde lo permitían las condiciones del suelo y del clima, consistía en revertir al sistema de dos hojas, tal como se continuaba practicando en buena parte de la región mediterránea, alternando trigo, cebada y barbecho. En la región sumamente urbanizada de la Renania media, donde había una gran demanda de granos panificables, nos encontramos con que

41. *Le Livre de l'abbé Guillaume de Ryckel*, pp. 97 y 356; la espelta pudo haber sido sembrada en primavera.

el sistema de las tres hojas, que producía gran cantidad de avena y de cebada que no hallaba salida, dio paso al sistema de dos hojas que, si bien producía menos volumen global de granos, sí que producía una mayor cantidad del trigo o del centeno deseado.[42]

Un examen más atento del cuaderno de Guillaume de Ryckel pone de manifiesto no sólo el desequilibrio entre los granos otoñales e invernales sino también las características claramente definidas del modelo de cultivo. Había fincas en las que parece que sólo se sembraban centeno y avena; otras que producían principalmente centeno y espelta (¿acaso se sembraba ésta en primavera?) o espelta y avena, o avena y cebada, o sólo avena. Hace falta estudiar esos modelos de cultivo sobre el trasfondo del suelo, del nivel de agua en los campos y otras condiciones físicas sobre las que el campesino ejercía poco o ningún control. Uno se pregunta: ¿dependían esas variaciones de la estructura institucional de la comunidad, de una costumbre inmutable de la aldea y de las características de las rentas convencionales?, ¿era difícil o imposible al campesino adquirir la simiente necesaria para cambiar sus métodos de cultivo?

El modelo de agricultura cerealística evidenciaba unas características regionales profundamente marcadas. Había zonas en las que dominaba una sola cosecha o por un par de ellas en producción conjunta. Lo que nos hace falta es un mapa de Europa que muestre cuantitativamente la participación de cada cereal en el conjunto de la producción.

El caso más explícito es la región mediterránea, con su sistema de dos hojas y la predominancia del trigo y de cebada de siembra otoñal. Sin embargo, hay evidencia de que se efectuaron intentos, en el sur de Francia, y acaso en otras partes, de introducir un sistema de tres hojas, con una cosecha de siembra primaveral. La cuenca de París y el norte de Francia son las únicas partes de Europa de las que se puede decir sin lugar a dudas que se practicó ampliamente un sistema de tres hojas y que había un cierto equilibrio en la producción de ambas categorías de granos. El trigo era tal vez el cereal de otoño más importante, mientras que la avena era la que predominaba entre los de siembra primaveral. Aún así, había muchas áreas dentro de esta región donde la rutina de las cosechas era sumamente

42. Etienne Juillard, «L'assolement biennal dans l'agriculture septentrionale: le cas particulier de la Basse-Alsace», *AnnG*, LXI, (1952), pp. 34-45.

irregular. Al oeste de la cuenca de París, en la región del *bocage* de la Francia noroccidental, con su predominancia de aldeas y *bordagia* diseminados, no había con seguridad un sistema establecido. Se cultivaba normalmente centeno y avena y de los suelos más pobres se obtenían cosechas irregulares de avena. Parece probable que en las buenas tierras de Hainaut, Brabante y Lieja se practicase, sobre todo, el sistema de tres hojas, aunque en esta última provincia es donde se encontró el erróneo sistema de cosechas de Saint-Trond. En las tierras ricas de la Baja Renania, de Sajonia y de Bohemia parece haberse practicado un sistema que proporcionaba unas cantidades sensiblemente iguales de cosechas de siembra otoñal y primaveral. Pero en el resto de las regiones no puede decirse con seguridad que se practicó ningún sistema específico.

El cultivo del suelo

Durante la Edad Media se generalizó el uso del arado pesado por la mayor parte de Europa. Era un instrumento aparatoso, dotado de ruedas que controlaban la profundidad del surco; una cuchilla que practicaba en el suelo una incisión vertical y una orejera que socavaba la tierra y le daba vuelta. De ese modo, el arado no sólo enterraba los hierbajos sino que sacaba a la superficie una capa inferior del suelo en la que el agua filtrada concentraba los nutrientes de las plantas. Este tipo de arado se encuentra ilustrando multitud de manuscritos medievales (figura 5.4) y, cuando el Sieur de Joinville, se encontraba en Egipto durante la cruzada de Luis IX, expresó su sorpresa al observar que los fellahin araban «con un arado sin ruedas».[43] Con solo que hubiese echado una mirada a la Europa occidental hubiese notado que el arado con orejera no siempre iba con ruedas.

El labrador del diálogo de Aelfrico, decía de su trabajo:

> trabajo intensamente; salgo al alba, llevo los bueyes al campo y los enyugo al arado. Nunca el frío del invierno es tan intenso como para que permanezca en casa, pues temo a mi señor. Pero cuando ya los bueyes están uncidos al arado, y con la reja y la hoja aseguradas, debo labrar cada día todo un acre, o más.[44]

43. Señor de Joinville, *Life of Saint Louis*, XL, 188. Habría que añadir que no todos los arados medievales dotados de reja y orejera llevaban ruedas.

44. Aelfric de Eynsham, en A. R. Benham, *English literature from Widsuth to Chaucer*, Yale Univ. Press, 1916, p. 26.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE PRESCADO

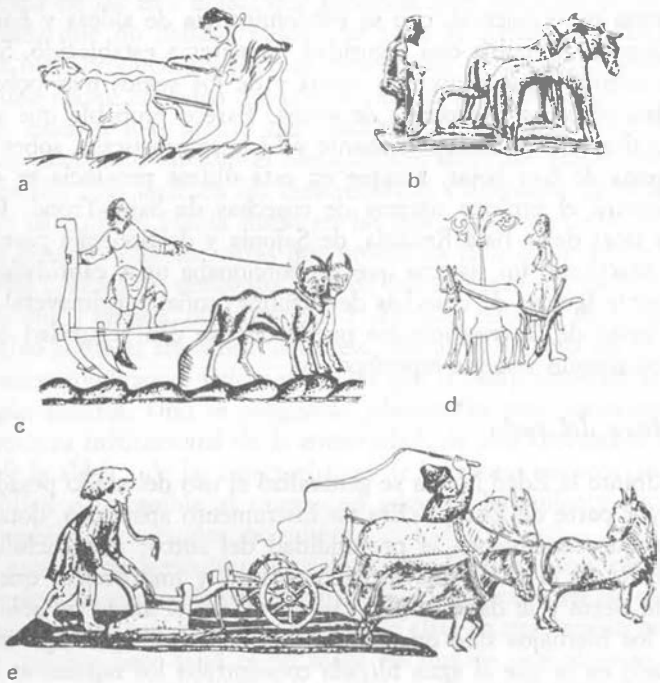


FIGURA 5.4

Tipos de arados

a) y *b*) arados livianos de la época clásica; *c*) arado liviano de comienzos de la Edad Media en la Europa noroccidental; *d*) arado liviano de Moravia, siglo XI; *e*) arado pesado de Bohemia, siglo XIV.

Fue el arado pesado, la *carruca* de los registros, el que roturó los suelos de arcillas pesadas del norte de Europa y las tierras boscosas del este. Normalmente iba tirado por varios pares de bueyes, aunque al evolucionar el tipo de arnés, especialmente tras la adopción del collar acolchado, permitieron el empleo más general del caballo. Walter de Henley recomendaba la adición de una pareja de caballos a la yunta de bueyes, combinando de ese modo la mayor rapidez de aquéllos con la fuerza de éstos.

El arado pesado era complicado de girar y estaba ideado para trazar largos surcos antes de tenerlo que volver. La labranza de un día era un «jornal» o acre, como se ve, una medida sumamente variable. En Inglaterra era, normalmente, una franja de 220 yardas por 22. En las tierras de Saint-Rémy, las franjas variaban de tamaño ostensiblemente, pero por regla general, eran mayores que las inglesas. En los campos diminutos que rodeaban a las aldeas del noroeste de Alemania eran mucho más pequeños. No había un patrón preestablecido ni para la jornada de labranza ni para las yuntas, aunque acaso haya que suponer que las cortas franjas que se encontraban en los campos de algunas aldeas estaban en relación con el menor número de animales disponibles.

El método de labranza consistía en practicar primero un surco en medio de la franja y luego, a cada lado por turno, voltear la hierba hacia el medio de la franja. Lo que se lograba era amontonar la tierra paralelamente al centro de la franja, produciendo un patrón corrugado de «caballete y surco» o *Hochaker*. La pauta podía invertirse, claro está, labrando en primer lugar los límites de la franja y volteando el suelo hacia el exterior. El que no se hiciera así parece indicar que habría algunas ventajas en tener surcos y caballetes. Los surcos podrían favorecer el drenaje e, incluso en tierras llanas, podría haber tenido sus ventajas el disponer de caballetes elevados por encima del nivel del suelo. «Y cuando tus campos están sembrados —escribía Walter de Henley—[45] haz que las tierras pantanosas y que las tierras inundadas estén bien acaballanadas, a fin de que el agua circule libremente y así el suelo se libre del agua.»

Los suelos arcillosos del oeste de Europa no hubiesen podido ser roturados ni cultivados sin la ayuda del arado pesado. Puede cuestionarse el que ese arado fuese igualmente útil y estuviese su uso extendido en suelos ligeros. En la zona de la cuenca parisiense y del norte de Francia, donde se utilizaba el sistema de tres hojas, su uso fue seguramente general, puesto que, en caso contrario, Joinville hubiese conocido el arado ligero. Pero sería sorprendente que un instrumento más liviano no hubiese sido conocido y utilizado en las regiones del *bocage*, en el oeste, donde incluso en tiempos modernos se seguía utilizando el arado de reja y el *caschrom*. Tampoco

45. Dorothea Oschinsky, *Walter of Henley*, Oxford University Press, 1971, texto 322-332; comentario 361.

en las zonas de frontera del este de Europa el arado pesado llegó a desplazar del todo al ligero.

El arado tradicional eslavo era un instrumento sencillo de madera.[46] Se utilizaban de dos tipos; uno de ellos tenía un codo (figura 5.4) y cortaba el suelo abriéndolo; el otro tenía una base horizontal equipada con casquillo metálico. Se deslizaba por el suelo arrancando hierbas y facilitando el crecimiento de las plantas, y era a todas luces una gran mejora respecto al arado de codo. Ambos arados se conocían desde el Báltico hasta Grecia. Un fresco del siglo XIII en Znojmo (Moravia) representa al rey Premysl de Bohemia con un arado sencillo de codo, tirado por dos bueyes (figura 5.4d). Claro que puede tratarse de un motivo arcaizante deliberado, pero, por lo menos, deja claro que los arados más rudimentarios eran aún habituales en esa fecha en los límites de la Ostmark. Poca duda cabe de que el arado pesado con ruedas y orejera se introdujo procedente del oeste y por lo menos queda la presunción de que fueron los alemanes quienes lo introdujeron. Es digno de señalar que el tipo de arado más sencillo —*araire*— siguió utilizándose bien entrados los tiempos modernos en aquellas zonas del este y del sudeste de Europa en las que no se establecieron los alemanes.

Se acepta generalmente que el tipo de arado condicionaba la forma y la disposición de los campos. Por descontado que se podían labrar franjas con un arado ligero y, por el contrario, pequeños campos cuadrados con uno pesado, pero en esos casos hacía falta mayor derroche de energía y a la larga no hubiese sido rentable. Debemos suponer que en un principio, cuando se dispusieron los campos, se hizo en función de las demandas técnicas de las herramientas empleadas, sin tener en cuenta los cambios que posteriormente iban a sufrir.

Las tareas de labranza eran las obligaciones más pesadas que recaían sobre el campesino, y no hay duda alguna de que la tierra se labraba perfectamente. La figura 5.5 muestra la frecuencia de labranza en el sistema normal de tres hojas. Los campos se araban antes de la siembra. Walter de Henley recomendaba que los surcos fuesen «pequeños y bien dispuestos, uno al lado del otro, para que

46. Bertrand Gille, «Recherches sur les instruments du labour au moyen âge», BEC, vol. 120 (1963), pp. 5-38; Lubor Niederle, *Manuel de l'Antiquité Slave*, París, 1926, II, pp. 186-192.

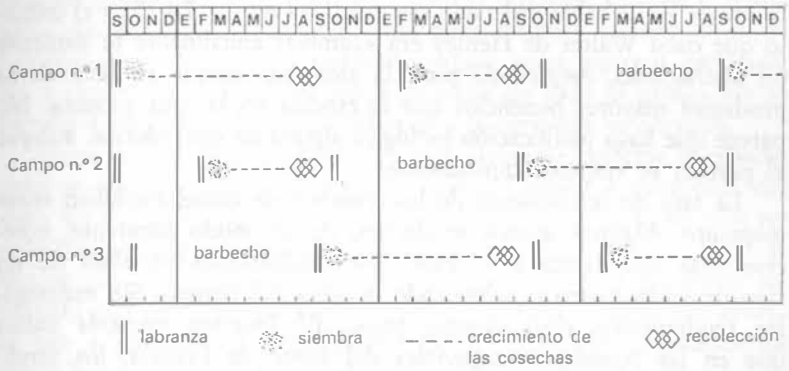


FIGURA 5.5

Secuencia de la labranza, la siembra y la recolección en un sistema de tres hojas

la simiente pueda caer uniformemente». Se sembraba al voleo y luego se pasaba una traílla por el campo para cubrir las simientes con tierra.

El grano se cosechaba con la hoz. A menos que se necesitara la paja para embardar, se cortaban las espigas muy por encima del suelo y los rastrajos se enterraban con la nueva labranza. Walter de Henley recomendaba que se enterrara en el suelo de ese modo tanta paja como fuese posible. Posteriormente, la hoz fue sustituida, por lo menos a nivel local, por la guadaña, que segaba cerca del suelo. De este modo, se dispuso de una mayor cantidad de paja, que se esparcía en los establos y retornaba finalmente a los campos en forma de estiércol.

Los diezmos se tomaban, normalmente antes de que se retiraran las gavillas de los campos. Luego se batía el grano y una porción de él se reservaba para simiente del año próximo. En el norte de Europa se batía en el granero con la ayuda de un mayal juntado y era una tarea que se realizaba comúnmente en los días oscuros de otoño e invierno. Sólo en los otoños mediterráneos, cálidos y secos, se realizaba al aire libre la tarea del batido y aventado. Era costumbre de ciertos grandes terratenientes el sembrar semillas procedentes de otros campos o de diferentes fincas. Carlomagno, en su *Capi-*

tulare de Villis había ordenado esa práctica (ver pp. 74-75) y el consejo que daba Walter de Henley era «cambiar anualmente tu simiente en Michaelmas, *empleando* pues la simiente crecida en otra tierra producirá mayores beneficios que la crecida en la tuya propia». No parece que haya justificación biológica alguna de esa práctica, aunque al parecer se respetó ampliamente.

La tasa de rendimiento de las cosechas de cereal oscilaban enormemente. Algunos granos producían, de un modo constante, cosechas más abundantes que otras; los rendimientos variaban de un tipo de suelo a otro y, sobre todo, a causa del tiempo. Sin embargo, los rendimientos eran siempre bajos. El *Brevium exempla* indica que en las posesiones imperiales del norte de Francia, los rendimientos a menudo eran inferiores a tres a uno y raramente mucho más de tres. Las escasas informaciones confirman que los rendimientos durante el período carolingio eran normalmente bajos, indicando de igual modo, que se utilizaba poco o nada de estiércol. Por otra parte las posesiones de Thierry d'Hireçon, en Artois, a principios del siglo XIV rendían las más de las veces ocho a uno, llegando un año a alcanzar once a uno.[47] Pero tenía un buen número de animales y, por las cuentas que se han conservado parece que utilizaba el estiércol ampliamente. La cebada era el cereal que normalmente producía más altos rendimientos, seguida por el centeno y el trigo, y con la avena en último lugar. Sin embargo, es difícil hacer tales comparaciones porque, a menos que nos enfrentemos con un sistema típico de tres hojas, siempre queda la sospecha de que los cereales panificables *par excellence* se cultivaban en los mejores suelos y la avena, poco apetecida, quedaba limitada a los más pobres.

Pocas eran las comunidades rurales que no disponían de molino. Los tiempos en los que el ama de casa o un esclavo molían los granos en un molino manual ya habían pasado a la historia. La rueda hidráulica apareció en la alta Edad Media y se difundió rápidamente. El *Domesday Book* da relación de más de 5.000 molinos en más de 3.000 comunidades distintas a fines del siglo XI en Inglaterra.[48] La razón es fácil de comprender, la creación de un molino era una inversión muy provechosa para el señor, siempre que éste pudiese

47. J.-M. Richard, «Thierry d'Hireçon: agriculteur artésien», BEC, LIII (1892), pp. 383-416 y 571-604.

48. Margaret T. Hodgen, «Domesday water mills», *Antiquity*, XIII (1939), páginas 262-279.

obligar a sus vasallos a utilizarlo. Con el creciente control señorial sobre los señoríos, no resultaba una tarea difícil y las relaciones de rentas y otros documentos similares indican unos ingresos importantes y crecientes al tomar el señor su parte de todo el grano que se llevaba a moler en el molino señorial o al arrendar su servicio.

Parte del cereal se malteaba. A este efecto se prefería la cebada, pero se utilizaba más a menudo la avena. Cuando a principios del siglo XII el hambre azotó a Flandes, el conde ordenó que no sólo no se utilizase avena en la fabricación de cerveza, sino que en su lugar se hiciera pan, de modo que los pobres, por lo menos pudieran sobrevivir con pan y agua.[49] Buena parte de la malta (*bracia*) que aparece tan a menudo en los registros de las obligaciones campesinas debió hacerse a base de avena.

Ya se ha dicho algo acerca de las grandes cantidades de grano que algunos de los monasterios más ricos recibían anualmente de sus reservas, así como en forma de rentas o diezmos. Como excedían normalmente a sus propias necesidades, el sobrante se vendía en el mercado. Sin esto no hubiesen crecido las ciudades, ni se hubiera desarrollado la artesanía rural. Debemos imaginarnos un gran contingente de pequeños negociantes yendo de aldea en aldea comprando el excedente de los campesinos y, sin duda alguna, haciendo préstamos con la garantía de la siguiente cosecha, mientras que los mercaderes, que operaban a una escala mayor, adquirían los granos almacenados en los graneros monásticos y los enviaban por carreta o por barco a mercados distantes. Thierry d'Hireçon vendía su importante excedente en las ciudades de Flandes y, en una ocasión, fletó dos barcos cargados desde el pequeño puerto fluvial de Aire hasta Gante.

Alrededor de cada cabaña en la comunidad aldeana había un huerto vallado. En realidad, el campesino no poseía otra tierra que ese pequeño terreno. Allí cultivaba unas cuantas hortalizas y uno o dos árboles frutales; también podía tener una vaca lechera o una cabra e incorporaba al suelo todo el estiércol de que disponía. El huerto era la principal fuente de *companagium,* el acompañamiento a su monótona y desequilibrada dieta cerealística. Alubias y guisantes eran esenciales en una alimentación que, por otra parte, se basaba en su mayor parte en almidón. Con todo, constituyen uno de los aspectos más oscuros de la agricultura medieval, en parte debido a

49. Gualberto de Brujas, cap. 3.

que el producto de los huertos no estaba sometido normalmente al pago de los diezmos y raramente aparecía en las obligaciones del campesino para con su señor. Se cultivaban plantas que eran variantes domesticadas de plantas salvajes que aún crecían en los campos y bosques circundantes: cebollas, coles y nabos.[50] El número de tales plantas se incrementó enormemente en el siglo xv, cuando se domesticaron y difundieron ciertas variedades procedentes del mundo árabe.

En las huertas de los ricos ya hacía tiempo que se cultivaban muchas plantas y hierbas exóticas. Carlomagno había ordenado que se cultivaran en los señoríos imperiales (ver. p. 79) una lista impracticablemente larga de ellas, pero en el siglo xv se hubiera podido encontrar en los huertos de los *châteaux* de buena parte del Occidente europeo una variedad de especies que poco tendría que envidiar a la de Carlomagno. Sin embargo, en el huerto del campesino seguramente se producía poca cosa más que guisantes, alubias, coles y nabos. Es probable que los guisantes y las alubias se cultivaran también en los campos de cereales en rotación con los granos y a menudo se los incluía con los *bladum minutum,* los «granos menores».

A fines de la baja Edad Media el cultivo de hortalizas se había convertido en una ocupación especializada en las proximidades de las ciudades grandes. En los mercados locales se vendían verduras frescas, así como raíces comestibles de larga conservación. Los «huertos de mercado» se encontraban, la mayoría de las veces, en suelos aluviales y húmedos, frecuentemente inundados en invierno, en el fondo de los valles. Era allí, en las tierras pantanosas, el *marais,* donde los *maraîchers*, u hortelanos de mercado, cultivaban sus productos para venderlos en el mercado de la ciudad cercana. Los *hortillonages* situados por el valle del Somne, más abajo de Amiens, son una de las muchas reliquias de esa práctica medieval. Las cosechas alimenticias debían compartir el suelo con las plantas industriales, que jugaban un papel menor pero importante en la economía medieval. Las más importantes de éstas eran el cáñamo y el lino. Se daban mejor en climas lluviosos y en suelos húmedos y bien fertilizados. Eran más bien cosechas del norte de Europa que de las regiones

50. Roger Grand y Raymond Delatouche, *L'agriculteur au Moyen Âge, de la fin de l'Empire Romain au XVI^e siècle*, París 1950, pp. 329-355.

meridionales, pero el cáñamo seguramente se cultivaba en la mayoría de las comunidades rurales, normalmente en huertos pequeños y cercados. El cáñamo se cultivaba para fabricar sogas y cordeles que en la Edad Media se empleaban tanto como hoy en día. El lino se cultivaba esencialmente para las manufacturas de lienzos. Ambas plantas precisaban de grandes esfuerzos para plantarlas, arrancarlas, humedecerlas y enriarlas, hacer estopa, o quebrar las fibras tiesas y convertirlas en hilo manejable. Pero se trataba de una labor que no precisaba de gran habilidad y que podía llevarse a cabo en las cabañas de los campesinos. Los polípticos de los siglos IX y X reseñan que la producción de fibras vegetales era considerable y que los ovillos de lino ocupaban un lugar prominente entre los impuestos que los campesinos debían pagar a sus señores. Algunas regiones, ya fuese por las condiciones naturales para el cultivo del lino y del cáñamo, ya fuese debido a la acertada administración de sus señores, adquirieron una buena reputación y categoría la producción de esos cultivos. De ese modo, Bretaña se hizo famosa por sus cuerdas y sus lonas gruesas y los Países Bajos y el sur y el oeste de Alemania por su lino y sus lienzos (ver pp. 366-367).

Viticultura

Entre las cosechas especializadas de la Edad Media la más importante era el fruto de la viña. El consumo de buen vino, como el uso de paños caros, era un indicio del rango y una forma de consumo ilustre. La Iglesia precisaba del vino para las celebraciones litúrgicas, aunque no hay pruebas de que la calidad del vino tuviese ninguna importancia. El cultivo de la viña se había extendido durante el período clásico por buena parte del Imperio romano. Tan sólo en Britania y en el noroeste de la Galia faltaba por completo el vino. Dion ha planteado [51] que ciertas áreas cercanas a los límites del cultivo de la viña y favorecidas por buenos medios de transporte se convirtieron en abastecedores de vino de las más distantes regiones del Imperio. Una de esas zonas era el valle del Ródano. Allí la viticultura estaba plenamente desarrollada y resistió a las invasiones germánicas.

51. Roger Dion, *L'Histoire de la vigne et du vin en France des origines au XIX^e siècle*, París, 1959.

Los polípticos del siglo IX indican que el cultivo de la viña estaba muy extendido en zonas donde hoy carece de importancia o incluso es desconocido.[52] La lentitud y dificultades del transporte medieval inclinó a ciertos señores en zonas tan al norte como Artois y Flandes, Mecklemburgo y Brandeburgo, a producir su propio vino, costumbre que progresivamente se fue abandonando al desarrollarse el comercio y poderse disponer de vinos de mayor calidad procedentes de los viñedos meridionales.

Prácticamente, cada señorío de las zonas viticultoras de Europa tenía un pequeño viñedo. En algunas regiones, en especial en aquellas donde se combinaba un clima favorable con la facilidad del transporte, la viticultura comercial se desarrolló hasta casi excluir las demás actividades agrícolas. En los valles del Ródano y del Saona, junto a las cabeceras del Sena y de sus afluentes, en los valles del Mosela y del Rin, en la región de Burdeos y el Tirol, y en el límite austríaco de la llanura húngara, los viñedos cubrían gran parte de la tierra cultivada. Había viñedos alrededor de las grandes ciudades del sur de Francia, de Alemania meridional y de Italia, a menudo en régimen de pequeñas propiedades, que trabajaban los propios habitantes de las ciudades. A mediados del siglo XIII, Fra Salimbene observaba que en el valle del Yonne, cerca de Auxerre, «la gente no siembra nada, cosecha nada, ni guarda nada en sus graneros. Todo lo que han de hacer es mandar sus vinos a París, por el río cercano ... la venta del vino en esa ciudad les produce pingües beneficios que les permiten costear la alimentación y el vestuario».[53]

El cultivo de la vid era una tarea llena de exigencias, la plantación y el cuidado de las cepas requerían mucho tiempo y representaban una gran inversión, cuyos beneficios se producían a largo plazo. Pocos eran los campesinos capaces de mantener viñedos por su propia cuenta. En el mayor de los casos podían aspirar a poseer un pequeño viñedo en régimen de aparcería. Una forma corriente de tenencia consistía en ceder un pequeño terreno a un campesino a condición de que plantase y cuidase de las vides hasta que hubiesen crecido. Al expirar el contrato, cuando el viñedo empezaba a producir, se dividía entre el señor y el campesino, quien de ese modo se hacía

52. A. Demangeon, «La vigne en Picardie», *AnnHES*, I (1929); I. B. Nordhoff, *Der vormälige Weinbau in Norddeutschland*, Münster, 1877.

53. La versión castellana se hace sobre la traducción de *University Library of Autobiography*, II, p. 96.

propietario de una pequeña finca pero muy valiosa. La mayoría de los grandes viñedos de la Edad Media, cuyos vinos solicitaban los mercaderes y los ricos compraban ansiosamente, los administraban directamente sus señores, ya fuesen seculares o eclesiásticos, por norma general con ayuda de mano de obra asalariada.

El olivo siguió cultivándose en la Europa meridional, aunque hay dudas de que en parte alguna fuese tan importante como lo había sido en tiempos del Imperio romano. No hay indicaciones de la existencia de un comercio de aceite de oliva de importancia, aunque se exportaba de Apulia y Sicilia.[54] No hay que buscar las razones lejos. No había cultivo más vulnerable a la guerra que el olivo. Normalmente, los árboles no producían hasta los veinte años y, una vez destruidos no era probable que se volviesen a plantar dada la inseguridad de la época. Sin embargo, muchos monasterios del sur de Francia poseían olivares y se reseñan olivos —a veces un solo árbol— entre las posesiones de campesinos particulares.

Ganadería

Para mucha gente, la cría de animales era sólo una actividad marginal. El campesino necesitaba de un buey que, uncido junto con el de su vecino, tirase del arado. Acaso tenía una vaca y un cerdo o dos en el bosque, pero la mayoría de los animales domésticos eran propiedad del señor. La principal limitación a la cría de animales era la escasez de forraje para el invierno. Se cultivaba un poco de alverja pero, por regla general, no había más que heno para alimentar a los animales durante el invierno. Los bueyes de labor tenían prioridad en cuanto a forraje y se daba avena a los caballos y a veces a las vacas. Se soltaba algunos animales en el bosque y a los que sobrevivían al invierno se les volvía a estabular en primavera. En otoño había una matanza general de cerdos y el tocino salado era, la mayoría de las veces, la única carne que algunas gentes probaban en su vida.

Una consecuencia del reducido número de animales que se cuidaban en la mayoría de los señoríos era la poca disponibilidad de

54. Georges Yver, *Le commerce et les marchands dans l'Italie méridionale au XIII^e^ et au XIV^e^ siècles*, París, 1903, pp. 104-105.

estiércol. El hombre medieval tardó en comprender que el aumento del número de animales domésticos podía producir un incremento en los rendimientos agrícolas. Cuando a fines de la Edad Media, comenzaron a mejorar las tasas de rendimiento, habría que atribuirlo, por lo menos en parte, a la mayor disponibilidad y utilización de estiércol.

Si bien el campesino poseía pocos animales domésticos, su señor, normalmente, poseía un buen número de ellos. En cualquier señorío respetable habría suficientes bueyes para una o dos yuntas. Tendría unas cuantas vacas, más con fines de cría que por la leche, mantequilla y queso que pudiesen producir, y podía criar ganado para venderlo a los carniceros de la ciudad próxima. Mantenía una cuadra con caballos. Él y su séquito viajaban a caballo; el caballo era un instrumento de guerra, así como una señal de prestigio, elevando literalmente al caballero por encima del nivel de la masa del campesinado. El principal alimento del caballo, aparte de hierba y heno, era la avena y la gran extensión del cultivo de la avena, a pesar de sus bajos rendimientos, hay que relacionarla con su importancia en la alimentación de los caballos.

El cerdo era el único animal que se criaba exclusivamente por su capacidad de producir carne. Los cerdos se encontraban en todas partes, excepto en el sur de Europa. Se alimentaban de basura, pero su principal fuente alimenticia estaba en el bosque, donde comían bellotas y hayucos. El bosque alto se medía por su capacidad de alimentar a los cerdos; «bosque para tantos cerdos» era una cita habitual en los inventarios de los señoríos y las típicas ilustraciones medievales de las labores de cada uno de los meses representaban frecuentemente los quehaceres de noviembre como bastoneando los frutos del haya y del roble en provecho del rebaño de cerdos voraces que aparecía escarbando más abajo.

Desde tiempos prehistóricos existía la tendencia de que el número de ovejas era inversamente proporcional al de cerdos. Éstos pacían en el bosque; aquéllas en los claros cubiertos de hierba donde antaño había bosques.

La expansión de los cultivos en el neolítico a expensas del bosque parece haber ido acompañada por la reducción del número de cerdos y el aumento del de otros animales. Se valoraba a las ovejas principalmente por su lana. La calidad de los vellones variaba considerablemente de una parte de Europa a otra. El valor que se le daba

a la lana inglesa, española o norteafricana no sólo dio lugar a un importante comercio, sino que, inevitablemente, produjo la concentración del pastoreo. Las ovejas que producían lana de buena calidad se transportaban de un país a otro. Las ovejas merinas del norte de África fueron llevadas a España y cruzadas con las especies indígenas, derivándose una sustancial mejoría en la calidad de la lana española.

Los registros dan una impresión falsa del número de animales domésticos porque, por regla general, sólo se refieren a la reserva señorial. Mientras que se detallaban las obligaciones de los campesinos, no se hace lo mismo con las partidas activas. De ese modo, disponemos de informaciones abundantes de grandes rebaños de las reservas, mientras que tenemos poca documentación referente a la inexistencia relativa de animales en posesión de los campesinos. Los cuatro grandes señoríos carolingios del norte de Francia estaban excepcionalmente bien dotados y el registro, contenido en el *Brevium exempla* da una relación muy detallada de los animales. Agrupados según las cuatro categorías amplias, éstos son los totales:

	Annapes	Vitry	Cysoing	Somain	Total
caballos	72	101	53	62	288
ovinos	127	53	30	42	252
cerdos	365	250	160	250	1.025
ovejas	470	220	358	450	1.498

En esos señoríos del Artois ya en el siglo IX se evidenciaba la marcada predominancia de las ovejas sobre los cerdos, acaso reflejando una demanda creciente de lana en lo que iba a convertirse en la región pañera de los Países Bajos. Los libros de cuentas de Thierry d'Hireçon, llevados en la misma zona unos cinco siglos después señalan que, por entonces, la predominancia de las ovejas estaba más claramente marcada. El número total de los animales domésticos, así como la proporción entre las distintas especies, cambió a lo largo de la Edad Media.[55] Hay razones para creer que en las tierras fértiles, como, por ejemplo, en partes de la cuenca de París, la crianza

55. Wilhelm Abel, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft*, Stuttgart, 1962, pp. 85-89.

de animales declinó al irse extendiendo los cultivos por bosques y eriales. En otras partes, por ejemplo, en el norte de Francia y en Inglaterra, la expansión del mercado de la lana llevó a un aumento en las dimensiones de los rebaños. Sin embargo, en Alemania, en especial en el este, donde los bosques continuaron siendo extensos, los cerdos fueron numerosos y tuvieron gran importancia. El número de bueyes de labor debió de incrementarse al extenderse los cultivos, pero las vacas lecheras continuaron siendo escasas, excepto en unas cuantas zonas, entre ellas las tierras drenadas de los Países Bajos y de la costa del norte de Alemania. Las cuentas del conde de Flandes del año 1187 muestran buenas extensiones de tierras de pastos y las *vaccaria*, o granjas lecheras, le producían, con sus quesos, unos ingresos considerables.[56]

También en los Alpes las vacas lecheras tuvieron importancia en la Edad Media, como la habían tenido en la época romana. Por suerte, la economía de muchos de los valles alpinos de Austria nos es conocida gracias a los *Urbäre*, o evaluaciones territoriales de las posesiones de varios monasterios austríacos.[57] En los valles se habían establecido comunidades aldeanas autosuficientes y habían logrado producir cereales de clima frío, como el centeno y la avena, además de forraje. La cría de ganado y los productos lácteos revestían importancia en los registros más antiguos. La presión demográfica obligó a esas comunidades a ampliar sus perspectivas y a extender sus actividades hasta niveles más altos, en las montañas, donde no se podía obtener cosecha alguna, pero la hierba abundaba en la época estival. En las altas pendientes establecieron unas bases de montaña, que generalmente consistían en un apiñamiento de chozas pequeñas y mal construidas, conocidas como *swaigae* o *Swaighofe*. Las habitaban en verano y, en algunas de ellas, puede que los pastores y los rebaños de vacas hayan permanecido todo el año (compárese con el ejemplo noruego de pp. 204-205). En la *swaiga*, se ordeñaba a las vacas y se fabricaba queso. Las rentas de innumerables asentamientos alpinos se hacían efectivas en queso, que era, por lo demás, el principal producto de exportación de toda la región.[58]

56. *Le Compte Général de 1187 connu sous le nom de Gros Brief et les institutions financières du comté de Flandre au XII^e siècle*, eds. A. Verhulst y M. Gysseling, CRH, Bruselas, 1962.

57. Alfons Dopsch, *Die landfürstlichen Urbare Nieder— und Oberösterreichs aus dem 13. und 14. Jahrhundert*, Viena, 1904 y ss.

58. Véase también Phillipe Dollinger, *L'évolution des classes rurales en Bavière*,

Muchos de los animales de los asentamientos alpinos estaban sujetos a migraciones estacionales entre las poblaciones de los valles, en donde se practicaba algún tipo de agricultura y los prados altos, donde sólo se podía pastorear en verano. Esta práctica transhumante fue lo que posibilitó el aprovechamiento al máximo de las tierras marginales. No sólo se practicaba por toda la región alpina, sino también en los Pirineos y en los Apeninos. Un registro provenzal [59] refiere que en invierno unas 20.000 ovejas descendían de los Alpes a los pastos invernales de Saint-Maximin, al este de Aix, y que, unos cuantos años después, un rebaño de unas 1.400 cabezas partió para las montañas situadas en las tierras de los hospitalarios de Manosque, en el valle del Durance. Tanto Provenza como el Languedoc se convertían en invierno en una inmensa cañada de transhumancia. Se establecían peajes para las ovejas migradoras y se permitía a los rebaños detenerse y pacer en las tierras limítrofes a sus rutas migratorias siempre que dejaran tanto estiércol como hierba comían.

En muchas otras partes de Europa se registraban movimientos migratorios estacionales de tipo similar. La economía de los Pirineos era muy parecida a la de los Alpes.[60] También en los Apeninos se producía un movimiento estacional entre las tierras de pastoreo de verano y las de invierno. Las montañas de los Abruzos y de la Basilicata, al igual que en la época clásica, servían de punto de reunión de pastores y rebaños procedentes de Campania, los llanos de Apulia y las demás tierras bajas litorales que bordean la península itálica. También, como en tiempos romanos, se extraían impuestos de las ovejas transhumantes. El monasterio de Camaldoli, en los Apeninos septentrionales, arrendaba sus pastos en la montaña a los propietarios de unos rebaños enormes, que en invierno pacían en la Maremma toscana.[61] En la Campania romana, alternativamente explotada por los papas y saqueada por sus enemigos, la agricultura decayó hasta convertirse —según palabras de J. W. Thompson— en «un desierto

---

París, 1949, pp. 438-441; Thérèse Scalfert, *Le Haut Dauphiné au moyen âge*, París, 1926; Pierre Duparc, «Une redevance féodale al-pestre: l'Auciège», BEC, vol. 105 (1944), pp. 99-122.

59. Citado en Duby, *op. cit.*, p. 147.

60. P. Tucoo-Chala, «Forêts et landes en Béarn au XIV^e siècle», *Ann. Midi*, LXVI (1955), pp. 247-259.

61. P. J. Jones, «A Tuscan monastic estate in the later Middle Ages: Camaldoli», *JEccH*, V (1954), pp. 168-183.

anegado al que ya [en el siglo XIV] descendían los pastores con sus rebaños desde los Abruzos, como hacen hoy».[62]

El más amplio y mejor organizado de tales movimientos transhumantes era, sin embargo, el que se desarrolló en España. En el transcurso de la Edad Media fue configurándose un gran movimiento transhumante entre los pastos de las tierras del norte, donde las ovejas pasaban el verano, y las de Castilla la Nueva, el valle del Guadalquivir y las llanuras litorales. Su funcionamiento venía marcado por las condiciones climáticas y la disponibilidad de pastos. Las migraciones estacionales de las ovejas eran allí un fenómeno que venía de tiempo atrás. Posiblemente era anterior a la conquista romana; la ley visigoda la ratificó, garantizando a los pastores el derecho a utilizar sus rutas migratorias, pero sólo adquirió importancia internacional y dimensiones gigantescas tras la reconquista de la meseta a los musulmanes. La despoblación y destrucción resultantes de la guerra no sólo dejó vastas extensiones útiles para pastos, sino que también retiró obstáculos a las propias migraciones. A su vez, la cría de ovejas era una de las pocas actividades que se podían practicar en las llanuras secas y desiertas de España.

Los pastores acostumbraban a reunirse en mestas locales para repartirse los animales descarriados y discutir sus problemas comunes de salvaguarda de los pastos y de las rutas migratorias, o cañadas, de las intrusiones de los agricultores. En el año 1273 el rey Alfonso X de Castilla, conocido por el Sabio, otorgó una carta a todos los pastores de su reino fundando la Mesta nacional, que siguió creciendo en importancia hasta el siglo XVI.[63] Hacia el año 1520 el número de ovejas controladas por la Mesta ascendía a tres millones. La raza de las ovejas fue muy mejorada al introducir, en el siglo XIII, el merino del norte de África. La calidad de la lana mejoró y, al declinar las exportaciones de Inglaterra, España se convirtió en el principal abastecedor comercial de lana. Su comercio produjo un gran incremento en las dimensiones de los rebaños y sentó las bases del poder político de la Mesta. Hasta el siglo XIX las migraciones dos veces al año de los rebaños y el mantenimiento de los pastos junto a las cañadas continuaron impidiendo la extensión de los cultivos.

62. J. W. Thompson, «Serfdom in the medieval Campagna», *Wirtschaft und Kultur: Festschrift zum 70. Geburstag von Alfons Dopsch*, Leipzig, 1938, pp. 363-381.

63. Julius Klein, *The Mesta*, Harvard University Press, 1920, p. 27 [trad. cast.: *La Mesta*, Madrid, 1936].

La reserva señorial

En gran parte de la Europa occidental y central, la reserva señorial, allí donde no procedía del sistema de la villa del bajo Imperio romano, se formó con la acumulación de incontables parcelas de terreno adquiridas por compra o donación. El proceso de formación de la reserva y de organización de las obligaciones y prestaciones de los campesinos continuó durante el siglo XIII e, incluso, en algunas partes de Europa, en el siglo XIV. En otras partes, el proceso de constitución de la reserva señorial ya hacía mucho tiempo que había concluido, y en otras regiones estaba revirtiéndose, y las reservas se alquilaban y parcelaban. El cultivo de la reserva realizado con el trabajo de los vasallos villanos no era una norma universal. Seguramente, sería cierto afirmar que era habitual en la región donde se practicaba el sistema de las tres hojas y de pueblos nucleares del norte de Francia, y que se extendía hacia el noreste, hacia Hainaut y Brabante hacia el Rin. Incluso en esta región había muchos asentamientos en los que el señor no disponía de reserva y percibía las rentas de sus arrendatarios en metálico o en especie.[64] Al oeste de la región de campos abiertos del norte de Francia, el señorío bipartito, en el que los campesinos suministraban la mano de obra para el cultivo de la reserva, era un caso raro, pero en absoluto desconocido. También en Alemania se trataba de una situación sólo normal en unas cuantas zonas, especialmente las que se habían colonizado en la época carolingia. En las demás partes era poco corriente, y en las regiones recientemente colonizadas era realmente raro. Como en el caso de Francia, en Italia, la reserva, el *mansus indominicatus*, era frecuente pero no un caso generalizado.

El siglo XII fue un período de cambio en lo que se refiere a las relaciones de propiedad entre el señor y el campesino. En esta época el papel del dinero en la economía iba en alza y comenzaba a establecerse el mercado de propiedades agrarias. Aún se seguían haciendo donaciones a los monasterios y demás instituciones religiosas, pero en un grado muy inferior al de los siglos precedentes. La tabla

64. Véase G. Fournier, *Le peuplement rural en Basse Auvergne durant le haut moyen âge*, París, 1962, pp. 284-306.

siguiente evidencia que la generosidad de los laicos en el condado de Namur declinaba en la baja Edad Media.[65]

Número de donaciones a la abadía de:

	Floreffe	Geronsart	Waulsort
1100-1200	87	9	17
1200-1250	53	29	20
1250-1300	38	27	5
1300-1350	11	2	3
1350-1431	5	10	8

Los señores, que en períodos anteriores hubiesen donado sus tierras a las casas religiosas, ahora las vendían. Incluso las instituciones eclesiásticas precisaban de dinero. Era ese un período de ambiciosas empresas constructoras. La reconstrucción de la abadía de Saint-Denis, por Suger y las dificultades que encontró para reunir el dinero necesario, o los continuos problemas financieros de Pedro el Venerable, en Cluny deben haber sido un ejemplo de lo que acontecía en centenares de otras instituciones, lo mismo que en las familias laicas. Al mismo tiempo, las necesidades financieras de los señores se vieron incrementadas al añadirse los costos de los peregrinajes y cruzadas, la construcción de castillos y mansiones solariegas y los requerimientos de consumo de artículos de lujo. Ambos tipos de terratenientes se inclinaron a vender las parcelas pequeñas y las tierras extremas de sus propiedades, al mismo tiempo que consolidaban las tierras que reservaban y las administraban con una mayor eficacia. Un buen ejemplo de este proceso nos lo brindan las propiedades de Saint-Bavon, en Gate.[66] Los señoríos se habían creado, ahí, en una fecha relativamente tardía —principalmente en el siglo XI— al reunir varios minifundios, cumplimentándolos con la puesta en cultivo de tierras de erial. Las obligaciones de los campe-

65. L. Genicot, «L'évolution des dons aux abbayes dans le Comté de Namur du X^e au XIV^e siècles», *XXX^e Congrès de la Féderation Archéologique et Hist. de Belgique, 1935*, Bruselas, 1936, pp. 133-148.

66. A. E. Verhulst, *De Sint-Baafsabdij te Gent en Haar Gronbezit*, Verhand van der K. Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Latteren en Schone Kunsten van Belgie, Klasse d. Letteren, 30, 1958.

sinos no llegaron a estar plenamente organizadas con anterioridad, y en el siglo XIII, el monasterio comenzó a desprenderse de las tierras de la reserva, cediéndolas a cambio de una renta en metálico.

Las necesidades de los dueños de los señoríos iban aún más lejos. Los servicios estereotipados de sus vasallos en poco podían ayudar a generar el dinero que necesitaban. Pareció más interesante alquilarles parte de la reserva, ya fuese como un todo o fragmentada en varios mansos, y conmutar los servicios de labranza, que debían prestar los campesinos y que ya no eran necesarios, por una paga en metálico. La tendencia no aparece tan clara, y es muy probable que primero se produjera la conmutación de los servicios de los campesinos y luego siguiese un período en que el cultivo de la reserva se realizaba a base de jornaleros antes de que fuese finalmente alquilada. La historia del cultivo de la reserva, en la Europa continental, permanece oscura. Hubo señores que quisieron hacer más remunerativas sus tierras exigiendo el cumplimiento total de las obligaciones y los pagos de los campesinos a los que tenían derecho, rebajando la condición de éstos, y añadiéndoles nuevas cargas. Obtuvieron cierto apoyo en los estudios del derecho romano, por entonces en boga, que subrayaban la condición de esclavo. Había una cierta tendencia entre los leguleyos a equiparar al villano semilibre —una situación apenas considerada en el derecho romano— con el esclavo, cuya situación era totalmente conocida por los abogados. Un movimiento parecido iba a ocurrir algunos siglos más tarde en la Europa oriental (ver p. 548).

Sin embargo, la tendencia generalizada en gran parte de la Europa occidental y central estaba orientada hacia la elevación de la condición del campesino, eliminando la servidumbre y estableciendo los contratos de arrendamiento mediante pagos en dinero. La progresión de este movimiento no es fácil de documentar al detalle, pero en los pliegos de rentas y en los registros censales nos encontramos con cada vez más obligaciones del campesino fijados y seguramente pagados en términos de dinero. En la abadía bávara de Baumburg[67] la mayoría de las obligaciones se conmutaban, en el siglo XII, por pagos en especie, mientras que a mediados del siglo XIII,

67. Dollinger, *op. cit.*, pp. 144-152, 513; del mismo autor «Les transformations du régime domanial en Bavière au XIII[e] siècle d'après deux censiers de l'Abbaye de Baumburg», *Moyen Âge*, LVI (1950), pp. 279-306.

la mayor parte de las tierras se arrendaban por dinero. A principios del siglo XIV incluso la granja cisterciense de Veulerent, cuya cuidada administración ya ha sido comentada, se arrendaba por dinero. La secuencia de polípticos y registros censales del monasterio alsaciano de Marmoutier también indica el abandono gradual del cultivo de la reserva y el aumento de una relación monetaria entre la abadía y sus arrendatarios.[68]

En su forma más extrema, la retirada de la obligación de prestaciones y pagos en especie revistió la forma de una carta de franquicia. La comunidad rural pasaba a ser libre. Ya no tenía que pagar el *chevage* (capitación) ni el *heriot*,* ni realizar servicios pesados e inesperados, ni estar sujeta a otras obligaciones cuasi-serviles. El deseo de los campesinos de adquirir *status* libre era apremiante, pero el precio por la libertad era con frecuencia muy elevado. El señor nunca abandonaba la totalidad de sus prerrogativas: seguía extrayendo altos alquileres; los beneficios del tribunal señorial, en su mayoría procedentes de las multas impuestas a los campesinos, eran muy elevados, y exigía un pago cada vez que una parcela de tierra cambiaba de manos. Y en cuanto a la propia franquicia, el pago era, a veces, desproporcionado, excediendo en mucho las posibilidades de la comunidad y obligando a los campesinos a tener que soportar una deuda enorme durante un buen número de años.[69]

Por norma general, el señor siguió conservando el molino y lo alquilaba al molinero. El *ban* incluía el monopolio de la moltura del trigo y podía poner el precio que deseara por moler el grano de los campesinos. Al mismo tiempo, en el aspecto político, comenzó a exigir tributos, por representar el poder legítimo a escala local. En Inglaterra el rey logró conservar el monopolio de esta función y los impuestos sobre personas y propiedades se pagaban al *Exchequer*. Sin embargo, en gran parte de la Europa continental, la *taille*, o talla se la quedaba el señor. Era arbitraria y opresiva; por lo general iba ligada a la tierra y, en algunos casos, se convirtió en la mayor fuente de ingresos señorial.

De este modo, parece que el campesino sustituyó una tiranía por

68. Ch.-E. Perrin, *Essai sur la fortune immobilière de l'abbaye alsacienne de Marmoutier aux X^e et XI^e siècles*, Estrasburgo, 1935, pp. 83-84.

* Derecho del señor a apoderarse del mejor animal o de la pieza de ajuar que prefiera a la muerte del vasallo. (*N. de ed.*)

69. Duby, *op. cit.*, p. 243, cita algunos casos excepcionales.

otra; había conseguido el *status* de hombre libre pero retenía muchas de las obligaciones cuasi-serviles. Aunque la tendencia hacia los pagos en dinero y un *status* personal más elevado era general en toda Europa, hubo algunas zonas donde no se produjo. Por lo general se trataba de áreas remotas, alejadas del flujo principal de la vida medieval y, en ellas, en algunos casos, se mantuvo la servidumbre y las prestaciones de servicios hasta el siglo XVIII.

La conmutación de los servicios campesinos por un pago en metálico produjo una serie de condiciones beneficiosas para el cultivador. El período vino marcado por un alza de precios y la caída del valor real del dinero. Con ello, el poder adquisitivo de las rentas pagadas se reducía y representaba una fracción menguante de los ingresos de la familia campesina. Por supuesto, el señor trató de remediar la situación extrayendo en forma de *taille* y en pagos por el uso del molino lo que perdía en alquileres. No siempre tuvo éxito y hubo campesinos cuya condición material se vio mejorada marginalmente con la conmutación de servicios y la compra de su liberación de las cargas serviles.

La extensión de los cultivos y de la colonización, especialmente en los siglos XII y XIII, fue acompañada por la elevación del *status* del campesino. La orla de asentamientos pequeños y habitualmente aislados que se extendía alrededor de los pueblos mayores y más antiguos estaba habitada, por lo general, por campesinos libres que pagaban sus rentas en dinero. Estaban demasiado alejados de la reserva como para que se les exigiera que colaboraran en su cultivo y sus tenencias eran demasiado pequeñas como para molestarse en transportar hasta el granero el pago de sus rentas en especie. «Por regla general —escribía Verriest refiriéndose al condado de Hainaut— [70] las tierras puestas en cultivo en el siglo XIV se arrendaban, ya fuese en dinero o en especie.» En la frontera oriental de la colonización predominaban condiciones parecidas. Sin embargo, las rentas se pagaban a veces en especie, acaso debido a la insuficiencia del dinero en circulación.

Además, puesto que buena parte del grano con que se pagaban las rentas iba a ser vendido, era más conveniente y seguramente más

70. L. Verriest, *Le Régime seigneurial dans le Comté d'Hainaut du XI^e siècle à la Révolution*, Lovaina, 1956, p. 73.

beneficioso para el señor venderlo por su cuenta. Algunos registros [71] del siglo XIV se refieren a las grandes cantidades de grano, en su mayor parte centeno, que se transportaban por el Elba desde las tierras recientemente colonizadas al este del río hasta Hamburgo. La permanencia de los pagos en especie, en lugar de su conmutación por dinero, marcó el comienzo del empeoramiento de la condición del campesinado de la Europa oriental. En seguida se produjo su reducción a la condición servil como reacción a las condiciones de los mercados en el oeste en los siglos XV y XVI.

El proceso conjunto de alquilar la reserva señorial y conmutar los servicios de los campesinos se inició antes en Italia y seguramente se llevó más lejos que en la mayor parte del resto de Europa. Las propiedades, en particular las de la Iglesia, habían sido anteriormente muy extensas, como lo demuestra el examen de las posesiones de Santa Giulia de Brescia y de Bobbio. Por lo demás, parece que consistían en su mayor parte de señoríos bipartitos, que, sin duda alguna, en muchos casos derivaban de las antiguas villas romanas. En el siglo X, los monasterios comenzaron a fragmentar sus reservas, segregando parcelas de tierra para recompensar a algunos y para ganar la buena fe de otros. De hecho, Gerberto de Aurillac, como papa Silvestre II, se quejó de la generosidad innecesaria de Bobbio. Algunas de estas alienaciones se hacían nominalmente, por un número determinado de años y a cambio del pago de una renta. Sin embargo, muy a menudo, las tierras se perdían para siempre y la percepción de las rentas o los servicios se hizo difícil, cuando no imposible. De las tierras de la reserva de San Martín de Luca, a fines del siglo XI, no quedaba ni rastro. Todo se había perdido. Lo mismo ocurría en las posesiones laicas. Había que recompensar a los partidarios; hacía falta dinero, y, sobre todo, las clases terratenientes tendían a trasladarse a las ciudades, donde preferían vivir, como rentistas de los réditos de sus propiedades rurales. El cultivo de la reserva puede que se continuase practicando en regiones remotas de Italia, pero en el país, en su conjunto, la agricultura había pasado, en el siglo XIII, a manos de los campesinos libres. Fra Salimbene describía que durante las guerras entre güelfos y gibelinos, en el

71. E. Engel, «Bürgerlicher Lehnbesitz, bäuerliche Productenrente and ältmarkisch-hamburgische Handelsbeziehungen im 14. Jahrhundert», *HGB*, LXXXII (1964), páginas 21-41.

siglo XIII, los ciudadanos de muchas de las ciudades del norte de Italia proporcionaban guardias armados a los campesinos, mientras trabajaban en los campos cercanos. Seguramente los campesinos no habitaban en las ciudades, pero posiblemente eran ciudadanos los propietarios de los campos.

En España la situación era similar a la del centro y el este de Europa por la misma razón. Protegidas por las montañas del norte, había grandes propiedades, señoríos bipartitos y campesinado servil. Más hacia el sur, en las llanuras de Castilla la Vieja y más tarde la Nueva, se repoblaba la tierra a medida que los moros se retiraban hacia el sur. Lo mismo que en la Europa central, los *locatores* organizaban el transporte y el establecimiento de grupos de campesinos, quienes, como sus homólogos de la Europa central, gozaban de un grado superior de libertad personal que aquellos que permanecían en el norte. También en España, especialmente en Castilla la Nueva, grandes extensiones quedaron casi despobladas y sin ningún señor reconocido. En estas circunstancias, los jefes de las huestes norteñas, en el ejercicio de su derecho de *aprisio*, se labraron grandes propiedades. Este fue el origen de los latifundios en España. Los campesinos libres que se establecieron en ellos, con el tiempo, fueron quedando sometidos lo mismo que aquellos de las grandes posesiones del este. Más a menudo, los campesinos compraron cierta protección al precio de aceptar cierto grado de subordinación a un señor.[72]

En la primera época de la Edad Media, se tenía, en la mayor parte de Europa, una idea clara de cuánta tierra precisaba una familia. Se trataba del manso o *hoba*, una superficie de tierra de cultivo de dimensiones variables pero que, por término medio, oscilaba entre las diez y las quince hectáreas. Puede que hubiese una época en la que cada familia dispusiese de ello, pero ya en el siglo IX los polípticos indican que muchos de los mansos se habían dividido. Durante los tres siglos siguientes los mansos fueron divididos y subdivididos hasta que el cuarto de un manso se tomó como medida, ya que no suficiente, la única posible a la que una familia campesina podía aspirar. A finales del siglo XIII y principios del siglo XIV, la estructura de las tenencias campesinas presentaba un cuadro de absoluta confusión,

72. Robert S. Smith, «Medieval agrarian society in its prime: Spain» *CEH*, I, 1966², pp. 432-448; J. Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1972⁵, pp. 134-135.

con infinidad de tenencias reducidas a unos cuantos *journaux* o jornales. Una inspección llevada a cabo a principios del siglo XIV en el señorío de Longueil, en Normandía, puso de manifiesto la extrema subdivisión de las tenencias, en la que las menores se habían visto reducidas a sólo media *verge* —aproximadamente, un octavo de acre—.[73] Dubled ha indicado[74] una división límite de las tenencias en Alsacia, y Genicot en el condado de Namur.[75] En tres pueblos de este condado, a fines del siglo XIII, la mayoría de las tenencias campesinas contaban con seis hectáreas y eran muchas las que tenían menos de dos. En el señorío de Beauvrequem, por lo menos el 43 por 100 de los campesinos disponían, cada uno, de menos de dos hectáreas.

El caso más extremo de fragmentación y división de las tenencias campesinas se encontraba, seguramente, alrededor de las ciudades. En alguna medida fue la consecuencia del cultivo más especializado e intensivo adoptado a fin de abastecer al mercado urbano; hasta cierto punto, también era un reflejo de los intereses agrícolas suplementarios de muchos de los ciudadanos y de su tendencia a invertir en la compra de pequeños lotes de tierra. Los casos extremos de subdivisión se hallarían probablemente en Flandes y en los alrededores de París. En un pueblo flamenco, más de los dos tercios de sus familias no disponían, cada una, de más de una sola arpenta (más o menos un acre) de viñedo o de tierra de cereal, y en otras seis, tan sólo tenían dos. El *Veil Rentier*,[76] un políptico de los alrededores del año 1275, de las tierras de Jehan de Pamele-Audenarde, en su mayoría situadas entre el Escalda y el Dendre, señala la extrema subdivisión de las tenencias agrícolas. Muchas se reducían a dos o tres *bonniers* (3 o 4 acres) y no parece que ninguna de ellas fuese suficiente como para mantener a una familia. En un pueblo de la región parisiense, un área de tierra de cultivo que medía 155 arpentas (unos 150 acres) se fragmentó en unas 271 parcelas distintas.[77]

73. Jean Favier, «Le domaine de Longueil», *Ann. Norm.*, XIII (1963), pp. 151-164.

74. H. Dubled, «Administration et exploitation des terres de la seigneurie rurale en Alsace aux XI^e^ et XII^e^ siècles», *VSWG*, XLVII (1960), pp. 433-473.

75. L. Genicot, «L'étendue des exploitations agricoles dans le comté de Namur à la fin de XIII^e^ siècle», *ER*, n.º 5 (1962), pp. 5-31; del mismo autor, *L'économie rurale Namuroise au Bas Moyen Âge (1199-1429)*, Lovaina, 1943.

76. *Le Polyptyque illustré dit «Veil Rentier» de Messire Jehan de Pamèle-Audenarde*, ed. Léo Verriest, Bruselas, 1950.

77. Citado en Guy Fourquin, *Les campagnes de la Région Parisienne à la fin du moyen âge*, París, 1964, p. 94.

La división y subdivisión de las tenencias agrícolas indudablemente era más intensa en las áreas que llevaban más tiempo pobladas. El problema no era tan grave —si es que en realidad existía el problema en la frontera de colonización en el este—. Y en aquellas zonas del oeste de población diseminada y suelos pobres, como Auvernia, nunca se llegó a los extremos de por ejemplo la región de París. Esta división de la tierra trajo —hasta cierto punto— su propio remedio. Algunos campesinos, alejados de la tierra a causa de la pequeñez de sus tenencias y la consiguiente incapacidad de extraer, en un año malo, ni tan sólo lo indispensable para sobrevivir, vendían sus tierras a sus vecinos más ricos y más prósperos. Se desarrolló así el mercado de tierras, y progresivamente, se fueron creando tenencias mejores y más compactas, a modo de mosaico. Herlihy ha demostrado [78] que en el sur de Francia y en Italia el movimiento hacia la reconsolidación de las tenencias hizo grandes progresos a partir del siglo XI, al tiempo que los desposeídos se marchaban y hacían sus roturaciones en otras partes.

Sin duda alguna, el principal factor de la división de las tenencias agrícolas fue el aumento de la población, del mismo modo que la demanda de tierras hizo subir los precios —tasa de entrada y demás— que los campesinos debían pagar al hacerse cargo de una tenencia. Pero, si en la alta Edad Media, un manso o *hoba* entero se había considerado imprescindible para el sostén de una familia, es inconcebible que, sin ningún otro cambio, una mínima fracción de un manso hubiese sido suficiente en el siglo XIV. No hay duda de que los campesinos podían complementar su tenencia menguante con sus derechos sobre los prados, tierras comunales y bosques, aunque hay que suponer que también en esto se daba el mismo proceso de división y subdivisión. Tuvo que haber un aumento en la productividad de la tierra de labor, acaso, como sugiere Duby,[79] a consecuencia de un período de barbecho más corto; acaso debido a la introducción de herramientas y equipo más eficaces, incluyendo el arado con ruedas y orejeras y tipos de arneses más eficientes; acaso, debido incluso a una selección más cuidadosa de las simientes. A la luz de las escasas informaciones de que se dispone, parece que las tasas

78. David Herlihy, «The agrarian revolution in southern France and Italy», *Speculum*, XXXIII (1958), pp. 23-41.

79. Duby, *op. cit.*, p. 116.

de rendimiento se incrementaron a lo largo del período. Ciertos cambios marginales en la productividad de la agricultura debieron contribuir a compensar de algún modo el tamaño menguante de las tenencias de dimensiones medias; pero no completamente. Todo indica que se produjo un empobrecimiento progresivo del campesinado. La aparición de una élite reducida de campesinos ricos, dispuestos a comprar parcelas de terreno y a alquilar la reserva señorial, como los *kulaks* de la Rusia moderna, sólo fue posible merced a la depresión de los restantes.

Valor del suelo y precios de los granos

Desgraciadamente hay demasiado pocos registros que permitan rastrear al detalle los cambios experimentados en el precio de la tierra. El mercado del suelo, a nivel local, se hizo cada vez más fuerte, pero la demanda estaba continuamente forzando el alza de los precios. Herlihy ha indicado [80] que en Toscana el valor del suelo siguió ascendiendo hasta el tercer cuarto del siglo XIII, tras el cual comenzó a caer por afinidad con el descenso de los precios del grano. Éste se produjo seguramente a consecuencia del desarrollo del comercio de granos a grandes distancias y las importaciones de granos desde las regiones menos urbanizadas de Italia, así como la reducción de la población. En otras partes en las que no podían hacerse importaciones baratas que permitieran bajar el precio del grano de la región, los precios se mantuvieron altos y, con ellos, también el valor de la tierra.

Tan sólo a fines del siglo XIV comenzamos a disponer de series de precios. Muestran enormes fluctuaciones de un año a otro, dependiendo de la calidad de la cosecha y de la abundancia o escasez resultantes (figura 5.6). Al mismo tiempo, había enormes variaciones de precios dentro de áreas muy pequeñas, reflejando a nivel local la incidencia de la sequía, heladas o exceso de pluviosidad. El transporte estaba tan poco desarrollado que no existía un mercado de granos que cubriese un área extensa, excepto en regiones como Toscana o Flandes, donde se realizaban grandes importaciones y se había des-

80. David Herlihy, *Medieval and Renaissance Pistoia*, Yale University Press, 1967, pp. 123-134.

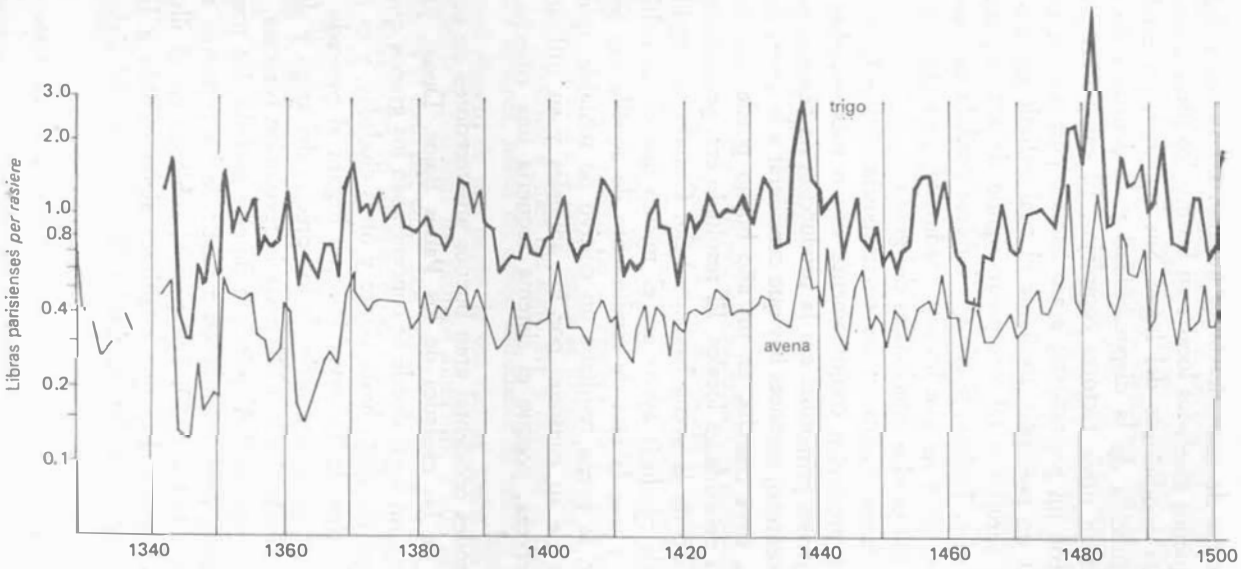


FIGURA 5.6

Precios de cereales en Douai

FUENTE: Monique Mestayer, «Les prix du blé et de l'avoine de 1329 à 1793», *AnnESC*, XLV (1963), pp. 157-176.

arrollado un sistema de comunicaciones interno. En su lugar, había una serie de pequeños mercados locales en los que los precios venían regulados por las condiciones del lugar. Sin embargo, no estaban únicamente en función de la disponibilidad y la demanda de alimentos. Intervenían otros factores complejos. El campesino podía estar en deuda con un prestamista; acaso había hipotecado su cosecha para obtener un préstamo, mediante el cual redimir algunas de sus obligaciones serviles o tal vez pagar alguno de sus impuestos sociales tradicionales. Incluso, puede que hubiese vendido su cosecha «por adelantado» antes de que hubiese madurado, jugando con los altos y bajos de los precios estacionales del grano.

Un segundo factor radica en las circunstancias del cultivo. En muchas zonas se producían conjuntamente dos o más cosechas de granos. Si el objetivo primordial era la producción de cereales panificables, trigo o centeno, entonces hay que considerar a la avena como un subproducto, cuya cosecha, en un año bueno puede que fuese excesiva para las necesidades locales. El resultado era, generalmente, mantener el precio de la avena bastante bajo. Cuando se considera que el trabajo de producir avena era el mismo que el de cultivar trigo o centeno y que la tasa de rendimiento de aquélla era sensiblemente menor, la avena resultaba un cultivo no rentable, que se plantaba, aparte de su consumo por los animales y su utilización para fabricar cerveza, porque el sistema requería una cosecha de siembra primaveral.

Artois y Flandes occidental eran buenos abastecedores de cereales panificables de las ciudades de los Países Bajos. Douai, junto al río Escalda, era un lugar donde se concentraban los granos que se iban a transportar río abajo hasta Gante y otras ciudades, y es muy probable que el trigo de Thierry d'Hireçon llegara al mercado por esta ruta. Se dispone de una serie de los precios del trigo y de la avena en Douai, desde el año 1329 hasta la revolución francesa, con muy pocas interrupciones.[81] Al principio de este período, los precios eran bastante bajos, pero ascendieron a partir de los primeros años de la década de 1340 a 1350. Los precios subieron en el último tercio del siglo, pero si hay que establecer algún cambio a largo plazo por entre medio de las tremendas fluctuaciones del siglo XV

81. Monique Mestayer, «Les prix du blé et de l'avoine de 1329 à 1793», *RN*, XLV (1963), pp. 157-176.

es la tendencia a la baja hasta la década de 1460. En adelante la tendencia es claramente alcista y así continuó hasta mediados del siglo XVII (figura 5.6). En otros mercados del norte de Francia y de los Países Bajos, especialmente en Valenciennes, los precios cayeron en el último cuarto del siglo XIV y subieron en el primer tercio del siglo XV. Se hace difícil relacionar esos cambios con las fluctuaciones de la demanda resultante de los cambios demográficos. Es más fácil que sean reflejo de las condiciones políticas y económicas, la interrupción de los suministros procedentes de Francia o la importación de granos provenientes de ultramar a las ciudades flamencas.[82]

La baja Edad Media

La peste negra tuvo por efecto reducir la disponibilidad de mano de obra rural y apresurar la fragmentación o el arrendamiento de la reserva señorial. Los terratenientes tendieron primeramente a conmutar las prestaciones de servicios por pagos en metálico y luego a ceder el cultivo directo de la reserva. Esto, que venía sucediendo con anterioridad a la peste negra se intensificó con la escasez de trabajadores agrícolas a fines del siglo XIV y durante el siglo XV. Por parte de los señores, había un deseo indudable de retener la posesión y el control directo de una parte de sus tierras. Daba un cierto prestigio el cultivar y producir los propios alimentos y ello era especialmente cierto en el caso del vino. Los viñedos de la reserva señorial a menudo permanecían en las manos del señor hasta mucho después de que la reserva ya se hubiese arrendado. Por otra parte, la mano de obra para cultivar la reserva era escasa y cara. Las prestaciones en trabajo ya se habían conmutado mucho antes de la irrupción de la peste negra; los esclavos domésticos habían desaparecido de la mayor parte de Europa y los señores, por regla general, hacían trabajar sus tierras con mano de obra asalariada. El costo de ésta subió tanto que los beneficios del cultivo directo, especialmente si una buena parte de la producción se vendía en el mercado libre, quedaban neutralizados.

82. Gérard Sivery, «L'évolution du prix du blé à Valenciennes aux XIV^e^ et XV^e^ siècles», *RN*, XLVII (1965), pp. 177-194.

Los señores se habían acostumbrado, desde mucho antes, a otorgar, arrendar o vender parcelas de terreno pequeñas y marginales. De ese modo se habían sacado de encima, normalmente a cambio de una renta en dinero, las reservas en las que no era rentable seguir trabajando. El proceso continuó. Las reservas, allí donde persistieron, vieron reducidas sus dimensiones hasta que quedaron a la medida de los recursos disponibles. Parece haber existido cierta reticencia por parte de los señores —tanto los laicos como los eclesiásticos— a fragmentar la reserva. Probablemente ese paso era irreversible; por otra parte, si la reserva se arrendaba a un «labrador» durante un cierto número de años, siempre quedaba la posibilidad de que el señor volviera a trabajarla directamente, si así lo quería. Por el momento, los datos son demasiado escasos como para que permitan establecer la importancia relativa de los diferentes modos de desprenderse de la reserva. Sin embargo, parece que el sistema más común, especialmente en las tierras de la Iglesia, fue el arrendar la reserva a un agricultor que la trabajaba con su familia y alquilaba mano de obra suplementaria.

No extraña que costara de hallar el arrendador apropiado. Tenían que ser agricultores expertos y prósperos y necesitaban disponer de un capital considerable para poner en producción las tierras de una reserva grande. Seguramente provenían de entre las filas de los campesinos más ricos que se iban aproximando al *status* del *yeoman* inglés de épocas posteriores. En la Europa continental, un «labrador» próspero se podía aproximar a la baja nobleza. La escasez de «labradores» puede haber sido un factor en el desarrollo y extensión de la práctica del *métayage* o aparcería.

Esta práctica consistía en arrendar un lote de terreno por un cierto número de años, o de vidas, a cambio de una parte de la cosecha, que raramente era menos de un tercio, pero que a veces era de hasta dos tercios. A cambio, el señor proporcionaba parte o la totalidad del capital necesario para poner en producción la tenencia: simientes, herramientas, equipo y animales de tiro. De este modo, el campesino disponía de una especie de seguro frente a los años malos, ya que el pago de la renta caía al descender los rendimientos y podía superar su falta de capital. Por su parte, el señor conseguía que le trabajaran las tierras, normalmente en unas condiciones que le favorecían; podía seguir supervisando la administración y podía

recuperar, si así lo deseaba, el control de las tierras en cuanto cumpliera el término del contrato.

Los contratos de aparcería ya eran conocidos y concertados en el siglo XII, pero no se generalizaron hasta fines del siglo XIII o el XIV. Aún así, aparte de Italia y el sur de Francia, no eran habituales. La aparcería era bastante corriente en las cercanías de las ciudades, lo que seguramente está relacionado con la adquisición por parte de los burgueses de propiedades rurales que deseaban cultivar sin demasiado esfuerzo por su parte. Se asegura que en algunas partes de Italia y Francia hasta las tres cuartas partes de la tierra de labor se trabajaba en régimen de aparcería, un sistema que persistía, sin cambios fundamentales, en el siglo XIX.

Estas tendencias en las relaciones de propiedad no eran normales en la totalidad de Europa. Había muchas áreas remotas que iban muy rezagadas con respecto al resto del continente en cuanto a su desarrollo económico y social. En ellas la reserva se siguió trabajando directamente y se siguieron exigiendo a los campesinos la prestación de servicios. Esas zonas eran partes de la meseta central francesa, de Bretaña y las regiones montañosas de Alemania. Este conservadurismo procedía, en gran parte del aislamiento relativo de esas áreas, su alejamiento de los mercados urbanos y lo poco que la economía monetaria había penetrado en ellas. En general, eran zonas que sólo habían sido urbanizadas someramente.

Esto no es completamente cierto en lo que se refiere a la Europa oriental. Esta amplia franja de territorios que se extendía desde el mar Báltico hacia el sur y hasta la cuenca del Danubio y la estepa rusa hacia el este no carecía de ciudades, algunas de las cuales se convirtieron en importantes centros comerciales. La región no era sólo conservadora en cuanto a su organización económica y de tenencia; era francamente reaccionaria. En la baja Edad Media, la tendencia de desarrollo iba encaminada al latifundismo, la servidumbre del campesinado y la imposición de prestaciones de servicios. Jamás se desarrolló allí una economía de mercado similar a la de Europa occidental y el volumen de la moneda en circulación era menor. Por otra parte, las obligaciones de los campesinos para con su señor nunca fueron tan onerosas como en el oeste y la necesidad de librarse de ellas o conmutarlas por una cantidad de dinero era menos urgente. En estas circunstancias, los señores pudieron mantener sus derechos e incluso ampliarlos.

Sus motivos eran, en gran medida, económicos. La demanda de cereales panificables empezaba a aumentar en la Europa occidental durante la baja Edad Media. La población volvía a crecer y, para las ciudades del noroeste de Europa resultaba más conveniente satisfacer sus necesidades por medio de importaciones que extendiendo los cultivos en la región. De ahí que fuese formándose lentamente un mercado para los cereales panificables de la Europa oriental, principalmente trigo y centeno, transportado a través de los ríos bálticos hasta los puertos situados en sus desembocaduras y, de allí por mar hacia el oeste. Fue la posibilidad de obtener estos beneficios, más que cualquier otra razón, lo que motivó a los señores de las tierras fronterizas del este de Europa a aumentar tanto las obligaciones de sus campesinos como el volumen de grano disponible para venderlo a los mercaderes de Hamburgo, Lübeck, Stettin y Danzig.

En el resto de Europa, el cultivo de la reserva era menos interesante de lo que había sido con anterioridad. Los señores no sólo se habían de enfrentar con unos precios bajos de los granos, acaso aún más deprimidos por culpa de la competencia de los granos del este de Europa, sino también con la escasez y el alto costo de la mano de obra agrícola. Cuánto hubiesen deseado poder dar marcha atrás al reloj y restablecer las corveas que anteriormente estaban obligados a prestar los campesinos. En verdad, algunos debieron tratar de restablecerlo y aquí y allá alguno debió tener éxito en el empeño. Con todo, el prestigio que procuraba la propiedad de una tierra y la administración directa de una hacienda propia alcanzaba cotas nunca logradas anteriormente. Nunca, desde la época clásica se habían escrito tantos tratados sobre agricultura y la administración de las haciendas con el propósito de dar una guía a la aristocracia terrateniente.

A menudo se ha considerado al siglo XV como la edad de oro del campesinado europeo. Los precios de los alimentos —y por tanto del costo de la vida— caían en picada y el valor real de las rentas en dinero se había depreciado con la inflación precedente. Pero el número de los que se podían aprovechar de la situación sin duda era reducido. Las tenencias campesinas jamás habían adquirido una cierta equidad; a decir verdad, los polípticos demuestran la enorme desigualdad de *status* y posesiones en una fecha tan temprana como el siglo IX. En la baja Edad Media, la diferencia entre el campesinado acomodado y los más pobres se había agrandado enorme-

mente. El campesino rico podía contratar mano de obra, cuyo alto precio se compensaba con unas rentas devaluadas. Los más pobres, con poca o ninguna tierra que cultivar, se vieron obligados a vender sus servicios. Si bien había un mercado de mano de obra agrícola, éste debía tener una importancia local y se basaba en los requerimientos del cultivo de la reserva y de las necesidades de los campesinos más ricos. Cuando no había tal mercado en una comunidad, seguramente era debido a la escasa demanda de los servicios de los campesinos. En cualquier caso, las características del año agrícola eran tales que siempre había necesidad de más brazos en la época de labranza otoñal y primaveral y en tiempo de cosecha, y menos acuciante en otras épocas del año. El jornalero, cuyo salario en el mejor de los casos excedía ligeramente el nivel de subsistencia, pasaba la mayor parte del año desempleado.

Podríamos preguntarnos por qué había campesinos sin tierra en una época en la que la peste había reducido la población y el área cultivada, considerada globalmente, se había contraído. Acaso la respuesta sea el hecho de que había tierras y asentamientos marginales que por lo general se abandonaron. Los pueblos grandes, asentados en buen suelo apenas redujeron su tamaño, si es que llegó a darse el caso. El campesino no podía dirigirse a las tierras abandonadas de la frontera de colonización, no sólo porque esas tierras eran de baja calidad y de difícil cultivo, sino también porque siendo un jornalero, carecía de herramientas y del equipamiento necesario para cultivarlas. Tales condiciones favorecieron la tenencia en aparcería, que se adoptó ampliamente en Italia y en buena parte de Francia. Pero las condiciones de la aparcería a menudo eran en extremo onerosas y, en el mejor de los casos, nunca hacían rico al campesino.

En las condiciones sociales más flexibles de la baja Edad Media, con una población fluctuante y móvil y unas relaciones señor-vasallo cambiantes, había buenas oportunidades para quien era listo y carente de escrúpulos. La especulación era cosa común en todo tipo de artículos y en tierras. Muchas haciendas se fragmentaron, pero, asimismo, muchas otras se conformaban. Los campesinos acomodados se hicieron mercaderes, compraron más tierra y luego aspiraron a entrar en la nobleza. Los más pobres, los menos listos o menos afortunados se veían, por contraste, obligados a hipotecar o a vender sus tierras y a hundirse, tanto social como económicamente en los niveles inferiores de la escala de la sociedad campesina. Fue una

época de grandes oportunidades, como, de hecho, lo son todos los períodos de cambio social relativamente rápido, pero no todas las personas estaban en condiciones de sacar provecho de la situación y con toda seguridad, sólo unas cuantas sacaron grandes tajadas.

Capítulo 6

EL DESARROLLO DE LA CIUDAD MEDIEVAL

Ha habido tres momentos en la historia europea en los que la mayor preocupación del hombre fue el fundar ciudades. La ciudad, como institución se originó fuera de Europa, y a la primera revolución urbana europea se le anticiparon, por lo menos en unos dos mil años, el Oriente Medio, el subcontinente indio y la China. La idea de vivir en ciudades se enraizó en el mundo helénico hacia el siglo VIII o VII a. C. Hacia el siglo V, la vida urbana se había convertido en lo normal y la cultura griega resultaría impensable fuera del marco de la *polis*. Para Aristóteles, el hombre civilizado era esencialmente una criatura adaptada a la vida en la *polis*.

La *polis* griega, o algo que se parecía bastante, se difundió por buena parte de la cuenca mediterránea gracias a los mismos griegos, los etruscos, cuyo grado de relación con los griegos no está claro en absoluto, y los romanos. Los griegos difundieron su propia concepción de ciudad por el Oriente Medio e incluso por el Asia central. La civilización de Roma, tanto como la de Grecia, se concibió en un medio urbano y las instituciones ciudadanas se establecieron hasta en los más remotos confines del Imperio.

El siglo IV de nuestra era y los que le siguieron vieron la decadencia de la vida urbana y la reducción del tamaño, e incluso el abandono, de las ciudades. Una segunda época de crecimiento urbano, que es precisamente el que interesa a este capítulo, comenzó en el siglo X y culminó en el siglo XIII. Luego siguió un nuevo período de estancamiento de la vida urbana. La mayoría de las ciudades dejaron de crecer durante el siglo XV; algunas redujeron su área y fueron muy pocas las ciudades que se fundaron, excepto en la fron-

tera oriental de Europa. Ni tan sólo el siglo XVI contempló una nueva reactivación general del crecimiento urbano. En su lugar, fue más bien un reducido número de ciudades que crecieron rápidamente: Amberes, Cádiz, Lisboa, París, Madrid y Amsterdam, pero la mayoría fueron ligeramente mayores de lo que habían sido un siglo antes. Los siglos XVII y XVIII también fueron años de estancamiento de la vida urbana o, en el mejor de los casos, de un crecimiento muy lento. No fue hasta el siglo XIX que la tercera revolución urbana produjo el modelo de ciudades que hoy conocemos.

Cierto que hubo un cierto grado de continuidad entre cada una de esas tres fases de expansión y crecimiento urbano. Aunque la mayoría de las *poleis* griegas habían ya desaparecido mucho antes del fin de la época clásica, muchas de las del Imperio romano en Occidente sobrevivieron, aunque con unas dimensiones más reducidas. Fue pues sobre cimientos clásicos que se construyó la red de ciudades medievales. De modo parecido, éstas formarían la infraestructura de lo que, tras un proceso de crecimiento selectivo, serían las ciudades industriales y comerciales en la Europa del siglo XIX.

Sin embargo, no hay que llevar demasiado lejos la comparación entre estas tres fases del desarrollo urbano, ya que el concepto de urbanismo difirió enormemente según las épocas. La *polis* griega no era el mismo tipo de institución que la ciudad medieval; ni tan sólo era idéntica a la *civitas* romana, y todas ellas eran fundamentalmente distintas de la ciudad industrial moderna. Es imposible formular, excepto en términos muy generales, una definición de ciudad que pueda ser aplicable a las tres fases del desarrollo urbano.

La dicotomía entre campo y ciudad, entre objetivos urbanos y rurales que hoy se manifiestan, no estaba presente en la ciudad clásica y no era una característica corriente en la medieval. Jurídicamente, la *polis* y la *civitas* formaban con el territorio adyacente un conjunto indivisible. En contraste, la ciudad medieval quedaba separada por leyes e instituciones de la comarca circundante, del mismo modo que se hallaba separada físicamente por las murallas. Hay, sin embargo, dos características comunes a las ciudades de todas las edades. En primer lugar, estaban construidas de un modo compacto o denso, en otras palabras, que estaban concentradas; en segundo lugar, la importancia relativa que en ellas tenían los objetivos no agrícolas. Albergaban artesanos, comerciantes y mercaderes, pero no hay que excluir a la agricultura del conjunto de las

actividades desempeñadas en ellas. En realidad, la mayoría de las *poleis* griegas eran predominantemente agrícolas y, con la excepción de las ciudades más grandes, las actividades rurales siguieron siendo importantes y a veces dominantes en las ciudades medievales.

La distinción entre ciudad y pueblo siempre ha sido difícil de trazar. Sus funciones pueden haber sido similares; en cuanto a situación legal eran polos opuestos. El elemento central, o ciudad, de la *civitas* romana era el símbolo provincial de Roma, sede del gobierno local y del culto imperial y residencia de la «nobleza» y de los rentistas de la región. Despojada de esas funciones se convertía en una comunidad semirrural parecida a cualquier *vicus* de provincias.

Al reactivarse la vida ciudadana, desde el siglo X en adelante, las ciudades desarrollaron funciones nuevas, que no fueron, necesariamente, las que habían caracterizado a las ciudades del mundo clásico. La capital de la *civitas* romana sólo era hasta cierto punto centro artesanal y manufacturero. Por contraste, en algunas ciudades medievales ésta era generalmente una de las funciones más importantes y, a veces, preponderante. Las ciudades romanas se encontraban, a menudo, en los nudos de carreteras, pero no se hallaban en absoluto atestadas de mercaderes que acarreaban sus artículos de una ciudad a otra, ni los mercados urbanos servían por lo general al comercio al por mayor a grandes distancias. Muy al contrario, la ciudad medieval era esencialmente un centro mercantil, y cuanto mayor era la ciudad más alcanzaban sus actividades comerciales.

La revolución urbana

Lo que más distinguía a la ciudad medieval de los pueblos de la época y también de las capitales de las *civitates* romanas y las *poleis* griegas era la condición jurídica especial de que gozaban sus ciudadanos. En una época en que la población rural estaba adscrita al suelo, cargada de obligaciones serviles, forzada a prestar servicios laborales y a pagar el *merchet* y el *heriot* * al morir, el habitante de la ciudad era libre, por lo menos relativamente. Podía desplazarse cuan-

* *Heriot*: derecho del señor a apoderarse del mejor animal o de la pieza de ajuar que prefiera a la muerte del vasallo. *Merchet*: derecho pagado por un vasallo al señor para dar a su hija en matrimonio. (*N. de ed.*)

do quería, cambiar de oficio, podía educar a su hijo y permitirle tomar órdenes eclesiásticas sin tener que pedir permiso a su señor.

Las ciudades tenían una organización comunal —como asimismo la tenían algunas aldeas— pero poseían mayor libertad que las comunidades rurales para organizar sus propios asuntos. Podían recaudar impuestos de personas y de determinados artículos. Albergaban un tribunal y administraban justicia en ciertos casos. Pero había toda una gradación de libertades entre las distintas ciudades medievales, libertades que recogían las cartas por las cuales se constituía la ciudad y se les garantizaban los privilegios. En muchos casos se otorgaban cartas a ciudades que sólo existían en forma embrionaria, a veces constituían la confirmación y el reconocimiento legal de unos privilegios que existían *de facto* gracias a una especie de derecho prescriptivo. En otros casos, el otorgamiento de una carta precedía al crecimiento de la ciudad y pretendía animar a los futuros ciudadanos a establecerse en la ciudad. No es tarea fácil descubrir qué aconteció antes, si el otorgamiento de la carta o la creación de un asentamiento urbano.

Los señores que otorgaban una carta de constitución de nuevas ciudades rara vez renunciaban a todos sus derechos sobre los habitantes: rentas de *burgage*,** impuestos de mercado y beneficios de los tribunales continuaban llenando los cofres del señor, y los privilegios que se otorgaban a una población se daban con la intención de que esa población se desarrollase y, con ello, siguiesen aumentando los impuestos que de ella se extraían. Los burgueses rara vez obtenían más que la libertad restringida y condicionada de practicar el comercio y la artesanía y de actuar con capacidad corporativa. Hay muchos ejemplos de supresión de los privilegios urbanos y de la renovación de la carta después de pagar un precio muy elevado.

A medida que las poblaciones crecían en tamaño y en riqueza, los burgueses se volvieron más audaces, exigiendo mayores libertades, llegándose en algunos casos a la casi completa autonomía. De ese modo nació el movimiento comunal de los siglos XI, XII y XIII. Las primeras ciudades que experimentaron este movimiento revolucionario fueron las episcopales, puesto que en el siglo XI las ciudades mayores y más prósperas eran sedes de obispados. Desde el siglo X los

** *Burgage*: piezas de tierra o casas en una ciudad que el señor da contra un pago anual. (*N. de ed.*)

obispos, y en su caso los abades de monasterios urbanos, habían favorecido el crecimiento de sus ciudades, pero tratando de imponer su control sobre ellas. Ambas cosas pronto entraron en conflicto, y la prosperidad animó a la revuelta entre los burgueses de las ciudades. El movimiento comunal se inició en primer lugar en Italia y fue allí donde se consiguieron los éxitos más sonados. La tradición de organización urbana estaba más enraizada allí que en ningún otro lugar de Europa y, por cierto, derivaba de las *civitates* del Imperio romano. El comercio a gran distancia se reactivó pronto y, ya en el siglo X, había un buen número de mercaderes ansiosos de acrecentar su control de los mercados y rutas comerciales. Finalmente, el feudalismo rural nunca llegó en Italia a las cotas alcanzadas más al norte de los Alpes. En realidad, como se verá más adelante, la tendencia era que la aristocracia rural y terrateniente se desplazase a vivir en las ciudades, donde de sus filas salían no sólo los mercaderes sino también los patricios en cuyas manos estaba el destino de las ciudades.

La imagen de la ciudad como comunidad autónoma de mercaderes, comerciantes y artesanos se extendió hacia el norte y a partir del Mediterráneo. Sin embargo, en la Europa noroccidental encontró una oposición más vigorosa por parte de los señores, tanto eclesiásticos como laicos. En el año 1070, los ciudadanos de Le Mans se emanciparon del control del obispo y se declararon comuna. El ejemplo fue seguido por las ciudades de Renania, en particular Worms y Colonia. El conflicto perduró unos dos siglos pero, finalmente, la victoria fue para las ciudades. Su causa halló una buena ayuda en el apoyo que le prestaron los emperadores alemanes, que encontraron en las ciudades un poderoso aliado contra la Iglesia. Todas las ciudades alemanas grandes se convirtieron en «ciudades imperiales» que sólo dependían del emperador, y, a medida que el poder imperial se iba debilitando, la autonomía de las ciudades fue acercándose a la soberanía política.

El movimiento comunal tuvo poco éxito en Francia y ninguno en Inglaterra. En ambos países la corona triunfó en doblegar las pretensiones de las ciudades, por regla general, sin alienárselas. En realidad, en las clases comerciales de las ciudades halló el aliado preciso para oponerse a las pretensiones de la nobleza feudal, y en Inglaterra, en el curso del siglo XIII, las hizo entrar en el sistema de representación parlamentaria. Sólo en Italia, Alemania y, en un grado menor,

los Países Bajos, las ciudades alcanzaron el suficiente grado de libertad e independencia que les permitiera llevar a cabo su propia política. En Suiza (parte del Imperio germánico) algunas de ellas formaron la Confederación Helvética como cantones individuales. En realidad, Zug, Zurich y Berna fueron los primeros en unirse a los Cantones del Bosque originarios. En la misma Alemania formaron ligas para ayudarse mutuamente contra los príncipes que aún reclamaban sus derechos. En el norte de Alemania, por lo menos unas 100 ciudades pertenecieron en una época u otra a la Liga Hanseática [1] que, de hecho, actuaba como una corporación soberana (ver p. 440).

En la Italia septentrional y central, la soberanía e independencia ciudadana se llevó al límite. Las ciudades se anexionaron el territorio circundante y eliminaron los vestigios que quedaban de feudalismo rural hasta que sus fronteras tocaban a las de otras ciudades y el país entero se convirtió en un mosaico de ciudades-estados. La absorción de las zonas rurales circundantes se convirtió en una necesidad a medida que la ciudad se hacía más y más independiente. En Inglaterra y Francia, la legislación real garantizaba a cada comunidad el derecho a adquirir alimentos y materias primas para el artesanado en los pueblos circundantes y en las zonas rurales. A medida que la ciudad se hacía más soberana e independiente, iba desplazando o destruyendo la única autoridad que hubiese podido garantizar el acceso a las fuentes rurales de alimentos y materiales. De ese modo, la ciudad se convirtió en ciudad-estado y utilizó el *contado* —la comarca circundante— que tenía bajo su control para satisfacer, cuando menos, una parte de sus necesidades físicas.

El control urbano de un territorio rural fue llevado al límite en Italia, pero también se conocía en otros lugares. Era un principio aceptado en buena parte de Europa, que toda ciudad podía ejercer su autoridad sobre una estrecha franja de tierra a su alrededor. Por lo menos en Alemania, esto se estableció por convención como la *Bannmeile*, la franja de una milla de ancho que rodeaba las murallas de la ciudad. En algunos casos, las ciudades alemanas siguieron las fases de las italianas en la subyugación de territorio rural. Los límites de Basilea, Zug y Schaffhause y los de Hamburgo y Bremen se han perpetuado en las fronteras de cantones y *Länder*. El caso extre-

1. Walter Stein, «Die Hansestädte», *HGB*, XIX (1913), pp. 233-294 y 519-560. Aparecen varias listas en *Hansische Urkundenbücher*.

mo en la Alemania medieval fue Nuremberg, donde los padres de la ciudad ejercían su jurisdicción sobre unos 66 kilómetros cuadrados de territorio, en el cual adquirieron tierras y produjeron buena parte de los alimentos que la ciudad requería.[2]

La ciudad medieval, por lo menos en la Europa continental, estaba amurallada, de modo que, sin murallas, no constituía una ciudad. En Inglaterra sólo un centenar de las ciudades corporativizadas estuvieron amuralladas.[3] Otras pocas —por ejemplo, Cambridge— estaban protegidas por un foso y también había otras, como Bridgewater, en Somerset, cuyas casas más extremas se hallaban interconectadas formando un muro continuo, tan sólo interrumpido allí donde lo cruzaban los caminos que conectaban la ciudad con los campos vecinos. Pero en el continente, hasta el más humilde *Zwergstadt* estaba protegido por algún tipo de murallas. Éstas iban desde murallas macizas con torres de planta circular colocadas a intervalos, como las que se conservan en Goslar y Nuremberg, a empalizadas hechas de madera con grandes torres a la entrada, además de la protección adicional de un foso. Estas ciudades se hallan representadas en los escritos topográficos del siglo XVII de los Merians.[4]

En Inglaterra las murallas de las ciudades tenían carácter simbólico y decorativo. Si las de Coventry se mantuvieron en unas condiciones aceptables se debió, según se decía, a que permitían a la gente desplazarse a pie enjuto de un lugar a otro de la ciudad siguiendo la muralla. En la Europa continental sus finalidades eran más serias. En Colonia, el control de las murallas, lo que venía a significar la defensa y la seguridad de la ciudad, fue objeto de fieras disputas entre el arzobispo y los ciudadanos —confrontación en la que triunfaron estos últimos—. Las murallas significaban la separación simbólica entre la ciudad y el campo. Las pocas puertas por las que se podía acceder a la ciudad estaban a menudo decoradas con un escudo de armas, símbolo de la identidad corporativa de la ciudad, y

2. Fritz Schnelbögl, «Die wirtschaftliche Bedeutung ihre Landgebietes für die Heichsstadt Nürnberg», *Beiträge zur Wirtschaftgeschichte Nürnbergs*, I (Nuremberg, 1967), pp. 261-317; Gerald Strauss, *Nuremberg in the Sixteenth Century*, Wiley, Nueva York, 1966. Ulm carecía de territorio: véase Ingrid Bátori, «Die Reichsstadt Augsburg im 18. Jahrhundert», *VPIG*, XXII (1969), p. 14.

3. Hilary L. Turner, *Town Defences in England and Wales*, John Baker, Londres, 1971.

4. Brugg, en el cantón de Aargau, Suiza, es un buen ejemplo; véase Max Banholzer, *Geschichte der Stadt Brugg im 15. und 16. Jahrhundert*, Aarau, 1961, p. 25.

con otros detalles iconográficos destinados a impresionar al visitante con su poderío y majestad. Uno se asombra constantemente del tamaño y complejidad de las murallas, torreones y puertas de las ciudades, incluso de las más pequeñas. Por ejemplo, Mainbernheim, en Baviera, conserva aún hoy un conjunto amurallado de unos 1.000 metros de longitud, con dos puertas y varias torres. La superficie que circunda es tan sólo de unas 8 hectáreas.[5] Seguramente su población nunca sobrepasó las 500 personas y esa pequeña ciudad era en la Edad Media, como hoy en día, predominantemente agrícola. Nos quedamos asombrados de cómo una comunidad pequeña y prácticamente rural pudo darse el lujo de realizar una edificación tan ambiciosa como la que esas murallas y torres representan.

El inmenso número de sitios a ciudades que se registraron en Alemania e Italia indican que las murallas tenían unos propósitos más imperativos que la mera ostentación. Son el reflejo de la dicotomía existente entre la sociedad urbana y el orden feudal. Y servían para proteger las libertades duramente conseguidas por aquélla ante las pretensiones y transgresiones del feudalismo. Sin embargo, el coste de la construcción y el mantenimiento debió de representar una carga tremenda para las finanzas de la ciudad que las construía y las conservaba en buenas condiciones para resistir un ataque (ver p. 318).

Los edificios públicos de la ciudad medieval, lo mismo que las murallas, eran manifestación de su existencia corporativa, y la prominencia con que se planificaban era, a grandes rasgos, un indicativo de la fuerza y grado de autonomía de la ciudad. Los edificios públicos que no tenían carácter eclesiástico eran bastante sencillos en Inglaterra y gran parte de Francia. Su construcción era mucho más lujosa en Italia, pero fue en el norte de Francia, en los Países Bajos y en las grandes ciudades comerciales de Alemania y la Europa centro-oriental donde sus dimensiones y exquisitez eclipsaron a las iglesias de la ciudad. El ayuntamiento viejo de Brujas, la Lonja del Paño de Yprés, el Ratusz de Breslau y los palacios gremiales de innumerables ciudades europeas eran la expresión manifiesta de la riqueza, orgullo e independencia de sus burgueses. No es por casualidad que los monumentos seculares de las ciudades medievales se proyectaran de mayores dimensiones allí donde el movimiento comunal tuvo más fuerza.

5. Erich Keyser, *Deutsches Städtebuch: Bayerisches Städtebuch*, 1.ª parte, Stuttgart, 1971, pp. 344-346.

FIGURA 6.1

Sello de la ciudad de Yprés

Puede establecerse una relación directa entre el crecimiento y la extensión de la ciudad durante la Edad Media y los caracteres económicos del continente. Las ciudades eran los puntos de convergencia en el conjunto de relaciones comerciales, así como también los principales, pero en absoluto los únicos, centros de manufactura. El crecimiento en volumen, tanto de la manufactura especializada como del comercio, fue acompañado, necesariamente, de la expansión de los centros en los que se realizaban. La ciudad era el producto del comercio regional e interregional. La existencia de manufacturas urbanas especializadas fue posible merced a la existencia de un amplio mercado y a la disponibilidad de un mecanismo de distribución de los productos. La ciudad no era sólo centro de manufactura; lo era también de consumo y, a medida que crecían las fortunas de mercaderes y empresarios, también se incrementó el volumen y variedad de las transacciones.

El crecimiento, estancamiento y crecimiento renovado de las ciudades refleja la curva de la historia económica medieval. Es sumamente difícil calcular el aumento en número y en dimensión de las ciudades medievales. Los datos acerca de la población son escasos y, en el mejor de los casos, las dimensiones de una ciudad hay que inferirlas a partir del número de fuegos, o de hombres de armas, o por

la superficie amurallada (ver pp. 292-294). Las fechas de fundación de las ciudades tampoco son de gran ayuda. La mayoría se desarrollaron a partir de un núcleo preurbano (ver p. 278) y, en cierto momento de su desarrollo, se concedió a la comunidad la carta y los privilegios urbanos. Pasaba a ser ciudad merced a un acto específico de su soberano y de este acto sí que conocemos la fecha concreta. Pero no siempre sabemos cuándo empezó la concentración de comerciantes y artesanos en ella.

La progresión de la ciudad hacia el este, desde Alemania occidental hacia la Europa oriental, a menudo explicada y cartografiada, no describe la difusión por todo el continente de una forma concreta de actividad económica, sino la extensión del hecho de la corporativización de las comunidades, que en muchos casos ya preexistían, por la concesión de una carta de privilegios. Y esta concesión en absoluto era una garantía de que el crecimiento económico persistiría. En infinidad de casos, la corporativización de una comunidad pequeña era el vano y desesperado intento final de estimular el crecimiento y la expansión.

Sin embargo, la gráfica de la fundación de las ciudades, en el sentido legal del término, da una medida, aunque sea sólo aproximada, del crecimiento económico (figura 3.1). En Inglaterra, el otorgamiento de cartas de un modo pródigo fue una característica del período, en el que en otros terrenos, se sabe que se estaba produciendo una expansión vigorosa. El testimonio de las ciudades alemanas es aún más clarificante porque allí, con la excepción de Renania, no había tradición de asentamientos urbanos del Imperio romano. Un número cada vez más importante de ciudades nuevas se fundaron hasta las décadas finales del siglo XIII. La primera mitad del siglo XIV presenció la caída del número de éstas y la decadencia se hizo más acentuada a fines del siglo XIV y comienzos del siglo XV.

Después de los inicios del siglo XIV fueron pocas las ciudades que se fundaron, por lo menos en la Europa occidental y central, y las ya existentes dieron pocas señales de crecimiento. El siglo precedente se caracterizó por el rápido desarrollo de los centros comerciales de mayor importancia. Este crecimiento quedó reflejado en la edificación total, por lo menos dentro del recinto amurallado. Todas las grandes ciudades del continente muestran sucesivas líneas de murallas, conforme se iban incluyendo más suburbios dentro del recinto amurallado. Este proceso ocurrió en Colonia, Gante, Brujas,

Basilea, París, y en realidad en casi todas las ciudades comerciales de importancia del oeste y el centro de Europa y muchas de las del norte de Italia. Sin embargo, sólo en casos contados sabemos de ampliaciones importantes del recinto amurallado con posterioridad al año 1300, y no hay ningún caso destacable tras la irrupción de la peste negra. Uno de los ejemplos más tardíos es la construcción —descrita por Giovanni Villani— de las murallas de Florencia entre los años 1284 y 1333. El recinto urbano entonces ampliado sólo estuvo parcialmente edificado hasta la época moderna; el crecimiento de la población ya se había detenido cuando se construían las murallas, aunque hay serias dudas de que los patricios que controlaban la ciudad se hubiesen apercibido del hecho.

Así pues, las ciudades dejaron de crecer en toda Europa, con la excepción de la oriental, tanto en extensión como en número hacia fines del siglo XIII y comienzos del siglo XIV. En adelante, su suerte fluctuó. Tanto el modelo comercial como la estructura de la demanda estaban cambiando. Algunas ciudades, y en primer lugar los centros pañeros tradicionales de Flandes, se estancaron y decayeron. Otros se adaptaron rápidamente a las condiciones económicas cambiantes, entre ellas Lyon, Ginebra y Bruselas, y continuaron prosperando aunque el ritmo de crecimiento era mucho más lento de lo que había sido en el siglo XIII.

El Mediterráneo: región de continuidad urbana

Edith Ennen [6] ha subrayado el contraste en lo que a historia urbana se refiere entre Italia y el sur de Francia por un lado, y por otro, la Europa noroccidental y las áreas de Europa que quedaban fuera de las fronteras del Imperio romano (ver p. 85).

En la región mediterránea las ciudades perdieron importancia durante los siglos que siguieron al colapso del Imperio de Occidente, pero continuaron habitadas. Los rentistas desaparecieron de las villas, en los mercados cada vez había menos mercaderes y algunas ciudades quedaron como refugios de la población rural de las zonas circundantes. Pero no se produjo una interrupción general, amplia o

6. Edith Ennen, «Les différents types de formation des villes européennes», *Moyen Âge*, LXII (1956), pp. 397-411.

permanente de la vida urbana en Italia, y en España buena parte de las ciudades mayores continuaron habitadas. Los lombardos perpetuaron, mediante el Edicto de Rothari (643), un sistema de territorios urbanos que seguía de cerca a las *civitates* romanas.[7] La población de la misma Roma descendió hasta ser una simple sombra de la que tuvo durante el Imperio. Se abandonaron los barrios de más al sur, las instituciones religiosas invadieron las zonas anteriormente dignificadas por palacios y templos, y los habitantes se concentraron en la zona llana que había sido anteriormente el *Campus Martius*.

Pero las pruebas de la continuidad de la vida urbana y comercial son avasalladoras. Rávena continuó siendo punto y centro comercial, en estrecha relación con Constantinopla, y no sería hasta el siglo VI que se construirían sus basílicas con mosaicos de inspiración bizantina. Pero el puerto de Rávena no reunía condiciones y además los sedimentos lo iban cegando rápidamente. En el curso de los siglos VII y VIII la actividad comercial se fue desplazando hacia los establecimientos situados en el litoral del golfo de Venecia, y en primer lugar a la propia Venecia. En la llanura lombarda, las ciudades del bajo Imperio romano continuaron siendo sedes de obispados y marco de un activo comercio. En particular Pavía se convirtió en el centro en el que, a través de las rutas alpinas, se distribuían por toda la Europa noroccidental las mercancías importadas del Imperio bizantino a través de Rávena o Venecia.

El volumen de la actividad comercial de las ciudades de la Italia septentrional debió de ser inferior al nivel alcanzado en los últimos años del Imperio romano. Aparte del tráfico de la sal extraída de las lagunas venecianas, el comercio se limitaba a artículos de lujo, pero no hay lugar a dudas de que en la mayoría de las ciudades italianas, al revés de lo que sucedía en las de la Europa noroccidental, se seguían desarrollando actividades específicamente urbanas. El funcionamiento del comercio estaba muy influenciado por consideraciones políticas. El comercio marítimo se desarrollaba principalmente con el Imperio bizantino y sólo en una mínima proporción con España y el norte de África. El Imperio bizantino siguió ejerciendo su control, por lo menos nominal, en el sur de Italia y sobre algunos

7. A. Dopsch, *The economic and social foundations of European civilization*, Routledge, Londres, 1937, p. 311.

enclaves del norte, entre ellos la misma Venecia. Estos territorios ofrecían considerables ventajas de cara al comercio con Oriente y sus establecimientos costeros se convirtieron en las primeras comunidades comerciales de la Italia medieval.

La primera en adquirir una predominancia comercial fue Amalfi. Su actividad comercial se desarrolló en el siglo IX y culminó en el siglo XI, con anterioridad al año 1077, fecha en que cayó en manos de los normandos de Roberto Guiscardo. La ciudad estaba enclavada en una hendidura de la accidentada costa de la península de Sorrento. Carecía de antecedentes romanos; sus habitantes jamás se habían dedicado a la agricultura. Como la ciudad-puerto de Dubrovnik (Ragusa) de años después, estaba dedicada exclusivamente al comercio. De las ciudades que en aquella época se dedicaban al comercio entre Occidente y Oriente, sólo tenía rivales entre las vecinas Salerno, Nápoles y Gaeta, Bari, en Apulia y posteriormente Venecia. ¿Por qué —nos preguntamos— un lugar con tan pocas condiciones y con un puerto mediocre llegó a convertirse en la mayor ciudad comercial de los siglos X y XI? Acaso la respuesta se encuentre en el hecho de que allí, en la costa occidental de Italia, los mercaderes, al mismo tiempo que gozaban de la protección de Bizancio, se hallaban próximos a las ciudades y rutas comerciales del norte de Italia (ver p. 123).

Venecia fue la heredera comercial de Amalfi. Igual que ésta estaba bajo jurisdicción del Imperio bizantino, pero tan alejada de su administración centralizada que tenía todas las ventajas pero ninguno de los inconvenientes de la administración imperial. Su precedente romano había sido Aquileia, en tierra firme, destruida primero por los hunos y más tarde por los lombardos en el año 568. Los islotes de la laguna veneciana se convirtieron en refugio de los fugitivos del continente; de las aguas poco profundas extraían la sal que se convirtió en uno de los primeros artículos que comercializaron. Hacia mediados del siglo X se había constituido una próspera comunidad comercial, que continuó creciendo y extendiéndose por los islotes durante los cuatro siglos siguientes. Venecia difería, sin embargo, de las restantes ciudades de la Italia altomedieval en un aspecto muy importante. La autoridad bizantina fue decayendo, dejando en manos de Venecia la soberanía efectiva, no sólo de la laguna, sino también del enclave bizantino en tierra firme. De hecho, Venecia fue desde sus orígenes una ciudad-estado.

Otras ciudades de la Italia altomedieval tenían origen romano. Su tamaño e importancia comercial relativa habían cambiado. Pisa, en las inmediaciones de la desembocadura del río Arno, en Toscana, la habían retenido en su poder los lombardos que controlaban el *hinterland*. Pero en el siglo x fue convirtiéndose en una ciudad comercial muy relacionada con Amalfi, en el sur, y con Provenza y Lombardía, en el norte. Las ciudades más importantes de Toscana eran Siena, Luca, Pistoia, Prato y sobre todo Florencia, una ciudad oscura durante el Imperio romano, que ya en el siglo XIII había consolidado su hegemonía y que iba a conquistar la mayor parte de la llanura toscana a principios del siglo XV.

Quizá Génova había declinado más que las otras ciudades romanas durante la alta Edad Media y su resurgimiento se produjo relativamente tarde, con el desarrollo del comercio en la cuenca occidental del Mediterráneo. En la llanura lombarda, la mayoría de las ciudades del bajo Imperio romano se habían convertido en centros manufactureros y comerciales, pero por un proceso de crecimiento selectivo, su prominencia relativa había sufrido grandes cambios. Pavía, que estaba conectada con los puertos del mar Adriático gracias a que el río Po era navegable, fue la primera en convertirse en centro comercial. Más tarde fue suplantada por Milán, con su fácil acceso a las rutas alpinas transcurridas más a menudo (ver p. 417), se convirtió en el emporio principal de la llanura en la baja Edad Media. Siguiendo el eje central del río se hallaban Plasencia, Cremona, Mantua y Ferrara; cerca de las faldas alpinas estaban Como, Bérgamo, Brescia y Verona, y por el sur, cerca de los Apeninos, Parma y Bolonia. Todas ellas eran centros manufactureros y entre sus productos más importantes se encontraban los tejidos, en toda su inmensa variedad, y los artículos metálicos.

En la baja Edad Media, Italia se caracterizaba por su importante número de ciudades grandes con que contaba. Con la excepción de París y Constantinopla, Venecia, Génova, Milán y Florencia eran las mayores ciudades de Europa, con anterioridad a la ascensión de Amberes y Amsterdam. Este fenómeno se debía, en gran medida, a la fragmentación de buena parte de Italia en ciudades-estado. En cada uno de ellos, la ciudad central tendió a aumentar su hegemonía limitando el crecimiento de las restantes poblaciones de su *contado*, o comarca circundante. Sin embargo, sólo en casos contados, las ciudades italianas siguieron creciendo después de mediado el siglo XIV

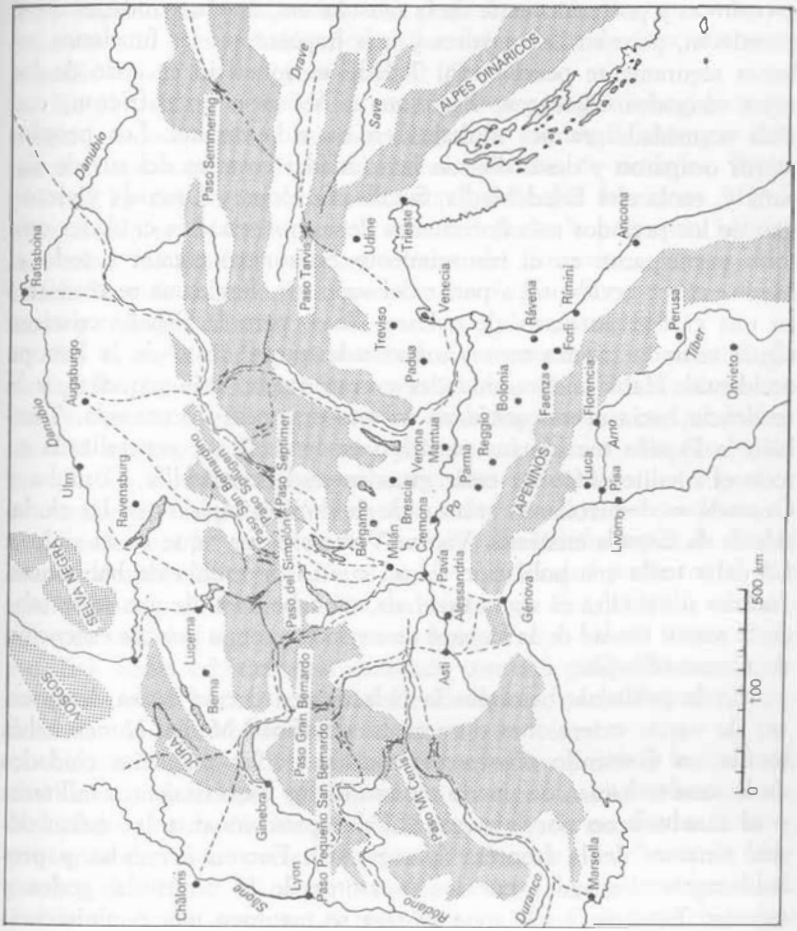


FIGURA 6.2

Italia y las ciudades italianas en la etapa final de la Edad Media

y, en realidad, muchas de las de segunda fila decayeron durante la baja Edad Media.

España, con la excepción de la provincia de la Bética, nunca había estado tan urbanizada como Italia. En el transcurso de las invasiones

germánicas y posteriormente de la musulmana, muchas ciudades desaparecieron, pero en las mayores y más importantes las funciones urbanas seguramente pervivieron. Toledo se convirtió en sede de los reyes visigodos. Zaragoza, Barcelona y Valencia no sufrieron, con toda seguridad, grandes altibajos en su vida urbana. Los propios moros ocuparon y desarrollaron las ciudades costeras del sur de España y, en la alta Edad Media, Sevilla, Córdoba y Granada vivieron uno de los períodos más florecientes de su historia. Las ciudades costeras participaron en el resurgimiento económico común a todo el Mediterráneo occidental a partir del siglo XII. Barcelona se convirtió en una ciudad portuaria de primera línea, pero la España cristiana siguió estando mucho menos urbanizada que el resto de la Europa occidental. Había menos ciudades y eran mucho más pequeñas, y la tendencia hacia el autogobierno urbano era menos acentuada. También la España musulmana participó en la corriente generalizada en todo el Mediterráneo de crear grandes ciudades. Sevilla, Córdoba y Granada se desarrollaron antes y de modo más rápido que las ciudades de la España cristiana. Vicens Vives asegura [8] que en el siglo X Córdoba tenía una población de un cuarto de millón de habitantes. Incluso si esa cifra es algo exagerada, no cabe duda de que se trataba de la mayor ciudad de la Europa de su época, con la posible excepción de Constantinopla.

En la península balcánica la vida urbana decayó hasta desaparecer de vastas extensiones durante la alta Edad Media. Nunca había tenido un desarrollo vigoroso y muchas de las pequeñas ciudades de la zona se habían originado a causa de los requerimientos militares y se mantuvieron por la necesidad de aprovisionar a las guarniciones romanas de la frontera (ver p. 98). Fueron invadidas y probablemente destruidas por los invasores de la península, godos y eslavos. Tan sólo en la zona costera se mantuvo una reminiscencia de vida urbana. Las ciudades de Grecia, en particular Tesalónica, Tebas y Corinto, sobrevivieron a las invasiones aunque se vieron continuamente amenazadas por ellas. Atenas quedó reducida a una pequeña comunidad que vivía a la sombra de la empinada pared de la Acrópolis. A lo largo de la costa Adriática las ciudades romanas fueron abandonadas, algunas de ellas para no volver a ser ocupadas, y

8. J. Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*, Editorial Vicens Vives, Barcelona, 1972[9], p. 101.

los refugiados se apiñaron en islas pequeñas como Ragusa o tras las defensas aún aprovechables, como las del palacio de Diocleciano en la orilla misma de las aguas de Split (Spalato).

En el transcurso de los intentos hechos por Justiniano para pacificar y reconquistar el interior montañoso de los Balcanes, se fundaron o restauraron y fortificaron buen número de ciudades. Procopio nos ha dejado constancia del nombre de por lo menos 215 de ellas en Épiro, Macedonia y Tracia. Así pues, la península balcánica, como los confines septentrionales del Imperio, era una zona donde la vida urbana desapareció y tuvo que volver a ser creada, lenta y trabajosamente, durante muchos siglos posteriores.

En el conjunto hay una excepción sumamente importante. La capital del Imperio bizantino no vio interrumpidas sus funciones urbanas —acaso cierta contracción— desde los tiempos en que la fundara el emperador Constantino, allá por el siglo IV. En una época en que las ciudades del oeste se estaban reduciendo, su superficie se ampliaba. Las murallas defensivas de Constantino quedaron reemplazadas por las mayores de Teodosio, convirtiéndose en la ciudad mayor, después de Roma. En el siglo VI, la ciudad podía contar con una población de medio millón de habitantes. Era, y siguió siéndolo durante casi dos siglos, el centro administrativo de un vasto imperio. Era, como cabía esperar contando con una población tan numerosa, el mayor centro comercial de Europa y, probablemente, también su mayor centro manufacturero.

Constantinopla debía la inmunidad a las conquistas y la continuidad de su vida urbana, por lo menos en parte, a su emplazamiento. Se hallaba situada en una península elevada y de empinadas laderas, protegida por todas partes, excepto por el oeste por el mar de Mármara y el Bósforo. El suministro alimenticio llegaba principalmente por barco desde la costa del mar Negro y del Egeo y también por mar se realizaba la mayor parte del comercio. Además, el Oriente era, con mucho, la parte más rica del Imperio romano y si los Balcanes eran un área subdesarrollada y objeto de invasiones desde una fecha muy temprana, Siria, Egipto y algunas zonas de Anatolia se contaban entre las regiones más ricas del mundo civilizado. Finalmente, el Imperio de Oriente estaba mucho mejor administrado que el de Occidente. Las instituciones centrales de gobierno nunca se colapsaron, excepto cuando fueron atacadas por los cruzados o los turcos. A Constantinopla siguió confluyendo el comercio y los im-

puestos hasta el momento en que, en el año 1453, fue bloqueada y finalmente conquistada por los turcos otomanos.

El resurgimiento urbano en la Europa noroccidental

En el norte de España, en gran parte de Francia y en Renania la vida urbana quedó interrumpida, aunque en la mayoría de los casos las ciudades en sí parece que nunca quedaron abandonadas completamente. Ya se dijo en el capítulo 2 que las instituciones de la Iglesia sirvieron de conexión y cuando, durante el siglo XI, vuelven a aparecer en los documentos las ciudades del norte de Francia, parecen haberse hallado bajo el control rígido de sus obispos.

Ciudades como Tours, Reims y Lyon en la época merovingia eran centros comerciales y manufactureros, aunque en pequeña escala. No hay indicios de que perdiesen importancia durante los siglos VIII y IX; con toda seguridad nunca quedaron despobladas, a menos que lo fuese sólo de un modo temporal y local bajo el impacto de las incursiones de los vikingos. Más bien continuaron existiendo como «núcleos preurbanos», utilizando la expresión de Ganshof, dispuestas a volver a convertirse en ciudades en los siglos X y XI. La topografía de las ciudades altomedievales arroja algo de luz sobre su historia durante el período de crecimiento de la alta Edad Media. Muchas ciudades son binarias; tienen dos núcleos distintos: uno de origen romano, el otro altomedieval; uno era administrativo y eclesiástico, el otro comercial.

La ciudad de Arras no es sólo un ejemplo típico de las ciudades de Francia, sino que además tiene la ventaja de haber sido estudiada topográficamente por Lestocquoy.[9] La *civitas* romana capital de los atrebates, Samarabriva, estaba situada en la orilla occidental del riachuelo Crinchon. Como muchas otras ciudades, se convirtió en sede episcopal, cuya catedral puede que ocupase el emplazamiento de un templo romano. Un acontecimiento capital en la historia de la ciudad fue la fundación, hacia el año 650, del monasterio de Saint-Vaast, al otro lado del Crinchon y a unos 600 metros de la ciudad romana. Hacia el año 800 se había desarrollado una especie de asen-

9. J. Lestocquoy, *Études d'histoire urbaine: Villes et abbayes au Moyen Âge, MCD Pas-de-Calais*, XII, 2.ª parte (1966) pp. 122-137.

tamiento comercial en las inmediaciones de la abadía, con dos iglesias además del templo monástico. Todo intento de establecer sus dimensiones no pasa de simple conjetura, pero Lestocquoy ha representado el área habitada como rodeando completamente al recinto monástico amurallado.

El foco de la actividad económica se había desplazado desde el emplazamiento romano, ya conocido como la *cité*, al nuevo establecimiento alrededor de Saint-Vaast, denominado por contraste como la *ville* (figura 6.3). Explicar este desplazamiento no es tarea fácil. Que no se debió directamente a circunstancias locales viene indicado por el hecho de que un movimiento similar se produjo en una docena, o más, de ciudades de la Europa occidental. Sin lugar a dudas, Saint-Vaast, como muchos otros monasterios parecidos, era un polo de atracción. Sus necesidades materiales quedaban satisfechas en parte por los mercaderes que allí llegaban y, si podemos hacer inferencias a partir de las informaciones de otros monasterios de la época mejor documentados, también la abadía producía excedentes materiales, producidos en sus posesiones, que podía poner a la venta: paños de lana, tejidos de lino y productos agrícolas. La catedral no podía competir en esto: la comunidad residente era probablemente mucho más reducida y sus recursos más limitados.

La prosperidad de la *ville* se vio quebrada durante las incursiones de los escandinavos. Fue destruida y los monjes huyeron. Cuando volvió a reaparecer, la *ville* era un recinto pequeño que encerraba a un tiempo a la abadía de Saint-Vaast y la residencia fortificada del conde de Flandes, la *Court-le-Comte*. En el siglo XI, la población urbana creció. En el exterior de las murallas que limitaban el estrecho recinto de la *ville* del siglo X, fueron estableciéndose tejedores. Los mercaderes se establecieron hacia el nordeste de Saint-Croix, donde hacia fines del siglo XI iba configurándose el Grand Marché (la actual Grande Place). Durante el siglo XII, las familias mercantiles que iban a dominar el comercio y la política de la ciudad hasta fines de la Edad Media, ya se dedicaban y con gran éxito al comercio en la ciudad.[10]

Fue la *ville* de Arras la que creció y prosperó. En la *cité* no había mercado y sólo unos cuantos mercaderes ricos fijaron en ella

10. J. Lestocquoy, *Les dynasties bourgeoises d'Arras du XI^e au XV^e siècles, MCD Pas-de-Calais*, 1.ª parte, 1945.

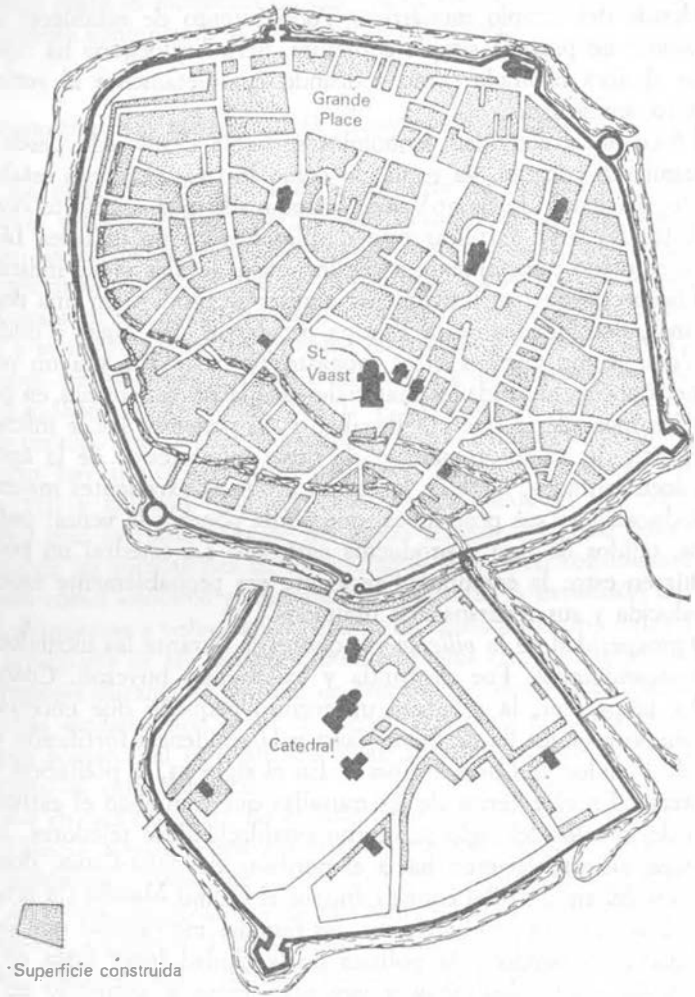


FIGURA 6.3

Arras como ciudad binaria

FUENTE: Plano de Arras en 1435 que figura en J. Lestocquoy, «Les dynasties bourgeoises d'Arras», *MCD Pas-de-Calais*.

su residencia. Incluso cuando el área de la *ville*, circundada por las murallas ampliadas ya había sido totalmente edificada, los ciudadanos tardaron en establecerse en la *cité* y aún entonces tuvieron problemas con las jerarquías de la catedral. En consecuencia, durante el último siglo de la Edad Media, Arras siguió reflejando en su topografía los dos núcleos gemelos de los que había surgido. La *ville* estaba densamente poblada, sus mercaderes eran ricos (ver p. 406) y la mayoría de los ciudadanos se dedicaban a la artesanía, de la que el ramo textil era el más importante. Por contra, la *cité* consistía, dentro del recinto amurallado, de tres calles solamente, entre las que se hallaba situada la catedral. El resto lo formaban huertos y espacios abiertos (figura 6.3).

Se ha expuesto la evolución de Arras porque su historia es un ejemplo típico de la de muchas otras ciudades del noroeste de Europa. Podría darse una lista de una docena o una veintena que se desarrollaron a partir de los polos gemelos de la catedral y el monasterio. En realidad casi todas las ciudades episcopales de la Francia medieval evidencian esta dicotomía, con las actividades comerciales y manufactureras tendiendo a gravitar hacia el núcleo monástico. Era allí donde, con toda probabilidad, se celebraban las ferias, como la de San Remigio, la feria del vino que tenía lugar en el monasterio de Saint-Rémy, en Reims, y la feria Lendit, en la abadía de Saint-Denis, cerca de París. En contraste, la «ciudad» conservaba la tranquilidad episcopal, sólo perturbada, por regla general, en un grado ínfimo por los artesanos y las actividades comerciales de los mercaderes.

La *ville* o *bourg*, en algunos casos se situaba muy cerca de la *cité*, de modo que al ampliarse las murallas de ésta podía incluirla dentro del recinto amurallado. En otros casos, la *cité* y la *ville* formaron dos recintos amurallados distintos, como en Dijon y Périgueux, donde una distancia de unos 300 metros las separaba. A veces, la *ville* se situaba en el lado opuesto del río, como en Verdun y Metz. Vale la pena señalar el caso de dos ciudades romanas del norte de la Galia, Bavai y Cassel, que no llegaron a convertirse en sedes episcopales, y que tampoco atrajeron a ninguna fundación monástica de importancia. Ambas siguieron siendo ciudades pequeñas de importancia local. Sin las instituciones de la Iglesia, no podía establecerse fácilmente el nexo de unión entre la *civitas* y la ciudad medieval.

Ciudades nuevas del siglo XII

No todas las ciudades de la Europa occidental derivaban de establecimientos romanos; muchas de ellas, en realidad la mayoría, se desarrollaron alrededor de un núcleo primitivo, que podía ser monasterio o castillo. Muchos de los monasterios benedictinos fundados en los siglos VII y VIII no se situaron en los suburbios de la capital de una antigua *civitas* romana sino en medio del campo. A su alrededor se desarrollaba una pequeña comunidad rural; a veces, éstas adquirían ciertas funciones urbanas y en contados casos originaron ciudades de dimensiones e importancia notables. Entre ellas cabe citar a Saint-Omer, Saint-Riquier, Corbie, Saint-Trond, Fulda y, en fecha posterior, Cluny.

Muchas más fueron las ciudades que se desarrollaron a la sombra y bajo la protección de un castillo. En realidad, ésta es casi la forma clásica de la ciudad medieval en la Europa occidental y central.[11] Carece de sentido discutir si la ciudad se desarrolló a partir de una aldea y sus ciudadanos de los campesinos lugareños. Por regla general, ni los castillos ni los monasterios se construían alejados de una u otra comunidad rural. Ambos precisaban de mano de obra para la construcción y mantenimiento de las construcciones y un suministro alimenticio constante para sostener a los que en ellos habitaban.

El desarrollo de las ciudades monásticas o ciudades-fortaleza debió de seguir más o menos estas directrices. Primero se otorgaba el permiso para la celebración de un mercado en el pueblo y ello debía de ir acompañado o seguido de la concesión de ciertos privilegios. De este modo, la población se convertía en términos legales en una ciudad, aunque sus funciones urbanas no pasasen de celebrar un mercado semanal o poco más. El otorgamiento de una carta era, generalmente, el intento del señor de aprovecharse de los impuestos derivados del mercado, rentas de *burgage* y de los beneficios de los tribunales que, con toda seguridad, habría que establecer en la ciudad. La corporativización tenía lugar, frecuentemente, con anterioridad al desarrollo de funciones estrictamente urbanas y, en muchos casos, éstas nunca llegaban a materializarse. El resultado era la *Agrarstadt*,

11. Véase H. Pirenne, *Medieval cities*, Princeton University Press, 1927.

la comunidad pequeña, con atributos urbanos y algunos adornos de ciudad, tales como murallas y puertas. Tenía derecho a celebrar mercado, pero carecía de oficios especializados y de comunidad de mercaderes y comerciantes.

El otorgamiento de los privilegios con que se dotaba a esas ciudades en embrión, con el tiempo se convirtió en un estereotipo. Los que ya se habían otorgado a ciertas ciudades servían de modelo de leyes para otros conjuntos urbanos. Sin duda, los presupuestos ciudadanos esperaban tener el privilegio de las mismas «leyes» que disfrutaban las ciudades vecinas y sus señores no sabían lo suficiente acerca de instituciones urbanas como para modificarlas. De este modo, las leyes de Breteuil, otorgadas por vez primera a la oscura ciudad normanda de ese nombre, se generalizaron en Normandía y partes del oeste de Inglaterra.[12] De modo parecido, las ciudades de organización corporativa reciente en la Europa central acostumbraron a recibir las «leyes» de Magdeburgo, de Lübeck o de la ciudad bohemia de Iglau (Jihlava). Las «leyes» de Lovaina se adoptaron por todo Brabante, y en Luxemburgo varias ciudades adoptaron el *droit de Beaumont* que, en sí, de ciudad tenía poco más que el nombre.

Los condes de Flandes a fines del siglo X o principios del XI, habían fundado un cierto número de palacios o castillos por todo el condado. Cada uno de ellos era el centro de una castellanía, de la que extraían suministros y soldados y a la que proporcionaban una cierta protección. Durante este siglo y los siguientes demostraron tener más habilidades administrativas que lo corriente. Mantuvieron un fuerte control sobre sus alcaides y parece que llevaron a cabo la política deliberada de desarrollar núcleos comerciales junto a sus castillos.[13] Se vieron ayudados por el crecimiento contemporáneo de la población y la expansión del comercio. En el transcurso del siglo X, cuando ya habían cesado las incursiones de los vikingos, comenzaron a formarse pequeños núcleos de población junto a los palacios de los condes, y durante el siglo XI crecieron rápidamente. Casi de la nada se desarrolló todo un entramado de ciudades. Hacia finales del siglo Yprés, Lille, Tournai, Valenciennes y Douai habían surgido como centros comerciales del Flandes occidental, junto con otras varias ciu-

12. Mary Bateson, «The Laws of Breteuil», *EHR*, XV (1900), pp. 73-78; 302-318, 496-523; 754-757; XVI (1901), pp. 92-110; 332-345.

13. J. Dhondt, «Développement urbain et initiative comtale en Flandre», *RN*, XXX (1948), pp. 133-156.

dades de nombre menos distinguido: Messines, Aire, Thourout, Audenarde. Hacia el año 1100 o, a lo sumo, unos cuantos años después, se había establecido entre ellas una secuencia de ferias.

El Flandes oriental se desarrolló más tardíamente que el occidental pero, a fines del siglo XI, Brujas y Gante ya eran centros comerciales de importancia. El núcleo original de ambas era un castillo del conde de Flandes en el que se concentró en primer lugar el comercio de ámbito local y más tarde el comercio a gran distancia. De un modo bastante imaginativo, un cronista del siglo XIV refería así el nacimiento de la ciudad de Brujas:

> A fin de satisfacer las necesidades de las gentes del castillo empezaron a reunirse ante su puerta, cerca del puente del castillo comerciantes y mercaderes vendedores de artículos caros, más tarde posaderos que alimentaran y hospedaran a aquellos que hacían negocios con el príncipe ...; construyeron casas y abrieron posadas donde se acomodaban los que no podían permanecer en el castillo ... El número de casas creció tanto que pronto formaron una ciudad grande que en el lenguaje vulgar aún se le llama «Puente», pues Brujas significa «puente» en su lengua.[14]

Las ciudades flamencas comenzaron como centros de comercio, como comunidades de mercaderes. Pero nunca se dejará suficientemente claro que la comunidad que se desarrolló junto al castillo condal también incluía campesinos y artesanos y que, por lo menos en sus primeros años, era más agrícola que comercial. Ya se ha indicado que por lo menos parte de las mercancías manejadas provenían del excedente de producción, especialmente tejidos de los monasterios. Las manufacturas artesanas, sin embargo, llegaron a predominar en todas ellas, excepto en Brujas, que continuó siendo una ciudad principalmente comercial. En el siglo XIII se produjo el punto culminante de la prosperidad de la manufactura de paños flamencos. En adelante se vería debilitada por la competencia externa y las discordias internas (ver pp. 530-531).

En Brabante y Hainaut, las ciudades se desarrollaron más tarde, pero también allí lo hicieron junto a castillos y monasterios. Bruse-

14. Chronica Sancti Bertini, *MGH*, SS., XXV, 768, citado por G. Fagniez, *Documents relatifs à l'histoire de l'industrie et du commerce en France*, Collection de Textes, I (1898), pp. 54-55.

las, que iba a convertirse con mucho en la ciudad mayor, se desarrolló alrededor de un castillo ducal, construido junto al río Senne. Tongeren (Tongres) tenía origen romano, pero había dejado de crecer después de que sus obispos la abandonasen allá por el siglo VIII. Su lugar lo tomó la población de Lieja, junto al río, y fue creciendo alrededor del núcleo episcopal hasta convertirse en una de las ciudades mayores de los Países Bajos. Lovaina y Malinas también tuvieron un desarrollo tardío, estimulado por la producción industrial y el comercio crecientes de Brabante en los siglos XII y XIII.

Las ciudades prósperas de los Países Bajos medievales tenían una cosa en común. Estaban situadas junto a ríos navegables; su comercio se transportaba en barco y, por lo menos en la alta Edad Media, muchas de ellas eran accesibles a la navegación marítima. Este simple hecho pone de manifiesto la distinción fundamental entre la ciudad romana y la ciudad medieval de esta región. La primera orientada hacia la Galia, de donde provenían las guarniciones y los suministros, la segunda, hacia el mar y las rutas marítimas, hacia Inglaterra y la Europa septentrional y occidental; la primera dependía de los caminos, la segunda de los ríos.

El desarrollo urbano en la Europa central

La vida urbana, tal y como se entendía en el mundo antiguo, acababa en las fronteras del Imperio romano. A decir verdad, muchos de los asentamientos humanos a lo largo del Rin y del Danubio estaban lejos de tener la categoría y la significación de capitales de *civitates*. La mayoría no eran más que fuertes de legionarios, junto a los que se habían desarrollado *cannabae*, asentamientos de buhoneros y de otras gentes que suplían las necesidades de las guarniciones. Unas cuantas, como por ejemplo Regnum (Ratisbona) continuaron habitadas. Otras, como la fortaleza legionaria de Vindonissa, cerca de Basilea, y Carnuntum (Petronell), junto al Danubio, más abajo de Viena, quedaron destruidas durante las invasiones germánicas y nunca volvieron a ser habitadas. La tasa de supervivencia de las ciudades de Renania fue bastante superior a la de las ciudades del Danubio. Estrasburgo, Espira, Worms, Maguncia y Colonia continuaron estando habitadas y en los siglos VII u VIII se convirtieron en sedes episcopales. Hacia los años finales del siglo X, o lo más tarde, a prin-

cipios del siglo XI, estas ciudades habían atraído a una pequeña comunidad preurbana que creció hasta varios millares de pobladores durante el siglo XII.

Ratisbona, aunque nunca fue capital de una *civitas* romana, se convirtió en corte de un pequeño ducado bávaro. En el exterior de sus murallas, hacia el oeste, se fundó el monasterio de Saint-Emmeran y, en el siglo X se estableció el obispado, construyéndose la catedral dentro del recinto romano amurallado. En otras palabras, la historia de Ratisbona, en líneas generales, repite la de Arras y Reims, Tours y Toulouse, aunque varios siglos después. Líneas de desarrollo similares pueden demostrarse, referentes a otros asentamientos fronterizos, siendo los ejemplos más destacables las ciudades renanas de Bonn y Xanten, en donde se desarrolló un asentamiento franco al exterior de las fortificaciones de la ciudad romana.

La historia urbana de las ciudades situadas más allá del Rin y del Danubio reviste una complejidad extraordinaria. No había tradición urbana alguna. En un principio, las ciudades surgían allí donde se precisaban los servicios que éstas podían suministrar. Se desarrollaron en forma de núcleos circulares, como puntos de referencia que ofrecían protección o un lugar ventajoso para los comerciantes que los frecuentaban. A falta de ciudades romanas, esos núcleos pudieron haber sido lugares de reunión de los mercaderes ambulantes, aldeas, fortalezas de las tribus germánicas o eslavas, establecimientos monásticos, los palacios de los primeros emperadores o los castillos de sus vasallos. Muchas ciudades absorbieron varios de esos núcleos situados en la vecindad, pero que, por lo menos en su origen, eran independientes entre sí.

Desde fecha muy temprana, los comerciantes tendieron a formar pequeñas comunidades. No sabemos con qué criterio escogían los emplazamientos. Acaso, por medio de algún tipo de consenso mutuo, decidían que un lugar concreto era el más conveniente para reunirse en las épocas convenidas. Un término empleado comúnmente para denominar a esos puntos de reunión era *wik*. Los grupos de cabañas junto a los muros de un monasterio o en el *suburbium* de una *civitas* romana era un *wik*. También había *wiks* que habían surgido en lugares aislados. Hedeby, en el extremo de un estrecho brazo del mar Báltico, cerca de la base de la península de Jutlandia era uno de esos asentamientos aislados. Estaba situado en el lugar apropiado de la ruta entre el mar Báltico y el mar del Norte. No había

sido habitado con anterioridad; todo su valor logístico se encuadraba en el marco del comercio norte-europeo en la alta Edad Media. Era un recinto reducido, protegido por un talud y una empalizada, en el que se encontraban las cabañas de los traficantes. No sabemos el modo en que organizaban y administraban el establecimiento, pero podemos estar seguros de que sus derechos no emanaban de ninguna carta de privilegios formal. De haber sobrevivido la ciudad —de hecho fue destruida a mediados del siglo XI, y el lugar abandonado— hubiese aducido que sus derechos fueron adquiridos por costumbre.

Es difícil calcular el número de tales *wiks* autosuficientes. Quentovic, en la costa norte de Francia, pudo haber sido uno de ellos, aunque su emplazamiento no se conoce con seguridad.[15] Duurstede, en el Rin inferior y, acaso, también Hamburgo pertenecen a este grupo, así como también Sigtuna, Birka y otros centros comerciales establecidos por los nórdicos por todo el mar Báltico. Sin embargo, el número de *wiks* independientes era reducido y tal vez sólo se ocupaban durante la estación en que se navegaba y comerciaba. Al final, la mayoría parece que fueron o bien abandonados o bien destruidos; por sí mismos no dieron lugar a una ciudad medieval permanente. Esto, claro está, sólo sirve para reforzar la opinión de que el patronazgo y la protección eran necesarias para que una comunidad comercial pudiera resistir y prosperar.

Algunas ciudades pudieron haberse formado a partir de pueblos. La distinción entre pueblo y ciudad siempre fue confusa. Muchos pueblos se convirtieron en centros de mercado y las necesidades de un mercado semanal podían motivar la aparición de un puñado de artesanos. No era raro que los pueblos actuasen con capacidad corporativa y, en un momento dado, reclamaran los derechos propios de una ciudad, que entonces se podían reclamar mediante una carta.

En la Europa central, lo mismo que en la occidental, los castillos y monasterios podían ser puntos alrededor de los cuales se formase una ciudad. Sin embargo, al este del Rin, entre los núcleos más importantes, por lo menos las ciudades más antiguas, se encontraban las fortalezas tribales, que los alemanes conocían como *Burgwall* y los eslavos como *grody* o *hrady*. Eran fortificaciones de tierra que se utilizaban como refugio en tiempos de invasiones o guerras. La

15. Jan Dhondt, «Les problèmes de Quentovic», *Stud. On. Amintore Fanfani*, Milán, 1962, I, pp. 181-248.

Crónica Eslava de Helmold describe que, incluso cuando las guerras contra los wagrianos de Holstein y Mecklemburgo ya habían concluido, el campesinado local se sentía inseguro porque sus fortalezas no se habían reconstruido. En Nordalbingia (Holstein) la gente «salía de los refugios en donde se habían encerrado por temor a las guerras y cada cual volvía a su aldea».[16] Por lo menos noventa de esos *Burgwalle* se habían contado tan sólo en Brandeburgo. Su número en Alemania oriental era tan elevado que no había aldea que no estuviese en las proximidades de uno de ellos. La mayoría eran muy pequeños, cubriendo unas cuantas hectáreas. Normalmente se emplazaban en lugares bajos, protegidos naturalmente por un río o pantano y se rodeaban de foso, talud y empalizada con un solo acceso bien guardado.

Cierto número de construcciones defensivas de esta clase iba relacionado con el Estado de la Gran Moravia del siglo IX. Sus puntos claves eran *hrady*, muchos de ellos mayores y más reciamente construidos que los *Burgwalle* alemanes. En su interior había edificaciones de mampostería y se han excavado los cimientos de varias iglesias absidades y de rotonda. Los hallazgos arqueológicos incluyen artículos que sólo podían adquirirse mediante el comercio a larga distancia y demuestran que se trabajaba el hierro y se practicaban otros oficios. Los mayores de ellos, como por ejemplo Mikulcice y Staré Mesto, puede que tuviesen una población permanente de varios centenares de personas. No cabe duda alguna de que estos *hrady* contaban en esta época con una población limitada dedicada a la manufactura y el comercio y, en términos de desarrollo urbano, seguramente no se hallaban retrasados con respecto a las ciudades contemporáneas de la Europa carolingia.[17] Eran las bases del poderío de los príncipes eslavos de la comarca que seguramente habitaban en algún punto clave de su territorio. También debían servir de refugio al campesinado de la región. A pesar de todo, la mayoría no sobrevivieron al imperio de la Gran Moravia que había puesto las bases de su desarrollo. La invasión de los magiares destruyó al Estado y la ma-

16. *The Chronicle of the Slavs*, por Helmold el Sacerdote, ed. F. J. Tschan, Columbia University Press, 1935.

17. J. Poulik, «The latest archaeological discoveries from the period of the Great Moravian Empire», *Historica*, Praga, I (1959), pp. 7-10; también F. Kavka, «Der Stand der Forschungen über den Anfang der Städte in der Tschechoslowakei», *KHKM*, X (1962), pp. 546-549.

yoría de esas ciudades incipientes quedaron abandonadas y nunca más vueltas a habitar.

En el siglo x el comerciante y viajero judío Ibrahim Ibn Ja' kub, cruzó Bohemia de camino hacia Cracovia. En su camino pasó por Praga y descubrió la ciudad en la cumbre de una empinada colina al oeste del Moldava. Estaba construida de piedra y en ella estaba la residencia del príncipe del lugar y también una gran iglesia de mampostería —evidentemente se trataba de la iglesia de San Jorge que aún hoy se mantiene dentro del Hradcany—. Había una comunidad de artesanos y comerciantes, sin duda alguna, similar a la que había existido un siglo antes en Staré Mesto y por toda Moravia.[18]

Un burgo de este tipo, tanto si era sede de un príncipe local como si no lo era, se encuentra en el centro de muchas, quizá la mayoría, de las ciudades de la Europa central. El burgo atraía a una comunidad de comerciantes y mercaderes que habitaban fuera de las murallas y los fosos, pero lo suficientemente cerca como para beneficiarse de su protección. Formaban una ciudad pequeña y sin planificación que, con el tiempo, pudo llegar a disponer de murallas propias. En algunos casos, el desarrollo de la ciudad quedó ahí, pero en otros, la ciudad nueva se injertaba en la vieja. Este hecho, por regla general, iba relacionado con la llegada de nuevos pobladores procedentes del oeste, y con el otorgamiento de extensos privilegios. La nueva ciudad se planeaba habitualmente con una plaza de mercado y calles que se cortaban en ángulo recto.[19]

Esta secuencia de acontecimientos aparece bien ilustrada en el caso de Cracovia, donde la ciudad eslava se desarrolló bajo el *gród*, conocido en este caso como el Wawel. Esta ciudad estaba *zu polnische Recht*, y sus privilegios derivaban de los usos locales. Después, en el año 1257, se estableció *zu germanische Recht* la ciudad planeada con calles rectas, la gran plaza del mercado y la pañería. Lo más probable es que los alemanes que la crearon fueron animados a venir sólo tras el otorgamiento de una carta de privilegios formal, ley germánica, como se denominaba; la costumbre polaca era demasiado indefinida e incierta como para ejercer atracción alguna. Poznan, Breslau (Wroclaw), Praga y otras muchas ciudades de la Europa central

18. Jaroslav Melnik, en *Historica*, Praga, XVII (1969), pp. 43-91.

19. Edith Ennen, *Frühgeschichte der europäischen Stadt*, Bonn, 1953; Hans Planitz, *Die Deutsche Stadt im Mittelalter*, Colonia, 1965.

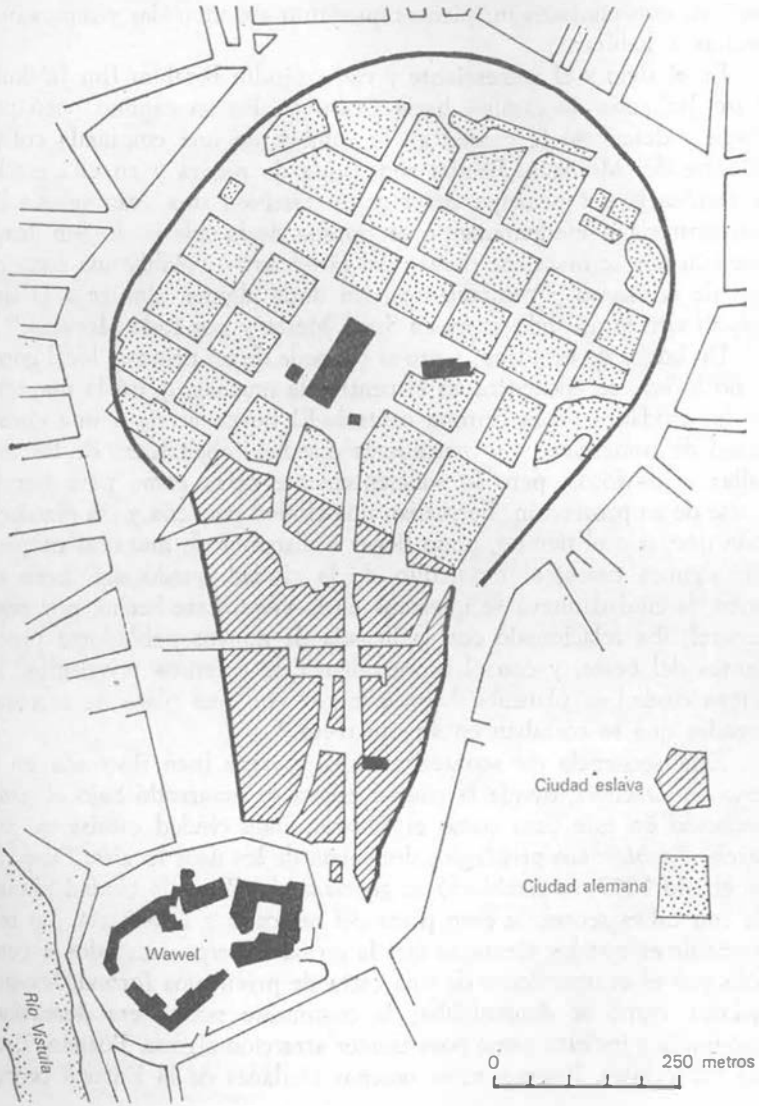


FIGURA 6.4

Cracovia en la etapa final de la Edad Media

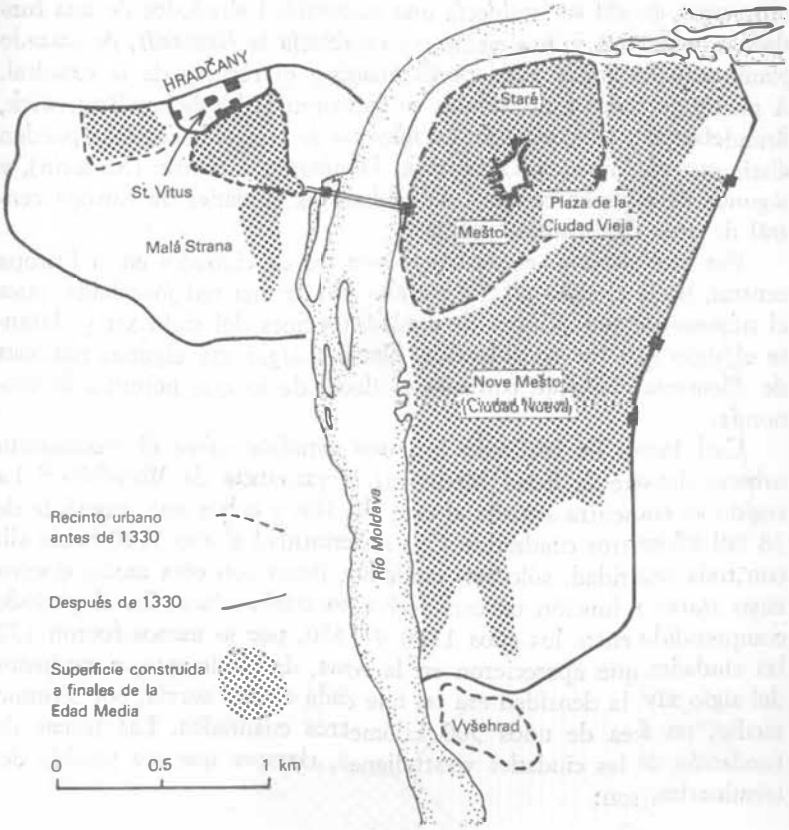


FIGURA 6.5

Praga en la etapa final de la Edad Media

evidencian en el trazado de sus calles y plazas una evolución que sigue de cerca a la de Cracovia.

En la misma Alemania, el curso de evolución de alguna de las ciudades más antiguas era todavía mucho más complejo que el de Praga o Breslau. Hay casos de hasta cuatro o más núcleos separados. El burgo ocupaba el punto fuerte local, debajo de éste estaba la *Altstadt*, formada por la primitiva colonia de comerciantes y artesa-

nos; cerca de ahí se establecía una comunidad alrededor de una fundación monástica y, finalmente, se establecía la *Neustadt*, de trazado planificado. A todos ellos podía añadirse el recinto de la catedral. A partir de todas estas células se formaron Hildesheim, Brunswick, Brandeburgo y Magdeburgo. La mayoría de esos elementos se pueden distinguir en Münster, Osnabrück, Hamburgo y Stettin (Szczecin), y algunos de ellos en casi la totalidad de las ciudades de Europa central de unas dimensiones medias.

Por este sistema se constituyó una red de ciudades en la Europa central, hacia el siglo XII. Se trataba aún de una red inacabada, pues el número de fundaciones de ciudades a fines del siglo XII y durante el siglo XIII fue considerable. Hacia el siglo XIV algunas regiones de Alemania contaban con más ciudades de lo que permitía la economía.

Carl Haase ha realizado intensos estudios sobre el crecimiento urbano durante la Edad Media en la provincia de Westfalia.[20] La región se encuentra situada al este del Rin y cubre una superficie de 38 mil kilómetros cuadrados. Con anterioridad al año 1180 había allí con toda seguridad, sólo seis ciudades, junto con otra media docena cuyo *status* y función en esta fecha no estaba claro. En el período comprendido entre los años 1180 y 1350, por lo menos fueron 132 las ciudades que aparecieron en la zona, de modo que, a mediados del siglo XIV, la densidad era tal que cada ciudad servía, por término medio, un área de unos 300 kilómetros cuadrados. Las fechas de fundación de las ciudades westfalianas, siempre que sea posible determinarlas, son:

Antes de 1180	6
1180-1240	36
1240-1290	39
1290-1350	57
Total	138

No hay posibilidad de determinar el tamaño de esas ciudades durante la Edad Media, aparte de la evidencia topográfica que se refleja en lo que era el recinto amurallado de las ciudades. Pero esta línea de razonamiento debe emplearse con grandes precauciones: la

20. Carl Haase, *Die Entstehung der westfälischen Städte*, Münster, 1965.

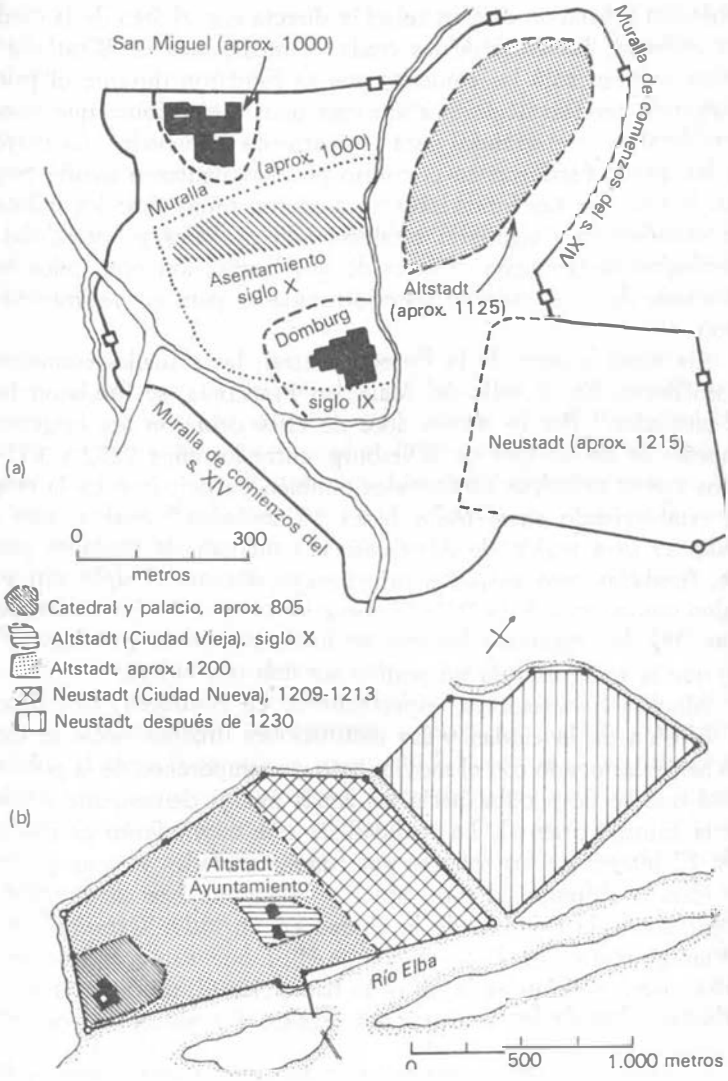


FIGURA 6.6

Ciudades alemanas de la baja Edad Media

a) Hildesheim, y *b*) Magdeburgo.

población urbana no está en relación directa con el área de la ciudad. Sin embargo, las áreas de las ciudades medievales de Westfalia sugieren que tan sólo las ciudades que se fundaron durante el primer y segundo período llegaron a alcanzar unas dimensiones que puedan considerarse como grandes para los patrones medievales. La mayoría de las que se fundaron en el cuarto período siguieron siendo pequeñas. Parece que sus fundadores no supieron interpretar los indicadores económicos y siguieron estableciendo ciudades y dotándolas de privilegios hasta mucho después de que la recesión económica hubo recortado de modo tajante las oportunidades para el crecimiento urbano.

En otros lugares de la Europa central, las ciudades comenzaron a proliferar. En el valle del Main, en Franconia, se fundaron hasta 42 ciudades.[21] Por lo menos doce de ellas debieron sus orígenes al empeño de los obispos de Würzburg, entre los años 1232 y 1354, y otros nueve príncipes territoriales también participaron en la empresa, estableciendo entre todos hasta 30 ciudades.[22] Suabia, más que cualquier otra región de Alemania, era un país de ciudades pequeñas, fundadas bajo auspicios principescos durante el siglo XIII y los siglos posteriores. Sólo Württemberg ya tenía 148. En Luxemburgo eran 361 los lugares a los que se había concedido privilegios,[23] de los que la gran mayoría no podían ser más que aldeas.

Muchos historiadores, especialmente en Alemania, han descrito la difusión de la ciudad y las instituciones urbanas hacia el este y las han relacionado con el movimiento contemporáneo de la población rural que se desplazaba hacia las zonas menos densamente pobladas de la Europa oriental. La realidad de este movimiento es indiscutible. El interés de los señores por fundar ciudades y sacar provecho de ellas se difundió al este. Stoob y Weczerka han cartografiado el resultado de la difusión de la ciudad en un *Atlas Ostmitteleuropas* bastante tendencioso.[24] Sin embargo, hay que subrayar que lo que estos mapas reflejan es la difusión hacia el este, no de las funciones urbanas, sino de las instituciones legales. En muchos casos, ambas

21. Adolf Welte, «Zur Entstehung der mainfränkischen Städte», *Petermanns Mitteilungen*, Gotha, LXXXVII (1941), pp. 233-250.

22. Robert Gradmann, «Schwäbische Städte», *Zeitschrift der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 1916, pp. 425-457.

23. Camille-J. Joset, *Les Villes au Pays de Luxembourg* (Recueil de Travaux d'Histoire et de Philologie, 3.ª serie, fasc. 5), Bruselas, 1940.

24. *Atlas Ostliches Mitteleuropa*, Bielefeld, 1959, hojas 59 y 60.

se dieron parejas. El nuevo asentamiento urbano se planeaba para un lugar que había sido escogido con sumo cuidado. Luego se hacía una proclama para atraer a los colonos, junto con la promesa de los privilegios, que generalmente incluía liberación de obligaciones arbitrarias y pesadas, el derecho a disponer de mercado, la propiedad urbana, la organización y administración de los propios asuntos y tener un tribunal para solucionar sus propios problemas.

La nueva ciudad se creaba en un determinado momento; no crecía poco a poco durante años como lo habían hecho la mayoría de las ciudades más antiguas. Por ello, había que planificarlas. Se situaban las calles y su extensión lineal se distribuía en parcelas, dejándolas a punto para que los futuros ciudadanos pudiesen ocuparlas en el mismo momento de su llegada. Las calles de las ciudades más antiguas podían derivar de senderos sinuosos de ganado; se doblaban para esquivar o enlazar propiedades. En las ciudades nuevas, por lo general, no había tales limitaciones. Las calles eran rectas y se cortaban entre sí en ángulo recto —o por lo menos casi recto—. Y puesto que el mercado era lo más característico de la nueva ciudad, en el centro de ésta se dejaba un espacio libre, también de planta rectangular.

Estas ciudades se extendieron por toda la Alemania central y en las tierras eslavas más alejadas. ¿Podemos asegurar que estas ciudades eran las primeras, en sentido medieval, en existir en su emplazamiento? Examinemos, por ejemplo, la pequeña ciudad de Parchim, en Mecklemburgo-Schwerin, a unos 100 kilómetros al este de Hamburgo. Consistía en tres sectores.[25] El primero era un burgo, seguramente derivado de un antiguo refugio. Junto a él se situó una ciudad pequeña, carente de planificación y, al oeste de ésta, la ciudad nueva con una planta de calles regulares. De hecho, es como Cracovia en miniatura. Las primeras referencias a la *Neustadt* son del año 1249, de manera que la ciudad vieja debió de ser bastante anterior. Por los documentos, parecería que Parchim era una ciudad de nueva planta fundada a mediados del siglo XIII. Ésta es la fecha en que fue sometida a la ley alemana, pero las funciones urbanas se venían realizando probablemente desde mucho tiempo antes.

25. Karl Hoffman, «Die Stadtgründung Mecklenburg-Schwerins in der Kolonisationszeit vom 12. bis zum 14. Jahrhundert», *JVMG*, XCIV (1930), pp. 1-200.

Las ciudades de nueva planta de la baja Edad Media

Las ciudades planeadas que se extendían por toda Alemania y el este de Europa en los siglos XIII y XIV son sólo un caso particular de la amplia categoría de ciudades medievales conocidas por ciudades nuevas. Diferían de las ciudades más antiguas en ser la creación arbitraria y deliberada de sus señores. Habitualmente carecían de núcleo; tenían un diseño planificado y, por regla general, estaban amuralladas. En algunos casos tenían función comercial, pero muchas de ellas, acaso la mayoría, siguieron teniendo un carácter abrumadoramente agrícola y sólo diferían físicamente de los pueblos en que estaban amuralladas, y legalmente por su *status* más libre. Beresford [26] ha contado hasta 172 de esas ciudades en Inglaterra, establecidas entre la conquista normanda y los primeros años del siglo XIV. En Gales, las ciudades nuevas tuvieron el momento de auge a fines del siglo XIII, pues se intentaba con ellas fijar la presencia inglesa en un territorio conquistado recientemente. También fueron numerosas en la Aquitania inglesa, en su mayoría fundadas entre los años 1251 y 1320. Por la misma época, los franceses crearon un número aún mayor de ciudades en la parte de Aquitania que tenían bajo su control. Los motivos de este aluvión de fundaciones urbanas eran en parte económicos —repoblar y desarrollar un territorio devastado por la guerra—, pero seguramente predominaban consideraciones de orden militar. Se creaban para asegurar la conquista de un territorio, como en Gales, o para darle algún tipo de protección, como en la Aquitania, tanto del lado inglés como del francés. Este motivo en muchas ocasiones no fue suficiente para mantener una fundación urbana. Muchas de estas ciudades nunca llegaron a ser más que pueblos; otras desaparecieron del mapa.

Tamaño y función de la ciudad medieval

Cuando las ciudades comenzaron a desarrollarse a partir del núcleo preurbano, entre los siglos X y XII, su existencia se basaba en

26. M. Beresford, *New Towns of the Middle Ages*, Lutterworth Press, Londres, 1967, pp. 319-375.

el comercio. El comercio, de una forma u otra, siguió siendo una de las funciones primarias, pero rápidamente fue adquiriendo muchas otras. Se convirtieron en centros de producción de manufacturas artesanales, lugares en los que se realizaban transacciones financieras y centros de la administración secular y eclesiástica. Hasta cierto nivel también, especialmente hacia finales de la Edad Media, atrajeron hacia ellas a la clase rentista. Pero, al mismo tiempo, ninguna ciudad se aisló totalmente de los quehaceres agrícolas del campo vecino. Algunos burgueses eran a la vez campesinos, y era en los campos y granjas de los alrededores donde muchos de ellos invertían sus ahorros. Cuando se dedicaban a las tareas agrícolas, las gentes de la ciudad practicaban el cultivo intensivo de pequeñas parcelas de terreno. En el sur de Europa se dedicaban fundamentalmente a la viticultura. En Amiens, por el valle del Somme, practicaban fundamentalmente el cultivo de la huerta con fines de mercado.

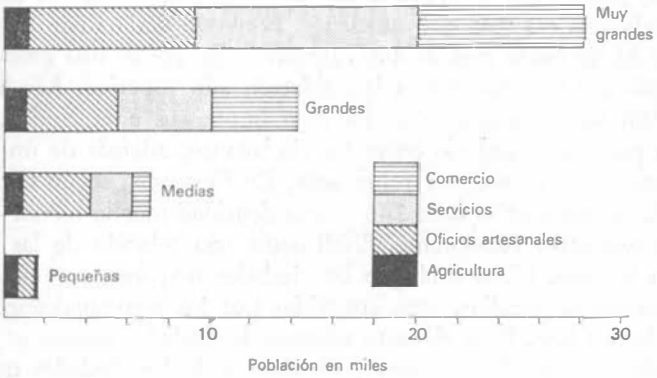


FIGURA 6.7

Representación esquemática de las funciones de las ciudades medievales según su tamaño

La variedad de las funciones que una ciudad desempeñaba estaba en relación directa a su tamaño. El componente agrícola siempre tenía un porcentaje más elevado en las ocupaciones urbanas en las ciudades pequeñas que en las grandes. Por otro lado, en las ciudades

pequeñas la manufactura sólo ocupaba a una pequeña parte de la población total e iba destinada principalmente a satisfacer las necesidades de la comarca. La producción especializada fue siempre más importante en las ciudades mayores e iba dirigida a abastecer a un mercado mucho más amplio. La mayor amplitud del mercado, por su parte, requería de una comunidad de mercaderes, y el conjunto global de artesanos y mercaderes originaba el empleo de un gran sector terciario, compuesto de constructores, carniceros, panaderos, sirvientes y demás, cuya función era la de satisfacer las necesidades materiales de los obreros especializados. Siempre sorprende el gran número de gentes dedicadas al sector terciario que aparece en las evaluaciones de impuestos, registros de tropas y demás listas de burgueses de las ciudades medievales. En Toulouse, por ejemplo, en el año 1322 había 177 carniceros.[27] La población total no debía sobrepasar las 30.000 almas, así es que había un carnicero por cada 175 personas. Al considerar las condiciones de pobreza en que la mayoría estaba sumida, parece que el aprovisionamiento de carne para los ciudadanos pudientes era más que suficiente. Bonvesin della Riva aseguraba que en Milán había más de 440 carniceros, lo que da una proporción de carniceros con respecto a la población aún superior. Añadía que eran 300 las panaderías que pagaban impuestos a la ciudad, pues hacían pan para venderlo entre los ciudadanos, además de un centenar «que sirve a monjes y religiosos». En Florencia, según Giovanni Villani, las panaderías eran 146 —una densidad mucho menor—.

Es una tarea sumamente difícil hacer una relación de las ciudades medievales. Claro está que las ciudades mayores, y también las de dimensiones medias, eran conocidas por los contemporáneos, así como lo son hoy. Pero el vasto número de ciudades enanas es imposible de estimar. En Inglaterra, el número de las ciudades que enviaban representantes a las reuniones del parlamento variaban en cada ocasión. De modo parecido, tampoco en Francia había consistencia alguna en el número de ciudades llamadas a asistir a las asambleas de ciudades del siglo XIV.[28] Le Goff ha comentado [29] que en la Edad Media no había una definición unánime de ciudad, ni relación alguna

27. Wolff, *op. cit.*

28. C. H. Taylor, «Assemblies of French towns in 1316», *Speculum*, XIV (1939), pp. 275-299.

29. J. Le Goff, «Ordres mendiants et urbanisation dans la France médiévale», *AnnESC*, XXV (1970), pp. 924-946.

de ciudades que podían tener derecho. Ni tan sólo los reyes ni sus oficiales tenían idea de cuáles eran las ciudades del reino. En el año 1316 fueron 227 las ciudades llamadas a enviar representantes a las asambleas de los reyes de Francia, y en total fueron 570 las que en un momento u otro fueron representadas.

Dimensiones de la ciudad medieval

¿Cuántas ciudades de entre tantas tenían verdaderamente funciones urbanas y eran reconocidas por los contemporáneos como sitios con una importancia más que local? Hoy se podrían clasificar en función del número de sucursales bancarias, cadenas de almacenes o el volumen anual de negocios. Para las ciudades medievales carecemos de tales indicativos. Le Goff ha indicado que la capacidad de atracción de las órdenes de frailes mendicantes podría servir de índice de la importancia de las ciudades medievales. Casi todos los conventos eran urbanos; se fundaban como respuesta a las necesidades espirituales que se suponía tenían las ciudades. Y su emplazamiento refleja, en opinión de las órdenes, qué ciudades eran las mayores, más importantes y más necesitadas de sus servicios. Treinta y siete ciudades en la Francia «real» y otras quince más en el resto del país contaban, cada una, con tres conventos o más (figura 6.8). En total, sólo 155 ciudades de Francia tuvieron en alguna época algún convento de frailes. Acaso esta lista sea una guía más fiable de las ciudades de significación económica que las relaciones mucho más externas de las que eran requeridas a enviar representantes a las asambleas del rey.

En Alemania la situación era mucho más confusa. El número de ciudades aumentó enormemente a causa de la división feudal del territorio y la presencia de muchos enclaves territoriales de unos Estados alemanes en otros.[30] Habría unas 3.000 localidades con pretensiones urbanas. Bechtel ha estimado [31] que de todas ellas, las de dimensiones medias y grandes apenas llegarían a 50; que 150 eran

30. En la última publicación de los *Deutsche Städtebücher*, Stuttgart, 1954 en adelante, bajo la dirección de Erich Keyser, las estimaciones son mucho más precisas; se ha dedicado un volumen a cada uno de los Länder.

31. Heinrich Bechtel, *Wirtschaftsgeschichte Deutschlands*, Munich, 1951, I, páginas 255-275.

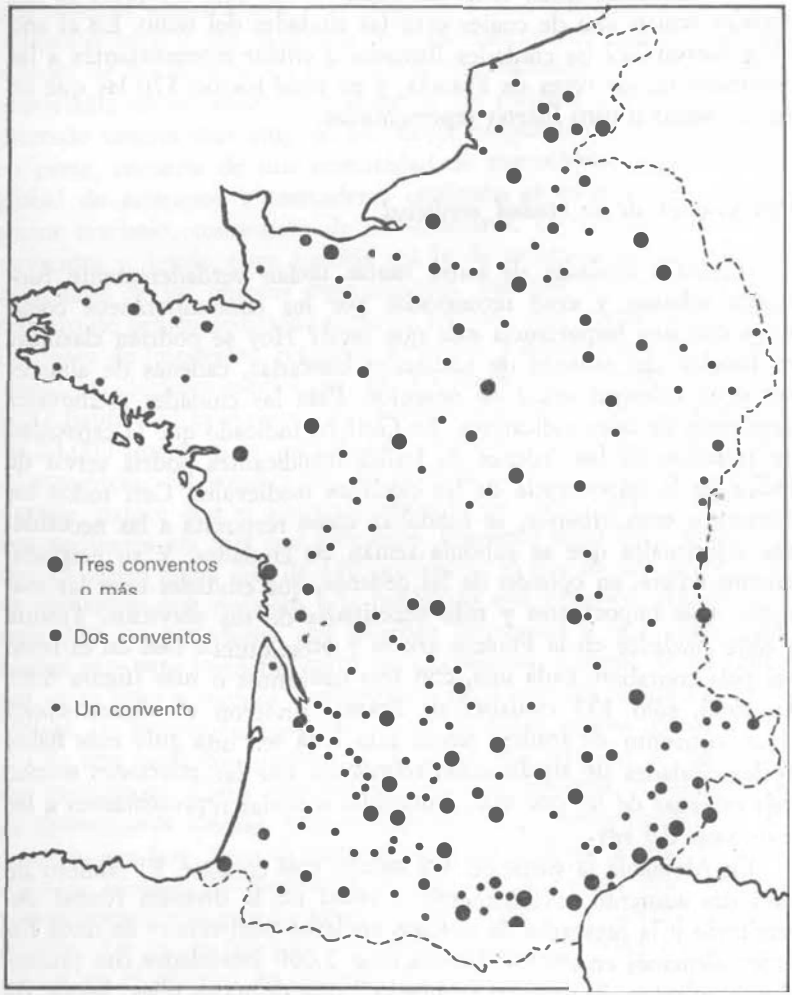


FIGURA 6.8

Distribución de los conventos urbanos en Francia

FUENTE: J. Le Goff, «Ordres mendiants et urbanisation dans la France médiévale», *AnnESC*, XXV (1970), pp. 924-946.

ciudades pequeñas, y que el resto, unas 2.800, eran ciudades muy pequeñas o enanas, la gran mayoría de las cuales apenas reunían a unas 70 familias.

En el resto de Europa el peso específico de las ciudades pequeñas no debió ser tan grande, pero, sin embargo, seguían siendo numerosas. En las regiones más urbanizadas de Europa, el norte de Italia y los Países Bajos, las ciudades de tamaño pequeño y medio eran menos, comparadas con su número en Alemania; las funciones urbanas tendieron a concentrarse en un número relativamente reducido de ciudades grandes y muy grandes. El desarrollo de las ciudades-estado en Italia y la tendencia claramente marcada en este sentido en los Países Bajos tuvo por efecto la sujeción de extensas zonas rurales —los *contadi*— a la autoridad de la ciudad central, y ello debió de tener por efecto la proliferación de ciudades pequeñas.

Ciudades gigantes

Creemos conveniente agrupar las ciudades de Europa, en el punto álgido del crecimiento demográfico —digamos, en el medio siglo transcurrido entre 1275 y 1325— en cinco grupos. En primer lugar tenemos un grupo muy reducido que podemos denominar de *ciudades gigantes*, aquellas cuya población era superior a los 50.000 habitantes. Florencia, si damos por buena la estimación de Giovanni Villani, poco antes de la peste negra, tenía unas 90.000 «bocas». Milán, según Bonvesin della Riva, que escribió en 1288, tenía por lo menos 12.500 casas que daban a la calle y añadía que en algunas de ellas se albergaban varias familias. Esto indicaría una población total no inferior a 75.000 habitantes. Venecia tendría una población de más de 90.000 y Génova sólo era algo menor. Es difícil hacer una estimación del tamaño de las ciudades españolas durante la Edad Media. Las ciudades musulmanas mayores, Sevilla, Córdoba y Granada, casi con toda seguridad se integrarían en esta categoría. La otra única ciudad mediterránea de estas dimensiones era Constantinopla.[32] Las estimaciones acerca de su población en tiempos de Justiniano oscilaban entre el medio millón y el millón de habitantes. Estas cifras de-

32. A. H. Lybyer, «Constantinople as capital of the Ottoman Empire», *AR AmHS*, I (1916), pp. 373-388.

bieron ser exageradas; en cualquier caso el número total fue decayendo durante el siglo siguiente y cayó catastróficamente tras la toma de la ciudad por los cruzados en 1204. En el momento de su sitio por los turcos, en el año 1453 podía haber descendido a 80.000 habitantes. Seguía siendo una ciudad gigante, pero ya no era la mayor de toda Europa.

Al norte de los Alpes había menos ciudades de tamaño «gigante». París, sin lugar a dudas, se integraba en esa categoría, pero hay dudas importantes en cuanto a las estimaciones que se han hecho de su población total.[33] La conocida lista de fogaje del año 1328 (ver p. 147) concede a la ciudad, junto con sus suburbios, por lo menos 61.098 fuegos, además de los 2.351 de Saint-Denis. Otras estimaciones, derivadas del área de la ciudad, y de las escasas informaciones acerca de su consumo alimenticio, y del número de artesanos y comerciantes, parecen indicar un total de 100.000 habitantes. Las únicas ciudades «gigantes» restantes del norte de Europa se encontraban en los Países Bajos. En el siglo XIV, Gante debió alcanzar los 50.000 habitantes, y Brujas debía seguirle de cerca. Bruselas creció más tarde, con el crecimiento económico de Brabante, pero debió alcanzar un número parecido en el siglo XV.

Ciudades muy grandes

Éstas tendrían una población estimada de 25.000 habitantes. Eran más numerosas que las «gigantes», pero, sin embargo, no podríamos enumerar más de quince o veinte, de las que una gran proporción se encontraba en Italia. Entre ellas estaban las ciudades de la llanura de Lombardía: Padua, Bolonia y quizá Verona y Pavía. La lista podría incluir a la ciudad toscana de Luca y también a Roma, Nápoles y tal vez Palermo. La mayor «industria» de Roma era sin duda la Iglesia, pero no podemos señalar ninguna actividad económica dominante que pudiera justificar una población tan grande en Nápoles ni en Palermo. Serían, como de hecho han seguido siendo, refugio del excedente de población de un campo sobrepoblado. Todas las grandes ciudades medievales contaban con una elevada proporción

33. Una reciente revisión de la cuestión se encuentra en Jean Favier, «Les contribuables Parisiens à la fin de la Guerre de Cent Ans», HEMM, IX (1970).

de pobres y desempleados, pero ninguna de ellas en grado tan elevado como las del sur de Italia y de Sicilia.

España tenía por lo menos dos ciudades muy grandes, Barcelona y Valencia, ambas puertos y centros comerciales de importancia. Al mismo tiempo, Lisboa, un puerto relativamente pequeño y de escasa importancia en el siglo XIV, creció rápidamente en el siglo XV merced a la expansión del comercio africano. Hacia finales de la Edad Media era, sin discusión, una ciudad «muy grande».

Había pocas ciudades muy grandes al norte de los Pirineos y de los Alpes. Sin duda alguna, Brujas pertenecía a esta categoría e incluso puede que la superara. Bruselas alcanzó esta categoría en el siglo XV, pero era sensiblemente más pequeña que Brujas y Gante en el punto álgido de su prosperidad. En Francia, Toulouse y Burdeos con seguridad, Ruán muy posiblemente y acaso también Lyon eran ciudades muy grandes. En Alemania Colonia entraba en esta categoría, y Lübeck, la más importante de las ciudades hanseáticas, probablemente alcanzó estas proporciones en el siglo XV. Nuremberg se acercaba bastante y Praga seguramente tenía una población entre 30.000 y 40.000 habitantes antes del inicio de las guerras husitas.

Ciudades grandes

La categoría de las ciudades grandes estaría formada por las poblaciones comprendidas entre los 10.000 y 25.000 habitantes. Eran mucho más numerosas que las ciudades de las categorías que ya se han visto. La mayoría de las ciudades de la llanura de Lombardía eran de este tamaño: Cremona, Mantua, Modena, Parma, Pavía, Rímini, Forli y acaso también Faenza, Rávena y Cesena; y en la Italia peninsular: Orvieto, Perusa, Siena, Pistoia y Pisa. La incertidumbre envuelve las ciudades del sur de Italia. Seguramente eran mejores de lo que su significación internacional y comercial podría indicar, debido a la tendencia a absorber la población rural que sobraba en el campo. Entre las ciudades grandes del sur de Italia y de Sicilia sin duda se contaban Bari, Mesina y Palermo y posiblemente también Siracusa y Enna. La situación en España no está más clara. Zaragoza entraba de lleno en esta categoría pero la gran mayoría de las ciudades cristianas siguieron siendo pequeñas hasta el siglo XV. Valladolid

tenía 6.750 vecinos o fuegos en el año 1530,[34] y puede que en el siglo anterior tuviese una población que excediese los 10.000 habitantes. Lo mismo podría valer para Salamanca, Segovia y Burgos.

Las grandes ciudades eran relativamente más abundantes en la Europa noroccidental. La mayoría de las ciudades pañeras e industriales de importancia de los Países Bajos se incluían en esta categoría: Abbeville y Amiens, Arras y Douai, Yprés y Lille, Valenciennes y Mons, Lovaina y Lieja, Bois-le-Duc y el cada vez más importante puerto de Amberes. Muchas, quizá la mayoría, de las ciudades episcopales francesas como Beauvais, Chartres, Troyes, Metz, Dijon, Lyon también entraban en esta categoría. Aviñón también pertenecía a este grupo hasta que fue elevada a la categoría de «muy grande» con la llegada en 1309 de la corte papal y todo su séquito.[35] Uno se sorprende continuamente al comprobar el tamaño adquirido por muchas ciudades francesas poco conocidas y poco importantes especialmente el sur de Francia. Es, claro está, parte de la tendencia generalizada en el sur de Europa, ya que mucha gente que de haber estado en la Europa noroccidental, hubiese vivido en zonas rurales, allí se trasladaba a las ciudades. Millau, situada en el corazón de las *causses* yermas, contaba en el año 1309 con 1.835 fuegos y poco menos de 10.000 habitantes. Castres y Albi probablemente excedían los 10.000 habitantes con anterioridad a la peste negra.[36]

La mayoría de las archiconocidas ciudades comerciales de la Alemania medieval también pertenecían a esta categoría: las ciudades renanas de Francfort, Maguncia, Espira, Worms, Estrasburgo y Basilea; los puertos norteños de Brema y Hamburgo y las ciudades interiores de Münster, Osnabrück y Magdeburgo; los puertos bálticos de Rostock y también, quizá, de Wismar y Stralsund y, mucho más alejadas, las de Königsberg, Riga y Reval; en el sur de Alemania Augsburgo, Ulm y Zurich, y en Alemania oriental y Polonia Erfurt, Wroclaw (Breslau) y Cracovia.

34. B. Bennassar, *Valladolid au Siècle d'Or*, París, 1967, I, p. 166.

35. B. Guillemain, «La Cour Pontificale d'Avignon», BEF At. Rom., vol. 201 (1962).

36. Philippe Wolff, «Trois études de démographie médiévale en France méridionale», *Stud. On. Armando Sapori*, pp. 493-503; G. Prat, «Albi et la Peste Noire», *Ann. Midi*, LXIV (1952), pp. 15-25.

Ciudades medianas y pequeñas

Por medianas se entienden las ciudades cuya población oscilaba entre los 2.000 y los 10.000 habitantes. Su número era inmenso y sólo lo sobrepasaban las ciudades pequeñas o enanas. En la zona del norte de Francia y de los Países Bajos, representada en la figura 7.1, aparecen unas veinte de estas ciudades. En Francia, esta categoría debió de abarcar a la mayoría de las ciudades que sobrepasaran el ámbito local, del mismo modo que en Inglaterra agrupaba a la mayoría de las ciudades de los condados.

La función de la ciudad medieval estaba en relación directa a su tamaño. Las ciudades *pequeñas* y *enanas*, con una población inferior a las 2.000 almas, sólo satisfacían las necesidades locales, o poco más. Tomemos como ejemplos a Rheinfelden en Suiza y Espalion en Auvernia. Rheinfelden era una pequeña ciudad amurallada, situada junto al Rin, unos 15 kilómetros más arriba de Basilea. Creció bajo la protección de un castillo perteneciente a los duques de Zahringen, quienes le habían otorgado una carta. Sus murallas circundaban una superficie de unas diez hectáreas. En el siglo XIV contaba con unas 220 familias, lo que venía a significar una población más o menos de un millar. Los distintos oficios estaban bien representados. Había unos diez obreros metalúrgicos; unos 20 o 30 trabajadores empleados en curtidos y otros tratamientos del cuero, y un número parecido de tejedores así como albañiles, carpinteros, etc. Quizá unos dos tercios de los cabezas de familia eran artesanos. Se supone que el resto estaría más o menos dedicado a la agricultura y enviaban el grano a moler a cualquiera de la media docena de molinos con que contaba la ciudad. Además es posible que la mayoría de los artesanos también participaran de algún modo en la agricultura local. Puede que tuviesen parte en los viñedos que rodeaban la ciudad, cuidasen unos cuantos animales o cultivasen pequeñas parcelas de tierra.[37]

El área comercial aproximada de Rheinfelden nos es conocida gracias a una lista de lugares, que se ha conservado, en los que se vendía el trigo que la ciudad producía. Era un área circular que se extendía unos 15 kilómetros siguiendo el curso del Rin, una dis-

37. H. Ammann, *Wirtschaft und Lebensraum der Mittelalterlichen Kleinstadt*: I, *Rheinfelden*, Basilea, s.d.

tancia similar adentrándose en el Jura hacia el sur, un trayecto mucho más corto hacia el norte, hacia las colinas de la Selva Negra. Sin duda, este área de unos 300 kilómetros cuadrados se solapaba con las áreas servidas por otras ciudades del contorno, pero dentro de esta zona Rheinfelden era la única salida posible para los excedentes agrícolas y la principal abastecedora de productos manufacturados y artículos de consumo. En la ciudad podían hallarse artículos procedentes de regiones distantes. Tanto se podía comprar buen vino de Alsacia como el *Landwein* de la región; la sal procedía de Salzburgo y Lorena; la madera se hacía descender por el río; el pescado, salado y seco, se traía desde el bajo Rin, así como también especias, azúcar, arroz, tintes, algodón y telas lujosas. El volumen de todo ello sin duda era pequeño, pero a pesar de ello, existía una cierta demanda de estos productos entre los ciudadanos adinerados de las pequeñas ciudades. Estas importaciones había que pagarlas. No hay pruebas de que Rheinfelden obtuviese cantidades importantes de dinero por los servicios prestados a viajeros o por el transporte fluvial. Por ello, su comercio debía equilibrarse a través del tráfico de productos agrícolas y, tal vez, de los productos artesanales del lugar vendidos al mercado regional.

Espalion, al contrario, estaba situada en las tierras altas de Auvernia y no tenía otras ciudades en la vecindad. Estaba toda amurallada, excepto por el lado que bordeaba el río Lot. Dentro del recinto sólo tenía 3 calles principales y 175 casas. Acaso fuese un poco menor que Rheinfelden, lo que sabemos de la ciudad procede, en su mayor parte, de dos listas de impuestos de principios del siglo XV,[38] que nos dicen más de su estructura social que de sus actividades económicas. Las casas eran en su mayoría humildes y, por lo que sabemos, la artesanía se practicaba a escala muy reducida. En proporción la agricultura era mucho más importante, y parece que la mayoría de los ciudadanos disponían de algo de tierra cerca de las murallas. En realidad, bastante más del tercio del valor de la propiedad territorial de los ciudadanos procedía de los campos y viñedos que rodeaban la ciudad. Desgraciadamente, las listas de impuestos nada nos dicen de aquellos cuya imposición era nula por causa de su pobreza. En el año 1403, los ciudadanos imponibles eran

38. F. Bertrand, «Espalion en 1403 d'après un régistre d'estimes», *Congrès de Rodez, Société des Lettres, Sciences et Arts de l'Aveyron*, 1958, pp. 215-241.

144, 70 con menos de 6 dineros y 6 con más de 31. Por lo que se ve, el margen de riqueza no era particularmente notable.

En contraste con Rheinfelden, la artesanía tenía relativamente muy poca importancia. Había un molino, pero sólo se mencionaban a un par de tejedores. Los curtidos se realizaban junto al río. Había mercado y feria donde probablemente se intercambiaban productos de las montañas por granos de las tierras llanas del oeste. Pero parece que Espalion carecía de relaciones a gran distancia de las que disponía Rheinfelden. Incluso su población, a juzgar por sus apellidos toponímicos, procedía en su mayoría de los alrededores. Es probable que en la Europa central y occidental hubiese mayor número de ciudades que se parecían más a Espalion que a Rheinfelden en cuanto a su estructura económica. Con todo, era esta última la que sostenía un comercio a escala regional, suministraba productos a las ciudades de tamaño intermedio y, a su vez, les servía de mercado a sus productos.

Las ciudades de tamaño intermedio compartían, en algunos aspectos, las características de las ciudades pequeñas. El componente agrícola era importante y sus mercados locales satisfacían las necesidades de las localidades vecinas. Pero también tenía una producción manufacturera que se vendía por un área mucho más amplia y, a su vez, constituía un mercado más regional que local. La estructura ocupacional de las ciudades intermedias era al mismo tiempo mucho más amplia y más especializada. Casi había tantos oficios distintos en una ciudad como Francfort del Main —que hemos situado en uno de los niveles superiores de esta clasificación bastante arbitraria de tipos de ciudades— como artesanos en una ciudad como Rheinfelden. En ésta, la estructura industrial debía de parecerse a aquella a la que Jenofonte se refería de la pequeña *polis* griega descrita en su *Ciropedia* (citada en la p. 42). En la primera había suficientes artesanos dedicados a cada uno de los oficios como para posibilitar algún tipo de organización corporativa o gremial.

Las funciones no agrícolas de las ciudades de tamaño intermedio podemos agruparlas, primero, en aquellas ocupaciones básicas que satisfacían las necesidades de la región en su conjunto, y ciertamente se extendían más allá de los límites, atraían dinero a la ciudad y provisión de funciones no exclusivamente primarias. Éstas incluían los vendedores al por menor y los sirvientes, cuya aportación a las industrias «de exportación» ciudadanas era indirecta. El número de los

que practicaban estas ocupaciones hay que suponer que variaba, a grandes rasgos, en proporción al tamaño de la ciudad. Sin embargo, incluiría a notarios y escribientes, cuyos servicios eran esenciales en cualquier ciudad que practicase el comercio a larga distancia a cualquier escala. Sólo habría un puñado de ellos en las ciudades de tamaño intermedio, pero en las que —como Florencia, Augsburgo, Nuremberg y Francfort— el comercio y las transacciones monetarias tenían gran importancia debieron constituir una considerable comunidad (ver p. 311).

Puesto que los productos de una ciudad se vendían en un área relativamente grande, los costos de transporte eran un factor de mayor importancia que en el caso de una ciudad pequeña. En consecuencia, se tenía más en cuenta la calidad. Es cierto que las ciudades de tamaño intermedio y grande producían tejidos de baja calidad, en su mayoría destinados al consumo local, pero también tejían paños de gran calidad, que podían tolerar los altos costos del transporte a mercados distantes. Casi todas las ciudades intermedias y grandes del norte de Francia y de los Países Bajos producían un tipo de paños que consideraban su especialidad y para el que contaban normalmente con una demanda sostenida en mercados lejanos. Los libros de contabilidad de los hermanos Bonis, de Montauban (ver p. 408), en el sur de Francia, llevados durante los años 1339 a 1345 dejan perfectamente claro que las ciudades norteñas eran bien conocidas y la calidad de sus productos apreciada. La manufactura de paños ofrece los mejores ejemplos de interés en la producción de alta calidad que se daba en los centros importantes. Se llegaba al límite de la producción de paños dobles y gruesos en la ciudad de Flandes, en la de los paños con acabados y decorados artísticos en Florencia y en la producción sedera de Luca, Bolonia y Milán.

Una situación bastante parecida se daba en el curtido del cuero, con la producción de calidades más bastas en la mayoría de las ciudades, y otra calidad muy superior en sólo unas cuantas, entre las que sobresalían Friburgo y Basilea, en Suiza. La pequeña ciudad de Rheinfelden contaba con un puñado de trabajadores del metal que, sin duda, herraban a los caballos y fabricaban toda la gama de utensilios de hierro requeridos por una sociedad agrícola. Pero una industria del metal más refinada —fabricación de armas y armaduras— se centraba principalmente en sólo unas cuantas de las ciudades mayores, de las que Milán, Toledo y Lieja eran las más destacables.

Dinant, una ciudad de tamaño intermedio —su población probablemente no pasaría de los 6.000 habitantes— contaba con unas cuantas tenerías, pero su industria básica era la producción de artículos metálicos, especialmente marmitas y sartenes, herramientas y utillajes agrícolas, que pasaron a denominarse *dinanderie*.[39] El componente agrícola en la estructura ocupacional de la ciudad era poco importante —los alrededores eran poco apropiados para el uso agrícola—. Una parte relativamente importante —sin que podamos decir cuánto— de la mano de obra se dedicaba a la metalurgia básica. Buena parte del suministro alimenticio de la ciudad se traía de distancias considerables y se pagaban, claro está, con la exportación de los productos básicos de la ciudad. Dinant debió de ser una de las ciudades medievales más especializadas hasta su destrucción por los ejércitos de Carlos el Temerario en el año 1466. Una concentración parecida, esta vez del ramo textil, se daba en ciudades como Yprés y Abbeville, así como también Luca con las sedas y Ulm, Memmingen y Ravensburg con los fustanes y *barchents* * (ver p. 367). En otras, la especialización industrial no era tan acentuada, pero todas, con la excepción de las ciudades más pequeñas, debieron proporcionar productos y servicios a una extensa área; de otro modo no hubiesen podido sostenerse.

Las actividades relacionadas con la Iglesia, los monasterios y otras instituciones eclesiásticas fueron, sin lugar a dudas, un estímulo económico en muchas ciudades. El número del clero regular y secular variaba enormemente. En las ciudades pequeñas, que a menudo constituían una sola parroquia, o a veces parte de ella, el componente clerical de la población carecía de importancia. En las ciudades grandes había varias iglesias parroquiales —Norwich, una ciudad de poco más de 13.000 habitantes contaba con unas 40 parroquias, pero esta densidad era excepcional—. Muchas tenían monasterios, casas de las órdenes mendicantes, hospitales y otras instituciones dotadas; otras eran sedes de obispos y de cabildos catedralicios. Es fácil exagerar los números relacionados con tales instituciones. El priorato catedralicio de Canterbury seguramente nunca excedió de 70 mon-

39. J. Gaier-Lhoest, *L'évolution topographique de la ville de Dinant au moyen âge*, Bruselas, 1964. Mols, *op. cit.*, atribuye a esa ciudad una población considerablemente mayor.

* *Barchent*: especie de fustán, tela gruesa hecha con una mezcla de algodón y fibra de lino, que se producía principalmente en el sur de Alemania. (*N. de ed.*)

jes, con acaso otros tantos sirvientes, y era éste un monasterio grande. El suministro alimenticio de los monasterios e instituciones parecidas en su mayoría procedía de sus propiedades rurales, por lo menos hasta que se arrendaron, pero debieron ejercer una demanda marginal de productos en los mercados urbanos. Es probable que las instituciones religiosas dependiesen más de las ciudades, más por sus servicios que por sus productos. Sirvientes, proveedores y, sobre todo, albañiles, vidrieros, metalúrgicos y demás relacionados con la construcción y mantenimiento de las iglesias y edificios conventuales, debieron constituir un buen número. Todo lo que se puede decir acerca del volumen de gastos eclesiásticos dedicados a la construcción, alimentación y solaz, así como en la paga de los empleados de la iglesia no pasa de la mera conjetura. La llegada de la corte papal a Aviñón en el año 1309 trajo consigo más de 4.000 curialistas. La población de la ciudad puede que se incrementase en 10.000 habitantes o tal vez más si incluimos el continente, más o menos transitorio, de trabajadores, que realizaron el importantísimo plan de construcción. El impacto producido por las instituciones de la Iglesia sobre la economía de las ciudades medianas y grandes de la Europa medieval es un campo todavía por estudiar.

Había un límite hasta el que podían desarrollarse las ciudades, cuando su actividad primordial era la manufactura. Muy pocas de entre ellas crecieron hasta más de los 20.000 habitantes. Las ciudades de tamaño mayor normalmente desarrollaban funciones comerciales de consideración. Algunas, por ejemplo Gante y Brujas, eran centros de almacén y exportación de la producción pañera de la región. Venecia, Génova, Pisa y Barcelona eran ciudades portuarias donde se importaban los productos del Oriente Medio, del norte de África y de España, y desde donde se expedían los productos europeos. Milán, y en menor medida Verona, Bérgamo y otras ciudades italianas eran centros de importancia en el comercio entre el norte y el sur de Europa; Florencia se convirtió en un centro comercial de primera línea en el siglo XIII y tuvo un papel vital, a pesar de la falta de contacto directo con los puertos y los transportes marítimos en el comercio pañero del Mediterráneo. También Nuremberg, Augsburgo, Colonia y, en menor medida, Francfort del Main, Basilea y Estrasburgo eran centros neurálgicos del comercio a grandes distancias.

Toulouse, con una población que pudo alcanzar los 30.000 habi-

tantes con anterioridad a la peste negra y que con toda seguridad sobrepasaba los 20.000 a fines del siglo, era una de las mayores ciudades del sur de Francia, tan sólo superada por Burdeos. Era, pues, una «ciudad muy grande». En líneas muy generales, podemos establecer la importancia relativa de las diversas funciones de la ciudad. Los ciudadanos se dedicaban a la agricultura y cultivaban los viñedos situados en las proximidades de la ciudad; así pues, una parte importante de sus necesidades alimenticias quedaba cubierta por la producción local. Se dice que el componente clerical pudo ascender hasta el 5 por 100 del total de la población. La manufactura tenía muy poca importancia tratándose de una ciudad de sus dimensiones; cubría básicamente la demanda local y regional, pero al mismo tiempo también suministraba paños, cuero y artículos de metal al comercio a gran distancia. Su función básica era comercial. Era punto de concentración de los vinos del sur de Aquitania y Languedoc, y desde allí se despachaban por la vía fluvial del Garona hasta Burdeos, donde se embarcaban. Era el centro más importante de Europa en la producción de un tinte conocido por «pastel». Importaba salazones de pescado, paños ingleses y flamencos, y estaño de Cornualles; la sal procedía de las lagunas del Languedoc y los animales tanto de los Pirineos como del Macizo Central. Estaba bien provista de rutas acuáticas así como por un conjunto de rutas terrestres. Los mercaderes de Toulouse constituían una comunidad amplia y rica. La riqueza les permitía tener numerosos sirvientes y dependientes; hacían importantes pedidos al comercio al por menor de la ciudad y, para sus propias transacciones comerciales, debieron precisar de gran número de notarios y escribientes, así como de hombres que embalaran, cargaran y transportaran las mercancías. En todas las ciudades mayores había un buen número de estas personas, que constituían la infraestructura comercial. En Génova, por ejemplo, había por lo menos 200 notarios a mediados del siglo XIII, mientras que en Pisa había casi 300 y en Milán más de 500.

La población de Toulouse, como la de la mayoría de las ciudades del sur de Europa, se vio acrecentada por el flujo de los terratenientes rurales, que habitaban dentro del recinto amurallado, recluidos en sus *turres* o castillos urbanos. «No carece de importancia», escribía Giovanni Botero, al considerar las razones del tamaño y grandeza de las ciudades,

> que los caballeros en Italia habiten en las ciudades, y en Francia en sus castillos ... Pues el italiano divide sus gastos y empresas, parte en la ciudad y parte en el campo, pero la mayor parte permanece en la ciudad. Pero el francés pone todo cuanto puede en el campo, haciendo poco caso, o nada en absoluto, de la ciudad.[40]

Las torres de la nobleza urbana constituían una característica de Toulouse, que en este aspecto era mediterránea, como lo eran Bolonia y Siena, y sus familias debieron contribuir enormemente a la demanda urbana de productos y servicios.

Migración urbana

Se acepta generalmente, y la suposición parece correcta, que la tasa de reproducción era muy superior en las áreas rurales que en las urbanas. Sin embargo, había excepciones. Wolff,[41] con su estudio de testamentos, ha demostrado que en Rodez, en la Rouergue, a principios del siglo xv, había un promedio de 3,77 hijos vivos al morir los testadores. Era un caso excepcional; la cifra de Toulouse sería de 2,43 hijos. Todas las ciudades se poblaron gracias a la inmigración procedente de las zonas rurales, y la mayoría se mantuvieron gracias a la migración sostenida. Ello puede explicar las enormes fluctuaciones en la población urbana de la que hay evidencia en la baja Edad Media.

No hay indicaciones directas acerca de qué áreas enviaban emigración a las ciudades, pero algunos de estos emigrantes —cuántos no podemos saberlo— siguieron siendo conocidos por el nombre de su aldea nativa. Se han realizado ciertos estudios sobre los nombres personales de los burgueses de las ciudades francesas, especialmente de Amiens, Provins, Toulouse y Burdeos. Indican que sólo una fracción mínima procedía de regiones situadas a una distancia de 100 o más kilómetros y que la mayoría no tuvo que viajar más de un día para alcanzar la ciudad. Ya sabían por adelantado con lo que se

40. G. Botero, *A Treatise Concerning the Causes of the Magnificency and Greatness of Cities*, traducción de Robert Petersen, 1608; véase también *Rélations des Ambassadeurs Vénitiens sur les Affaires de France au XVI^e siècle*, ed. M. N. Tommaseo, Collection de Documents Inédits, París, 1838, II, p. 491.

41. P. Wolff, «Quelques données sur la société de Rodez autour de 1420», *Rouergue et Confins, Congrès de Rodez*, 1958, pp. 121-133.

iban a encontrar cuando se decidían a emprender el ya familiar camino a la ciudad, y podían seguir en contacto con su aldea nativa. Esta aseveración se aleja completamente de la opinión de que buena parte de la población urbana había escapado al control señorial y había viajado a una ciudad lejana sin el conocimiento ni el consentimiento de sus señores. Es cierto, en la archiconocida sentencia alemana, que *Stadt Luft macht frei* [el aire de las ciudades hace a la gente libre], pero el número de aquellos que se recluyeron secretamente en una ciudad durante un año y un día, adquiriendo de ese modo la libertad, debió ser siempre muy reducido.

TABLA 6.1

Inmigrantes en Montbrison; porcentaje del total de inmigrantes en cada período (según Étienne Fournial)

Origen del inmigrante	Fecha de inmigración		
(km)	Antes de 1260	1260-1300	1300-1349
Menos de 10	40	33	13
10-20	38	26	22
20-30	10	20	22
30-40	3	4	10
40-50		5	6
50-60	9	3	7
Más de 60		9	20

Un estudio reciente [42] de las ciudades pequeñas de la Forez, en el Macizo Central francés, pone el acento en la cortedad del viaje que la mayoría de los emigrantes hubieron de hacer hasta llegar a las ciudades. Los primeros inmigrantes a Montbrison procedían de las aldeas de los alrededores, más de las tres cuartas partes a menos de 20 kilómetros. Los inmigrantes posteriores procedían de distancias bastante mayores y, después del año 1300, un tercio viajó distancias superiores a los 40 kilómetros. A medida que la ciudad crecía se iba convirtiendo en centro de atracción de un área cada vez mayor.

42. Étienne Fournial, *Les Villes et l'Économie d'Échanges en Forez aux XIII^e et XIV^e siècles*, París, 1967.

Abastecimiento alimenticio de las ciudades

Una comunidad en la que la práctica de la agricultura era la principal o la única ocupación, era necesariamente pequeña. Es poco probable que cualquiera de los aldeanos tuviese que realizar, regularmente, un desplazamiento hasta los campos más alejados, superior a los dos o tres kilómetros, aunque los bosques y eriales comunales a menudo estaban más distantes. Esto debía limitar el área máxima que podían cultivar y también el máximo tamaño de la aldea. Un área cultivada de unos diez o quince kilómetros cuadrados —el área contenida en el círculo de un radio de unos dos kilómetros a partir de la aldea— podría haber sido el máximo que convenía arar y segar. Al tener en cuenta el espacio de bosque, prado, pastos comunales y eriales, resulta que una comunidad de unas 150 unidades familiares sería el nivel máximo alcanzado por los asentamientos agrícolas en regiones de tierras de labor medias o buenas.

La misma argumentación puede aplicarse a las ciudades, hay ejemplos, especialmente en la llanura húngara, de enormes ciudades agrícolas, cuyos «ciudadanos» cultivaban vastas zonas y realizaban, por lo menos de cuando en cuando, larguísimos desplazamientos a los campos. Pero ello era poco corriente, y sólo hallaba justificación en las excepcionales circunstancias del llano de Hungría. En cualquier caso, los campesinos levantaban cabañas temporales, o *tanyak*, en los campos más alejados, que con el tiempo pasaron a ser habitáculos permanentes. No hay ciudad que haya cultivado de una manera directa y regular tierras situadas a más de tres o cuatro kilómetros de las murallas. Pero las tierras de las ciudades parece que eran relativamente más valiosas y que se cultivaron acaso de un modo más intensivo que las de las aldeas. Muchos ciudadanos, incluso en la Europa noroccidental, disponían de viñedos urbanos, con lo que satisfacían por lo menos parte de la demanda de vino corriente.

Cabría esperar que una ciudad de dimensiones muy reducidas pudiera satisfacer la mayor parte de las necesidades agrícolas —si no todas— con la producción de sus campos y el trabajo de sus habitantes. Pero el volumen de esta producción «doméstica» de alimentos no se habría incrementado en la misma medida en que habría crecido la ciudad. Las ciudades de tamaño intermedio debieron ser sumamente dependientes de los alimentos traídos de las aldeas de la re-

gión y vendidos en el mercado urbano. Las ciudades grandes habrían agotado la potencialidad de las comarcas en que estaban situadas y las «muy grandes» y «gigantes» dependían, sin duda alguna, en lo que se refiere al suministro de los alimentos básicos y, especialmente cereales panificables, del comercio a gran distancia.

Hay una relación íntima entre el crecimiento urbano y la productividad agrícola de la región circundante; es posible que las cuestiones referentes al abastecimiento de alimentos hayan limitado la expansión de muchas ciudades. Botero —cuyo tratado de las ciudades compuesto en el siglo XVI ya ha sido citado—, remarcaba la «fecundidad del campo» como una de las razones fundamentales del crecimiento de una ciudad, se vio claramente confundido al hallar provincias fértiles «que carecen de una buena ciudad, como, por ejemplo, Piamonte».

La conquista militar y el control político del *contado* por las ciudades italianas se vio motivado en parte por el deseo de ejercer un control indiviso sobre sus recursos. El *contado* formaba, junto con la ciudad central, una unidad económica, y el ideal de la ciudad-estado italiano era la autosuficiencia en la mayoría de las necesidades de la vida diaria. Padua —que no era una de las ciudades grandes italianas— parece que lo consiguió.[43] Pisa también intentó vivir del producto de la llanura pisana y de las marismas de la cercana Maremma. Pero la tierra era de hecho mucho menos productiva que la llanura del Po y, a pesar de la política de explotación bastante despiadada que sus ciudadanos practicaron, hubo que importar un suplemento de grano de Sicilia.[44] En el elogio que hizo de la riqueza y prosperidad de Milán, Bonvesin della Riva describía que «en nuestros territorios ... se produce toda clase de cereales ... en una cantidad tan sorprendente que ... no sólo satisfacen la deficiencia alimentaria de la ciudad de Como, sino que se transportan y distribuyen para alimentar a las gentes de más allá de los Alpes». Pero la llanura lombarda, en especial tal como se explotaba en el siglo XIII y las centurias posteriores, era una de las zonas más fértiles y productivas de Europa. Esta fue la condición básica del crecimiento urbano del norte de Italia.

43. J. K. Hyde, *Padua in the Age of Dante*, Manchester University Press, 1966, pp. 43-45.

44. David Herlihy, *Pisa in the Early Renaissance: A Study of Urban Growth*, Yale University Press, 1958, pp. 109-126.

Las ciudades portuarias de Venecia y Génova tenían más difícil el acceso al excedente de alimentos de un *hinterland* fértil. Génova, como Pisa, conseguía los cereales panificables en Sicilia e incluso en España y en el norte de África. Venecia obtenía el grano del conjunto de la región adriática. La Romagna y Las Marcas suministraban regularmente a Venecia y de manera no tan regular a la propia Roma.[45] También había un considerable trasiego de granos desde Apulia y Sicilia a las ciudades de la Italia septentrional. La costa dálmata era demasiado accidentada como para producir un excedente importante, pero la llanura de Albania parece haber disfrutado de un cierto grado de prosperidad como fuente de primera magnitud del suministro del pan veneciano.

El abastecimiento alimenticio a las ciudades no era menos problemático en el norte de Francia y en los Países Bajos. La puesta en cultivo de nuevas tierras en el Flandes medieval debió de estar tan relacionado con la demanda de alimentos de las ciudades flamencas como lo estuvo por el crecimiento de la población rural. Sin embargo, durante la Edad Media, la mayor fuente de suministros de cereales panificables eran las fértiles pero comparativamente menos urbanizadas regiones de Artois y Picardía. Se transportaba el grano hasta los límites navegables de los ríos Lyo, Scarpe y Scheldt, donde habían surgido diversos puertos fluviales minúsculos, y descendiendo por los ríos se llevaba a las ciudades. Se desarrolló todo un complicado sistema de canales y de derechos sobre los alimentos básicos en los que las ciudades y mercados de río arriba tenían preferencia sobre los de río abajo. Las ciudades flamencas, al revés que las italianas, nunca llegaron a establecer un control pleno sobre los territorios vecinos; nunca se convirtieron en ciudades-estado.[46] Tenían una autoridad limitada para controlar a la industria pañera rural (ver p. 361), pero no podían obligar a las zonas rurales a satisfacer sus necesidades de granos panificables y demás alimentos. Sólo cuando el centeno del Báltico comenzó, a principios del siglo XV, a complementar la producción de granos del norte de Francia vieron las ciudades flamencas asegurado el suministro de alimentos.

Las ciudades de Brabante, incluyendo a Bruselas, la mayor de

45. John Larner, *The Lords of the Romagna*, Macmillan, Londres, 1965.

46. David M. Nicholas, «Town and countryside: social and economic tensions in fourteenth-century Flanders», *CSSH*, X (1968), pp. 458-485.

ellas, parece que obtenían el suministro alimenticio en las fértiles llanuras del Brabante meridional, mucho más productivo que la alternancia de pólderes y avena de Flandes. El suministro alimenticio era relativamente fácil en las ciudades renanas. Colonia se abastecía en la llanura de Westfalia y realizaba el transporte por el mismo Rin.[47] Otras ciudades renanas —que eran, en cualquier caso, mucho más pequeñas— podían obtener los alimentos en los llanos de Baden y Alsacia, el Rheingau y Wetterau. También en este caso el río tuvo el efecto de ampliar el área de donde podían obtenerse suministros y el *Marktschiff*, o barco-mercado, era una institución muy enraizada en ciertas ciudades, como Francfort y Maguncia.[48]

París era, por lo menos a partir de los siglos XI y XII, la mayor ciudad del Occidente cristiano y su suministro alimenticio era asimismo importante. Su situación, en las proximidades de la confluencia de diversos ríos navegables, le proporcionaba una gran ventaja y buena parte del aprovisionamiento alimenticio, por no hablar de las necesidades de sal, madera para la construcción y combustible, llegaba a la ciudad por barco. Los principales muelles de descarga estaban situados en la orilla derecha del Sena; muy poco era lo que se descargaba en la margen izquierda. Un informe sobre el abastecimiento de alimentos a París de finales del siglo XVII [49] indicaba que se recibía grano desde áreas tan lejanas como Picardía, pero que la principal fuente eran indiscutiblemente las llanuras de Beauce. De hecho, el principal mercado de granos de París era conocido por el Marché de Beauce. Sin embargo, también se daba una cierta producción en las inmediaciones de la ciudad y la transcripción que hizo Étienne Boileau de las reglamentaciones gremiales (ver p. 343) dejan constancia de que un burgués podía vender grano en la ciudad sin tener que pagar tasa.

También se producía algo de vino en las proximidades de París, pero no tenía buena reputación. El que más abundaba en los mercados era el borgoña que llegaba a la ciudad por el río, aunque a veces también arribaban desde los puertos del litoral vinos gascones y re-

47. Bruno Kuske, «Handel und Handelspolitik am Niederrhein, vom 13. bis 16. Jahrhundert», *HGB*, XV (1909), pp. 301-327.

48. Alexander Dietz, *Frankfurter Handelsgeschichte*, Francfort, 1910-1925, III, pp. 295-299.

49. «Marchés de Paris», App. XI, *Mémoires des Intendants sur l'État des Généralités*, ed. A. M. de Boislisle, París, 1881, pp. 656-675.

nanos. Los animales se traían, en el siglo XVII, por tierra desde regiones tan remotas como Bretaña. En la Edad Media, la ciudad no extendía sus redes tan lejos, pero sin duda alguna, Normandía era un importante proveedor de grasa.

Finanzas urbanas

En la mayor parte de Europa las ciudades debían pagar ciertos impuestos en beneficio de su príncipe; normalmente tenían que pagar a su señor territorial, y los ciudadanos se fijaban impuestos para financiar los gastos del gobierno municipal. El derecho a recaudar impuestos de esta última especie aparecía habitualmente de una forma explícita o implícita en sus cartas. Los gastos del gobierno urbano eran a menudo muy elevados, también eran muy variables. La construcción y el mantenimiento de las murallas y puertas de la ciudad era comúnmente la partida más costosa de todo el presupuesto ciudadano. En Namur, en cierto período, consumió los dos tercios de los ingresos de la ciudad; en Dijon constituían una pesada carga, y cuando Bruselas reconstruyó sus murallas hacia finales del siglo XIV también tuvo que aportar los gastos de la expropiación y demolición de las casas que entorpecían la construcción. Los gastos de la ciudad incluían, en muchos de los casos, la recaudación real de impuestos extraordinarios. Salarios y pensiones, fiestas y celebraciones, el mantenimiento de plazas y fuentes y algunos intentos rudimentarios de mantener la ciudad limpia y segura, todo ello entraba en sus cuentas.

Las fuentes de ingresos municipales consistían normalmente tanto en imposiciones directas a los ciudadanos como en impuestos indirectos sobre los productos que consumían.[50] Estos últimos tendían a predominar. En las ciudades toscanas constituían normalmente del 80 al 85 por 100 de los ingresos; en Basilea, el 85 y en Brujas el 93 por 100. En Périgueux, por otra parte, la más importante imposición municipal la constituía la *taille*, que recaía sobre todos los cabezas de familia. Los impuestos indirectos gravaban principalmente a los alimentos. El vino siempre ha cargado con una alta proporción de impuestos y parece que fueron pocas las ciudades medievales que

50. Véase *Finances et Comptabilité Urbaines du XIII^e au XVI^e siècles*, Pro Civitate, Collection Histoire, n.° 7, Bruselas, 1964.

no hicieron del consumo de vino una buena fuente de contribución. En muchas ciudades había una tasa, la gabela, en todos los alimentos que se traían para su venta. La mayoría de las ciudades poseían propiedades corporativas: molinos, edificios y construcciones en las que se ponían mercancías a la venta, el pastoreo en el foso que rodeaba las murallas, incluso hornos y canteras municipales. Todo a fin de obtener ingresos.

Poco se han estudiado los presupuestos urbanos, pero los pocos ejemplos de que se dispone indican que el volumen de ingresos era importante y que aumentó bruscamente en el siglo XIII. El de Pisa se elevó de menos de 2.400 libras en el año 1230 a 40.000 libras en el año 1288.[51] En Dijon, cuyo caso es tal vez el único que ha sido objeto de un estudio concienzudo,[52] los ingresos totales de la ciudad consistían en las contribuciones, bastante constantes, de la propiedad municipal, tasas y los beneficios de jurisdicción. A ello se superponía, en la mayoría de los años, un impuesto directo variable, normalmente con un propósito concreto, tal como la reparación de las murallas de la ciudad o para redimir las obligaciones respecto al duque de Borgoña, lo que a veces ascendía a una cantidad varias veces superior a los ingresos regulares.

La tributación municipal parece, por lo general, haber sido regresiva, ya que en la mayoría de los casos se trataba de una tasa fija que afectaba a artículos de uso y consumo cotidiano. Los impuestos directos se fijaban habitualmente en proporción a la riqueza que se le calculaba al contribuyente, aunque las propiedades de las gentes adineradas en estos casos se infravaloraba. La Iglesia, por regla general, parece que contribuía un poco a los ingresos que la ciudad obtenía de los impuestos. En Dijon, las diversas instituciones monásticas y eclesiásticas contribuyeron de modo importante a los costos de las fortificaciones, pero en nada más. Las ciudades que contaban con instituciones religiosas grandes, como las ciudades norteamericanas favorecidas con universidad, debieron de tener con ellas enormes cargas fiscales.

La mayoría de las ciudades grandes cubrían los gastos extraordinarios merced a préstamos forzosos de sus ciudadanos más adinera-

51. D. Herlihy, *op cit.* pp. 385-405.

52. Françoise Humbert, *Les Finances municipales de Dijon du milieu du XIV^e siècle à 1477*, Publ. de l'Université de Dijon, n.° 23, 1961.

dos;[53] muchas ciudades italianas crearon deudas cuantiosas, que fueron convertidas en deudas consolidadas sujetas al pago de una tasa de interés fija. El pago de la deuda se convirtió en una de las cargas más pesadas que gravaba los ingresos que la ciudad obtenía de los impuestos. Sin lugar a dudas los gastos y deudas urbanas aumentaron varias veces durante los dos últimos siglos de la Edad Media y ello se debió principalmente a las guerras, cada vez más frecuentes y de alto precio social.

El marco urbano

De la mayoría de las ciudades medievales apenas si nos queda algo más que la planta. Excepto en el caso de unas cuantas de las ciudades más tardías —y por definición más pequeñas—, no puede apreciarse ninguna idea preconcebida en su diseño. Las calles raramente eran rectas. Servían de nexo de unión de los espacios irregulares que hacían las veces de mercados. Excepto en las ciudades «nuevas», estos espacios eran reminiscencias de los pastos de la aldea, de los que, de hecho, muchos derivaban. La plaza central con frecuencia se hallaba presidida por una iglesia parroquial o, en el caso de ciudades episcopales, por una catedral. La costumbre inglesa de ocultar la catedral y su recinto tras un muro almenado raramente halló parangón en la Europa continental, en parte debido a que las catedrales europeas, con la excepción de las del sur de Italia, no eran monásticas. Las iglesias parroquiales eran numerosas en todas las ciudades, salvo en las más pequeñas, y las vistas panorámicas, que tan populares se hicieron en el siglo XVI, siempre representaban preferentemente sus torres y campanarios. También había edificios cívicos, que se empleaban para la administración de la ciudad como sedes de sus gremios y lugares de reunión de los mercaderes.

La ciudad se veía oprimida por las murallas lo que, con el rápido crecimiento de los centros urbanos, dio lugar a una mayor densidad de población de la que se hubiese producido en otras circunstancias. Se dice que Génova, una de las ciudades más apretujadas de Europa,

53. Marvin B. Becker, «Some common features of Italian urban experience (c. 1200-1500)», *Med. Hum.*, I (1970), pp. 175-201; Frederic C. Lane, «The funded debt of the Venetian Republic, 1262-1482» en *Venice and History*, Johns Hopkins University Press, 1966, pp. 87-98.

tenía más de 150 casas por hectárea en ciertas zonas del recinto urbano.[54] Por otra parte, muchas ciudades no habían ocupado, al final del período de crecimiento medieval, la totalidad del área contenida en sus murallas. Muchas de las representaciones urbanas del siglo XVI, de Braun y Hogenberg, de Deventer y de Sebastián Münster muestran jardines e incluso campos cultivados dentro del recinto amurallado.

Tanto si el recinto amurallado estaba completamente edificado como si no, existían habitualmente también suburbios, rosarios de casas alineadas o apiñamientos de cabañas situadas al otro lado de los fosos de la ciudad, de construcción basta y siempre expuestos a la destrucción inmediata al primer ataque que la ciudad padeciera. Parece que la mayoría de las ciudades trataban de mantener un espacio abierto alrededor de sus murallas. Una investigación realizada en Calais a principios del siglo XV evidencia que por lo menos una de las ciudades más vulnerables no reunía esta condición.

> Fuera de las puertas de Calais se levantan habitáculos y edificaciones ... de los que ... pueden derivarse grandes daños ... pues a cubierto de ellos podría esconderse el enemigo ... Por ello había una ordenanza formulada por la que se prohibía a toda persona el construir casas allí, que se mantuvo en vigor hasta que la tierra del exterior de dichas puertas fue otorgada mediante actas reales a ciertas personas que habían erigido dichas casas ... contrarias al bien común.[55]

Algunas veces, los suburbios tenían extensiones considerables; Bonvesin della Riva aseguraba que el número de casas edificadas al otro lado de los fosos de la ciudad de Milán «serían suficientes para constituir otra ciudad». Aquellos suburbios que se desarrollaron en los siglos XII y XIII fueron, con toda probabilidad, absorbidos en las ulteriores ampliaciones de las murallas en el siglo XIV, pero a partir de mediados de ese siglo ya fueron contadas las adiciones a las murallas urbanas, y los suburbios quedaron sin protección. Por lo general, parece haber un grado considerable de inseguridad acerca del tamaño de los suburbios. Sin duda alguna, el número de sus habi-

54. Jacques Heers, «Urbanisme et structure sociale à Gênes au moyen âge», *Stud. On. Amintore Fanfani*, I, pp. 369-412.

55. *Calendar of Inquisitions Miscellaneous* (Chancery), VII, *1399-1422*, pp. 204-207.

tantes fluctuaba mucho más que el de los que moraban intramuros. La vida en los suburbios tenía sus ventajas de tipo económico, ya que las mercancías tenían que pagar ciertas tasas al traspasar las puertas de la ciudad, pero era una situación precaria y carente de toda protección, de la que se veían libres quienes vivían en el interior del recinto amurallado.

Muy poco es lo que ha sobrevivido de la ciudad medieval, lo que se ha conservado son las casas construidas en piedra de los patricios pero no ha ocurrido lo mismo con las viviendas más humildes de los artesanos. Los restos son más frecuentes en Italia, debido a que estaba más generalizado el uso de la piedra en la construcción que en el norte de Europa, donde la madera era más barata y abundante. Unas cuantas casas medievales se han conservado en Nuremberg y en Troyes e investigaciones serias han sacado a la luz fragmentos de edificaciones medievales en muchas otras ciudades norteeuropeas. En su mayoría eran de dos plantas y ocasionalmente de tres. Se alineaban a lo largo de las calles, una al lado de otra, con un pequeño patio en la parte posterior.[56] A menudo en las plantas bajas se encontraban las tiendas y los talleres, como en el caso de las *tabernae* romanas. En París, a partir de mediados del siglo XIII, se generalizaron las edificaciones de tres plantas y Heers ha indicado que en Génova, reconocida como una ciudad con una densidad altísima, las casas a veces se alzaban a siete plantas. Pocas fueron las casas en las ciudades grandes que pudieron conservar sus huertos hasta finales de la Edad Media. Estos huertos que en un tiempo ocuparon las partes posteriores de los edificios en las grandes ciudades, con el tiempo se fragmentaron y edificaron.[57] De ese modo se formaron unos pequeños, saturados e insanos patios que, en muchos aspectos se parecerían a aquellos patios feos y malolientes del Manchester ochocentista descritos por Friedrich Engels.

La mayoría de las viviendas parece ser que eran unifamiliares, pero las altas edificaciones genovesas debieron estar sometidas a régimen de inquilinato, y Bonvesin della Riva, al calcular el número de familias, añadiría que, sin embargo, habría «muchísimas casas en las que vivían juntas muchas familias». En el Valladolid del siglo XVI,

56. Madeleine Jurgens y Pierre Couperie, «Le logement à Paris au XVI^e et XVII^e siècles», *AnnESC*, XVII (1962), pp. 488-500.

57. Simone Roux, «L'habitat urbain au moyen âge: le quartier de l'Université à Paris», *Ann ESC*, XXIV (1969), pp. 1.196-1.219.

casi todas las casas de la ciudad albergaban a una sola familia [58] y ésta debía ser la norma general, excepto en aquellas ciudades en las que el suelo urbano tenía un valor muy alto.

Buena parte de las edificaciones estaban construidas de madera y cubiertas de paja. Fuera del centro de la ciudad, donde vivían la mayoría de los patricios, las casas tenían una o, como máximo, dos plantas. Las paredes estaban hechas de un armazón de madera y rellenadas con cañizos y barro. Carecían de consistencia y su estructura se desmoronaba pronto, especialmente a causa de los climas húmedos del norte de Europa. Estaban infectadas de ratas, y lo peor es que ardían con facilidad. El fuego era un peligro omnipresente en toda ciudad medieval y hay pocos indicios de que se dictaran medidas para reducir su incidencia, aparte la exigencia en algunos casos, de que las edificaciones se construyeran de piedra y se techaran con tejas o pizarra. Toulouse, en el período comprendido entre el año 1343 y el 1451, sufrió por lo menos cinco incendios de características desastrosas. El *Bourgeois de Mons*, a principios del siglo XVI, describió el incendio que destruyó Valenciennes en el año 1522.[59] Toda ciudad medieval debió, en un momento u otro, quedar devastada por un incendio.

Sin ningún género de dudas, buena parte de la propiedad urbana, especialmente en las ciudades más pequeñas, debió estar en manos de las familias que las habitaban. Estaba muy extendida alguna forma de tenencia de *burgage*, por la que se pagaba una pequeña cantidad, casi nominal, en concepto de renta. Pero en muchas ciudades se especulaba con la propiedad urbana. Los burgueses ricos de Arras, descritos por Lestocquoy [60] tenían propiedades urbanas, y el poco escrupuloso Jehan de Franche, a fines del siglo XIII, hizo una fortuna comprando y manipulando fincas urbanas.[61] Nos quedan pocas dudas de que el agente de la propiedad urbana medieval, que compraba fincas y las alquilaba a artesanos y operarios no tenía nada que aprender de su homólogo moderno.

58. B. Bennassar, *Valladolid au Siècle d'Or*, París, 1967, pp. 148-154.

59. *Le Journal d'un Bourgeois de Mons 1505-5136*, ed. Armand Louant, CRH, Bruselas, 1969, p. 210.

60. J. Lestocquoy, *Les dynasties bourgeoises d'Arras du XI^e au XV^e siècle, MCD Pas-de-Calais*, 5, 1.ª parte, Arras, 1945.

61. Georges Espinas, *Les origines du capitalisme*, 2, *Sire Jean de France, Sire Jacques le Blond*, Bibl. de la Société d'Histoire du Droit des Pays Flamands, IX, Lille, 1936, pp. 37-91.

En toda ciudad medieval, excepto en las menores, se perfilaba una cierta diferenciación social entre los distintos barrios, y esta diferenciación se hacía más evidente en las ciudades mayores. Las diferencias de riqueza e ingresos entre los ciudadanos más ricos y la amplia masa de los trabajadores pobres eran enormes. La evalución de las propiedades, con fines impositivos, que se hizo en Basilea en el año 1446 muestran una oscilación entre 30 *gulden* y más de 20.000 (tabla 6.2).[62] Aproximadamente la mitad de los inscritos pertenecían a la categoría más baja y, por debajo de ellos, quedaban las masas desconocidas que eran demasiado pobres como para poder contribuir.

TABLA 6.2

Riqueza imponible en Basilea, 1446

Gulden	Personas	Porcentaje
Menos de 100	1.926	67,8
100-500	622	21,3
500-1.000	128	4,7
1.000-1.500	46	1,7
1.500-2.000	22	0,9
2.000-2.500	25	0,9
2.500-3.000	9	
3.000-3.500	12	
3.500-4.000	3	
4.000-4.500	12	2,6
4.500-5.000	3	
5.000-10.000	23	
10.000-20.000	9	
más de 20.000	1	
	2.841	100,0

NOTA: Los inscritos serían seguramente cabezas de familia. No hay información sobre cuántos de los demasiado pobres se hallaban inscritos. Basado en Gustav Schönberg: *Finanzverhältnisse der Stadt Basel im XIV und XV Jahrhundert*, Tubinga, 1879.

Las clases pudientes y patricias vivían, normalmente, cerca del mercado, el centro comercial de la ciudad. Las edificaciones del si-

62. Gustav Schönberg, *Finanzverhältnisse der Stadt Basel im XIV und XV Jahrhundert*, Tubinga, 1879, p. 252.

glo XVI de la Grande Place de Bruselas son las sucesoras de las casas más sencillas de los mercaderes medievales. En París, donde el número de los ciudadanos pudientes era probablemente mayor que en la mayoría de las otras ciudades, éstos tendían a habitar en la orilla derecha, en los barrios de Saint-Opportune, Saint-Jacques-la-Boucherie y Saint-Denis.[63] Las zonas del noreste de la ciudad eran las más pobres. Puede que derivasen de la anterior tendencia de que los trabajadores explotados viviesen fuera de las murallas, mientras que los patricios y maestros habitaban dentro del recinto, donde encontraban protección ante las revueltas de los obreros, bastante comunes en los siglos XII y XIII. En Basilea, los tejedores de lino continuaron concentrándose en la *Vorstadt*, incluso después de que ésta hubiese quedado incluida en el recinto amurallado. Dentro de la misma clase trabajadora existía la tendencia en algunos oficios a agruparse en las mismas áreas. En París, los curtidores se concentraban en la orilla derecha, más arriba de la Île de la Cité, y los mercaderes y pañeros se encontraban en los barrios donde vivía la gente rica que constituía su clientela. A los prestamistas y joyeros también se les encontraba en la misma área.

También era clara la tendencia de ciertos grupos étnicos y culturales a vivir en pequeñas sociedades cerradas. En las universidades medievales, las «naciones» formaban grupos de este tipo. Es lo que habían hecho los sirios en las primitivas ciudades medievales, los italianos en Constantinopla y, sobre todo, lo que hicieron los judíos durante la baja Edad Media.[64] El origen del gueto hay que buscarlo más en el particularismo judío que en la intolerancia de los cristianos, a pesar de lo exacerbada que, sin duda alguna, ésta era. En el siglo XI una comunidad judía formuló una pregunta a los expertos en la ley talmúdica en estos términos: «uno de los propietarios de una calle, exclusivamente habitada por judíos, quería vender o alquilar su patio a un gentil. ¿Pueden los demás vecinos de esa calle impedirle legalmente que se instale un gentil en su ámbito?».[65] Parece

63. Jean Favier, «Les contribuables parisiens à la fin de la Guerre de Cent Ans», HEMM, XI (1970), pp. 61-69.

64. Robert Montran, *Istambul dans la seconde moitié du XVII^e siècle*, Bibliothèque Archéologique et Historique de l'Institut Français d'Archéologie d'Istambul, XII (1962), pp. 49-63.

65. Irving A. Agus, *Urban civilization in pre-Crusade Europe*, E. J. Brill, Leiden, 1965, n.° 42.

que los judíos a menudo deseaban mantener la judaidad de los sectores de la ciudad en que vivían.

Las calles de la ciudad medieval carecían de pavimento, de luz y estaban mal conservadas. En el Valladolid del siglo XVI, las basuras se arrojaban directamente a la calle o al río, que tenía que ser limpiado periódicamente para permitir correr el agua. En los patios de las partes traseras de las casas se tenían animales domésticos, y montones de estiércol es amontonaban junto a las puertas. En el año 1481, las autoridades de Francfort prohibieron la cría de cerdos en la *Altstadt* porque dejaban las calles en unas condiciones poco apropiadas para una gran ciudad. Se acepta generalmente que las calles eran muy estrechas, y se han conservado algunas de ellas. Sin embargo, algunas calles eran anchas, y la mayoría de las ferias urbanas, entre ellas la de Champaña, se celebraban en esas calles en las que se habían erigido tarimas de madera para la ocasión.

Capítulo 7

LA MANUFACTURA MEDIEVAL

La sociedad medieval era predominantemente agraria. Si fuese posible calcular el producto nacional bruto, la agricultura aparecería, con mucho, como el sector más amplio. A pesar de ello, la manufactura tenía su importancia y su contribución a la sociedad medieval fue esencial. Durante toda la Edad Media se tejieron paños y confeccionaron telas; se curtió el cuero y se fabricó calzado, protecciones corporales y sillas de montar; se extrajeron, fundieron y refinaron minerales de la tierra. Hubo una continua demanda de armas y armaduras; en todas partes se emplearon utensilios y herramientas metálicas tanto en la casa como en el trabajo de la tierra. Se extraía piedra de las canteras y con ella se erigían edificaciones; se fabricaba vidrio y cerámica. Sin ninguna duda, muchas de esas actividades las realizaban gentes cuya actividad primordial era la agricultura; gentes no especializadas que se dedicaban a esos quehaceres cuando la tierra no requería su completa dedicación, o bien eran actividades que se realizaban exclusivamente en las granjas, con la idea exclusiva de complementar los ingresos procedentes de la actividad agrícola o para fortalecer la autosuficiencia de la familia rural.

Así y todo, durante el millar de años que separa el fin del mundo antiguo del principio de la época moderna, se produjeron dos cambios fundamentales en la escala y la organización de la manufactura en Europa. El volumen de la producción manufacturera se incrementó muchísimas veces durante el período, y el proceso fue pasando a manos de especialistas que tenían en su oficio el único medio de ganar su sustento. Estos procesos fueron necesariamente parejos, tanto como causa que como efecto, al desarrollo del comercio de las

manufacturas producidas. También éste tendió, en muchas ramas de la actividad productiva, a concentrarse en manos de los especialistas. El zapatero fabricaba aún el par de zapatos para un cliente concreto, como de hecho lo hace todavía en muchas partes de Europa, pero el tejedor producía, cada vez más, para mercados distantes. De ese modo, el mercader se introducía entre el fabricante de paños y el comprador, como también se entremetió entre el productor de lana y cada uno de los estadios subsiguientes de hilado y fabricación del tejido acabado.

El papel creciente de la especialización en la manufactura trajo consigo el incremento del volumen de producción. El volumen de mercancías siguió incrementándose desde, quizá, los siglos X y XI hasta el siglo XIV; entonces sufrió una caída para volverse a remontar en los siglos XV y XVI. La curva que señala la expansión, contracción y expansión renovada no era, sin duda alguna, uniforme, pero no hay series numéricas disponibles, excepto en el caso de algunas industrias muy concretas y aun para períodos reducidos. Cualquier evaluación de la tasa global de cambio, así como de sus variaciones entre un área y otra es completamente cualitativa y deriva de las estimaciones de la población y de las características de la demanda. Sin embargo, no es absolutamente cierto que la producción de mercancías creciera más rápidamente que la población que las consumía. A fines del siglo XIV y principios del siglo XV, la población declinó, y con ella el volumen de la demanda. La producción se redujo drásticamente, pero existe la posibilidad de que en determinados sectores el volumen de mercancías producidas fuese mayor en relación a la población de lo que lo había sido con anterioridad a la peste negra.

Sin embargo, es difícil establecer comparaciones. No sólo porque falta toda base estadística adecuada, sino también porque se produjeron modificaciones en la demanda, de modo que lo que haríamos sería comparar productos distintos. La industria pañera era la mayor y la más difundida rama de la manufactura durante la Edad Media. En el siglo XIII, la producción y el comercio de paños estaban dominados por la producción lanera de alta calidad de las ciudades flamencas; hacia el siglo XV estos tejidos habían perdido su supremacía. Se vieron desplazados por otros paños más livianos y baratos, fabricados en varios lugares y por diferentes métodos. Las «nuevas ropas» se producían en cantidades mucho mayores, pero los costos de

producción eran menores, aunque no daban tan buenos resultados como los paños tradicionales flamencos. Sin embargo, llegaban a un mayor número de gentes y hay que considerarlos como una mejora efectiva del nivel de vida. Hubo otros cambios. Entre las clases burguesas las vajillas de peltre reemplazaron a las de loza, y se fue generalizando la utilización del vidrio en las ventanas.

La manufactura medieval era enormemente conservadora, tanto en cuanto a las técnicas de producción, como en su estructura organizativa. En muy pocos aspectos puede apreciarse algún avance con respecto a la tecnología de la época clásica e incluso llegó a perderse todo conocimiento de algunos procedimientos industriales durante la alta Edad Media y no volvió a recuperarse hasta los tiempos modernos. Se hicieron progresos durante la baja Edad Media en materia de diseño y construcción de embarcaciones y en el arte de la navegación, pero en el campo de la producción industrial son pocos los casos en los que se produjeron avances comparables. Los más sobresalientes fueron los que se dieron en la utilización del agua como fuerza motriz, en la invención del molino de viento y, sobre todo, en la introducción en el siglo xv del alto horno.

Durante todo el período medieval las unidades de producción industrial siguieron siendo muy reducidas. Antes del siglo xvi no había nada que se pareciera, ni tan sólo difusamente, a una factoría y con casi absoluta seguridad el proceso industrial simple de mayor envergadura se efectuaba en el Arsenal de Venecia. Pero se trataba de una institución perteneciente a la República de Venecia, que era quien la administraba con la finalidad de construir y equipar sus embarcaciones con las que llevaban a cabo las operaciones militares y comerciales. Vale la pena señalar que la primera «factoría» de Inglaterra de una importancia que se le pudiera comparar fueron los astilleros de Chatham, pero ya a principios del siglo xviii.

El trabajo en las minas, en especial hacia finales de la Edad Media, empleaba, a veces, un número importante de trabajadores, de acuerdo con los baremos medievales. Pero en todos los demás campos, la unidad de producción industrial siguió siendo el taller de reducidas dimensiones.

Hasta cierto punto, este predominio de las unidades pequeñas de producción durante todo el período se debía a la falta de inversiones de capital (ver p. 349). Sin embargo, se debía principalmente a la actitud popular frente a las manufacturas, actitud que se vio refor-

zada por las organizaciones de artesanos, conocidas como gremios. El ideal medieval, o cuando menos el concepto que tenemos de ese ideal, consistía en un maestro que producía paños, artículos de cuero, cacharros de metal o incluso que fabricaba panes o carneaba animales para el consumo humano, con la ayuda de un oficial y de un aprendiz. El gremio se encargaba de controlar la calidad. Se impedía al maestro el acaparamiento de materia prima, incluso si tenía la oportunidad. Realizaba su oficio a la vista del público y se contaba con que pusiese el «precio justo» a sus productos y que viviese con modestia, como correspondía a su condición. La realidad no correspondía a esta idea. La calidad de la producción no fue siempre el objetivo primordial del artesano, y las estrictas normas dictadas por los gremios y la autoridad pública, así como su frecuente reiteración, dan a entender que no siempre se cumplían. La inmensa mayoría de los artesanos medievales vivían en condiciones cercanas a la mera subsistencia y su capital activo, como lo demuestran sus disposiciones testamentarias —y sólo en el caso de testamentos de los más pudientes— a menudo era patéticamente ínfimo.

Este capítulo delineará el crecimiento y extensión de la manufactura durante el período medieval. Examinará el marco constitucional en el que se desenvolvía y establecerá, hasta cuanto lo permitan las fuentes disponibles, la contribución de la manufactura a la producción total de la Europa medieval.

La manufactura rural y la urbana

La historia de la manufactura durante este período puede dividirse en tres fases. No pueden establecerse los límites precisos de cada una de ellas por tratarse de estadios de un proceso evolutivo que avanzaba a ritmos distintos en las diferentes partes del continente. En líneas generales, el centro de Europa iba con retraso respecto al oeste y al sur, y el este y el norte seguían tras el centro.

La primera fase fue la de producción limitada de productos manufacturados, en unas condiciones que se aproximaban a las de autosuficiencia local, la «economía sin mercados», en palabras de Pirenne. Está claro que había mercados y no hay razón alguna para suponer que el comercio, incluso a grandes distancias, se interrumpiese en alguna ocasión, pero las mercancías con las que se traficaba eran de

un valor relativamente elevado y el mercado de productos bastos y de uso cotidiano seguramente era muy limitado. La unidad familiar o la comunidad aldeana producía sus propios tejidos y toda la variedad de utensilios, armas y artículos de consumo que necesitaba. Mucho antes del final de la dominación romana en Occidente ya se había iniciado la tendencia (ver p. 41) de que los latifundios dispusieran de talleres y telares, con los que satisfacían sus necesidades materiales, utilizando las materias primas producidas en sus tierras y empleando la fuerza laboral de sus esclavos.

El comercio a grandes distancias se encontraba con muchos obstáculos y limitaciones. Las mercancías de poco precio no justificaban ni el trabajo, ni el tiempo, ni el riesgo de transportarlas lejos. Cada región había sido siempre autosuficiente en cuanto a la producción de artículos sencillos y baratos, a diferencia del Imperio romano en el que estos productos eran elaborados por especialistas y se vendían en las tiendas y mercados de la localidad. Esta casi autosuficiencia de la región dio paso a una autonomía similar dentro de los límites de la comunidad, del señorío o del fisco. Cada territorio controlado feudalmente desarrolló una fuerte tendencia a llegar a ser tan autosuficiente en productos manufacturados como lo era en la producción alimenticia. Con la sola excepción de aquellos artículos exóticos o de lujo que el señorío era incapaz de producir.

Sólo en algunas contadas ocasiones podemos percibir un destello de esta organización feudal de la manufactura. Hubo un conde anglosajón que siempre que viajaba llevaba consigo a su forjador y herrero, cuyas obligaciones consistían en recomponer las armas y armaduras de su señor. Existían posesiones monásticas, reseñadas en los polípticos del siglo IX y posteriores, que producían paños, sal, madera para la construcción e incluso hierro en sus propias tierras y gracias al trabajo de sus dependientes y siervos.

Los productos manufacturados formaban parte de los servicios debidos por los campesinos a su señor. Un monasterio, como por ejemplo, Prüm o Lobbes, en los siglos IX y X, recibía cantidades numerosas de paño, ya fuese de lino o de lana, así como centenares de ovillos de lino en bruto. Algunos monasterios incluso disponían de talleres —*gynaecea*— en los que las mujeres, seguramente de condición servil, preparaban e hilaban las fibras y tejían los paños. Una institución monástica así, junto con las comunidades aldeanas que la sostenían, era absolutamente autosuficiente en todo, excepto en

unos cuantos artículos inhabituales, y podía tener un excedente comercializable de algunos de los artículos, como por ejemplo de los paños que producía.

Las casas benedictinas de los siglos IX y X, en la Europa occidental, o los señoríos que a su vez controlaban, se convirtieron de este modo en centros de producción industrial. En la Europa centro-oriental tuvieron la misma función en el siglo XII, en la época en que, en la Europa occidental y meridional, la manufactura se convertía en una actividad de especialistas y se concentraba en manos de los artesanos urbanos.

En algún momento entre los siglos X y XII, las actividades manufactureras fueron desplazándose progresivamente de los monasterios y zonas rurales a los nuevos centros urbanos en expansión. Al mismo tiempo iban pasando de las manos de campesinos no especializados a las de especialistas artesanos. Estos dos acontecimientos estaban íntimamente relacionados. Los artesanos especializados trabajaban para un mercado más amplio que los no especialistas. En muchísimos casos se requirió la presencia del mercader o traficante entre el productor y el consumidor, y el artesano se encontró con que sólo podía trabajar con pleno rendimiento cuando tenía acceso al mercado o si se relacionaba con un comerciante. Se desarrollaron una serie de instituciones y arreglos comerciales; se establecieron ferias periódicas y mercados regulares, siempre en ciudades o cerca de ellas, aunque, a su vez, fueron perdiendo importancia al irse afianzando las operaciones comerciales continuadas en el recinto urbano.

Los siglos X y XI fueron testigos de un crecimiento demográfico y seguramente también de un aumento en la demanda *per capita* de productos. Esto se hace más evidente en los ambiciosos programas de edificación que se iniciaron en este período. La riqueza acumulada, producto de la extensión y de la intensificación de los cultivos, fue en parte canalizada hacia un aumento en la demanda de bienes de consumo. Puesto que buena parte de esta riqueza iba a parar a manos de la clase feudal, se empleó en costear el consumo de artículos de lujo o de alta calidad. Ello, por su parte, contribuyó a potenciar al artesanado urbano especializado.

Durante tres siglos o más, la manufactura fue ante todo, aunque no exclusivamente, una actividad urbana. Cierto que había excepciones, algunos oficios se desarrollaban necesariamente en zonas rurales. El trabajo en minas y canteras era, por su propia naturaleza

más que nada rural, aunque algunas ciudades dispusieran de canteras de las que extraían la piedra necesaria para sus programas de edificación. Algunas —y Tournai es un buen ejemplo— producían incluso algún tipo de piedra ornamental que se distribuía y vendía en zonas extensas. También la fundición de metales era una actividad rural. La preparación de alimentos, debido a que se trataba de un quehacer que precisaba cierta especialización, era una actividad casi exclusivamente urbana, y ya se ha hecho referencia al buen número de panaderos y carniceros existente (ver p. 298).

Hacia finales de la Edad Media se inició la vuelta gradual de la manufactura de las ciudades al campo. Esta tendencia persistió durante los siglos XVI y XVII, y explica parcialmente el fracaso de las ciudades en continuar creciendo a un ritmo aceptable después del siglo XIV. Hacia el siglo XVIII una buena proporción de las industrias artesanas se desarrollaban en un marco rural, y la revolución industrial, cuando se produjo, fue en un principio un fenómeno rural y no urbano.

Hay varias razones que explican la dispersión de la manufactura durante la baja Edad Media. La principal de todas fue el creciente uso de maquinaria movida por la fuerza hidráulica. El uso de la rueda hidráulica, movida por la corriente del agua, se generalizó. Se construyeron gran número de molinos. En ellos no sólo se molía el trigo; también se utilizaban para abatanar los paños, exprimir pigmentos y activar los fuelles de las refinerías de hierro y más tarde, en el siglo XV, en los altos hornos de invención reciente.

Sin embargo, tuvo una mayor importacia la rigidez de las regulaciones de los oficios urbanos ante el cambio en los patrones de la demanda. La estructura gremial fue importante para mantener la calidad en un momento en que la demanda del mercado iba orientada hacia los artículos de lujo. Durante la baja Edad Media el patrón de la demanda fue ampliándose y el consumo de productos de calidad mediana, especialmente paños, fue mayor. En su conjunto, los centros tradicionales manufactureros fracasaron en adaptarse a las nuevas exigencias del mercado, y la producción, especialmente la de paños y artículos de metal y, hasta cierto punto, también de cuero, fue desplazándose de la ciudad al campo.

Otra razón de la huida de la manufactura al campo fue que la mano de obra era más barata en la zona rural. Esto no quiere decir

que el artesano urbano estuviese bien pagado, sino que había ciertos impuestos que gravaban a los trabajadores urbanos de los que las zonas rurales estaban exentas. Además, el trabajador rural muy a menudo dedicaba parte de su actividad al trabajo agrícola. Su oficio constituía el complemento de sus actividades agrícolas, aunque en muchos casos puede que fuese a la inversa. La artesanía rural, así pues, tendía a ser una ocupación marginal, mucho peor pagada que la urbana, que suministraba plena dedicación en el oficio. La pobreza y la superpoblación de las zonas rurales incrementaron la necesidad de los ingresos suplementarios que la actividad artesanal podía aportar a la familia campesina. La industria rural, además estaba menos reglamentada y controlada que la urbana. La resistencia que los gremios urbanos ofrecieron a la innovación y al cambio fue sin duda el factor más importante del desarrollo de las industrias rurales.

La balanza se decantó en favor de las aldeas. La industria lanera y del lino de Normandía y Bretaña, en la baja Edad Media y alta Edad Moderna, fue casi exclusivamente rural. La manufactura de fustanes y *barchents* en la Alemania meridional y de lienzos en Suiza era también una industria doméstica, desarrollada en las cabañas campesinas. Pero el caso más claro de emigración de industrias artesanas de la ciudad al campo, aparte del ejemplo inglés, se encuentra en los Países Bajos (ver p. 532).

La nueva forma de actividad industrial requería nuevos tipos de organización. El artesano rural no tenía tan fácil el acceso al mercado, como su homólogo urbano y seguramente estaba falto del capital necesario para adquirir en cantidad las materias primas que necesitaba, y para retener su producción acaso durante meses, hasta que pudiese venderla. El comerciante capitalista, categoría inexistente durante la fase más temprana de la industria rural medieval, dio la respuesta adecuada. Era él quien suministraba la lana cruda al hilandero, y el hilo al tejedor, mientras que personalmente se encargaba de los procesos de acabado que precisaban mayores inversiones de capital. Además, era el nexo de unión entre la artesanía rural y el mercado, realizando visitas a intervalos regulares al artesano para suministrarle materias primas y para recoger la producción realizada durante el intervalo previo.[1]

1. Un cálculo aproximado del tiempo necesario para la fabricación del paño apa-

Tal era el sistema doméstico (*domestic system*, *putting-out* o *verlag system*), la primera manifestación de algo que se pareciera al capitalismo moderno. El artesano trabajaba para el comerciante; éste suministraba los materiales y pagaba «a tanto la pieza» por el trabajo. Este sistema se prestaba más a los abusos que el de los gremios urbanos y no ofrecía protección alguna al trabajador. Los artesanos rurales tenían más dificultades para asociarse; de hecho, se convirtieron en sirvientes del comerciante capitalista, sin cuyo suministro de materias primas no podían trabajar y sin cuyo control del mercado no podían dar salida a sus productos.

Un último factor en el desarrollo de la industria rural fue el crecimiento demográfico. El período de expansión urbana también había sido de crecimiento de población, cuando el excedente de las zonas rurales, o por lo menos parte de él, había emigrado para hallar trabajo en las ciudades. En el siglo XV en buena parte de Europa la población iba recuperándose de las caídas anteriores. En este período, la gente del campo no emigraba a las ciudades; fueron las actividades urbanas las que fueron a ellos. El cambio en las condiciones de tenencia de la tierra permitía, ahora, al campesino arrendar una parte de un lote de tierras familiar, a cuya labor se dedicaba sólo parcialmente, mientras que ponía la mayor parte de sus energías en la producción de tejidos o en la metalurgia del hierro. En algunas regiones de Inglaterra, según se ha dicho, la costumbre de repartir la heredad, o sea la división entre varios herederos, fomentó la formación de la pequeña propiedad, que a fin de obtener los ingresos suficientes para vivir, precisaba el empleo simultáneo en la artesanía. Puede que ocurriese algo parecido en la Europa continental.

La organización de la manufactura medieval

La manufactura nunca desapareció totalmente de las ciudades. En realidad debieron ser varias las ramas que nunca se encontraron con la competencia de los artesanos rurales. Fue especialmente en las industrias textiles, y sólo subsidiariamente las que fabricaban artículos

---

rece en Federigo Melis, *Aspetti della vita economica medievale*, Siena, 1962. Entre el hilado y el acabado transcurría de seis meses a un año; por término medio tomemos ocho meses.

de hierro y cuero, las que se dispersaron por el campo. La mayoría, incluyendo los procesos de acabado en la industria textil, permanecieron dentro del recinto amurallado de las ciudades hasta finales de la Edad Media.

En las ciudades los artesanos se organizaron en fraternidades o gremios. La sociedad medieval estaba dominada por tales sociedades. Sus propósitos variaban. Muchas tenían fines caritativos, educacionales; la mayoría llevaban intenciones religiosas. Todos tenían, de algún modo, la finalidad de proporcionar en el ámbito anónimo de la ciudad, aquel mutualismo e interdependencia que eran característicos de la sociedad rural. De entre todas estas corporaciones las más importantes eran los gremios de oficio, en el sentido más estricto del término. Se trataba de organizaciones de quienes practicaban el mismo oficio. Crecieron en las ciudades grandes en los siglos XII y XIII, pero su origen no está claro en absoluto. Sin embargo, podemos estar seguros de que no tenían nada que ver con los *Collegia* del bajo Imperio romano, del mismo modo que fueron a su vez, en cierto sentido, el origen de las organizaciones obreras. Era inevitable que grupos de hombres, con los mismos intereses, viviendo cerca uno de otro, rezando en la misma iglesia, comprando en el mismo mercado, a merced de los mismos mercaderes y comerciantes, se aliasen para darse ayuda y protección mutua. Tales alianzas eran generalmente religiosas en parte, ya que en ningún caso es posible trazar la división entre las funciones seculares y económicas por una parte y religiosas y caritativas por otra. En realidad, las normativas gremiales establecidas y puestas en vigor por los maestros, procedían en parte de las enseñanzas religiosas contemporáneas acerca del hombre y la sociedad, el precio y el beneficio.

La corporación de los mercaderes

En la formación de los gremios había una importante resistencia al orden establecido. No había dos ciudades cuya historia fuese similar, ni tal vez parecida, y no es posible generalizar, pero no hay duda de que los gremios de oficio representaban, hasta un grado muy elevado, a los artesanos más pobres y menos privilegiados que se unieron para hacer frente a las pretensiones de la clase patricia asentada en el poder.

La corporación de mercaderes fue la organización primitiva de los comerciantes urbanos. La autorización para unirse y organizarse ya la garantizaba el señor cuando otorgaba los privilegios a la ciudad. Constituían una corporación dentro del cuerpo mismo de los ciudadanos o burgueses. En el año 1127 el conde de Flandes otorgó una carta a los ciudadanos de Saint-Omer; se les liberaba de ciertas cargas pesadas y se les facilitaba el recurso a la ley para solucionar sus querellas. Entre los afectados estaban «aquellos que han constituido una hermandad y pertenecen a ella». El conde hizo a estos ciudadanos «libres de impuestos en el puerto de Dixmude y en el de Gravelines, y por toda la tierra de Flandes».[2] Tales privilegios, con toda seguridad carecieron de valor para la mayoría de los ciudadanos pero para la élite de los comerciantes, que constituían la corporación de los mercaderes, eran valiosísimos, despejándoles el campo para sus actividades comerciales en los puertos cercanos y por todo Flandes.

Los comerciantes de los siglos XII y XIII no sólo traficaban con cualquier mercancía que estuviese en demanda; también supervisaban la labor de los artesanos suministrándoles materias primas y comercializando su producción. Los comerciantes se hicieron ricos; adquirían propiedades urbanas que arrendaban a los artesanos; quizás a los que ya dependían totalmente de ellos. Prestaban dinero con interés, y de ser acomodados pasaron a ser ricos. Como comerciantes, en un principio, estaban poco especializados. En las ciudades grandes, sin embargo, muchos de ellos tendieron a centrar sus actividades en un tipo de productos más restringido. Traficaban con lanas, paños o especias, aunque siempre estaban vigilantes ante cualquier oportunidad comercial que pudiese proporcionarles beneficios.

La especialización trajo consigo la división dentro de la corporación de mercaderes. Se formaron grupos de mercaderes que comerciaban con lana o paños, con pieles y cueros, con vinos, especias u otros productos parecidos. De esta manera, nacieron las corporaciones más prestigiosas como los «misterios mayores» de Londres. Eran gremios de mercaderes más que de artesanos; llevaban a cargo sus negocios en la lonja mercantil o en la lonja de los paños, más que en los humildes talleres de las calles secundarias de la ciudad, y normalmente empleaban artesanos a «tanto la pieza». Estas eran las

2. Citado por R. C. Cave y H. H. Coulson en *A source book for medieval economic history*, Biblo and Tanner, Nueva York, 1965, pp. 200-202.

corporaciones mayores. En Florencia existían siete de ellas, aparte del número total de gremios que llegó a alcanzar más de 70. En Londres, donde nunca había existido una corporación de mercaderes, llegaron a constituirse doce, aunque la distancia entre las compañías mayores y menores, no era en esta ciudad, ni tan definida ni tan absoluta como en otras.[3] Los primeros gremios londinenses en segregarse de la masa de comerciantes y artesanos fueron los merceros, sastres y pañeros, todos los cuales tocaban de alguna manera el comercio del paño; los comerciantes de especias, los pescaderos, los vinateros, los orfebres y los traficantes de sal.

En París había existido una asociación general de mercaderes, los *marchands de l'eau*, o sea, los que traían sus mercancías a la ciudad en barco. Hasta el siglo XIII no empezaron a formarse corporaciones de comerciantes y de artesanos más especializados.

Los mercaderes que se agrupaban en un reducido número de corporaciones de comerciantes parece que raramente se limitaban a traficar con determinados productos. Normalmente se dedicaban a cualquier actividad comercial de la que pudiesen obtener provecho. Muy a menudo invertían en la propiedad urbana, de forma regular, y a veces también en la rural. No era raro que fuesen los propietarios de los locales donde trabajaban los artesanos a quienes ellos suministraban tanto capital como trabajo, siempre a una tasa de interés elevada. En Londres, «de los 53 panaderos registrados en el año 1303, sólo siete eran propietarios de sus establecimientos; la mayoría los arrendaban mayoristas, quienes, junto con los pescaderos, tenían grandes intereses en la mitad de los 28 molinos cercanos a la ciudad».[4] La misma situación se producía en las grandes ciudades de la Europa continental. Jehan Boinebroke, de Douai y los Crespin y Lanstiers, de Arras, en nada tenían que envidiar a los especieros y tenderos de Londres en cuanto a la variedad de sus empresas comerciales y en la capacidad de extraer beneficios de ellas.

Los mercaderes empleaban artesanos de varias maneras. Parece que lo más corriente era que adelantasen capital operativo en forma de lana en bruto, fibra hilada, pieles, metales y tintes, y se quedaban con los productos acabados, pagando un tanto por trabajo concluido.

3. George Unwin, *The Gilds and Companies of London*, Allen & Unwin, Londres, 1965[2].
4. Gwyn A. Williams, *Medieval London*, Athlone Press, Londres, 1970, p. 162.

En un proceso manufacturero que involucrara una serie de actividades diferentes, el mercader con toda seguridad suministraría los mariales por turno a los diversos artesanos, efectuando pagos pertinentes por la fabricación o el proceso. En otros casos el mercader poseía el capital fijo, como en el caso de los panaderos mencionado más arriba. Está claro que al mercader le interesaba evitar el desarrollo de asociaciones entre los artesanos y mantener los costes tan bajos como fuese posible. Cuando finalmente fracasaron en seguir manteniendo a los artesanos en esta posición subordinada, llevaron sus actividades a las zonas rurales, donde la asociación entre los tejedores y demás artesanos con dedicación parcial era más difícil, y por lo tanto más improbable. Al obrar así, en algunos casos consiguieron destruir la artesanía urbana.

La clase mercantil, finalmente, a menudo retenía el monopolio del poder político en las ciudades. Constituían el gobierno de la ciudad y formaban la élite que, tanto si detentaba el poder efectivo como si no, controlaba los destinos de la ciudad. Eran los patricios. Los *pluis sufficeauntz*, los *potentiores*. En la Edad Media, riqueza significaba poder, tanto como hoy.

Sólo en las ciudades grandes de la Europa medieval la clase mercantil llegó a constituirse como tal; sólo en ellas encontraba la amplitud de oportunidades comerciales, manufactureras y de especulación con la propiedad que precisaba. Según palabras de la profesora Thrupp,

> Cuanto más sencilla era la vida económica de la ciudad más se parecía a una simple ciudad con un mercado que sirviera a un distrito reducido, más fuerte era la predominancia del artesano independiente y del tendero. A medida que la ciudad iba entrando en el comercio interregional y, especialmente, a medida que desarrollaba industrias que dependían de mercados lejanos para suministrarse o para colocar su producción, el mercader fue ascendiendo y tendió a controlar la estructura de gobierno.[5]

Las corporaciones de artesanos

Las corporaciones de mercaderes cristalizaron a partir de las de mercaderes o de la comunidad general de comerciantes. Eran las más

5. Sylvia L. Thrupp, *The merchant class of medieval London*, University of Michigan Press, 1962, p. 14.

prestigiosas de las fraternidades; sus miembros fueron los ciudadanos más ricos y más importantes políticamente y excluían a los menos acomodados por medio de las elevadas cuotas de ingreso y de los festines caros y libreas obligatorias. Gross ha descrito una situación [6] que representa a las corporaciones artesanas surgiendo de un modo parecido a las de mercaderes que habían monopolizado anteriormente la actividad comercial en la ciudad. Las corporaciones se originaron de tan variadas maneras que toda generalización es difícil y peligrosa. La descripción de Gross peca de simplista. Supone la alianza de artesanos libres e independientes, a fin de mantener las características artesanales y preservar sus intereses. Los artesanos puede que fuesen libres e independientes en las ciudades comerciales pequeñas, donde seguramente eran demasiado pocos como para organizarse en oficios especializados. En las ciudades grandes, donde serían más numerosos, la mayoría estaba lejos de ser independiente.

El porcentaje más alto de oficios urbanos precisaba de un considerable capital fijo, y en algunos casos también de capital variable. El telar del tejedor y las herramientas de un zapatero o de un carpintero tenían poco valor pero otros, curtidores, panaderos o metalúrgicos, por ejemplo, necesitaban unos locales de trabajo más amplios y un mayor equipamiento. La mayoría de los procesos industriales eran lentos y el material que se trataba representaba una inversión considerable durante un período largo. En el caso de los orfebres, estañadores u obreros de la seda, así como los bordadores de ciertas telas lujosas, la reserva de existencias debió de representar una inversión muy grande. En las ciudades pequeñas el problema de las inversiones en materiales o no se producía o era de escasa importancia. Los oficios eran más simples; producían para un mercado más bien local que distante y pocos eran los materiales que no eran de origen local.

Por regla general, los artesanos se encontraban faltos de capital, si hubiesen sido medianamente acomodados, habrían empleado a su vez a otros artesanos. Teniendo en cuenta el contingente de propiedad urbana que estaba en manos de la Iglesia y de los comerciantes capitalistas, pocos eran los que poseían casas y talleres. Los arrendaban o alquilaban, en muchos casos, a los mismos hombres que les suministraban las materias primas y que comercializaban, por lo menos,

6. Charles Gross, *The Gild merchant*, Oxford University Press, 1890.

parte de su producción. En las ciudades grandes y especialmente en aquellas ramas de la industria en las que se producían o trataban mercancías para mercados lejanos, el artesano se encontraba totalmente en las garras del comerciante capitalista, tanto como el obrero industrial del siglo XIX estaba a merced del propietario de la fábrica.

En tales circunstancias se originaron muchas de las corporaciones de artesanos. No evolucionaron lentamente a partir de corporaciones de mercaderes; más bien, fueron el resultado del éxito de la revuelta contra el poder económico y político de los comerciantes capitalistas. El hecho es que el artesano medieval era extremadamente pobre, viviendo siempre en los límites del hambre. El tejedor apenas si podía costearse el vestir el paño que tejía por encargo del comerciante. La queja del obrero nos ha llegado en los versos de Chrestien de Troyes:

> Toujours tisserons draps de soie,
> Jamais n'en serons mieux vêtues,
> Toujours serons pauvres et nues,
> Et toujours aurons faim et soif...
> Nous avons du pain à grand peine,
> Peu le matin et le soir moins...
> Mais notre travail enrichit
> Celui pour qui nous travaillons.[7]

Fue en «un Londres ... imbuido de espíritu revolucionario»[8] en el que los «misterios» o gremios menores, constituidos por artesanos corrientes, comenzaron a formarse a fines del siglo XIII. Durante un siglo, nuevos oficios batallaron para establecerse y por tener voz en el gobierno de la ciudad y en el control de sus propios destinos. Hacia el año 1376 había en Londres unos 50 «misterios»; en el año 1442 la Corporación de Cerveceros recopiló una lista de 111 corporaciones. Por toda la Europa occidental se producían conflictos entre los comerciantes organizados y los artesanos. En general, estos últi-

7. Citado por E. Coornaert en *Les Corporations en France avant 1789*, París, 1941, p. 74. El significado es: «Siempre tejeremos telas de seda, / y no por eso iremos mejor vestidos, / siempre seremos pobres e iremos desnudos, / y siempre tendremos hambre y sed... / Apenas tenemos pan que llevarnos a la boca, / poco por la mañana y menos aun por la noche... / Pero nuestro trabajo enriquece / a aquel para quien trabajamos».

8. Unwin, *op. cit.*, p. 64.

mos obtuvieron una victoria pírrica, organizándose y participando en el gobierno de la ciudad, pero muy a menudo perdiendo los frutos económicos de la victoria, pues la manufactura fue desplazándose de la ciudad al campo.

La ciudad de Huy, en el obispado de Lieja, tendría, a principios del siglo XIV, una población probable de unos 6.000 habitantes. Sin embargo, su conflicto comunal guarda cierto parecido con el de Londres. En el año 1299 los miembros de los oficios se rebelaron y tomaron las riendas del poder de manos de comerciantes y patricios. El nuevo obispo vino en ayuda de éstos y se suprimieron los privilegios de los artesanos. Unos años después, sin embargo, los artesanos volvieron a insistir, pero parece que de un modo más juicioso. Ya no volvieron a controlar el gobierno de la ciudad, pero participaron en él —un compromiso que se siguió en muchas otras ciudades de los Países Bajos—.[9]

En Florencia, el *popolo grasso*, los bien alimentados y bien aposentados que controlaban los siete *Arti Maggiori* y, por lo tanto, los destinos de la ciudad, se cebaron en el «pequeño pueblo», el *popolo minuto*, la masa de trabajadores semicualificados o sin cualificación alguna. Éstos, en diversas ocasiones, ya habían tratado de organizarse, de influenciar en los patricios, incrementar sus salarios y mejorar sus condiciones laborales. En el año 1324, el «pueblo gordo» legisló que

> se prohíbe cualquier liga o sociedad de personas que no esté autorizada por las autoridades públicas; por ello decretamos que cualquier miembro de cualquier *Arte*, y especialmente los trabajadores del *Arte della lana*, en el cual muy diferentes personas de diferentes condiciones ejercen oficios, no pueden reunirse en ningún lugar, por ningún motivo, ni dictar leyes ni ordenanzas bajo ningún título de hermandad por ningún motivo o pretexto religioso, de funerales o de oblaciones, sin permiso de los *Consoli*.[10]

Años más tarde (1378-1381) el descontento del «pequeño pueblo» llegó al máximo en los motines sangrientos de los *ciompi*.[11] La

9. A. Joris, *La Ville de Huy au Moyen Âge*, Bibl. de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, vol. 152, París (1959), pp. 433-439.

10. Citado por Niccolò Rodolico en «The struggle for the right of association in fourteenth-century Florence», *History*, VII (1922-1923), pp. 178-190.

11. Gene A. Brucker, «The Ciompi revolution», en *Florentine Studies*, ed. Nicolai

solución adoptada fue separar a los miembros de los oficios más especializados de los rebeldes y permitirles constituirse en gremios, y sofocar duramente todo intento de organización de los demás.[12]

Las corporaciones nunca formaron un sistema. Se trataba de conglomerados de gente unidos por un interés particularista, a los que la autoridad pública a veces imponía ciertas obligaciones. Entre las ciudades grandes, no había dos que tuviesen una organización corporativa idéntica, o ni tan sólo similar. Las ciudades de tamaño intermedio a menudo contaban con un reducido número de corporaciones, cuyas funciones económicas debieron ser bastante más amplias de lo que sus nombres sugieren. Las corporaciones que se encuentren en cualquier ciudad eran en parte respuesta a la especialización industrial que la ciudad podía haber adoptado; en parte, también, al juego de la política urbana; al grado de éxito obtenido por la clase patricia en resistir las pretensiones de los artesanos, y a la habilidad política y capacidad organizativa de estos últimos. Ya hemos visto cuan diferente fue el resultado de la confrontación urbana entre *majores* y *minores* en los Países Bajos, en Italia y en Londres.

En el año 1258, como poco después, Étienne Boileau, *prévôt* o magistrado mayor de París, emprendió, por órdenes de Luis IX, la revisión de las reglamentaciones de las corporaciones de la ciudad.[13] Se requirió de cada una de ellas que enviaran representantes al *Châtelet* para exponer sus reglas y costumbres, de los que se dejó constancia escrita para futuras referencias en la reglamentación de las disputas entre ellos. El registro de Boileau contiene las normativas de un centenar de oficios. Algunas son extensas y detalladas; otras apenas unos cuantos párrafos. En algunos casos se reglamentaba el número de oficiales y aprendices; en otros el maestro tenía libertad para contratar la mano de obra que quisiera. En ciertas ocasiones se especificaba la edad que debía tener el aprendiz al iniciarse en el oficio. Era usual que las reglamentaciones especificaran la calidad de las

---

Rubinstein, Faber, Londres, 1968, pp. 314-356; Raymond de Roover, «Labour conditions in Florence around 1400: theory, policy and reality», en Florentine Studies, pp. 277-313.

12. Para una interpretación marxista, véase M. Malowist, *Studia z dziejów rzemiosla w okresie kryzysu feudalizmu Europie w XIV i XV wieku*, Varsovia, 1954.

13. *Réglement sur les Arts et Métiers de Paris rédigés au XIII^e siècle, et connus sous le nom du Livre d'Étienne Boileau*, ed. G.-B. Depping, Collection de Documents Inédits sur l'Histoire de France, París, 1837.

materias primas que había que utilizar. La prohibición de trabajar a la luz de velas, en domingos y en ciertas fiestas religiosas. A veces se establecía dónde había que vender el producto. Unos cuantos oficios tenían unas reglas que podían haber sido dictadas por la policía. A los cerrajeros, por ejemplo, se les prohibía hacer copias de las llaves que se les trajera; tenía también que traérseles la cerradura. Seguramente, el objetivo era prevenir que las llaves no fuesen a parar a manos ajenas. Al trapero se le prohibía comprar vestidos manchados de sangre. Algunas de las industrias relacionadas con la alimentación —los *talemeliers* o panaderos, por ejemplo— estaban tan sumamente controladas que muchas de las reglamentaciones debieron ser impuestas a la corporación por las autoridades civiles.

El empadronamiento de las reglamentaciones corporativas de Boileau guarda silencio acerca de las proporciones de cada corporación. Tenemos listas del número de artesanos de París de los años 1292 y 1300,[14] la de este último año parece ser más completa. Se cuenta un total de 5.844 artesanos —seguramente maestros— y el número de oficios indicado en las dos listas alcanza el sorprendente total de 448. Se admite que cierto número de corporaciones escapó a las pesquisas de Boileau, pero es evidente que no fueron tantos como para elevar el total a este nivel. Varios de los oficios más esotéricos no los realizaban más que uno o dos maestros, como por ejemplo, la fundición del cobre, el pulimentado de metales o la fabricación de hebillas. A tales artesanos puede que se les incluyera bajo la denominación de un oficio similar al que practicaban, o más probablemente, no pertenecían a corporación alguna. Sin embargo, es importante hacer notar que los *blasonniers* —los que fabricaban escudos de cuero y los decoraban con las armas heráldicas de sus propietarios— inscribieron sus reglas en el libro de Boileau, pero las relaciones de artesanos tanto del año 1292 como del 1300, sólo citaban dos miembros del oficio.

Por otra parte, algunos oficios contaban con muchos miembros, el número de tejedores de paños de lana ascendía a 360, y además existían otros grupos de tejedores de seda y lino. Había 338 peleteros y el sorprendente número de 251 orfebres. Un total de 129 sederos, 160 sastres y 163 traperos; 131 panaderos y 70 carniceros;

14. Gustave Fagniez, *Études sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et au XIV^e siècle*, BEHE, París, XXXIII (1877), pp. 7-19.

122 maestros de obras y 108 carpinteros. No todos estos oficios se hallaban presentes en la lista de Boileau. Si bien se inscribieron las ordenanzas de los tejedores de la seda, no hay regulaciones estrictamente aplicables al número mayor de tejedores de paños. Hay que concluir que la estructura corporativa de París era fluida; que algunas corporaciones tenían un espectro más amplio de lo que sus nombres parecían sugerir, y que había una considerable masa de mano de obra, acaso ingente, compuesta en su mayoría por semiespecialistas, que no estaba organizada en forma corporativa.

Colonia era la mayor ciudad de Renania durante la baja Edad Media y su organización corporativa era relativamente compleja. A finales del siglo XIV tenía 36 corporaciones.[15] Durante el siglo XV se establecieron varias corporaciones nuevas, pero al mismo tiempo cuatro de los oficios más antiguos —fabricantes de mantas (*Bettdeckenweber*), tejedores de fustanes (*Tirtiweber*), bolseros y guanteros— desaparecieron. Hacia finales del siglo XV había 44 o 45 corporaciones. Se han conservado unas cuantas listas de miembros de corporaciones, en su mayoría de finales del siglo XIV y del XV. Son bastante inseguras como guías para establecer las proporciones de los oficios, pero acaso sirvan para indicar su importancia relativa. La industria de los paños de lana en todas sus ramas era con mucho la más importante, pero los orfebres consignados en el año 1395 suponían un total no inferior a los 122 maestros.

Francfort del Main era una ciudad mucho más pequeña que Colonia o París, y es bastante dudoso que su población medieval sobrepasara los 10.000 habitantes. En el año 1355 contaba con catorce corporaciones.[16] Hacia el año 1387 había llegado a veinte, y en el transcurso del siglo XV alcanzó 28, pero a principios del siglo XVI cinco de ellos habían desaparecido. En el año 1387 existían 1.544 negocios distintos, repartidos entre veinte corporaciones, la mayoría de las cuales debía de abarcar a más de un oficio (ver tabla 7.1).

Un hecho característico de la estructura ocupacional de Francfort es la ausencia, o por lo menos la suma rareza, de oficios suntuarios.

15. *Die Kölner Zunfturkunden nebst anderen Kölner Gewerbeurkunden bis zum Jahre 1500*, ed. Heinrich von Loesch, Gesellschaft für Rheinische Geschichtskunde, vol. I, Bonn, 1907.

16. Karl Bücher, *Die Bevölkerung von Frankfurt am Main*, Tubinga, 1886. Los oficios allí relacionados han podido identificarse gracias a Karl Bücher, «Die Berufe der Stadt Frankfurt am Main», *Abhandlungen der Königlich Sachsischen Gesellschaft der Wissenschaften*, Leipzig, III, n.º 3 (1913).

TABLA 7.1

	Empresas	Porcentaje
Producción primaria		
Agricultura, viticultura, pesca, etc.	107	6,1
Producción secundaria		
Manufactura textil	334	21,7
Paños	272	17,7
Industrias alimenticias	179	11,7
Construcción	141	9,3
Metalurgia	123	8,0
Carpintería	118	7,7
Calefacción y alumbrado	13	0,9
Ocupaciones terciarias		
Hostelería, comercio, transporte	156	10,1
Servicios personales u otros	35	2,2
	1.544	100

FUENTE: Karl Bücher, *Die Bevölkerung von Frankfurt am Main*, Tubinga, 1886, páginas 141-146.

No hay ni un solo orfebre. Existían unas cuantas ocupaciones que no podían encontrarse en una ciudad pequeña, destinadas a satisfacer las necesidades de la región. Parece probable que la proliferación extrema de oficios, incluyendo a aquellos de tipo suntuario, sólo se encontraba en ciudades grandes y muy grandes. Lieja, ciudad que por sus dimensiones era similar a Francfort, tenía 32 corporaciones, mientras que Mulhouse, una ciudad pequeña, dedicada casi exclusivamente a la agricultura, contaba sólo con seis: sastres, carniceros, panaderos, vinateros (*Räbleuth*), herreros y hortelanos y trabajadores agrícolas.[17] Düren, una ciudad de dimensiones parecidas, perteneciente a la Baja Renania, tenía siete corporaciones: herreros, tejedores, cerveceros, panaderos, sastres, zapateros y carpinteros.[18] Cada uno de ellos tenía un espectro amplio, pero, sin embargo, se trataba esencialmente de

17. *Circkell der Eidtgenoschaft von Andreas Ryff*, ed. E. Meininger, Basilea, 1892.
18. *Quellen zur Rechts— und Wirtschaftsgeschichte der Rheinischen Städte, Julische Städte*, vol. I, *Düren*, ed. August Schoop, Gesellschaft für Rheinische Geschichtskunde, Bonn, 1920, pp. 130-136.

aquellos oficios que satisfacían las necesidades de una ciudad pequeña y en parte agrícola.

Mucho se ha escrito de las funciones de las corporaciones. Se han idealizado hasta considerarlas la estructura institucional básica de una sociedad urbana estable, como la garantía de calidad en el trabajo y del precio justo para el consumidor, y como el sendero por el que el artesano más humilde podía alcanzar los niveles más altos de la sociedad urbana. Más recientemente, las corporaciones se han considerado como los instrumentos ineficaces de intereses sectoriales, como el freno al progreso técnico y el obstáculo a la organización eficiente de los negocios. El hecho de que ciertos libros recientes de historia económica de Europa apenas hayan reconocido su existencia, indica hasta qué punto las opiniones preponderantes les han restado importancia. Que no representaron el papel civilizador que sus apologistas del siglo XIX les concedían es un hecho muy evidente; con todo, fueron instrumentos importantes en la formulación y articulación de la política económica local. Eran reflejo del equilibrio de los intereses sociales y políticos de la ciudad, y en su forma fosilizada bajomedieval y de la alta Edad Moderna se convirtieron en bastión de los intereses creados y en obstáculo del progreso económico. En buena parte de Europa su influencia se vio socavada en el siglo XVIII, y en muy pocas zonas sobrevivieron a la Revolución francesa como instrumentos de política económica. Allí donde han seguido existiendo, ha sido generalmente como administradores pintorescos y festivos de fundaciones caritativas.

Con todo, una lectura minuciosa de cualquier conjunto de reglamentaciones corporativas manifiesta la preocupación tanto por las condiciones físicas en que se desarrollaba el oficio como por los intereses del consumidor. En realidad, esto último es tan evidente en la mayoría que parece que toda la estructura corporativa estaba en función de la satisfacción del consumidor. Sin embargo, las corporaciones nacieron del conflicto; despojada de todas sus connotaciones religiosas y sociales se pueden contemplar como un intento, por parte de los trabajadores más desvalidos, de proteger sus intereses por medio de alianzas. Esto es lo que tienen de común con los posteriores sindicatos.

Las reglamentaciones corporativas eran, en cierto sentido, el producto del compromiso entre los artesanos, que trataban de proteger su modo de subsistencia, y la sociedad urbana, representada por los

patricios. Los artesanos podían constituir gremios, pero para que se les reconociese, debían incluir en sus reglas varias cláusulas cuyo propósito era la protección del consumidor. El subterfugio medieval era en extremo descarado, como la mezcla de materiales de baja calidad, y el empleo de materiales usados. En algunos casos se estableció una escala de multas para estas ligeras infracciones de las ordenanzas gremiales. La calidad de la mano de obra se suponía garantizada por la exigencia de que el «maestro» conociese perfectamente su «misterio» (oficio) y que sólo trabajase con luz diurna. Una vez y otra las corporaciones se pronunciaban contra el trabajo con luz artificial. El número de aprendices que un maestro podía tener se limitaba a dos o tres como máximo, y en algunos casos se especificaba la edad mínima que debía tener el aprendiz. El propósito de esta normativa era, a todas luces, el evitar que el maestro llenase su taller de mano de obra barata pero poco experta. La institución del aprendizaje, durante el que el joven artesano aprendía su oficio, estaba también orientada a garantizar que los «maestros» tuviesen los conocimientos necesarios.

Papel económico de las corporaciones

Se ha sostenido en contra de las corporaciones que eran monopolizadoras, que se resistían al progreso técnico y que, como algunos sindicatos de hoy, eran contrarios a la innovación. Incluso se ha llegado a decir que cualquier progreso técnico e industrial de importancia tuvo que esperar hasta la supresión efectiva de la actividad corporativa a finales del siglo XVIII y el XIX. Con ello se exagera la importancia del papel que desempeñaron.

Es cierto que la corporación artesana ejercía el monopolio de su oficio, según los términos de su carta de reconocimiento. Pero las consecuencias de esta posición monopolista quedaban modificadas por el hecho de que las autoridades locales que legalizaban a las corporaciones podían modificar las condiciones de su funcionamiento. La pertenencia a la corporación estaba abierta a cualquiera que pudiera satisfacer el requisito mínimo de que el «maestro» fuese competente en su oficio. La mayoría de las corporaciones ponían límites al número de aprendices que el maestro podía tener, evitando así la expansión rápida del oficio. Por otra parte, no hay razón para suponer

que sin esta restricción la actividad de muchos oficios se hubiese expandido. La población ya no crecía tan rápidamente durante el período de mayor actividad corporativa, y hay serias dudas de que la demanda local de productos manufacturados se incrementase. En cualquier caso, no era el artesano quien estudiaba los indicadores económicos ni el que juzgaba las posibilidades del mercado. Eso lo hacían los comerciantes capitalistas, y todo parece sugerir que si éstos deseaban incrementar la producción disponían de los medios para conseguirlo. El artesano urbano de la baja Edad Media se encontraba en una débil posición económica, y seguramente no podía limitar la producción o elevar los precios por mucho que se asociase. Aunque disponemos de pruebas suficientes de la aflicción e incluso de la hostilidad abierta entre comerciantes, maestros y artesanos, no hay mucho que sugiera que se utilizaran los poderes monopolistas y restrictivos con finalidades económicas. Finalmente cualquier movimiento restrictivo de los oficios urbanos se podía romper recurriendo a los trabajadores rurales. La asociación, el monopolio y la limitación sólo eran eficaces en aquellas ramas que satisfacían demandas de masas. En el caso de las manufacturas suntuarias, la elasticidad de la demanda era tal que esos métodos no tenían resonancia.

En segundo lugar, se acusa a las corporaciones de oponer resistencia a la innovación. Ya se ha dicho que la Edad Media no fue un período de invenciones, y fueron mínimos los inventos y progresos mecánicos que se lograron. Los más significativos, como el alto horno, la rueda hidráulica y la rueca, no se vieron seriamente bloqueados ni obstaculizada su difusión por cualquier forma de acción corporativa. La rueda hidráulica se utilizaba cada vez más durante la baja Edad Media, y la oposición que hubo hacia los molinos parece que iba más bien dirigida contra los propietarios capitalistas que contra los propios molinos. En realidad, hay ejemplos de la construcción y puesta en funcionamiento de molinos trituradores.[19]

La manufactura medieval sólo en muy pocos casos excedió a la escala doméstica. Excepto en minería y metalurgia, el capital fijo seguía siendo escaso, y la instalación de la fábrica no hizo su aparición. Por regla general, las regulaciones corporativas mantenían bajo el número de oficiales y aprendices, pero es dudoso que ello fuese la

19. Sylvia L. Thrupp, *Medieval industry*, en *The Fontana Economic History of Europe*, Collins, Londres, 1972, p. 269.

razón principal de la ausencia de grandes empresas industriales. Es más probable que la razón fuese la falta de capital más que la de iniciativa. La República de Venecia estableció en su Arsenal una factoría con una notable división del trabajo con la finalidad de equipar sus barcos.[20] También había astilleros en Génova, pero estas grandes empresas, en general, se financiaban públicamente.

El sistema fabril implica el uso de fuerza mecánica a gran escala. Durante la baja Edad Media fue extendiéndose el uso de la fuerza hidráulica, se construyeron ruedas hidráulicas de tamaño cada vez mayor y más sofisticadas. Los molinos harineros eran, a veces, activados por varias ruedas, y, generalmente iban montados en barcazas amarradas, desde las cuales las ruedas penetraban en la corriente. A finales de la Edad Media aún no se había desarrollado una fuente de potencia capaz de activar ni una fábrica de dimensiones reducidas. De hecho, hasta el siglo XVII y sobre todo el XVIII no aparecieron piezas grandes y complejas de maquinaria movida por fuerza hidráulica, y es probable que tuviesen su precedente en las minas metalíferas en los años finales de la Edad Media.

Así pues, las fábricas no tenían ninguna ventaja con el uso de la fuerza mecánica, y seguramente tampoco representaban ventajas económicas con respecto al trabajador doméstico. Jack de Newbury y otros pañeros «de fábrica» del siglo XVI instalaron gran número de telares bajo un solo techo, pero se trataba de telares manuales y no hubo ningún telar mecanizado eficazmente hasta finales del siglo XVIII. Puede que tuviese algunas ventajas al poder supervisar directamente el trabajo, lo que este sistema hacía posible, pero los costos de producción es posible que fuesen más bajos con el sistema del *putting-out*. La «fábrica» Malmesbury sólo duró un corto período de tiempo, y no sabemos de ninguna institución comparable en la Europa continental antes de las innovaciones de Colbert. Los comerciantes capitalistas tenían la posibilidad de iniciar cierta forma rudimentaria de sistema fabril. No lo hicieron así, y sólo podemos suponer que el beneficio a obtener no valía la pena. El capitalismo mercantil sólo originó el capitalismo industrial en una escala insignificante.

20. F. C. Lane, *Venetian ships and shipbuilders of the Renaissance*, Johns Hopkins University Press, 1934, pp. 130-216.

Las ramas de la manufactura medieval

Los oficios medievales pueden dividirse entre aquellos que producían bienes de consumo y preparaban productos alimenticios para el mercado, especialmente en el marco urbano, los que llevaban a cabo extracción, fundido y refinado de metales, y el amplio grupo de las industrias de construcción. A éstos habría que añadir los servicios —notarios, posaderos, sirvientes, etc.—.

Los oficios medievales se desempeñaban en más de un nivel. Algunos trataban materiales de procedencia local para producir artículos bastos y simples con los que satisfacían las necesidades locales. Otros utilizaban métodos más elaborados con materias primas de calidad superior para fabricar artículos de lujo que pudieran soportar el costo del transporte a través del continente. Más que en otro ramo esto sucedía con la manufactura textil.

Los tejidos eran la manufactura medieval por antonomasia. Los tejedores constituían el grupo más numeroso de los artesanos en aquellas ciudades de las que tenemos datos. Las materias primas de las industrias textiles, junto con los paños terminados, constituían una buena parte, quizás hasta los dos tercios, del volumen total del comercio, tanto terrestre como acuático. Se fabricaban tejidos de lana, algodón, seda, lino y cáñamo. Los procesos, desde el hilado inicial hasta el tejido terminado, requerían gran especialización y la participación de diferentes gremios en las ciudades. Un inmenso contingente de trabajadores se dedicaba a las industrias textiles, y muchos apellidos, por lo menos en el mundo de habla inglesa, tienen más resonancias de los oficios textiles de lo que nos podemos imaginar. La razón de la preponderancia de la industria textil, al margen de la necesidad generalizada del uso del vestido, estriba en el hecho de que el vestir era un distintivo del rango y una de las formas de consumo visible de que disponía el hombre medieval.

La industria de la lana

La industria lanera fue, durante toda la Edad Media, la rama más importante de la industria textil. Había sido un quehacer importante durante los últimos siglos del Imperio romano. Sabemos que en mu-

chas de las villas romanas tardías se tejía, abatanaba y teñía paño. Durante la alta Edad Media el comercio de paños a gran distancia debió quedar reducido a prácticamente nada, pero la producción de paños para uso familiar y local se mantuvo durante esas edades oscuras. En el período carolingio, como en los últimos años del Imperio romano, los paños los tejían las mujeres en los *gynaecea*, o en talleres pequeños. Sin embargo, ahora se trataba de dependencias monásticas más que de villas y, por lo que sabemos, el paño, especialmente el tejido en el norte de Francia y en los Países Bajos, comenzaban a introducirse en el circuito comercial a gran distancia (ver p. 92).

Durante los siglos siguientes, la manufactura y el comercio de paños fue haciéndose cada vez más importante, tanto a nivel local como en mercados distantes y especializados. Se criaban ovejas por toda Europa, y no había lugar que no dispusiera de su propio suministro particular de lanas. La calidad de la lana, sin embargo, variaba enormemente. El tratado de Pegolotti, de la primera mitad del siglo XIV, hace referencia a un inmenso número de lanas de distintas calidades, y en Inglaterra, el precio medio de la lana producida en Shropshire y Lincolnshire era tres veces superior al de la lana de Cornualles. Muchos eran los factores que influían en el valor de la lana, incluyéndose la raza de las ovejas y las condiciones en las que se criaban. La lana procedente de ovejas vivas era mucho más valiosa que los vellones procedentes de ovejas muertas o sacrificadas. Además, ciertos vellones de determinadas partes de las ovejas eran más estimados que otros, y se empleaban en el tejido de paños de una calidad superior.

La manufactura de paños de lana constaba de más procesos distintos, realizados por personas diferentes en distintos lugares, que cualquier otra industria medieval.[21] La lana se clasificaba en distintas calidades; en Saint-Omer se distinguían cuatro grados, y ésta parece ser que era la norma general. Luego se limpiaba de todas las impurezas adheridas, se lavaba para eliminar la grasa y se batía a fin de que se manifestase la textura y se mejorase la calidad del fieltro.

21. Esta relación de la manufactura pañera medieval se basa en: G. Espinas, *La draperie dans la Flandre française au moyen âge*, vol. II, París, 1923; G de Poerck, *La draperie médiévale en Flandre et en Artois: technique et terminologie*, Rijksuniversiteir te Gent, 3 vols., Brujas, 1951; Walter Endrei, *L'évolution des techniques du filage et du tissage*, École Pratique des Hautes Études: Industrie et Artisanat, vol. IV, París, 1968.

Estos procesos se desarrollaban normalmente en las aldeas y en las granjas. Luego se peinaba y se hacían ovillos listos para hilar; alguna también se cardaba, pero este tratamiento, que machacaba y partía las fibras, no siempre se aprobaba, y jamás se empleaba en los hilos con los que había que formar la urdimbre. Hasta la baja Edad Media, el hilado se hacía mediante la rueca y el huso y se consideraba, naturalmente, una tarea de mujeres. El torno de hilar, según se sostenía, producía un hilo más frágil y menos uniforme que la rueca y el huso y nunca se empleó para hacer hilo de urdimbre. El hilo entonces se doblaba para obtener el grosor y la fuerza requerida.

El hilo que tenía que utilizarse como trama se enrollaba en la lanzadera y la urdimbre se fijaba al plegador de urdimbre del telar. Griegos y romanos habían empleado un pequeño telar vertical, como aparece en los vasos pintados griegos y en los bajorrelieves romanos. La urdimbre colgaba verticalmente en el telar y no estaba enrollada al plegador. De ese modo, la mayor pieza de paño que podía tejerse no podía ser mayor que el propio telar.[22] Este telar primitivo se siguió utilizando durante la Edad Media. Era apropiado para las reducidas dimensiones de que disponía el campesino en su granja, pero la creciente demanda de paños obligó a la adopción de un instrumento más complejo. Al menos, a partir del siglo XIII se utilizó ya un telar horizontal, excepto para los paños de más baja calidad. Se sostenía con cuatro montantes. En un extremo se encontraba el plegador de urdimbre, un cilindro alrededor del cual se enrollaba la urdimbre, a veces de hasta 50 metros. Delante del tejedor había otro rodillo, con los terminales de la urdimbre fijados a él, en el que se iba enrollando el paño a medida que se iba tejiendo. Los pedales que había debajo servían para accionar el mecanismo de separación, y el tejedor, sentado en un banco frente al telar iba pasando la lanzadera de un lado a otro, a través de la abertura a medida que se iba abriendo y cerrando.

En un telar así de sencillo podía tejerse toda una variedad de paños, en función del espesor del tejido, el grosor del hilo, según lo suave o basto que éste fuese, y también según la calidad de la lana que se había hilado. La anchura del paño venía determinada por el número de hilos de urdimbre que se habían fijado al plegador, pero en ningún caso podía sobrepasarse la anchura del telar. Los hilos

22. «The loom», *Ciba Review*, n.º 16 (diciembre 1938).

de la urdimbre se contaban por centenares, y normalmente oscilaban entre diez y dieciséis.

Cuando ya se había tejido el paño, volvía a lavarse, a fin de eliminar la grasa y suciedad que, inevitablemente, se había acumulado en los procesos de hilado y tejido. En este estadio, generalmente se utilizaba la tierra de batán. Luego al paño lo aplastaba el batanero con los pies, o bien se golpeaba con las palas del molino de batán hidráulico, a fin de espesar y afeltrar el paño. Hay muchos bajorrelieves clásicos y pinturas medievales que ilustran todo este laborioso proceso. Fue el primero en mecanizarse en todo el campo de la manufactura textil. El molino de batán apareció en Inglaterra a finales del siglo XII, y anteriormente en los Países Bajos [23] y el norte de Francia.

Al abatanado seguía un nuevo lavado. Después se perchaba el paño «cardándolo» con las espinas aceradas de las cabezas de los cardos y luego se tendía para lograr un acabado uniforme. En el curso de todos estos procesos el paño, seguramente, se había encogido. El tratamiento final consistía en volverlo a aprestar, fijándolo a unos garfios (*tenterhooks*) y extendiéndolo sobre un marco.

Había muchas maneras de realizar todos estos procesos de acabado, y el método empleado determinaba el tipo y calidad del paño. A veces, alguno de los estadios se repetía o alargaba. El perchado, el cardado o el apresto podían realizarse en distintos momentos y de diferentes maneras. Cada localidad tenía su peculiar manera de realizar las operaciones. Valenciennes acababa sus paños de manera algo distinta a Arras, Yprés o Saint-Omer, y en eso radicaban las diferencias mínimas entre un paño y otro que tanta importancia tenían para el consumidor medieval. Algunos paños se vendían antes de que se hubiesen completado los procesos de acabado; eran *mi-parues*, que se terminaban en otros lugares según el gusto de los compradores.

Al hombre medieval le encantaban los colores vivos, y era en las telas que vestía donde podía expresar sus gustos con mayor facilidad. El teñido era, pues, una operación de suma importancia, que realizaban tintoreros especializados. Aunque en los vidrios pintados y emplomados, así como en la fabricación de pigmentos para pintura, se

23. Hay referencias a la existencia de un molino de batán en Douai en 1220, *Recueil de documents relatifs à l'histoire de l'industrie drapière de Flandre*, eds. G. Espinas y H. Pirenne, CRH, Bruselas, 1909, n.º 215, pp. 16-17.

empleaban tintes minerales, en el acabado de paños sólo se utilizaban tintes vegetales. Su producción era el quehacer esencial de ciertas áreas, y el tráfico de plantas tintóreas procuró la existencia a innumerables intermediarios.

La *Capitulare de Villis* de Carlomagno ordenaba el cultivo del pastel (*gauda*), cochinilla roja y rubia (*garantia*), pero el pastel siguió siendo el más usado de los tintes medievales. Se fabricaba a partir de las hojas de una planta herbácea que se cultivaba especialmente en la región de Toulouse, en el sur de Francia, en los alrededores de Lille, y en Sajonia y Turingia. Se preparaba triturando las hojas en un molino y dejando fermentar la pasta resultante. Luego se secaba y ya se podía emplear. Disuelta en agua daba, según la concentración de la disolución y el número de veces que se sumergía el paño, toda la gama que va del negro al azul claro, y con la adición de rubia se lograba el color púrpura.

La rubia, el principal suministro de tinte rojo, se obtenía de las raíces de la planta, que crecía por toda la zona del sur de los Países Bajos, Alemania y el sur de Francia. El quermes, que de hecho es una especie de piojo parásito, que se encuentra en forma de excrecencia en ciertos árboles, también se utilizaba. De tanto en tanto sabemos de campesinos que tenían la obligación de recoger estos *vermiculi* o «gusanillos». Al triturar estas excrecencias se conseguía un tinte escarlata; en realidad, el término escarlata, lo mismo que su equivalente inglés, francés y alemán, deriva de la palabra «quermes» (árabe: *dûd il quîrmis*; persa: *kerema*). En el año 1467, el papa Paulo II adoptó el tinte del quermes como color de los ropajes de los cardenales de la curia romana. Siempre fue un tinte caro y, por esta razón, muy apreciado por los ricos y poderosos. Venecia se convirtió en un centro del tráfico del quermes —que era en realidad un tinte mediterráneo— y el paño así teñido a menudo se denominaba escarlata veneciano. De la gualda y también del azafrán se obtenía un tinte amarillo. Se utilizaban también muchos otros tintes vegetales, especialmente en la producción de paños de baja calidad para el uso local.

Tan importante como la calidad del tinte era el mordiente, empleado tanto en la limpieza de los paños como para proporcionar a la fibra una película a la que se fijaba el tinte. Se emplearon para ello diversas sustancias químicas, pero la más importante —con mucho— de todas era el alumbre, nombre dado a un sulfato complejo de po-

tasio y aluminio.[24] Aunque se produce en el sur de Italia y en España, las principales fuentes de alumbre tintóreo de la Europa medieval se encontraban cerca de Focea, en la costa egea de Anatolia. La isla cayó en manos de los genoveses, que se hicieron ricos con el comercio del alumbre (ver p. 544). La primera galera genovesa que arribó a la Europa noroccidental, hacia el año 1280, se dice que iba cargada no de sedas y especias del Oriente, sino —en algunos aspectos un cargamento más precioso— de vulgar alumbre. Los turcos invadieron Focea en el siglo xv perdiendo su importancia como suministradora de alumbre. Sin embargo, en el año 1462 se descubrieron los grandes yacimientos de Tolfa. De ese momento en adelante, las minas de Tolfa no sólo proporcionaron la mayor parte del mordiente empleado en Europa, sino que contribuyeron en gran medida al enriquecimiento del papado.

El proceso del tinte podía tener lugar en prácticamente cualquier estadio de la fabricación de paños. Tanto el hilo, como el paño tejido, e incluso la lana lavada, podían sumergirse en la caldera del tintorero. La lana en crudo absorbía el tinte más fácilmente, pero la lana teñida era más difícil de manipular que la sin teñir. Los colores lisos parece que, por lo general, se teñían después del tejido, pero las combinaciones de colores, en las que la urdimbre y la trama eran de distinto color, necesariamente había que obtenerlas tejiendo lana previamente teñida. La lana o el paño primero se impregnaba de una solución de alumbre y luego se sumergía, en muchos casos repetidamente, en la caldera del tinte. A veces, los dibujos medievales representan al paño como hirviendo en el fuego, así como un cabrestante para sacar del caldero la pesada pieza de paño húmedo.

Una vez seco y plegado, el paño ya estaba listo para la venta. Las dimensiones de cada tipo de paño estaban reglamentadas, y normalmente se castigaba a los artesanos que vendían piezas que no se atenían a las normas locales. Los paños eran generalmente bastante pequeños, estrechos, porque se habían tejido en telares estrechos, y cortos, porque los tejedores medievales nunca llegaron a emplear la técnica de fijar urdimbres largas al plegador.

Había, pues, una variedad infinita de tejidos para escoger, siempre que se pudiesen costear. Basta con repasar los libros de cuentas

24. Charles Singer, *The earliest chemical industry*, The Folio Society, Londres, 1948.

de los hermanos Bonis,[25] comerciantes de Montauban, pequeña ciudad del Languedoc; su clientela pedía paños de cualquier color, calidad y precio. Los Bonis vendían «rosicleres» y «grises» de fabricación local, así como estameñas toscas a ocho sueldos la *canne* (aproximadamente 1,84 metros); paños de Rouergue pardo y blanco; motivos ajedrezados de Rodez, y las telas más elegantes de Yprés, Bruselas y Malinas. Los paños de Beauvais y Montvilliers, que no eran, ni con mucho, los más caros, se vendían a 38 sueldos la *canne*. Pegolotti[26] hizo una lista de las dimensiones de incontables tipos de paños distintos y añadía los precios a que normalmente se pagaba la lana de por lo menos 195 monasterios ingleses y escoceses, y de once regiones productoras de lana distintas.

Los paños toscos que el campesinado fabricaba para su propio uso no eran menos variados, aunque no adquirieron renombres distintivos y tal vez nunca se vendieron fuera de las regiones en que se producían. No eran sometidos a toda la serie de procesos por los que pasaban los paños de calidad, y estaban teñidos, cuando lo estaban, con los tintes vegetales de que se disponía en la comarca. La mayor parte del paño tejido y usado era de esta categoría, puesto que la mayoría de la población era rural y pobre. Sin embargo, el campesino acomodado podía aspirar a que en algún momento de su vida pudiera comprar un paño de calidad superior a la normal, aunque la diferencia de precio entre el paño corriente y el de calidad era inmensa.

Las regiones pañeras

El paño de calidad que entraba en el circuito comercial de gran distancia y que vendían detallistas como los hermanos Bonis se fabricaba en un reducido número de zonas, principalmente en los Países Bajos, junto con las áreas próximas del norte de Francia y del norte de Italia. Había, además, unas cuantas ciudades, fuera de estas zonas, en las que la industria pañera estaba bien desarrollada. En la mayoría de los casos, la industria pañera de calidad evolucionó lentamente

25. *Les Livres de Comptes des frères Bonis*, ed E. Forestié, Archives Historiques de la Gascogne, n.° 20, París, 1890.

26. Francesco Balducci Pegolotti, *La Pratica della Mercatura*, The Medieval Academy of America, Cambridge, Mass., 1936, esp. pp. 37, 79 y 109.

a partir de los toscos paños de una manufactura campesina anterior, en unos pocos —por ejemplo, Ath, en Brabante—[27] la industria la estableció deliberadamente el príncipe de la región, quien otorgó privilegios especiales a los trabajadores de paños.

La industria pañera en Flandes

En Flandes la industria pañera creció a partir de un quehacer monástico y campesino. En cierto momento del siglo X u XI, se estableció en las ciudades. A finales del siglo XI era ya una actividad bien organizada, y sus paños se vendían en las ferias flamencas. Unos cuantos años después, empezaron a hacer su aparición en las ferias de Champaña y a ser adquiridos por los mercaderes italianos. Este paño se producía en las tres ciudades flamencas de Brujas, Gante e Yprés, así como también en Arras, Saint-Omer, Douai y alguna otra ciudad. Era un paño grueso, tejido tupidamente con un hilo fuerte y grueso, hecho de lana de calidad y bien abatanado. Se le sometía a toda una serie de procedimientos y, por consiguiente, era muy caro. Tenía un mercado reducido, pero, dentro de éste, apenas si tenía rival. En el siglo XII, buena parte de este paño se expedía, a través de las ferias de Champaña, a Italia, donde se le daba un tratamiento complementario antes de que lo exportaran los comerciantes italianos.

La producción de paños de calidad fue extendiéndose a partir de las ciudades flamencas hacia el sur y el este, a Hainaut y Brabante, y hacia el sudoeste, a través del Flandes occidental, a Artois y Picardía. Bruselas y Malinas se convirtieron en centros productores de paños de calidad en el transcurso del siglo XIII. Igualmente importantes eran Valenciennes, Douai, Lille, Arras y Saint-Omer. No es fácil explicar por qué esta pequeña región de la Europa noroccidental se convirtió en el principal centro de la manufactura más importante de la Europa medieval. Es más fácil explicar su decadencia en la baja Edad Media. Se ha dado mucha importancia al hecho de que la región fuera productora de lana; que el monasterio de Saint-Bertin, en Saint-Omer, por ejemplo, pacía enormes rebaños ovinos; que podía disponerse de lana de calidad superior procedente de Inglaterra, de donde ya se importaba en el siglo XII; que en la región se disponía de

27. L. Verriest, *La draperie d'Ath des origines au XVIII^e siècle*, Bruselas, 1942.

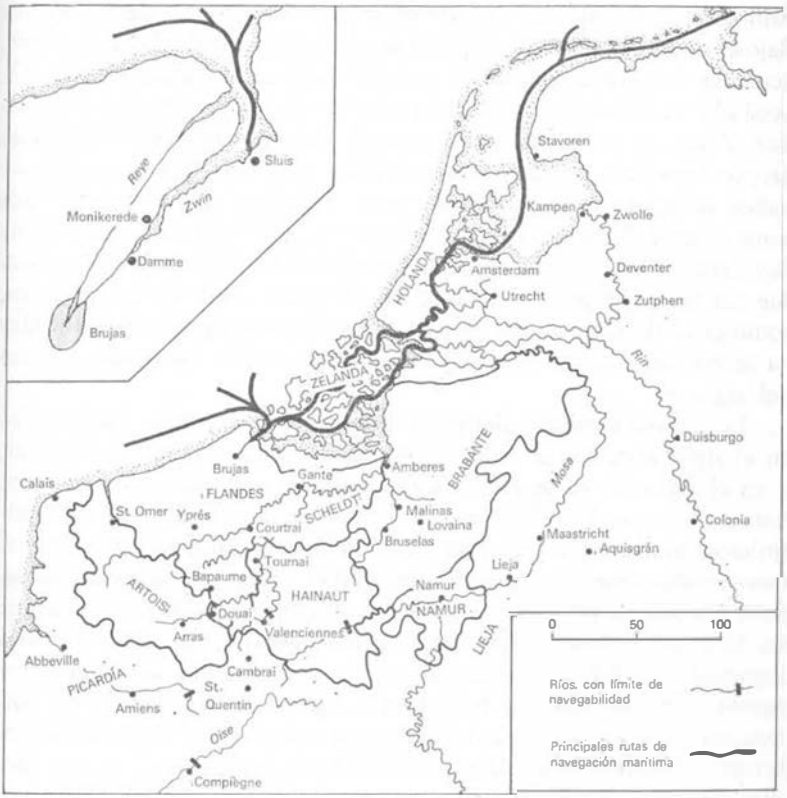


FIGURA 7.1

Centros de manufacturas textiles en los Países Bajos. En el recuadro, Brujas y sus lazos con el mar

tierra de batán, y que los centros manufactureros se encontraban cerca de las rutas de transporte. Ninguno de estos factores llega a explicar *por qué* la producción de paños de calidad llegó a convertirse en una actividad especializada. Puede que se heredara de los romanos una cierta tradición pañera; sin duda alguna, los monasterios eran centros de producción de paños, y es posible que ya en el siglo IX se hubiese organizado algún sistema para comercializarlos. Los *pallia fresonica*, mencionados por Ermoldus Níger y el monje de

Saint-Gall, con bastante seguridad, se tejían en el sur de los Países Bajos.[28] Pero ¿cuándo se desplazó esa actividad rural a las ciudades?, ¿cuándo empezó a emplearse la lana inglesa de calidad superior?, ¿cuándo se inició la exportación regular al sur de Francia y a Italia? Y quizá, sobre todo, ¿qué papel jugó el conde de Flandes al proporcionar las condiciones favorables para que los operarios de paños urbanos pudiesen desempeñar su trabajo y los comerciantes compraran y transportaran los paños? Podría argüirse, aunque no hay demasiadas pruebas de ello, que el buen gobierno de los condes fue un factor importante, tanto en el crecimiento de las ciudades, como en el de sus manufacturas, y que todos estos procesos esenciales ya se habían iniciado con bastante anterioridad a los años centrales del siglo XI.

La industria pañera flamenca alcanzó el cenit de su prosperidad en el siglo XIII. En el siglo XIV su importancia comenzó a declinar, y en el siglo XV ya se había desvanecido, con la excepción de unos cuantos centros. En el fracaso de la actividad pañera flamenca intervinieron muchos factores (ver p. 529). Entre ellos, se encuentra el conservadurismo y la falta de flexibilidad de la propia industria pañera urbana. Como tantos grupos de artesanos que han disfrutado de un largo período de prosperidad sin precedentes, los de las ciudades flamencas se volvieron timoratos. Un descenso en las ventas los movía a insistir con más fuerza en la aplicación estricta de las normas tradicionales. A fines del siglo XIII y durante el siglo XIV intentaron, con cierto éxito, destruir la industria pañera rural en sus propios distritos, debido a que se creía que la baratura de sus productos determinaba el que no pudiesen competir con éxito. Pero buena parte de la industria rural y de las ciudades pequeñas quedaba fuera de su alcance, y siguió expandiéndose en el transcurso de los siglos XIV y XV hasta reemplazar casi totalmente a la manufactura urbana tradicional. Las ciudades del Flandes oriental, especialmente Brujas, Gante e Yprés, fueron las que sufrieron un quebranto más grave. Otras, en las que la industria no se había centrado tan estrictamente en el paño grueso —por ejemplo, Arras, Valenciennes, Tournai y Douai— pudieron expandir la producción de tejidos más livianos, para los que seguía habiendo demanda y, así, capear el temporal que destruyó

28. H. Pirenne, «Draps de frise ou draps de Flandre?», *VSWG*, Leipzig, VII (1909), pp. 308-315.

la industria anterior. De hecho, Arras se dedicó a la manufactura de tapices, a los que dio su nombre.

Se producía paño por todo el condado de Flandes. Era, en palabras de Coornaert, «un pays saturé de draperie»,[29] pero, con la excepción de unas cuantas ciudades, sólo se producían paños livianos. El tejido no era tan tupido, se empleaba lana de más baja calidad que en la *grande draperie*, en buena parte procedente de los rebaños de Artois y algo de España. Los procedimientos de acabado se habían simplificado y abreviado, obteniéndose un paño aprovechable y más barato. Fue el mercado de este tipo de paño el que se expansionó durante la baja Edad Media, con el crecimiento de las clases medias urbanas y la formación de una élite rural entre el campesinado. Las palabras que empleara Clapham, refiriéndose a la industria lanera del Yorkshire, en el siglo XIX, son igualmente aplicables a la actividad pañera rural del Flandes de los siglos XIV y XV. Era, decía, «el caso típico de una localidad emprendedora y trabajadora, con alguna ligera ventaja, que atacaba los grados inferiores de un mercado en expansión».[30]

Estos tejidos más livianos constituían las «nuevas ropas». La población rural ya llevaba mucho tiempo fabricándolas. En ese momento se incrementaba la escala de producción. En algunos casos se empleaba lana de una calidad superior, y los comerciantes que anteriormente se dedicaban a la pañería de calidad empezaron a colocar su lana a los tejedores rurales. El paño era más barato, en parte debido a que se había simplificado el proceso de fabricación; en parte porque la mano de obra era más barata. Los tejedores rurales no estaban agremiados; el comerciante de paños podía controlar por sí mismo la calidad del trabajo y, en un campo populoso y asolado por la pobreza, podía explotar la mano de obra campesina. La industria pañera tradicional, con sus precios elevados, se había excluido a sí misma del mercado, de un modo parecido a lo que sucedió al estambre de East Anglia o a las estameñas del West Country durante la revolución industrial.

Surgieron nuevos centros manufactureros. Algunos habían sido ciudades pañeras de menor importancia, abrumadas y eclipsadas en

29. E. Coornaert, *La draperie-sayetterie d'Hondschoote (XIV^e-XVIII^e siècles)*, Rennes, 1930, p. 4.

30. *Royal Commission on the Distribution of the Industrial Population, Report*, Cmd. 6153, H.M.S.O., 1940, p. 32.

el siglo XIII por las *villes drapantes*. Ahora volvían a resurgir como centros textiles. Se encontraban formando un anillo alrededor de Yprés, demostrando la ineficacia de la oposición de ésta a la industria rural y de las ciudades menores: Poperinghe, Cassel, Bailleul, Dixmude y, sobre todo, Hondschoote. También en el valle del Lys: Courtrai, Werwicq y Comines. Gracias a las investigaciones de Coornaert, Hondschoote es uno de los centros de las «nuevas ropas» mejor conocidos. Hoy se encuentra dentro de las fronteras de Francia. En la Edad Media se encontraba relativamente apartada de las grandes ciudades y tuvo la suerte de resultar inmune a la conflictividad civil que afectó a aquéllas. Su desarrollo se vio obstaculizado por las guerras del siglo XIV y su industria no empezó a desarrollarse hasta el último cuarto del siglo. Sin embargo, Pegolotti, escribiendo seguramente antes de mediados de siglo, dedicaba un párrafo corto de su manual a las «sayas» blancas de *Dondiscatto in Fiandra*. Cualquier pueblo producía sayas, pero Hondschoote se convirtió en el centro indiscutido de los nuevos tejidos del Flandes occidental. Su manufactura, sin embargo, se extendió a algunos de los viejos centros de los antiguos paños, así como también a Artois y Normandía.

La industria pañera italiana

La industria pañera italiana tiene unas características completamente distintas a las de Flandes y los Países Bajos. Es posible que no hubiese solución de continuidad desde la manufactura de paños del bajo Imperio romano. Muchas partes de Italia eran idóneas para la cría de ovejas y la producción de lana debió de ser abundante. Sin embargo, en buena parte era de baja calidad, y la Italia medieval parece que tuvo que depender de las importaciones de lana de calidad superior. Esto puede explicar por qué Italia, a pesar de la herencia cultural del Imperio romano, llegó a depender de una región lejana del noroeste de Europa para el aprovisionamiento de paños de calidad. Desde finales del siglo XI los comerciantes lombardos ya realizaban importaciones de paños de los Países Bajos.

Los italianos eran plenamente conscientes de las necesidades de los mercados del Oriente Medio, y fueron muy capaces de terminar los paños importados del noroeste de Europa para satisfacer las demandas de sus clientes. Adquirían paños flamencos; algunos los vol-

vían a abatanar; los perchaban, tendían y teñían. La industria del terminado de paños se estableció en Génova, pero también se extendió a otras ciudades. Fue en Florencia, sin embargo, donde alcanzó su máximo desarrollo, y los comerciantes de esta ciudad que controlaban la actividad constituyeron la más prestigiosa de las corporaciones, el Arte di Calimala, llamada así por la calleja en que se encontraba. La industria del terminado de paños alcanzó el cenit a fines del siglo XIII. Villani estimaba que anualmente se importaban unas 10.000 piezas de paño flamenco, y que un solo comerciante, Neri di Buonaccorsi, acababa por lo menos 1.100 piezas.[31] El Arte di Calimala tenía agentes en París, en las ferias de Champaña y en otros muchos lugares en las rutas que iban de Flandes al Mediterráneo. Pero, en el siglo XIV, esta actividad empezó a perder importancia, y ello se refleja en los avatares del artesanado flamenco, con el que tenía una relación tan estrecha. En el año 1458 se prohibieron en Florencia las importaciones de paños. La industria pañera doméstica ya estaba desarrollada, y el Arte di Calimala desapareció.

Hacia el año 1300 el Arte della lana, el gremio de pañeros florentinos, producía diez veces el volumen de paños que creaba el Arte di Calimala. Por todo el norte de Italia se expandía la actividad textil doméstica y la calidad de los paños iba mejorando continuamente. La producción de un paño de más calidad se vio potenciada al emplearse cada vez más lana de mejor calidad. Parece ser que los italianos empezaron a emplear lana inglesa a principios del siglo XIII. Pegolotti aseguraba que la lana inglesa llegaba por mar a Gascuña, y luego se transportaba por tierra hasta el Mediterráneo, donde volvía a embarcarse rumbo a Toscana. En el año 1307 llegó el primer cargamento de lanas por mar directamente de Inglaterra a Génova. Al mismo tiempo se incrementaba el empleo de lana procedente del norte de África y de España. Se introdujeron en la Península Ibérica las ovejas merinas procedentes del norte de África, seguramente por obra de italianos, deseosos de adquirir sus vellones de gran calidad.

El mayor centro productor de paños de lana, después de Florencia, era seguramente Verona. Bolonia y Mantua ejercieron atracción sobre los artesanos veroneses, pero también podían ser atraídos por otras ciudades. Una de las características más propias de la mano de

31. *Florentine merchants in the ages of the Medici*, ed. G. R. B. Richards, Cambridge, Mass., 1932, pp. 37-41.

obra italiana es su extraordinaria movilidad. La amplia demanda de tejedores experimentados ayudó mucho a mejorar la situación de los trabajadores, así como su remuneración. La industria bolonesa era, en palabras del profesor Mazzaoui, «una creación artificial de una comuna dominada por los mercaderes». Anteriormente, los mercaderes de la localidad habían importado paños de Flandes, los habían teñido y dispuesto para el mercado.

> La puesta en marcha, con éxito, de una industria autóctona basada en mano de obra y técnica importada, presuponía una autoridad política favorable a los intereses comerciales e industriales, una importante inversión de capital y una organización comercial capaz de hacer frente a las necesidades de una industria que precisaba, no sólo importar materias primas, sino también hallar mercados para los productos.[32]

En pocas palabras, la industria pañera italiana se organizó sobre una base capitalista y estaba controlada por los comerciantes de paños. Su poder organizativo seguramente era mayor que el de los pañeros flamencos, y la complejidad de sus negocios incomparablemente mayor.

La mayoría de las ciudades del norte de Italia desarrollaron una actividad textil, aunque la de Venecia no llegó a tener importancia hasta que ya había concluido la Edad Media y declinaba la suerte de la república. En el sur de Toscana y en Umbría, la producción pañera para el mercado había dejado de ser una actividad importante. En realidad, Orvieto era el centro textil más importante de la zona más meridional. Roma importaba paños del norte de Italia, y Nápoles era el primer mercado de los productos de Florencia.

Casi no se sabe nada referente al volumen de la producción ni de la gente que empleaba. La estimación de Villani de que había unos 30.000 operarios de paños en Florencia es una exageración demasiado grande. Tan sólo hay una serie de estadísticas fiables referentes a Inglaterra. La exportación subió de menos de 1.000 piezas, tras la peste negra, a unas 46.000 a fines de siglo. Tras caer a menos de 30.000 durante las dos primeras décadas del siglo XV, el volumen volvió a subir hasta unas 50.000 hacia mediados de siglo. Miller

32. Maureen F. Mazzaoui, «The emigration of Veronese textile artisans to Bologna in the thirteenth century», *Atti e Memorie della Accademia di Agricoltura, Scienze e Lettere di Verona*, XIX (1967-1968).

ha estimado [33] que la industria pañera inglesa debió de haber empleado hacia el año 1400, «sólo el equivalente a unas 15.000 personas con dedicación plena» —acaso un 0,5 por 100 del total de la población—. El profesor Mazzaoui ha hallado los nombres de tan sólo 150 de los artesanos que emigraron a Bolonia, y ha estimado que, de un total de población de unos 30.000 habitantes, el número de obreros textiles puede que sólo fuese de unos 500 o 600. El número de tejedores flamencos que huyeron a Inglaterra en tiempos de Eduardo III, se ha situado en *une bonne centaine* en Londres y seguramente menos en el resto del país.[34] Estas cifras indican lo pequeña que era, en términos absolutos, la industria pañera medieval. En París, un centro textil de cierta importancia, tan sólo unos 600 artesanos textiles —de ellos, 360 tejedores— pagaban la *taille* en el año 1300. Este total, con toda seguridad, excluiría a los aprendices y tal vez a algunos oficiales, pero incluía a los traficantes en paños y en lanas. El número total de todos los que se dedicaban, de un modo u otro, a la industria textil, no podía exceder del millar.

Los Países Bajos y el norte de Italia eran las concentraciones más importantes de la industria pañera de la baja Edad Media. Sin embargo, ni se dedicaban exclusivamente a la actividad textil lanera, ni tan sólo suministraban más que una parte del comercio de paños a gran distancia. Dejando al margen la producción campesina, que no se vendía más allá del área local, había centenares de ciudades que producían paños de buena calidad y que vendían en mercados distantes. Los hermanos Bonis vendían muchos más paños de Rodez que de Flandes o Florencia. Pegolotti creyó que los paños de Châlons-sur-Saône, Troyes, París, Montivilliers, Caen, Amiens, Provins, Lagny y Cambray, bien merecían un párrafo de su manual. Y hay muchos otros ejemplos.

Los tejidos de algodón y los fustanes italianos

Se piensa en la industria algodonera europea como un producto de la Edad Moderna, cuando los barcos arribaban con cargamentos de

33. Edward Miller, «The fortunes of the English textile industry during the thirteenth century», *EHR*, XVIII (1965), pp. 64-82.

34. E. de Sagher, «L'immigration des tisserands Flamands et Brabançons en Angleterre sous Édouard III», *Mélanges Henri Pirenne*, Bruselas, 1926, pp. 109-126.

algodón bruto, procedentes de Asia. De hecho, los romanos ya conocían el algodón, aunque no parece que se cultivara al norte del mar Mediterráneo. El cultivo de la planta lo introdujeron los árabes en el sur de España, y en sus escritos agrícolas y geográficos se encuentran instrucciones para su cultivo y cosecha. En el siglo XII, y acaso antes, se cultivaba en Sicilia, y el puerto de Génova importaba *bombacium di Sicilia* y lo expedía a las ciudades lombardas.

En los siglos XII y XIII se extendió por las ciudades de Toscana y del norte de Italia el uso de los tejidos de algodón. Había gran demanda de tela liviana durante los cálidos veranos italianos, empleándose tanto el lino como el algodón. Hay ciertos indicios de la extensión del cultivo del lino por Lombardía, aunque los lienzos nunca fueron allí tan importantes como en el sur de Alemania. Sin embargo, fue el algodón, o mejor dicho, una mezcla de algodón y de lana, lo que se utilizó cada vez más para la confección de la vestimenta estival de los italianos. El tejido de algodón puro no parece que fuese generalizado, con la probable excepción del sur de Italia y de Sicilia, donde se cultivaba algodón. Puede que la razón estribase en la poca calidad de ese algodón. El algodón del sur de Italia y, de hecho, casi todo el del Mediterráneo occidental, era de baja calidad y daba un hilo muy frágil, generalmente considerado poco apropiado para la urdimbre. Lo importaba Génova y lo distribuía entre las ciudades de su *hinterland*, de cuyos fustanes se decía que eran de inferior calidad que los tejidos con algodón del Oriente Medio. Estos tejidos los importaba principalmente Venecia de Siria, Egipto e incluso Armenia, y los distribuía a las ciudades de la región oriental de la llanura lombarda, especialmente a Verona, Padua y Bolonia, y subsiguientemente a los tejedores de fustán de la Alemania meridional. Las reglamentaciones corporativas de Ulm, el principal centro de tejidos de algodón de Alemania, precisaban que las materias primas debían traerse, a través de los Alpes, de Venecia, una cierta garantía de que sería de calidad siria o chipriota. Las mismas reglamentaciones insistían en que la urdimbre, que padecía la mayor tensión durante el proceso del tejido, debía ser de lino, y del mejor del sur de Alemania, mientras que el algodón, más frágil, sólo podía emplearse en la trama. La pregunta que se plantea es si los italianos producían tejidos de algodón puro más bien que un tejido mixto o fustán. Pegolotti se refirió en varias ocasiones al comercio en «algodones», pero parece probable que la mayoría de los tejidos de algodón

italianos, lo mismo que los *barchents* del sur de Alemania, eran tejidos mixtos o fustanes, aunque no puede excluirse la posibilidad de que se produjeran tejidos de algodón puro.[35] El hilado y el tejido del algodón constituyen una de las ramas menos conocidas de toda la industria medieval, y es posible que próximas investigaciones aclaren que los tejidos de algodón, lo mismo que los fustanes, tuvieron mucha más importancia de lo que han supuesto los historiadores, obsesionados con la predominancia de la producción lanera.

La industria italiana de los fustanes alcanzó su apogeo en el siglo XIII y a comienzos del XIV. Había estado en manos de los pañeros más modestos y había desempeñado un papel en los disturbios sociales de las ciudades italianas. Su control, salvo en Cremona, pasó durante el siglo XIV de los mercaderes a los tejedores, con la consiguiente pérdida de mercados.

Los fustanes italianos se habían vendido por todo el Mediterráneo y en gran parte de la Europa central y occidental. Con la decadencia de los fustanes de Italia creció su producción en Alemania.

La manufactura alemana de lienzo y «barchent»

Un poema de mediados del siglo XI representa a una oveja y una mata de lino discutiendo cuál de las dos prestaba mejor servicio al hombre.[36] La mata de lino, a decir verdad, tenía buenas razones. Hay abundantes pruebas de que ya en el período neolítico se hilaba y tejía el lino y que su empleo puede que sea tan antiguo como el de la lana.[37] El lino es una planta oriunda del Mediterráneo, pero ya en tiempos prehistóricos parece que se empleaba intensivamente en la región alpina y en Alemania. El lino, como fibra textil, ofrecía grandes ventajas. El campesino, aunque fuese demasiado pobre para tener ovejas, siempre podía cultivar una pequeña parcela de lino. La preparación del hilo era laboriosa, pero en modo alguno difícil y reque-

35. Véanse los primeros ensayos de Maureen F. Mazzaoui, «L'organizzione delle industrie tessili nei secoli XIII e XIV: cotonieri Veronesi», *Studi Storici Veronesi Luigi Simeoni*, XVIII-XIX (1968-1969); «The cotton industry of northern Italy in the late Middle Ages: 1150-1450», *JEH*, XXXII (1972), pp. 262-286.

36. *Conflictus Ovis et Lini*; publicado en *Zeitschrift für Deutsches Altertum*, IX (1859), pp. 215-238; véase también A. van de Vyver y Charles Verlinden, «L'auteur et la portée du Conflictus Ovis et Lini», *RBPH*, XII (1933), pp. 59-81.

37. J. G. D. Clark, *Prehistoric Europe*, Methuen, Londres, 1952, pp. 232-234.

ría muy poco capital fijo. El hilado del lino era mucho más sencillo que el de la lana, y podía tejerse en un telar pequeño. La tela había que blanquearla, pero no requería ningún otro proceso de acabado más complicado. Las civilizaciones clásicas habían hecho buen uso del lino, tanto para ropas como para velas. Plutarco lo elogiaba por proporcionar «a quien lo usaba, una indumentaria suave y siempre limpia». No «le atosigaba con su peso, era apropiado para cualquier estación y evitaba los bichos molestos». Su limpieza, o mejor la facilidad con que podía lavarse, siempre fue un argumento importante. Por otra parte, en invierno no era suficientemente caliente, y había que complementarlo, en esta estación, con un tejido de lana.

Es poco probable que en algún momento entre la Edad de Bronce y la Edad Media cesara el cultivo del lino o el tejido del lienzo en Europa. En algunos códigos primitivos germanos se prescribe el pago en lino, y en los polípticos del siglo IX las tasas en lino y lienzo eran tan comunes como las pagaderas en paños de lana. Se tiene la impresión de que los monasterios, como los de Prüm, Corvey y Lobbes, hicieron una contribución tan importante a la manufactura de lienzos como la que hicieron a la de los tejidos de lana.

La mata del lino crece bien en los climas húmedos y bajo los cielos nublados de la Europa central y noroccidental. Se «estiraba» antes de que las simientes estuviesen en sazón. Los tallos se lavaban y «enriaban». Se encajonaban y se dejaban en agua. Los frágiles tejidos se descomponían por la acción bacteriana, y las fibras se separaban y ablandaban. Este tratamiento maloliente se realizaba junto a un arroyo o un río; incluso hoy puede detectarse su presencia en las granjas y campos de Bélgica. El lino se agramaba golpeándolo o estirándolo entre las mandíbulas de una agramadera, que estrujaba los tejidos leñosos del tallo. Luego se procedía a la espadadura o raspadura para desprender los materiales no utilizables y reducirlo a hilos finos y suaves. Entonces estaba listo para el hilado, un proceso que, dada la longitud de las fibras, era más sencillo que el de la lana.

El tejido del lino parece que fue casi totalmente desplazado en los Países Bajos y el norte de Francia por la pañería rural. Parece que también quedó reducido a un nivel insignificante en Italia, pero en Alemania meridional y Suiza campaba por sus reales, y de allí se extendió a la Alemania septentrional y hacia el este, a las tierras eslavas. Hasta el siglo XIII, el tejido del lino siguió siendo una actividad campesina, y el lienzo rara vez hacía su aparición en el mercado.

Entonces, el creciente interés por telas más livianas, unido a la creciente demanda urbana de telas, llevó a los mercaderes a comercializar los lienzos en las ciudades renanas y en las ferias de Champaña. La demanda aumentó, especialmente después de que se desarrollara la técnica de mezclar el lino, ya fuese con algodón o con lana. Los *barchents* o fustanes de la Alemania meridional se fabricaban con urdimbre de lino y trama de algodón. En la baja Renania, especialmente en Colonia, a veces en lugar de algodón se empleaba lana.

Durante el siglo XIV, el mercado de estas telas baratas, livianas y útiles se expansionó enormemente, dando lugar a la aparición de una verdadera región industrial en el norte de Suiza, Suabia y Baviera.[38] La industria suiza se concentraba en Constanza y Saint-Gall, pero de hecho se extendía desde Schaffhausen, junto al Rin, hasta Lindau, en la cabecera del lago Constanza. La manufactura de la Alemania meridional se encontraba principalmente en el rectángulo limitado por Ulm, Augsburgo, Kempten y Ravensburg. Los suizos se especializaron en lienzos sin mezcla; los artesanos alemanes, en *barchents*, tejidos con una mezcla de lino y algodón. La industria del lienzo y del *barchent* tuvo un patrón histórico parecido al de la manufactura de paños de lana. Una rama más refinada se separó de la manufactura tosca campesina y se refugió en las ciudades. Ulm, donde el algodón hizo su primera aparición hacia el año 1320, se convirtió en el centro más importante de esa actividad.[39] Al mismo tiempo, los comerciantes capitalistas tomaron el control de la manufactura, importaron algodón de Venecia, acapararon la producción de lino de las aldeas y encargaron a los tejedores urbanos que les fabricasen los lienzos. Entonces, ellos se encargaban de acabar la tela, si aún no había sido blanqueada y teñida, y luego la comercializaban. Los lienzos y los *barchents* de Suiza y del sur de Alemania, se distribuían por una zona tan extensa como lo habían hecho los paños flamencos. El mayor mercado era seguramente el italiano. Se transportaban por los pasos alpinos en cantidades inmensas, y buena parte se embarcaba en Venecia con destino a los países del Oriente Medio que suminis-

38. Véase Hektor Ammann, «St Gallens Wirtschaftsstellung im Mittelalter», *Aus Sozial— und Wirtschaftsgeschichte: Gedächtnisschrift für Georg von Below*, Stuttgart, 1928, pp. 131-168; del mismo autor, «Die Anfänge der Leinenindustrie des Bodenseegebietes und der Otschweiz», *ZSG*, XXIII (1943), pp. 329-370.

39. Eugen Nübling, *Ulms Baumwollweberei im Mittelalter*, Staats und Sozialwissenschaftliche Forschungen, IX, cuad. 5 (1890).

traban el algodón en bruto, mientras que en Génova se embarcaban con destino a los puertos del norte de África. Los *barchents* de Alemania meridional descendían por el Rin hacia los Países Bajos, y a través de la Europa central, a las ferias de Leipzig y aún más lejos.

De entre todos los mercaderes que, en la baja Edad Media, dirigían la industria del lienzo y del *barchent* de la Alemania meridional, la más importante era la compañía de Ravensburg. Esta asociación de comerciantes se constituyó en el siglo XV.[40] Su cuartel general se encontraba en la pequeña ciudad suaba de Ravensburg, y buena parte de sus negocios consistían en la recogida y expedición de linos, fustanes y *barchents*. Incluso enviaba balas de tejidos de la Alemania meridional a regiones tan alejadas como puede ser España.

Las principales zonas del cultivo del lino y del tejido de lienzos en la Alemania del norte se encontraban alrededor de las ciudades de Münster, Bielefeld y Herford. Allí, la actividad pasó por los mismos estadios que en el sur de Alemania. En el siglo XIII tuvo lugar una producción más refinada de telas que se trasladó a las ciudades. En ellas tejedores especializados producían telas en cantidades suficientes como para que los comerciantes locales las vendieran en Colonia y Osnabrück, desde donde se enviaban a Escandinavia y al Báltico y, desde comienzos del siglo XVI, al Nuevo Mundo.

El cáñamo se cultivaba casi tanto como el lino. Es una planta parecida pero más dura, y se prepara de un modo similar. A pesar de ello, produce un hilo más basto y, si se teje, la tela resultante es tosca. Si bien se usaron ropas de cáñamo durante la Edad Media, se consideraba una señal de pobreza extrema. El cáñamo se utilizaba principalmente para la fabricación de cuerdas y telas bastas empleadas para embalar lana, paños y otros productos. Excepto en casos muy contados, parece que la preparación y el tejido de cáñamo era una actividad rural. Venecia, que mostraba una notable capacidad para la organización industrial, estableció una factoría de fabricación de cuerdas, en el año 1303, con la finalidad de equipar sus embarcaciones. Confiaba, en un principio, en el cáñamo cultivado y tratado en Bolonia, considerado el más adecuado para los aparejos de barcos, como, de hecho, se siguió considerando hasta el siglo XVIII. Pero Bolonia explotó al extremo su monopolio y forzó a los venecianos a

40. Aloys Schulte, *Geschichte der grossen Ravensburger Handelsgesellschaft, 1380-1530*, Stuttgart, 1923.

desarrollar, aunque con dificultades, el cultivo del cáñamo de gran calidad en las cercanías de Padua. Otras áreas de Europa, en especial Bretaña, el Macizo Central francés y partes de Alemania, producían cáñamo, pero en ningún lugar, aparte Venecia, se originó una industria urbana de importancia.

La industria sedera

La seda era la tela de lujo por excelencia. Al contrario que las demás fibras textiles, su manufactura no procedía de los quehaceres campesinos. Se desarrollaba en unos cuantos centros urbanos de renombre, en cada uno de los cuales la había establecido las clases dirigentes. Los romanos ya conocían la seda, que importaban de Asia, pero nunca conocieron los secretos de su manufactura. El cultivo del gusano de seda, según Procopio, se introdujo en el Imperio bizantino durante el reinado de Justiniano. La actividad se expansionó, pero siguió siendo un monoplio imperial.[41] El tejido y el tinte de la seda estaban estrictamente controlados, y su exportación prohibida. La seda, en palabras de López, «no era sólo un artículo más, sino un símbolo del poder». La tejían unos gremios reducidos y privilegiados, que abastecían al emperador, a la corte y a sus amigos. A la venta sólo se ponía la seda de inferior calidad.

Los tejidos de este tipo se producían en mayor escala en el mundo árabe, tanto con materiales autóctonos como con otros en bruto importados del Asia oriental. Por lo que respecta a la mayor parte de Europa, los especialistas del tejido de la seda no eran el puñado de artesanos bizantinos, por muy perfectos que fuesen sus productos, sino los árabes. Fue de éstos de quienes provino esa actividad en el sur de España y en Sicilia. La producción sedera se había introducido en Sicilia antes de la época de Roger II, pero fue él seguramente quien animó a comercializar las telas de seda. De Sicilia la actividad se extendió al norte de Italia, y de allí, a través de los Alpes, a Francia. A fines del siglo XII estaba establecida en Luca y Florencia. Poco después se desarrollaba en Génova y Venecia, y a

41. R. Hennig, «Die Einführung der Seidenraupenzucht ins Byzantinerreich», *Byzantinische Zeitschrift*, XXXIII (1933), pp. 295-312; también «The early history of silk», *Ciba Review*, n.º 11 (julio 1938), y «Byzantine silk», *ibid.*, n.º 75 (agosto 1949); R. S. Lopez, «Silk industry in the Byzantine Empire», *Speculum*, XX (1945), pp. 1-42.

fines del siglo XIII, en Milán. La sericicultura se extendió con menos rapidez y dependía del lento crecimiento de las moreras. La industria de la Italia septentrional dependía, al principio, de la seda en bruto que se importaba, en parte, del sur de Italia y de España, pero más especialmente del Oriente Medio y de la región del Cáucaso.

Hasta las luchas civiles de mediados del siglo XIV, Luca dominó el mercado sedero. Según la señora Edler de Roover, la industria de lujo más importante de su época, llegó a contar con unos 240 tejedores de seda, lo que da la medida de cuan reducida era esta actividad. Estaba completamente en manos de artesanos varones, subrayando de ese modo la ausencia de raíces en el quehacer rural de la región, y, como cualquier otra industria de tejidos de calidad, la controlaban comerciantes capitalistas. A finales del siglo XIV, muchos de los artesanos huyeron a otras ciudades italianas, y algunos incluso cruzaron los Alpes. Bolonia y Venecia fueron las principales herederas de la superioridad técnica de Luca. Varias ciudades del sur de Francia, incluyendo Aviñón, donde la corte pontificia debió de constituir un buen mercado, establecieron esa industria. Sin embargo, posteriormente, sería Lyon la que tendría la manufactura sedera más importante de Francia, pero, a pesar de las facilidades dadas por Carlos VII y Luis XI, siguió practicándose a escala reducida hasta finales de la Edad Media. También se introdujo el tejido de la seda en París, Colonia y en otras ciudades del noroeste de Europa, pero dependía totalmente de la importación de seda en bruto y nunca llegó a ser una actividad importante y próspera. La moderna industria sedera de Krefeld, en Alemania occidental, la desarrolló la familia Von der Leyen a principios del siglo XVIII, y nada tenía que ver con la actividad sedera medieval.

Una actividad relacionada con la producción de telas de seda era el bordado y decoración de éstas y otros tejidos de lujo con hilos de oro, plata y seda. Se han conservado muestras de esta actividad de los últimos tiempos del Imperio romano, y estas obras de arte se siguieron elaborando especialmente para uso eclesiástico, durante los siglos posteriores. Las telas de oro y otras sumamente decoradas se producían en muy pocos lugares. En París había un gremio especializado en fabricar hilo de oro y de plata para bordados, y también había talleres de esta actividad en Colonia, Florencia, Venecia y Luca.

Los curtidos y las industrias del cuero

Este grupo de actividades, segundo en importancia tras el textil, se desarrolló, igual que este último, a partir de quehaceres rurales, y sólo invadió las ciudades en la baja Edad Media. El proceso de curtir pieles y cueros, y su conversión en artículos de vestir y de uso común, consiste esencialmente en disminuir la epidermis y el pelaje, así como las partículas de carne, y en darle un tratamiento a la piel a fin de que no se pudra o destruya. Con esta finalidad se empleaban diversas sustancias químicas: alumbre, estiércol y varias sustancias orgánicas. La más importante, sin embargo, era el tanino, derivado primariamente de la corteza y las excrecencias del roble. El tratamiento deja un olor desagradable, consume gran cantidad de agua y produce unas emanaciones altamente contaminadas. Las tenerías urbanas se encontraban situadas, por lo general, a orillas del río, lo más alejadas posible de las viviendas y del suministro de agua humano. En la Córdoba mora estaban confinadas junto al curso inferior del río.

Había casi tantas maneras de tratar el cuero como de acabar los paños. A veces, las pieles se rebajaban afeitando la superficie, con la finalidad de producir un cuero fino y flexible; se empleaba aceite para suavizarlo y darle flexibilidad, y también se empleaban tintes para obtener cueros coloreados. En el sur de España se hacía un cuero blando, el cordobán, y el oficio, practicado por los cordobaneros, se extendió a buena parte de Europa. Ciertos oficios —curtidores, adobadores, cordobaneros, etc.— tenían su sistema particular de tratar el cuero. El curtido era un proceso muy lento, y una suma importante de capital se encontraba inmovilizada mientras las pieles se remojaban en las soluciones de tanino. En consecuencia, el curtidor, lo mismo que el tejedor, a menudo se veía obligado a trabajar para un comerciante empresario, que suministraba las materias primas y comercializaba la producción.

La metalurgia y las industrias extractivas

Los metales eran esenciales para la civilización medieval, pero se empleaban en pequeñas cantidades y eran relativamente caros. El

más utilizado era el hierro, indispensable para las herramientas, armas y armaduras. Pero también se empleaba mucho el plomo para techados y conducciones de agua, y en aleación con el estaño y el cinc, para obtener peltre. El cobre se empleaba para obtener bronce, y los metales preciosos, oro y plata, eran buscados para fabricar moneda, vajillas para eclesiásticos y laicos y para decoración. La producción de metales nunca fue suficiente, en parte debido a las dificultades técnicas con que tropezaban la minería y la fundición, pero también a la extrema localización de estas actividades. Además había un cierto drenaje de metales, especialmente plomo, estaño y metales preciosos, de Europa al Oriente Medio.

Trabajo del hierro

Era la actividad más extendida dentro del campo de la metalurgia. Se encontraron abundantes yacimientos, aunque a menudo de una calidad que hoy sería despreciada, y la madera, el combustible universal, era generalmente abundante. Las actividades relacionadas con el hierro eran, por una parte, la minería, la fundición y el refinado del metal, y, por otra, la fabricación de herramientas, armas y utensilios pequeños. Aquéllas eran, necesariamente, actividades rurales; éstas, normalmente urbanas, que se practicaban a la vista de los consumidores. Unas las realizaban los mineros y fundidores, trabajando independientemente unos de otros, aunque a menudo estuviesen bajo un mismo control feudal o comunal, las otras se desarrollaban bajo la estricta supervisión de los gremios de espaderos, de herreros o de fabricantes de yelmos.

El hierro era, de todos los metales conocidos y empleados durante la Edad Media, el de más difícil tratamiento. Se fundía a altas temperaturas, era difícil de desprenderlo de impurezas y casi imposible producirlo en cantidades grandes y homogéneas. Además, el mineral se presentaba en distintas variedades, de las que no había dos que precisasen el mismo tratamiento. Los fundidores aprendían por experiencia el modo como habían de tratar los minerales que utilizaban y, de ese modo, recopilaron todo un amplio cuerpo de conocimientos tecnológicos que guardaban celosamente.

La minería y la fundición del hierro están poco documentadas, en parte debido a que esas actividades se desarrollaban en zonas apartadas; en parte también, porque los trabajadores carecían de organi-

zación y llevaban pocos registros, si es que los llevaban. El mineral se extraía de hoyos poco profundos o, como en el caso de la limonita, se dragaba del fondo de lagos de escasa profundidad. Se fundía utilizando carbón vegetal, al principio en pequeñas fraguas hechas de piedra y barro, con frecuencia situadas en la ladera de un monte, de manera que el viento proporcionase el tiraje necesario. El mineral se reducía a una masa pastosa y llena de impurezas, que tenía que refinarse de nuevo antes de poderla emplear. Con el tiempo, este horno primitivo fue siendo reemplazado por una forja en la que el tiraje lo suministraba un fuelle activado por una rueda hidráulica. Éste permitía un control más preciso de la operación, y se hizo posible, al remover el hierro «crudo» mediante barras de metal, e irlo exponiendo a los efectos oxidantes de una fuerte corriente de aire, obtener una masa de hierro relativamente puro. Este era el método «directo», por el que se obtenía una masa de hierro listo para usar, directamente y mediante un solo proceso, a partir del mineral.

La forja, en sus distintas variedades locales, comenzó a reemplazar al horno primitivo, que venía prestando sus servicios desde la época prehistórica. Con la potente ráfaga de aire que emitía —otra consecuencia del redescubrimiento medieval de la fuerza hidráulica— pudieron obtenerse mayores cantidades de un metal más homogéneo. La masa de hierro podía volverse a calentar y forjar con él yelmos, corazas y demás piezas de la armadura; podía convertirse en alambre que, a su vez, serviría para fabricar clavos; se podían fabricar cerraduras, pernos, charnelas y toda una amplia gama de quincallería que se iba necesitando cada vez más para la construcción; finalmente, podía endurecerse y obtener así una especie de acero que, a su vez, podía emplearse en afilar escoplos o buriles y sierras. El hombre medieval poseía amplios conocimientos de los procesos tecnológicos que involucraba, pero todos ellos los había adquirido empíricamente, atesorados en el secreto y comunicados sólo a los miembros de su familia o compañía en quienes confiaba. Se trataba, en suma, de una especie de magia. Así es como Teófilo, en el siglo XIV, recomendaba que se hiciese un alambre de acero, a partir de una varilla tosca de hierro blando:

> Tuesta un cuerno de buey al fuego, ráscalo y mézclalo con una tercera parte de sal, y muévelo vigorosamente. Entonces pon la varilla en el fuego, y cuando esté al rojo salpica por toda su super-

> ficie esta preparación, y aplicándole unos cuantos carbones ardientes, sopla sobre todo ello para que el templado no se interrumpa ... [luego] apágalo en agua.[42]

En términos más científicos, se hacía que el metal absorbiese suficiente carbono en su superficie, de modo que adquiriera las propiedades físicas y químicas del acero.

El uso de la forja aumentó enormemente el volumen de hierro disponible y mejoró mucho su calidad. Los avances que siguieron fueron preparando el cambio más revolucionario de todos ellos: la introducción del alto horno. No se conoce ni la fecha ni el lugar de este descubrimiento que marcó un hito en la historia, aunque probablemente ocurrió a mediados del siglo XV en el este de Francia o en Renania. El alto horno evolucionó a partir de la forja. Los costados de éste se hicieron más altos. Ya no fue posible manipular la masa, pero el aumento de las dimensiones del horno y el uso de una corriente de aire más potente, dio lugar a temperaturas más elevadas y a una fusión del metal más completa. En lugar de una masa pastosa de hierro blando, se formaba en el suelo del horno un charco de metal líquido. Al principio había que desmontar los costados del horno a fin de recoger el metal. Este estadio es el que los alemanes denominaron *Stückofen*. Sin embargo, pronto se descubrió que podía practicarse una abertura en la parte inferior del horno, por donde se recogía el flujo de metal fundido; esa abertura se obstruía con barro cuando el horno estaba en funcionamiento.

Muchos otros descubrimientos hubieron de realizarse antes de que el hombre aprendiese a controlar y utilizar este nuevo instrumento que había creado, acaso inconscientemente. El alto horno fue, con mucho, la más importante de las escasas innovaciones técnicas que logró el hombre medieval, por sus consecuencias a largo plazo. En primer lugar, incrementó varias veces la producción del metal, pero además se trataba de un hierro que difería químicamente del que se producía en la fragua. Al estar en completa fusión dentro del horno había absorbido carbono hasta un 5 por 100 de su peso. Ello le proporcionaba una gran fluidez, pero una vez enfriado, tenía una mayor dureza y fragilidad. De hecho se trataba del hierro dulce. Se le podía

42. *An Essay upon Various Arts by Theophilus*, traducido por Robert Hendrie, Londres, 1847, p. 223.

dar forma en un molde; podían fabricarse cañones y paredes de hornos, pero no se podían obtener utensilios cortantes. De haber fabricado una espada, se hubiese quebrado al primer golpe, y una armadura de hierro dulce hubiese sido pesada y frágil. Se empezaron a emplear enormes cantidades de hierro dulce, tanto en tiempo de paz como en guerra, pero para emplearlo en los usos que tradicionalmente había tenido, el hierro salido del alto horno tenía que volverse a refinar. Las masas —llamadas lingotes— de hierro dulce se convertían en hierro blando y maleable o incluso directamente en acero en una forja. La ráfaga de aire que emitía el fuelle se dirigía hacia el metal incandescente, de modo que se oxidase y perdiese gran parte, o la totalidad, del carbono que contenía. El hierro resultante, moldeado en las piezas pertinentes, era el hierro en barras que se comercializaba, la materia prima de las industrias que trabajaban el hierro durante la baja Edad Media. Esta secuencia de la utilización del alto horno y de la forja para el refinado constituía el método *indirecto*, el que con modificaciones técnicas importantes aún hoy se emplea.

La fragua primitiva había desaparecido de la Europa occidental hacia finales del siglo XIII, reemplazada por la fragua activada por medio de un fuelle movido por fuerza hidráulica. Esta nueva fragua fue extendiéndose por toda Europa en dirección al este. A principios del siglo XIII comenzó a emplearse en la siderurgia de Estiria y Carintia. De allí pasó a Hungría y, en los primeros años del siglo XIV, se encontraba en las montañas de Eslovaquia, en Silesia y en el sur de Polonia. Hacia la misma época, el empleo de la forja se extendió a Suecia. En la difusión de estas técnicas siderúrgicas más completas, los técnicos alemanes tuvieron un papel esencial. Fueron ellos quienes llevaron consigo esas técnicas en sus emigraciones y quienes se convirtieron en los primeros promotores de la forja con fuelles hidráulicos en la Europa central, oriental y septentrional.

Unos doscientos años más tarde, el alto horno, el siguiente grado de desarrollo tecnológico en el campo de la siderometalúrgia, comenzó a extenderse por Europa de un modo parecido. Apareció en Inglaterra hacia el año 1500 y, al mismo tiempo, se extendió por toda Alemania. A principios del siglo XVI se empleaba en la zona de los Alpes occidentales; algo después llegó a los Alpes orientales, y a Bohemia, Moravia y Eslovaquia hacia finales del siglo XVI o comienzos del siglo XVII. La revolución que provocó el alto horno fue mucho más profunda que la que resultó de la introducción de la fragua

de fuelle, pero sus consecuencias políticas, económicas y sociales pertenecen más a la historia moderna de Europa que a la medieval.

Es imposible hacer una estimación del número de forjas y hornos que se construyeron y utilizaron durante la Edad Media, y tampoco podemos calcular, excepto en casos contados, cuánto metal producían anualmente. Las primeras fraguas activadas con fuerza eólica eran pequeñas y tenían una vida efímera. Por ejemplo, se debieron excavar en número extraordinario en el distrito de Siegen, en Alemania occidental y en los montes de la Santa Cruz, en Polonia, y a juzgar por la poca cantidad de escoria que se ha hallado en las proximidades, debieron funcionar durante un período muy corto. Sin embargo, requerían una pequeña inversión y podían desmantelarse rápidamente, para reconstruirlas en otro lugar. Eran, como a veces se las llamaba, *forgiae errantes*, y se instalaban allí donde se encontraba el mineral y el combustible necesario para fundirlo. Se construían junto a yacimientos muy pobres, de los que en siglos posteriores hubiesen pasado desapercibidos.

La adopción de la fragua de fuelle y, más aún, la del alto horno, representaba una buena cantidad de capital fijo. No podía trasladarse y no se abandonaba en tanto hubiese mineral y combustible en las proximidades. Requería una provisión de mineral y de carbón vegetal mucho más abundante que los anteriores ingenios de fundición y, por regla general, sólo se establecía cerca de yacimientos de mineral de existencias comprobadas y a corta distancia de los bosques que debían satisfacer su voraz apetito de combustible. El resultado fue la inevitable concentración de las fundiciones de hierro en el reducido número de zonas que podían satisfacer sus requisitos. El primitivo horno de fundición señorial desapareció, dando paso a la tendencia —mantenida hasta el presente— hacia menos unidades de producción pero de mayor tamaño.

Hasta el siglo XVIII las forjas y los hornos no funcionaban durante todo el año. Varias eran las causas que interrumpían la producción. La fabricación de carbón vegetal era una ocupación estacional, y el transporte de mineral o de combustible podía quedar cortado según el estado en que se encontraban los caminos. La ventilación del horno dependía de la fuerza hidráulica y ésta, a su vez, del nivel de agua del río o arroyo. Un período de sequía producía, a menudo, la clausura de la instalación. También la cosecha tenía, a menudo, preferencia al trabajo en el horno. De Estiria, que era probablemente una

de las regiones más importantes en la fundición de hierro, se ha estimado que debía producir unas 2.000 toneladas anuales de metal a principios del siglo XIV. Una fragua de fuelle, por lo que sabemos con respecto al caso inglés, producía menos de tres toneladas de hierro al año en el siglo XIV, y poco más en el siglo XV.[43] Los primeros altos hornos tenían una producción diaria de una tonelada, o poco más, de metal. Sin duda alguna era una fuerte tentación el sacar el máximo provecho de este capital fijo, pero la instalación debió de estar parada buena parte del tiempo. Según las estimaciones de Sprandel,[44] la producción europea total de hierro, hacia el año 1400, no excedía las 25.000 o 30.000 toneladas, y ascendió a sólo 40.000 hacia el año 1500.

En comparación, poco es lo que se sabe de las condiciones sociales y económicas en las que se producía el hierro durante la Edad Media. Los polípticos hacen escasas referencias al hierro en las listas de las prestaciones campesinas. Saint-Germain percibía 100 libras de hierro en lingote de algunos de sus arrendatarios de Normandía, y Fulda y Lörsch también recibían pagos en hierro de algunas aldeas. Parece que se trataba de prestaciones colectivas, presuponiendo alguna forma de siderurgia comunal. Tales empresas seguramente estaban muy extendidas durante la alta Edad Media y, como se regían por la usanza aldeana, se las menciona en muy contados documentos escritos. Uno de los problemas cruciales de la Edad Media consistió en cómo absorber esas sociedades autónomas en un sistema de prestaciones y dependencia feudal. El señor reclamaba la tierra de la que las comunidades rurales habían estado extrayendo mineral desde mucho tiempo atrás. En el año 1047, el emperador Enrique III garantizó a todos los habitantes del Val di Scalve, en los Alpes al norte de Milán, el derecho a trabajar el hierro y a venderlo dentro de un área determinada, con la sola obligación de pagar al emperador 1.000 libras anuales de hierro.[45] Parece que éste fue el sistema generalmente seguido. El señor garantizaba, o más bien reconocía, la práctica consuetudinaria, a veces a condición de que el hierro no se vendiese fuera

43. H. R. Schubert, *History of the british iron and steel industry*, Routledge, Londres, 1957, p. 139.

44. Rolf Sprandel, «La production du fer au Moyen Âge», *AnnESC*, XXIV (1969), 305-321.

45. *MGH, Diplomatum regnum et imperatorum Germaniae*, V, Berlín, 1931, n.° 119, pp. 255-257.

de la zona, recibiendo a cambio un pago normalmente proporcionado a la cantidad de metal producido. El conde de Champaña confirmó tales derechos a las comunidades de trabajadores del hierro en la Forêt d'Othe; el conde de Foix, a los de Vicdessos, en Ariège; el conde de Saboya, a los de Allevard, en lo alto de los Alpes, más arriba de Grenoble. También hay datos de la existencia de siderurgia comunal o colectiva en diversos lugares de Italia y Alemania.

En el año 1289, se codificaron los derechos y privilegios, conocidos generalmente como las «costumbres» de los trabajadores del hierro, de Normandía, y posteriormente fueron confirmados en diversas ocasiones por el rey de Francia.[46] Los mineros estaban organizados, elegían a sus representantes, que ejercían ciertas funciones judiciales y protegían sus intereses frente a la nobleza terrateniente. De ese modo, los metalúrgicos fueron forjando su inmunidad dentro del sistema de relaciones de tenencia feudal. Los mineros del estaño del suroeste de Inglaterra posiblemente constituyeron el caso más extremo de oficio privilegiado pero por toda Europa se encontraban comunidades mineras, tanto del hierro como de metales no ferrosos, que disfrutaban de privilegios negados a otros grupos.

Durante los siglos XII y XIII, las órdenes monásticas, particularmente los cistercienses y los cartujos, emprendieron la tarea de producir hierro. Lo hicieron en las tierras que les habían donado y el trabajo lo realizaban los hermanos legos, o *conversi*. La abadía de Clairvaux, en Borgoña, quizá contaba con una docena de fundiciones, seguramente consistentes en una sola forja, y era el mayor productor de hierro de la zona en la baja Edad Media.[47] En todas partes, los cistercienses se dedicaron a la fundición del hierro, y en la Europa oriental, especialmente en Polonia, su labor pionera tuvo una importancia duradera. La orden cartuja se dedicó a la explotación del hierro algo más tarde que los cistercienses. Sólo a finales del siglo XII comenzaron a explotar los yacimientos y los bosques de sus vastas posesiones en la región alpina. En algunos casos, los mismos monjes trabajaban en las fraguas; en otros, las arrendaban, pero la siderurgia siempre fue una de las más seguras e importantes fuentes de ingresos de la orden. A medida que las inversiones de capital fijo se hacían

46. Bertrand Gille, «L'organisation de la production du fer au Moyen Âge», *RHS*, IX (1968), pp. 95-121.

47. R. Fossier, «L'activité métallurgique d'une abbaye cistercienne: Clairvaux», *RHS*, II (1961), pp. 7-13.

más importantes, resultaba más interesante utilizarlo durante un período anual tan largo como fuese posible. La metalurgia fue dejando de ser una actividad colateral de la comunidad agrícola para convertirse en una ocupación plena para obreros profesionales. Al mismo tiempo, el volumen creciente de la producción requería mercados más amplios, habiéndose constituido, hacia fines de la Edad Media, una extensa red comercial que abarcaba a todo el continente. En estas circunstancias, el mercader capitalista que traficaba con hierro en barras, empezó a invertir en la siderurgia y más tarde arrendó las instalaciones y se dedicó a la producción. Así, el conde de Saboya, a finales del siglo XIII, otorgó a los comerciantes de Luca y de Florencia, el derecho de abrir minas y de establecer fundiciones en su territorio. Los comerciantes genoveses y toscanos tenían intereses en las minas de Elba en el siglo XIV, los milaneses en los Alpes de Bérgamo, y comerciantes de diversos orígenes en la industria de Normandía, Champaña y los Alpes.[48]

Los metales no ferrosos

Aparte del hierro, sólo se empleaban otros cinco metales. Dos de ellos eran preciosos, oro y plata, los otros eran plomo, estaño y cobre. El cinc se empleó en forma de calamina, pero el hombre de la Edad Media no llegó a conseguir reducirlo a su forma metálica. Los metales no ferrosos diferían del hierro en que su localización era mucho más restringida, en las mayores dificultades técnicas con que tropezaba la explotación minera, y en la mayor facilidad de su fundición. Con la excepción del oro, que se encontraba en estado «nativo», los metales no ferrosos se presentaban casi siempre como sulfitos, en vetas o filones. Ello quería decir, por supuesto, que muchos yacimientos había que explotarlos penetrando bajo tierra y que la calidad del mineral, a menudo era mejor cuanto más hondo se encontraba.

Los yacimientos de hierro —por lo menos los que se explotaron durante la Edad Media— se hallaban en depósitos poco profundos, y no era posible explotarlos sin alterar seriamente la superficie del terreno. Se entendía que el propietario de la tierra lo era también de los depósitos de hierro que pudiese haber debajo de la superficie; la

48. R.-H. Bautier, «Notes sur le commerce du fer en Europe occidentale du XIII^e au XVI^e siècle», *RHS*, I (1960), 4.ª parte, pp. 7-35.

gente jamás pensó en separar una propiedad de otra. Con los minerales que se extraían de minas de mayor profundidad, tal separación de propiedad no sólo era posible, sino también deseable. Se podía vender o arrendar la tierra, reservándose los derechos sobre los minerales no ferrosos que pudiese contener. Por sí mismo, esto ya fue un avance legal de importancia. Permitía la adquisición de los recursos minerales a sectores de la población con los conocimientos técnicos y los recursos económicos suficientes para realizar la explotación. Proporcionó el marco legal que permitió moverse a los Fugger, Welser y otros capitalistas mineros del siglo XVI.

Una consecuencia de esta opinión —que se podían separar los derechos sobre la superficie y los minerales— fue la doctrina del derecho de regalía —la idea de que el rey o el príncipe tenía derechos exclusivos sobre algunos o todos los minerales que se extrajesen del subsuelo—. Esta doctrina tenía un origen clásico y fue ganando progresivamente aceptación en la Europa medieval al revivir el interés por el derecho romano. Fue reafirmada por el emperador Federico I, en el año 1158, y posteriormente fue adoptada en casi toda Europa. Dentro del Imperio germánico el derecho de regalía recaía, por regla general, en los príncipes que ejercían el poder efectivo. A veces sólo se afirmaba con respecto a los metales preciosos. Nunca se aplicó a las llamadas «tierras», ni tan sólo a aquellas que, como en el caso de la calamina, eran minerales metalíferos. Puesto que el rey «poseía» ciertos minerales que yacían bajo la superficie de la tierra, su minería, fundición y venta iban totalmente en su propio beneficio. Por regla general, los príncipes medievales nunca se dedicaron directamente a la minería ni a la fundición; la mina de Rammelsberg, en las cercanías de Goslar, parece ser una excepción, por hallarse en una propiedad imperial. En vez de ello, los príncipes generalmente siempre recibían con agrado las propuestas de quienes estaban capacitados y dispuestos a extraer minerales, obteniendo de ellos el pago de un canon proporcional a la cantidad de metal obtenido. Además, el derecho del príncipe a la regalía de los minerales del subsuelo, normalmente se anteponía al derecho del terrateniente a usufructuar la superficie. Ambos estaban en franca contraposición y las disputas a que dieron lugar, contribuyeron a la afirmación del *status* particular de las comunidades mineras.

La historia de la minería del estaño en Devon y Cornualles, supone el estudio de un caso claro y bien documentado de la legislación

y práctica de la minería medieval. Allí, los mineros estaban autorizados a remover la superficie de la tierra para hallar el mineral de estaño. Tal actividad, como pusieron de manifiesto las repetidas quejas, era sumamente perjudicial para el suelo. Además, los mineros canalizaban el agua que necesitaban para su actividad y esto, a menudo, significaba interferir en los derechos de superficie de extensas áreas. Pero el canon sobre el estaño era una fuente muy importante de la fiscalidad real, y el rey tenía interés personal en la minería del estaño. La carta real del año 1201 y sus posteriores confirmaciones otorgaba a los mineros el derecho, sin consentimiento previo, a «entrar» o establecer pequeñas explotaciones, en tierra baldía, previo pago de un canon al rey y una pequeña tasa al terrateniente. También se les autorizaba a construir acueductos para conducir el agua al lugar de sus operaciones. La única condición que se les ponía era que en la mina se trabajase sin pausa; si se interrumpía la explotación, la concesión quedaba en suspenso y otros podían «entrar» en la misma área.

No podía haberse imaginado otro sistema que crease más dificultades entre los mineros y los propietarios y cultivadores del suelo. Se estableció un tribunal, con jurisdicción sobre todos los casos relacionados con la minería, totalmente ajeno al sistema de tribunales de derecho civil. De este modo, los mineros del estaño constituyeron un cuerpo de reducidas proporciones pero autónomo, con sus leyes y costumbres particulares y dotado de medios para juzgar las situaciones que les afectaban y para hacer cumplir sus decisiones.

Los mineros del estaño constituían un caso extremo, pero tenía connotaciones comunes con la organización de muchas comunidades mineras de la Europa continental. Los mineros de las montañas del Harz, de los Erzgebirge (Montes metálicos) de Sajonia y Bohemia, de Kutná Hora y Pribram y, sobre todo, de los Cárpatos del norte de Hungría, todos ellos tenían privilegios similares. Eran regiones apartadas y montañosas, en las que se establecieron un número considerable de mineros. Crearon pequeñas ciudades mineras: Freiberg en Sajonia, Kutná Hora y las ciudades eslovacas de Kremnica y Banská Bystrica, que conjugaban la autonomía propia de las ciudades con la independencia jurídica de las comunidades mineras. Los privilegios de los mineros de la Europa central se hallaban recopilados en las «leyes» de Jihlava (Iglau), una pequeña ciudad minera del sur de Bohemia. Los mineros centroeuropeos eran, en su mayoría, alemanes, y la apertura de las minas metalíferas en tierras eslavas constituye

una de las facetas de la colonización germana de las tierras del este.

La Alemania occidental fue la fuente más importante de metales no férricos durante la alta Edad Media. Las minas más importantes se encontraban en las montañas del Harz. La mina de Rammelsberg se abrió en el siglo x y pronto se convirtió en una importante fuente de plata. En ella se basaron las fortunas de la dinastía sajona y también de la ciudad de Goslar, una de las residencias imperiales más frecuentadas. Igual que muchas otras minas del Harz, la de Rammelsberg siguió siendo productiva hasta que, ya en el siglo xiv, los problemas de drenaje fueron demasiado grandes y la producción decayó. Los problemas técnicos no pudieron superarse hasta el siglo xv, y el Harz volvió a convertirse en una de las fuentes de plata más importantes.

Bohemia era también muy rica en minerales. Las Krusny Hory, o Montes metálicos, se convirtieron durante la baja Edad Media en una de las zonas mineras más productivas de Europa. Fue allí donde se fundaría la primera escuela de minas, la Bergakademie de Freiberg. También donde Georgius Agricola ejerció de médico y adquirió los conocimientos de minería que le permitieron escribir *De re metallica*.[49] La minería más importante en esta región era la de la plata. En la Bohemia central, en Pribram y Kutná Hora, la corona bohemia controlaba la actividad minera y acaparaba la producción para la ceca real. La actividad minera había comenzado en el siglo xii, si no antes. Durante la baja Edad Media se expansionó y, al mismo tiempo, pasó de las manos de los hombrecillos, que apenas hacían algo más que arañar la superficie, a las de capitalistas, que podían abrir, equipar y operar grandes explotaciones mineras, con docenas, quizá centenares, de obreros. Entre estos comerciantes capitalistas de fines del siglo xv se encontraba Jan Thurzo, que amasó una fortuna con las minas de las proximidades de Kutná Hora y otra en Eslovaquia. Una pintura del último cuarto del siglo xv, contenida en el gradual de Kutná Hora [50] ilustra la vida en un centro minero. Un inmenso número de mineros, apenas vestidos, pero encapuchados, trepan por las grietas de la piedra con ayuda de cuñas, acarreando cestos cargados de mineral por toda la mina, y haciéndolo subir hasta la superficie por me-

49. Publicado en Basilea en 1556, pero buena parte ya había sido escrito en fecha más temprana.

50. Reproducido en Václav Husa, *Traditional crafts and skills*, Praga, 1967.

dio de cuerdas. En la superficie, un torno movido por un caballo eleva el mineral hasta la boca de la mina, donde se lava y se parten los terrones grandes. Es un retrato íntimo y revelador de una mina grande de fines de la Edad Media; a todas luces una empresa bien organizada y capitalizada.

Las minas de plata eslovacas las abrieron los alemanes en el siglo XIII, pero la expansión plena se alcanzó con la llegada de los comerciantes capitalistas,[51] como los Fugger, Thurzo, Paumgartner y Welser.

La fundición de minerales del compuesto plata-cobre fue posible gracias al descubrimiento del proceso de copelación por Lazarus Ercker, a mediados del siglo XV. Los minerales eslovacos se fundían en las montañas, donde había leña en abundancia. Los Fugger y Thurzo también eran propietarios de los hornos, y comercializaban el metal en las ciudades bálticas, en Nuremberg, en Venecia y en las ciudades del norte de Italia. Las minas de la Hungría superior, como las del área eslovaca, tuvieron su momento de máximo esplendor durante el primer tercio del siglo XVI. En la década de 1495 a 1504, se vendieron 190.000 *centner* (aproximadamente unas 10.000 toneladas) de cobre, de los cuales unas tres cuartas partes por cuenta de los Fugger. La producción argentífera de las minas de Fugger en las cercanías de Banská Bystrica ascendía, en los años 1510-1513, a 51.847 marcos. Los Fugger y los Thurzo pagaban altas sumas al rey de Hungría por sus privilegios, pero obtenían beneficios fabulosos. La revolución de precios del siglo XVI probablemente se debió tanto a la plata que fluía de Bohemia y Eslovaquia, por lo menos en los primeros momentos, como al metal procedente del Nuevo Mundo. En el año 1526, el rey Luis de Hungría tuvo serios problemas con los magnates de la minería, y los Thurzo se retiraron del negocio, dejando las manos libres a los Fugger. Un año más tarde, Luis moría ahogado al huir del campo de batalla de Mohacs. La llanura de Hungría y las rutas que, desde el sur, llevaban a las minas de Eslovaquia quedaron bajo el control turco. La minería decayó y, en su momento, los Fugger se retiraron a realizar importantes empresas en los Alpes austríacos.

51. Su Jozef Vlachovic, «Slovak copper boom in world markets in the sixteenth and in the first quarter of the seventeenth centuries», *Studia Historica Slovaca*, I (1963), pp. 63-95.

Los mineros alemanes también se dirigieron a Transilvania y a la península balcánica, y en el siglo XIII empezaron a poner en explotación los variados recursos de Bosnia y Serbia. Se extraía oro, plata y plomo, especialmente en las proximidades de Novo Brdo, que se convirtió en el centro minero más floreciente de los Balcanes. Era una región salvaje y poco segura. Los mineros vivían en ciudades pequeñas pero muy bien fortificadas, y los metales se transportaban en convoyes hacia la costa, cruzando las montañas. Dubrovnik y Split se convirtieron en los puntos de expedición más importantes, desde donde los metales se embarcaban para Italia.

El sur de España ya había sido una fuente metalífera importante en tiempos del Imperio romano. Las minas, primitivamente en Sierra Morena y en los confines meridionales de la Meseta, volvieron a ser puestas en explotación por los conquistadores árabes. La minería tuvo importancia durante la alta Edad Media, pero parece que fue poco lo que se exportó al resto de Europa. Los recursos minerales de Suecia se empezaron a trabajar en la baja Edad Media. Se obtenía algo de plata, pero el grueso de la minería era el cobre. Desde el principio, la minería sueca tuvo una fuerte influencia alemana y se dice que las minas de cobre de Falun las abrieron mineros procedentes de Rammelsberg.

Sabemos qué minerales metalíferos eran los que se obtenían durante la Edad Media, pero, por regla general, nada sabemos de la cantidad producida. La producción de metales preciosos era muy reducida. Se ha estimado que Kutná Hora en su momento de máximo esplendor, debió de producir tan sólo unos 200 quintales de plata anuales. Con la única excepción de la producción de estaño en el sudoeste de Inglaterra, carecemos de estadísticas serias de la explotación de metales. Hay datos parciales del volumen de metal producido por los Fugger y los Thurzo, y tenemos las cifras confrontadas por Soetbeer, referentes a los metales preciosos de la baja Edad Media.[52] De los siglos precedentes casi no sabemos nada.

Artesanos que trabajasen los metales no ferrosos no se encontraban en cualquier ciudad. Trabajaban con materias primas de alto

52. Adolf Soetbeer, *Edelmetall-Produktion und Werthverhältniss zwischen Gold und Silber seit der Entdeckung Amerikas bis zur Gegenwart*, Petermanns Mitteilungen, Erganzungsheft, n.º 57, Gotha, 1879, J. U. Nef considera que las cifras totales de Soetbeer son demasiado bajas: «Silver production in central Europe, 1450-1618», *JPE*, XLIX (1941), pp. 575-591.

valor y servían a una clientela rica e influyente. Algunos eran móviles, desplazándose de una ciudad a otra. En su mayoría, sólo se les hallaba en las ciudades mayores. En Londres existía el gremio de estañeros, que aleaban el plomo con el estaño para las vajillas y copas de los ricos; fundidores de bronce, que fundían campanas y estatuas; obradores de latón, quienes, aunque poco sabían del cinc, lo aleaban al cobre para obtener el latón, y aquellos que decoraban metales preciosos rebajados con aleaciones de cobre. En las ciudades mayores, los obradores de metales preciosos, orfebres y plateros, se contaban por centenares. Florencia contaba con un gremio de fundidores de campanas, y las descripciones de los oficios de Cracovia, a cargo de Balthazar Behem, incluyen el de los *Erzgiesser*, cuyo oficio incluía el fundido de campanas de iglesia.[53] Florencia tenía también un gremio que combinaba el forjado de yelmos con el trabajo del bronce. Había incluso una ciudad de la Europa medieval, Dinant, que se dedicaba casi exclusivamente a la fabricación de artículos metálicos (ver página 309).[54]

Minería del carbón

El carbón, que ha llegado a convertirse en una de las riquezas más apreciadas de la corteza terrestre, apenas se utilizaba durante la Edad Media. Y había una buena razón. En buena parte de Europa, los bosques eran todavía suficientemente extensos como para suministrar el carbón vegetal que se necesitaba, y el carbón mineral, si no se convertía previamente en coque, era de combustión difícil y desagradable en la granja, y poco apropiado para la fundición de metales. El carbón sólo se empleaba en aquellas zonas superpobladas, en las que los bosques habían quedado reducidos a unas cuantas zonas residuales. Se utilizaba en Inglaterra y en los Países Bajos, pero su empleo siguió causando una profunda hostilidad hasta entrado el siglo XVIII. A principios del siglo XVI, el viajero griego Nicandros Nucio visitó Lieja. «En esta ciudad —escribiría— y en toda la zona próxima, tienen por costumbre el quemar cierta sustancia negra, rocosa y

53. *Die Alten Zunft— und Verkehrs-Ordnungen der Stadt Krakau*, ed. Bruno Bucher, Viena, 1889.

54. H. Pirenne, «Les marchands-batteurs de Dinant au XIV^e^ et au XV^e^ siècle», *VSWG*, II (1904), pp. 442-449; también A. Joris, «Problème der mittelalterlichen Metallindustrie im Maasgebiet», *HGB*, LXXXVII (1969), pp. 58-76.

reluciente, que produce ascuas pero no humo ... Esas piedras las buscan en los más profundos escondrijos de la tierra, hasta que hallan las vetas de donde las extraen.»[55] En realidad, fue en las proximidades de Lieja donde se originó la primera minería del carbón. La fundación cisterciense de Val Saint-Lambert, ya en el año 1228, se reservaba el derecho sobre el carbón del subsuelo cuando arrendaba sus tierras (ver p. 381),[56] y el primer contrato para extraer carbón en las tierras monásticas data del año 1278. En adelante, se fueron abriendo minas, y el carbón empezó a usarse de un modo regular en actividades tales como la fabricación de ladrillos, tejas y cal, que requerían enormes cantidades de combustible. A fines del siglo XIII, se inició la minería del carbón también en el valle del Ruhr, en Alemania occidental, transportándose por vía fluvial a las ciudades renanas. En el resto de Europa, puede que los campesinos revolviesen la tierra y extrajesen pequeñas cantidades, pero globalmente, el carbón mineral careció de importancia con anterioridad al siglo XVII.

Las materias combustibles más generalizadas eran la leña, el carbón vegetal y, en unas cuantas áreas, la turba. No existía comunidad alguna que no contase con bosques en su vecindad, en los que los campesinos tenían derechos a abastecimiento para consumo propio, y en las zonas de bosques extensos se concentraba la actividad de los carboneros. Talaban árboles y los carbonizaban enteros a fuego lento. Sólo podían dedicarse a esta actividad previo consentimiento de los terratenientes, y a menudo tropezaban con la resistencia de éstos a que se redujera la extensión del bosque de un modo considerable. Por otra parte, los grandes centros de minería y fundición precisaban cantidades exorbitantes de combustible. Kutná Hora, que debió ser uno de los centros mayores de fundición de Europa, contaba con los servicios de sociedades o gremios de carboneros, que ostentaban el monopolio del suministro de combustible y que actuaban unidos para asegurarse el derecho a la tala de árboles y beneficiarse de la necesidad de los fundidores.

55. *The Second Book of Travels of Nicander Nucius of Corcyra*, Camden Society, vol. XVII (1841), p. XVIII.

56. Denise Van Derveeghde, *Le domaine de Val Saint-Lambert de 1202 à 1387*, Bibl. de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège, vol. 130, París, 1955.

Producción de sal

La sal común ha sido el mineral con más fuerte demanda en todas las épocas de la historia de la humanidad, y fue uno de los precoces productos objeto de comercio. Se encuentra en la base de la prosperidad de muchas ciudades, incluyendo a Venecia, y la frecuencia con que se encuentra la palabra «sal» en la toponimia es un buen indicio de ello. Durante la Edad Media, había dos modos de obtener sal. El más sencillo era evaporar el agua del mar estancándola en la costa en lagunas de poca profundidad. La otra consistía en evaporar el agua procedente de manantiales salinos mediante la acción del fuego.

Había salinas a lo largo de las costas europeas, desde el mar Egeo hasta el golfo de Vizcaya. Al norte de la desembocadura del Loira, los ciclos nubosos y los veranos frescos eran un inconveniente para la evaporación del agua del mar. Sin embargo, había salinas en la costa de Normandía, y Domesday dejó constancia de la existencia de varias en la costa inglesa. Las costas llanas de un Mediterráneo sin mareas eran las más apropiadas para realizar la operación. Se producía sal en Macedonia y Tracia para el aprovisionamiento de Constantinopla; por toda la costa de Épiro y Albania, en las lagunas venecianas, en las playas de Apulia, Toscana y Provenza, en la costa de Andalucía y, sobre todo, en el litoral del golfo de Vizcaya. La bahía que prestaría el nombre a la «sal de la bahía», la variedad de más demanda en el noroeste de Europa, era de hecho la bahía de Bourgneuf, una bahía de la costa meridional de Bretaña. La mayor demanda de sal provenía de las zonas populosas del noroeste europeo y de aquellas regiones nórdicas en las que la pesca era una actividad de primer orden. La producción más abundante se daba en aquellas costas que se hallaban cercanas al mercado y además contaban con las condiciones físicas y climatológicas idóneas. Estas eran, sin ningún género de dudas, las costas llanas del golfo de Vizcaya y del Languedoc y Provenza. Contaban con los medios apropiados para transportar su producción a la Europa septentrional, ya fuese mediante la navegación de cabotaje o remontando el valle del Ródano. Las salinas de estas zonas habían venido funcionando desde la alta Edad Media. En muchos casos eran propiedad de instituciones monásticas que las arrendaban a particulares o a grupos reducidos, que eran quienes producían la sal.

Había muchos manantiales salinos donde se evaporaba el agua en grandes calderos puestos a hervir. La abadía de Prüm se dedicaba a esa actividad en el siglo IX (ver p. 94). En la baja Edad Media se utilizaban los manantiales salinos de las cercanías de Paderborn y de Lüneburg, y los del valle del Danubio en la alta Austria. La producción de sal del interior por lo general aprovisionaba a las áreas que tenían dificultades para aprovisionarse con la sal traída desde la costa.

El volumen de sal producido debió de ser considerable, aunque hay pocas estadísticas al respecto. Se ha estimado que los puertos ingleses importaban unas 16.000 arrobas anuales a fines del siglo XIV.[57] El consumo en los Países Bajos y en la zona del Báltico, donde se empleaba en grandes cantidades en las salazones de pescado, debió de ser mucho mayor.

La industria de la construcción

La construcción de edificios fue una de las actividades más importantes en la Edad Media. Las grandes construcciones, eclesiásticas y laicas, se dan por supuestas, o se las considera simplemente producto de la euforia religiosa. Fueron proyectadas y construidas por profesionales, capaces de dedicarse tanto a la arquitectura gótica, como a la construcción de las murallas de un castillo. El volumen total de la actividad constructora realizada desde principios del siglo XI, cuando Europa empezó a colocar «sus ropajes blancos a las iglesias», hasta finales del siglo XV, es extraordinario, y todavía lo parece más si se tiene en cuenta lo reducido de la población y las condiciones de pobreza en que vivía. Uno se pregunta cómo se costeó, y hasta qué punto el crecimiento económico se vio inhibido por unas inversiones tan exageradas en algo que, de hecho, era improductivo.

No hay modo alguno de llegar a saber cuántas personas se dedicaban a esta actividad en un momento dado. Sin embargo, se pueden dividir entre los trabajadores urbanos, que en su mayoría pertenecían a gremios y cuyo número, en algunos casos, puede calcularse, y aquellos que se trasladaban de una construcción de envergadura a otra, como los arquitectos que las proyectaban. En París, en el año 1300,

57. A. R. Bridbury, *England and the salt trade in the later middle ages*, Oxford University Press, 1955, pp. 170-172.

unos 383 trabajadores de la construcción pagaban la *taille*. De ellos, unos 122 eran albañiles, 108 carpinteros y 31 *couvreurs* (tejadores o pizarreros) que construían los techos de las casas. Esta lista no cubre toda la gama de oficios especializados de la construcción; de entrada, no hace referencia al gran número de obreros semiespecializados y sin especialidad: peones de albañil, picapedreros y todos aquellos que mezclaban el mortero y transportaban los materiales al lugar de construcción. Por lo general eran escasos los albañiles y canteros que habitaban en las ciudades. Coventry sólo contaba con siete, de un total de 603 artesanos, en el año 1450. En Norwich sólo había veinte, y poco más en Oxford. Ello era debido a que la edificación urbana, fuera del área mediterránea, se realizaba preferentemente con madera. La construcción de edificios urbanos tenía pocas posibilidades para el albañil, aunque a partir del siglo XV, o acaso antes, se inició la tendencia de reemplazar el techado de paja por pizarra o tejas, y a construir grandes hogares y chimeneas de albañilería.[58]

Las edificaciones más pretenciosas, sin embargo, ya se tratase de grandes iglesias o de arquitectura civil, se hacían de piedra, y el empleo de la madera se limitaba a los techados y los suelos. Los albañiles que las construían tenían una gran experiencia, estaban bastante bien pagados y disfrutaban de gran movilidad. Se trasladaban de una edificación a otra, facilitando, de ese modo, la difusión de los estilos arquitectónicos. Los albañiles urbanos y los carpinteros se agrupaban, por lo común, en gremios. Los artesanos ambulantes no podían tener este tipo de organización, pero en cualquier lugar de construcción de grandes dimensiones, donde el trabajo podía durar varias décadas, constituían sus «logias». Tenían el propósito de dar cierta constancia al cambiante cuerpo de artesanos, canalizar los esfuerzos para la ayuda mutua, representar los intereses comunes frente a las personas e instituciones para quienes trabajaban y, sin ningún género de dudas, recoger información de donde podía encontrarse el siguiente trabajo. De un modo inevitable, los albañiles ambulantes mantenían contactos con las logias, de modo que fue desarrollándose una asociación informal entre todos ellos.

El suministro de materiales para la construcción tenía a menudo

58. Para la construcción urbana véase Hugues Neveux, «Recherches sur la construction et l'entretien des maisons à Cambrai de la fin du XIV^e siècle au début du XVIII^e en *Le Bâtiment: enquête d'histoire économique*, EPHE: Industrie et Artisanat, París, VI (1971) pp. 189-312.

una importancia de primer orden, tanto si se trataba de madera como de piedra. Las tablas que se empleaban en la construcción de los tejados no se encontraban con facilidad. El abad Suger refiere que, después de saber que no había manera de obtener las tablas necesarias para cubrir la nueva abadía de Saint-Denis, se dirigió al bosque a encargarse personalmente de conseguirlas, según parece con éxito. Continuamente nos encontramos con concesiones de los señores del suelo autorizando la tala de árboles o la extracción de piedra para la construcción de una iglesia o un monasterio. Los materiales para la construcción, con frecuencia se transportaban a enormes distancias, especialmente si se podía utilizar una vía navegable. París obtenía piedra para la construcción en la meseta caliza de Brie, en las proximidades, pero la madera bajaba flotando por los ríos desde Borgoña. La Inglaterra meridional obtenía parte de la sillería de Normandía, y Venecia de la costa dálmata. Ciertas variedades de piedra ornamental —el mármol negro de Tournai o la toba rojiza de Andernach— pueden descubrirse en extensas zonas de la Europa noroccidental. El coste del transporte de los materiales de su lugar de origen al lugar en que se iba a edificar significaba una buena fracción del gasto total.

En algunas partes de Europa, donde no había piedra disponible y el costo del transporte desde canteras lejanas hubiera sido demasiado alto, los constructores, en su defecto, empleaban ladrillos. En la Edad Media volvió a descubrirse el arte de cocer ladrillos y tejas. Llegó a su más alto grado de desarrollo en la llanura de Alemania septentrional, donde la arcilla de buena calidad era abundante, así como también los bosques que iban a suministrar el combustible, que en gran cantidad se precisaba para hacer funcionar los hornos. Durante el siglo XV, las ciudades del norte de Alemania, de Lüneburg a Riga, pasando por Lübeck y Danzig, desarrollaron una forma de arquitectura austera, en la que se empleaban ladrillos. En el siglo siguiente, los holandeses iniciaron un estilo de arquitectura doméstica muy bien adaptado al empleo de ladrillos. Muy lentamente, el ladrillo fue desplazando a la madera. Este proceso se vio alentado por los incendios catastróficos que, de tanto en tanto, se desataban en las ciudades medievales; si no se emplearon más ampliamente se debió sin duda al alto precio de los ladrillos. Bien poco es lo que se sabe de aquellas actividades auxiliares como el apagado de la cal, que debió de desarrollarse en las proximidades de las ciudades o de los lugares en los que se levantaban edificaciones de grandes propor-

ciones. En Florencia existía un gremio menor que encuadraba a los que se dedicaban a la fabricación de ladrillos y al apagado de la cal, así como a los fabricantes de cerámica tosca. Sin embargo, es muy probable que los apagadores de cal, lo mismo que los albañiles, se desplazaran de un lugar a otro siguiendo las grandes construcciones.

La manufactura en la economía medieval

Es muy difícil evaluar el peso que tuvo la manufactura en el conjunto de la economía medieval. No puede negarse que, tanto en términos del volumen de empleo, como del valor del producto, era inferior al de la agricultura. También está claro que, por lo menos hasta principios del siglo XIV, tuvo cada vez mayor peso en el conjunto de una producción en desarrollo. La población urbana, sin embargo, pasó a ser del uno o dos por ciento en el siglo XI a casi el 12 o 15 por 100 a principios del siglo XIV. Comprendía un componente agrícola, al igual que otro mercantil y empresarial. La artesanía en cualquier ciudad, sólo llegó a constituir el medio de vida de una mínima porción de la población, y en las ciudades más pequeñas, los artesanos especializados no pasaban de ser un puñado.

Por otra parte, muchos oficios, especialmente en la baja Edad Media, también se practicaron en zonas rurales y algunos de ellos —por ejemplo la fundición de metales— de modo exclusivo. Excepto en casos contados, es totalmente imposible calcular el número de personas empleadas en la artesanía rural, ya sea con dedicación plena, parcial o sólo estacional. Sin lugar a dudas, dicha cantidad sufrió fuertes oscilaciones, con tendencia a incrementarse en el siglo XV. Es posible que durante la baja Edad Media, el contingente de trabajadores empleados en la minería y la artesanía rural fuese tan elevado como el de las zonas urbanas. Ello indicaría que, en las zonas desarrolladas de Europa, desde el norte de España hasta Alemania central, y de la Italia central hasta el Báltico, el contingente de la población dedicada a la minería, metalurgia y artesanía oscilase entre el cinco y el diez por ciento. La industria de servicios —posaderos y sirvientes, transportistas y *Weinknechte*, detallistas y notarios— debieron constituir una porción muy reducida de la población urbana, y en las zonas rurales constituirían una proporción aún menor.

Capítulo 8

EL COMERCIO EN LA EDAD MEDIA

Según la conocida opinión de Pirenne, la Europa del siglo IX sería «una economía sin mercados». Sin embargo, esta opinión carece de fundamento. La práctica del comercio estaba generalizada y las regiones europeas en las que sus comunidades no mantenían algún tipo de contactos comerciales con otras regiones fueron escasas. «La teoría de la economía familiar cerrada y la "autarquía" del gran señorío medieval tiene unas bases muy poco sólidas», escribía Dopsch,[1] y por lo que parece estaba en lo cierto. Sin embargo, no hay que exagerar. El volumen del comercio era escaso, si se lo compara con el de la baja Edad Media. Aunque se traficara con paños bastos y tal vez con sal en cantidades importantes, el interés principal del comercio iba dirigido a los artículos de lujo y, con la excepción de la sal, la gran mayoría de la población sólo adquiría productos de la propia comarca. De hecho, el comercio era algo esporádico. El tipo de *sistema* comercial basado en la interrelación e interdependencia y en un funcionamiento regular y continuado, aún no había hecho su aparición.

El comercio medieval primitivo

Ya en los siglos IX y X se adivina el embrión del sistema comercial de los siglos siguientes. Se celebraban mercados y, con menos frecuencia, ferias. Parece que ya existían mercaderes dedicados por entero al comercio, que empezaban a frecuentar determinados lugares y que establecían rutas comerciales entre ellos. El tráfico de estos

1. Alfons Dopsch, *The economic and social foundations of European civilization*, Routledge, Londres, 1937, p. 328.

comerciantes, aunque irregular y poco frecuente, motivó el establecimiento de barcazas para cruzar los ríos, así como posadas, mercados y peajes. Se generalizó la costumbre de saber dónde y cuándo cabía esperar la presencia de estos comerciantes; los cuales, por su parte, formaron asociaciones para protegerse a sí mismos y a sus mercancías. De este modo el tráfico comercial a lo largo de ciertas rutas se intensificó. Ferias y mercados empezaron a celebrarse regularmente; los comerciantes sabían de antemano que iban a reunirse, en tales ocasiones, y ello dio lugar a la configuración de un sistema comercial. Paralelamente, se idearon mecanismos financieros: se generalizó el empleo del pagaré y de la letra de cambio para saldar las deudas; los bancos transferían crecidas sumas de dinero de un confín de Europa al otro; la contabilidad por partida doble permitía a los comerciantes seguir el estado de sus operaciones con mayor precisión. Hacia el siglo XIV, se había establecido un sistema comercial muy elaborado y complejo. En realidad, este sistema se mantuvo vigente, sin cambios fundamentales en materia de organización y conducción de negocios, entre el siglo XV y finales del XVIII.

Pero en el siglo X este sistema aparece como algo muy lejano. Las invasiones de los siglos IX y comienzos del X desarticularon, y en algunas regiones lo destruyeron totalmente, el comercio del Imperio carolingio. El puerto de Quentovic fue arrasado de tal modo que aún hoy existen dudas acerca del lugar exacto de su emplazamiento. En muchas regiones de Europa, las poblaciones fueron destruidas y el tráfico comercial interrumpido, y hubo que dedicar más esfuerzos a las tareas de defensa y reconstrucción que a la acumulación de capital y la producción de cara al comercio. Sin embargo, la interrupción del comercio distó mucho de ser universal. Durante el período de las invasiones, seguían celebrándose mercados, los comerciantes seguían trasladando sus géneros de un lugar a otro y los consumidores tenían ocasión de comparar los precios de los artículos de lujo en diversos mercados. Alrededor del año 900, cuando las invasiones de escandinavos, normandos, magiares y musulmanes alcanzaban su máxima virulencia, en el mercado de Pavía ciertos comerciantes venecianos ofrecían sedas y especias orientales a Gerberto de Aurillac, quien las rechazó por haber hecho ya sus compras, a un precio menor, en Roma.[2]

2. F. L. Ganshof, «Note sur un passage de la vie de Saint-Géraud d'Aurillac», *Mélanges offerts à M. Nicolas Iorga*, París, 1933, pp. 295-307.

Las invasiones del siglo x desarticularon, aunque no lo destruyeron, el modelo comercial originado en el siglo ix. Pasadas las invasiones, el comercio volvió a discurrir casi por las mismas rutas en que lo había hecho anteriormente. Consistía esencialmente en la circulación de mercancías del Imperio bizantino y del Oriente Medio a los puertos italianos y, de allí, por vía fluvial o terrestre hasta la Europa noroccidental.

El sistema de transporte preferentemente empleado era la navegación, ya fuese por vía fluvial o de cabotaje. El sistema de calzadas romanas tenía poca importancia: construido con fines militares, era más apropiado para el desplazamiento de los ejércitos que para la circulación de los carros y las acémilas de los comerciantes. En muchos casos, el pavimento había sido arrancado, y los puentes —imprescindibles para la eficacia de una red viaria— se hallaban descuidados y a menudo en ruinas. «La ausencia de caminos en buenas condiciones —escribía Lopez— fue una de las razones de la rápida desintegración» del Estado carolingio.[3] El escaso tráfico comercial de los primeros siglos del Medioevo no justificaba su restauración y mantenimiento, incluso existiendo la posibilidad —financiera y administrativa— de hacerlo. Entre los siglos v y x, la importancia relativa de los ríos fue en aumento y esta tendencia se mantuvo hasta que, ya a finales del Medioevo, el tránsito volvió a los caminos. Desde la época de Carlomagno, los polípticos y cartularios están salpicados de referencias al transporte fluvial, a los servicios de los barqueros y a las exenciones al pago de peajes.[4] Las viñas que abastecían a los monasterios se hallaban situadas, casi siempre, en las proximidades de ríos navegables y el vino monástico debió constituir una carga habitual en el Mosela y el Rin. También la producción de sal se concentraba, en gran medida, en manos de monjes, y arribaba a los mercados principalmente por vía acuática. De las lagunas de Comacchio y Venecia remontaba el Po, y de las salinas del golfo de Vizcaya llegaba a través del Loira, al corazón de Francia y, tras un corto trecho por tierra, a los ríos de la cuenca parisiense.

El eje comercial que enlazaba la Europa noroccidental con el Imperio bizantino discurría desde los Países Bajos, en dirección al sur,

3. R. S. Lopez, «The evolution of land transport in the Middle Ages», *Past and Present*, n.º 9 (1956), pp. 17-29.

4. Jean Lestocquoy, «La navigation fluviale au IX^e siècle: les flotilles monastiques», *Jumièges: Congrès Scientifique du XIII^e centenaire*, Ruán, 1955, pp. 247-252.

hasta el Mediterráneo y, a través de éste, a Italia; de allí proseguía por mar hasta los puertos del Egeo y del Oriente. Se trataba de una ruta muy vulnerable. En diversos puntos se hallaba expuesta a los ataques de la piratería berberisca del Mediterráneo y, para evitarla, había que atravesar regiones montañosas no exentas de dificultades. El río Mosa constituía el segmento septentrional de la ruta.[5]

La ruta fluvial llegó a tentar de tal modo a los obispos de Tongeren, que abandonaron su ciudad, situada en la meseta central belga, para trasladarse a Lieja. Otras ciudades junto al Mosa —Maastricht, Huy, Dinant— fueron de las primeras de los Países Bajos en desarrollarse. En uno de los brazos del delta se encuentra Duurstede, uno de los puertos más importantes de la Austrasia carolingia, y ya antes de finalizar el siglo X tenía lugar la feria de Visé, próxima a Lieja, que atraía a mercaderes de buena parte de la Europa occidental.

El Mediterráneo

Del valle del Mosa, la ruta discurría por tierra hasta alcanzar el Saona y el Ródano. Durante el período carolingio, los puertos del Languedoc y de Provenza cercanos a la desembocadura del Ródano, habían perdido gran parte de su anterior prosperidad. A fines del siglo VIII, el emisario papal en la corte carolingia prefirió viajar por mar a Marsella, antes que desafiar a los lombardos que controlaban los pasos alpinos. A mediados del siglo IX, los puertos más importantes del Languedoc y Provenza —Narbona, Arles, Marsella— fueron atacados por los musulmanes, que incluso establecieron una base pirática cerca de Saint-Tropez (ver p. 87). Forzado a utilizar la ruta transalpina con preferencia a la mediterránea, el comercio decayó en los puertos del sur de Francia. Pero el comercio con el Egeo, Asia Menor, Siria y Egipto se mantuvo, por medio de los puertos italianos. Este comercio había estado, anteriormente, en manos de sirios, judíos y de los propios bizantinos. Parte de él pasaba por el puerto de Rávena, pero, cuando éste quedó cegado, lo absorbieron los comerciantes afincados a orillas de las lagunas venecianas. Éstos, en los siglos X y XI controlaban las costas del Adriático, monopolizando el

5. F. Rousseau, «Le destin de la vallée de la Meuse au Moyen Âge», *Bulletin de l'Institut Archéologique Liégeoise*, LXIII (1939), pp. 107-117; J. Knaepen, «Les anciennes foires internationales de Visé», *Bulletin de l'Institut Archéologique Liégeoise*, LXXIX (1966), pp. 5-143.

comercio de Dalmacia, exportando el hierro de Carintia y Friuli y los esclavos procedentes de las tierras eslavas, y extendiéndose hacia las rutas de Constantinopla y del Levante. Sin embargo, como intermediarios en el comercio este-oeste, contaban con formidables rivales. De entre ellos, los más importantes eran las ciudades de la Italia meridional: Gaeta, Amalfi y Bari.

Amalfi dominaba el primitivo comercio entre el Mediterráneo oriental y el occidental. Desarrolló un complejo sistema triangular que abarcaba a gran parte del Mediterráneo.[6] Sus comerciantes exportaban los productos de la Italia meridional —trigo, madera, paños, vinos y frutas— no a Constantinopla, que podía aprovisionarse con mayor facilidad en lugares más cercanos y a mejores precios, sino al norte de África. En sus puertos, desde Túnez hasta Alejandría, esos productos se intercambiaban por aceite de oliva, cera y oro del Sudán. Éstos eran los productos que los bizantinos requerían y por los que intercambiaban sedas y vestiduras ceremoniales, especias, joyas y obras de arte.

El escritor árabe Ibn Kordadbeh, describió Amalfi como «la ciudad más próspera de Lombardía (Italia), la más noble, la más ilustre ... la más rica y opulenta».[7] Las telas de lino que sus comerciantes exportaban se tejían en Nápoles, donde «he visto piezas como jamás vi en ningún otro país, y no existe artesano en ningún otro taller del mundo capaz de fabricarlas». La canción de Guiscardo, quien conquistó la ciudad en el año 1077, elogiaba su pujanza y opulencia.[8] Tras la conquista normanda, la importancia de Amalfi, en el comercio con el Oriente Medio decayó. Su supremacía dependía de su situación cuasi-autonómica dentro del Imperio bizantino. En cuanto que súbditos del reino normando de Sicilia, los amalfitanos vieron su comercio subordinado a la política de sus mandatarios. En adelante ya no pudieron seguir acaparando los excedentes de grano de la Italia meridional para venderlo a los musulmanes del norte de África. Durante el resto de la Edad Media, Amalfi hubo de contentarse con ser un pequeño puerto, aunque próspero, destinado a satisfacer las necesidades del comercio local de su *hinterland* (Nápoles y Salerno).

6. Armand O. Citarella, «Patterns in medieval trade: the commerce of Amalfi before the Crusades», *JEH*, XXVIII (1968), pp. 531-555.

7. R. S. Lopez y I. W. Raymond, *Medieval trade in the Mediterranean World*, Columbia University Press, 1955, p. 54.

8. Gesta Roberti Wiscardi, *MGH*, SS., 9 pp. 239-298, líneas 476-485.

Relacionados con Amalfi estaban Gaeta, al norte de Nápoles, y Bari, en Apulia. Esta última sufrió la misma suerte que Amalfi. Tomada por los normandos, quedó subordinada a las necesidades del reino siciliano. Gaeta pasó a ser un puerto de importancia local, y la supremacía comercial en la costa occidental italiana, en adelante la ostentó Pisa y más tarde Génova.

En Oriente, las terminales de este comercio eran los puertos de Egipto y Levante, particularmente Alejandría, Jaffa, Antioquía y, sobre todo, Constantinopla. En el siglo x, las tierras musulmanas del norte de África y del Oriente Medio atravesaban un período de prosperidad y ni la conquista de Creta y Chipre por los árabes, ni los ataques ocasionales al continente llegaron a interrumpir su actividad comercial. El poder naval de Bizancio se había debilitado, pero aún se asentaba firmemente en el Egeo y en buena parte de la costa del mar Negro. La vida de san Gregorio el Decapolita,[9] describe una imagen del Egeo en el siglo ix, con sus puertos repletos de naves, sólo raramente amenazados por las incursiones musulmanas. El comercio marítimo del mar Egeo y del mar Negro era tan esencial para Constantinopla, como lo había sido para Roma el del Mediterráneo. Su población —tal vez de más de 800.000 almas— se alimentaba de grano transportado en barco desde las costas del mar Negro y del Asia Menor, vino del Egeo y aceite de oliva traído, incluso, del norte de África.

Además del comercio local de productos alimenticios, había también el comercio de artículos de lujo con países lejanos, como Rusia, Asia Central y Oriente Medio. De la India, por la ruta del golfo Pérsico o a través de Irán y Turquestán, arribaban las especias, el algodón, la seda en bruto, las piedras preciosas y el marfil. Cueros, pieles y ámbar llegaban por los ríos rusos hasta el mar Negro y por él alcanzaban Constantinopla. El comercio ruso era importante. Estaba —escribía Constantino Porfirogéneta—[10] en manos de los rusos, quienes, durante el invierno, construían sus naves en los bosques septentrionales, llevándolas a Kiev durante la época del deshielo. Allí reunían una flota que descendía por el Dniéper, salvando los rápidos, hasta llegar al mar Negro, donde se dotaba de velas a las naves y,

9. F. Dvornik, *La Vie de Saint Grégoire le Décapolite et les Slaves macédoines au IX^e siècle*, París, 1926.

10. *Constantine Porphyrogenitus de Administrando Imperio*, traducción de R. J. H. Jenkins, Budapest, 1949, 56-63, cap. 9.

navegando hacia poniente, llegaban a Constantinopla, donde «el viaje, preñado de penas y horrores, dificultades y peligros, tocaba a su fin».

El comercio bizantino con Oriente estaba desequilibrado. Si bien las obras de arte bizantino eran muy apreciadas en Occidente, en Asia tenían poca aceptación. El pago por las especias, seda en bruto y marfil tenía que efectuarse, parcialmente, en metálico. La demanda de oro era continua, y gran parte de los metales preciosos que los mercaderes occidentales transferían a Constantinopla, procedentes del norte de África o de los tesoros europeos, iban a parar a Irán, la India e incluso más lejos.

El llamado *Libro del Eparca*,[11] recopilado hacia el año 900, era un intento de codificar las ordenanzas que regulaban a los mercaderes y artesanos de Constantinopla. Pone en claro la dependencia de la ciudad en cuanto a la importación de materias primas, así como el control a que se hallaban sometidos los mercaderes que con ellas traficaban. El puerto europeo más importante del Imperio, después de Constantinopla, era Tesalónica. Suministraba a la capital granos y animales, pero tras la conquista de gran parte de los Balcanes por los eslavos, había visto recortado su *hinterland*.

El norte vikingo

Las conexiones comerciales con Levante sólo significaban una porción del comercio europeo. Una ruta muy diferente, aunque no menos importante, era la que unía el centro del Imperio carolingio con el mar Báltico, Escandinavia y Rusia. El tumulto y la confusión creados por las incursiones vikingas tienden a desfigurar las relaciones comerciales que se sostenían con estas zonas en la misma época. Durante la Edad Media, los primeros en aventurarse a comerciar con estas zonas parece que fueron los frisones. A lo largo de los siglos VII y VIII ya navegaban, en sus pequeñas embarcaciones, hasta Dinamarca, resguardándose tras la alineación de las islas Frisias, y desde allí se dirigían, hacia el norte, a Noruega, y, hacia el este, después de transportar sus productos a través de la base de Jutlandia, a la isla de Gotland y a la región de Uppland, en la Suecia central. Sus expor-

11. E. H. Freshfield, *Roman law in the later Roman Empire*, Cambridge University Press, 1938.

taciones debieron de incluir cerámica y vidrio franco, así como paños y sal. El cargamento que transportaban de regreso incluía pieles y productos de los bosques nórdicos, así como ámbar, cera y pescado seco o salado.

En el transcurso del siglo IX, los propios pueblos escandinavos se hicieron cargo de la mayor parte del comercio en el Báltico, restringiendo la esfera de actividad de los frisones a las costas del mar del Norte.[12] El foco de este comercio del Báltico pasó a ser Hedeby (Haithabu) en la cabecera del fiordo de Schlei, en las cercanías de lo que sería la ciudad de Schleswig (ver p. 104). En la costa de Pomerania, creció el asentamiento comercial de Wollin, y en las cercanías de la desembocadura del Vístula se encontraba Truso, a donde había navegado Wulfstan, el informador del rey Alfredo, a finales del siglo IX.[13] En la costa meridional del lago Malar, cerca de donde hoy se levanta Estocolmo, se encontraba Birka, tal vez el emplazamiento comercial más importante de toda la zona del Báltico. No sólo comerciaba con Hedeby y Occidente, sino que también trataba con Finlandia, el Báltico oriental y Staraya Ladoga, en Rusia. Hacia el año 1000 Birka fue sustituida por Sigtuna, en las proximidades de Uppsala, y su destrucción en el año 1187 dio lugar al establecimiento de Estocolmo y Visby como principales ciudades comerciales de Escandinavia. Othere de Halogaland, otro de los informadores del rey Alfredo, hacía una descripción de un establecimiento comercial en el sur de Noruega.[14] Se ha identificado con Kaupang, una granja cercana a la costa occidental del fiordo de Oslo, en el sur de Noruega. El lugar ha sido objeto de excavaciones, pero los hallazgos parecen indicar que más que comercio, propiamente dicho, lo que se practicaba era el intercambio. El establecimiento era muy reducido y no estaba fortificado, y posiblemente sólo se empleaba durante la estación estival.[15] Los demás establecimientos comerciales debieron tener carac-

12. Herbert Jahnkuhn, «Der Fränkisch-Friesische Handel zur Ostsee im frühen Mittelalter», *VSWG*, XL (1953), pp. 193-243; Alexander Bugge, «Die Nordeuropäischen Verkehrswege im frühen Mittelalter», *VSWG*, IV (1906), pp. 227-277.

13. *A description of Europe and the voyages of Othere and Wulfstan*, ed. Joseph Bosworth, Londres, 1855.

14. Herbert Jahnkuhn, «Die fruhmittelalterlichen Seehandelsplätze im Nord— und Osteeraum», *Studien zu Anfängen des europäischen Städtewesens, Vorträge und Forschungen*, IV, Lindau (1958), pp. 451-498.

15. Charlotte Blindheim, «The market place in Skiringssal», *Acta Archaeologica*, XXXI (1960), pp. 83-100.

terísticas similares; destruidas con facilidad y solamente ocupadas a intervalos, podían desaparecer del paisaje sin dejar rastro alguno.

A la dominación vikinga del Báltico siguió su penetración en Rusia. Fueron estableciendo bases por toda la costa, a partir de las cuales realizaban la penetración en los valles que conducían al *hinterland* ruso. De este modo irrumpieron en los valles del Oder y del Vístula, pero las expediciones más importantes les llevaron a remontar los ríos Dvina, Voljov y Neva. A partir de estos ríos de aguas lentas y navegables, penetraron en los bosques hasta alcanzar las cabeceras de los ríos Volga, Don, Dniéper y Dniéster, a través de los cuales llegaron a los mares Caspio y Negro.

La más importante de todas estas rutas vikingas era la que seguía el curso del Volga hasta su desembocadura en el mar Caspio. A través de esta ruta llegaron al Báltico los productos de Persia y del Oriente Medio, que procuraron en Itil, en la cabecera del delta del Volga, durante los siglos IX y X, la celebración de un mercado que reunía a escandinavos, tártaros, persas y armenios. Los tesoros más antiguos hallados en Escandinavia son de monedas árabes y persas. A menudo se las ha tomado como indicadores del volumen del comercio desarrollado. Sin embargo, existen serias dudas de que las exportaciones escandinavas al Oriente Medio fuesen tan importantes como para que hubiese que nivelar la balanza por medio de pagos en oro, a menos que el tráfico de esclavos hubiese adquirido proporciones enormes. Lo más probable es que los vikingos no hiciesen distinción entre comercio, piratería y pillaje, cambiando de actividad según se presentaba la ocasión. Los persas, siempre tan ansiosos de conseguir el oro bizantino, no parece que estuviesen dispuestos a entregarlo a los vikingos. Los tesoros eran seguramente el botín proveniente de incursiones afortunadas.

A largo plazo, las rutas que seguían los ríos que desembocaban en el mar Negro tuvieron una mayor importancia. Como sucedería en la Europa occidental, las incursiones vikingas en esta zona dieron lugar al establecimiento de asentamientos permanentes y a la fundación de ciudades comerciales, en las que los vikingos constituían la aristocracia local, rodeada de masas eslavas y tártaras. Hacia finales del siglo IX se fundó una liga de tales ciudades, a la que se ha querido considerar, con muy poca fortuna, el primer Estado ruso. Sus comerciantes hacían llegar los productos nórdicos a la costa del mar Negro, desde donde se transportaban a Constantinopla (ver p. 105). Este

comercio se desarrolló algo más tardíamente que el que enlazó al mar Báltico con el Caspio y el Oriente Medio. En Escandinavia no han aparecido tesoros de *nomisma* bizantinos anteriores a la mitad del siglo IX. A finales del siglo X y principios del XI, ambas rutas quedaron cortadas a causa de nuevas invasiones procedentes de la estepa, y las comunicaciones entre los denominados istmos de Europa quedaron interrumpidas durante varios siglos.

Las rutas marítimas no eran el único sistema por el que se desarrolló el tráfico comercial entre la Europa occidental y Rusia. Las ordenanzas de Carlomagno tenían en cuenta una ruta terrestre que uniese su Imperio con la Europa oriental (ver p. 93), y aunque el volumen comercial que circulaba por sus puertos fronterizos debió de ser muy reducido a principio del siglo IX, aumentó considerablemente en el siglo X, empezando a tener las características de un movimiento regular y previsible. Maguncia pasó a ser el principal punto de partida. Desde allí, los comerciantes, muchos de los cuales eran judíos, seguían el curso del Main y, pasando por Bamberg, uno de los «puestos de entrada» de Carlomagno, llegaban a Praga (ver página 289). La ruta proseguía por la Puerta Morava hasta Cracovia y de allí, a través de los llanos del sur de Polonia, a Przemysl, donde residía una numerosa colonia judía, y a Kiev. Rastisbona era una terminal occidental de importancia secundaria en un principio, debido a que la revuelta situación en que se encontraba la llanura húngara hacía el viaje azaroso. Sin embargo, con el tiempo fue desarrollándose otra ruta que, cruzando la cordillera de los Cárpatos, iba de Przemysl hasta el futuro emplazamiento de Budapest y de allí, por el río, al sur de Alemania.

Este eje terrestre oeste-este se complementaba con otras vías que lo conectaban con la ruta del Báltico y que unía la Europa noroccidental con Rusia. Una de estas vías seguía los ríos polacos. Hacia el siglo X, la Polonia central, en especial las ciudades de Gniezno y Poznan, se convirtió, como lo han demostrado los hallazgos arqueológicos, en un foco del comercio a grandes distancias.

El volumen del tráfico comercial que discurría por esas rutas era muy reducido sin lugar a dudas. La ruta que pasaba por Praga y Przemysl no utilizaba en absoluto el transporte fluvial, realizándose en carretas y a lomos de bestias de carga. Esto lo sabemos merced a la narración de aquella compañía de mercaderes judíos que se retrasó por haber perdido una rueda. Sin duda alguna, las mercancías que

arribaban a Przemysl atravesando la llanura húngara, navegaban por el Danubio buena parte del recorrido. Las rutas complementarias que unían a Cracovia y Przemysl con el Báltico, obviamente utilizaban, en buena medida, los ríos polacos.

Tal era el modelo comercial que se originó en Europa durante los años que siguieron a los cataclismos de fines del siglo IX y principios del siglo X. Hasta cierto punto, su desarrollo acompañó a las incursiones de vikingos, magiares y árabes, que a su vez lo moldearon. No hay duda de que existe una íntima relación entre las incursiones vikingas y el comercio nórdico, ya que los vikingos suministraban parte de los materiales necesarios para un desarrollo más pacífico de la actividad comercial.

Los mercaderes

Poco es lo que sabemos de los mercaderes que transportaban sus géneros por Europa, y menos aún de la fuente de su capital comercial. En la cuenca mediterránea los sirios y los judíos habían tenido la hegemonía comercial desde antiguo. En la segunda mitad del siglo IX, Ibn Kordadbeh parece dar por seguro que buena parte del comercio estaba en manos de judíos, quienes

> viajan de este a oeste y de oeste a este, tanto por tierra como por mar ... Embarcan en la tierra de los francos, en el mar Occidental, y navegan hacia al-Farama [Pelusium, en Egipto]. Allí cargan sus mercancías a lomos de camellos y siguen por tierra hasta al-Qulzum [en el golfo de Suez] ... Algunos navegan hacia Constantinopla a fin de vender sus mercancías a los romanos. Otros se dirigen a la residencia del rey de los francos para colocar sus artículos.[16]

Se ha indicado que, a medida que los italianos iban haciéndose cargo del comercio de los puertos italianos, los comerciantes judíos se vieron forzados a dirigir su atención hacia rutas más septentrionales y menos desarrolladas. Las pocas fuentes de que disponemos indican claramente que el número de judíos aumentó a lo largo de las rutas

16. Citado en R. S. Lopez y I. W. Raymond, *Medieval trade in the Mediterranean world*, Columbia University Press, pp. 31-33.

terrestres que iban desde el Rin o el Danubio hasta Przemysl y Kiev. Sin embargo, no interrumpieron su actividad en los puertos mediterráneos. Cuando, hacia el año 1170, Benjamín de Tudela, viajó desde su España natal hasta Constantinopla, percibió el número y tamaño de las comunidades judías que halló en la ruta.[17] Se encontró con más de cuarenta comunidades, algunas de las cuales, según aseguró, contaban su número por centenas.

La creciente actividad de los mercaderes judíos a lo largo de las rutas terrestres está descrita en los relatos de viaje de Ibrahim Ibn Ja'kub, escritos hacia el año 965. Había comunidades judías en muchas de las ciudades renanas, así como en las que estaban situadas a lo largo de las rutas que iban a Przemysl. Sin embargo, no se encontraban mercaderes judíos en cifras significativas en los puertos del norte y en las rutas del mar del Norte y del Báltico. El comercio estaba en manos de los pueblos nórdicos que habían expulsado del Báltico a los frisones y que se movían por todo el norte de Europa. Fueron también los nórdicos los que navegaron por los ríos de Rusia y llevaban los productos de sus bosques a los mercados de Crimea y Constantinopla, o a la feria de Itil, junto al Volga.

Los viajes comerciales eran largos y lentos; el mercader precisaba de capital para adquirir género y para mantenerse durante la larga navegación de Italia a Siria, o en el viaje de Maguncia a Kiev. Estos viajes debían durar casi 100 días. De algún modo, el mercader tenía que recuperar las pérdidas habidas durante la ruta, incluso si al final obtenía ganancias sustanciales; con el rudimentario sistema comercial de los siglos x y xi, no podía prever las ganancias y vivir de ellas antes de haberlas obtenido. El comerciante, aunque lo fuese a pequeña escala, contaba con recursos limitados. Sin embargo, es evidente que podía comenzar con recursos mínimos.

El rey Alfredo, en su traducción de la Historia de Orosio, incluía las narraciones de los dos comerciantes nórdicos ya mencionados. Ohthere fue hasta el norte de Noruega a buscar pieles, cueros y barba de ballena, pero en los intervalos entre sus viajes comerciales, también era agricultor. Vendía sus mercancías en el mercado de Sciringesheal, desde donde, seguramente, se enviaban a Hedeby, en el istmo de la península de Jutlandia. Wulfstan tenía su base en Hedeby y a

17. *The itinerary of Benjamin of Tudela*, Ed. Marcus Nathan Adler, Londres, 1907.

partir de allí navegaba hacia el este, siguiendo la costa del Báltico hasta Truso, en la desembocadura del Vístula. Ambos hombres disponían de sus propias embarcaciones y trabajaban en solitario, a excepción de las tripulaciones de los barcos. Adquirían los productos de los bosques y del mar, probablemente por trueque, y parece que sólo realizaban un viaje durante la estación de zarpa. El nivel de sus operaciones era por lo tanto muy reducido.

Un episodio que aparece en la vida de san Goderico de Finchale [18] manifiesta que había sido un mercader del siglo XI que se había enriquecido y que finalmente fue santificado. Era un pequeño mercader que iba de feria en feria y de mercado en mercado. Viajó por buena parte del noroeste de Europa; aprendió las características de la demanda local, pudiendo así comprar baratijas en un lugar para venderlas en otro con beneficio. Sus viajes no parece que siguieran un patrón preestablecido; se dirigía allí donde podía obtener un beneficio. Parece que trabajaba solo y que únicamente manejaba una pequeña cantidad de género a la vez. Sin embargo, Goderico prosperó y amasó una fortuna considerable, suficiente en realidad como para dotar al priorato de Finchale, en el condado de Durham.

Esta narración, que en sus líneas generales muy bien pudo ser típica de la ascensión de muchos mercaderes, deja varias preguntas sin respuesta: ¿utilizaba dinero, por regla general, o se dedicaba principalmente a un comercio de trueque? ¿Dónde guardaba o invertía los beneficios obtenidos hasta que sumaron un capital considerable? ¿Adquirió tierras? ¿Era simplemente un viajero errante o disponía de una base permanente a la que retornaba periódicamente?

Fue el crecimiento de las ciudades y el establecimiento de ferias periódicas lo que dio cierta regularidad a los desplazamientos de los mercaderes. Fijaron sus bases en las ciudades y sus salidas fueron tomando gradualmente una pauta sistemática. Con una base urbana, le fue más fácil al comerciante acumular capital. Muchos de los mercaderes bajomedievales que nos son bien conocidos tenían extensas propiedades urbanas. La familia Lanstier, de Arras, ya en el año 1100 era propietaria de muchas de las casas de la ciudad, pero lo que no está claro es si se compraron a partir de los beneficios obtenidos del

18. *Libellus de vita et miraculis Sancti Godrici de Finchale*, ed. J. Stevenson, Surtees Society, 1845; véase también Walter Vogel, «Ein seefahrender Kaufmann um 1100» *HGB*, XVIII (1912), pp. 239-248.

comercio o más bien representaban la fuente de su capital comercial. Posteriormente, la familia fue muy importante tanto en el comercio como en la banca y el préstamo. Arras era notable por el número de sus familias patricias ricas.[19] La mayoría de ellas se consideraban mercantiles. Verdaderamente se dedicaban al comercio, pero también prestaban dinero a interés elevado y especulaban con viviendas y terrenos. A fines del siglo XIII había por lo menos unas 88 familias con fortuna superior a las 3.000 libras. La familia Huquedieu poseía una fortuna de 40.000 a 50.000 libras y los Crespin tenían tal vez un cuarto de millón.

Es dudoso que el margen de beneficios obtenidos tratando en paños, vinos y otros artículos de demanda generalizada fuese grande, aunque a veces podían obtenerse enormes beneficios con los artículos de lujo. La competencia era grande entre los mercaderes; el riesgo comercial elevado y los beneficios de los que tenían éxito no eran excepcionales. Las grandes fortunas es más probable que se amasaran especulando con la tierra y prestando dinero. Es posible que el comerciante próspero se dedicase a esas actividades para incrementar la pequeña fortuna que había ganado mediante la práctica legítima del comercio.

La mayoría de los comerciantes ricos de los siglos XIII y XIV, de quienes tenemos noticias, se dedicaron a varias actividades además del comercio. Jehan Boinebroke (ver p. 338) de Douai, debió de parecerse a los Lanstier y los Crespin de Arras por la amplitud de sus intereses, que iban desde suministrar lana a los tejedores domésticos (*putting-out system*) hasta arrendar propiedades locales a alquileres elevados y prestar dinero a intereses desorbitados. Por todo lo que sabemos, podemos concluir que esta especie de comerciantes capitalistas eran tan crueles y codiciosos, tan dominantes y arrogantes como cualquier propietario de fábricas del siglo XIX.

Todo esto no explica cómo empezaron, de dónde sacaron las primeras libras que pusieron en el negocio, ni el estrato social de donde procedían. Lestocquoy descubrió que en Arras la mayoría de las familias patricias descendían de los insignificantes funcionarios al servicio del conde de Flandes y de la abadía de Saint-Vaast, más que de vendedores ambulantes como Goderico. Los fundadores de las fa-

19. Basado en J. Lestocquoy, «Les dynasties bourgeoises d'Arras du XI^e^ au XV^e^ siècle», *MCD Pas-de-Calais*, vol. V, fasc., Arras, 1945.

milias debieron de estar en el lugar oportuno que les permitió conocer las condiciones de suministro y de demanda y adquirir el capital inicial. Seguramente en su mayoría eran pequeños terratenientes, pero es poco probable que, por lo menos en la Europa septentrional, los terratenientes colocaran los beneficios de sus propiedades en empresas comerciales a escala considerable, antes de la baja Edad Media.

En la Europa meridional, especialmente en el norte y centro de Italia, las condiciones eran distintas. Aquí, el terrateniente rural tendía, si no a abandonar el campo e irse a la ciudad, por lo menos a tener una residencia urbana, donde pasaba buena parte del tiempo. Los beneficios de sus propiedades rurales, ya fuese en metálico o en especie, se remitían a la ciudad en gran parte, donde se había familiarizado con las actividades comerciales y se codeaba con comerciantes. El patriciado urbano terrateniente invertía en el comercio, y sus segundones participaban en él. La separación entre la clase feudal y la burguesía aparecía difusa. Los príncipes eran, a su vez, comerciantes, y la más elegante y distinguida de todas las familias principescas italianas, los Médicis de Florencia, debían buena parte de su riqueza al comercio y a la banca. El precoz desarrollo comercial de Italia recibió un fuerte impulso de la aportación de capital disponible —tal vez, de hecho, le debe la existencia— gracias a la participación de las clases terratenientes.

El número de comerciantes aumentó considerablemente en el curso de los siglos XII y XIII. Los Cosset, Lanstier y Huquedieu tenían negocios de ámbito continental. En las ciudades menores, los comerciantes ocupaban una escala menor, amoldando sus actividades en orden a satisfacer las demandas y posibilidades de la región en que se movían. Así tenemos a los hermanos Bonis, de Montauban, cuyos libros de contabilidad de los años 1339-1345 se han conservado.[20] Sus actividades eran tan completas y diversificadas como las de Jehan Boinebroke. Trataban con paños, especias, velas, joyería; adquirían, por encargo, artículos para regalos de bautismo o de boda; prestaban dinero con interés; tenían, incluso, caballos de alquiler y hacían de barqueros y de recolectores de rentas y de diezmos. No tenían agentes en las ciudades de los Países Bajos e Italia, ni tan sólo

20. *Les livres de comptes des Frères Bonis*, ed. E. Forestié, Archives de la Gascogne, 20 (1890); también Claude Cugnasse, «Activité économique et milieu humain à Montauban au XIV^e siècle d'après le régistre de Barthélémy Bonis», *Ann Midi*, LXIX (1957), pp. 207-227.

en Tolouse o Burdeos, que eran las ciudades más importantes de la región, pero vivían muy cómodamente en Montauban y en las pequeñas ciudades de Rouergue y Quercy. A veces viajaban a París, Lyon o incluso a Italia para efectuar compras, pero por lo general permanecían en la ciudad de Montauban. Sus métodos de tenencia de libros no tenían nada de complejos, y si las cuentas son tan difíciles de entender se debe seguramente a que los Bonis tenían muchos de sus asuntos en la cabeza.

Francesco di Marco Datini de Prato, en Toscana, era también un comerciante a pequeña escala, por lo menos para lo que era normal en la Italia del siglo XIV. Tras el aprendizaje en Aviñón, en el momento en que el papado había llevado a la ciudad todo un comercio rico y variado, volvió a Toscana y se instaló en Florencia, donde desarrolló sus actividades en una tienda de Por S. Maria. Compraba y vendía en muchos centros comerciales de Francia y del Mediterráneo occidental. La mayoría de sus negocios se hacían en *compagnie*, en las que Francesco Datini se asociaba con uno o más comerciantes que se unían a la empresa. Datini siempre era el socio principal, y colocaba a uno de los socios como factor (*fattor*) en el *fondaco* o base comercial, en la ciudad en la que la compañía desarrollaba la operación. Puede que varias de esas compañías operasen a un mismo tiempo; nadie sabía mejor que Datini que había que repartir los riesgos.

Francesco Datini hizo fortuna, buena parte de la cual la invirtió en la compra de casas en su Prato natal y granjas en Toscana. Su éxito se debió, ante todo, al cuidado del detalle; a la dedicación al negocio y a su capacidad para trabajar intensamente durante largos períodos. Su fortuna se forjó «no tanto por una serie de operaciones brillantes, como por la acumulación, hecha con paciencia infinita, de pequeños beneficios, tanto evitando riesgos, como buscando oportunidades».[21]

Andrea Barbarigo, de Venecia, presenta un paralelismo con Datini muy interesante. Procedía de una familia noble veneciana que ya llevaba tiempo dedicada al comercio, pero que había sufrido pérdidas incalculables cuando un importante cargamento se estrelló en la costa dálmata. Correspondió a Andrea la tarea de restaurar la fortuna de la familia. Para ello se dedicó a la compra de algodón en Oriente,

21. Iris Origo, *The Merchant of Prato*, Knopf, Nueva York, 1957, p. 95; Federigo Melis, *Aspetti della vita economica medievale*, Siena, 1962.

aceite de oliva en Valencia, paños en Inglaterra y los Países Bajos; importándolo todo a Venecia y vendiéndolo con beneficio.[22] Constituyó sociedades de corta duración, como hiciera Datini, pero permaneció siempre en Venecia, empleando *commissi* que trabajaban a comisión, como sus representantes en los puertos extranjeros. Al igual que Datini, trataba con una amplia gama de productos, sin permitir que su activo quedase inmovilizado jamás en operación alguna, excepto por períodos de tiempo muy restringidos. Estos dos personajes, astutos, inmensamente enérgicos y a veces crueles y codiciosos, eran ejemplos típicos del comerciante italiano, y quizá también del europeo, de su época.

Por regla general, el mercader altomedieval parece que operaba en solitario, tomando como acompañante a quien se encontraba por el camino, y sin apenas protección por parte del príncipe o los demás mercaderes. No sucedía lo mismo durante la baja Edad Media. Los comerciantes más ricos apenas si viajaban; en vez de ello, tenían factores en las ciudades distantes con las que mantenían un servicio regular de correo. Constituían sociedades, a menudo para un solo viaje o expedición, y luego se repartían los beneficios. A veces estas sociedades tenían lugar con comerciantes de ciudades lejanas, realizando cada uno las compras y ventas necesarias por cuenta del otro. La familia Kress de Nuremberg, por ejemplo, sostenía este tipo de relación con los Amadi de Venecia, a fines del siglo XIV.[23] Los Kress tenían enormes intereses en la distribución por la Alemania meridional del algodón en bruto, importado por los venecianos, y en el envío de lana inglesa a los centros manufactureros italianos.

Esta práctica siguió progresando porque se adaptaba perfectamente a las necesidades del pequeño comerciante, cuyo volumen de negocios no justificaba el disponer de un factor en cada uno de los diversos puertos. La correspondencia sostenida entre los Bombergen de Amberes y los Grimani de Venecia [24] aclara bastante el mecanismo. Cada uno de ellos trabajaba para el otro a comisión. Los porcentajes

22. Frederic C. Lane, *Andrea Barbarigo, merchant of Venice 1418-1449*, Johns Hopkins University Studies in Historical and Political Science, serie 62, n.º 1, 1944.

23. Philippe Braunstein, «Relations d'affaires entre Nurembourgeois et Vénitiens à la fin du XIVe siècle», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, École Française de Rome, LXXVI (1964), pp. 227-269.

24. Wilfrid Brulez, «Lettres commerciales de Daniel et Antoine van Bombergen a Antonio Grimani», *Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome*, XXXI (1958), pp. 169-205.

parece que eran bajos, normalmente el 3 por 100, e incluso a veces el 2 por 100; los Van der Molen de Amberes, por ejemplo, trabajaban a comisión por cuenta de los principales comerciantes de varias ciudades italianas.[25] De este modo, el mercader podía dedicarse al comercio a gran distancia pero a pequeña escala, sin tener que padecer los azares del viaje ni desembolsar una gran suma de capital.

El mercader de la baja Edad Media, desde el siglo XIII en adelante, vivía bajo la protección de su ciudad, y a menudo se otorgaban garantías recíprocas entre varias ciudades. Las ciudades-estado italianas tenían un interés especial en la protección dada a sus comerciantes, de cuyas fortunas y éxitos dependían en gran manera. Se ha dicho que los comerciantes venecianos constituían una sola compañía reglamentada, dentro de la que cada cual se dedicaba a sus propios asuntos, supervisados paternalmente por el Estado veneciano. También Génova, Milán y otras ciudades de Italia hicieron de la protección de sus comerciantes un objetivo prioritario.

En el extranjero, los comerciantes de una misma ciudad, e incluso de un grupo de ellas, tenían la tendencia a vivir juntos para darse mutuamente protección y socorro. En algunos casos, era realmente necesario, como en los *kontors* hanseáticos de Novgorod o Bergen, o incluso en el *steelyard* de Londres. Los comerciantes alemanes —en su mayoría del sur de Alemania— vivían en Venecia en el Fondaco dei Tedeschi, cerca del puente de Rialto. Este modo de vida comunitario se hizo aún más imperativo en el caso de los comerciantes occidentales radicados en el Imperio bizantino y en el Levante. Disponían de «fuertes» en Modón y en los puertos de Crimea, Siria y Egipto. En la misma Constantinopla, los comerciantes occidentales vivían siempre en «factorías» cerradas y fortificadas. De hecho, eran muy parecidas a los fuertes que los británicos establecieron en la costa de la India durante el siglo XVII.

La creciente complejidad de la actividad comercial significaba que el futuro comerciante tenía mucho que aprender. Por ello, se instituyó una especie de aprendizaje. Aquellos hijos de comerciantes que debían seguir las huellas de sus padres a menudo aprendían el oficio ejerciendo como factores en ciudades distantes. Muchos comerciantes

25. Florence Edler, «The Van der Molen, Commission Merchants of Antwerp», *Medieval and historiographical essays in honor of James Westfall Thompson*, Chicago, 1938, pp. 78-145.

también aceptaban personas ajenas a su familia con el propósito de adiestrarlos en el difícil arte del comercio.

Se escribieron varios manuales destinados a servir de guía a los aprendices de comerciante. El más conocido de todos es, sin duda, la *Pratica della Mercatura,* de Pegolotti. Al comerciante le hacía falta conocer la relación existente entre las distintas monedas con que había de trabajar; las diferentes medidas y calidades de las mercancías con que traficaba, y los lugares donde podían hallarse a mejor precio. Toda esta información era más fácil de obtener si se relacionaba con la pequeña comunidad de factores y comerciantes que vivían agrupados en una ciudad extraña.[26]

Ferias y mercados

Durante el período carolingio y los siglos inmediatamente posteriores, el comercio consistía en un goteo de productos irregular e intermitente. Era demasiado reducido como para justificar la existencia de centros comerciales permanentes, dispuestos en todo momento a recibir comerciantes y concluir operaciones. Con la institución de las ferias se encontró la manera de resolver la dificultad que tenía el comerciante para relacionarse con otros compañeros de oficio. La feria era un encuentro periódico y regular de comerciantes, con una duración de varios días o algunas semanas que, por lo general, no tenía lugar más de dos veces al año. El comerciante sabía que allí iba a encontrarse con otros compañeros, que hallaría los géneros que necesitaba y que tal vez podría vender su mercancía. Las ferias jugaban un papel importante en la estructuración y regulación de su existencia errante. Por otra parte, la producción de ciertos artículos para el comercio, tales como paños, objetos metálicos y productos alimenticios, era muy limitada. La feria regional servía para reunirlos en unas condiciones que iban a permitir su venta y distribución.

Las ferias iban, por lo general, asociadas a los mercados. En rea-

26. Wilfrid Brulez, *De Firma della Faille en de Internationale Handel van Vlaamse firma's in de 16e eeuw,* Verhandelingen van de Koninklijke Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Letteren en Shone Kunsten van België, Klasse der Letteren, vol. XXXV, Bruselas, 1959.

lidad, las cartas medievales que las establecían, normalmente las relacionaban con la concesión única de un mercado semanal y una feria dos o tres veces al año. Sin embargo, había importantes diferencias que las distinguían. La feria se reunía muy de tarde en tarde; podía durar hasta varias semanas; es posible que la frecuentase la gente de la vecindad, pero las transacciones que en ella se realizaban eran esencialmente con productos de origen lejano y entre comerciantes venidos de lugares remotos. Inevitablemente, las mercancías tenían un valor relativamente alto, ya que al contrario no hubiesen podido sufragar los gastos del transporte. Por contraste, el mercado servía las necesidades de la comarca. Tenía lugar normalmente una vez a la semana y ponía a la venta productos baratos y perecederos. Bracton definía el área que servía un mercado de la siguiente manera: un hombre puede desplazarse unas veinte millas en una jornada. Por lo general pasará un tercio del día en el mercado, con lo cual quedan dos tercios del tiempo para viajar. Así pues, el desplazamiento no debía ser superior a las seis millas y dos tercios. Esta apreciación a ojo de buen cubero era la que se utilizaba en Inglaterra para determinar si el establecimiento de un nuevo mercado iba a ir en detrimento de los ya existentes. De este modo, se establecía una densidad máxima teórica. En la realidad, esto casi jamás se cumplía.

Aunque con funciones distintas, las ferias y los mercados se integraban en cierta medida en un mismo sistema. Los comerciantes que vendían sus géneros en las ferias, en muchos casos, los habían adquirido visitando una serie de mercados semanales. Y a la inversa, los aldeanos tenían la posibilidad de adquirir los pocos productos exóticos que jamás podrían tener en su mercado local, tal vez tras vender a buen precio el grano o algún animal. Estos productos exóticos seguramente habrían sido traídos al mercado local por comerciantes que los habrían adquirido en la feria regional. Las ferias tuvieron una importancia muy particular, durante la baja Edad Media, como salida de los productos de la manufactura doméstica de las zonas rurales (ver p. 417). Este tipo de productos, como los fustanes y *barchents* de la Alemania meridional, por regla general llegaban a las ferias a través de los mercados.

Los mercados y las ferias tenían en común la necesidad de protección legal. El señor en cuyas tierras se celebraban habría dado su consentimiento formal, o por lo menos se entendía que lo habría dado. Las ferias se empezaron a celebrar una vez que se hubo supe-

rado la confusión y destrucción producidas por las invasiones de nórdicos y vikingos. Fueron muchas las que se celebraron en la vecindad de un monasterio. La feria de Lendit, una de las más importantes de la Europa occidental, se había instituido previamente en la abadía de Saint-Denis, cerca de París. La feria de Visé, que tenía lugar a orillas del Mosa, junto a Lieja, ya se citaba en el año 983, y puede que tuviese lugar con bastante anterioridad a esa fecha. En ella se desarrollaban importantes transacciones de metales, que dieron notoriedad a las Ardenas, en el sur. Seguramente también se traficaba con cobre, procedente de las minas del Harz, recientemente abiertas.[27] El número de ferias se incrementó considerablemente durante los años finales del siglo XI y la primera parte del siglo XII. Se manifestó la tendencia de que las ferias se celebraran sucesivamente en un grupo de ciudades. El primero de esos ciclos de ferias que se desarrolló, fue el que tuvo lugar en las ciudades flamencas de Lille, Messines, Yprés, Thourout y Brujas. Algunas ya se celebraban antes del año 1100; y el ciclo quedó completado unos 25 años más tarde. La secuencia de ferias se mantenía durante la casi totalidad de la temporada en que los comerciantes podían viajar y realizar sus operaciones. Las ferias flamencas perdieron importancia con la ascensión de las ciudades flamencas como centros comerciales de actividad permanente. Sin embargo, aún tuvieron importancia como ferias de animales durante toda la Edad Media.

El ciclo de las ferias de Champaña constituye el ejemplo más notable de la Europa medieval y, comercialmente, el más importante. Llegó a ser un ciclo integrado por seis ferias: dos en Troyes y en Provins, y una en Lagny y en Bar-sur-Aube, y cada una duraba por lo menos seis semanas. El año comenzaba con la feria de Lagny, junto al Marne, en las proximidades de París (figura 8.1). A ésta seguía la de Bar-sur-Aube, a mediados de Cuaresma y la primera feria de Provins en la semana de la Ascensión. La primera feria de Troyes se celebraba tras la festividad de san Juan Bautista; la segunda de Provins tenía lugar el 14 de septiembre, y el ciclo terminaba con la segunda feria de Troyes el 2 de noviembre. Las fechas de la segunda y tercera ferias del ciclo variaban según la fecha de la Pascua, pero, por regla general, había un intervalo de una o dos semanas entre las distintas ferias. Las de invierno de Lagny y de Bar-sur-Aube parece

27. Knaepen, *op. cit.*

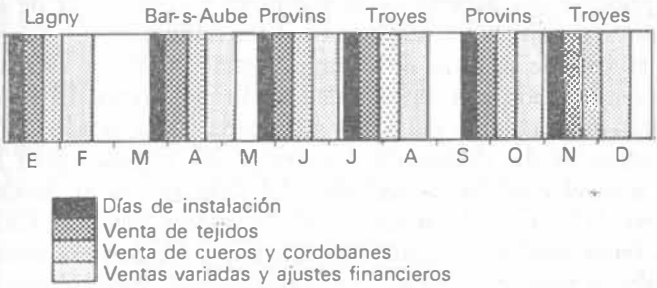


FIGURA 8.1

El ciclo de las ferias de Champaña

que tenían poca importancia, por el contrario, la de Troyes y Provins era abrumadora.[28]

Las ferias comenzaron durante la primera mitad del siglo XII, como ferias regionales, en las que tenía gran importancia la venta de caballos. No se sabe a ciencia cierta cómo pasaron de ser mercados de importancia local a ferias de renombre internacional. Sin ningún género de dudas, la corriente comercial entre los Países Bajos e Italia requería un punto de reunión de sus comerciantes respectivos en algún lugar de la Francia oriental, pero los italianos parece que no asistían a las ferias antes de finales del siglo XII. La ruta que se había seguido primitivamente entre norte y sur seguía los cursos del Mosa, del Saona y del Ródano. Un itinerario más directo entre el valle del Ródano y las ciudades de Flandes occidental discurría del Saona, por las tierras altas de Langres, a las cabeceras de los ríos parisienses, y de allí, hacia el norte, en dirección a Lille y Arras. Las ciudades feriantes se encontraban en esa ruta, o cerca de ella.[29] Además, la región había sido unificada durante el siglo XI bajo la autoridad de los condes de Champaña, cuya dirección firme pero ilustrada tenía un cierto parecido con la de los condes de Flandes.

En una época en que los gobernantes se encontraban con dificultades enormes para hacer cumplir su voluntad, no sorprende que cual-

28. La Foire, *RS Bodin*, vol. V, 1953; Félix Bourquelot, *Études sur les foires de Champagne, Mémoires présentés à l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, París, 1865.

29. E. Chapin, «Les villes de foire de Champagne», BEHE, vol. 268 (1937).

quier príncipe que garantizase la seguridad y el bienestar de los comerciantes y viajeros los atrajera a sus territorios.

El sistema de las ferias de Champaña seguramente no estaba totalmente desarrollado con anterioridad al último cuarto del siglo XII. Se mantuvo a lo largo del siglo XIII, pero, hacia el año 1300, su importancia ya iba decayendo. Las ferias aún tuvieron gran importancia a nivel local hasta mediados del siglo XIV, pero, finalmente, la guerra de los Cien Años acabó definitivamente con ellas. Cada una de las ferias estaba estrictamente organizada. La primera semana se empleaba en montar las paradas en las calles de la ciudad; luego seguía un lapso de diez días, que se dedicaba a la transacción de paños; otro de once días en que se ponía a la venta el cuero cordobán, y en los diecinueve días siguientes se trataba con toda la variedad de productos restantes. La feria concluía con unos cuantos días dedicados a saldar las cuentas.[30]

Las mercancías viajaban lentamente, con frecuencia en caravanas guiadas por conductores profesionales, o *vectuarii*. Los comerciantes se dirigían a las ferias cuando éstas ya habían empezado, pero mandando por delante correos que se desplazaban a mucha más velocidad, con noticias de las mercancías y cantidades que estaban por llegar. Buena parte del género se vendía, pues, antes de verlo, y los comerciantes se intercambiaban documentos de crédito. Hasta este momento no había circulado la moneda. Cuando se clausuraba la feria, se hacía el balance de las transacciones que se habían realizado y cualquier saldo, positivo o negativo, se saldaba por medio de una carta notarial (ver p. 481). De ese modo, los comerciantes no se veían obligados a viajar llevando grandes cantidades de dinero. Las ferias iban camino de convertirse más que en una ocasión de mostrar los géneros en un medio de saldar las cuentas, una tendencia que se llevaría aún más lejos durante el siglo XV, en las ferias de Lyon, Amberes y Bergen-op-Zoom.

La decadencia de las ferias de Champaña en el siglo XIV, se ha atribuido al quebrantamiento de la ley y el orden; la absorción del condado de Champaña en los dominios reales de Francia y el fin del gobierno paternalista de los condes de Champaña; el comienzo de la

30. R. D. Face, «Techniques of business on the trade between the fairs of Champagne and the south of Europe in the twelfth and thirteenth centuries», *EHR*, X (1957-1958), pp. 427-438; del mismo autor, «The Vectuarii in the overland commerce between Champagne and southern Europe», *EHR*, XII (1959-1960), pp. 239-246.

guerra de los Cien Años y la utilización de la ruta marítima entre Italia y los Países Bajos. Todos estos factores sin duda tuvieron importancia, pero la razón subyacente era que las ferias ya no eran esenciales al comercio terrestre de la Europa occidental. Las transacciones financieras podían realizarse con la misma facilidad y con mucha más comodidad en las casas de cuentas de Florencia o Brujas que en las ferias. Las mercancías se iban normalizando (ver p. 356) y cada vez era menos imprescindible examinarlas antes de adquirirlas. Sobre todo, los comerciantes —por lo menos los más ricos— tenían negocios en varias localidades, en las que habían establecido agentes. Los correos circulaban entre ellos con encargos e información comercial, y las mercancías las transportaban arrieros profesionales, que a menudo se las arreglaban para viajar en caravana.

Así pues, las ferias internacionales de la Europa occidental fueron perdiendo importancia durante la baja Edad Media, pero nunca llegaron a desaparecer. Muchas se convirtieron en mercados poco más que de importancia regional, donde se vendían animales domésticos. Algunas trataban con los productos estacionales, como por ejemplo las ferias del vino de Bolzano o Compiègne, o la feria del arenque en Scania, al sur de Suecia.

Durante los siglos XIV y XV las ferias tenían una importancia cada vez mayor en la Europa central y oriental. Ello se debía principalmente a que las ferias son más propias de una economía pionera que de una economía madura. En la Renania superior y en el sur de Alemania se constituyó otro grupo de ferias. A menudo se ha dicho que éstas vinieron a sustituir a las de Champaña. Sin embargo, no es así. Comerciaban con diferentes productos y satisfacían necesidades distintas. Las condiciones económicas de la Alemania meridional, Suiza y Austria, en el siglo XIV, guardaban cierto parecido, en algunos aspectos, con las condiciones vigentes en la Europa occidental un siglo antes, con la creación de nuevas ramas de la industria textil y el desarrollo de mercados lejanos.

Las ferias de Francfort del Main ya estaban en marcha a principios del siglo XIII, pero no adquirieron importancia internacional hasta el siglo XIV. Su ascenso, así como el de las ferias de Friedberg, Nördlingen, Zurzach y Ginebra, estaba muy relacionado con el giro hacia el este de las rutas comerciales (ver p. 432) que empezaban a utilizar los pasos alpinos centrales y orientales. La apertura del paso de San Gotardo, hacia el año 1230, fue de crucial importancia. Las

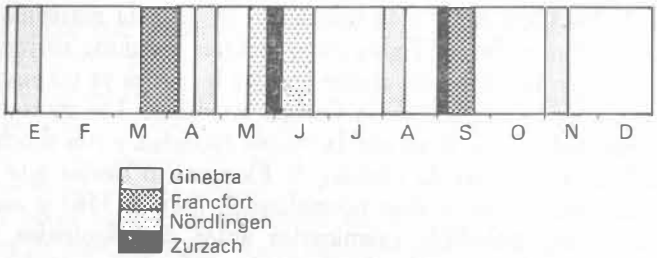


FIGURA 8.2

El ciclo de las ferias del sur de Alemania

ferias de Nördlingen estaban tan relacionadas con la industria pañera de la Alemania meridional, como las de Champaña lo habían estado con la de los Países Bajos. Las ferias de Zurzach se desarrollaron a orillas del Rin, a unos 50 kilómetros más arriba de Basilea. Servían a un área más reducida que las de Nördlingen o Francfort. En ellas predominaban los paños del norte de Suiza, de Alsacia y del sudoeste de Alemania, pero también tenían importancia los productos de origen alpino —pieles, cueros y quesos—.

Ginebra tenía una situación óptima para controlar los pasos alpinos más occidentales, especialmente el Gran y el Pequeño San Bernardo, así como también el Mont-Cenis y el San Gotardo (ver figura 6.2). Como las de Francfort, las ferias de Ginebra comenzaron a celebrarse en el siglo XIII, pero no adquirieron fama internacional hasta el siglo XIV. Su importancia residía en la venta de paños suizos, metales y productos metálicos, como armaduras y armas de Milán. También heredaron una función importante, desarrollada anteriormente en las ferias de Champaña; se convirtieron en el punto de reunión donde los comerciantes saldaban sus cuentas comerciales. Las ferias de Ginebra tuvieron su momento de máxima importancia a mediados del siglo XV, y luego fueron perdiendo importancia de un modo gradual (ver p. 420). El destino de las ferias de la Alemania meridional y de Suiza fue similar al de las ferias de Champaña: los negocios se convirtieron en un quehacer permanente y regular y fue desplazándose progresivamente a las tiendas y casas comerciales de las ciudades.

El destino de las ferias bajomedievales queda bien ilustrado por

los avatares de la feria de Nuremberg. El derecho a celebrar una feria lo otorgó el emperador en los años 1423-1424 y lo confirmó en 1431. En esa época, Nuremberg era la mayor ciudad comercial de la Alemania meridional, pero, con todo, la feria fracasó en el intento de atraer a los comerciantes y dejó de celebrarse. Esta aparente paradoja puede explicarse fácilmente. Nuremberg no necesitaba la feria; cualquier transacción que hubiese podido concretarse en ella, podía acordarse dentro del recinto amurallado de la ciudad y *en cualquier momento*. Hacia la misma época, sin embargo, las ferias tenían gran actividad en la Europa centro-oriental. En el siglo XIV la feria de Leipzig iba ganando importancia, así como en Polonia las ferias de Poznan y Gniezno. Pero se trataba de una región de frontera en la que había muy pocas ciudades grandes.

Otra zona en la que las ferias estaban en expansión durante la baja Edad Media, aunque luego fracasaron al confluir sus funciones con las de las ciudades, era la del norte de los Países Bajos y la baja Renania. Las ferias más antiguas de esta región eran las que se celebraban en Deventer y Utrecht, junto a vías navegables muy usadas, que conectaban el Rin con el mar del Norte. Las ferias de Amberes y de Bergen-op-Zoom se desarrollaron en el siglo XIV y usurparon algunas de las funciones de las de Deventer y Utrecht. Tanto Amberes como Bergen tenían fácil acceso desde el mar y se dedicaron a la importación de lana y paños ingleses. Eran la ventana al exterior de los Países Bajos septentrionales relativamente subdesarrollados y, como tal, adquirieron un alto nivel de prosperidad durante los años finales del siglo XV. En el período comprendido entre los años 1479-1488 las ferias de Bergen y las de Amberes llegaron a convertirse en una actividad casi continua; en otras palabras: dejaron de ser ferias.[31] Las ferias de Amberes formalmente nunca se dejaron de celebrar; en el siglo XVI su actividad confluyó con la propia de la mayor ciudad de la Europa noroccidental. Por su parte, Bergen fue perdiendo importancia como ciudad ferial. Cada vez era menos accesible por mar y en el siglo XVI sucumbió a la competencia de la cercana Amberes.

En el siglo XV y principios del XVI, cuando los asuntos propios de

31. E. Coornaert, «Caractères et mouvement des foires internationales au Moyen Âge et au XVI[e] siècle», *Stud On Armando Sapori*, Milán, 1957, vol. I, pp. 355-371; del mismo autor, *Les Français et le commerce international à Anvers*, París, 1961.

las ferias iban pasando gradualmente a las ciudades, las propias ferias se convirtieron en peones del juego político nacional. En el año 1463 se establecieron las ferias de Lyon como parte de la política de Luis XI, y se prohibió a los franceses concurrir a las ferias de Ginebra. Así, las ferias de Lyon gozaron de una época de prosperidad, gracias a los asuntos financieros que se realizaban en la ciudad, en lugar de hacerlo en Ginebra (ver p. 418).

Los mercados no padecieron este ciclo de ascendencia y decadencia. Después del siglo XIV se otorgaron muy pocos permisos para celebrar mercados, excepción hecha de la Europa oriental, pero para esta fecha, ya se había constituido una red de mercados suficiente para satisfacer las necesidades locales. Los signos de descenso y decadencia no se presentaron hasta el siglo XIX. Los mercados proporcionaron a los campesinos la posibilidad de mantenerse y al mercader ambulante la de tener la seguridad de encontrar clientela.[32]

El sistema comercial

En el período de expansión comercial y económica que abarca los siglos XI al XIV, fue Italia —especialmente el norte— quien abrió la marcha. Por manos de los comerciantes italianos pasó un volumen de comercio —no importa cómo se calcule— superior al de cualquier otra región de Europa. Todas las innovaciones capitales en materia de comercio y contabilidad se produjeron en Italia. Y se encontraba, tanto a los comerciantes italianos como a sus agentes, en cada feria y en cada ciudad importante de la Europa occidental y central. Al principio, la primacía italiana en Europa era indiscutida. Sin embargo, de modo inevitable fueron apareciendo otros focos comerciales, animados por el ejemplo de los italianos y guiados por sus innovaciones. Las diferencias entre los italianos y otras comunidades menos desarrolladas fue disminuyendo hasta que, a fines de la Edad Media o, a más tardar, en los cien primeros años de la Edad Moderna, los pueblos del noroeste de Europa los sobrepasaron en aquellas áreas en que antes habían dominado.

32. La descripción del mercado rural en la Polonia central ofrecida por W. Reymont en su novela *Chlopi* («Los campesinos») bien podría aplicarse a cualquier mercado medieval de la Europa occidental.

La primera zona en rivalizar con la preponderancia comercial e industrial de Italia fueron los Países Bajos. A fines del siglo XI su manufactura y comercio comenzó a elevarse por encima del nivel de importancia puramente local. Hacia el siglo XIII ya tenía importancia internacional. Los centros comerciales se multiplicaron por el norte de Francia y la baja Renania. El cambio en el trazado geográfico de las rutas llevó al comercio a un nivel superior en Suiza y Alemania meridional, y también allí aparecieron centros comerciales. El comercio de los Países Bajos y de Renania fue extendiéndose hacia el este y el norte, absorbiendo lo que aún quedaba de la actividad comercial de los vikingos, hasta que un único sistema comercial, de una inmensa complejidad, abarcase todo el continente europeo, desde España hasta las fronteras de Rusia.

Italia

Durante la segunda mitad del siglo XI tuvo lugar un cambio importante en la estructura comercial italiana. Amalfi y los restantes puertos de la Italia meridional sucumbieron ante la presión progresiva ejercida por los normandos y la creciente debilidad de sus protectores, los emperadores bizantinos. En adelante, el papel que habían desempeñado pasó a Venecia, Pisa y Génova. Venecia ya se había convertido en la principal ciudad comercial del Adriático, heredando el papel de Rávena; aquélla tenía una mejor conexión con su *hinterland*, por medio del río Po, y se hallaba más próxima a los pasos alpinos y al vasto, pero casi intacto, mercado centro-europeo. Al mismo tiempo, la gran longitud del mar Adriático le proporcionaba cierta inmunidad ante los normandos y sarracenos, que habían hundido Amalfi. Sin embargo, la ascensión de Venecia no queda totalmente explicada con estas solas razones. Su estabilidad, su sistema gubernamental ordenado, creado y mantenido durante varios siglos por las familias patricias; la continuidad y persistencia de su política, se combinaban dando una fuerte impresión de poder, del mismo modo que deleitaba las miradas de quienes contemplaban su belleza. «Poco imaginaban —escribiría Ruskin— los que primero hincaron las estacas en la arena y cortaron los primeros juncos para hacerse el lecho, que sus descendientes iban a ser los príncipes de aquel océano [el Adriático] y sus palacios el orgullo del mismo.»

Antes de concluir el siglo XI, los venecianos ejercían su autoridad por las costas del Adriático e intensificaban los lazos comerciales con Constantinopla. Sin duda, el volumen comercial aún era pequeño, y en el año 1084 sufrieron una derrota militar a manos de Roberto Guiscardo y los normandos, aunque no llegó a peligrar su cuasi-independencia. Fueron las cruzadas las que dieron el mayor impulso a la expansión del comercio veneciano. No es que participasen directamente, excepto en la cuarta cruzada (1204), en aquellas incursiones brutales y sangrientas: no era éste el modo de actuar de los venecianos; lo que hicieron fue prestar sus embarcaciones y ofrecer los servicios de sus comerciantes, buenos conocedores del Mediterráneo oriental, y por ello recibieron una generosa recompensa. Se ampliaron sus privilegios comerciales en Constantinopla y obtuvieron concesiones en todos los puertos importantes del Levante. La flota veneciana no fue la que transportó el mayor número de cruzados de Italia hacia el este —esa fue la de Pisa— pero sí la que obtuvo resultados más sustanciosos. En la cuarta cruzada, los venecianos llegaron a modificar los planes originales de reconquistar Jerusalén, por la conquista de Constantinopla y la adjudicación de bases comerciales por todo el Egeo para ellos mismos.

De ese modo, fue edificándose un imperio ultramarino, consistente en un gran número de bases estratégicamente situadas. Venecia nunca ocupó territorios extensos, con la excepción de la península italiana, donde el Véneto fue ocupado en fecha tardía con la finalidad primordial de producir alimentos y productos básicos. El imperio veneciano tenía cierto parecido con el imperio asiático de la Gran Bretaña del siglo XVII y primeros años del XVIII. La mayoría de sus posesiones tenían un área reducida, simples *comptoirs* a los que llegaban las mercancías para su venta. La mayoría eran autosuficientes en materia alimenticia y, aparte de algo de trigo y algodón y una considerable cantidad de vino —el principal de ellos la malvasía de Monembasia, en Morea— producían poco para el comercio. Las bases más importantes se encontraban en la costa oriental del Adriático, en las costas de Grecia, de las que Corón, Modón y Monembasia eran las más importantes, y en el Egeo (figura 8.3).[33] Los venecianos tenían un establecimiento comercial en la costa meridional del Cuerno de

33. Freddy Thiriet, *La Romanie Vénitienne au Moyen Âge*, BEF At Rom, vol. 193 (1959).

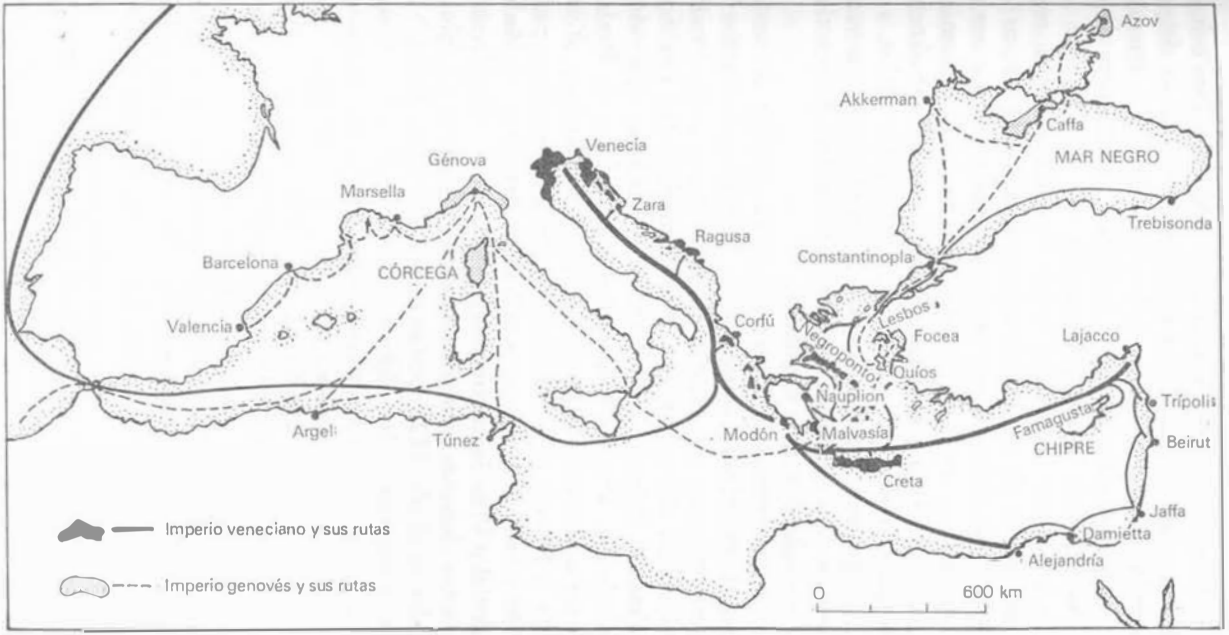


FIGURA 8.3

Los imperios comerciales veneciano y genovés

Oro y otra en la costa de Siria. Su suerte en el Mediterráneo oriental iba íntimamente asociada a la de las cruzadas, pero incluso después de la destrucción del imperio latino y la expulsión de los cruzados, los venecianos siguieron manteniendo pequeñas comunidades de comerciantes, durante toda la baja Edad Media.

El Estado veneciano funcionaba como una gran compañía reglamentada: otro punto de semblanza con el quehacer británico del siglo XVII. Estableció el marco legal e institucional en el que sus comerciantes operaban, y aportaba la protección militar y diplomática necesaria. Los comerciantes, a su vez, actuaban, ya individualmente, ya en compañías de pocos socios. Fletaban barcos y mantenían, a veces entre varios, representantes en los puertos de ultramar, que vivían bajo la protección de las murallas construidas por el Estado veneciano y guardadas por soldados de la República.

El imperio ultramarino de Venecia hubiera carecido de sentido sin el acceso al *hinterland* europeo. Este imperio suministraba las exportaciones venecianas y consumía la mayor parte de las importaciones. La dirección del comercio terrestre veneciano fue modificándose gradualmente. Primero había estado canalizado en dirección al oeste, por el río Po. Venecia aprovisionaba a las ferias de Pavía y, de tanto en tanto, a través de los pasos alpinos occidentales, al valle del Ródano y a Francia. Esta salida del comercio veneciano parece haber decaído a medida que se reanimaba el comercio en el Mediterráneo occidental y Venecia incrementaba sus contactos con Alemania. Los comerciantes alemanes ya se encontraban en Italia en el siglo XII y, a más tardar en el año 1228, tenían su *fondaco* en la ciudad.[34] Los alemanes traían metales de los Alpes orientales, especialmente hierro y cobre, y paños, en particular fustanes livianos y lienzos, de los que había gran demanda en las regiones calurosas del Mediterráneo oriental. Obtenían vino de Grecia y Creta, y del este algodón en bruto, que tenía una fuerte demanda en Alemania, así como otros productos menos voluminosos pero de mayor valor.

Pisa y Génova desarrollaron un sistema comercial de características similares, partiendo de sus bases en la costa occidental italiana. Empezaron más tarde que Venecia, y Pisa, la primera de las dos en

34. Henry Simonsfeld, *Der Fondaco dei Tedeschi in Venedig und die deutsch-venetianischen Handelsbeziehungen*, Stuttgart, 1887; también Philippe Braunstein, *Wirtschaftliche Beziehungen zwischen Nürnberg und Italien im Spatmittelalter, Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte Nürnbergs*, vol. I, Nuremberg, 1967.

desarrollarse, se mantuvo durante un largo período a la sombra de Amalfi. En el siglo XI, Pisa, situada junto al río Arno, a sólo diez kilómetros de su desembocadura, se convirtió en el puerto de Toscana, y se lanzó al comercio con Córcega y Cerdeña con tanto ímpetu que en el año 1097 suministró el mayor número de naves en la flota que transportó a los cruzados hacia Oriente. El siglo XII fue el siglo de Pisa. En el año 1135 atacó Amalfi, dando el golpe de gracia a las pretensiones amalfitanas en el comercio mediterráneo. Durante varias décadas, Pisa fue el único rival de importancia para Venecia. Más tarde sucumbió, como hiciera anteriormente Amalfi. En esta época, Luca era la ciudad más desarrollada de Toscana, pero la potencia comercial de la región era insuficiente para constituir un *hinterland* como el de Venecia. Las rutas que partían de Pisa hacia el norte de Italia eran caminos muy deficientes y los que seguían por la costa podían verse bloqueados por Génova. A la primitiva cooperación entre Pisa y Génova siguió una era de hostilidades, cuando las dos ciudades tuvieron que competir para asegurarse mercados. Durante buena parte del siglo XII ambas ciudades vivieron en un estado de guerra intermitente. Debilitada por la lucha, Pisa sucumbió ante Florencia en el siglo siguiente.

Génova ocupó un lugar algo más propicio que el de Amalfi. Cuando ésta se encontraba en el cenit de su prosperidad, Génova no era más que una aldea de pescadores, en una plataforma estrecha entre los Apeninos y el mar. Carecía de *hinterland*, lo mismo que Pisa, pero tenía otras ventajas. Allí los Apeninos eran estrechos y más fáciles de cruzar que en otros lugares, y al otro lado se encontraba la llanura de Lombardía y los pasos que llevaban a Alemania.

El comercio marítimo de Génova en un principio se limitaba al Mediterráneo occidental. En una época en la que los normandos estaban avasallando a la Italia meridional, los genoveses, aliados con los pisanos, expulsaron a los sarracenos de las islas y realizaron incursiones a la costa norte de África. Ello dio lugar, en el siglo XII, al comercio con los bereberes de África y los musulmanes de España —un comercio que parece haber beneficiado a los genoveses mucho más que a los pisanos—. De Trípoli a Marruecos, el comercio estaba casi en su totalidad en sus manos. Desalojaron a los sirios y judíos, que anteriormente controlaban este comercio, e intercambiaron fustanes y lienzos italianos por algodón en bruto, productos tintóreos, especias, alumbre, pieles y cueros de la región del Atlas, e incluso

polvo de oro, traído de Senegal a través del desierto del Sáhara. Una de las consideraciones importantes a tener en cuenta es que el territorio de Génova producía pocos alimentos. Al contrario que Venecia o Pisa, Génova se veía obligada a importar la casi totalidad de sus alimentos por mar. El vino y la sal provenían de España; el trigo de Sicilia y, ya en el siglo XIV, de la zona del mar Negro; la carne y el queso del sur de Italia y de las islas mediterráneas.

Los genoveses siguieron los pasos de los venecianos hacia el Mediterráneo oriental, pero su comercio careció de importancia antes del año 1100. Se beneficiaron de las cruzadas, pero, por regla general, se establecieron en distintas zonas de los venecianos. Su base de Constantinopla —situada en Pera, al norte del Cuerno de Oro— era relativamente reducida; no establecieron bases permanentes ni en Grecia ni en Siria, pero adquirió gran importancia el comercio con Chipre, la zona occidental del Asia Menor y la costa del mar Negro (figura 8.3). Su base principal en el Mediterráneo oriental era la isla de Quíos, y el principal artículo de comercio el alumbre, que hacia el año 1275 empezó a producirse en grandes cantidades en las minas de Focea, en la tierra firme adyacente. Hasta la segunda mitad del siglo XIII no establecieron bases en la costa del mar Negro, pero entonces, en unos quince años, fundaron un sistema de establecimientos alrededor de la costa.[35] Soldaia y Caffa, en Crimea, fueron de los primeros; entre sus posesiones también se contaban Tana, en la desembocadura del Don, Trebisonda y Moncastro (la futura Cetatea Alba) en el estuario del Dniéster. Hasta allí llegaban las sedas y las especias traídas a través del Asia central y se embarcaban hacia Pera y Génova, pero el artículo de mayor importancia del comercio genovés era el grano. Se cultivaba en la periferia del mar Negro y los genoveses lo hacían llegar a Constantinopla y a la misma Génova, siempre precaria en granos. Probablemente, los genoveses controlaban una buena parte del comercio de granos mediterráneo.[36] Era una característica particular del comercio de Génova en la cuenca mediterránea el que la seda y las especias tuviesen una escasa importancia. Los cargamentos se constituían de productos voluminosos y de bajo precio: trigo, alumbre, sal, algodón y lana.

35. G. I. Bratianu, *Recherches sur le commerce Génois dans la Mer Noire au XIII^e siècle*, París, 1929.

36. Jacques Heers, *Gênes au XV^e siècle*, EPHE, París, 1961.

El Mediterráneo occidental

El comercio de Génova estaba muy ligado al de los puertos del sur de Francia y de Cataluña y España. Al retirarse los árabes de esas regiones, el comercio volvió a reactivarse. Barcelona pasó a ser el puerto más importante de la zona, pero Marsella, Narbona y los puertos situados en el delta del Ródano también tenían un comercio floreciente. Buena parte de él era de cabotaje; transporte de granos y de vino de puertos pequeños a las grandes ciudades. La estructura de este modelo de comercio fue modificándose, no sólo a causa de los cambios de la demanda sino también al irse cegando puertos y al quedar inutilizadas ciertas vías fluviales. Arles, Saint-Gilles, Montpellier y Béziers, todos ellos puertos utilizados en la alta Edad Media, fueron abandonados. Luis IX, hacia el año 1250, fundó el puerto de Aigues-Mortes, en uno de los brazos del delta del Ródano, como punto de embarque de su cruzada. Pero en un par de siglos quedó cegado, quedando sólo utilizable para embarcaciones pequeñas. Tan sólo Marsella y Barcelona se libraron de estos cambios naturales.

Los puertos del Languedoc y de Provenza tenían por *hinterland* el valle del Ródano, que canalizaba el comercio hacia el interior. Este tráfico era vital para el puerto de Génova. Los comerciantes genoveses embarcaban su género y lo transportaban, siguiendo la costa ligur, hasta uno de los puertos del sur de Francia, desde donde, ya por tierra o por vías fluviales, penetraban en el continente, o bien seguían una de las diferentes rutas terrestres hasta alcanzar el valle del Ródano. De esta manera se hizo posible el comercio en las ferias de Champaña. La decadencia de las ferias produjo una cierta disminución del volumen del comercio entre el interior y la costa mediterránea, pero el establecimiento de la corte papal en Aviñón (1305) ayudó a restablecerlo. El papado retornaría a Roma, pero para entonces, ya se habían establecido las ferias de Lyon, que continuaban atrayendo a los comerciantes, especialmente genoveses, al valle del Ródano.

Una gran parte —acaso la mayor— del comercio europeo de Venecia y Génova no se realizaba con Alemania y Francia, sino con las ciudades del llano de Lombardía. Desde Génova se llegaba a ellas por el paso Giovi, ruta tan fácil y llana que casi no merece el nombre de paso. Desde Venecia, muchas eran accesibles por el Po, por

lo menos navegable hasta Plasencia. Muchas de las ciudades del llano eran ante todo centros bancarios y puntos de parada en las rutas que transcurrían por los puertos alpinos. Este era el caso de Asti, Cremona, Plasencia y Mantua. Cuando en el año 1220 los mantuanos amenazaron con controlar la navegación por el Po, los ciudadanos de Cremona y de Reggio nell'Emilia se aliaron para abrir un canal de unos 60 kilómetros de longitud para circunnavegar el territorio mantuano. Todas las ciudades mayores del llano estaban unidas al Po mediante una vía navegable, y todas disponían de una flota de barcas y de un pequeño puerto. Varias fueron las que desarrollaron industria textil y metalúrgica (ver pp. 362-367 y 379), importando materias primas y exportando sus mercancías a través de los puertos mediterráneos del norte de Italia.

Milán se convirtió en la mayor ciudad manufacturera y comercial de Lombardía. Bonvesin della Riva, escribiendo hacia el año 1288, describía las cuatro ferias y los varios mercados con que contaba la ciudad. «Es cosa sorprendente —escribía— ver los incontables mercaderes con su variedad de géneros y a los compradores que acuden en tropel a todas estas ferias ... prácticamente cualquier cosa que se pueda precisar se trae a diario, no sólo a lugares concretos, sino a cualquier plaza.»[37] La preponderancia comercial de Milán se debía en parte a la conexión navegable con el Po y al control de varias rutas alpinas. De todas ellas, el paso del Simplón era la más utilizada hacia mediados del siglo XIII, y el paso de San Gotardo —la ruta más fácil de los Alpes centrales— se había abierto unos años antes.

Florencia no tenía todas estas facilidades. En realidad, no es fácil explicar su ascensión, hasta convertirse en la cuarta de las ciudades gigantes de Italia. Cuando Pisa era un puerto floreciente, la mayor ciudad de Toscana era Luca, que ya en el siglo XI se dedicaba a la manufactura y exportación de paños. Pero, en algún momento del siglo XII, Luca fue sobrepasada por su rival. Florencia se encuentra situada a orillas del río Arno, río que sólo era navegable en invierno, pero no se podía contar con utilizar el puerto de Pisa, en su desembocadura. Hasta que, en el año 1406, Pisa fue conquistada por los florentinos, en donde los ciudadanos eran hostiles a la vecina Toscana. Florencia utilizaba el puerto de Ancona, pero para ello era preciso

37. Citado en Lopez y Raymond, *Medieval trade in the Mediterranean world*, p. 69.

transportar las mercancías a través de los Apeninos. Sin embargo, con mayor frecuencia utilizaban los barcos genoveses, transportando las mercancías a través de las colinas del norte de Toscana y de Liguria.[38] Tratándose de una ciudad de difícil acceso, Florencia se dedicó a las industrias de alta intensidad de mano de obra, reduciendo así al mínimo su dependencia respecto al comercio de materiales voluminosos (ver p. 363). Importaba paños flamencos y lana inglesa y española, así como alimentos y metales que eran necesarios para complementar la producción de Toscana.

En el año 1406, Florencia conquista a su vecina y rival Pisa. El disponer de salida al mar no le supuso ninguna ventaja inmediata, pues el Arno se había cegado y Pisa ya no era accesible para los barcos grandes. Los pisanos habían estado utilizando Porto Pisano, al sur de la desembocadura del Arno, pero era pequeño y poco profundo, y los florentinos se vieron obligados a construir el puerto de Livorno, en un lugar insalubre de la costa toscana, infecto de paludismo.

A pesar de la falta de puerto antes de finales del siglo xv, Florencia se había dotado de una pequeña flota que andaba en puertos aislados.[39] El Estado florentino fue el constructor y propietario de varias galeras que se arrendaban a los comerciantes, los cuales las dedicaban al comercio con el Levante. Las galeras florentinas siguieron operando hasta finales de siglo, cuando fueron complementadas por un buen número de bajeles privados de menores dimensiones.

Los barcos que realizaban el comercio mediterráneo, por lo menos durante la baja Edad Media, eran de dos tipos: la galera y la nao (*navis*), barco más pequeño y de casco curvo (figura 8.4). La primera iba propulsada por remos, pero también estaba dotada de velas. Tenía la ventaja de ser un barco veloz en circunstancias en las que un barco a vela hubiese quedado varado. Así que era un barco apropiado para surcar mares infestados de piratas. Por el contrario, buena parte de su capacidad se veía hipotecada por los remeros, cuyas necesidades físicas requerían frecuentes paradas para tomar alimentos y agua. Por ello, la galera podía llevar poco cargamento y, por regla general, se empleaba para transportar géneros de mucho valor, como sedas y

38. Véase Yves Renouard, *Les hommes d'affaires Italiens du Moyen Âge*, París, 1949, pp. 130-160.

39. Michael E. Mallett, *The Florentine galleys in the fifteenth century*, Oxford University Press, 1967, pp. 17ss.

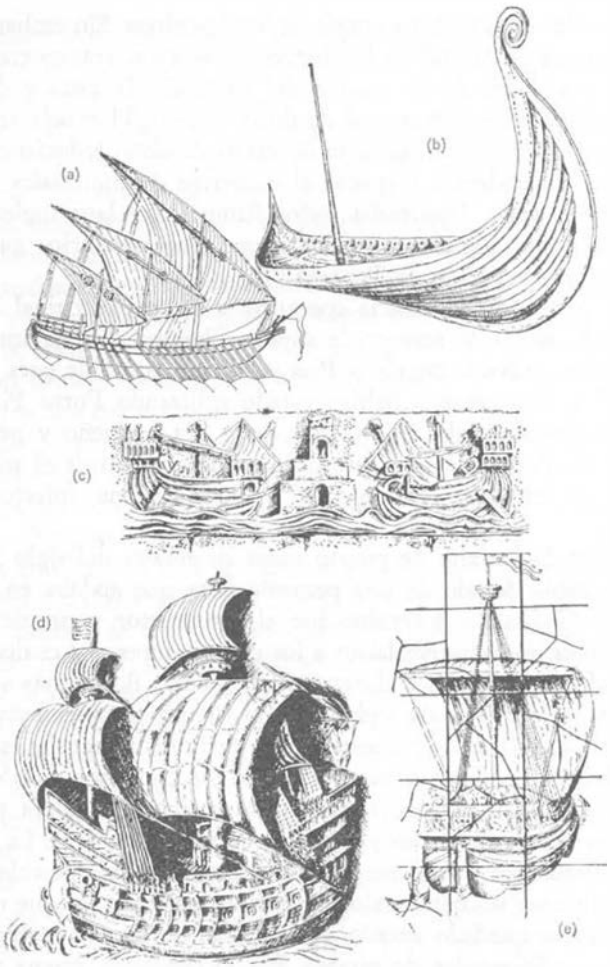


FIGURA 8.4

Tipos de naves usadas en la Edad Media

Naves alargadas: *a*) galera veneciana; *b*) nave vikinga. *Naves de casco redondo*: *c*) mediterránea, hacia 1100; *d*) mediterránea de principios del s. XVI; *e*) de la Europa noroccidental (barco de Jacques Coeur), hacia 1450.

especias. Era cara de armar y sólo las ciudades mayores podían mantener una flota de galeras, quedando, por tanto, restringidas a Venecia, Génova y Florencia.[40]

La mayor flota de galeras durante la baja Edad Media era la de Venecia, la ciudad que más interés tenía en el tráfico de productos exóticos procedentes de Oriente. Génova contaba con galeras a finales del siglo XIII, pero fue sustituyéndolas por naos, más apropiadas para el transporte de los productos voluminosos y de bajo precio al que se dedicaban los genoveses. Hacia el siglo XV, los florentinos comenzaron a emplear galeras para el comercio con el Levante consistente en paños y especias. Durante el verano una flota de hasta catorce «grandes» galeras partía de los puertos toscanos, cada una con 150 remeros y con una tripulación total de 200 personas. Sin embargo, el cargamento apenas si excedía las 250 toneladas.

La nao era el barco más generalizado en el Mediterráneo. Las había de muy diversos tamaños. Era más ancha de bao, de calado más hondo y generalmente más lenta que la galera. Su tripulación era más reducida, aunque por lo general incluía a varios ballesteros, pero su capacidad de transporte era considerable, teniendo en cuenta su tamaño. La nao se empleaba para transportar los cargamentos voluminosos de poco valor —trigo, sal, lana, alumbre, madera— que de hecho predominaban en el comercio del Mediterráneo.

Sin embargo, fue la galera la que realizó el primer viaje oceánico, desde los puertos mediterráneos a la Europa noroccidental. No se sabe a ciencia cierta cuándo empezaron a realizarse estos viajes. El más antiguo del que tenemos noticias se realizó en los años 1277-1278. Los primeros viajes los llevaron a cabo galeras mallorquinas y genovesas; la primera galera veneciana en surcar el Atlántico no lo hizo hasta el año 1312. Se ha dado mucha importancia a la navegación de las galeras flamencas en los siglos XIV y XV. De hecho se trataba de viajes irregulares y poco lucrativos. Génova despachaba, cuando más, unas cuatro galeras al año. Durante mucho tiempo sólo salía una galera al año, y a principios del siglo XIV había muchos en que no salía ninguna. Las flotas venecianas eran mayores, consistiendo a veces en hasta quince bajeles. El problema básico de enviar barcos de Italia a los Países Bajos era, según ha demostrado López,

40. F. C. Lane, *Venetian ships and shipbuilders of the Renaissance*, Johns Hopkins University Press, 1944.

que la galera no era económica y los barcos más pequeños poco seguros. Los genoveses trataron de modificar sus galeras, haciéndolas más parecidas a la nao, reduciendo el número de remeros e incrementando el espacio útil para el cargamento. Finalmente abandonaron estas expediciones por ser demasiado caras. Tan sólo Venecia siguió empleando galeras, porque se dedicaba intensamente al tráfico de uno de los artículos de mayor precio: las especias.

¿Qué peso, podríamos preguntarnos, tuvieron las galeras en el conjunto del sistema comercial de la Europa bajomedieval? Hay que recordar que su capacidad de transporte era muy reducida. Es dudoso que, incluso en el año más favorable, transportasen más de 3.000 toneladas de carga. Tres mil toneladas de especias era, con seguridad, más de lo que necesitaba, o podía costear, la Europa noroccidental; un cargamento de un peso similar de lana o paño, sal o alumbre, carecía de importancia. Algunas galeras, especialmente las genovesas, transportaban considerables cantidades de esos géneros bastos y pesados, lo que constituye una razón de peso de su fracaso financiero. Pero es bastante dudoso que este movimiento menguase de modo significativo el volumen del comercio terrestre entre Italia y la Europa noroccidental.

Desde el siglo XI, el comercio terrestre entre Italia y los Países Bajos se realizaba a través del valle del Ródano y luego por Champaña o por Lorena. En el siglo XIII, este eje comercial se desplazó hacia el este, y el flujo de mercancías entre estas dos zonas capitales del comercio europeo empezó a utilizar la ruta que cruzaba los Alpes y seguía el valle del Rin. El declive de las rutas occidentales fue más relativo que absoluto. Châlons, en el valle del Saona, heredó algunas de las funciones de las ferias de Champaña; Lyon se convirtió en un centro comercial y financiero, y las ciudades del valle del Mosa conservaron su importancia durante la Edad Media.[41]

Así pues, entre los siglos XI y XV se produjo una mutación de preferencias entre las rutas que unían Italia con los Países Bajos, giró el centro de gravedad hacia el este.

El Rin pasó a ser la ruta de mayor importancia de la baja Edad Media. Aún sin haber sido mejorado, era un río fácilmente navega-

41. V. Chomel y J. Ebersolt, *Cinq siècles de circulation internationale vue de Jougne*, París, 1951; también H. Ammann, «Der Verkehr über den Pass von Jougne nach dem Zollregister von 1462», *Mélanges offerts à M. Paul-E. Martin*, Ginebra, 1961, pp. 223-237.

ble y muy utilizado durante todo el trayecto que va desde las cataratas de Schaffhausen, al norte de Zurich, hasta el mar. Además, las rutas que cruzaban los Alpes centrales, en particular la del paso de San Gotardo, citada por primera vez en un itinerario del año 1236, convergían en el valle del alto Rin (figura 6.2). Sin embargo, los venecianos preferían utilizar los pasos de los Alpes orientales, de los que el de Brennero era el de más fácil acceso. Estos pasos conducían a Augsburgo, Ratisbona, Nuremberg y Praga. Por el volumen de mercancías que por ellos circulaba, seguramente tenían menos importancia que los de las rutas renanas, pero su peso específico fue incrementándose durante la baja Edad Media, al irse desarrollando económicamente la Europa central.[42]

El tratar de las rutas más importantes distrae la atención necesariamente de los muchos caminos secundarios que se utilizaban ocasionalmente, y de la infinidad de senderos que enlazaban una ciudad con otra sin hallarse integrados en un sistema vial a escala continental. En la baja Edad Media, lo mismo que en la alta, el camino iba allí donde quería el viajero (ver p. 448) y su deseo de hallar rutas más rápidas, convenientes y seguras, no tenía límites. Últimamente, cierto número de estudios parciales, especialmente en Francia, han demostrado que la red de caminos era realmente muy densa, y que caminos de uso meramente local podían integrarse, de manera ocasional, en una ruta de largo recorrido, tener su momento de fama y notoriedad, y ser abandonados nuevamente del uso de los campesinos lugareños y de sus animales domésticos.

Los Países Bajos

En los archivos de Bruselas se encuentra un libro de caminos, recopilado hacia el año 1380, al que se conoce comúnmente como el Itinerario de Brujas.[43] Es el compendio más extenso y completo de los itinerarios medievales que haya llegado hasta nuestros días, y cita los nombres de las estaciones y las distancias entre ellas, además

42. Aloys Schulte, *Geschichte der Grossen Ravensburger Handelsgesellschaft, 1380-1530*, Stuttgart, 1923.

43. J. Lelewel lo publicó en *Géographie du Moyen Âge*, plagado, sin embargo, de errores en la identificación de los topónimos, y más recientemente en J. Hamy, *Le Livre de la Description des Pays*, París, 1898, apéndice IV, pp. 161-216.

de un buen número de rutas que partían de Brujas. Se recopiló a partir de varias fuentes; hace referencia tanto a las rutas de peregrinaje, como las que iban a Compostela, Roma y Jerusalén, como a las rutas empleadas regularmente por los comerciantes. Faltan muchas rutas y algunos pasos alpinos que ya se utilizaban en esa época, pero sin embargo, el itinerario (figura 8.5) describe a Flandes como el punto focal y centro viario de la Europa noroccidental. «Pues la tierra de Flandes es pequeña / pero de gran importancia para otras tierras.»

Las rutas transcontinentales más occidentales que se utilizaban más regularmente en los siglos XI y XII pasaban por las ciudades del

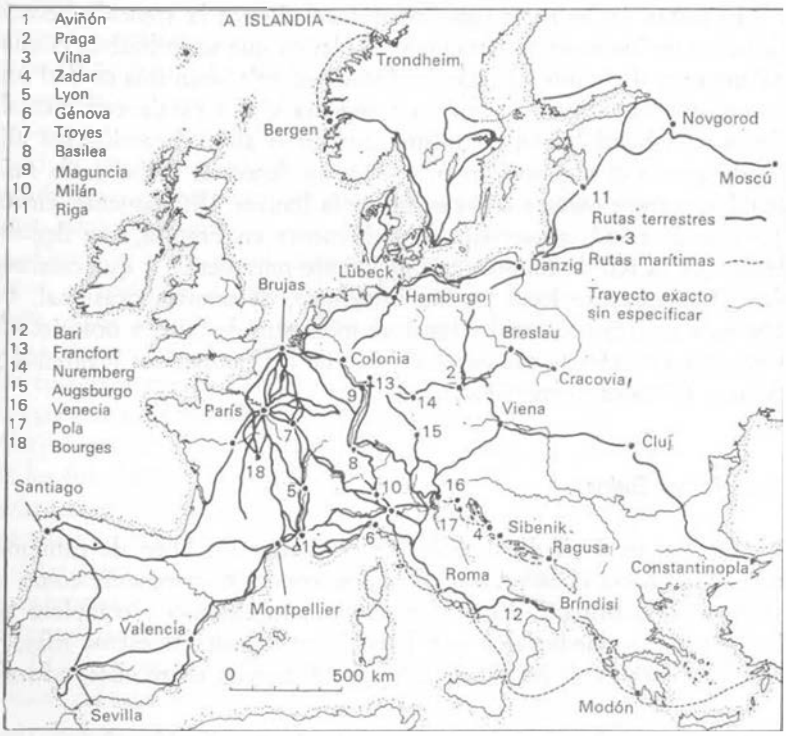


FIGURA 8.5

El itinerario de Brujas

Flandes occidental y de Artois: Saint-Omer, Arras y Douai. Posteriormente el centro comercial de los Países Bajos se desplazaría hacia el este, siendo primero Brujas y Gante y, más tarde, Amberes las ciudades más importantes. Una razón de peso, aparte el favor y protección dispensados por los condes de Flandes, fue la creciente importancia del comercio marítimo. Brujas había crecido alrededor de un castillo del conde. Durante la primera mitad del siglo XII, a consecuencia de las inundaciones y de las tempestades marinas, quedó abierta una vía fluvial hasta la costa, el Zwin. A menudo se ha dicho que el río Zwin creó el puerto de Brujas, y que al cegarse de nuevo en la baja Edad Media, Brujas perdió su preponderancia como centro comercial. Esto es desfigurar la realidad. Brujas no fue jamás un puerto que pudiesen utilizar las embarcaciones. En el mejor de los casos, éstas sólo podían llegar hasta Damme, a unos 5 kilómetros más abajo de la ciudad. Fue Damme y no Brujas la que quedó cegada en el siglo XIII, siendo reemplazada por Sluys, cerca de la desembocadura del río (figura 7.1). El *Libel of English Policie* describe como la mercancía

> Is unto Flanders shipped full craftily,
> Unto Bruges as to her staple fayre:
> The Haven of Scluse hir haven for her repayre
> Which is cleped Swyn tho shippes giding:
> Where many vessels and fayre are abiding *

Las galeras flamencas que arribaban del Mediterráneo acostumbraban a descargar en Sluys, y de Damme o Sluys las mercancías llegaban por el río a Brujas.

Las manufacturas de Flandes, a partir del siglo XII, requirieron la importación de grandes cantidades de lana. También producían grandes cantidades de paños para el mercado. Brujas se convirtió en el mercado central de ambas actividades. Era una ciudad más comercial que manufacturera. En ella se concentraba el paño producido en las ciudades y aldeas vecinas y allí se preparaban para la exportación. Se hallaba situada en el centro de la región más rica y más urbanizada de Europa, y satisfacía la demanda, tanto de productos básicos

* Es embarcada, con gran cuidado, hacia Flandes, / hacia Brujas, a su feria de provisiones; / la cobija el puerto de Sluys / a orillas del Zwin que a los barcos guía, / allí donde hay siempre bajeles y mercados.

como de artículos de lujo, de la rica burguesía del sur de los Países Bajos. En ella, los comerciantes italianos mantenían *fattori*; hacían sus encargos y observaban el movimiento de precios y los cambios en la oferta y la demanda de la Europa noroccidental.

Brujas alcanzó el cenit de su prosperidad en la primera mitad del siglo XIV. Luego su estrella comenzó a declinar. Las importaciones de lana inglesa cayeron en picado, y se dirigieron hacia otros puertos de los Países Bajos. La producción pañera fue desplazándose del Flandes oriental a Brabante y la baja Renania, y el desplazamiento hacia el este, en importancia, del sistema de rutas europeo fue perjudicial para Brujas. Flandes se vio afectado por la guerra a fines del siglo XIII y principios del XIV, y en las ciudades hubo guerra civil. La combinación de todo ello fue lo que redujo la importancia comercial de Brujas.

El principal y finalmente triunfante rival de Brujas era Amberes. Se encontraba en la orilla oriental del Escalda, un río más fácilmente navegable que el Zwin y que se conectaba con Brabante y con el Rin. Por su localización no podía sacar ventajas del comercio interior flamenco o del de las ferias de Champaña, pero al irse desarrollando el comercio con el Báltico, Renania y Alemania, Amberes se encontró con unas ventajas que Brujas no tenía. Amberes se encuentra al norte de Brabante. Durante el siglo XIII, cuando el desarrollo de Flandes estaba en plena marcha, Brabante era aún una región atrasada y subdesarrollada. Hacia finales del siglo XIII se difundieron por sus territorios las manufacturas textiles, especialmente las telas livianas, y tanto Bruselas y Lovaina en el sur, como Amberes en el norte, empezaron a rivalizar con las antiguas ciudades pañeras de Flandes. Los disturbios que aquejaron a esta ciudad favorecieron la prosperidad de Brabante, y los flamencos contemplaron impotentes el ascenso de Amberes, en la orilla opuesta del Escalda. En el año 1356, en un intento de suprimir a su rival, capturaron Amberes. Durante medio siglo, la actividad de su puerto quedó estancada, hasta que en el año 1406 se reintegró a Brabante. Desde entonces, Amberes no volvió a mirar hacia atrás, hasta que su prosperidad fue destruida en el transcurso de las guerras de finales del siglo XVI.

La comparación entre Brujas y Amberes es inevitable, y es fácil imaginar que Amberes era la heredera comercial de Brujas. Sin embargo, el papel jugado por ambas distaba mucho de ser el mismo. Ambas alcanzaron el cenit de su respectiva prosperidad con una dife-

rencia de dos siglos, y durante ese período las necesidades y las oportunidades del comercio europeo habían sufrido enormes cambios. Respondían a distintas necesidades. Brujas no era ante todo un puerto internacional; no era el almacén en el que se concentraban e intercambiaban los productos de la Europa occidental y central. Sus importaciones consistían ante todo en las mercancías que su *hinterland* flamenco necesitaba —lanas, productos tintóreos, vinos, metales, sal, etcétera—, y sus exportaciones consistían preferentemente en los productos de la misma región, especialmente paños.[44]

El hecho de que Amberes se convirtiera en mercado internacional se debió en primer lugar al crecimiento económico de las regiones pioneras de Europa: el norte escandinavo y el este eslavo. Amberes, una vez devuelto al ducado de Brabante, pasó a ser el centro más importante de reunión e intercambio de la sal y el vino de los países del sur, el paño de los Países Bajos, los metales de Alemania y el centeno, salazones de pescado y maderas del norte. En los días de preponderancia de Brujas, la necesidad de disponer de un emporio de estas características apenas empezaba a dejarse sentir; hacia el siglo XV el volumen del comercio internacional que discurría por los Países Bajos adquirió proporciones enormes. La necesidad de disponer de un puerto internacional en esta zona pasó a ser prioritaria, y tras la destrucción de Amberes (1576) el relevo lo tomaría Amsterdam, mientras que los holandeses asumieron el papel de intermediarios en el comercio de la Europa occidental.

De los puertos de los Países Bajos las rutas se dispersaban, hacia el oeste, en dirección a Bretaña e Inglaterra; hacia el nordeste, a Escandinavia; hacia el este, a las costas de Alemania y del Báltico. De todos esos lugares afluían mercancías a Brujas, Amberes y los diversos puertos menores de la región, del mismo modo que afluían de todos los lugares de la cuenca mediterránea hacia Venecia y Génova. En esos mares septentrionales, lo mismo que en el Mediterráneo, se practicaba un comercio de cabotaje muy activo.[45] El vino de Gascuña, la sal de la «bahía» y paños toscos de Bretaña, llegaban en pequeñas embarcaciones. A la vuelta, transportaban metales, lana, madera para embarcaciones, centeno y pescado.

44. J. A. van Houtte, «Bruges et Anvers, marchés nationaux ou internationaux du XIV^e^ au XVI^e^ siècle», *RN*, XXXIV (1952), pp. 89-108.

45. Michel Mollat, *Le commerce maritime Normand à la fin du Moyen Âge*, París, 1952.

El comercio con Inglaterra está mejor documentado y conocido que el que se realizaba con las costas atlánticas de Europa. De todos los productos que los Países Bajos obtenían en Inglaterra, la lana era el que tenía mayor importancia. Los registros de aduana detallan la cantidad de lana expedida desde los puertos ingleses en buena parte del período siguiente al año 1279. En años excepcionales se sobrepasaban los 40.000 sacos, pero el volumen fue descendiendo de modo permanente durante los últimos años del siglo XIV, y en el XV era raro que se superasen los 10.000 sacos. Buena parte de esa lana se iba a emplear en los Países Bajos y la mayor parte llegaba a los puertos de la región (figura 8.6). Los reyes ingleses tomaron por costumbre, a fin de controlar el comercio de la lana y asegurarse de que se pagaban las tasas de aduana, dirigir las exportaciones hacia un único puerto europeo, el *staple*. La elección del *staple* variaba según las vicisitudes por las que pasaban las relaciones de Inglaterra con los Países Bajos. Fue pasando de Dordrecht a Amberes, Saint-Omer y Brujas, hasta que se estableció finalmente en Calais.

Hasta mediados del siglo XIV, las exportaciones de Inglaterra —y en realidad de todas las Islas Británicas— se basaban en productos alimenticios y materias primas, y su comercio estaba en manos de comerciantes extranjeros, principalmente flamencos e italianos. El tratado de Pegolotti contiene abundante información para orientar a sus compatriotas en la adquisición de lana. Desde aproximadamente el año 1350, el descenso de las exportaciones de lana fue compensado por el incremento de las exportaciones de paños. Esta tendencia se mantuvo durante el resto de la Edad Media, hasta que a principios del siglo XVI los papeles de la lana y los paños ingleses se habían invertido (figura 8.6). Buena parte del paño inglés llegaba a los puertos de los Países Bajos, pero esta vez eran comerciantes ingleses, los *Merchant Adventurers*, quienes realizaban la operación. A pesar de las quejas que aparecen en el *Libel of English Policie* de que los extranjeros «... arrancan de aquí nuestros mejores productos / paños, lana y estaño ...», está claro que buena parte del comercio con los puertos del noroeste de Europa se encontraba en manos de comerciantes ingleses, y se transportaba en «cascos» ingleses.

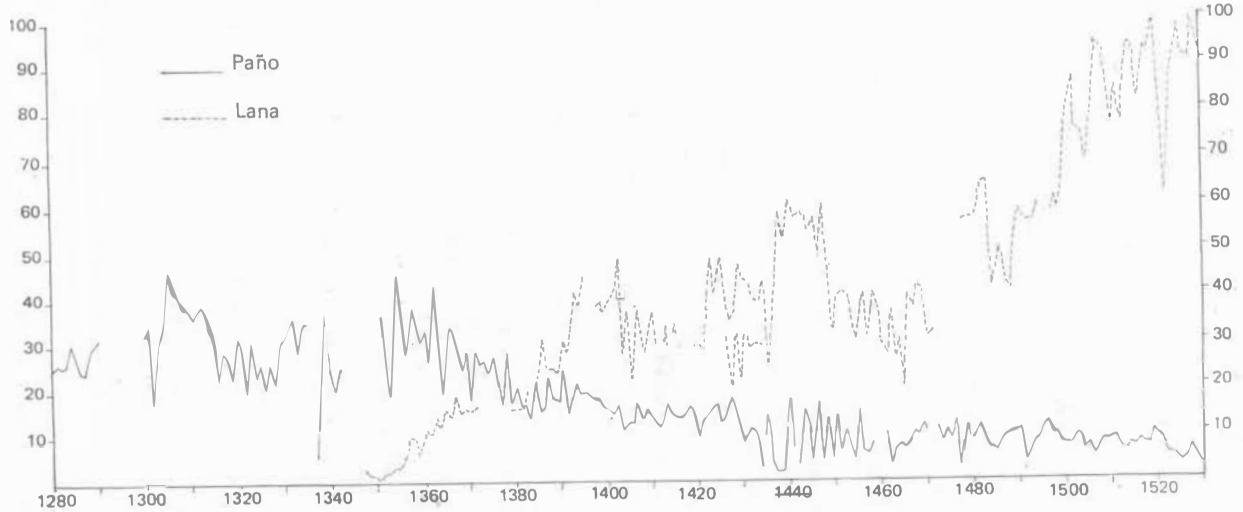


FIGURA 8.6

Exportación de lanas y paños ingleses

FUENTE: E. M. Carus-Wilson y O. Coleman, *England's export trade, 1275-1547*, Oxford, 1963.

La Liga Hanseática

Una tendencia similar se manifestaba en el comercio entre la Europa noroccidental, por una parte, y, por otra, el norte de Alemania, Escandinavia y la región báltica. Se trataba de regiones que habían sido de frontera y a las que los comerciantes occidentales, frisones y flamencos, habían llegado para vender sus productos manufacturados y para comprar los productos de los bosques septentrionales. A partir del siglo XII, la situación comenzó a cambiar. Los frisones fueron abandonando la actividad en esta zona, hasta que en el siglo XII parece que ya no se dedicaban a ella en absoluto. Los vikingos, que hasta entonces habían dominado en el mar Báltico, perdieron empuje y el predominio comercial pasó a los alemanes. Siempre ha existido la tendencia a descualificar a los vikingos como comerciantes y a asumir que tanto Escandinavia como la región del Báltico eran zonas atrasadas y subdesarrolladas en la misma época en que los alemanes empezaban a edificar ciudades y a desarrollar el comercio. En realidad, los éxitos de los alemanes en el norte de Europa se basaron en los logros conseguidos por los pueblos escandinavos. La edad heroica del Norte había terminado hacía tiempo, pero los tumultos y migraciones que provocaron habían dejado un legado comercial pacífico.

> Hay bastantes pruebas —escribía Christensen—, de que los escandinavos siguieron en las antiguas rutas comerciales hasta bien entrado el siglo XIII ... hasta el año 1200, el comercio escandinavo con las regiones del Báltico está mucho mejor comprobado que el comercio de Lübeck y del resto de Alemania.[46]

Los mercaderes alemanes empezaron a negociar en el Báltico «como compañeros de los escandinavos y luego como sus herederos».

Hacia el siglo XII, los centros del comercio vikingo —Hedeby, Birka, Jumna y otros— habían desaparecido, en la mayoría de los casos destruidos por los mismos vikingos en el transcurso de las incursiones que llevaban a cabo. Pero siempre eran reemplazados por otro establecimiento en la misma área. Schleswig reemplazó a Hedeby y parece que no le iba a la zaga en cuanto a actividad y prospe-

46. Aksel E. Christensen, «Scandinavia and the advance of the Hanseatics», *Scandinavian Economic History Review*, V (1957), pp. 87-117.

ridad. El punto clave del comercio prehanseático era la isla de Gotland. Fueron los «marineros-campesinos» de Gotland, por emplear el término acuñado por Dollinger,[47] quienes, durante las pausas en la actividad agrícola, se desparramaban por el mar Báltico y negociaban con los rusos de Novgorod.

El crecimiento de la Hansa está intrínsecamente ligado a la progresión hacia el este de los colonizadores alemanes durante los siglos XII y XIII. La ciudad de Lübeck la fundó en el año 1158 el conde de Holstein. Se escogió el emplazamiento junto al río Trave, que era navegable, a sólo 20 kilómetros del mar Báltico. Por su emplazamiento, la ciudad era la heredera de Hedeby, pero, en lugar de ser un establecimiento sudoccidental vikingo, era la vanguardia de la progresión germánica. A principios del siglo XIII se fundaron las ciudades wendas de Rostock, Wismar, Stralsund y Stettin. Todas ellas construidas en la costa o cerca de ella, accesibles a la navegación marítima. Desde el momento de su fundación su objetivo primordial fue el reemprender y continuar el comercio tradicional de la región báltica, pero esta vez bajo el control alemán, y conectarlo a los pujantes centros comerciales de la Europa noroccidental.

Este primer comercio alemán en el Báltico se efectuaba en gran medida con las tierras rusas del este, con las que los escandinavos de Gotland aún mantenían las rutas comerciales establecidas tres siglos antes. Los alemanes, siguiendo las huellas de las gentes de Gotland, establecieron una base comercial, el Peterhof, en Novgorod. Allí adquirían pieles y cera, traídas de los bosques del norte, así como otros géneros de mayor valor trasladados por tierra desde el Asia central y el Oriente Medio. La isla de Gotland estaba estratégicamente situada para llevar a cabo este comercio, y sus gentes, desde el puerto de Visby, jugaron un papel predominante. En ella, los alemanes de las ciudades wendas establecieron una base al lado de la de los propios gotlandeses.

La comunidad de comerciantes alemanes que frecuentaba Gotland («universi mercatores imperii Romani Gotlandiam frequentantes») fue el núcleo a partir del cual se formaría la Hansa. Era natural que los mercaderes alemanes que comerciaban con una tierra distante y extraña como era Rusia trataran de organizarse para su protección mutua. Con todo, la comunidad de Gotland no tenía una constitu-

47. Philippe Dollinger, *The German Hansa*, Macmillan, Londres, 1970.

ción clara. Estaba reconocida por el emperador alemán Lotario III, pero funcionaba bajo la soberanía sueca. Sin embargo, la comunidad alemana de Visby, en el curso del siglo XIII, fue pasando de ser una población flotante de comerciantes a una comunidad urbana fija.

Hacia la misma época, los comerciantes alemanes llevaron sus actividades hacia el oeste. Establecieron un *kontor*, que en muchos aspectos era parecido al *fondaco* veneciano, en Brujas y otro en Londres. Este último, conocido como *steelyard* o *Stalhof* (lugar de venta) permaneció activo hasta que Isabel I lo suprimió en el año 1598. Los comerciantes de Lübeck y de las ciudades wendas estaban aliados con los de Hamburgo y ciertas ciudades renanas, como Colonia y Dortmund. La dirección de las actividades comerciales, así como las negociaciones con los poderes extranjeros, la llevó la comunidad de comerciantes radicada en Visby. Sin embargo, sus actividades estaban estrechamente controladas por las ciudades, principalmente Lübeck, de donde procedían la mayoría de los comerciantes.

Las ligas de ciudades era un fenómeno bastante conocido en la Alemania del siglo XIII. Existía una liga urbana en Suabia; otra, que duró poco tiempo, surgió en la baja Renania y en el año 1264 las ciudades wendas se unieron para formar una liga, aunque fracasaron al incluir a todas las ciudades que se habían fundado de acuerdo con las «leyes» de Lübeck. Las razones que justificaban la formación de una liga de ciudades comerciales en el Báltico occidental estaban claras. Por una parte estaban celosas del poder y los privilegios de la comunidad de Gotland; por otra parte, la posterior asociación resultó inadecuada para suprimir la piratería y proteger los intereses de los comerciantes. Además, las propias ciudades estaban siendo presionadas por los príncipes del norte de Alemania, ansiosos de restablecer su autoridad sobre ellos.

Los alemanes lograron penetrar en las tierras situadas al este del Báltico a través de Novgorod, pero acceder a esta ciudad a través del río Neva, el lago Ladoga y el río Voljov era difícil y se había de dar un gran rodeo. Los ríos más meridionales, el Dvina y el Niemen, permitían un fácil acceso al *hinterland* ruso, pero estaban interceptados por las tribus guerreras de Livonia y Lituania. Hasta principios del siglo XIII los colonos alemanes no hicieron progresos en esta área. En el año 1202, el arzobispo de Brema fundó la orden de los Hermanos de la Espada, reclamando para sí la jurisdicción espiritual de la región del Báltico oriental. La orden, que incluía a comerciantes

entre sus miembros, combinaba la conversión de los paganos con la actividad comercial, de un modo que en nada tendría que envidiar a la empresa británica en África en el siglo XIX. En el año 1201 se fundó Riga, y en seguida Reval, en la costa de Estonia, y Dorpat, Narva y otras ciudades en el interior.

Pero el área situada entre Livonia y las tierras polacas, aún permanecía en manos de prusianos y lituanos. En el año 1226 el príncipe polaco Conrado de Mazuria, invitó a la orden, que en adelante sería conocida como Teutónica o de los Caballeros Germánicos, a venir a esa zona. No había tenido éxito en su actividad proselitista en Transilvania, donde se había establecido y rápidamente aceptó la invitación. A mediados del siglo XIII, los Caballeros Germánicos conquistaron Prusia y amenazaron a Polonia. Absorbieron a los Hermanos de la Espada, dando un carácter más violento e incisivo a la penetración alemana en la región báltica. A la zaga de la conquista militar siguió la fundación de ciudades alemanas y la expansión del comercio alemán. Para explotar ese mercado se organizaría la Hansa.

Casi un siglo había transcurrido entre la organización de la liga de las ciudades wendas y la formación de la Liga Hanseática, mayor y más poderosa. En el año 1356 se concertó la reunión de las ciudades de la Hansa. La razón era la difícil situación de los comerciantes alemanes en los Países Bajos, y los acontecimientos de los años siguientes les convencieron de que con la alianza económica y militar, las ciudades podían conseguir importantes victorias. Inmediatamente obtuvieron un triunfo diplomático en Flandes y una victoria militar sobre Dinamarca. Por la misma época, los comerciantes alemanes bloquearon Novgorod y obligaron a los rusos a suspender su táctica de entorpecer el comercio de la Hansa.

La Liga Hanseática alcanzó la cima de su prosperidad a fines del siglo XIV, pero a pesar de su fuerza e importancia es muy difícil de definir. Antes de la formación de la Hansa de las ciudades, en el año 1356, la calidad de miembro se definía por el derecho a utilizar los *kontors* de los comerciantes alemanes en Novgorod, Brujas, Londres y Bergen. No está nada claro cómo se determinó la asociación en adelante, aunque una serie de listas [48] indica que el número de ciudades asociadas fluctuaba entre 70 y 80. La Liga estaba dominada por Lübeck y otra docena de ciudades mayores (figura 8.7), pero la

48. Han sido publicados en *Hansisches Urkundenbuch*, Halle, 1876 en adealnte.

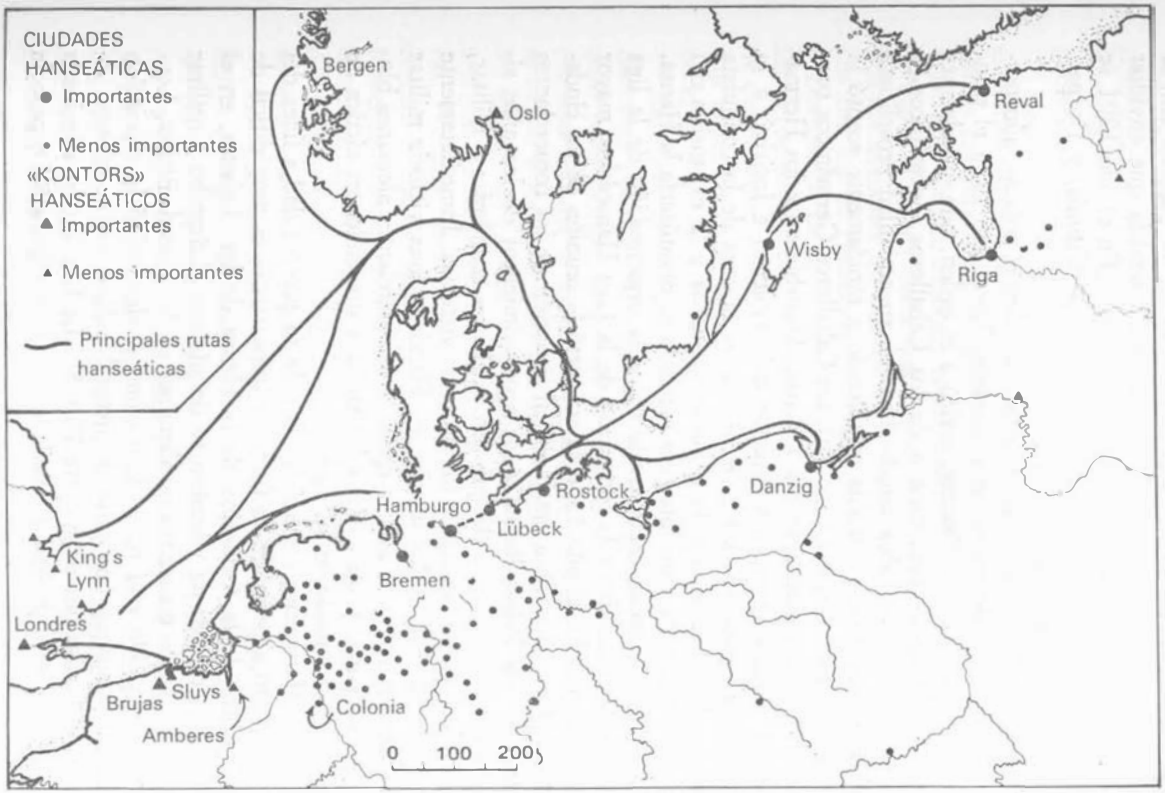


FIGURA 8.7

La Liga Hanseática en el siglo XV

mayoría de sus miembros eran pequeñas ciudades de alrededor de un millar de habitantes. La Liga tenía su dieta, el *Hansetag*, que se reunía de manera irregular, normalmente a iniciativa de Lübeck, y formulaba sus ordenanzas o *Recesse*.

Los lugares claves del comercio de la Hansa eran sus cuatro *kontors*, todos los cuales, excepto el de Brujas, consistían en un recinto cerrado, para facilitar su defensa, donde se albergaban comerciantes y género. Además, la Hansa ejercía cierto control sobre establecimientos comerciales en Pskov y Kovno, en Rusia, y en Noruega. El movimiento comercial consistía en transportar productos voluminosos y de poco precio desde la región oriental del Báltico hacia el oeste, volviendo con una carga más liviana pero de más alto precio. Esta característica la conservó durante todo el período medieval, aunque el valor relativo de los diferentes artículos variara.

Las mercancías se cargaban generalmente en puertos como Danzig, Königsberg, Riga y Reval y se transportaban a Lübeck y otros puertos wendos. En parte se transferían a otros barcos y se remitían a occidente a través del Sund. El resto se llevaba por tierra a Hamburgo, donde volvía a ser embarcado. El cargamento de vuelta, en buena parte cargado en Brujas y Londres, seguía prácticamente la misma ruta. Los viajes se realizaban en verano, y durante el invierno los barcos permanecían amarrados en varios puertos menores. Los barcos eran básicamente de tipo *cog*, sólidamente construidos, de bao ancho y de calado poco profundo, muy apropiados para la navegación por los estuarios de los ríos bálticos y para el transporte de cargamentos voluminosos y pesados.

En un principio, los productos principales que se extraían de las tierras bálticas consistían en pieles, cera y madera. Luego se añadiría el centeno de las tierras polacas y lituanas; hierro y cobre de Suecia, y pescado. Las pesquerías bálticas no tenían gran importancia junto a las costas de Suecia, aunque había bancos de arenques objeto de pesca muy activa. La feria de otoño de Skanör suministraba buena parte de las salazones de arenque que se vendían en la Europa occidental (ver p. 467). Es difícil seguir con precisión los cambios habidos en la estructura del comercio báltico debido a la naturaleza fragmentaria de las informaciones. Sin embargo, puede afirmarse que las exportaciones de pieles y las ventas de arenque tendieron a disminuir en el siglo XV, al mismo tiempo que se incrementaban las exportaciones de cobre y hierro de Suecia. Por la misma época se empezó a

traficar con metales refinados, principalmente cobre, extraído de las montañas del norte de Hungría (ver p. 550), que llegaba a los puertos bálticos de Danzig y Königsberg a través de los ríos polacos. La característica más notable de la baja Edad Media fue el incremento de las exportaciones de grano, aunque el momento de máximo esplendor de ese comercio no se alcanzaría hasta el siglo XVII. Noruega quedaba en el límite del ámbito hanseático. El principal producto que este país exportaba era bacalao salado, que se compraba en el *kontor* de Bergen y se vendía a continuación en los puertos de la Europa occidental.

En los cargamentos que los barcos hanseáticos transportaban en el viaje de retorno sólo figuraba una materia prima: sal. En un principio se obtenía de los manantiales salinos de Lüneburg (ver p. 462), pero en el siglo XIV la desplazaría la sal de la «bahía», mucho más económica, extraída en la costa occidental de Francia. El tráfico de los puertos del Báltico oriental se describía sumariamente como «in unde ut mit solte und roggen» (entra sal y se saca centeno).[49] Pero el tráfico hacia el este también incluía paño inglés, especias y vino. Por regla general, los cargamentos con destino al este eran mucho más voluminosos que en sentido opuesto, y muchos barcos se veían obligados a llevar lastre.

Normalmente se piensa en la organización comercial del mundo hanseático como algo sumamente sencillo y subdesarrollado. Y así era en el siglo XII y acaso durante todo el período anterior a la creación de la Hansa de las ciudades. Los comerciantes eran iletrados y viajaban con sus mercancías. Pero esta situación cambió en el siglo XIV. Tras un período de viajes en la juventud, una vez familiarizados con todos los aspectos del negocio, los comerciantes tendían a quedarse en sus domicilios y sólo de manera ocasional se desplazaban a uno de los *kontors*. Arrendaban espacio en los barcos y empleaban agentes para que acompañasen la mercancía, o bien tenían representantes en los puertos de destino, encargados de realizar las ventas y compras en su lugar. Sus negocios no estaban tan diversificados como los de los comerciantes italianos; tenían menos oportunidades de realizar grandes negocios mediante la especulación y el préstamo de dinero y la banca. Si bien había muchos comerciantes acomodados en Lübeck

49. Wilhelm Stieda, *Revaler Zollbücher und Quittungen des 14. Jahrhunderts*, Hansisches Geschichtsquellen, V, Halle, 1887, n.° 1381, p. 52.

y Hamburgo, sus riquezas no tenían ni punto de comparación con las de los comerciantes de Flandes o de Italia.

Las operaciones mercantiles que se efectuaron en los momentos de mayor esplendor de la Hansa se realizaban habitualmente en compañía, constituida por dos o más comerciantes que aportaban capital y compartían el riesgo de la operación. Los comerciantes más ricos participaban en varias operaciones a la vez, exactamente como había hecho Datini en Florencia. Sin embargo, no parece que llevaran una correspondencia voluminosa, como hacía Datini, y en muy pocas circunstancias es posible individualizar a esos comerciantes hanseáticos. Los pocos registros mercantiles que se han conservado son desaliñados y nada sistemáticos. Ni tan sólo emplearon la contabilidad por partida doble con anterioridad al siglo XVI. Conocían la letra de cambio de los italianos en Brujas, pero apenas la utilizaron. Casi no emplearon instrumentos de crédito y la mayoría del comercio se hacía al contado. En Rusia y Escandinavia a menudo se practicaba el simple intercambio. Lo que hubiese podido ser un comercio hanseático, dotado de un sistema financiero y crediticio más evolucionado, entra dentro del reino de la conjetura.

Todos los indicios señalan que la Liga Hanseática empezó a declinar durante el siglo XV, aunque como fuerza política y económica factual perdurase hasta la segunda mitad del siglo XVII. De hecho, el volumen de grano, de metales y minerales y de paño inglés transportado por los hanseáticos aumentó, pero en cambio perdieron el monopolio del comercio en el mar Báltico. Nunca pudieron impedir el acceso a este mar a holandeses y alemanes de las ciudades no hanseáticas. A partir del siglo XV, la actividad de esos puertos se incrementó, pero no hay modo de saber en qué proporción participaron del comercio total del área báltica. Fueron favorecidos por la falta de unidad de la propia Hansa. Los miembros del área oriental estaban ante todo interesados en comercializar el grano, la cera, la madera y demás productos que les llegaban desde sus *hinterlands* rusos y lituanos, y no les importaba demasiado en qué «cascos» se iban a transportar esos productos rumbo al Occidente; no se creían obligados a reservar estas mercancías para sus rivales de Lübeck o Hamburgo.

Las ciudades hanseáticas tuvieron que luchar permanentemente contra las pretensiones de los príncipes territoriales. En el siglo XIV derrotaron al rey de Dinamarca, pero en el siglo XV y posteriores el poder y las pretensiones de los monarcas —los reyes de Suecia, Di-

namarca, Polonia e Inglaterra, el zar de Rusia y los príncipes del norte de Alemania— se hicieron más fuertes. Éstos no tuvieron ningún escrúpulo en concertar negocios con terceros, a expensas de la Liga Hanseática. El número de ciudades representadas en el *Hansetag*, la única fuente que nos permite conocer a sus miembros, fue decreciendo y el comercio se escapó de manos de los hanseáticos.

El transporte terrestre y fluvial

A partir de los siglos x y xi y hasta el fin de la Edad Media se manifestó la tendencia general de incrementar el volumen del comercio y la ampliación del sistema de rutas que lo hacían posible. Se utilizaban tanto caminos como ríos, canales y el mar, pero su importancia relativa fue cambiando durante el período. El coste del transporte siempre fue elevado. Los géneros de alto valor —sedas y especias del Oriente— podían soportar el alto precio del transporte; los productos voluminosos y de bajo precio —alumbre, grano y materiales para la construcción— no lo aguantaron, y durante toda la baja Edad Media se fueron repitiendo los intentos de crear algún sistema que permitiese el transporte barato de estas mercancías voluminosas.

El hombre medieval, por lo menos en la Europa occidental y meridional, heredó del Imperio romano todo un sistema de caminos bien construidos. Sin embargo, como se hicieron con fines militares y no comerciales, estos caminos discurrían hacia donde las legiones tenían que dirigirse, eran demasiado estrechos para los carromatos y carretas de los comerciantes y su superficie pavimentada requería un mantenimiento apropiado. Nunca tuvieron los cuidados necesarios, a pesar de los mandatos que aparecían en los códices germánicos de que los caminos se mantuviesen en buen estado. Los hombres medievales se procuraron los caminos que precisaban para sus necesidades. Muy frecuentemente consistían en senderos locales y caminos de mula integrados en un sistema. Existía un sinnúmero de esos caminos. Entre dos ciudades de cierta importancia podía haber innumerables senderos, ninguno de ellos en buen estado, que sólo diferían unos de otros en el grado de obstrucción e interrupción.

Si llegase a ser posible calcular, en toneladas/kilómetro, el volumen de carga que se transportó en la Europa medieval, seguramente

descubriríamos que la mayor parte se transportó por caminos. Se utilizaban porteadores humanos. Buena parte se transportaba a lomos de animales de carga, puesto que la mayoría de los puentes no hubiese permitido el paso de nada mayor. También se utilizaron en menor medida carretas de dos ruedas y carromatos de cuatro. Muchos dibujos medievales muestran vehículos de características muy similares a los que aún hoy utilizan los campesinos de algunas zonas de la Europa oriental. Por los caminos se transportaban toda clase de mercancías, pero siempre que era posible se empleaban vías fluviales para el transporte de cargas voluminosas. A lomos de animales se transportaban alimentos, como granos y vino —uno teme imaginar lo que representaba para la calidad de la cosecha— así como también lana, alumbre y sal. Incluso se acarreaban enormes cantidades de piedra, desde las canteras hasta el lugar de construcción. La ciudad de Troyes, por ejemplo, obtenía la piedra en Tonerre, a 50 kilómetros al sur, y de Saint-Dizier, a 70 kilómetros al noroeste. Llevaba dos días acarrear la piedra desde esa distancia, generalmente en carretas que transportaban unos 2.300 kilogramos de sillares, aunque a veces la carga podía elevarse hasta 3.900 kilogramos, lo que parece excesivo para aquellos frágiles vehículos y en caminos sin pavimentar.[50]

El viaje era lento y los riesgos grandes. Muy poca gente viajaba en solitario. Normalmente se formaban grupos para protegerse mutuamente, lo que provocaba la disminución de la velocidad para poder ajustarse al más lento de los componentes del grupo. Normalmente el transporte lo realizaban arrieros profesionales, que conocían a la perfección las rutas por las que habían de discurrir. La elección del itinerario venía determinada por el estado de los caminos, la cantidad que había que pagar en concepto de peajes y el peligro de los bandoleros. También tenía importancia la disponibilidad de alojamiento nocturno. La mayoría de los itinerarios que se han conservado dan relación de una serie de lugares carentes por completo de importancia: se trataba, en realidad, de listas de lugares donde se podía pasar la noche a cubierto. En ninguna otra ruta era más importante la disponibilidad de alojamiento nocturno que en las que cruzaban los

50. Citado en Jean Hubert, «Les routes du Moyen Âge», *Les routes de France depuis les origines jusqu'à nos jours, Colloques: Cahiers de Civilisation*, París, 1959, pp. 25-56.

Alpes. En realidad sólo su existencia permitía el cruce de las montañas, y muchas veces la apertura de una nueva ruta consistía en la construcción de un hospedaje en las cercanías de la cumbre. El más famoso de estos hospedajes se fundó en la época carolingia junto al paso del Gran San Bernardo, pero existían otros, y todos muy utilizados, a lo largo de las rutas alpinas.[51]

Durante la baja Edad Media, el comerciante muy pocas veces se desplazaba con sus mercancías, sino que éstas las transportaban arrieros profesionales. Por ello, se hizo más patente la necesidad de hacer llegar instrucciones a sus agentes del modo más rápido, recibir sus respuestas y evaluar las condiciones de los mercados en donde realizaban sus negocios. Para ello, se contaba con un servicio de correos que viajaba más rápido que las mercancías. Ya se ha dicho más arriba que las transacciones que se efectuaban en las ferias de Champaña se basaban en las informaciones que circulaban por este sistema. Así fue estableciéndose un servicio regular de correos entre los principales centros comerciales. Las principales compañías comerciales de Italia disponían de sus propios correos, pero los menos pudientes hacían uso de correos profesionales que tramitaban las misivas de varios comerciantes a un mismo tiempo. El servicio postal no era nada seguro. Datini, a veces, enviaba varias copias de una misma carta importante por diferentes conductos. También podía ocurrir que las cartas fuesen abiertas y leídas en ruta. «Hay muchos —escribió Datini— que se afanan en apoderarse de las cartas que pasan por sus manos», y añadía que las cartas conteniendo información confidencial sólo se podían confiar a amigos probados.

La velocidad del viaje variaba enormemente. Un correo a caballo podía recorrer más de 100 kilómetros diarios, pero quien viajaba a pie, raramente avanzaba más de 30 o 40. Las carretas y carromatos cargados aún progresaban más lentamente. La distancia entre las estaciones a lo largo de los itinerarios medievales, como por ejemplo el de Brujas, indican de algún modo los kilómetros que recorrían en un día las lentas caravanas y los caminantes. Oscilaban entre 8 y 30 kilómetros. Todos los caminos tenían puestos de peaje, establecidos por el señor del territorio, que exigía un pago por el derecho a viajar

51. Véase Georg Schreiber, «Mittelalterliche Alpenpässe und ihre Hospitalkultur», *Miscellanea Giovanni Galbiati*, vol. III, Fontes Ambrosiani; vol. XXVII, Milán, 1951, pp. 335-352.

dentro de su jurisdicción, o por el rey o el príncipe que cargaba una tasa por entrar en su reino o por salir de él. Pero la multiplicidad de caminos a menudo facilitaba eludir el puesto de peaje. Tan sólo allí donde los caminos convergían para cruzar un puente, o pasar un desfiladero en el Jura o en las proximidades de los Alpes era posible hacer pagar el peaje a una mayoría de los viajeros. En algunas zonas las fronteras disponían de puestos de peaje. Por ejemplo, era muy difícil que las mercancías eludieran el pago de las tasas impuestas por el rey de Francia al pasar de Flandes a Artois. El lugar más transitado era Bapaume, y se conoce bastante del cobro de peajes que allí se efectuaba. Otra estación de peaje bien documentada era la del Col de Jougne,[52] donde el camino procedente de los pasos de los Alpes centrales y del valle del alto Ródano cruzaba el Jura para dirigirse hacia Champaña y Flandes. Los registros indican lo importantes que eran las cantidades de mercancías voluminosas de poco precio —lana, cuero, sal, etc.— que efectuaban este difícil trayecto.

Nunca como en la Edad Media tuvieron mayor importancia los ríos para el transporte de carga. La «fluvialización» del transporte terrestre, utilizando el término de Lopez,[53] aumentó durante la alta Edad Media, a medida que iban quedando inservibles los caminos y los puentes romanos. Se empleó cualquier río por el que pudiese navegar un bote, por pequeño que éste fuese. Las corrientes rápidas que ofrecían dificultades para la navegación se emplearon en una sola dirección. Las mercancías, o tan sólo la madera, bajaba en balsas desde las colinas al llano. Por norma general, los ríos europeos eran apropiados para la navegación. Excepto en las áreas meridionales de clima mediterráneo, su flujo era bastante constante durante todo el año. Pocas veces se secaban, y, con la excepción de la Europa central, la navegación no se veía obstaculizada por el hielo. Sin embargo, en la mayor parte de España, de Italia —al sur de la llanura lombarda— y de la península balcánica, los ríos tenían poca utilidad para el transporte. En su mayoría tenían un curso corto; durante el largo verano, la mayoría se secaba o quedaban reducidos a un simple reguero. Durante la alta Edad Media se utilizaron intensivamente los ríos anchos y de caudal constante, como el Po, el Rin y el Sena y sus

52. Chomel y Ebersolt, *op. cit.*

53. R. S. Lopez, «The evolution of land transport in the Middle Ages», *Past and Present*, n.º 9 (1956), pp. 17-29.

afluentes. Se tiene la impresión de que, durante el período carolingio, la mayor parte del transporte de mercancías se hacía por río.

Los ríos proporcionaban rutas naturales por toda Europa, pero no hay que suponer que el viajero y el comerciante medieval no encontraban en ellos dificultades. Los ríos, lo mismo que los caminos romanos, no siempre iban en la dirección que el viajero deseaba seguir; el traslado de una cuenca fluvial a otra se había de hacer necesariamente por tierra y el porte era a menudo costoso, arriesgado y difícil. Los barcos fluviales eran arrastrados o empujados por el viento. El arrastre necesitaba de caminos de sirga para realizarlo, y esos caminos eran aún más difíciles de conservar en condiciones que las carreteras, pues siempre estaban expuestos a desmoronarse a causa de la lluvia o a desaparecer con las avenidas del río. Las fuentes que dan información sobre el transporte por el Rin se hallan plagadas de quejas sobre la desaparición de los caminos de sirga. El empleo de velamen también comportaba dificultades, aunque, a juzgar por los grabados y tallas renacentistas, la mayoría de las embarcaciones empleaban el viento como propulsor. A menudo quedaban varadas por la calma y tenían dificultades para virar entre los estrechos márgenes de un río sinuoso.

El transporte fluvial era más seguro que el terrestre. Era mucho más difícil asaltar a un barco que a una caravana, pero la embarcación no podía eludir con tanta facilidad la mirada del recaudador del peaje, ni podía evadirse del derecho prioritario sobre las mercancías transportadas (*Stapelrecht*) que reclamaban muchas ciudades en el curso de un río. Las limitaciones humanas al uso de los ríos aumentaron con la propia Edad Media. Los peajes eran las cargas más pesadas. Todos los ríos tenían estaciones de peaje establecidas por el príncipe de cada región. Los mejor conocidos son los del Rin, especialmente porque aún hoy pueden verse sus restos, en forma de castillos o torres. Habría unas 30 estaciones de peaje, en su mayoría situadas entre Maguncia y Colonia, donde la navegación era más fácil de controlar, y se asegura que el importe de los peajes casi doblaba el precio de las mercancías que circulaban por esa ruta. En el Sena, había que pagar el peaje por lo menos dieciocho veces en los 130 kilómetros que separan La Roche-Guyon, en las cercanías de Mantes, de París.[54] En el año 1273 el Parlement prohibió el establecimiento de

54. Gustave Guilmoto, *Étude sur les droits de navigation de la Seine de Paris à La Roche-Guyon du XI^e au XVIII^e siècle*, París, 1889, pp. 3-11.

nuevos peajes y se suprimieron varios de ellos en el transcurso del siglo XIV. Sin embargo, tanto en este río como en otros, barqueros y comerciantes libraban una batalla perdida contra el derecho feudal de establecer estaciones de peaje e imponer sus tasas sobre las mercancías transportadas. En algunos casos, cuando una embarcación transportaba un cargamento homogéneo de un género de poco valor, el peaje consistía en una parte de la carga. Se dice que los barcos que transportaban sal, Sena arriba hasta París, dejaban un veintisieteavo de su cargamento en concepto de peaje. Más tarde, en el siglo XVI, se incrementaría hasta un vigésimo. Muchas de las estaciones de peaje pertenecían a monasterios: el de Saint-Denis de París percibía lo recaudado en cinco de estas estaciones, por lo menos. Por otra parte, era común que las embarcaciones con cargamento destinado a instituciones religiosas estuviesen exentas del pago del peaje. Existían peajes incluso en ríos tan poco importantes como el Weser, y los únicos que se libraban de esa carga eran aquellos cuyo tránsito era tan reducido que no merecía la pena sostener a un recaudador.

El derecho prioritario sobre las mercancías que reclamaban muchas ciudades europeas era una dificultad, pero de otra índole. Consistía en el privilegio de obligar a parar a todo barco que pasase, descargarlo, poner las mercancías a la venta, volverlo a cargar y seguir el viaje cuando ya no había más demanda. La situación variaba de una ciudad a otra. Algunas mercancías estaban exentas y la demanda de otras era mínima. En ciertas ciudades se exigía la exposición de las mercancías durante dos semanas.[55] El derecho de prioridad (*Stapelrecht*) se ejercía con todo rigor en las ciudades renanas que lo tenían por privilegio: Colonia, Maguncia, Estrasburgo y Basilea. París y Ruán lo tenían en el Sena; Münden y Brema en el Weser, y Francfort en el Oder. En el Escalda y sus afluentes, las ciudades del curso alto del río a veces cortaban el suministro de granos a las ciudades cercanas a la desembocadura, como Gante, Brujas e Yprés. En algunos casos, el ejercicio del *Stapelrecht* llegó a paralizar el tráfico en algún río. Francfort del Oder, por ejemplo, llegó a efectuar un embargo de hecho, al impedir el paso por la ciudad a cualquier mercancía procedente del sur, con destino al Báltico.[56] El resultado no

55. Véase Otto Gönnenwein, «Das Stapel— und Niederschlagsrecht», *Quellen und Darstellungen zur Hansischen Geschichte*, Berlín, II (1939).

56. K. F. Klöden, *Beiträge zur Geschichte des Oderhandels*, Berlín, 1845-1852.

fue sólo inhibir el crecimiento económico del valle del alto Oder, sino segregar al puerto de Stettin de parte de su *hinterland* natural.

En estrecha relación con el *Stapelrecht* estaba el *Umschlagsrecht*. Éste consistía en que las mercancías no sólo había que descargarlas en ciertos puertos del curso del río, sino que el cargamento debía de cargarse en barcos *distintos* para continuar su camino. Originalmente este obstáculo para el comercio se basaba en la suposición de que para cada segmento del río había que utilizar embarcaciones de diferentes dimensiones y calado. Lo que era un beneficio se convirtió en obstáculo al institucionalizarse. El *Umschlagsrecht* era especialmente gravoso en el Rin, donde se juntaba con el *Stapelrecht*.

Era difícil eludir estas trabas y restricciones al comercio fluvial. Cremona y Reggio, unidas, abrieron un canal para evadir las exacciones de Mantua, pero esta solución fue única, teórica y financieramente imposible para la gran mayoría de las ciudades medievales que padecían este tipo de extorsión legalizada por parte de las ciudades vecinas. El efecto que lograron los peajes fue el de sofocar el tráfico fluvial y forzar de nuevo el transporte por los caminos.[57]

En la baja Edad Media los ríos iban perdiendo importancia. Al comienzo de la Edad Moderna, por lo general, se utilizaron muy poco, y el transporte fluvial no volvió a tener importancia en Europa hasta que todas las trabas fueron abolidas en el transcurso de la Revolución francesa y las guerras napoleónicas.

Durante la alta Edad Media se transportaban en barco todo tipo de mercancías. El poema de Ermoldus Niger hace referencia al paño frisón que se transportaba por el Rin hasta los mercados suizos; las importaciones del Oriente ascendían por el Po, desde Venecia. Pero con el tiempo, todas esas mercancías abandonaron los ríos y se transportaron por vía terrestre, de modo que durante la baja Edad Media sólo se utilizaba el transporte fluvial para aquellas mercancías demasiado voluminosas. Este cambio se debió, en parte, a los pesados peajes impuestos al tráfico fluvial y a las pérdidas ocasionadas en las húmedas bodegas de los barcos; en parte debido a las mejoras de los caminos. Fue creándose un sistema integrado; se construyeron puentes y se procuraron alojamientos, y, si bien el coste del transporte

57. Para la decadencia del transporte fluvial bajo-medieval, véase M. N. Boyer, «Roads and rivers: their use and disuse in late medieval France», *Med Hum*, XIII (1960), pp. 68-80.

terrestre era elevado, las mercancías que lo empleaban, generalmente valiosas, podían soportarlo. ¿Para qué, pues, se empleaba el transporte fluvial en los siglos XIV y XV? En el Loira, en los años 1355-1356, de 1.397 galeras, por lo menos 989, o sea el 70 por 100, iban totalmente cargadas de sal. En muchos ríos, el principal cargamento que por ellos discurría era la sal.[58] La mayor parte de ésta se producía en la costa y su transporte hacia las tierras del interior a través de los ríos era apropiado y barato. También se empleaban para el transporte de granos y de vino. De este modo se aprovisionaba París y las ciudades de los Países Bajos y del norte de Italia. Buena parte se transportaba en gabarras. En la baja Edad Media, cuando el centeno de la Europa oriental empezó a cubrir las necesidades de las ciudades occidentales, el transporte fluvial comenzó a adquirir una importancia abrumadora. Descendía cargado en barcazas, toscamente construidas, por el curso del Oder, del Vístula, Niemen y otros ríos hasta el mar. Allí se cargaba el grano en barcos de altura y las barcazas se destruían, vendiéndose la madera para construcción o como combustible.

El comercio marítimo fue adquiriendo un papel cada vez más importante en el comercio europeo. Ello se debió, en parte, al hecho de que los mares eran más seguros y pacíficos durante la baja Edad Media de lo que habían sido anteriormente. También era un reflejo del aumento total del volumen del comercio y, en particular, de los artículos voluminosos, más apropiados para el transporte marítimo.

En los mares septentrionales el tipo de barco más común era el de casco curvo, de ancho bao, de gran capacidad de carga y dotado de velamen. El *cog* era una embarcación de un solo mástil y de unas 250 toneladas. Algunos barcos eran más grandes y estaban equipados con tres mástiles. El barco más corriente en el Mediterráneo, la nao, era esencialmente similar. La mayoría tenían velas cuadradas, pero en la baja Edad Media apareció la carabela, un barco ligero y de casco curvo, equipado con vela latina. Podía ceñir el viento mejor que los barcos de vela cuadrada y era muy apropiada para los puertos pequeños del litoral mediterráneo que frecuentaba.

Por otra parte estaban los barcos alargados, como los bajeles vikingos, pero este tipo desapareció de los mares nórdicos. Sin embar-

58. Étienne Bougoüin, «La navigation commerciale sur la basse Loire au milieu du XIV^e siècle», *RH*, vol. 175 (1935), pp. 482-496.

go, en el Mediterráneo se perpetuó en la galera. Tenía a la vez remos y velas. Era rápido: podía navegar incluso en la calma y era más segura cuando existía el riesgo de encontrarse con piratas. En cambio, su capacidad de carga era reducida y sólo se utilizó, normalmente, para el transporte de mercancías de poco volumen y de buen precio.

La mayoría de los barcos marinos eran pequeños —de menos de 100 toneladas—. Iban y venían por los numerosos puertos pequeños, de aguas poco profundas y que apenas protegían de las tempestades. En el Mediterráneo, los caminos que seguían las costas fueron casi abandonados en beneficio de la navegación costera. Desde el sur de España hasta Grecia las aguas costeras tenían un movimiento continuo de barcos durante la época estival. Lo mismo podía decirse de la Europa noroccidental, donde había toda una sucesión de pequeños puertos desde la «bahía», donde se cargaba la sal, hasta la base de la península de Jutlandia. Buena parte del tráfico marítimo en esta zona estaba en manos de bretones, normandos y holandeses. No se habían especializado en ningún tipo de cargamento, por lo que transportaban lo que fuese necesario, y si no había qué cargar, se dedicaban a la piratería. El tráfico a través del canal de la Mancha, entre los puertos franceses e ingleses se realizaba en gran medida en estas pequeñas embarcaciones.[59] Más hacia el este, existían docenas de puertos pequeños alrededor del Zuider Zee y en las islas del delta del Rin, cuyos barcos surcaban las vías fluviales de los Países Bajos y del noroeste de Alemania.

Los artículos del comercio medieval

El profesor Lopez nos ha advertido de que no permitamos que «el brillo y el hechizo del comercio de artículos de lujo ... ensombrezca el tráfico mucho más intenso de mercancías baratas y voluminosas».[60] Este último era el que llenaba las bodegas de la mayoría de los barcos y barcazas fluviales e incluso constituía una buena porción de todas las mercancías que se transportaban por tierra. Por desgracia, es totalmente imposible determinar los valores relativos y los

59. Mollat, *op. cit.*; Jacques Heers, «Rivalité ou collaboration de la terre et de l'eau? Position général des problèmes», *Les Voies Maritimes dans le Monde: XV^e-XIX^e siècles*, París, 1965, pp. 13-63.

60. *Medieval trade in the Mediterranean world*, p. 116.

volúmenes de los artículos de lujo y de los productos básicos que incurrían en el comercio europeo. A veces aparece alguna alusión en las relaciones de aduanas, listas de embarque o correspondencia entre comerciantes, de las cantidades respectivas; y por lo general, los artículos de lujo están en un segundo lugar bastante mediocre.

El comercio de especias

Como se ha visto (p. 421), éste consistía esencialmente en el tráfico de mercancías desde ciertos emporios de Oriente a puertos italianos y su ulterior distribución, generalmente por vía terrestre, a buena parte de la Europa central y occidental. La principal especia objeto de este comercio era la pimienta, pero también se importaba jenjibre, canela y nuez moscada. La mayor parte de este comercio pasaba por manos venecianas. En la primera mitad del siglo XV sólo ocupaba a unas veinte galeras mercantes, y Lane ha calculado [61] que sobre la base de un solo viaje al Levante cada verano, no podían haber transportado, en conjunto, más de 4.500 toneladas de carga, de la que sólo una parte consistía en especias. Incluso si a ello añadimos las especias importadas por Génova, Pisa, Florencia y Barcelona, aún tendríamos un comercio muy reducido, aunque los precios unitarios fuesen muy elevados.

Las especias no eran las únicas mercancías de origen asiático que llegaban a Europa en las galeras venecianas. Había también cierta cantidad de productos tintóreos —palo braso e índigo— que proporcionaban colores que no se podían obtener con los tintes de uso común en occidente (ver p. 354). También traían azúcar, marfil y piedras preciosas; pequeñas cantidades de acero de la India, importado a través de Damasco, lo que le confería el nombre que comúnmente se le daba. Las cantidades de todos estos géneros eran pequeñas y su comercio irregular.

El comercio de granos

Durante la alta Edad Media no tenía lugar un comercio de granos a grandes distancias, excepto para el suministro de Constantino-

61. F. C. Lane, «Venetian shipping during the commercial revolution», *AmHR*, XXXVIII (1932-1933), pp. 219-239.

pla y acaso de Roma. Hacia fines de la Edad Media los cereales panificables se movían a grandes distancias y en cantidades importantes. Está claro que la razón principal era la urbanización de Europa. A fin de satisfacer las necesidades urbanas se puso en movimiento un mecanismo que permitiese el transporte de granos sobre grandes distancias. De ese modo podía remediarse cualquier escasez local producida por la pérdida de las cosechas, que en épocas anteriores provocaba hambres y muertes.

La escasez de granos más grave, como cabía esperar, se experimentaba en Italia y en los Países Bajos. Las áreas de Italia que producían excedente eran, como en la época clásica, Sicilia y Apulia, las llanuras costeras de ambos lados de la península italiana y el llano de Lombardía. Cada ciudad constituía un área deficitaria, y las ciudades mayores planteaban demandas que la población agrícola circundante era totalmente incapaz de satisfacer. Venecia, Génova y Florencia importaban granos por mar, y Milán y las demás ciudades del norte se abastecían básicamente de la producción del llano de Lombardía.

La producción de grano italiana se había de complementar con importaciones de otras zonas del Mediterráneo. Venecia absorbía los recursos del escasamente poblado llano de Albania e incluso del norte de África. A Génova y Pisa llegaba el grano del Languedoc traído por mar. El principal cereal panificable era el trigo. La cebada no llegó a ser objeto de un comercio intensivo, y el centeno, la pieza capital del comercio de granos del norte, era prácticamente desconocido en la cuenca mediterránea.

La situación de las ciudades flamencas no era tan precaria como la de las italianas. El llano de Flandes no era una región productora de cereales; sus suelos arenosos eran yermos y los arcillosos estaban demasiado húmedos. El principal suministrador de granos durante la mayor parte de la Edad Media era la zona de Artois y Picardía, una tierra de suelos fértiles y ligeros, donde, Thierry d'Hireçon era un ejemplar típico de terrateniente de la región, la agricultura se practicaba de un modo eficiente y los rendimientos eran altos. Los granos —en esta zona trigo, espelta y centeno— se acarreaban hasta los límites navegables de los afluentes del Escalda, en Valenciennes, Douai y Aire. Desde allí seguía río abajo en barcazas.[62] Existía una

62. G. Bigwood, «Gand et la circulation des grains en Flandre, du XIV^e^ au XVIII^e^ siècle», *RBPH*, IV (1906), pp. 397-460.

fiera competencia entre las ciudades flamencas para tener acceso al grano de Artois y controlar las vías fluviales, y muchas de ellas eran las ciudades que ejercían cierto tipo de *Stapelrecht*, autorizando el paso de aquel grano del que no tenían necesidad inmediata.

Brabante y Hainaut completaban el suministro de granos de Artois, pero el crecimiento urbano que tuvo lugar en esas regiones durante la baja Edad Media redujo su importancia en este campo. Picardía producía excedente de grano, buena parte del cual se transportaba por el Somme y luego siguiendo la costa a Flandes.[63] Holanda y los Países Bajos, aunque no tan urbanizados como Flandes o incluso Brabante, eran también zonas deficitarias. Lo mismo que en Flandes, los suelos eran inadecuados para la agricultura cerealística. Los granos llegaban por barca desde el norte de Francia y también en barcazas fluviales desde la baja Renania. Esta región, básicamente Güeldres, Jülich y Cleves, también abastecían a la ciudad de Colonia. Las ciudades de la Renania media se abastecían principalmente en los llanos de Alsacia y Baden.

Durante la baja Edad Media la Europa noroccidental comenzó a abandonar sus mercados tradicionales y empezó a abastecerse de cereales panificables en lugares más distantes. El grano del Báltico comenzó a llegar a la Europa occidental en el siglo XIII, y posteriormente el volumen se incrementó y el suministro se hizo más regular. Predominaba el centeno. A fines del siglo XV, que es cuando disponemos de cifras, el 97 por 100 del grano embarcado en Danzig era centeno. El primer grano que se exportó venía de Mecklemburgo y de Pomerania. Más tarde, el cultivo de cereales para la exportación se practicó a gran escala en Polonia y Lituania. El cereal se enviaba a través de los ríos polacos y rusos, y Danzig adquirió un papel predominante en el abastecimiento de cereales a Europa, papel que mantendría hasta el siglo XIX. Parte del grano báltico llegaba a Noruega, donde periódicamente tenían graves déficits, pero en su mayoría se consumía en las zonas más urbanizadas del noroeste de Europa. Hasta finales del siglo XVI, el grano del Báltico no llegó en gran escala al Mediterráneo.

63. Z. W. Sneller, «Le commerce de blé des hollandais dans la région de la Somme au XV^e siècle», *Bulletins de la Société des Antiquaires de Picardie*, XLII (1947-1948), pp. 140-160.

El comercio del vino

A partir del siglo XI, fueron abandonándose los intentos de cultivar la vid y fabricar vino en las zonas de Europa de clima marginal (ver p. 236) y la Europa septentrional empezó a realizar importaciones de las regiones más favorecidas. Las tierras del Mediterráneo, a excepción de las que estaban ocupadas por los musulmanes, siguieron produciendo el vino que necesitaban, pero exportaban poco. Quedaban muy alejadas de las regiones importadoras del norte de Europa. Sin embargo, los cruzados volvieron a sus tierras con el sabor de algunos vinos meridionales, especialmente el que se producía en el sur de Grecia. Este vino, dulce y denso, lo importarían los venecianos para la Europa occidental, y, bajo la denominación de malvasía, llegó a venderse incluso en Inglaterra. La conquista turca terminó con el comercio de la malvasía y su lugar lo ocuparon los vinos de Madeira y Portugal, de características similares.

Con esta excepción no muy importante, el comercio del vino se llevó a cabo en áreas en las que se combinaban las ventajas de un clima cálido y soleado con la facilidad del transporte a los mercados del norte de Europa. A grandes rasgos, había cuatro zonas con esas características durante la baja Edad Media. La primera de ellas iba desde Aunis y Saintonge hacia el sur hasta Guyena y Gascuña. Una parte mínima de esos vinos se exportaba por tierra a Normandía, Bretaña y la región parisiense, pero en su mayoría se exportaban por mar. A los lados del Garona se alineaban los viñedos, y cada otoño descendían por el río los barriles, con destino a Burdeos, de donde se exportaban a la Gran Bretaña y los Países Bajos. Antes de la guerra de los Cien Años se dice que se exportaban más de 50.000 barriles anuales. En el curso de los combates, los viñedos quedaron seriamente dañados y las exportaciones posteriores a la guerra nunca alcanzaron el volumen anterior.

La segunda zona de viticultura intensiva era Borgoña. Se encontraba casi en el límite climatológico de la viña, pero carecía de la gran ventaja de Gascuña: fácil acceso al mar. El transporte fluvial no era tampoco muy favorable. Las principales áreas viticultoras de Borgoña se encontraban al pie de la Côte d'Or, al norte y al sur de Beaune, donde aún hoy se siguen obteniendo renombradas cosechas. El mercado para los vinos borgoñones estaba al norte, y los barriles

había que acarrearlos a través de la meseta de Langres hasta alcanzar los afluentes navegables del Sena. Allí, en Auxerre, Chablis y Saint-Dizier el vino se embarcaba en barcazas que los transportaban hasta los mercados de París y Ruán. Parte del vino de Borgoña proseguía su camino por mar hasta Inglaterra; también se llevaba por el Oise hasta las ferias del vino de Compiègne, y de allí, por río y algunos porteos, a los Países Bajos. Podían obtenerse vinos más baratos en Champaña y en la región de París. Esta última estaba rodeada de viñedos, pero quienes podían costearlo bebían borgoñas, traídos río abajo, y claretes de Burdeos, que llegaban remontando el río desde el puerto de Ruán.

El traslado del papado a Aviñón creó una gran demanda de varios artículos, y entre ellos de vinos de calidad. Los más apreciados eran los borgoñas de Beaune y Saint-Pourçain. El primero se traía por el Saona y el Ródano hasta Aviñón, pero el más apreciado, el de Saint-Pourçain, había que transportarlo en carretas a lo largo de 175 kilómetros a través de las montañas del Charolais hasta llegar al Saona, en Châlons. La calidad del vino se alteraba; su precio aumentaba, y con gran aflicción, sin duda alguna, la corte papal dejó de beber Saint-Pourçain.[64]

Una tercera zona que producía vino para la exportación era Renania, desde Alsacia hasta Bonn. Sin embargo, era la parte más septentrional de esta región la que producía, como hoy en día, la mayor parte del vino para la exportación. Había mercados de vino locales en Espira, Maguncia, Francfort y Estrasburgo, pero todos ellos quedaban eclipsados por la importancia del de Colonia que, como mercado de vinos acaso sólo tenía rival en París. Colonia trataba con vinos de zonas tan alejadas como Suiza y Austria. Los claretes de Aquitania llegaban por mar y río, y los borgoñas por gran variedad de rutas. Pero los mayores tratos se hacían con vinos del Rin y del Mosela. Se vendían por todos las Países Bajos y se exportaban en barco a la Gran Bretaña y el Báltico.

Los Alpes constituían una barrera insuperable para el transporte de los vinos italianos hacia el norte de Europa. Tan sólo era practicable el paso del Brennero para hacerlos llegar al otro lado de las montañas. Los vinos del Tirol se vendían en la feria del vino de

64. Yves Renouard, «La consommation des grands vins de Bourbonnais à la cour pontificale d'Avignon», *Annales de Bourgogne*, XXIV (1952), pp. 211-244.

El comercio del vino

A partir del siglo XI, fueron abandonándose los intentos de cultivar la vid y fabricar vino en las zonas de Europa de clima marginal (ver p. 236) y la Europa septentrional empezó a realizar importaciones de las regiones más favorecidas. Las tierras del Mediterráneo, a excepción de las que estaban ocupadas por los musulmanes, siguieron produciendo el vino que necesitaban, pero exportaban poco. Quedaban muy alejadas de las regiones importadoras del norte de Europa. Sin embargo, los cruzados volvieron a sus tierras con el sabor de algunos vinos meridionales, especialmente el que se producía en el sur de Grecia. Este vino, dulce y denso, lo importarían los venecianos para la Europa occidental, y, bajo la denominación de malvasía, llegó a venderse incluso en Inglaterra. La conquista turca terminó con el comercio de la malvasía y su lugar lo ocuparon los vinos de Madeira y Portugal, de características similares.

Con esta excepción no muy importante, el comercio del vino se llevó a cabo en áreas en las que se combinaban las ventajas de un clima cálido y soleado con la facilidad del transporte a los mercados del norte de Europa. A grandes rasgos, había cuatro zonas con esas características durante la baja Edad Media. La primera de ellas iba desde Aunis y Saintonge hacia el sur hasta Guyena y Gascuña. Una parte mínima de esos vinos se exportaba por tierra a Normandía, Bretaña y la región parisiense, pero en su mayoría se exportaban por mar. A los lados del Garona se alineaban los viñedos, y cada otoño descendían por el río los barriles, con destino a Burdeos, de donde se exportaban a la Gran Bretaña y los Países Bajos. Antes de la guerra de los Cien Años se dice que se exportaban más de 50.000 barriles anuales. En el curso de los combates, los viñedos quedaron seriamente dañados y las exportaciones posteriores a la guerra nunca alcanzaron el volumen anterior.

La segunda zona de viticultura intensiva era Borgoña. Se encontraba casi en el límite climatológico de la viña, pero carecía de la gran ventaja de Gascuña: fácil acceso al mar. El transporte fluvial no era tampoco muy favorable. Las principales áreas viticultoras de Borgoña se encontraban al pie de la Côte d'Or, al norte y al sur de Beaune, donde aún hoy se siguen obteniendo renombradas cosechas. El mercado para los vinos borgoñones estaba al norte, y los barriles

había que acarrearlos a través de la meseta de Langres hasta alcanzar los afluentes navegables del Sena. Allí, en Auxerre, Chablis y Saint-Dizier el vino se embarcaba en barcazas que los transportaban hasta los mercados de París y Ruán. Parte del vino de Borgoña proseguía su camino por mar hasta Inglaterra; también se llevaba por el Oise hasta las ferias del vino de Compiègne, y de allí, por río y algunos porteos, a los Países Bajos. Podían obtenerse vinos más baratos en Champaña y en la región de París. Esta última estaba rodeada de viñedos, pero quienes podían costearlo bebían borgoñas, traídos río abajo, y claretes de Burdeos, que llegaban remontando el río desde el puerto de Ruán.

El traslado del papado a Aviñón creó una gran demanda de varios artículos, y entre ellos de vinos de calidad. Los más apreciados eran los borgoñas de Beaune y Saint-Pourçain. El primero se traía por el Saona y el Ródano hasta Aviñón, pero el más apreciado, el de Saint-Pourçain, había que transportarlo en carretas a lo largo de 175 kilómetros a través de las montañas del Charolais hasta llegar al Saona, en Châlons. La calidad del vino se alteraba; su precio aumentaba, y con gran aflicción, sin duda alguna, la corte papal dejó de beber Saint-Pourçain.[64]

Una tercera zona que producía vino para la exportación era Renania, desde Alsacia hasta Bonn. Sin embargo, era la parte más septentrional de esta región la que producía, como hoy en día, la mayor parte del vino para la exportación. Había mercados de vino locales en Espira, Maguncia, Francfort y Estrasburgo, pero todos ellos quedaban eclipsados por la importancia del de Colonia que, como mercado de vinos acaso sólo tenía rival en París. Colonia trataba con vinos de zonas tan alejadas como Suiza y Austria. Los claretes de Aquitania llegaban por mar y río, y los borgoñas por gran variedad de rutas. Pero los mayores tratos se hacían con vinos del Rin y del Mosela. Se vendían por todos las Países Bajos y se exportaban en barco a la Gran Bretaña y el Báltico.

Los Alpes constituían una barrera insuperable para el transporte de los vinos italianos hacia el norte de Europa. Tan sólo era practicable el paso del Brennero para hacerlos llegar al otro lado de las montañas. Los vinos del Tirol se vendían en la feria del vino de

64. Yves Renouard, «La consommation des grands vins de Bourbonnais à la cour pontificale d'Avignon», *Annales de Bourgogne*, XXIV (1952), pp. 211-244.

El comercio del vino

A partir del siglo XI, fueron abandonándose los intentos de cultivar la vid y fabricar vino en las zonas de Europa de clima marginal (ver p. 236) y la Europa septentrional empezó a realizar importaciones de las regiones más favorecidas. Las tierras del Mediterráneo, a excepción de las que estaban ocupadas por los musulmanes, siguieron produciendo el vino que necesitaban, pero exportaban poco. Quedaban muy alejadas de las regiones importadoras del norte de Europa. Sin embargo, los cruzados volvieron a sus tierras con el sabor de algunos vinos meridionales, especialmente el que se producía en el sur de Grecia. Este vino, dulce y denso, lo importarían los venecianos para la Europa occidental, y, bajo la denominación de malvasía, llegó a venderse incluso en Inglaterra. La conquista turca terminó con el comercio de la malvasía y su lugar lo ocuparon los vinos de Madeira y Portugal, de características similares.

Con esta excepción no muy importante, el comercio del vino se llevó a cabo en áreas en las que se combinaban las ventajas de un clima cálido y soleado con la facilidad del transporte a los mercados del norte de Europa. A grandes rasgos, había cuatro zonas con esas características durante la baja Edad Media. La primera de ellas iba desde Aunis y Saintonge hacia el sur hasta Guyena y Gascuña. Una parte mínima de esos vinos se exportaba por tierra a Normandía, Bretaña y la región parisiense, pero en su mayoría se exportaban por mar. A los lados del Garona se alineaban los viñedos, y cada otoño descendían por el río los barriles, con destino a Burdeos, de donde se exportaban a la Gran Bretaña y los Países Bajos. Antes de la guerra de los Cien Años se dice que se exportaban más de 50.000 barriles anuales. En el curso de los combates, los viñedos quedaron seriamente dañados y las exportaciones posteriores a la guerra nunca alcanzaron el volumen anterior.

La segunda zona de viticultura intensiva era Borgoña. Se encontraba casi en el límite climatológico de la viña, pero carecía de la gran ventaja de Gascuña: fácil acceso al mar. El transporte fluvial no era tampoco muy favorable. Las principales áreas viticultoras de Borgoña se encontraban al pie de la Côte d'Or, al norte y al sur de Beaune, donde aún hoy se siguen obteniendo renombradas cosechas. El mercado para los vinos borgoñones estaba al norte, y los barriles

había que acarrearlos a través de la meseta de Langres hasta alcanzar los afluentes navegables del Sena. Allí, en Auxerre, Chablis y Saint-Dizier el vino se embarcaba en barcazas que los transportaban hasta los mercados de París y Ruán. Parte del vino de Borgoña proseguía su camino por mar hasta Inglaterra; también se llevaba por el Oise hasta las ferias del vino de Compiègne, y de allí, por río y algunos porteos, a los Países Bajos. Podían obtenerse vinos más baratos en Champaña y en la región de París. Esta última estaba rodeada de viñedos, pero quienes podían costearlo bebían borgoñas, traídos río abajo, y claretes de Burdeos, que llegaban remontando el río desde el puerto de Ruán.

El traslado del papado a Aviñón creó una gran demanda de varios artículos, y entre ellos de vinos de calidad. Los más apreciados eran los borgoñas de Beaune y Saint-Pourçain. El primero se traía por el Saona y el Ródano hasta Aviñón, pero el más apreciado, el de Saint-Pourçain, había que transportarlo en carretas a lo largo de 175 kilómetros a través de las montañas del Charolais hasta llegar al Saona, en Châlons. La calidad del vino se alteraba; su precio aumentaba, y con gran aflicción, sin duda alguna, la corte papal dejó de beber Saint-Pourçain.[64]

Una tercera zona que producía vino para la exportación era Renania, desde Alsacia hasta Bonn. Sin embargo, era la parte más septentrional de esta región la que producía, como hoy en día, la mayor parte del vino para la exportación. Había mercados de vino locales en Espira, Maguncia, Francfort y Estrasburgo, pero todos ellos quedaban eclipsados por la importancia del de Colonia que, como mercado de vinos acaso sólo tenía rival en París. Colonia trataba con vinos de zonas tan alejadas como Suiza y Austria. Los claretes de Aquitania llegaban por mar y río, y los borgoñas por gran variedad de rutas. Pero los mayores tratos se hacían con vinos del Rin y del Mosela. Se vendían por todos las Países Bajos y se exportaban en barco a la Gran Bretaña y el Báltico.

Los Alpes constituían una barrera insuperable para el transporte de los vinos italianos hacia el norte de Europa. Tan sólo era practicable el paso del Brennero para hacerlos llegar al otro lado de las montañas. Los vinos del Tirol se vendían en la feria del vino de

64. Yves Renouard, «La consommation des grands vins de Bourbonnais à la cour pontificale d'Avignon», *Annales de Bourgogne*, XXIV (1952), pp. 211-244.

Bolzano y se distribuían por buena parte del sur de Alemania, vendiéndose incluso en Polonia.

El comercio de la sal

La mayor parte de la sal que se comerciaba a gran distancia procedía de las salinas costeras. Dentro del Mediterráneo, la sal circulaba hacia los centros consumidores mayores, particularmente del norte de Italia. Llenaba las bodegas de las naos o a veces compartía el cargamento con otros artículos. El litoral español, las islas Baleares y el Languedoc enviaban la sal en pequeñas embarcaciones de cabotaje a Génova, Barcelona, Pisa y otros puertos. Venecia obtenía la sal de las lagunas de la costa de Dalmacia y de Albania, y Constantinopla de las costas de Macedonia y Tracia. Pero la sal que más se consumía era la de la «bahía», de donde se enviaban a fines de verano grandes cantidades hacia el norte de Europa.

El comercio marítimo de la sal fue desarrollándose constantemente a partir del siglo XII. El mercado de la sal de la «bahía» se extendía desde los puertos del canal de la Mancha hasta los Países Bajos y, más tarde, al desarrollarse el comercio hanseático, la sal constituyó el grueso del cargamento que los hanseáticos transportaban hacia el este. Fuera del ámbito de las costas del oeste y del norte de Europa, la sal marina encontraba la competencia de la obtenida de manantiales salinos o de la sal gema, como la que se obtenía en Wieliczka, al sur de Polonia. En los Países Bajos la sal se obtenía quemando la turba y disolviendo las cenizas que se formaban. Sin embargo, la sal marina importada fue suprimiendo la comercialización de la sal de distinto origen, excepto en aquellas zonas muy alejadas del mar, como Bohemia y Austria.

El comercio de la lana

El comercio de la lana se hizo necesario tanto por las variaciones en la calidad de ésta como por la concentración de las industrias textiles en unas cuantas zonas. Tres eran las zonas productoras de lanas de alta calidad: Inglaterra, España y el norte de África. La lana inglesa fue la que tuvo mayor demanda durante el período de expan-

sión del siglo XIII y comienzos del XIV. Las manufacturas de paños finos de los Países Bajos utilizaban casi exclusivamente lana inglesa, aunque las lanas de origen local, de Artois, pudieron tener suma importancia en las primeras fases de su desarrollo. La lana inglesa era objeto de una fuerte demanda en Italia en el siglo XIII y debía realizar un viaje costoso por tierra desde los puertos del canal de la Mancha hasta el llano de Lombardía. En un principio, se enviaba a través de Francia, pero la prohibición francesa a las exportaciones de lana forzó a seguir una ruta más oriental, pasando por Basilea y luego penetrando en Italia a través de los pasos de los Alpes centrales. La lana inglesa cruzaba el paso de San Gotardo a lomos de animales con anterioridad al año 1300.

Las exportaciones de lana inglesa comenzaron a declinar hacia mediados del siglo XIV, y la Europa continental se vio obligada a aprovisionarse en otros lugares. Los nuevos tejidos podían emplear lanas de mediana calidad, lo que permitió el empleo de lanas de origen local. Pero fue la lana española la que, principalmente, entró en el mundo europeo, en sustitución de la lana inglesa. La Mesta se constituyó a finales del siglo XIII (ver p. 242), y el volumen de las exportaciones de lana hacia Italia y el norte de Europa se incrementó. Probablemente alcanzó las cotas más altas a principios del siglo XV, cuando de las ferias laneras de Medina del Campo, cerca de Valladolid, se enviaron inmensas cantidades a los puertos del norte de España para embarcarlas hacia la Europa noroccidental.

El comercio de los paños

El paño era, con mucho, el producto más importante de todos los manufacturados en el comercio medieval. No había ninguna otra mercancía que se presentara en tal variedad de calidad, textura, color y dimensiones. En ningún otro terreno se produjeron mayores cambios en la moda y en la estructura de la demanda. Nos encontramos con que se desarrollaba un sistema comercial tan complejo que, a la luz de las limitadas fuentes de que disponemos, desafía todo análisis. Ya se ha hecho referencia (ver p. 408) a los libros de los Bonis de Montauban y de Datini de Prato. Traficaban con paños de lugares lejanos y desconocidos, seguramente porque su clientela se los pedían, así como con los tejidos de calidad superior de Flandes o Florencia

que, como en el caso de los vinos de calidad, tenían amplia demanda en todas partes. Dollinger ha explicado [65] que, en el comercio recíproco de dos ciudades, Friburgo en Suiza y Estrasburgo en Alsacia —ninguna de las dos de primera línea—, intercambiaban entre sí paños de calidad indeterminada. La lista de compras de una dama acomodada de Quercy, en el sudoeste da Francia,[66] indicaba la adquisición de catorce piezas de paño en la diminuta ciudad de Villeneuve. Procedían de: Saint-Quentin, Lille, Sens, Provins, Beauvais, Cambrai, Yprés, Aviñón y Louviers (Normandía). Había además una «saya» de Alemania. La única pieza de procedencia local era otra saya de Cahors. Pudo hacer su elección entre la producción de toda Europa, y en su opción se empleó a fondo.

En la confusa estructura del comercio de paños medieval se puede, sin embargo, discernir ciertos movimientos que trascienden la escala local y fluctuante. De una parte representa la producción a gran escala en ciertos centros especializados; por otra parte, una demanda continua de paños de una determinada calidad. El principal centro productor y exportador eran los Países Bajos, primero con una predominancia de los paños finos de Flandes y, hacia finales de la Edad Media, con las nuevas telas de Brabante y de las zonas rurales de Flandes. El tráfico de los paños flamencos iba principalmente hacia Italia, a través de las ferias de Champaña, mientras se mantuvieron en actividad y, después de su colapso, a través de Renania y de los pasos de los Alpes centrales. En la baja Edad Media el paño inglés reemplazó en cierta medida a los flamencos en el mercado italiano.

Una característica del comercio en la baja Edad Media fue la ampliación de la demanda, en beneficio de las mercancías de mediana calidad. Ello se manifiesta, no sólo en la creciente popularidad de las nuevas telas sino también en los tejidos mixtos y fustanes. Éstos se producían en el sur de Alemania y en Suiza y los comercializaban los mercaderes de la Compañía de Ravensburg, en las cercanías del lago Constanza. Tenían su principal mercado en Italia, pero los paños

65. P. Dollinger, «Commerce et marchands strasbourgeois à Fribourg en Suisse au Moyen Âge», *Beiträge zur Wirtschafts— und Stadtgeschichte*, Wiesbaden, 1965, páginas 124-143.

66. D'Alauzier, «Achats d'étoffes d'une dame de Quercy au XIII[e] siècle» *Ann Midi*, LXX (1958), pp. 87-88; puede hallarse otra lista parecida en A. Higounet-Nadal, «Inventaire dc la marchandise d'un drapier de Périgueux (1407)», *Ann Midi*, LXXVII (1965), pp. 337-340.

de la Alemania meridional tenían una difusión más amplia que la que habían tenido los paños flamencos. Se vendían en las ciudades renanas, en el Báltico —adonde eran llevados por los comerciantes hanseáticos— y en la Europa oriental, llevados por los mercaderes de Nuremberg y Praga.

El comercio de los metales

Los metales y los artículos metálicos participaron del oscuro anonimato que envuelve a la minería y a la fundición medieval. No se sabe casi nada del volumen de metales que participaba en el comercio, y muy poco del marco geográfico de este comercio. Los metales que tuvieron importancia en la Edad Media eran, primero y principalmente, el hierro y el acero, seguidos del plomo, estaño, cobre y calamina, esta última empleada para la obtención del latón.

Debemos suponer que una buena parte del hierro se empleaba en el lugar de su obtención para fabricar artículos domésticos. Sin embargo, existían ciertas áreas donde la producción de hierro excedía en mucho la demanda local, pudiendo satisfacer la demanda de metales de extensas zonas de la Europa occidental. La principal área productora de hierro era el País Vasco, en el norte de España.

Se supone que en segundo lugar en orden de importancia, por lo menos ya en la baja Edad Media, se encontraba Suecia. Las primeras exportaciones de que se tiene noticia, a mediados del siglo XIII, proceden de Gotland, pero la principal fuente de hierro de Escandinavia era, sin lugar a dudas, la Suecia central. El hierro se exportaba, generalmente, desde Estocolmo, por cuenta de los mercaderes de la Hansa. Según se asegura [67] el volumen de las exportaciones no pudo haber sobrepasado las 300 o 500 toneladas anuales en los años 1368-1369, pero pudo alcanzar las 900 toneladas anuales hacia finales de siglo. Las exportaciones siguieron aumentando durante el siglo XV, y las que salían por Estocolmo, por sí solas, ya alcanzaron las 3.000 toneladas hacia mediados del siglo XVI. Gran parte del hierro se transportaba a Lübeck y de allí se distribuía a la Europa occidental.

67. R.-H. Bautier, «Notes sur le commerce de fer en Europe occidentale du XIII[e] au XVI[e] siècle», *RHS*, IV (1963), pp. 35-61.

Los metales no ferrosos —cobre, estaño y plomo— no se encontraban tan fácilmente como el hierro, y su comercio era importante. La mayor productora de estaño era Cornualles, que de hecho tenía el monopolio en la Europa occidental. Se embarcaba, principalmente, desde Londres, rumbo a los Países Bajos y, aliado con el plomo, formando peltre se difundió por toda Europa, llegando por mar hasta el Oriente Medio. El cobre era más escaso. Las minas de las montañas del Harz, en Alemania, constituían un buen recurso, pero en la baja Edad Media empezaron a producir las vastas reservas de los Alpes orientales y de las montañas de Eslovaquia, en parte gracias a las actividades de los Fugger. El cobre de Hungría llegaba a los mercados de la Europa occidental siguiendo el mismo itinerario que el hierro húngaro, y, al concluir la Edad Media, Amberes se constituyó en el mercado del cobre más importante del continente. Entre los principales consumidores de cobre se encontraba Dinant, junto al Mosa, que, anteriormente a su destrucción en el año 1446, parece que prácticamente acaparó el metal procedente del Harz y del mercado de Goslar. Ya en el siglo XII podían encontrarse mercaderes de Dinant comprando cobre en Colonia y, en el siglo XIII, los tratantes en cobre —«si vero de Goslaria vel undecumque»— pagaban a la ciudad un impuesto especial.[68]

Las páginas anteriores no son más que un sumario de los conocimientos que tenemos de las principales categorías del comercio medieval. De hecho, no había límite a la variedad de mercancías que se desplazaban por los caminos medievales o seguían los ríos en pequeñas embarcaciones. A todo lo que se ha dicho se podría añadir la mantequilla, el queso y el pescado salado, las pieles utilizadas en ribetear las ropas de los ricos, los pellejos con los que se obtenían cueros bastos y las pieles más finas, que, curtidas con sumo cuidado, se convertían en cordobán, empleado en la fabricación de guantes y calzado de damas. Algunas de estas mercancías, incluso de bajo precio, se transportaban a veces por distancias enormes. Los cueros suizos se vendían en Estrasburgo, y existe una información procedente de Colonia acerca de un carromato cargado de cueros, procedente de Münster y con destino a la ciudad, que durante una tormenta

68. *Quellen zur Geschichte des Kölner Handels und Verkehrs im Mittelalter*, ed. Bruno Kuske, *Publicationen der Gesellschaft für Rheinische Geschichtskunde*, XXXIII, 1.ª parte, Bonn, 1923, n.os 5 y 8; véase también A. Joris, «Probleme der mittelalterlichen Metallindustrie im Maasgebiet», *HGB*, LXXXVII (1969), pp. 59-76.

cayó desde un puente al río Lippe y se perdió. Los arenques, curados en las pequeñas ciudades de la costa holandesa, se transportaban Rin arriba y, seguramente, también por otros ríos, para venderlos en los mercados urbanos; y hacia el año 1400 se acusó a dos comerciantes de Kampen, un pequeño puerto del Zuider Zee, de poner «falsamente» a la venta en Colonia los arenques que ellos mismos habían salado y curado en Scania, en el sur de Suecia. Nada hay que demuestre más claramente el inmenso campo del comercio durante la baja Edad Media que los registros comerciales de Colonia o los libros de familias de comerciantes, como los Bonis o los Datini.

Capítulo 9

LA REVOLUCIÓN COMERCIAL

Una revolución comercial, según las palabras del malogrado Raymond de Roover, es «un cambio total o drástico en la manera de llevar los negocios o en la organización de la actividad comercial». Esta revolución, según él, se produjo a finales del siglo XIII y comienzos del XIV. Se caracterizó por un cambio en las actividades de los mercaderes que, gradualmente, fueron dejando de desplazarse con sus mercancías y, en su lugar, las confiaban a «transportistas corrientes», y realizaban tanto pedidos como pagos mediante correos. Esta revolución vino señalada por el desarrollo de nuevas formas de compañías; por la aparición de la letra de cambio, que eliminó la necesidad de mover grandes cantidades de dinero, así como el mecanismo para liquidarlas o descontarlas, y por el creciente uso del crédito, posibilitado por la letra de cambio. También hicieron su aparición métodos más elaborados de tenencia de libros.

Todos estos avances en la práctica del comercio se produjeron por primera vez en Italia, aunque algunos tenían precedentes en el Oriente Medio. Durante los dos últimos siglos de la Edad Media, tales adelantos se extendieron por gran parte de la Europa occidental. Se adoptaron en Alemania, pero influyeron poco en el desarrollo del comercio en la región del Báltico y casi nada en la Europa oriental. Aparte de ejercer de banqueros de los reyes de Inglaterra, los italianos contribuyeron muy poco en la organización económica de la Gran Bretaña,[1] donde no se produciría la revolución comercial hasta el siglo XVI.

1. M. M. Postan, «Italy and the economic development of England in the middle ages», *JEH*, II (1951), pp. 339-346.

Antes de dicha revolución, el mercader viajaba, corrientemente, con su género. El volumen de mercancías venía limitado por los medios de transporte disponibles, y el volumen de ventas por la lentitud de los desplazamientos. Llevaba consigo poco dinero, en parte debido a que era peligroso, pero en parte también porque la cantidad de moneda en circulación era poco adecuada a las necesidades del comercio. Gran parte de su actividad tenía lugar en las ferias, donde podía realizar sus compras bajo garantía de las mercancías que aún obraban en su poder, hasta que, al concluir la feria, saldaba sus cuentas con los demás mercaderes. De hecho, se trataba de una forma muy refinada de trueque. Cuando concluía el período del balance con que se cerraban las ferias, era muy poco el dinero que cambiaba de manos.

Tal era la costumbre en las ferias y ciudades que se encontraban a lo largo del eje comercial que unía Italia con el noroeste europeo. En cuanto al comercio en el este y en el norte, aún tenía un carácter más «natural». Era simple trueque, en el que apenas intervenía el concepto dinero. Heckscher [2] ha señalado que, en la Suecia del siglo XVI, el valor de los arenques se expresaba a veces en términos de grano o hierro, artículos por lo que a menudo se intercambiaba el pescado. Una deuda contraída con la ciudad de Lübeck fue satisfecha con mantequilla, y los impuestos se pagaban frecuentemente en especie.

Por otra parte, no hay que enfatizar indebidamente, como hiciera Werner Sombart, el bajo nivel de los negocios y el comercio medieval. Puede admitirse sin discusión que el tonelaje total del género importado anualmente de Oriente a todas las ciudades italianas no llegaría a llenar las bodegas de un solo carguero de hoy, y que las dimensiones del mercado europeo de mercancías exóticas era mínimo si lo comparamos con el de hoy en día. Sombart describía al mercader como «ciñendo una espada» a fin de «hacer llegar su reducida mercancía a los lugares de destino», haciendo las veces de «carretero y posadero durante semanas y meses».[3] Todo ello sería cierto si se refiriese al bienaventurado Goderico de Finchale, el cual, a pesar de todo, llegó a amasar una fortuna considerable; pero no era cierto

2. Eli F. Heckscher, «Natural and money economy», *JEBH*, III (1931), pp. 1-29.
3. Werner Sombart, citado en *Enterprise and secular change*, F. C. Lane y J. C. Riemerswa, eds., Homewood, Illinois, 1953, p. 26.

en absoluto al referirse a la época de los Bardi, los Peruzzi y los Acciaiuoli. Sus negocios eran de altos vuelos para su tiempo. Prestaban dinero a los monarcas; tenían factores en la mayoría de las grandes ciudades comerciales de Europa, y tanto sus encargos como sus documentos comerciales circulaban entre ellas a la velocidad que permitía un caballo.

Crédito y usura

En la base de la revolución comercial se encontraba la institución del crédito. Uno de los obstáculos más serios con que tropezó el desarrollo del comercio en el mundo antiguo fue el fracaso de las civilizaciones clásicas en desarrollar los instrumentos de crédito necesarios. De haberlo hecho así, las prevenciones de los padres de la Iglesia sobre la práctica de la usura no hubiesen sido tan severas, puesto que, a la larga, los valores morales cristianos siempre se ajustan a las necesidades económicas. Durante buena parte de la Edad Media, sin embargo, la Iglesia condenó formalmente el préstamo de dinero con interés, aunque se tratase de un préstamo disfrazado, y se requirieron grandes dosis de ingenio, por parte de los canonistas, para reconciliar las prácticas comerciales necesarias más elementales con las enseñanzas de la Iglesia. A principios del siglo XII, Graciano formularía su rígida doctrina sobre la usura. Se basaba en el precepto bíblico, reforzado con los escritos de los padres y los cánones de la Iglesia primitiva. Se definía la usura como «el recibir más que la cantidad prestada, no sólo en dinero sino también bajo cualquier especie ... Todo lo que se exija de más, aunque sea mínimo, es usura».[4] La usura se condenaba, aunque los pensadores medievales nunca se enfrentaron con la doble vertiente que aparece en el texto del Deuteronomio: «no prestarás con usura a tu hermano ... A un extraño puedes prestarle con usura». Que este texto bíblico tenía plena vigencia para las gentes del Renacimiento nos lo demuestra Shakespeare en su *Mercader de Venecia*:

> Si has de prestar este dinero, no lo prestes
> a tus amigos, —pues ¿cuándo se generó una amistad

4. T. P. McLaughlin, «The teaching of the canonists on usury», *Mediaeval Studies*, I (1939), pp. 81-147; II (1940), pp. 1-22.

basada en el estéril metal del amigo?—
Pero, más bien préstaselo a tu enemigo:
A quien, si se arruina, puedes con buena cara
exigir el castigo.

Sin embargo, se aceptaba que hubiese un beneficio si éste representaba el justo pago de los servicios prestados o la compensación por los riesgos habidos.

La primera objeción a la doctrina cristiana sobre la usura vino en el derecho civil. El Código de Justiniano había aceptado, como práctica provechosa, el pago de interés sobre el dinero prestado. Los canonistas desautorizaron esto afirmando la superioridad del derecho canónico sobre el derecho civil, siempre que se advirtiera un conflicto entre ambos. Añadían argumentos capciosos como que el dinero es estéril y no puede crecer; de modo que exigir intereses es pedir que se pague el tiempo, que es común a todos. La doctrina cristiana primitiva era esencialmente hostil al mercader y a la práctica del comercio. «El comercio —enunciaba uno de los cánones primitivos— difícilmente puede ser grato a los ojos de Dios, si es que puede serlo alguna vez.» La usura parece más bien haberse considerado una ofensa teológica que un crimen social. Se daba por sabido que los judíos imponían intereses al dinero que prestaban, y al Concilio de Letrán del año 1215 sólo le importó que no exigieran *immoderatas usuras*. El cristiano que pecaba aceptando o pagando intereses sólo era reo de castigos espirituales y su delito muy raramente, si llegó a darse el caso, se trató en tribunales civiles.

Se inventaron varios métodos para hacer préstamos y recibir interés. Podía venderse un artículo y luego se devolvía al término de un período fijado (*venditio* y *emptio ad tempus*) y la diferencia entre ambos precios constituía el interés del préstamo, que era el objeto real de la transacción. Esta práctica estaba condenada por los canonistas, a menos que hubiese una incertidumbre real en cuanto al precio del artículo en el momento de calcular la transacción. En otras palabras, el contrato quedaba legitimado al intervenir el factor riesgo. También podía concederse un préstamo bajo garantía de algo, por ejemplo un caballo, del que se podía obtener un beneficio. Este tipo de préstamo se consideraba usura. Por otra parte, si el acreedor podía demostrar que había sufrido un perjuicio a resultas de haber prestado el dinero —*damnum emergens*— tenía derecho a una compensación;

o también podía obtener dinero de un empleo lucrativo (*lucrum cessans*) a fin de socorrer a un amigo. En este caso también podía extraer un *interesse* del préstamo. Las argumentaciones se hicieron tan sutiles que sólo un canonista podía tener la paciencia o el interés necesarios para deshilvanarlas. En realidad, la línea que separaba las operaciones financieras legítimas de las pecaminosas se hizo tan imprecisa que las ocasiones en que los laicos creyeron sus almas en peligro por sus transacciones financieras debieron ser muy escasas.

Los canonistas fueron progresivamente ampliando su permisibilidad, a medida que aumentaba la necesidad del crédito. En la práctica, fue trazándose una distinción entre el préstamo por negocios y lo que se podría denominar préstamo por calamidad. En el primer caso, el que tomaba dinero prestado normalmente confiaba en obtener beneficios con el dinero del préstamo; por ello parecía razonable que pagase por el privilegio de utilizar el dinero ajeno en provecho propio. El préstamo por calamidad, sin embargo, se hacía a alguien que había resultado perjudicado por un accidente o desgracia. A éste había que compadecerlo y auxiliarlo, no hundirlo aún más con la obligación de pagar intereses elevados. En el caso de préstamos por calamidad se recurría habitualmente al usurero, y eran sus actividades las que más frecuentemente se denunciaban.[5] En muchas ciudades se estableció un *mons pietatis*, un fondo para la ayuda a los necesitados, que sólo exigía el interés necesario para cubrir los costes de la administración.

Dejando aparte los préstamos que las casas de banca italianas hacían a reyes y príncipes, las mayores sumas que entraban en las transacciones crediticias se realizaban mediante letras de cambio. El dinero recibido en un determinado lugar se devolvía en otro distinto, en fecha posterior y en diferente moneda. Se trataba a todas luces de una operación de crédito, pero en la que intervenía el factor riesgo, en cuanto que era imposible prever con seguridad el valor del cambio en el lugar en que se hacía efectiva la letra. Según De Roover «los beneficios especulativos del cambio de moneda servían para camuflar los intereses».[6] Los canonistas ni siquiera protestaron y la

5. Para san Bernardino de Siena, véase Raymond de Roover, *San Bernardino of Siena and Sant'Antonio of Florence*, Kress Library of Business and Economics, n.º 19, Cambridge, Mass., 1967, pp. 32-33.

6. Raymond de Roover, *The rise and decline of the Medici bank 1397-1494*, Norton, Nueva York, 1966, pp. 11-12.

más usurera de todas las transacciones financieras de la baja Edad Media, la que hizo posible la fortuna de los Médicis y de muchos otros bancos, fue, desde el punto de vista teológico, irreprochable.

Para la escuela de Weber-Tawney, que relaciona la ascensión del capitalismo moderno con la Reforma, se ha convertido en artículo de fe que las prohibiciones medievales a la usura restringieron el crecimiento económico y obstaculizaron las actividades de los comerciantes. Esta afirmación es sin duda exagerada. Lo que podemos admitir es que las prohibiciones de la Iglesia llevaron a la adopción de subterfugios que consumían tiempo y que eran probablemente inútiles. Obligaron a que las operaciones bancarias, puras y simples, tomasen la forma de contratos de cambio. Finalmente la abrumadora necesidad del crédito obligó a los teólogos a buscar caminos para evitar los obstáculos creados por ellos mismos, hasta que toda su complicada casuística sumió en el descrédito a todo el apartado de la economía escolástica.

Los mayores préstamos, como ya se ha dicho, se hicieron a reyes, príncipes y corporaciones públicas. Las ciudades italianas recurrieron frecuentemente a préstamos obligados y, en muchos casos, las deudas municipales se consolidaron, debiendo pagar intereses a tasa fija. Generalmente, los canonistas admitían que aquellos a quienes se obligaba a prestar dinero a la ciudad tenían derecho a percibir intereses. Cuando empezaron a venderse obligaciones de las ciudades como si fueran anualidades o rentas fijas, se hicieron algunas objeciones desde el punto de vista teológico, pero no hay indicios de que sirvieran para inhibir esta práctica.

A veces los monarcas concertaban enormes préstamos con compañías como las casas florentinas de los Bardi o los Peruzzi, a menudo con la garantía de los ingresos devengados de impuestos específicos. Con harta frecuencia, los deudores reales no cumplían lo contratado, y la negligencia de Eduardo III para con sus banqueros produjo el colapso de las casas florentinas acreedoras. En el siglo siguiente, los Médicis tuvieron que hacer frente al mismo problema. Una gran parte de su capital estaba inmovilizado en préstamos a largo plazo, muchos de ellos al rey de Inglaterra, lo que constituía la condición —incierta— para realizar negocios en países extranjeros. Tal vez el riesgo inherente a todo préstamo otorgado a un príncipe reinante lo libraba de las prohibiciones contra la usura.

Los canonistas condenaban con un énfasis similar —y en este

aspecto contaban con el refrendo de la gran masa de los consumidores— otras formas de ganancia, entre las que se contaban la formación de acuerdos de precios, así como el acaparamiento o monopolio de ciertos artículos, particularmente alimentos. La distancia existente entre el acaparamiento del suministro de granos de una comunidad y la especulación legítima con el trigo era muy estrecha y los canonistas nunca la delimitaron con precisión. Se contentaron con condenar de un modo genérico toda forma de monopolio.

El trabajador tenía derecho a un «salario justo», del mismo modo que las mercancías debían tener un «precio justo». Sin embargo, los economistas escolásticos nunca distinguieron claramente entre costo y precio. Algunos sostenían que el precio debía ser la suma de los costos del material del que se había hecho el producto y el del trabajo que se le había acumulado en el proceso de fabricación y comercialización. Tal teoría estaba tan alejada de la realidad que no hay que tomarla seriamente. Tomás de Aquino consideraba que el precio dependía de la utilidad, provecho y necesidades humanas. El precio venía determinado por el mercado. En palabras de su contemporáneo Acursio, «res tantum valet quantum vendi potest». Según san Bernardino, el precio correcto era el que determinaba el regateo en el mercado.[7] Los teólogos no prestaron demasiada atención a la cuestión de la regulación de precios. Admitían que en épocas de escasez era deseable, o incluso necesaria, y aceptaban la idea de que debía ir relacionada al costo de la producción del artículo en cuestión.

Parece que también se aceptaba que el trabajo era una mercancía, cuyo valor venía establecido por las condiciones del mercado. El «salario justo», lo mismo que el «precio justo» debía fijarse mediante la competencia y la contratación libre. También aquí aparece la condena medieval a todo monopolio. San Bernardino argumentaba que el trabajador especializado merecía un salario más elevado que el simple peón, puesto que su técnica le confería el valor de lo escaso, y se admitía que se podía forzar a las masas de trabajadores no especializados a trabajar por un salario inferior a las necesidades vitales. Por norma general, las alianzas de trabajadores para conseguir aumentos salariales o mejoras en las condiciones laborales fueron condenadas como interferencias en el libre juego del mercado. Segu-

7. Raymond de Roover, «The concept of the just price: theory and economic policy», *JEH*, XVIII (1958), pp. 418-438.

ramente, los canonistas hubiesen condenado tanto las prácticas gubernamentales reguladoras, tales como el *Statute of labourers*, formulado poco después de la peste negra (1351), como los movimientos proletarios como el de los *ciompi*, de amarga memoria para los moralistas florentinos. Muy acertadamente, De Roover ha notado la notable anticipación de las ideas de Adam Smith que aparecen en los sermones del florentino san Antonio, en pleno siglo XV.

La banca medieval

Muchos de los préstamos, acaso la mayoría, que se concertaron en la sociedad medieval, se realizaron entre un individuo y otro, frecuentemente con la garantía de alguna propiedad personal. La banca se desarrolló cuando el dinero depositado al cuidado del banquero se empleó para préstamos a terceros y, por medio de transferencias, para realizar pagos de una persona a otra. La banca medieval evolucionó, seguramente, a partir de las actividades de los cambistas de moneda. Su actividad se fundaba en la necesidad surgida en vistas a las diferentes monedas en circulación y a la condición devaluada de gran parte de esas monedas. Nada podía ser más fácil para el cambista que aceptar monedas de un tipo contra el pago posterior en monedas de otro tipo, o adelantar dinero en esas mismas condiciones. En el transcurso del siglo XII, cada vez más se depositó dinero al cuidado de los cambistas, y éstos lo utilizaron para hacer préstamos. Esta primitiva forma de banca estaba plagada de graves peligros. Una mala racha podía dejar al cambista sin liquidez para satisfacer las demandas de los acreedores. Las bancarrotas a veces se castigaban muy severamente.

Hacia finales del siglo XII los Templarios hacían de banqueros de los reyes de Francia e Inglaterra, y prestaban dinero que, procedente de la recaudación de los impuestos papales, debía transferirse a Roma. Durante los primeros años del siglo XIII, los italianos concedían préstamos a eclesiásticos alemanes y de otras procedencias en visita a Roma, a devolver en las ferias de Champaña. De alguna manera, se había ideado una forma de liquidación internacional. De hecho, los cambistas jugaron un papel de primer orden en las ferias, reseñando la entrada de depósitos y préstamos en sus libros, transfiriendo créditos de un mercader a otro, y sometiendo el estado de cuentas al final de las ferias.

La banca, en los siglos XII y XIII, era una actividad relativamente sencilla, que exigía escaso capital y pocos registros. El banquero realizaba sus operaciones sentado en un banco o contador (en italiano *banca*). Su libro mayor, en el que se anotaban todas las operaciones, era el único registro legalmente válido de sus negocios. Éstas había que realizarlas verbalmente y en persona. Un conocido cuadro del siglo XVI, pintado por Marinus de Romenwael, muestra al banquero sentado en su mesa, con el diario abierto ante sí, mientras que un cliente susurra en su oído las instrucciones para una transferencia de dinero o el pago de una deuda. Así pues, el banquero debía ser accesible. En Florencia situaba su mesa en el Rialto. Viajaba de feria en feria, llevando consigo poco dinero, pero con la confianza de cobrar las sumas que se le debían, a menudo con la garantía de las mercancías puestas a la venta en la propia feria.

La utilización de instrucciones por escrito al banquero se desarrolló lentamente y el talón negociable apenas si había hecho su aparición a fines de la Edad Media. Los banqueros habían de estar, necesariamente, en estrecha relación entre sí, para poder facilitar el saldo de las cuentas. Ello no tenía mayor complicación en aquellas ciudades italianas que se hicieron notorias por sus actividades bancarias, como Plasencia, Luca o Florencia. En las demás partes, las ferias sirvieron de lugar de reunión periódica de los banqueros. Disponían de edificios donde los banqueros podían liquidar o ajustar las operaciones que excedían el ámbito interregional. Las ferias se convirtieron en el centro de la mayoría de las transacciones comerciales a gran distancia de Europa, y en ciertos períodos fueron los más importantes centros de actividad comercial y financiera. Usher describió de este modo el funcionamiento del sistema:

> En las grandes ferias, el crédito se organizó de la manera más sencilla posible. Al comprador se le exigía que hiciese una transferencia de crédito en los libros de un banquero reconocido, que habría que saldar al concluir la feria ... El asiento en el libro del banquero era un tipo especial de obligación temporal. Era una garantía para el banquero, pero no un crédito. Al comprador se le suponía que disponía de haber en su cuenta en aquel momento, o disponer de mercancías en venta que le iban a permitir disponer de los fondos necesarios para realizar el pago.[8]

8. Abad P. Usher, *The early history of deposit banking in Mediterranean Europe*, Harvard Economic Studies, n.º 75, Cambridge, Mass., 1943, p. 114.

Cada una de las ferias de Champaña concluía (ver p. 414) con un período de varios días en los que se hacía el balance de las operaciones y se saldaban las cuentas. Cuando las ferias decayeron a principios del siglo XIV, sus actividades financieras se transfirieron a Châlons-sur-Saône, y más tarde a Ginebra, cuyas ferias de antigua tradición, confirmadas de nuevo en el año 1420, desempeñaron el mismo papel, aunque de un modo menos perfeccionado, que las ferias de Champaña. Hacia el año 1462, en gran medida gracias a los manejos de Luis XI de Francia, sus funciones comerciales, tanto de mercado como de centro de liquidaciones bancarias, pasaron a las ferias de Lyon. También en las ferias de la Europa central los banqueros tomaban nota de las transacciones y saldaban cuentas a intervalos. En las grandes ferias laneras de Medina del Campo, en Castilla, todas las transacciones las liquidaban los banqueros, que comparaban los balances cada dos días, durante todo el período que duraba la feria, «de modo que todos los pagos se liquidaban o quedaban reducidos a una forma que permitiría a cualquier comerciante dedicar todo su capital al pago de las deudas».[9] Se dice que en el momento de mayor prosperidad, las ferias de Medina del Campo contaban con los servicios de catorce o quince banqueros.

Hacia el siglo XIV la letra de cambio pasó a ser el principal vehículo de las transacciones bancarias a distancia. No era un talón, puesto que no podía negociarse. Era un documento por el que se ordenaba al banquero que realizara un pago (ver más abajo, p. 481), y su creciente uso durante la baja Edad Media incrementó enormemente el volumen de las transacciones bancarias.

Los primeros banqueros eran hombres de escasos recursos que realizaban sus operaciones desplazándose de un lugar a otro, siguiendo la pauta de la «estación» comercial. Pero las transacciones financieras nunca se divorciaron del comercio. Los comerciantes necesitaban remitir fondos para otorgar créditos y realizar empréstitos. Las grandes compañías «familiares» que surgieron en las ciudades del norte de Italia en el siglo XIII, combinaban todas esas operaciones con la compra y venta de lana y paño. Cuanto más crecían, más énfasis daban a las operaciones financieras. La tendencia, desarrollada a partir de finales del siglo XIII, de que los comerciantes permaneciesen en sus casas y empleasen *fattori* en las ciudades con las que realizaban sus

9. A. P. Usher, *op. cit.*, p. 128.

negocios les permitió incrementar enormemente la escala de sus negocios y hacerse inmensamente ricos.

Los comerciantes-banqueros italianos hicieron su aparición en Londres hacia el año 1224. Hacia mediados del siglo XIII, su número y sus métodos comerciales y financieros sorprendieron al cronista inglés Matthew Paris, quien denunció sus prácticas usureras. Su número iba en aumento a medida que, cada vez, más y más casas italianas de comerciantes-banqueros establecían factores en las ciudades del noroeste de Europa. Las primeras de esas casas bancarias de ámbito internacional radicaban en Plasencia, Luca y Siena, pero hacia finales del siglo XIII, el centro de la actividad bancaria se había desplazado hacia Florencia. Se fundaron gran número de bancos. La mayoría parece que eran compañías de ámbito familiar, aunque algunos admitieron la participación de personas ajenas a la familia. Las mayores —los Bardi, Peruzzi y Acciaiuoli— eran compañías centralizadas, en las que todas las operaciones se controlaban desde una contaduría central en Florencia. También eran compañías de responsabilidad ilimitada y, cuando en el año 1341 Eduardo III de Inglaterra dejó de pagar sus deudas, llevó a los Peruzzi a la bancarrota (1341) y luego a los Bardi (1346).[10] Los beneficios de esas dos grandes compañías bancarias no eran excesivos, acaso del orden del 10 o del 12 por 100, demasiado reducidos como para remontar las 180.000 libras perdidas en sus operaciones londinenses.

Después del colapso de estas empresas florentinas ya no volvieron a aparecer bancos de características comparables. Las empresas de Datini (ver p. 409) fueron una serie de operaciones de corta duración realizadas en sociedad por varios miembros de la familia Datini, o entre Datini y uno o varios extraños. Se trataba de operaciones separadas y autónomas, y el fracaso de una de ellas no afectaba directamente a las demás para nada. El banco de los Médicis, la institución financiera más famosa de la baja Edad Media, era también un grupo de empresas, en las que figuraba a la cabeza como socio principal un miembro de la familia Médicis. Las sumas depositadas en ese banco estaban a salvo de toda confiscación por razones políticas. Los Despencer habían acumulado, hacia los últimos años del reinado de Eduardo II, inmensas sumas en las casas de los Bardi y los Peruz-

10. Raymond de Roover, *Money, banking and credit in medieval Bruges*, Mediaeval Academy of America, Cambridge, Mass., 1948, p. 42.

zi, de un modo similar a como los capitalistas de hoy esconden sus ganancias en Suiza. Las sumas depositadas en el banco de los Médicis, en los tiempos inciertos del siglo XV, eran aún mayores y conferían una gran seguridad a sus manejos financieros. También se empleaba a los Médicis para hacer llegar a Roma los fondos procedentes de los impuestos pontificios, una tarea que les causaba bastantes problemas e inconvenientes, a causa del desequilibrio comercial entre Italia y el noroeste de Europa, a fines de la Edad Media. En un momento u otro, el banco de los Médicis pudo salir adelante en sus negocios gracias al control que ejercía sobre diez sucursales por lo menos. Además del banco público en Florencia, conocido como la Tavola, la compañía tenía sucursales en Roma, Pisa y Venecia. Una sucursal en Nápoles no resultó rentable y fue clausurada —una señal de la decadencia económica de la Italia meridional—. Por otro lado, se fundó una sucursal en Milán para prestar sus servicios a la corte y al gobierno de los Sforza. Fuera de Italia, la principal sucursal regional de la banca se encontraba en Brujas, de la que la oficina de Londres era una especie de satélite. La delegación de Aviñón perdió importancia una vez que los papas abandonaron la ciudad, y también cerró sus puertas. Otra en Marsella tuvo una vida efímera. La última sucursal estaba en la ciudad ferial de Ginebra, que siguió siendo un importante centro de actividad bancaria hasta que, en el año 1465, las actividades del banco Médicis se trasladaron a la ciudad de Lyon (ver p. 508).

El banco de los Médicis tenía menos sucursales o factores que los grandes bancos del siglo XIV. Sus actividades estaban más delimitadas, y corría menos riesgos. Sin embargo, la escala de sus operaciones y la amplitud de los beneficios se redujeron espectacularmente en el último tercio del siglo XV. En este período muchos de sus rivales menores quebraron. Varias razones explican la situación. Ante todo estaba el desequilibrio básico del comercio bajomedieval. Las exportaciones italianas al noroeste de Europa no tenían contrapartida comparable en el movimiento de paños y lanas inglesas, y la aportación de plata de la Europa central al sistema comercial internacional era insuficiente para restablecer el equilibrio en el comercio visible. Consecuentemente, el banco de los Médicis, así como otros, fueron acumulando efectos en el haber de su sucursal de Brujas, pero no podían remitirlos a Florencia o emplearlos comercialmente en otras direcciones. Los acontecimientos hubiesen podido ser completamente

diferentes si los banqueros comerciales italianos hubiesen podido establecer relaciones con la Hansa alemana. La incapacidad de entablar una asociación recíproca entre las esferas comerciales del Mediterráneo y del Báltico, puede que constituyese el factor más significativo en el declive económico de ambos.

Un segundo factor en la decadencia del banco de los Médicis, así como de otros bancos italianos, fue la guerra en Oriente. Los florentinos estaban muy involucrados financieramente con el comercio veneciano en el Mediterráneo oriental. El volumen de este comercio fue declinando durante la segunda mitad del siglo xv. Quedó interrumpido por la guerra turca de los años 1463-1479, seguida del sitio de Rodas y del ataque al sur de Italia. Las pérdidas del banco de los Médicis con la derrota militar de Venecia fueron cuantiosas. A estos dos factores hay que añadir la esterilidad financiera de muchas de las inversiones de los Médicis. Las circunstancias políticas los obligaron a conceder préstamos considerables a los gobiernos y a subvencionar las contiendas civiles en la propia Italia que, a su vez, ahogaban el comercio que las alimentaba. Sin embargo, no fue ninguno de estos factores lo que finalmente terminaría con las actividades de la más importante de las empresas bancarias bajomedievales. En el año 1494, los ejércitos franceses de Carlos VIII penetraron en Italia. A finales del mismo año ocuparon Florencia. Los Médicis huyeron; el banco cesó en sus actividades y a la ciudad se le impuso una enorme multa.

La aureola que envuelve a la banca internacional, como la de los Médicis, tiende a desviar la atención de las centenares de pequeñas empresas que operaron durante la baja Edad Media y la Edad Moderna, cubriendo las necesidades locales. Es posible que, en épocas difíciles, sus servicios fuesen aún más necesarios. El préstamo, practicado en algunos lugares con permiso de las autoridades, estaba generalmente condenado por la Iglesia, pero en pleno vigor entre los laicos. Los cambistas combinaban su labor de cambio de moneda con la compra-venta de joyería y la concesión de préstamos reducidos a corto plazo. Estas actividades apenas si están documentadas, pero no hay razón alguna que nos haga suponer que tuvieron el mismo destino que los grandes bancos.

Casi al mismo tiempo en que el imperio comercial de los Médicis se extinguía, el de los Fugger se ampliaba enormemente gracias a su participación en la minería del cobre y la plata en Eslovaquia (ver

p. 550). Se trataba de una familia de tejedores y comerciantes de paños de Augsburgo. A fines del siglo XV diversificaron sus operaciones, acaso para protegerse de la decadencia del comercio de paños italianos y levantinos. Se dedicaron a invertir en las industrias de metales no ferrosos, en la época en que éstos se expandían. El procedimiento habitual consistía en prestar dinero con la garantía de la propia mina. De ese modo, cuando sus deudores no pudieron cumplir el compromiso, consiguieron la mina argentífera de Schwaz, en el Tirol. A fines del siglo, los Fugger habían establecido el monopolio de hecho en el mercado del cobre de la Europa central. «Hacia el año 1525 —escribía Ehrenberg—[11] los Fugger eran, sin discusión, los financieros más influyentes de su tiempo», y sus especulaciones e inversiones abarcaban de España a Polonia y de Amberes a Nápoles. El manto de Lorenzo de Médicis, de Florencia, había cubierto a Jacobo Fugger, de Augsburgo. Marcaba el final de la banca internacional al estilo italiano, y representó el desplazamiento de la producción de bienes de consumo hacia la inversión en bienes de capital. Pero sobre todo denotaba el traslado del centro de la actividad económica desde Italia y el Mediterráneo hacia la Europa central y septentrional.

La letra de cambio

La actividad y los beneficios de la banca y las casas comerciales italianas se basó en la utilización de la letra de cambio. Este sencillo instrumento, casi lacónico, pero enormemente flexible, permitía el movimiento de vastas sumas de dinero de una cuenta a otra, de una parte a otra de Europa, en un período de tiempo tan reducido como el que precisaba un correo para completar su viaje entre ambos puntos. Las letras de cambio más antiguas que se conservan se emitieron durante la primera mitad del siglo XIV. Sin embargo, tuvieron un precedente en documentos financieros más formales, las actas notariales. Era éste un documento escrito por un notario dando fe del hecho de que *A* había recibido un préstamo en, pongamos por caso, Génova, en moneda local y prometía pagar en, digamos, la feria de Provins, cierto número de libras tornesas al prestador o a su agente.

11. Richard Ehrenberg, *Capital and finance in the age of the Renaissance*, Jonathan Cape, Londres, 1928, p. 83.

Las circunstancias en que se hacía tal tipo de préstamo, que debió de concertarse miles de veces en las ciudades italianas, en los siglos XIV y XV, son fáciles de entender. *A* desea hacerse cargo de una consignación de mercancías para venderlas en las ferias de Champaña. Toma prestada la suma de dinero que le permitirá la adquisición de la mercancía y se compromete, una vez que haya realizado la venta con éxito, a devolver el préstamo, pero en un tipo de moneda distinto, la que recibirá como producto de la venta. Esta acta notarial quedaba formalmente registrada en los libros del notario y servía como prueba legal de que el préstamo se había pagado. Debemos suponer que el agente del acreedor, quien cobraba el importe del préstamo en Provins, buscaba a alguien más que quisiera tomar prestada una suma similar para la adquisición, digamos, de paños flamencos para venderlos en Génova, permitiendo de ese modo que el prestador original recuperase el dinero.

El sistema era sencillo. El acta notarial cubría al mismo tiempo un préstamo y un cambio de moneda. Está claro que había que pagar cierto interés por el préstamo, que había que hacer efectivo en la cuenta del acreedor en Provins. La incertidumbre del cambio era suficiente para introducir un pequeño elemento de riesgo en la transacción, lo que permitía esquivar las regulaciones de la Iglesia. Este tipo de contrato de cambio se pensó para el comercio a gran distancia. Sin embargo, se empleó como medio de camuflar el préstamo directo en la forma de una transacción de cambio de moneda, para mejor evadir las reglas económicas. A este sistema se le conocía como contrato de «cambio seco». Concertaba la devolución del préstamo en un tipo de moneda diferente y en un lugar distinto, pero introducía una opción, por la que el deudor podía decidir el efectuar la devolución del préstamo en la misma ciudad en la que se había negociado originalmente.

A continuación se describe un contrato de cambio seco abreviado, escrito en Génova en el año 1188.[12]

> Nosotros, Girardo de Valle y Tommaso de Valle, reconocemos que hemos recibido de ti, Beltrame Bertaldo, banquero, una cantidad de [dineros] genoveses, por la que [prometemos pagar] 4 libras

12. Reproducido en su totalidad en Lopez y Raymond, *Medieval trade in the Mediterranean world*, Records of Civilisation, Nueva York, p. 166.

provisianas [o sea, la moneda de Provins] a ti o a tu mensajero acreditado, en la próxima feria de mayo en Provins.

Hasta el momento no pasa de ser un contrato por el que un comerciante obtiene un crédito para poder realizar sus negocios. Sin embargo, el notario añade: «Y si no hiciéramos así, prometemos pagarte, al volver de dicha feria, por cada 12 [dineros] provisinos 16 [dineros] genoveses, hasta que quede saldada la deuda». Como no se especifica la cantidad original del préstamo, es imposible calcular la tasa de interés. La opción de realizar el pago en Provins no hay que tomarla en serio, y todo el viaje a Champaña probablemente era ficción. Se trataba, en realidad, de un simple préstamo que había que devolver, seguramente a una tasa de interés elevada, en la misma plaza en que se había realizado el contrato originalmente.

Todo contrato de cambio, tanto si estaba realmente relacionado con el comercio a gran distancia como si no, requería de los servicios de un notario, que especificaba por escrito las condiciones claramente y sin ambigüedades. Seguramente era necesario hacerlo así en una época en que la mayoría de los comerciantes no sabían leer ni escribir. Hacia el siglo xv, el creciente volumen de los negocios y la mayor preparación de los propios comerciantes dio lugar a un método más simple de llevar a cabo los asuntos financieros. El resultado fue la letra de cambio. La validez del instrumento notarial venía garantizada por el nombre del notario que lo redactaba y por el de los testigos. La letra de cambio, por su parte, era hológrafa. Estaba escrita a mano de manera que la persona a quien iba dirigida podía identificar sin dificultad al emisor. Se sabe de casos en que se rechazó la letra porque el destinatario no reconoció la caligrafía de quien se la enviaba. La siguiente es una letra de cambio típica.

A: Francesco di Marco y Luca del Sera en Barcelona [1] En el nombre de Dios, el 12 de febrero de 1399. Pagad a la usanza por esta primera de cambio, a Giovanni Asopardo [2] 306 £ 13s. 4d. barcelonesas, a cuenta de los 400 florines recibidos aquí de Bartolomeo Garzoni [3], a 15s. 4d. por florín. Pagad y cargadlo en nuestra cuenta de ahí y responded. Dios os guarde Francesco y Andrea (di Bonanno), [4], Saludos desde Génova.

(y en distinta caligrafía)

Aceptada 13 de marzo. Asentada en el libro Rojo B, f. 97.[13]

En ésta, como en la mayoría de las letras de cambio, había cuatro partes: Bartolomeo Garzoni (3) ha comprado la letra por 400 florines genoveses a Francesco y Andrea di Bonanno (4), quienes declaran haber recibido esa suma. Luego Garzoni remite la letra a Francesco di Marco y Luca del Sera (1), banqueros de Barcelona, en cuyos libros hay una cuenta de los hermanos di Bonanno; di Marco y del Sera aceptan la letra, puesto que en la cuenta de los Bonanno hay suficientes fondos. Hacen efectivo el importe especificado, en moneda de Barcelona, a Giovanni Asopardo (2); dejan la marca de aceptación en la misma letra, con la fecha, y reseñan las transferencias efectuadas en su mayor. Esta transacción aparece de forma simple y diagramática en la figura 9.1. Garzoni ha adquirido moneda de Barcelona. Puede que se emplease para liquidar una deuda

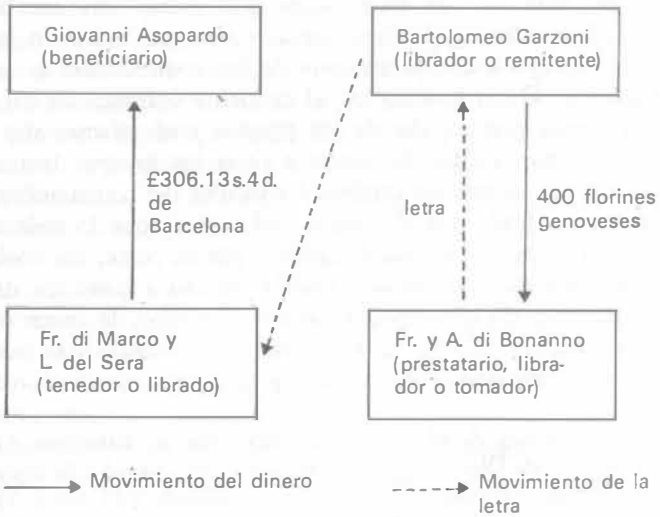


FIGURA 9.1

Transacción típica mediante letra de cambio

13. Esta letra de cambio procede de los archivos de Datini y fue publicada por Iris Origo en *The merchant of Prato*, Knopf, Nueva York, 1957, p. 150.

comercial; *puede* que previamente Asopardo le hubiese remitido mercancías. Por otra parte, es posible que quisiera adquirir moneda de Barcelona en un momento en que era barata, en relación con otras monedas. Es significativo que toda la transacción se desarrollara entre febrero y marzo. Según el manual mercantil del siglo XV *El libro di mercatantie et usanze de' paesi*,[14] «en Barcelona (la moneda local) es cara desde junio hasta agosto —en junio debido a la lana y en julio debido a las cosechas de grano y de arroz de Valencia. También es cara en octubre, debido al azafrán—».

Es probable, aunque sea pura conjetura, que la moneda de Barcelona permaneciese en este caso sostenida hasta el verano siguiente en la cuenta de Giovanni Asopardo, y que entonces se emplease en adquirir grano para enviarlo a Italia. O también que la suma que obraba en la cuenta barcelonesa de Garzoni se emplease solamente para remitir dinero a Génova en un momento en que las tasas de cambio favorecían a la moneda española más que a la italiana. De este modo se completaba la operación de cambio; el librador original (3) recuperaba el dinero en forma de crédito o en mercancías.

Con estas transacciones se obtenían grandes beneficios. Los banqueros estaban muy al tanto de las fluctuaciones del cambio. Cuando partía de Venecia un cargamento de especias con rumbo a los Países Bajos, ya sabían de antemano que habría demanda de ducados venecianos en Brujas en el plazo de un mes. El servicio de correos, rápido y regular, entre los centros financieros, permitía al comerciante italiano disponer de los ducados en el momento oportuno para sacar el máximo provecho del cambio de moneda. La idea de que la letra de cambio era sólo un medio de pago en una transacción comercial es, según De Roover, «tout simplement, de la haute fantaisie».[15] De los millares de letras de cambio conservadas en los archivos de Datini, la mayoría se refiere, probablemente, a este tipo de cambios especulativos. Fue el carácter especulativo de estos contratos lo que los mantuvo libres de la condena eclesiástica.

La letra de cambio citada más arriba ordenaba al librado «pagar a la usanza» una cantidad determinada, en moneda de Barcelona. Siempre había un cierto lapso de tiempo entre el momento en que

14. Citado por Lopez y Raymond, *op. cit.*, p. 151.

15. Raymond de Roover, *L'Évolution de la Lettre de Change, XIV^e-XVIII^e siècles*, EPHE, París, 1953, p. 62.

se emitía la letra y el de hacerla efectiva. En este caso concreto era de poco más de cuatro semanas. Usanza era el término empleado para denominar el período de tiempo que generalmente se admitía entre el momento de la emisión y el del pago de la letra. Variaba según la distancia a que había que remitirse la letra, y en cada centro bancario había una tabla de usanza referida a cada otro centro. Para Florencia, una tabla de usanza era: [16]

Ciudad	días	Ciudad	días
Aviñón	30	Barcelona	60
Bolonia	6	Brujas	60
Ginebra	próxima feria	Génova	8
Londres	90	Nápoles	10
Palermo	30	Pisa	3
Roma	10	Valencia	60
Venecia	5		

Esta tabla demuestra con suma claridad, lo mismo que las tablas análogas que se podrían recopilar para cada una de las ciudades de la lista, el alto nivel de organización internacional de las finanzas medievales y la regularidad con que se llevaban a cabo las operaciones financieras. La letra de cambio era un instrumento simple y flexible; se prestó a muchas modificaciones y a gran variedad de usos durante la baja Edad Media. Permitió el establecimiento de un sistema de interdependencia financiera de una complejidad extraordinaria. En última instancia era necesario el movimiento de mercancías o de metal, a fin de restablecer el equilibrio financiero, pero toda operación comercial iba rodeada de complicadas maniobras financieras. Andrea Barbarigo, de Venecia, a fin de comprar algodón en Damasco o lana en España, creyó oportuno girar letras de cambio a Londres o Brujas. Europa no volvió a conocer una relación financiera de este orden hasta nuestros días.

Un instrumento financiero que no conoció un amplio uso en la Edad Media fue el talón negociable. La letra de cambio no era un documento negociable. Una parte la libraba y la otra la aceptaba

16. Citado en Raymond de Roover, *The rise and decline of the Medici bank 1397-1494*, Norton, Nueva York, 1966, p. 126.

(o no). Eso era todo; no podía, previo endoso, traspasarse de una persona a otra para el pago de deudas, como si se tratase de una especie de papel-moneda, hasta que finalmente llegaba al banco al que iba girada. El talón hubiese solucionado un buen número de problemas al comerciante-banquero, aunque no se hubiese prestado a los fines especulativos para los que se utilizaba la letra de cambio.

Organización comercial

En el capítulo precedente se ha trazado una especie de croquis del comerciante medieval. Veíamos que, en su mayoría, procedían de extracción humilde. Pocas eran las familias que continuaban la actividad comercial durante más de dos o tres generaciones, y las más prósperas preferían invertir sus ganancias en la compra de tierras, lo que les proporcionaba un tipo de vida más apacible y una fuente de ingresos más segura. Las fortunas de algunos de ellos, como por ejemplo, Jacques Coeur, se perdieron con la misma rapidez con que se habían constituido. Los comerciantes, o por lo menos los más afortunados de ellos, empezaron a acumular riquezas cuando se decidieron a abandonar los caminos y a controlar la actividad comercial desde sus contadurías en las ciudades comerciales. El comercio a gran distancia siempre había estado plagado de grandes peligros, y aún más el comercio marítimo. El comerciante muy raramente, si es que lo hacía alguna vez, arriesgaba toda su riqueza en un solo viaje. Muy pronto aprendió a repartir los riesgos, creando varias fórmulas contractuales que respondían a sus necesidades.

Uno de los primeros de estos contratos, entre un comerciante sedentario y el mercader que acompañaba al cargamento hasta tierras lejanas, fue el préstamo marítimo (*sea-loan*). Procedía del clásico contrato marítimo. El comerciante presentaba dinero o mercancías al patrón del barco, quien realizaba la devolución si el viaje tenía éxito. Las condiciones podían variar enormemente, pero los considerables riesgos que asumía en la transacción el socio que permanecía en su casa, justificaban los intereses que percibía. Más tarde, sin embargo, el préstamo marítimo fue considerado usuario, hasta que se generalizó la costumbre de especificar en el contrato la devolución del préstamo, junto con una participación en los beneficios, en un tipo de moneda distinto. En este *cambium maritimum*, como en la

letra de cambio, el interés o beneficio se encubría con la tasa de cambio.

El préstamo marítimo fue evolucionando hacia la más conocida *commenda* o *societas maris*. El inversor contribuía con una fracción del capital en una operación ultramarina, mientras que un socio asumía la responsabilidad del viaje y la colocación del cargamento. Al final del viaje, los beneficios se repartían según unas proporciones preestablecidas, que por lo general eran tres cuartos para el socio sedentario y un cuarto para el viajante. La *commenda* tiene todas las características de una inversión honrada hecha por un capitalista en una operación marítima sobre la que no tenía control alguno. De hecho, el contrato dio lugar a varias fórmulas distintas. El socio viajante, a menudo llamado *tractator* en el contrato, podía llegar a acuerdos con más de un *stans,* o socio sedentario. Éste podía, de hecho, jugar un papel importante en la operación, aunque limitado, participando en el viaje. La legislación económica consideraba generalmente a la *commenda* como una sociedad en la que los riesgos iban repartidos por igual entre todos los que participaban en la transacción. Sin duda, se dieron muchos casos en los que no pasaba de ser una forma de usura atenuada.

El contrato de *commenda* se originó para satisfacer las necesidades del comercio marítimo. También se crearon fórmulas institucionales para el comercio terrestre. Éste se diferenciaba del comercio marítimo, por lo menos en lo que respecta a las ciudades-repúblicas italianas, en que los riesgos eran menores y en el hecho de que no requería hacer una inversión de capital en una embarcación. El resultado fue la *compagnia*, una forma de sociedad en la que dos o más personas aportaban capital y se repartían los beneficios, aunque, con toda seguridad, ninguno de ellos acompañaba a las mercancías. Este era el tipo más generalizado de las sociedades medievales en las que participaron Datini (ver p. 409) y otros conocidos mercaderes medievales.

Los grandes riesgos inherentes a los viajes y al comercio medieval demandaban de algún tipo de seguridad. Los riesgos eran aún mayores en el mar, pero no hay indicios de que el mercader viajante tomara más medidas para proteger sus mercancías que las de viajar con ellas. Las prevenciones adoptadas por el comerciante sedentario que participaba en un préstamo marítimo o en una sociedad, probablemente no pasaban de repartir los riesgos entre tantas operaciones

como le fuese posible. Tal como ha mostrado la señora Edler de Roover, los seguros genuinos «fueron producto de la revolución comercial que ocurrió ... entre los años 1275 y 1325 o por esas fechas».[17]

Los primeros préstamos marítimos no preveían ningún elemento de seguridad, y el socio sedentario sólo recuperaba su aportación si el cargamento llegaba a su destino. Hacia finales del siglo XIII empiezan a aparecer con frecuencia, en los registros notariales, los casos en los que se establecía una división de los riesgos más precisa entre los participantes en la operación. Tan sólo a mediados del siglo XIV, según indican los documentos conservados, se hicieron intentos de repartir avatares más allá de los asociados. En el año 1350 se pagó una prima del 18 por 100 por un cargamento de trigo embarcado en Sicilia con rumbo a Túnez. A partir de ese momento, el número de los casos conocidos aumenta rápidamente. Los Datini dieron instrucciones a sus agentes de no embarcar mercancía alguna que no estuviese asegurada. No parece que se asegurara la totalidad del cargamento, como tampoco que un sólo asegurador se hiciera cargo de todos los riesgos. Lo normal era que, antes de que el barco zarpase, se invitase a varios aseguradores a hacerse cargo de una parte del cargamento. Aun así, no siempre era posible obtener suficiente cobertura en algunas operaciones. Normalmente se obtenía protección para los riesgos derivados de la guerra y del mar, pero no para los daños en la mercancía derivados de negligencias o de arrestos por autoridades extranjeras.

Las primas debieron variar según la estación de navegación y el tipo de embarcación. Los cargamentos transportados en galera, parece normal que pagasen primas inferiores a los embarcados en otros barcos más lentos como naos o *cogs*. El riesgo de guerra y de piratería debía de elevar la prima. La señora De Roover ha publicado una lista de primas pagadas por el comerciante florentino Barnardo Cambri. Oscilan desde un 1 por 100, para un corto viaje de cabotaje por la costa italiana, al 14 por 100 para los viajes invernales transportando vinos desde La Rochela hasta los Países Bajos. Es evidente que las tarifas de seguros eran altas, más elevadas de lo que merecían los propios cargamentos. Los aseguradores medievales carecían de

17. Florence Edler de Roover, «Early examples of marine insurance», *JEH*, V (1945), pp. 172-200, véase también Jacques Heers, «Le prix de l'assurance maritime à la fin du Moyen Âge», *RHES*, XXXVII (1959), pp. 7-19.

bases estadísticas que les permitieran evaluar los riesgos, y por ello se atemorizaban y elevaban excesivamente sus tarifas, en el momento en que les llegaban noticias de peligros martítimos. Algunos comerciantes preferían no asegurar la mercancía. La costumbre no se generalizó en Inglaterra hasta finales del siglo XVI, e incluso en Venecia algunos de sus comerciantes no aseguraban los cargamentos transportados en galeras.

En el siglo XV empezaron a protegerse las mercancías transportadas por tierra, pero se trata de casos aislados. Los más conocidos se refieren, por lo general, a mercancías que se llevaban en parte por mar y en parte por tierra, y se pagaba una sola prima por todo el viaje.

La contabilidad medieval

Las complicadas manipulaciones financieras de los comerciantes y banqueros italianos en los siglos XIV y XV, requerían de un método igualmente elaborado de contabilidad. Los libros de contabilidad más antiguos que se conservan muestran una confusa mezcolanza de asientos referentes a adquisiciones y ventas, con frecuentes notas de naturaleza totalmente privadas. Tales métodos de teneduría de libros no eran adecuados a las necesidades del comerciante-banquero italiano que trataba con letras de cambio y con mercancías procedentes de toda Europa. En el transcurso del siglo XIII aprendió a reseñar por separado los asientos de débitos y créditos, ya fuese en páginas distintas o en diferentes libros. A principios del siglo XIV ya se empleaba en Génova un tipo de contabilidad por partida doble, y seguramente ya era conocido con anterioridad en Toscana. Su uso se generalizó entre los factores y representantes de las bancas italianas en los principales centros financieros del Occidente europeo, pero, aparte de ello, su uso no tuvo mucha aceptación fuera de Italia.

El párrafo siguiente proviene de un libro de contabilidad de la primera mitad del siglo XIV, perteneciente a un comerciante de Carcasona.

> Senher Ber de Saint Esteve, gentilhombre, señor de Lastours, debe 4 s. que le prestamos. A pagar el ... 3 de octubre.
>
> Monsenher el juez mayor de Carcasona debe 18 s. por 3 pal-

mos de francés mezclado, que era para el forro de la esclavina que tornó el maestro Crestia Rocafort. Pagados 18 s.

Riquart, esposa del fallecido En Adam de Rovenay, de la ciudad de Carcasona, debe 10 s. por 2 palmos de bermellón y por 1 1/2 palmo de blanco, que era para unas bragas con ribete para ella, que se llevó el miércoles, día 4 de octubre. También debe 1 d. También debe 1 d. También debe 1 d. Queda (por pagar) 10 s. 4 d. También debe 1 d. Pagada una medalla de 3 s. 11 d. Pagada una medalla de 6 s. 5 d.

Senher Uc Garie, £11 por 4 canas de cameli (paño). Pagadas £11.

Senher Peyre Fabre de Ponas debe 4 d. que prestamos a James Rog de Villafranca de Conflent. También debe 15 doblones de oro por lo que le prestamos el domingo, 8 de octubre. Pagado del todo.[18]

Existe un buen trecho entre esta confusión y la cuidadosa contabilidad por partida doble de la que es ejemplo el siguiente extracto de los archivos venecianos.[19] En él las transacciones aparecen por partida doble, tanto en el debe como en el haber. Cada cliente de un banquero o comerciante tenía reservada una página, o varias según el caso, separada, de manera que a primera vista podía verse el estado de las relaciones comerciales que con él se tenían.

+ Jesús Mcccc° xxij j	+ Jesús Mcccc° xxij j
Sr. Juan Mantegan de Spilimbergo *Dr.* el 17 de marzo por 12 paquetes de *mosto vallieri* de como y por 11 piezas de paño a 16 1/2 ducados la pieza — cantidad neta, como se sienta en el libro tenido por Sr. D. y Sr. Jaime, página 71, en este libro	Sr. Juan, por contra *Cr.* el día 15 de diciembre, por Sr. Andrés di Priuli, a cuenta de las monedas recibidas, como se asienta en el libro tenido por Sr. D. y Mr. Jaime, en la página 71 en este libro.
página 97 £xvii i ii—	página 72 £xvii — — —
	y en la misma fecha, por monedas depositadas por su factor, como aparece arriba en la página 71 en este libro
	página 103 £— i ii —

18. C. Portal, «Le livre-journal de Jean Saval, marchand drapier à Carcassonne», *Bull. PH*, 1901, pp. 440-441; la traducción es la de Lopez y Raymond, *op. cit.*

19. Citado en Richard Brown, ed., *A history of accounting and accountants*, T. C. & E. C. Black, Edimburgo, 1905, pp. 102-103. El extracto es de los anaqueles de Donado Soranzo y Hermanos, 1422.

Sr. Rasmo de Viena de Neustadt *Dr.* el 11 de mayo por 11 paquetes de pimienta, pesando 86 libras ... onzas netas, a 93 1/3 ducados por cantarro (?).
Cantidad neta, como se asienta en el libro tenido por Sr. D. y Sr. Jaime página 71, en este libro
página 92 £xviiii xviij vi 12

Sr. Rasmo *Cr.* por contra el día 12 de mayo por Nicolas Cocco y Sr. Antonio Miorati por pimienta, como se asienta más arriba en la página 71 en este libro
página 85 £xviiii xviij vi 12

Se ha preguntado qué importancia tuvo la introducción y generalización de la contabilidad por partida doble. Tanto Sombart como otros muchos historiadores del auge de las instituciones del capitalismo moderno, la han considerado como la piedra angular del capitalismo, al permitir el análisis de cada operación y la planificación eficaz y cuidadosa de las futuras acciones. Se dijo que despersonalizaba los negocios y aislaba la consecución del beneficio como el principal y, de hecho, el único objetivo del comerciante. Por otra parte no hay pruebas claras de que el mercader medieval repasara de un modo regular sus cuentas e hiciera balance. Lo que hacía la contabilidad por partida doble era poner en orden los registros del mercader. Es sumamente dudoso que los mercaderes «requirieran algo más de sus mayores y diarios que el tener un registro claro y conciso de las transacciones, que facilitara las comprobaciones, así como una descripción detallada del dinero y mercancías y demás partidas compradas y vendidas».[20] La contabilidad por partida doble tuvo su utilidad, pero su aparición en el siglo XIV no tuvo consecuencias revolucionarias claras.

La legislación mercantil

La actuación de los comerciantes venía reglamentada por un cuerpo de leyes consuetudinarias conocido como *lex mercatoria*. No era algo totalmente uniforme en todas las zonas del Occidente y del sur de Europa. Fue desarrollándose como respuesta a las condiciones locales, pero con el transcurso del tiempo, empezaron a prevalecer

20. B. S. Yamey, «Scientific bookkeeping and the rise of capitalism», *EHR*, I (1949), pp. 99-113.

ciertos principios generales. Aunque algunas veces se viese reafirmada por un estatuto legal, la base de la legislación mercantil era consuetudinaria, según se llevaban habitualmente los asuntos en Visby, Oléron o Barcelona. Sin embargo, en todas partes procuraba procedimientos expeditivos y justicia rápida; el comerciante no disponía de tiempo para languidecer en los tribunales reales. En última instancia, la interpretación de la legislación mercantil se basaba en la equidad. Sus tribunales no estaban trabados por las sutilezas legales e institucionales de los tribunales del país; sus juicios se basaban en lo que parecía justo y equitativo.

Desde principios del siglo IX los mercaderes empezaron a tener una jurisdicción exclusiva en la materia de las disputas que surgían entre ellos. Posteriormente este uso se vio confirmado por distintas disposiciones reales, sobre todo, en cartas autorizando la creación de corporaciones de mercaderes. Este fue especialmente el caso en Italia, donde algunas corporaciones llegaron a exigir el derecho a que sus tribunales distinguieran, en los casos de disputa entre un mercader y personas ajenas a la actividad, cuando se referían a asuntos comerciales. Sin embargo, fue en las ferias y mercados donde los tribunales, que funcionaban según la legislación mercantil, tuvieron su mayor importancia. En parte ello se debió al hecho de que eran esenciales las decisiones rápidas, pero en parte también a que muchos casos afectaban a disputas entre mercaderes de distinta nacionalidad. Era importante que el mercader viajante se supiera sometido a una legislación, cuyos principios, en líneas generales, conocía y entendía. El tribunal del «pie polvoriento», *o pied poudré,* se ganó reputación por su justicia rápida y equitativa.

La legislación mercantil se interesaba ante todo por las ventas y los contratos entre mercaderes, y por el derecho que éstos tenían a viajar y realizar sus negocios sin temer limitaciones ilícitas ni el secuestro de sus bienes a causa de deudas ajenas. La decadencia de las ferias como mercados menguó enormemente la importancia de los tribunales mercantiles, pero en realidad, los asuntos no hicieron más que desplazarse a los tribunales de las corporaciones urbanas. Éstos, especialmente en las ciudades italianas, tuvieron que enfrentarse con una multitud de casos referidos principalmente a la interpretación y al quebrantamiento de contratos comerciales de todo tipo. No cuesta mucho entrever en este cuerpo legislativo los orígenes de la legislación internacional.

FIGURA 9.2

Algunas de las monedas más corrientes del final de la Antigüedad y del Medioevo

El dinero medieval

Durante toda la Edad Media el comercio se vio entorpecido por una grave escasez de dinero. Existía un drenaje continuo de numerario hacia el este (ver p. 137). En parte se remedió al ponerse en circulación los metales preciosos que habían sido atesorados y al ser éstos acuñados, y cuando nuevas remesas de metales, procedentes de las minas, entraron en el mercado. Pero la cantidad de metal procedente de atesoramiento era limitada y la minería medieval no fue muy próspera, al menos hasta fines del siglo XV. En el siglo XIV se seguía padeciendo el persistente drenaje de metales hacia Oriente. Los tártaros, a quienes se dirigían los italianos cada vez más insistentemente para aprovisionarse de especias y productos exóticos, sólo aceptaban monedas de plata. De igual manera actuaban los egipcios, la fuente alternativa de aprovisionamiento de tales productos.

Al mismo tiempo crecía la demanda de moneda de bajo valor. Había que pagar a los ejércitos y procurarles suministros, y para estos menesteres hacían falta monedas del tipo del dinero de plata y las piezas aún menores de «moneda negra», acuñadas básicamente

---

FIGURA 9.2 (explicación)

a) *Nummia* de bronce de Justiniano, de 538-539, cuyo reverso muestra la fecha de acuñación; *b*) dirham de plata de la España omeya, 772; *c*) dinar de oro de Harún al-Raschid, del califato abbasí, 801; *d*) dinero de plata de Carlomagno, cuyo nombre aparece en el anverso, mientras en el reverso figura el nombre de la ceca (*Mogontia*, Maguncia); *e*) dinero de plata de Felipe II de Francia, 1180-1233, muy parecido al dinero carolingio; *f*) corona francesa (*écu*) de oro de Carlos VI de Francia, 1380-1422; *g*) sólido de oro de Constantino el Grande, 324-337; *h*) florín de oro florentino de 1252, con el emblema de lis de Florencia; *j*) ducado veneciano de oro de 1284; en el anverso figura el dux arrodillado ante san Marcos y en el reverso Cristo con las palabras «sit tibi christe datus quem tu regis iste ducatus»; la última palabra de la inscripción dio origen a la denominación de «ducado».

En cada caso el anverso está a la izquierda y el reverso a la derecha.

en cobre con tan sólo una traza de plata. Hubo períodos, a mediados del siglo XIV —tal era la escasez de plata— en que las cecas reales francesas no podían acuñar moneda. Incluso sin las estrecheces financieras de los gobiernos, que les llevaban a reducir el contenido argentífero de sus monedas, se hubiese producido una devaluación progresiva, debido a la escasez del metal.[21] La depreciación de la moneda de plata descrita en el capítulo 3, continuó durante toda la baja Edad Media. El número de gramos de plata por libra (o sea 240 dineros) cayó en Francia, entre los años 1250 y 1500 de 80 a 22; en Génova de 70 a 13 y en Milán de 70 a 9. En Venecia y Florencia la caída fue de 20 a 6 y de 35 a 6, respectivamente.

La devaluación de la moneda en la mayoría de los países estaba cuidadosamente controlada. Ello obligaba al control estricto y a la supervisión de los monederos que acuñaban las piezas. Se les ordenaba exactamente cuántas monedas se habían de acuñar de un determinado peso de metal.[22] Las monedas más antiguas, e intrínsecamente más valiosas, se recogían y se volvían a fundir, exceptuando, claro está, el considerable número de las que, sin duda alguna, salían de la circulación, subrepticialmente fundidas y su metal exportado, seguramente a Oriente.

La depreciación trajo consigo la necesidad de unidades de un valor más alto.[23] Ya a principios del siglo XIII se emitió en Venecia un cruzado o *grosso*. Era de un metal más fino que el dinero y también mayor, ya que equivalía a 24 de éstos. La iniciativa la siguieron otras ciudades italianas, cada cual con sus respectivos cruzados. La mayoría tenían un valor equivalente a doce dineros, estando por tanto relacionados, aunque sólo fuese de un modo nominal, con el sueldo. Más avanzado el siglo XIII se acuñó un *gros* en Francia y, más tarde, en la mayoría de los Estados del Occidente europeo. En el Imperio se le conocía como *groschen*. En Inglaterra el *groat*, con un valor equivalente a cuatro peniques de plata se empezó a acuñar de manera regular a partir del año 1351. También los cruzados fueron siendo progresivamente devaluados en gran parte de Europa, redu-

21. C. M. Cipolla, «Currency depreciation in medieval Europe», *EHR*, XV (1963), pp. 413-422.

22. Véase Robert Favreau, «Les changeurs du royaume sous le règne de Louis XI», BEC, vol. 122 (1964), pp. 216-251.

23. Esta sección se basa principalmente en P. Spufford, «Coinage and currency», *CEH*, III (1963), pp. 576-602.

ciendo la calidad de la plata. Los dineros, o peniques, y sus fraccionarias, el medio dinero y el cuarto de dinero, quedaron reducidas a «moneda negra», *billon* o vellón, con una gran proporción de cobre o de otro metal base y un reducido porcentaje de plata. Este pequeño cambio tuvo su importancia en una economía que se centraba cada vez más en el mercado, y que siempre andaba escasa de dinero. Por otra parte, esas piezas pequeñas eran tan caras de acuñar como las monedas mayores y de más reputación, al tiempo que sus beneficios eran más reducidos. Sin discusión, la cantidad que se acuñaba era muchísimo menor de la que necesitaba la economía; ello contribuye a explicar por qué perduró en algunas zonas de Europa un sistema de trueque a pequeña escala durante toda la Edad Media.

La necesidad que tenía el comercio de monedas de más alta denominación se vio finalmente satisfecha con la puesta en circulación de monedas de oro. En el Imperio bizantino seguía utilizándose un hiperperón devaluado, así como también continuaron circulando los dinares de oro musulmanes, pero en Occidente la acuñación de monedas de oro se había interrumpido en el siglo VIII. En el año 1252 Génova y Florencia volvieron a reanudar las acuñaciones de oro, con el genovino y el florín, respectivamente, a los que siguió el ducado de oro veneciano. Los franceses emitieron una variedad de monedas de oro desde finales del siglo XIII, hasta que en el año 1385 empezaron a acuñar el *écu*, también conocido por corona, que fue la moneda de élite francesa hasta ya entrado el siglo XVII. También acuñaron monedas de oro en el siglo XV los duques de Borgoña y algunos príncipes renanos. Las monedas de oro de la baja Edad Media siguieron la senda de las de la plata, siendo progresivamente devaluadas, aunque en Inglaterra, la tasa de devaluación era muy inferior a la de la mayoría de los restantes países. Sólo las monedas de calidad superior de Florencia y Venecia, el florín y el ducado, mantuvieron el contenido en oro y sirvieron de modelo para otras nuevas acuñaciones.

Una característica desconcertante de los sistemas monetarios de la baja Edad Media era el hecho de que las diferentes monedas dentro de un mismo sistema no guardaban una relación constante entre sí. El valor del dinero de plata, por ejemplo, fluctuaba respecto a las monedas de oro, con una tendencia general a la depreciación. Claro que éste es un problema omnipresente en todo sistema monetario bimetálico, lo que quizá sea más sorprendente es que las monedas

de plata de un mismo sistema no mantengan una relación constante entre sí. El dinero o «pequeño» penique, por lo general, tendía a depreciarse con respecto al cruzado. La relación de un sistema monetario con otro era una preocupación constante para el comerciante. Como también lo era su integración en el sistema de monedas de cuenta que se utilizaba en la teneduría de libros (ver p. 140). Le ayudaba la tendencia a integrar las nuevas monedas en el sistema existente. En gran parte del sur y del oeste de Europa el cruzado se consideró como el equivalente a doce dineros, y también, por lo tanto, al *sou* o sueldo de las monedas de cuenta. Allí donde no se daba esta circunstancia, como en Venecia, se utilizaban dos sistemas de monedas de cuenta y así siguieron hasta la desaparición del «pequeño» dinero.

La mayoría de las monedas acuñadas en las cecas medievales circulaban en las zonas de la acuñación. Y lo mismo sucedía con algunas de las acuñaciones de oro. Hubiera sido imposible utilizar los dineros de plata, que durante un largo período fueron las únicas monedas disponibles, en el comercio a gran distancia. Aunque sólo hubiese sido por su peso ya no resultaban adecuadas, aunque en pequeña cantidad circularon fuera de las áreas donde se acuñaron. Antes del siglo XIII circulaban por el sur y el oeste de Europa algunos hiperperones y dinares de oro. Posteriormente, desde finales de este mismo siglo, las renombradas monedas de oro de las repúblicas italianas adquirieron y mantuvieron gran reputación por toda Europa. Resulta interesante comprobar que los Países Bajos, el otro centro comercial de primera magnitud, nunca intentaron emitir una moneda que rivalizara con las italianas. En esto, como en casi todos los demás aspectos del desarrollo económico, los italianos fueron los pioneros. A decir verdad, en algunos de estos campos no tuvieron ni siquiera imitadores antes del siglo XVI.

La intervención del gobierno

Hasta la baja Edad Media, los gobiernos nunca tuvieron una política económica precisa. En una sociedad feudal, el rey o el príncipe, lo mismo que el último señor feudal, vivía para sí, extrayendo todo lo que necesitaba para su sostenimiento y el de su séquito, dedicándose a sus asuntos políticos, a la guerra y a exigir el cumplimiento

de las obligaciones feudales que le eran debidas. Cualquier intento que realizase para ampliar sus ingresos topaba con una tenaz resistencia. El primer paso importante consistió en separar la tesorería o el erario de los bienes familiares, trazar una divisoria entre los ingresos y gastos del gobierno y los de la «familia» real. En los territorios más avanzados administrativamente —Flandes, Normandía, Inglaterra— este paso se dio a principios del siglo XII. Francia no accedió a este estadio de desarrollo hasta un siglo más tarde.

En el siglo XIII, las fuentes tradicionales de ingresos de gobierno —los dominios de la corona, administración de justicia y derechos feudales— tenían cada vez menos valor en un momento en que aumentaban las obligaciones gubernamentales. Se hizo necesario en toda unidad política, desde el reino de Francia a las ciudades-república italianas, apoyarse cada vez más en los impuestos —sobre propiedades, personas, comercio— para el mantenimiento del aparato gubernamental. Todo sistema impositivo es discriminatorio, mientras no se aplica de manera honrada y equitativa a todos los contribuyentes. Ya desde el comienzo los gobiernos emplearon sus poderes impositivos con el propósito de socorrer a un sector a expensas de otros. Una política económica toscamente concebida dictaba que el extranjero tenía que pagar un precio más alto por la adquisición de lana, o que los súbditos del rey debían ser penalizados monetariamente por consumir productos importados, por ejemplo vino. Los impuestos sobre la sal eran generales, en parte debido a que era un producto de amplia demanda, y en parte porque podía controlarse su tráfico.

Al mismo tiempo, la esfera de actuación gubernamental se amplió en otra dirección. El crecimiento económico requería que se hicieran excepciones en el nexo de las relaciones y obligaciones personales que conocemos como feudalismo. En cierto sentido, el crecimiento de las ciudades, la actividad comercial de los mercados y los desplazamientos de los comerciantes, quedaban al margen del orden feudal. Había que autorizarlos y protegerlos. El gobierno —ya fuese el rey o el señor territorial— otorgaba su autorización para el establecimiento de una ciudad regida según sus propias reglas, como si se tratara de un islote en medio de un dominio feudal. Hacía extensiva su protección a los comerciantes; incluso llegó a intentar controlar los precios.

Durante varios siglos estas acciones gubernamentales carecían de

coordinación y estaban mal consideradas. Interferían en la vida económica, pero no constituían una política económica. Además, muchas de ellas se concebían encuadradas en el sistema feudal. Consistían en la delegación de los poderes legislativos, que el propio gobierno era incapaz de ejercer, a una autoridad subordinada local, de la cual se suponía que podía hacerlo. En la carta se autorizaba a la ciudad a disponer de tribunal y a solucionar sus propios asuntos, dentro de unos límites determinados y a cambio de un servicio, normalmente un pago. Una situación similar se daba con respecto a los gremios, que, mediante un pago, quedaban autorizados a supervisar a sus miembros y a reglamentar los precios y el oficio. Hubo gobernantes para quienes la creación de ciudades y la estimulación de los mercados fue un objetivo cuidadosamente pensado y llevado a cabo conscientemente, lo cual equivalía a desarrollar una política económica. Sin embargo, para muchos, el otorgamiento de una carta no era más que una recompensa por los servicios prestados o la contrapartida por una ayuda financiera.

En la baja Edad Media, los gobiernos empezaron a tener una actitud más positiva hacia la política económica. Hay que considerarlo un reflejo del poder creciente y de las tendencias centralizadoras que prefiguraban el Estado-nación de la Edad Moderna. La creciente actividad bélica, la progresiva complejidad de las relaciones políticas, el aumento demográfico, creaban nuevas obligaciones a los gobiernos.

De todos estos factores, el que más influencia tuvo en el cambio en las obligaciones gubernamentales fue el incremento de las proporciones de la actividad bélica. Durante los siglos XI, XII y buena parte del siglo XIII, en gran parte de Europa los ejércitos eran reducidos y no profesionales. Las campañas eran de corta duración, las armas y armaduras sencillas y las fortificaciones relativamente modestas. En el curso del siglo XIII todo esto comenzó a cambiar. Muchos Estados se lanzaron a campañas de conquista territorial; la actividad bélica dejó de consistir en campañas estacionales de corta duración, y los soldados se profesionalizaron, siendo dotados de mejores armas y equipos y recibiendo paga. La construcción del castillo de Dover costó al erario 16.000 libras durante los años finales del siglo XII y el siglo XIII, además de los gastos de mantenimiento de su guarnición.[24]

24. Este cómputo a grandes rasgos se basa en H. M. Colvin, ed., *The History of the King's Works*, H.M.S.O., 1963, II, pp. 629-641.

Este nivel de gastos estaba fuera de las posibilidades del gobierno a menos que se impusieran contribuciones especiales.

Tanto en Inglaterra como en Francia, a fines del siglo XIII se instituyó un sistema general de contribución. Consistía en una leva o subsidio, basado en la propiedad, complementado con impuestos de capitación y derechos de aduana sobre la importación y exportación de determinados artículos. El sistema, iniciado en Inglaterra durante el reinado de Eduardo I, sufrió pocos cambios durante la Edad Media. El sistema de contribución francés, más confuso y puesto en práctica con poca lógica, se vino abajo, y hasta finales del siglo XIV no se percibieron, de un modo regular, los impuestos directos y sobre las ventas. Hacia la misma época los reyes de Castilla y Aragón comenzaron a imponer fuertes contribuciones indirectas sobre la venta de mercancías y producción de ciertos artículos como, por ejemplo, paños. En Castilla una importante fuente de ingresos era el impuesto sobre las ovejas, y una de las funciones de la Mesta (ver p. 242) consistía en sistematizar y ampliar las bases de esta carga.[25] Los emperadores alemanes, por su parte, fracasaron en su intento de obtener del Imperio, como en todo, unos ingresos impositivos que completaran los recursos financieros de sus Estados dinásticos. Logrando imponer con éxito una reducida contribución directa a las ciudades imperiales, pero en las situaciones de emergencia, por lo general, tuvieron que solicitar préstamos a las casas mercantiles alemanas y, ocasionalmente, a las italianas. La debilidad política de los últimos emperadores debe relacionarse con su fracaso en establecer un sistema de contribución regular. Los príncipes territoriales más poderosos del Imperio alemán, en muchos casos, estaban en mejor situación financiera que el propio emperador. Los impuestos de los Habsburgo procedían en su mayor parte de sus posesiones austriacas. Sin embargo, por regla general las finanzas de los Estados alemanes estaban muy mal llevadas y las exigencias a que habían de hacer frente en el marco terriblemente competitivo de la Alemania bajomedieval eran excesivas. Pocos eran los príncipes que no estaban endeudados, la mayor parte del tiempo, con los comerciantes banqueros.

Sería en Italia donde el peso del gasto público alcanzaría las cotas más altas en relación con la población. La mano de obra y los

25. Jaime Vicens Vives, *Manual de historia económica de España*, Barcelona, 1972⁹, pp. 232-236 y 274-277; también J. Klein, *The Mesta*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1920 [trad. cast.: *La Mesta*, Madrid 1936].

recursos de las ciudades eran relativamente reducidos; la actividad bélica era frecuente y la preparación para la guerra una actividad continua. Los gastos extraordinarios, como el costo de una campaña o la carga que representaba la reconstrucción de las murallas urbanas, se costeaban habitualmente mediante el crédito forzoso impuesto a aquellos ciudadanos que podían pagarlo. En tiempo de paz se reservaba una parte del dinero disponible para amortizar estas enormes y crecientes obligaciones. Sin embargo, la deuda de la ciudad de Florencia pasó de cerca de 300.000 florines a principios del siglo XIV a 3 millones en el año 1400. Incluso el pago de los réditos de esta deuda quedaba más allá de la capacidad de los regidores urbanos. «Esta asunción de responsabilidad fiscal por parte del gobierno —escribía Becker—[26] era aterradora» y la búsqueda de recursos «condujo a la integración del territorio florentino, a la aparición de imperios comerciales y a una decidida política mercantilista». Se convirtió en práctica habitual el consolidar la deuda ciudadana, pagando un interés fijo y permitiendo que las participaciones en la deuda se pudieran vender y comprar. Los gastos corrientes del gobierno florentino, junto con el pago de la deuda, se cubrían con las gabelas —impuestos de venta que afectaban a todos los géneros que entraban en la ciudad—.[27]

La deuda pública de Venecia

1255	15.000 *lire a grossi*
1299	1.500.000
1353	3.100.000
1395	10.000.000
1438	16.000.000
1482	21.500.000 (= aprox. 8.260.000 ducados)

La deuda pública de Venecia era aún más elevada. Se inició a mediados del siglo XIII con un préstamo forzoso. Poco después se

26. Marvin B. Becker, «Some common features of Italian urban experience (c. 1200-1500)», *Med Hum*, nueva serie, I (1970), pp. 175-201.

27. Charles M. de la Roncière, «Indirect taxes or "gabelles" at Florence in the fifteenth century: the evolution of tariffs and problems of collection», *Florentine Studies*, N. Rubinstein, ed., Faber, Londres, 1968, pp. 140-192.

consolidaría con el nombre de *Monte Vecchio*, pagando un interés del 5 por 100 a sus acreedores.[28] Pese a establecer un fondo de amortización para recuperar los bonos de la deuda pública, ésta crecía continuamente.

Los préstamos también servían para financiar a los gobiernos de fuera de Italia. Cuando las circunstancias lo exigían, todos los gobernantes tomaban préstamos y, desde finales del siglo XIII en adelante, estos empréstitos se convirtieron en algo habitual. Muchos eran a corto plazo y no fue hasta finales de la Edad Media que los Estados territoriales comenzaron a establecer deudas consolidadas como ya habían hecho las ciudades-repúblicas italianas. Frecuentemente los préstamos se obtenían bajo la garantía de un impuesto en particular; a veces se empeñaban joyas o reliquias sagradas. Pero los riesgos que tenía un préstamo a un príncipe eran tan considerables —las pérdidas habidas por los Peruzzi y los Bardi en sus negocios con Eduardo III son un caso significativo— que sorprende que los banqueros siguieran dispuestos a continuar con esa práctica. La cuestión es, como ya hemos visto, que no tenían más alternativas. Los préstamos a la corona eran, por ejemplo, el precio que el banco de los Médicis había de pagar por embarcar la lana en el puerto de Southampton, en lugar de hacerlo en el de *staple* de Calais. En otros muchos sentidos los privilegios de los italianos dependían de su voluntad de acceder a las exigencias de los gobernantes ingleses y de otros países.

Durante el siglo XIII los reyes franceses obtenían los préstamos de los Templarios y, de hecho, tenían la tesorería en el templo de París. En el año 1312, Felipe el Hermoso obtuvo la disolución de la Orden de los Templarios, apropiándose de gran parte de sus posesiones en Francia. Fue una manera cómoda de cancelar la deuda que había contraído con ellos. Era bastante común tratar a los judíos de un modo parecido. Como ni Felipe el Hermoso ni sus sucesores eran buenos pagadores no tardaron en encontrarse en dificultades para obtener préstamos. Durante las décadas finales de la guerra de los Cien Años, la situación financiera de la corona francesa era aterradora. Carlos VII encargó al comerciante Jacques Coeur, de Brujas, que consiguiera préstamos para socorrer al rey. Tuvo éxito en la

28. «The funded debt of the Venetian Republic, 1262-1482», en Frederic C. Lane, *Venice and History*, Johns Hopkins University Press, 1966, pp. 87-98.

empresa y jugó un papel importante en la conquista final de Normandía por los ingleses. Pero Jacques Coeur, como otros muchos que habían prestado sus servicios financieros a la corona francesa, dejó de ser útil a ésta en un determinado momento. Se le detuvo bajo acusaciones que, casi con absoluta certeza, eran falsas; se le confiscaron sus posesiones y la deuda real contraída con él quedó cancelada.

Los burgueses ricos de las ciudades de los Países Bajos, constituían una importante fuente de préstamos. Los ambiciosos planes de los duques de Borgoña se financiaron en parte gracias a los empréstitos de los banqueros italianos, de los que el banco de los Médicis era el más importante. Tanto allí como en Italia, el poder político no estaba tanto en función de la población y los recursos, como en la capacidad de conseguir créditos y equipar ejércitos de mercenarios.

Política de abundancia

Es un tema largamente debatido si el conjunto de ideas al que se da el nombre de mercantilismo iba dirigido hacia la abundancia de productos o más bien hacia el poder político; si su objetivo era asegurar el bienestar de la población o la seguridad del Estado. Durante la baja Edad Media, cuando estas ideas se iban configurando, iban dirigidas hacia ambos objetivos, aunque de un modo intermitente y sin demasiadas consideraciones acerca de sus implicaciones.

Los gobiernos tuvieron que enfrentarse, por lo menos hasta el siglo XIV, con una población en alza y una demanda creciente de tierras y alimentos. Es bastante dudoso que quienes ostentaban el poder percibiesen el problema en su perspectiva histórica. Ya tenían bastante con hacer frente a la urgencia del problema. A nivel local, y sin demasiado entusiasmo, promovieron la puesta en cultivo de los eriales y la extensión de las tierras de labor. Los condes de Flandes animaron a la construcción de diques, al drenaje de los campos y creación de pólderes. En varios momentos las ciudades-república italianas se preocuparon de la roturación de nuevas tierras. Pero si reyes y príncipes animaban a la roturación y puesta en cultivo de nuevos terrenos, lo hacían porque ellos eran los terratenientes. Su objetivo consistía más en aumentar sus ingresos procedentes de sus dominios, que en incre-

mentar la cantidad de alimentos producidos en su reino. La tala de bosques y la roturación de yermos, en su conjunto, quedó en manos de los señores feudales de cada región.

En caso de emergencia, el gobierno podía tomar medidas, aunque no siempre fuesen acertadas. Hambres e inundaciones ponían en movimiento a las autoridades. El conde de Flandes, Carlos el Bueno, a principios del siglo XII, en una época de hambre, prohibió la utilización de avena para la fabricación de cerveza, a fin de incrementar el suministro de granos panificables. Actos parecidos se dieron en diversos lugares de Europa, pero difícilmente puede intuirse que hubiese una *política* definida para prevenir tales catástrofes, o por lo menos para reducir la gravedad de las consecuencias.

En una sociedad predominantemente agrícola, toda catástrofe iba seguida de un alza de precios. Aunque la sociedad medieval, con el consentimiento de los canonistas, permitía que fuese el juego del mercado el que fijase los precios, hubo momentos en que, por interés público, era necesario dejar de lado los mecanismos reguladores del mercado. Este fue el caso del período de grave escasez que acompañó a las cosechas desastrosas de los años 1315-1317, o el que siguió inmediatamente a la peste negra. Los precios (ver p. 512) se dispararon de un modo alarmante y los pobres ya no pudieron comprar pan. Se argumentó que era tarea del gobierno el asegurar para todos un cierto nivel mínimo, y las autoridades intervinieron en el control de precios. De por sí ya es bastante difícil, en cualquier sociedad, el control de los precios, pero en la Edad Media, cuando apenas se comprendían las fuerzas impersonales del mercado, todos los esfuerzos tuvieron escaso éxito a la larga.

Las autoridades, tanto eclesiásticas como laicas, se oponían a los monopolios. El monopolista, el acaparador y el revendedor,[29] la triple personificación de todas las fechorías comerciales, estaban condenados de plano tanto por el brazo eclesiástico como por el secular, y los tribunales seculares reservaban los castigos más humillantes para los que se declaraban culpables de estos delitos. Sin embargo, al mismo tiempo, el propio marco institucional de la sociedad medieval ani-

29. Los términos usados en el original inglés son *engrosser, forestaller* y *regrater*, cuyo significado, según nota del autor, no estaba claramente diferenciado. El *engrosser* era el que monopolizaba el mercado; el *forestaller* adquiría las mercancías antes de llegar éstas al mercado, y el *regrater* acaparaba los productos con la finalidad de revenderlos a un precio superior en el mismo mercado. (*N. del ed.*)

maba a los monopolios. En sus ansias de preservar la calidad de los productos artesanales, la autoridad pública delegó potestades a los gremios para regular y supervisar el desempeño de los oficios, concediéndoles poderes monopolísticos. En la baja Edad Media, gremios poderosos fueron culpables de la fijación de precios y de obviar la mala calidad del trabajo realizado por sus miembros. El problema de los monopolios, a pesar de la presión ejercida por los moralistas, fue uno de los que la sociedad medieval fue incapaz de superar.

Los gobiernos pusieron mayor interés en el terreno del aprovisionamiento alimenticio. Mientras la sociedad fue esencialmente rural y las ciudades muy pequeñas, el problema no era especialmente grave, excepto en el caso de que las cosechas fuesen malas o quedasen destruidas. El desarrollo de las ciudades mayores en el transcurso del siglo XIII planteó problemas más serios. Éstas no podían aprovisionarse, ni tan sólo de los cereales panificables imprescindibles para su sostén en el área circundante, y se hizo indispensable el comercio a gran distancia. Desde el siglo XIII en adelante, los gobernantes demostraron un gran interés en el aprovisionamiento de víveres de las grandes ciudades, especialmente de sus capitales. Las razones están claras: dejando de lado los instintos humanitarios, lo que más les importaba era que se mantuviera la ley y el orden. Sabían perfectamente bien que un motín de las masas urbanas, hambrientas y revoltosas, constituía una amenaza seria a su autoridad.

En ningún otro lugar el problema del suministro de víveres a las ciudades era más agudo que en los Países Bajos y en las ciudades-república de Italia. Las primeras tuvieron que contar con aprovisionarse en Artrois, Picardía y la baja Renania, zonas que quedaban fuera del control propio y del de sus príncipes territoriales. En Italia, el estado de guerra endémico entre las ciudades-estado iba dirigido, por lo menos en parte, a aumentar el territorio del que poder extraer alimentos en exclusiva. Incluso en Francia, escribía Miller «hay veces en que la política económica del gobierno ... parece que no va más allá de una política local para el abastecimiento de París».[30]

30. Edward Miller, «The economic policies of governments», *CEH*, III, p. 287.

Política de poder

Se da por aceptado que la consecución del poder era un elemento central del pensamiento mercantilista.[31] En la baja Edad Media la mayoría de los otros aspectos de la política económica se subordinaron a este fin. Los grandes préstamos y las pesadas cargas impositivas que caracterizaron la acción de casi todos los gobiernos, en su mayoría tenían como objetivo el mantenimiento de los ejércitos y las campañas bélicas. Lo que se pretendía, como objetivo principal, era la ampliación territorial y el aumento del poder político.

El control del comercio ha sido siempre un aspecto importante de la política mercantilista. El propósito del comercio, según se ha dicho en siglos anteriores, era el aumento de las riquezas. Se sostenía que era deseable el balance positivo en el comercio visible, y que la consiguiente acumulación de metales preciosos era un signo de riqueza y de poder. La actuación de los gobiernos medievales no deja entender que aceptasen todas las implicaciones que esta opinión comportaba. Sin embargo, se encuentran expresiones preocupadas y de alarma por parte de estos gobiernos cuando los comerciantes habían de recurrir a la exportación de metales para compensar un balance persistentemente adverso. El drenaje de metales hacia el Oriente Medio era importante, pero por desgracia, no sabemos hasta qué punto se compensaba con la producción de las minas de la Europa central. El movimiento del metal dentro de la misma Europa parece que no tenía gran importancia, en parte porque los lugares útiles para exportar o importar metal estaban mucho más distantes de lo que lo están hoy. Vale la pena recordar que el banco de los Médicis, por falta de mercancías apropiadas con que compensar la balanza de pagos, no tenía modo alguno de hacer llegar a Florencia los considerables beneficios acumulados en su sucursal de Brujas.

Los gobiernos utilizaron a menudo medidas abusivas como embargos comerciales y la canalización forzosa del comercio a través de canales específicos. La prohibición de exportar armas y material bélico ya se había manifestado en la política imperial romana. Durante la Edad Media, las medidas prohibitivas de comercio con el enemigo eran sumamente difíciles de hacer cumplir, debido a la gran cantidad

31. Eli F. Heckscher, «Mercantilism», *EHR*, VII (1936-1937), pp. 44-54.

de rutas empleadas por el comercio. Inglaterra se encontraba en mejor situación que la mayoría de Estados para controlar su comercio exterior, debido al reducido número de puertos por el que éste se llevaba a cabo. Posiblemente se debió a ello el que Inglaterra pudiera contar con unos buenos ingresos procedentes de los derechos de aduana pagados por las importaciones y exportaciones. Los reyes ingleses utilizaron las exportaciones de lana —una de las materias primas de mayor demanda en toda Europa— como una avanzadilla de su juego político. En primer lugar, el dinero procedente de la exportación de lana se empleó para pagar a los ejércitos que luchaban en suelo francés durante la guerra de los Cien Años. Luego, mediante la posibilidad de detener las exportaciones, el gobierno inglés se encontraba en una situación de fuerza —que empleó intensivamente— para influenciar la política de los Países Bajos. Desde finales del siglo XIII, la lana se exportaba a Europa a través de un puerto *staple* —Brujas, Dordrecht o Amberes y, después del año 1363, Calais—. El privilegio de obtener la lana por otro conducto, como el banco de los Médicis, que la obtenía a través de Southampton, era difícil de conseguir y siempre a cambio de sustanciosas concesiones.

Más fácil era, sin embargo, controlar el comercio restringiendo el acceso a ferias y mercados. No era extraño que un príncipe excluyera a los comerciantes de una potencia rival u hostil. Tales prohibiciones, por lo general, no tenían continuidad, pero, por otra parte, podían originar cambios duraderos en la dirección del comercio. Un caso interesante es la sustitución de las ferias ginebrinas por las de Lyon. En el año 1462, cuando las ferias de Ginebra alcanzaban su máxima prosperidad, Luis XI prohibió a los mercaderes franceses concurrir a ellas, al tiempo que otorgaba concesiones y privilegios a Lyon. Las ferias lionesas se desarrollaron rápidamente, mientras que las de Ginebra decayeron de una manera progresiva, hasta dejar de celebrarse en la centuria siguiente. Sin embargo, éste no fue el acto final del asunto. El emperador Carlos V estableció la feria de Besançon, en el Franco-Condado, con la intención, fracasada, de minar el comercio y los negocios de Lyon. Existen otros ejemplos de la fundación de una feria o un mercado con el propósito expreso de socavar otras ya existentes.

El sostenimiento de la manufactura es una característica de la política mercantilista. El fomento deliberado de nuevas industrias no era común en la política económica de los gobiernos medievales. Merecería la pena citar la emigración de tejedores flamencos a Ingla-

terra, durante el reinado de Eduardo III, y la dispersión de los tejedores de seda de Luca. En el norte de Italia se dieron casos de competencia entre varias ciudades para atraerse a los artesanos textiles y poner en pie una industria pañera de exportación. En los Países Bajos el príncipe, en ocasiones, prestaba todo su apoyo a una nueva actividad. El desarrollo de las manufacturas de paños livianos en Ath, a principios del siglo XIV, se debió al esfuerzo personal de Guillermo de Avesnes, conde de Hainaut.[32] Pero estos casos eran raros. Aunque los gobernantes medievales, en alguna ocasión, estimularan la artesanía manufacturera, una política de desarrollo industrial consistente quedaba totalmente alejada de su capacidad tanto imaginativa como realizadora.

Es fácil exagerar el papel desempeñado por la política gubernamental en la historia económica de la Edad Media, porque en unos cuantos casos, algunos de los cuales se han mencionado, fue muy eficaz. Cada monarca hacía cuanto estaba a su alcance para incrementar las rentas procedentes de los dominios reales, que constituían su mayor fuente de ingresos. Por lo demás, aparte de eso, su actuación estaba llena de dudas y vacilaciones, sin objetivos definidos y sin tener en cuenta las condiciones económicas indispensables. Tan sólo tuvieron éxito en el terreno de los impuestos. Se lanzaron ansiosamente a un sistema impositivo que les proporcionara los fondos que necesitaban con el mínimo de inconvenientes por su parte. En cuanto encontraban un sistema que parecía funcionar sin contratiempos, ya no realizaban modificaciones. Sin embargo, los impuestos eran un lastre enorme. Enrique de Eastry, el prior de Canterbury, que hizo tanto por mejorar las tierras de Christ Church, se vio obligado a desembolsar hasta un tercio de los ingresos de la finca en concepto de contribución real y papal. En este caso, es casi seguro que los impuestos afectaron al capital que hubiese sido reinvertido en mejoras. Miller ha advertido que el descenso de la tasa de crecimiento económico durante la baja Edad Media «se debió en parte a cuestiones fiscales».[33]

32. Léo Verriest, *La Draperie d'Ath des origines au XVIII^e siècle*, Bruselas, 1942, p. 15.

33. Miller, *op. cit.*, p. 306.

Capítulo 10

LA ETAPA FINAL DE LA EDAD MEDIA

La peste negra hizo su aparición en la costa de Crimea en el año 1347 y en el invierno siguiente fue llevada por los comerciantes genoveses a Constantinopla y luego a Italia. En la primavera de 1348, la epidemia había llegado a los puertos del Mediterráneo occidental y con el calor del verano subsiguiente se extendió por buena parte del Occidente europeo. El frío invierno obstaculizó la progresión, puesto que los bacilos no se podían multiplicar bajo temperaturas frías. En el año 1349, la peste alcanzó el norte de Europa y hacia 1350 fue a extinguirse en Escandinavia y en los confines de Rusia. La peste negra concluía, pero la enfermedad iba a permanecer en Europa durante largos siglos. La última irrupción de grandes proporciones tuvo lugar en Marsella en el año 1720. Pero ninguna de las acometidas posteriores tuvo la virulencia ni las proporciones de la que se dio a mediados del siglo XIV, cuando tan sólo ciertas zonas del norte y del este de Europa y, sorprendentemente, de los Países Bajos escaparon a ella. Sin embargo, es dudoso que en las sucesivas oleadas de la epidemia quedase alguna ciudad inmune, y fueron muchas las regiones que se vieron repetidamente afectadas.

Es muy difícil hacer una estimación de la mortalidad causada por la peste negra. Puede que, a nivel local, llegase a destruir a la mitad de la población y en el conjunto de la Europa occidental, probablemente, afectase a más de un cuarto. El impacto repentino y la drástica reducción que produjo en los niveles de producción y de consumo dio lugar a cambios económicos fundamentales. En realidad, nunca en toda la historia europea se ha producido otra recesión tan drástica en el curso del desarrollo económico. La peste negra marcó una divi-

soria en la historia de la Europa medieval. Según la opinión generalizada, señaló el punto final del período de crecimiento de la Edad Media. Cesaron los trabajos de construcción de catedrales y monasterios y los que aún no se habían concluido permanecieron inacabados hasta la Edad Moderna. Una expresión muy gastada aseguraba que el siglo XIII había sido «el más admirable de los siglos», en el que Europa vivió en una especie de euforia. El siglo y medio que siguió a la peste negra marcó «la mengua de la Edad Media», en el que el pesimismo y la depresión económica sustituyeron a la brillantez y al sentimiento del éxito de los siglos anteriores.

Muchos han sido los escritores que se han confabulado para correr un velo de sombra sobre los últimos 150 años de la Edad Media.[1] Han subrayado el sentimiento de desaliento que marca gran parte de su producción literaria, el tenor violento de su vida, la decadencia de las instituciones tradicionales y el estado de guerra casi permanente. Han interpretado este período como de depresión, en el que los escasos progresos económicos obtenidos a nivel local y sectorial quedaron oscurecidos por la recesión generalizada.

Puede que esta amplia opinión histórica esté exagerada o incluso que carezca de fundamento. Es cierto que el pesimismo predomina en la literatura de la época. El tema de la muerte era obsesionante. La brevedad y miseria de la vida eran temas constantes de baladas y romances. Los monumentos funerarios empezaron a tomar la forma de esqueletos y de otros símbolos de la fragilidad humana.[2] ¿Hasta qué punto, podríamos preguntarnos, se trataba de una moda literaria o artística? Sin duda alguna, mucho había de ello, y la facilidad con que dio paso al humanismo optimista demuestra la debilidad de su base. Con todo, el peligro omnipresente de la peste y la seguridad de que allí donde irrumpía se producía una gran mortandad, que no respetaba ni la edad ni la cuna, no podía dejar de influir sobre la literatura y el arte, como acaso también sobre la actitud humana hacia los negocios y las inversiones. La amenaza de la peste debió de planear sobre la baja Edad Media de modo parecido a como lo ha hecho la amenaza nuclear en un pasado reciente. No puede decirse que los últimos 25 años se hayan distinguido por una gran exuberancia y ani-

1. Especialmente J. Huizinga, *The waning of the Middle Ages*, E. Arnold & Co., Londres, 1924.

2. Véase T. S. R. Boase, *Death in the Middle Ages*, Thames & Hudson, Londres, 1972, especialmente el cap. 4.

mación. Por otra parte, tampoco es posible argumentar que las perspectivas de un holocausto nuclear hayan disuadido a la humanidad de seguir adelante con sus experimentos e inventos, y de aumentar en varias veces la productividad total.

Consecuencias económicas de la peste negra

La peste negra, al igual que cualquier otro cataclismo, produjo una dislocación inmediata del ritmo de vida. Los campos quedaron sin arar y las cosechas se pudrieron. La muerte del molinero dejaba el trigo sin nadie que lo moliera. Inmediatamente hubo escaseces, acompañadas inevitablemente por el acaparamiento de artículos, debido al pánico, por aquellos que podían comprarlos. Los precios se dispararon y se sucedieron las grandes penalidades y sufrimientos. Éstas fueron las consecuencias a corto plazo de la peste. En tres o cuatro años cesaron y Europa hubo de enfrentarse a las consecuencias a largo plazo de la epidemia, agravadas por los sucesivos brotes más localizados que se fueron produciendo a lo largo de los años restantes de la Edad Media.

Antes de la peste Europa estaba superpoblada, aunque el punto álgido del crecimiento demográfico se debió de producir medio siglo antes. De los tres factores de la producción —tierra, trabajo y capital—, el primero era escaso desde hacía tiempo, mientras que el segundo era sobreabundante. El capital jugaba un papel poco importante. El campesino tenía sus arados, yunta de bueyes y demás instrumentos; el artesano poseía sus herramientas de trabajo y, en algunos casos, una apreciable reserva de materias primas. Pero, por norma general, las necesidades eran reducidas y podían ampliarse sin presionar excesivamente a los demás factores de producción.

La condición esencial era la relación hombre-tierra. Durante el período inmediatamente anterior de sobrepoblación se forzó hasta el límite el área de tierras de labor. Se habían roturado terrenos de calidad relativa e incluso pobre y la productividad de estas tierras marginales era baja. Como también lo era la unidad de trabajo marginal que hacía falta para extraer los escasos rendimientos de las tierras poco fértiles. La consecuencia de ello fue que el valor de la tierra, expresado en rentas y en pagos de entradas era elevado y los salarios, reflejo de la poca productividad del trabajo marginal, eran relativa-

mente bajos. El «más admirable de los siglos», la época de Tomás de Aquino y de Federico II, no fue un paraíso para el campesinado, que constituía las cuatro quintas partes de la población de Europa.

El efecto revolucionario de la peste negra consistió en invertir la relación tierra-trabajo. La reducción de la fuerza de trabajo en un 25 por 100 —estimándolo por lo bajo— la convirtió en un artículo relativamente escaso. En los tribunales señoriales, los campesinos, en lugar de querellarse unos con otros por causa de tierras, se encontraron en disposición de mejorar sus propias condiciones y exigir salarios más elevados, así como de conmutar prestaciones y abonar rentas más bajas. Claro está que estas exigencias encontraron oposición. Hubo intentos de «retrasar el reloj», de reimplantar obligaciones serviles que no se redimieran mediante pagos, de controlar los salarios por ley y de restringir el alza de precios. Tales medidas provocaron duras reacciones campesinas en varias partes de Europa. La revuelta de los campesinos en Inglaterra (1381) es sólo un ejemplo, si bien el mejor conocido, del movimiento que se extendió por toda la Europa occidental. Sin embargo, la fuerza de trabajo mejoró su situación material al ser más escasa y, por tanto, más valiosa.

Al mismo tiempo, la demanda global también se redujo, en una proporción muy aproximada a la reducción de la población. Al no necesitarse tanto grano, podía obtenerse cultivando un área más reducida. La comunidad aldeana podía abandonar las tierras menos fértiles y concentrar los esfuerzos en las tierras de mejor calidad. Algunos asentamientos —especialmente los que se habían establecido más tardíamente, cuando ya se habían colonizado las mejores tierras— fueron abandonados y los supervivientes se mezclaron con las comunidades vecinas (ver p. 216). Se encuentran indicios de pueblos abandonados por toda la Europa noroccidental, desde los Midlands ingleses y la cuenca de París hasta Alemania y Polonia.

El área cultivable de Europa está constituida por áreas de suelos de buena calidad, rodeadas de zonas de calidad intermedia y mínima. La calidad del suelo no dependía únicamente de las propiedades intrínsecas del propio suelo, sino también de otras condiciones, tales como pendientes, drenaje, riesgo de inundación y facilidad de labranza. Al reducirse el área de cultivo, la comunidad se concentraba en los suelos más fértiles. La figura 10.1 representa los estadios sucesivos en la historia de un asentamiento típico. En las condiciones existentes antes de la aparición de la peste, se cultivaba el área com-

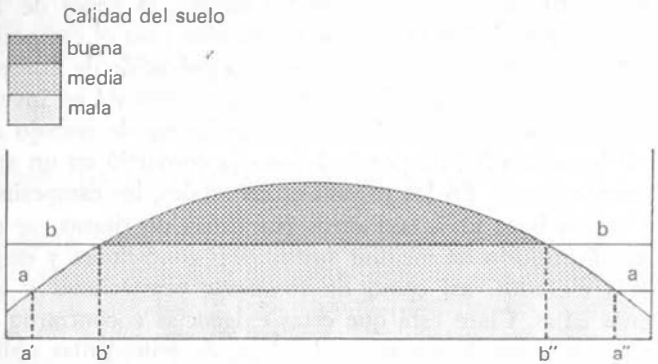


FIGURA 10.1

Diagrama que muestra la reducción de las tierras de labor a finales de la Edad Media

prendida entre *a'* y *a''* sobre la abscisa. Esta zona incluía todas las tierras de buena calidad, así como las de calidad intermedia. Después de la peste, el área de tierra de labor quedaba reducida a la comprendida entre *b'* y *b''* que, como se verá, estaba constituida totalmente por tierras de óptima calidad. Si la aportación de trabajo y capital permanecían constantes por unidad de terreno —lo que es una suposición razonable—, la producción por unidad de terreno seguramente aumentó, porque los demás factores se concentraban en unos suelos de calidad superior. El trabajo campesino quedaba recompensado por unos rendimientos más altos, que podía utilizar como mejor quisiera, ya fuera consumiendo los alimentos o vendiéndolos en el mercado. Así pues, parecería que la situación del campesino, por regla general, debió de mejorar con la reducción de la población y los subsiguientes cambios en los factores de producción.

Una característica de la situación agrícola de buena parte de Europa había consistido en las reducidas dimensiones de las tenencias campesinas, que iban siendo divididas y subdivididas a medida que aumentaba la población. La reducción del número de propietarios campesinos permitió, de algún modo, la reunificación de tenencias pequeñas y fragmentadas. En cierta manera, se realizó a través de las herencias, pero también por las concesiones y arrendamientos

de tierras en el tribunal señorial, donde se reducían las rentas y los pagos de entrada a fin de atraer a los campesinos. Muchos de éstos heredaron pequeñas sumas de dinero y algunos bienes personales, a causa de la muerte prematura de los padres o parientes, y los emplearon en la adquisición de parcelas de terreno para ampliar sus tenencias. El campesino cuya propiedad era demasiado reducida como para permitirle subsistir a él y a su familia se empleaba como asalariado en las tierras de campesinos más ricos o en la reserva señorial. Ahora, la necesidad de obtener trabajo en las tierras ajenas no era tan imperiosa. Muchos campesinos podían trabajar provechosamente gran parte del tiempo en sus propias tierras, negando a su señor los servicios que ahora necesitaba con más urgencia que nunca. Nos volvemos a encontrar con que parece que el campesino salió beneficiado con los cambios en la propiedad territorial, debidos al descenso demográfico.

La contrapartida del éxito campesino fue la decadencia del cultivo de la reserva. En buena parte de Europa, las reservas ya habían sido parcialmente arrendadas. El resto contaba para su cultivo con una mano de obra muy limitada. Aquellos señoríos en los que aún había que prestar servicios de labranza y otras obligaciones serviles tuvieron la suerte de no tener que pagar los elevados salarios de la mano de obra. Sin embargo, la mano de obra servil se mostraba cada vez más inquieta y el conocimiento de la buena suerte de los demás campesinos no hacía sino aumentar las expectativas de los menos afortunados, provocando las rebeliones campesinas que caracterizan el final del siglo XIV.

El cultivo de la reserva tenía que enfrentarse con el incremento de los costos de la mano de obra, incluso cuando podía obtenerse ésta en abundancia. Los terratenientes se decidían, ya fuera por otras formas de utilización de la tierra que exigieran menos mano de obra que el cultivo cerealístico, o bien por unas cosechas más diversificadas que proporcionaran mayores compensaciones monetarias. Por lo menos a nivel local, se produjo un incremento de la viticultura, que, a pesar de la necesidad de abundante mano de obra, daba rendimientos superiores a los del cereal. También se incrementó la producción de plantas de uso industrial: lino, cáñamo y plantas tintóreas. Pero la principal alternativa al uso de la tierra era el pastoreo. La reversión a pastos de las tierras de labor para la cría de ovejas fue en Inglaterra un hecho muy habitual —o por lo menos mejor documen-

tado—, pero también se dio ampliamente en buena parte de la Europa occidental.

No era sólo la escasez y el alto precio de la mano de obra lo que indujo al señor a dedicarse a la ganadería ovina. La tendencia de los precios lo inclinó en la misma dirección. Antes de la peste negra, cuando las tenencias campesinas eran muy pequeñas y la presión demográfica sobre el suministro alimenticio era grave, el excedente comercializable de granos era mínimo. Las ciudades tenían serias dificultades para aprovisionarse de los alimentos necesarios. Las ciudades italianas habían hecho suya la población rural circundante, en parte para reservarse el excedente de granos que hubiese, pero, con todo, las ciudades mayores dependían de la producción cerealística de Apulia y de Sicilia. Ya hemos visto (p. 458) las dificultades del suministro de granos padecidas por las ciudades flamencas; y los mismos problemas de abastecimiento padecían París y otras ciudades mayores. En tales circunstancias, el precio del grano era elevado, y el señor que disponía de excedentes comercializables, aunque fuesen mínimos, podía obtener un buen precio por ellos.

La peste negra y el desequilibrio que produjo en la economía rural cambiaron esta situación. El volumen medio de las cosechas no se vio afectado por la contracción del área de tierras de labor. Las tenencias campesinas de mayores dimensiones podían contar con obtener excedentes comercializables de granos y el arrendamiento de la reserva señorial no hacía más que incrementar el número de campesinos que aumentaban el contingente. El mercado recibía ahora mucho más grano que anteriormente.

Al mismo tiempo se reducía la demanda urbana. La gran peste se dejó sentir con mayor violencia en las ciudades que en las zonas rurales. Así pues, se redujo la demanda en el momento de mayor oferta y los precios cayeron en picado durante los últimos años del siglo XIV. La dificultad de comercializar el excedente de granos y el bajo precio a que se había de vender, comenzaron a influir en la situación económica del campesinado. Éste tal vez se benefició de la rentas más bajas y de los pagos de entrada más reducidos, pero con seguridad se encontró con que sus ingresos descendían. Al final del análisis, ¿se encontraba el campesinado en una situación mejor de la de sus antepasados antes de la gran peste? Cualquier respuesta que se dé a esta cuestión sólo puede basarse en una evaluación subjetiva de los factores. En términos de la adquisición de bienes de consumo en el

mercado, seguramente no había mejorado su situación (ver p. 518), pero si lo consideramos en términos de economía de subsistencia —es decir, de la capacidad de alimentarse a sí mismo y a su familia por sus propios medios—, seguramente estaba en muchísimas mejores condiciones de lo que jamás estuvieron sus antecesores. En conjunto, disponía de una propiedad más extensa; la calidad media del suelo era superior; podía producir un mayor volumen de alimentos, y podía añadir cierta proteína a la dieta habitual, basada principalmente en almidón y fécula. De hecho, hay abundantes indicios de que la alimentación mejoró sensiblemente durante el siglo xv. Los granos más bastos —avena y cebada— desaparecieron de la alimentación humana en extensas zonas de Europa. En los llanos del curso medio del Rin, los agricultores volvieron a emplear el sistema de dos hojas en lugar del de tres, porque así obtenían (ver pp. 225-226) una mayor producción de cereales panificables y menos de los cereales más bastos. Miskimin ha indicado que se incrementó considerablemente el consumo de cerveza al disponerse de más cereales bastos, especialmente cebada para el malteado. Gilles le Bouvier, escribiendo en el siglo xv, señalaba repetidamente la gran abundancia de productos de origen animal, y escribió que los flamencos eran «grans mengeurs de chers [chair], de poisson, de lait et de beures».[3] Esta situación parece que fue general en toda Europa. La alimentación humana mejoró y no parece difícil ver en ello un factor del renovado incremento demográfico que ya se hizo evidente a fines del siglo xv.

Así pues, en las áreas rurales la caída demográfica vino acompañada de la reducción, no proporcional, de la producción de granos. En los mercados urbanos se disponía de más grano y a precio más bajo que anteriormente. Cabría esperar que la población urbana se beneficiara de la situación. A largo plazo, es dudoso que así fuera. Los consumidores urbanos pagaban la adquisición de granos mediante la venta de sus productos artesanales —paños y artículos de metal y de cuero— y con la venta al por menor de otros productos, tales como especias, sal y salazones de pescado. La flexibilidad en los precios de los artículos que las ciudades podían poner a la venta era muy inferior a la de los productos procedentes de las zonas rurales.

3. *Le Livre de la Description des Pays de Gilles le Bouvier, dit Berry*, E.-T. Hamy, ed., Recueil de Voyages et de Documents pour servir à l'Histoire de la Géographie, vol. XXII, 1908, p. 47.

Nada de lo ocurrido afectó en absoluto a la productividad de la mano de obra urbana. La reducción demográfica *puede* que incrementase la relación capital-trabajo en beneficio de este último, pero, en la mayoría de los oficios urbanos debió de tener una significación escasa o nula. En nada beneficiaba al artesano el disponer de más herramientas de las que podía utilizar. Tampoco se incrementó la producció de la minería o de la fundición o se redujeron los precios de las especias importadas. El precio de los productos urbanos no cayó como el de los agrícolas, y la población rural no pudo efectuar el volumen de compras que anteriormente realizaba. Era éste, claramente, un caso sencillo de la «tijera» de precios —la caída de los productos agrícolas sin la reducción equivalente de los productos manufacturados— similar a la que afectó a todo el mundo durante la década de 1930-1940. En consecuencia se redujo el volumen total de intercambios.

Este fue, en líneas muy generales, el curso del desarrollo económico de la Europa occidental, central y, en menor grado, meridional, durante el período que siguió a la peste negra. La cronología no está tan clara. El mercado europeo consistía, de hecho, en un número inmenso de mercados locales, algunos superpuestos, pero en su mayoría operando en un aislamiento relativo. Todos estaban conectados débilmente, con mercados regionales o aún mayores. En consecuencia, los impulsos se difundían por todo el sistema muy lentamente. Las reacciones locales a las tendencias europeas predominantes podían producirse tanto inmediatamente como con gran lentitud. En algunas zonas, las distorsiones del equilibrio económico en el período anterior a la peste negra apenas si eran evidentes; en otras zonas eran profundas.

La gran epidemia había afectado a la mayor parte de Europa. A continuación se produjeron, durante la década de 1360-1370, nuevas irrupciones, graves y muy difundidas, seguidas de continuas reapariciones durante todo el resto del siglo XIV y del XV, no tan extendidas ni desastrosas, pero suficientes para desbaratar a una economía que lentamente trataba de ajustarse a los cambios sufridos en la producción y en la demanda. A estos cataclismos naturales se sumaba el azote de la guerra. No puede dudarse de que las guerras fueron más frecuentes y destructivas durante la baja Edad Media de lo que habían sido anteriormente y puede añadirse que en su conjunto, toda la actividad humana se vio violentamente amenazada. El resultado

fue la aparición de situaciones de escasez a nivel local, la destrucción del capital acumulado durante generaciones y el desarraigo de multitudes empobrecidas, que se vieron lanzadas a los caminos o amontonadas en las ciudades, después de que la guerra les hubiese privado de sus medios de subsistencia. La violencia engendraba violencia; la guerra produjo bandolerismo y, en una espiral sin fin, destruyó la esencia de la vida.

Al azote de la peste y de la guerra, algunos añadirían el cambio climatológico. Hay ciertos indicios de que la frecuencia con que las cosechas se malograban era mayor durante la baja Edad Media de lo que lo habían sido anteriormente. Los litorales se vieron afectados por tempestades marinas que inundaban extensas zonas; el nivel del agua se elevó en muchos valles, dejándolos inútiles para el cultivo. Los reconocimientos efectuados durante los siglos XV y XVI en las tierras cercanas a Lille y Douai, en el Flandes occidental, dejan constancia de las extensas inundaciones, así como de las marismas que se extendían por todas las zonas de bajo nivel.[4] La alteración de la vida y la pérdida de zonas de tierras de labor revistieron proporciones graves en los Países Bajos, existiendo también indicios de que ocurrió algo parecido en otras zonas de la Europa septentrional. Sin embargo, es poco probable que los cambios climáticos influyeran de modo significativo en la economía bajomedieval, excepto en algunas áreas marginales que eran particularmente vulnerables.

Producción manufacturera

Tras la aparición de la peste negra, tanto la producción manufacturera como la demanda de sus productos cayó en picado. La escasez de personal especializado era tan grave que en algunas ciudades hubo que prescindir de las regulaciones gremiales y se permitió a los maestros tomar más aprendices de los que hasta la fecha se había tolerado. El mercado rural no pudo desarrollarse convenientemente porque, como hemos visto, el poder adquisitivo de los campesinos permaneció bajo. En las ciudades, la contracción de la demanda de pro-

4. Maurice Braure, «Étude économique sur les Châtellenies de Lille, Douai et Orchies, d'après des enquêtes fiscales des XV^e^ et XVI^e^ siècles», *RN*, XIV (1928), páginas 165-200.

ductos manufacturados no fue tan marcada, la población urbana se benefició de la baja del precio del grano y, de ese modo, podía gastar más en la adquisición de bienes de consumo. Al mismo tiempo, hubo un incremento de las compras debido a la concentración de la riqueza en pocas manos que se gastaba sin ninguna preocupación. Matteo Villani, poco después de que la peste remitiera, describía así el aumento en el consumo:

> La gente corriente, en vista de la abundancia y superfluidad con que se encontraban, no querían seguir trabajando en sus quehaceres habituales: querían los manjares más caros y delicados ... mientras que los niños y las mujeres corrientes se vestían con las bellas y costosas vestiduras de las gentes ilustres que habían muerto.[5]

El gusto por las vestiduras extravagantes y por las cosas cargadas persistió hasta mucho tiempo después de que el legado de la peste negra se hubiese consumido. Evidentemente, había muchos burgueses ricos en las ciudades grandes que podían satisfacer sus gustos y que se construyeron palacios artísticos y costosos. En realidad, parece ser que se incrementó la separación entre los ciudadanos más ricos y los más miserables. Florecieron los oficios lujosos; la demanda de paños caros de colores vistosos permaneció en alza ... y la fabricación de vajillas de peltre así como de artículos de cobre y bronce adquirió niveles nunca conocidos anteriormente. Al mismo tiempo, aumentaba el número de pobres y en el ducado de Brabante, en el año 1437, las familias «pobres» constituían por lo menos el 23 por 100 del total.

Es extraordinariamente difícil fabricar estadísticas que demuestren las tendencias en la producción de artículos manufacturados. Por una parte se dice que hubo un declive generalizado en la producción industrial; que los ejemplos conocidos en que la producción aumentó, como en el caso de la manufactura de paños inglesa, quedaban absolutamente oscurecidos por la decadencia de las restantes áreas de la producción. Por otra parte se dice que la estructura de la demanda cambiaba, que el gusto del público pasaba de los paños tradicionales a otros más baratos y livianos, que se producían a ritmo creciente. La producción de paños en Florencia, que, según Giovanni

5. Citado en Millard Meiss, *Painting in Florence and Siena after the Black Death*, Harper & Row, Nueva York, 1964, p. 67.

Villani, había ascendido hasta unas 70.000 piezas anuales en la década anterior a la peste negra, había caído a 30.000 en el año 1373 y a 19.000 en 1382.[6] Esta industria estaba en decadencia desde mucho antes de la peste negra y, hacia fines del siglo XIV, la manufactura tradicional apenas si tenía importancia. Se pueden señalar razones particulares a nivel local, que explican esos cambios: las interrupciones en el suministro de lana inglesa, el colapso de las ferias de Champaña, la prohibición del transporte de productos flamencos por suelo francés. Pero ¿se dieron también otros factores comunes a toda Europa, tales como una contracción general de la demanda? No es nada fácil responder a esta cuestión.

El comercio de paños inglés es el mejor documentado de todas las ramas de la manufactura medieval. El volumen de las exportaciones de paños era poco importante en el momento en que hizo su aparición la peste negra. A partir de entonces, empezó a incrementarse de un modo constante hasta finales de siglo (figura 8.6); a principios del siglo XV cayó para volverse a recuperar, hasta culminar en la década de 1440-1450. En el tercer cuarto del siglo XV volvió a descender para concluir el siglo con una rápida subida. Sin embargo, hay que tener presente que se trata de cantidades muy reducidas. En el momento de máximo esplendor, las exportaciones apenas si sobrepasaron las 60.000 piezas de paño, bastante menos que la producción de Yprés en el cenit de su prosperidad.

La producción pañera de Yprés alcanzó la cima de unas 90.000 piezas de paño a comienzos del siglo XIV; descendió a menos de la mitad de ese total antes de la peste negra, pero se disparó de nuevo en los veinte años que siguieron a la peste —ilustrando de ese modo la demanda anormal de esos años— para extinguirse, finalmente, al acabar el siglo.[7] La producción de paños en Lovaina y Courtrai declinó durante la primera mitad del siglo XV; se reanimó en los «setentas» y los «ochentas» y luego sufrió un fuerte revés en los años finales del siglo y principios del XVI.

Pero ¿cómo se explica la expansión contemporánea de la producción en las zonas rurales de Flandes y en las ciudades de Brabante?

6. C. M. Cipolla, «The trends in Italian economic history in the later Middle Ages», *EHR*, II (1949-1950), pp. 181-184.

7. H. van Werveke, «De omvang van de Ieperse lakenproductie in de veertiende eeuw», *Mededelingen van Koninklijke Vlaamse Academie voor Wetenschappen, Letteren en schone Kunsten van België*, IX, n.º 2, (1947).

En el año 1328, la ciudad de Ath comenzó a desarrollar la industria pañera.[8] En otras ciudades de Brabante, esta industria creció al mismo tiempo que declinaba en los centros tradicionales flamencos. La producción de sayas de Hondschoote, en el Flandes occidental, tuvo un crecimiento sostenido durante todo el siglo XV, y la de lienzos de Courtrai se mantuvo en expansión durante buena parte del período (figura 10.2). La evidencia basada en los peajes pagados por el tránsito de mercancías no sostiene en absoluto la tesis de que el comercio de paños hubiese descendido. Las cantidades cobradas variaban enormemente, pero la tendencia, por norma general, se mantuvo en alza hasta la década de 1480-1490.[9]

La situación era bastante parecida en el norte de Italia. El declive de la manufactura de paños florentinos está bien documentado, pero hay algunos indicios de que se incrementó la producción de paños más baratos en las zonas rurales. En el norte de Italia, donde la manufactura de paños había carecido de importancia hasta entonces, se mejoró la calidad de la lana de procedencia local y, junto con las importaciones de lana española, dio origen a una pañería expansiva. Se produjeron nuevos tipos de paño, que se vendían no sólo en Italia y en los Balcanes, sino también en las costas del otro lado del Mediterráneo.

También en la Alemania meridional la industria pañera estaba en una fase de crecimiento en la baja Edad Media.[10] Se generalizó el empleo de fibras mixtas y las telas que se producían se vendían en un mercado en expansión. Los *barchents* y los fustanes del sur de Alemania y de Suiza se vendían en la Europa oriental y, a través de Italia, los comerciantes venecianos los colocaban en Oriente. Al mismo tiempo, la industria de tejidos de lino del llano septentrional se extendió desde las ciudades a las zonas rurales y el volumen global de la producción se incrementó.[11] El uso de los paños tejidos en la Europa oriental, de textura tosca y mal acabados, se había limi-

8. H. Joosen, «L'ordonance pour les tisserands d'Ath (1328) et son modèle malinois», *Bull. CRH*, vol. 109 (1943), pp. 175-186.

9. R. van Uytven, «La Flandre et le Brabant, terres de promission sous les ducs de Bourgogne», *RN*, XLIII (1961), pp. 281-317.

10. Aloys Schulte, *Geschichte der grossen Ravensburger Handelsgesellschaft, 1380-1530*, Stuttgart, 1923.

11. Gerhard Heitz, «Landliche Leinenproduktion in Sachsen (1470-1555)», *Deutsche Akademie der Wissenschaften*, Berlín, 1961, p. 109; H.-J. Seeger, *Westfalens Handel und Gewerbe vom 9. bis 14. Jahrhundert*, Berlín, 1926, pp. 55-76.

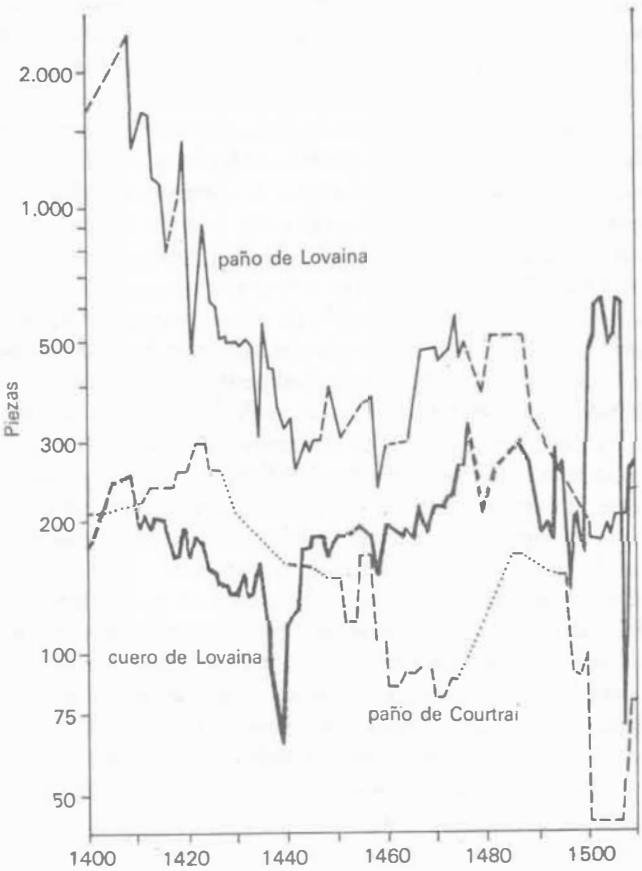


FIGURA 10.2

Producción de paño en Lovaina y Courtrai y de cuero en Lovaina, 1400-1500

FUENTE: R. Van Uytven, «La Flandre et le Brabant, terres de promission sous les ducs de Bourgogne», *RN*, XLIII (1961), pp. 281-317.

tado a las zonas campesinas. Durante la baja Edad Media, comenzó a exportarse a Occidente, y hay que suponer que algunas de las ropas de las masas mal vestidas de las ciudades del norte estaban confeccionadas con paño de origen polaco, silesio o bohemio, más barato que las «nuevas ropas», e igualmente útil.

El paño de lujo por antonomasia del siglo XIII había sido el paño doble de Flandes. Durante la baja Edad Media, el tejido de élite fue la seda. Ésta se convirtió en un signo de rango y, en el siglo XV, la curia pontificia adoptó el tejido de seda, teñido de escarlata, para las vestiduras formales de los cardenales. El creciente número de referencias a vestiduras de seda que aparecen en testamentos e inventarios parece demostrar que la escala de manufactura iba en aumento. El volumen de la producción venía limitado por la disponibilidad de seda en bruto, que provenía, principalmente, del sur de Italia y del Oriente Medio. Sin embargo, el cultivo de la morera se difundía por Italia, a resultas de la creciente demanda de seda. Su industria proporcionaba grandes beneficios y los Médicis, que dirigían una tejeduría de seda en Florencia, obtenían unos beneficios medios del 16 por 100 de sus inversiones a mediados del siglo XV.[12] En la misma época una tejeduría de lana producía apenas un 6 por 100.

El declive de las industrias tradicionales se encuentra bien documentado. Había poderosos intereses que se quejaban y protestaban; el mecanismo que permitía registrar y cargar impuestos sobre la producción estaba bien establecido. Pero nuevas ramas de la manufactura se iban desarrollando silenciosamente, de un modo deliberado, pues de ser advertida su presencia hubiese provocado hostilidad y represión. No hay estadísticas que muestren la rapidez con que los nuevos oficios se expandieron. Todas las estadísticas existentes apoyan a los que ven en los siglos finales de la Edad Media un período de depresión profunda.

Durante el último siglo de la Edad Media también hay indicios de la expansión de las industrias productoras de metal. En cualquier período anterior al siglo XIX es extraordinariamente difícil establecer el valor y el volumen de los minerales extraídos y fundidos. El creciente número de referencias de barras de hierro que se exportaban

12. Raymond de Roover, *The rise and decline of the Medici bank 1397-1494*, Norton, Nueva York, 1966, y Harry A. Miskimin, *The economy of the early Renaissance, 1300-1460*, Prentice-Hall, Nueva York, 1969, pp. 104-105.

de Suecia y de España o de las colinas de la Alemania central indican, con toda seguridad, la expansión del volumen de producción y de demanda. Además, el alto horno evolucionó a partir de la forja durante el siglo xv. La innovación tecnológica no es jamás el índice de una industria decadente o estancada.

La expansión de la producción de hierro en barras implica un incremento equivalente de las industrias que trabajaban el hierro. El equipamiento militar crecía en volumen y complejidad. Desde el segundo cuarto del siglo xiv se empleaban cañones, y las armaduras del siglo xv llevaban mucho más hierro que las del siglo xii o xiii, además de que requerían una cantidad incomparablemente mayor de trabajo especializado. Se dice que sólo Milán contaba con más de un centenar de talleres donde se fabricaban armaduras y una actividad parecida debió de concentrarse en París, Lieja, Colonia y otras ciudades grandes. También había una demanda creciente de hierro en barra para la producción de utillaje para la fragua y la casa: morillos y asadores, cerraduras y goznes, rejas de ventanas y cuchillas de arados. El herrero se hallaba presente en cualquier lugar donde se realizara una edificación y toda construcción de importancia requería de grandes cantidades de hierro en barra.

El crecimiento de las industrias metálicas se hacía extensivo a los más importantes de los metales no ferrosos. La producción de estaño, de la que Cornualles ejercía casi el monopolio, creció de modo sostenido a finales del siglo xiv y alcanzó el nivel medieval más alto hacia el año 1400.[13] Posteriormente la producción descendió hasta la década de 1460-1470, tras la cual volvió a ascender. No hay bases estadísticas que permitan el estudio de los demás metales no ferrosos. La producción de la mayoría de ellos parece que descendió durante la segunda mitad del siglo xv. Es cierto que la demanda decayó, pero también es muy probable que las dificultades técnicas debidas a unas minas cada vez más profundas y el problema cada vez más serio de extraer el agua de las galerías, influyeron negativamente en la producción. Tiene su importancia el hecho de que el precio del plomo subiera continuamente en el mercado de Cracovia —cercana a las regiones mineras de Bohemia y Hungría— durante todo el siglo xv, en un momento en que los precios de todos los demás ar-

13. A. R. Bridbury, *Economic growth: England in the later Middle Ages*, Allen & Unwin, Londres, 1962, p. 26.

tículos tendían a caer.[14] En esta generalización hay que hacer la notable excepción de la plata; la producción se incrementó radicalmente desde mediados del siglo XV y alcanzó su momento álgido unos 70 años más tarde.

La actividad en el campo de la construcción es un indicador económico muy útil. Los proyectos de construcción de grandes vuelos presuponen la existencia de ingresos para costearlos y, en algunos casos, la esperanza de que produzcan ganancias. El inicio de una construcción de importancia era, en la baja Edad Media, un indicador muy tosco de la animación de la economía. Entre la irrupción de la peste negra y los comienzos del siglo XVI, en que se inició la construcción de la basílica de San Pedro, en Roma, no se iniciaron las obras de ningún edificio eclesiástico de gran envergadura, aunque sí se terminaron o modificaron algunos. A nivel parroquial, el cese de las obras de construcciones eclesiásticas tuvo mucha menos importancia. Las iglesias parroquiales se ampliaron y reconstruyeron por todas las partes de Europa. En la región báltica se erigieron grandes iglesias góticas de ladrillo y templos majestuosos de piedra caliza en el cinturón calcáreo de Inglaterra. De un confín a otro de Europa se reconstruían y ampliaban las iglesias urbanas. Sólo en las zonas que, por otros motivos, sabemos que estaban deprimidas, nos encontramos, por regla general, con una notable ausencia de nuevas construcciones a nivel parroquial.

La actividad constructora del final de la Edad Media difería de la del siglo XIII y anteriores. Esta última se había orientado hacia la jerarquía eclesiástica y las órdenes monásticas, pero las obras posteriores estaban, en su mayoría, encargadas por los laicos que las iban a costear. Basta con comparar las largas naves —el área donde la congregación permanecía, de pie o de rodillas— de una iglesia, como por ejemplo la de Lavenham o Chipping Campden, con los coros reducidos de las iglesias más antiguas, en cuya construcción se había gastado mucho menos dinero. El arte y la arquitectura iban pasando de la Iglesia al control de los laicos pudientes. Los comerciantes y los burgueses de las grandes ciudades financiaron construcciones primorosas. Reconstruyeron templos bajo su patrocinio y les añadieron ca-

14. Juljan Pelc, *Ceny w Krakowie w latach 1369-1600*, Badania z dziejow spolecznych i gospodarczych, vol. XIV, Lwów, 1935, 2.ª parte, *Tablice Statystyczne*, páginas 63-64. Este aumento no tuvo su equivalencia en el precio del hierro.

pillas en las que pudieran reposar con el esplendor apropiado. La secularización de la arquitectura era aún más evidente en la construcción de los ayuntamientos y las lonjas de mercaderes, así como también en las casas de los burgueses ricos. La espléndida mansión de Jacques Coeur, en Brujas, y las casas de paños desde Yprés a Cracovia, son buena muestra de ello.

Es tarea difícil —en realidad imposible— comparar las inversiones realizadas en el arte y la arquitectura en el período que siguió a la peste negra con las del siglo inmediatamente anterior. Eran de una naturaleza diferente, pero no debe suponerse que eran inferiores en volumen o que consumían una proporción menor de la actividad productiva humana.

En suma, podemos decir que la reducción drástica de la población, resultante de la gran peste y de las arremetidas subsiguientes, condujo a una contracción de la producción total por toda la Europa del sur, oeste y centro. Al mismo tiempo, el abandono de las unidades marginales de producción, especialmente en la agricultura, condujo, con toda probabilidad, al incremento de la productividad de la mano de obra. Por término medio, los ingresos reales aumentaron, pero seguramente la sociedad pasó a ser menos igualitaria de lo que había sido antes de la epidemia. Muerte y herencia llevaron a la concentración de la riqueza y de un mayor poder adquisitivo en manos de unos pocos. Entre las consecuencias psicológicas de la plaga hay que contar una orgía derrochadora, y el final de la Edad Media fue una época de ostentación personal y de consumo exagerado. La estructura de la demanda se hizo más fluida. Los productos básicos, tanto alimentos como bienes de consumo, sólo sumaban una parte mínima del total de los requerimientos humanos. La reducción media debió de ser pequeña, pero entre aquellos que contaban con ingresos superiores a la media, la elasticidad de la demanda se incrementó considerablemente. Para esa élite la vida se hizo rica, variada y llena de colorido, aunque para las masas la vida medieval siguió siendo igualmente monótona. En realidad, hay indicios de que el último cuarto, o incluso el último tercio, de la escala de riqueza, quedó más empobrecido de lo que había estado antes. Herlihy ha señalado que en la *pieve* (parroquia) toscana de Santa Maria Impruneta, el abismo existente entre ricos y pobres se agrandó durante los siglos XIV y XV (figura 10.3). En todas partes, el número de pobres —demasiado pobres para pagar contribución— aumentó. Incluso si no intervenían

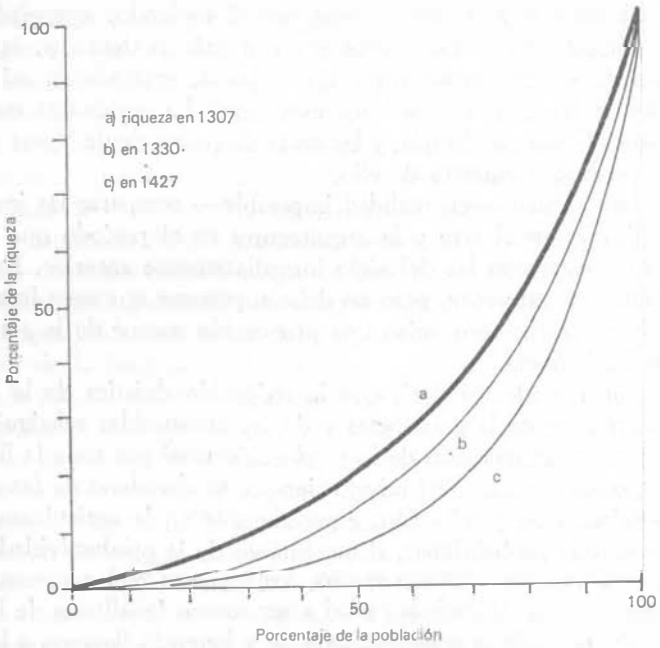


FIGURA 10.3

Curva de Lorenz que muestra la creciente concentración de riqueza en Santa Maria Impruneta, cerca de Florencia

FUENTE: D. Herlihy, «Santa Maria Impruneta: A rural commune in the late Middle Ages», en Nicolai Rubinstein, ed., *Florentine Studies*, Faber, Londres, 1968, pp. 242-276.

otros factores, esta polarización de la sociedad podría explicar muchas de las fluctuaciones de la economía de la Europa de fines de la Edad Media.

Había sin embargo otros factores. El contraste entre prosperidad y recesión a nivel local, implícito en el cambio de la estructura de la demanda, se vio acentuado por las reincidencias de la peste, por las penalidades e incluso las hambres resultantes de malas cosechas y por la destrucción producida por la guerra. El efecto conjunto de todos estos factores dio lugar a fuertes fluctuaciones en la economía. En muchas zonas de Europa hubo regiones que lograron sobrevivir durante la baja Edad Media, igual como habían vivido durante la alta

Edad Media y como habían de vivir a lo largo de todo el período preindustrial, en un estado de casi total autosuficiencia. El nivel de bienestar de sus habitantes variaba, por lo general, en función de las fluctuaciones de los rendimientos de las cosechas. Hubo condiciones de depresión localizada por todas partes, cuando declinaban las industrias básicas o el azote de la guerra destruía bienes de capital y diezmaba la población. Por otra parte, las nuevas manufacturas que se originaban en nuevas zonas —el norte de los Países Bajos, Alemania meridional, el llano de Lombardía— reflejaban la nueva situación de la demanda y posibilitaron la elevación del nivel de prosperidad.

En las páginas siguientes, se intentará delinear los avatares económicos durante el final de la Edad Media en tres áreas de una importancia crítica: los Países Bajos, el norte de Italia y la Europa oriental. Tanto la falta de espacio como la de documentación adecuada impiden hacer extensiva la discusión a otras zonas.

Los Países Bajos

El declive de Flandes y de las zonas adyacentes del norte de Francia y de los Países Bajos es el ejemplo de crisis económica de fines de la Edad Media mejor documentado y más frecuentemente citado. Una serie bien conocida demuestra la decadencia y extinción efectiva de las exportaciones de paños de Yprés.[15] Se ha dicho que el puerto de Brujas fue cegándose de manera progresiva hasta llegar a impedir a los barcos el acceso a la ciudad. Los paños dobles flamencos dejaron de exportarse para ser acabados en Italia y los negocios de las ferias de Champaña, de los que tanto dependía el comercio de Flandes, ya estaban en franca decadencia cuando fueron interrumpidos por la guerra de los Cien Años.

Todo ello es indiscutible. El error radica en exagerar tanto el nivel de la manufactura en Flandes, como el papel comercial de las ciudades flamencas antes del siglo XIV y, al mismo tiempo, no reconocer que, en cierta medida, el declive de los oficios tradicionales quedó compensado por el ascenso de nuevas ramas de la actividad manufacturera. Flandes en el transcurso de los siglos XII y XIII, había

15. Rolf Sprandel, «Die Stückzahlen der Tuchproduction in Dixmude, Comines, Langemark, Dranouten, Eecke und Lo», *VSWG*, n.º 54 (1967), p. 336.

desarrollado una sola industria de exportación importante, la de los paños de lujo. Una región que apoya su prosperidad en una base industrial tan reducida corre graves riesgos. Flandes nunca llegó a diversificar su economía, y las grandes ciudades de la zona retuvieron una importancia a nivel regional, más que continental. Brujas puede haber recibido el apodo de «Venecia del Norte», pero por la escala y variedad de su economía quedaba muy lejos de la ciudad adriática.

El Zwin y el Reye se cegaban y dejaron de ser navegables a fines de la Edad Media, pero las galeras y los naos seguían atracando en Sluys, como ya venían haciendo desde siempre y lo continuaron haciendo hasta mucho después de que Brujas hubiese perdido importancia como centro manufacturero de paños. El *Libel of English Policie* describe que la mercancía:

> Is unto Flanders shipped full craftily,
> Unto Bruges as to her staple fayre:
> The Haven of Scluse hir Haven for her repayre
> Which is cleped Swyn tho shippes giding:
> Where many vessels and fayre are abiding.*

El declive de las ciudades flamencas y la pérdida de los mercados no hay que relacionarlos con las obstrucciones a lo largo de la costa flamenca o con la extinción de las ferias de Champaña, sino más bien con los cambios en la estructura de la demanda en otras partes de Europa. Sin duda alguna, las guerras de los siglos XIV y XV entorpecieron el transporte de mercancías y produjeron la contracción de la demanda, mientras que el público consumidor había decrecido a causa de las epidemias del siglo XIV, pero sobre todo la industria pañera servía a las necesidades de una clase distinta.

Sería erróneo suponer que después del siglo XIV la industria pañera desapareció de Flandes y del sur de los Países Bajos y que cesaron totalmente de producir paños de calidad. El paño siguió exportándose a Italia, aunque en cantidades mucho menores. La manufactura de paños más toscos pero duraderos, de los que existía una demanda mayor y más popular que del paño fino, se expandió, pues halló compradores entre los campesinos acomodados y los burgueses de las ciudades del norte. El sistema comercial anterior quedó des-

* Ver traducción en nota de p. 435.

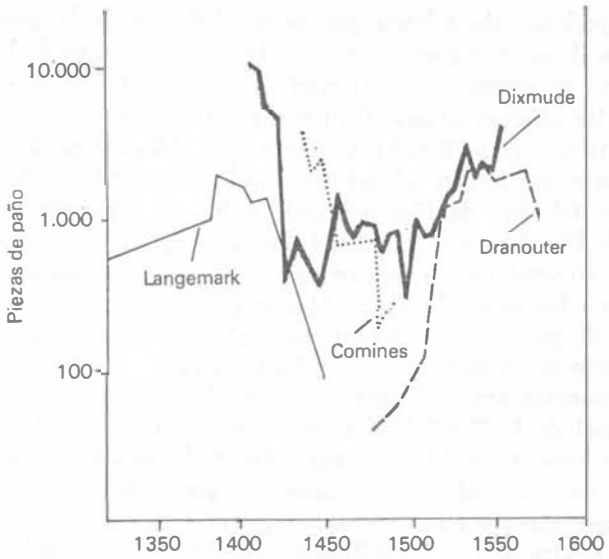


FIGURA 10.4

Producción de paño en la región de Yprés, 1350-1600

FUENTE: Rolf Sprandel, «Die Stückzahlen der Tuchproduktion in Dixmude, Comines, Langemark, Dranouter, Eecke and Lo», *VSWG*, LIV (1967), p. 336.

truido. Las galeras de las ciudades italianas durante el siglo XV siguieron transportando sus cargamentos de alumbre, seda, especias y vino a los fondeaderos del Zwin y al puerto en ascenso de Amberes, pero allí no encontraban cargamento local esperando ser embarcado como contrapartida. Navegaban hacia Southampton, donde cargaban lana inglesa. El flujo de mercancías procedentes del sur a los puertos de Flandes pasó a depender de la posibilidad de transportar lana inglesa en el viaje de vuelta y como ésta se hizo cada vez más difícil de conseguir, las galeras dejaron de navegar por los puertos de la Europa noroccidental. La industria flamenca se había basado en el suministro de lana inglesa. Su hundimiento terminó con la prosperidad de Brujas. La ciudad quedó en manos de «prestamistas, posaderos, *drapiers* y agentes a comisión»,[16] hasta que también éstos abandonaron Brujas y se dirigieron a Amberes.

16. Raymond de Roover, *Money, banking and credit in medieval Bruges*, Medieval Academy of America, Cambridge, Mass., 1948, p. 13.

No podemos decir hasta qué punto el declive de la manufactura de paños de calidad quedó compensado, en el conjunto de los Países Bajos, por el incremento de la producción de tejidos de lino y por el alza de las «nuevas ropas». Esta era, en su mayor parte, una manufactura rural que se llevaba a cabo en las aldeas y en las ciudades pequeñas y, por lo general, no organizadas corporativamente. La importante industria de Hondschoote recibió su carta de manos del conde de Flandes en el año 1374. Por esta época hicieron su aparición las «nuevas ropas» de Comines y Dixmude, sustituyendo en el mercado a los paños de Yprés. Hay indicios del aumento de la producción de paños bastos durante todo el siglo xv, aunque a lo largo del período se sucedieron grandes fluctuaciones.

La manufactura de lienzos creció en importancia durante el período final de la Edad Media. Se extendió el cultivo del lino por extensas zonas y también se importaba de la región del Báltico. La hilatura del lino y el tejido de lienzos se generalizó por las áreas rurales, especialmente en el Brabante septentrional y en la vecina Zelanda. Los tejidos de lino los utilizaba una minoría de la población y representaban una mejoría en el nivel de vida. También hay indicios del incremento de los curtidos de cuero y la preparación de pieles. Ello indica que debió de haber una contracción en la superficie cultivada, acaso debido a la caída de los precios del grano. Durante el siglo xv también se expandió la manufactura de alfombras, sustituyendo en parte a la industria textil en ciudades como Gante. Arras, por su parte, desarrolló una manufactura de tapices, que le dio renombre.[17]

El Brabante septentrional se convirtió, en la segunda mitad del siglo xiv, en un área de suma importancia en la manufactura de tejidos bastos. Lier, en el año 1367, hizo grandes ampliaciones en su Lonja del Paño, y en Turnhout se edificó una de nueva planta en el año 1373. Por la misma época, las ferias de paños que tenían lugar en la pequeña ciudad portuaria de Amberes iban ganando importancia. En el año 1357, la ciudad y el territorio circundante fueron anexionados a Flandes, lo que trajo consigo la inhibición de su crecimiento económico hasta su reunificación con Brabante en el año 1406. En adelante su expansión no encontró limitaciones, hasta que en el año 1576 fue saqueada por los españoles. Amberes servía a las necesida-

17. R. van Uytven, *op. cit.*

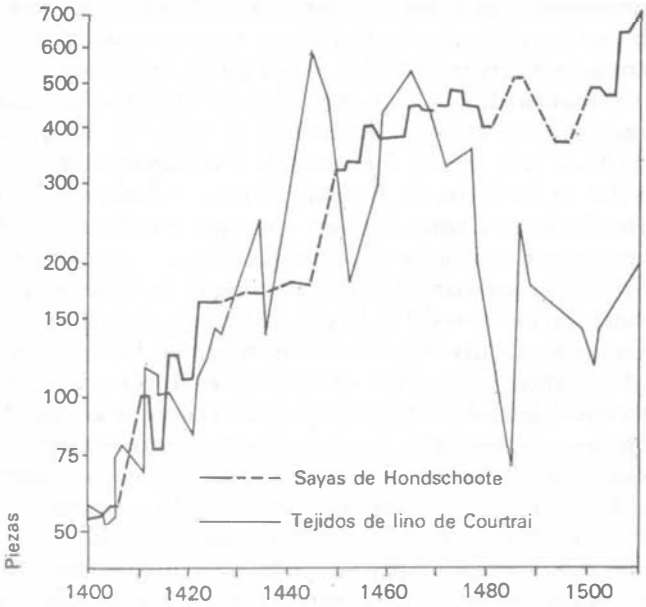


FIGURA 10.5

Producción de sayas en Hondschoote y de lienzos en Courtrai

FUENTE: R. Van Uytven, «La Flandre et le Brabant, terres de promission sous les ducs de Bourgogne», *RN*, XLIII (1961), pp. 281-317.

des económicas del Brabante septentrional. Durante un corto período del siglo XIV había sido el punto *staple* por el que se importaba la lana inglesa que había de distribuirse por todos los Países Bajos. Siguió importando lana para satisfacer las necesidades de Malinas, Lovaina, Bruselas y otras ciudades de su *hinterland*. Sus lazos con Renania eran más firmes de lo que jamás lo fueron los de las ciudades flamencas y salió beneficiada cuando el comercio entre el norte y el sur de la Europa occidental, que seguía las rutas del valle del Ródano para converger en las ferias de Champaña, se desplazó hacia el este, hacia las ciudades alemanas y los pasos alpinos. Los comerciantes alemanes frecuentaban Amberes y los banqueros italianos, a pesar de mantener factores en Brujas, estaban perfectamente informados de lo que sucedía en la ciudad del Escalda.

El crecimiento de Amberes a fines de la Edad Media reflejaba la importancia del comercio de la Europa septentrional. Brujas, en el momento de máxima prosperidad, había estado conectada, ante todo, al sur de Europa. Los lazos comerciales de Amberes la unían, ante todo, con la Gran Bretaña, Renania y el norte de Alemania. Los paños ingleses eran uno de los artículos más importantes con el que se traficaba en las ferias de Bergen-op-Zoom y Amberes. En ella se instalaron los comerciantes ingleses, alemanes e italianos; las galeras venecianas comenzaron a frecuentar el Escalda y, a finales del siglo XV, los portugueses establecieron allí un emporio de las especias que traían de la India. En el curso del siglo XV, Amberes se convirtió en el mercado internacional más importante del norte de Europa. En el año 1478, los Médicis clausuraron su sucursal en Brujas, marcando simbólicamente el final de la hegemonía comercial de la ciudad. Una generación después empezó a funcionar la Bolsa de Amberes que llegaría a dominar las finanzas y el comercio de la Europa septentrional.

No debe aceptarse sin más que hubo un descenso en la productividad, o por lo menos en la productividad *per capita*. Sin duda, se produjeron fluctuaciones extremas cada vez que un centro manufacturero expandía su producción en respuesta a las oportunidades del mercado, sólo para volverla a reducir al cabo de unos pocos años. Quizás, en conjunto, hubo una tendencia a la baja, durante los años finales del siglo XV, debido a las guerras borgoñonas y a las manipulaciones comerciales de los duques de Borgoña.

El sur de los Países Bajos parece que no sufrió demasiado los estragos de las epidemias de peste de mediados del siglo XIV, y la población parece que no se contrajo tan bruscamente como sucedió en Italia y en muchas otras partes del Occidente europeo. Los registros de pagos y de tenencias de tierras, recopilados para Hainaut durante el final del siglo XV y principios del XVI, muestran una fragmentación territorial extrema. «Muchos campesinos —escribía Koenigsberger—[18] sólo a duras penas hubiesen podido vivir con los ingresos producidos por sus tierras, a menos que ellos, o algunos miembros de sus familias, los completasen trabajando como artesanos o de hilanderos o tejedores en las industrias textiles rurales.» En realidad, fue bajo estas circunstancias que se fabricó buena parte de los paños

18. H. G. Koenigsberger, «Property and price revolution», *EHR*, IX (1956-1957), pp. 1-15.

producidos en los Países Bajos durante el siglo XV. Cualquier contracción en las ventas hubiese tenido consecuencias desastrosas para la población rural, y hubo diversas ocasiones en las que la guerra y su secuela de destrucciones de pueblos y de ganado paralizaron totalmente la producción. En algunas áreas de Hainaut casi la mitad de las casas rurales quedaron destruidas en el transcurso de las luchas de fines del siglo XV.

Una serie de inspecciones de características similares se realizó en las tierras del Flandes occidental entre los años 1449 y 1549.[19] Presentan un panorama bastante parecido, con las cosechas destruidas por las inclemencias del tiempo, con tierras de labor inundadas y dejadas inutilizables y, sobre todo, las oleadas destructoras causadas por los merodeos de los ejércitos de Borgoña y Francia. El estudio comparativo de las sucesivas inspecciones en materia de tenencia y uso de las tierras revela, en el mejor de los casos, una situación de estancamiento; en el peor, la destrucción total de los recursos. Durante la última década del siglo, parece que se produjo un cambio en la situación. La guerra y la destrucción sin freno del siglo precedente ya había medio cesado, o por lo menos había reducido sus proporciones. En adelante, las guerras, en líneas generales, las llevaban a cabo monarquías nacionales, más que príncipes locales. Las actividades bélicas estaban más controladas y se hizo menos habitual la destrucción indiscriminada de vidas humanas y de recursos, con una o dos notables excepciones. La población comenzó a aumentar durante las primeras décadas del siglo XVI, o incluso antes. La manufactura de paños se reactivó y un crecimiento económico renovado inició la Edad Moderna.

Italia a finales de la Edad Media

La prosperidad de los Países Bajos tenía una base muy estrecha. En sus cimientos se encontraba la industria pañera, y su declive afectó a la prosperidad de toda la región. En contraste, el norte de Italia debió su prosperidad, durante las primeras centurias de la Edad Media, al comercio de paso que realizaba entre Europa y la zona del Mediterráneo y del Oriente Medio. La actividad primordial de sus ciudades mayores era más bien comercial que industrial.

19. Braure, *op. cit.*

Había, claro está, actividad manufacturera, pues se tenían que satisfacer las necesidades locales, pero Italia sólo muy lentamente fue creando una industria básica de exportación. La industria textil se vio inhibida por la falta de lana de calidad de producción local. Fue este hecho, más que cualquier otro, lo que forzó la importación de paños dobles flamencos. La actividad más selecta de la industria pañera italiana de fines del siglo XIII y principios del XIV consistía básicamente en el acabado y bordado de paños de importación.

Sin embargo, esta situación iba cambiando. Florencia se convirtió en un centro pañero por derecho propio (ver p. 363) y, a principios del siglo XIV la manufactura de paños de lujo sólo empleaba a una fracción de los obradores de paños de la ciudad. Un dato indicativo de la novedad de la industria pañera radica en el hecho de que la gran mayoría de los tejedores eran alemanes. Por la misma época, la industria textil también se iba afincando en muchas de las ciudades del norte de Italia. Sólo en las grandes ciudades portuarias tuvo una importancia secundaria. Bolonia, que en un principio se dedicó, como Florencia, al acabado de paños importados del noroeste de Europa, en el siglo XIII creó una manufactura textil autóctona. Mejoró la calidad de la lana de producción local, y al mismo tiempo se pudo disponer de una lana de superior calidad, conocida por *garbo*, importada de España. En el siglo XV, las galeras italianas que navegaban a los Países Bajos volvían cargadas de lana inglesa, aunque la cantidad nunca debió ser demasiado grande. Las hilaturas del lino y el tejido de lienzos estaban en expansión y se empleaba cada vez más el algodón importado de Sicilia y del Oriente Medio en el tejido de telas mixtas.

La actividad manufacturera en Italia estaba en pleno rendimiento cuando ocurrió el primer ataque de la peste negra, en el año 1348. La mortandad que causó fue muy elevada. Se ha dicho que la población urbana se redujo a la mitad de los efectivos con que contaba antes del paso de la epidemia. La producción de paños, así como la de otros productos manufacturados, cayó bruscamente, y muchas de las ramas de la producción aún no se habían recuperado al concluir la Edad Media. Se ha escrito mucho del cambio ocurrido en el arte italiano durante el *Trecento*. La alegría y naturalidad de la época de Dante o de Giotto, dio paso a una atmósfera sombría, a «un reinado tenebroso y temible, de una piedad vigorosa pero incierta, solamente iluminada por los transportes místicos y las visiones de un esplendor

sobrenatural».[20] El impacto emocional que produjo la gran peste y sus sucesivas recurrencias dejó una huella profunda. Por lo que se deduce de las pinturas y de cierta literatura, parece que se originó un sentimiento religioso muy hondo. Es posible que este sentimiento diese lugar a una situación de desconfianza ante inversiones a largo plazo, aunque las pruebas de ello no sean concluyentes; lo que sí hizo fue contribuir a una actitud más hedonista ante la vida en algunas personas. Posiblemente, nunca con anterioridad había sido el consumo más ostentoso ni la búsqueda del placer más descarada de lo que lo era entre los italianos más acomodados del Renacimiento.

La alta mortandad dio lugar a la concentración de la riqueza en pocas manos. Hubo quien se vio rico de la noche a la mañana y se lanzó a la compra de propiedades urbanas y rurales. Otros no tuvieron ni la suerte ni el talento para progresar y cayeron en la pobreza más abyecta. El margen entre la riqueza y la pobreza se hizo aún mayor. Tanto los ricos como los pobres se trasladaron a las ciudades, los primeros para poder disfrutar del lujo y la seguridad que les brindaban, los segundos para encontrar trabajo o vivir de la caridad pública. Se originó una gran movilidad, tanto social como geográfica. Las ciudades estaban repletas de gentes «nuevas», en un intento, como tantos otros, de fomentar sus intereses económicos. No debe sorprendernos que el catastro florentino del año 1427 indicara que de entre los varones de edades comprendidas entre los 28 y los 32 años, sólo estaban casados menos de la mitad y que el porcentaje sólo se elevaba a 65,5 por 100 entre los hombres de edades comprendidas entre los 33 y los 37.[21] Tenían prioridad otros intereses, y la baja tasa de natalidad urbana resultante aún contribuyó a aumentar la atracción que las ciudades ejercían sobre el medio rural. En las zonas rurales de la región de Pistoia, más de las tres cuartas partes de todos los varones de edades comprendidas entre los 28 y los 32 años estaban casados, y los de edades comprendidas entre los 33 y los 37 llegaban casi al 90 por 100. Sólo de esta manera se podía seguir suministrando mano de obra a las ciudades.

Esta movilidad tuvo profundas consecuencias económicas. Obstaculizó el crecimiento de la industria rural y forzó la emigración de

20. Meiss, *op. cit.*, p. 61.

21. David Herlihy, «The Tuscan town in the Quattrocento: a demographic profile», *Med. Hum.*, nueva serie, I (1970), pp. 81-109.

los artesanos a las ciudades. Influyó en la estructura de la demanda, aumentando el consumo de artículos de lujo y los servicios de constructores, decoradores y artistas. También animó a los miembros más prósperos de la burguesía a invertir en la compra de propiedades rurales, que se arrendaban generalmente en régimen de aparcería o *mezzadria* al campesinado de la zona.

A mediados del siglo XIV, antes de que la población descendiera, el abastecimiento alimenticio de las ciudades grandes había constituido un grave problema. La mayoría de ellas se había aprovisionado en los llanos de la Italia peninsular —Romaña y Apulia—, en Sicilia e incluso en el norte de África y en el mar Negro. Posteriormente, con la excepción de las grandes, todas las ciudades pudieron satisfacer sus necesidades en las comarcas circundantes, o *contadi.* Las exportaciones de granos de Apulia y Sicilia descendieron hasta perder toda importancia, acabando así la efímera prosperidad del *Mezzogiorno* italiano. Los intentos de fomentar la artesanía, principalmente en Campania, apenas tuvieron éxito y el sur se convirtió, y así permaneció hasta el siglo actual, en una región deprimida, que en poco contribuía a la economía del norte de Italia y de la que, a su vez, poco obtenía.

Florencia

En el transcurso del siglo XIII, Florencia atrajo para sí la actividad bancaria de la Italia central y se convirtió en el centro financiero más importante del mundo occidental. Es difícil explicar cómo Florencia se convirtió en el banco de Europa. Estaba situada a 80 kilómetros del mar y, hasta principios del siglo XV, no contaba con puerto ni flota propia. No tenía ventajas notorias y, con toda probabilidad, sólo se distinguía de sus rivales por el carácter, habilidad y empuje de algunos de sus ciudadanos más sobresalientes. A principios del siglo XIV, sus principales casas de banca, los Bardi, los Peruzzi y los Acciaiuoli, operaban por toda la Europa occidental y meridional. La *Pratica della Mercatura* de Francesco Balduccio Pegolotti, empleado en los Bardi, de alguna manera puede considerarse como un reflejo de la amplitud de los intereses de la compañía. De ser así, habrían penetrado en cada país y participado en todas las ramas del comercio europeo. Todo se centraba en Florencia. Según Giovanni Villani, en

la Florencia del año 1340, por lo menos había 80 bancos, grandes y pequeños. Algunos estaban muy extendidos y varios de los más importantes quebraron durante los años difíciles de mediados del siglo XIV. Sin embargo, los asuntos bancarios siguieron centrándose en Florencia, aunque ninguno de los bancos posteriores, ni tan sólo el de los Médicis, pudo rivalizar en categoría con el de los Bardi o de los Peruzzi. Hasta el último cuarto del siglo XV, no se produjo un notable declive en la importancia de la banca florentina. Hacia el año 1494, cuando finalmente cerró sus puertas el banco de los Médicis, en la ciudad sólo quedaron una media docena de bancos. Concluyó la preeminencia italiana en el mundo de la banca y de las finanzas y la dirección pasó a Amberes y más tarde a Amsterdam y Londres.

No podemos tomar los avatares de los bancos italianos como si fuesen el barómetro de las condiciones económicas de Italia, porque su recesión reflejaba las crisis de las demás áreas de Europa, más que de la propia Italia. Uno de los factores más importantes de la crisis final del banco de los Médicis, fue la imposibilidad de convertir en metálico los activos congelados en los Países Bajos o en manos de príncipes deudores. Sin embargo, en el siglo XV, hubo una decadencia general en la transferencia de fondos en el ámbito internacional y en el descuento de letras, materias que habían constituido el grueso de los negocios del banco de los Médicis y otros bancos florentinos. Ello era parte del proceso generalizado, por el que el centro económico del continente se iba desplazando lentamente de Italia y el área mediterránea hacia las tierras del litoral del mar del Norte.

Florencia, un centro manufacturero de primera línea durante la baja Edad Media y la ciudad más importante —de lejos— en el campo de la banca y de las finanzas, no había tenido una participación directa en el comercio del Mediterráneo con anterioridad al siglo XV. En realidad, hasta la conquista de Pisa, en el año 1406, Florencia no tuvo acceso directo al mar y su comercio se había llevado a cabo por medio de «barcos alquilados y un puerto prestado».[22] Aún transcurrirían otros quince años antes de que los florentinos adquirieran Porto Pisano y Livorno, y pudiesen operar con su propia flota de galeras.

La flota florentina estuvo trabajando entre el año 1422 y el 1480. Sus galeras fueron construidas por la República y eran de su propiedad, pero se arrendaban a comerciantes para viajes concretos. Nor-

22. M. Mallet, *The Florentine galleys in the fifteenth century*, p. 10.

malmente navegaban hacia el Mediterráneo oriental, donde cargaban especias, así como también a las costas de España y Berbería, a Flandes e Inglaterra. En el momento de su máximo esplendor, la flota mercante florentina contaba con unas 30 galeras y cierto número de barcos de menores dimensiones. Las galeras podían transportar de 100 a 250 toneladas de mercancía, por lo que resulta que el volumen total anual de carga era relativamente bajo. Los cargamentos eran muy variados. Las principales exportaciones consistían en paños y alumbre de las minas papales de Tolfa. Las importaciones eran algodón, cueros y pieles, especias y alimentos. Las galeras resultaban caras para operar y no eran convenientes, a menos que se limitaran al transporte de cargamentos valiosos. De hecho, la flota de galeras era una carga financiera para el Estado, que finalmente dejó de mantenerla. Ello no significa que los barcos más pequeños, muy parecidos al espacioso *cog* de los mares septentrionales, no siguieran operando bajo el control de comerciantes privados. Sin embargo, el fracaso de la flota de galeras florentinas sirve para subrayar el hecho de que la era del comercio tradicional mediterráneo, que había sido la base de la prosperidad de Italia, tocaba a su fin. Era muy difícil para un competidor advenedizo irrumpir en el comercio a gran distancia, dominado por Venecia y Génova, especialmente en el momento en que el volumen del comercio declinaba.

Venecia

A pesar de la tendencia a aparear los nombres de Venecia y Génova, no hay que exagerar sus similitudes en el período final de la Edad Media. Por supuesto, tanto una como otra eran ciudades-república, de una extensión territorial reducida y de unos recursos agrícolas limitados. Ambas contaban con ciertas manufacturas, especialmente astilleros y equipamiento de buques, pero ninguna de las dos poseía una industria básica para la exportación. Tanto una como otra se dedicaban al comercio internacional, obteniendo los mayores beneficios del intercambio de productos europeos por los del norte de África, el Oriente Medio y la región del mar Negro. Sin embargo, aquí terminan las semejanzas. Las áreas que explotaban se superponían, pero cada una se dedicaba a géneros diferentes y utilizaban el tipo de embarcaciones que les eran más apropiadas. Incluso diferían ambas ciudades en los métodos y organización del comercio.

Tanto Venecia como Génova practicaban el comercio bajo la amenaza turca. Los años finales del siglo XIII y las primeras décadas del siglo XIV, habían sido un período de relativa paz en Oriente y en las costas del mar Negro, e incluso en Asia central. «En ningún otro lugar —escribía hacia el año 1333 Ibn Battuta, de Asia Menor— encontraréis hombres más ansiosos de recibir a los viajeros, tan dispuestos a servir comida y a satisfacer los deseos de otros.»[23] Los comerciantes y misioneros podían atravesar Asia, desde el mar Negro hasta China, y la seda y las especias viajaban por mar desde Oriente hasta los puertos del golfo Pérsico y del mar Rojo, de donde se desplazaban en caravanas, hasta el Mediterráneo. Hacia mediados del siglo XIV la situación comenzó a cambiar. Los turcos otomanos se volvieron más agresivos y fanáticos, y organizaron una fuerza de choque disciplinada y eficaz, los jenízaros. En el año 1350 invadieron la provincia de Nicea, la última que quedaba del Imperio bizantino en el Asia Menor. Unos cuantos años más tarde pasaron a Tracia, se lanzaron sobre la península balcánica y, en el año 1389, avasallaron al Estado serbio en Kosovo.

Luego siguió un momento de calma en las campañas de conquista turcas, que duró gran parte del siglo. Después, los ejércitos otomanos siguieron avanzando. Conquistaron zonas del Asia Menor, tales como Karamán y Trebisonda, que antes nunca se habían anexionado al Imperio otomano. Sucesivamente los turcos conquistaron la península balcánica, el Peloponeso, Épiro, Albania, Bosnia y Valaquia, y más tarde fueron tomando, una tras otra, las islas del Egeo y del Mediterráneo oriental. Rodas resistió hasta el año 1522, Naxos hasta 1516 y Chipe hasta 1571. Aún se pudieron conservar algunas bases italianas en la costa de Grecia hasta entrado el siglo XVI y, gracias al poder naval de los venecianos, los turcos nunca pudieron tomar Dubrovnik (Ragusa). Los turcos otomanos no ocuparon Siria hasta el año 1516 y Egipto hasta el año siguiente, pero la supremacía comercial italiana en el Levante terminó, de un modo efectivo, con la guerra turco-veneciana de los años 1463-1479.

La participación veneciana en el menguante comercio del Oriente estaba dominada por el tráfico de especias, de las que la pimienta era, con mucho, la más importante. Se obtenían principalmente en

23. Citado en L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, Rinehart, Nueva York, 1958, p. 37.

Alejandría y en los puertos de Siria. Por ello, este comercio no se vio seriamente amenazado por los turcos hasta comienzos del siglo XVI. Las especias constituían un cargamento muy valioso y, durante la baja Edad Media, se transportaban en veloces galeras desde los puertos de Oriente hasta Venecia, mientras que los bajeles más lentos y de mayor capacidad de carga se dedicaban al transporte de géneros no tan valiosos, que constituían gran parte del comercio total veneciano. Éstos consistían en granos del norte de África y del sur de Italia, vinos de Grecia y Creta, algodón de Egipto, así como pieles y cueros, madera para la construcción de barcos y edificios y sal. El pago de estos géneros se efectuaba, principalmente, con la exportación de paños, principalmente *barchents* y fustanes de la Alemania meridional. Estos fustanes tuvieron una gran importancia en el siglo XV. Los comerciantes alemanes disponían de un *fondaco*, junto al Gran Canal, donde vivían, almacenaban su género y realizaban los negocios. En el año 1505, reconstruyeron el amplio edificio; ciertamente, los alemanes no preveían ninguna interrupción de importancia en su comercio con Venecia, ni en las exportaciones venecianas al Levante.

El imperio comercial veneciano se basaba en un gran número de bases que, como las posteriores «factorías» de los británicos en la India, estaban fortificadas y se gobernaban como partes integrantes de la República (ver p. 422). Los venecianos realizaban el grueso de su comercio, al margen de las especias, en el sur de los Balcanes y en la región del Egeo. En Constantinopla sólo tenían un *comptoir* en la costa meridional del Cuerno de Oro, y en el mar Negro su único establecimiento comercial estaba en Tana. Toda esa zona quedaba en la periferia de sus intereses y prefirieron abandonarla a los genoveses, especialmente tras la guerra de los años 1350-1355.

El comercio veneciano parece haber sido próspero durante la baja Edad Media, y a principios del siglo XV aún se estableció toda una cadena de bases. Aunque en la guerra del año 1463 se perdió el Negroponto, Venecia tuvo éxito en afianzar su autoridad sobre el Peloponeso y, posteriormente, ocupó Chipre y otras islas cercanas a la costa griega. Los venecianos no dudaron en comerciar con los turcos durante los largos períodos de paz que separaron las guerras turcas, y por esta razón fueron condenados severamente por el papa. Las conquistas turcas produjeron un incremento de la piratería y por tanto de los peligros que acechaban al comercio con Oriente. Sin embargo, el comercio veneciano con Grecia y el Egeo no se vio seriamente ame-

nazado hasta los últimos años del siglo XV, y el hundimiento no se produjo hasta entrado el siglo XVI.

El comercio de las especias apenas si se vio afectado por los acontecimientos del Egeo. Siguió siendo el sector más rentable del comercio veneciano. Andrea Barbarigo, el comerciante de Venecia tan bien conocido, se dedicaba principalmente al comercio de algodón y de especias de Siria y Egipto (ver p. 409). A menudo se ha sostenido que cuando, en el año 1498, los portugueses llegaron a la India, el suministro de especias a los puertos de Levante quedó bruscamente cortado. Esto es absolutamente falso. Durante un corto período, el suministro quedó interrumpido y la competencia portuguesa forzó los precios. Pero a la larga, la pimienta que los portugueses traían por mar, por la vía del cabo de Buena Esperanza, no resultó más barata y el comercio veneciano continuó durante el siglo XVI. La economía de la República se vio minada, más que nada, por la pérdida del comercio con Grecia y el Egeo. Más bien fue el vino de malvasía y el aceite de oliva, que la canela y la pimienta, lo que agostó el comercio veneciano.

Otro factor de índole muy diferente, que intervino en la cambiante economía de la República veneciana a finales de la Edad Media, se encuentra en la actitud de los comerciantes ante el riesgo. A principios del siglo XV, la República había empezado a ampliar sus limitadas posesiones en la península italiana y, hacia finales de siglo, los dominios venecianos se extendían de Bérgamo a Udine. Este nuevo imperio en la *terrafirma* demostró ser muy provechoso y proporcionaba al Estado unos ingresos más elevados y seguros que las demás posesiones ultramarinas. Los beneficios obtenidos en operaciones comerciales afortunadas se invertían, cada vez con mayor intensidad, en propiedades territoriales más que en barcos y empresas comerciales. Las familias patricias de Venecia nunca llegaron a abandonar la actividad comercial en la que se basaban sus fortunas, pero los tiempos se presentaban difíciles y no se les puede criticar por tratar de protegerse de la incertidumbre que los más avispados veían venir.

Génova

Durante toda la baja Edad Media el Estado genovés fue el rival de Venecia. Territorialmente consistía en una estrecha franja de tierra

entre los Apeninos ligures y el mar Mediterráneo, y los recursos naturales con que contaba eran aún más limitados que los de Venecia. Su comercio primitivo estaba establecido con el sur de Italia, el noroeste de África y España, reteniendo este tráfico, en el que apenas contaba con rivales de importancia, durante toda la Edad Media. Durante los siglos XIII y XIV, el intento genovés de irrumpir en el comercio de Levante, especialmente con Constantinopla y el Egeo, provocó las guerras con Venecia.

A partir del año 1204, los venecianos dominaron en Constantinopla, pero con la restauración de los Paleólogos se otorgó a los genoveses privilegios excepcionales. Obtuvieron el control de la fortaleza de Crálata, al otro lado del Cuerno de Oro, enfrente de la ciudad, y el suburbio de Pera. El control de hecho que ejercían sobre los estrechos les permitió monopolizar el comercio del mar Negro. Las sedas y especias, traídas por tierra desde China, llegaban a sus bases de Caffa, en Crimea, Azof y Trebisonda. Una parte se enviaba desde Moncastro (Cetatea Alba) hacia el noroeste, por la ruta que seguía el valle del Dniéster, hasta Polonia y el Báltico. Los genoveses consiguieron mantener el control de la desembocadura del Dniéster hasta la conquista otomana en el año 1484. Gran parte de las mercancías se concentraban en Pera, desde donde se embarcaban rumbo a Italia. En el mar Egeo, los genoveses sólo poseían la isla de Quíos, pero la transformaron en uno de los centros comerciales más importantes de fines de la Edad Media. Allí reunían el alumbre de Focea, el algodón en bruto del Asia Menor, granos, cueros y pieles, además de las sedas y especias de precio más elevado.

Los genoveses también comerciaban con Chipre, pero sus bases en Siria se perdieron en el transcurso de los conflictos con los venecianos. Su comercio se basaba principalmente en mercancías voluminosas y de bajo precio. Por esta razón dejaron pronto de lado la construcción de galeras y se concentraron más en las naos, que tenían mucha mayor capacidad. En naos transportaban hasta el puerto de Génova el alumbre de Focea, el algodón turco y el grano italiano. La mayor parte del comercio genovés se efectuaba en la cuenca occidental del Mediterráneo, con los puertos españoles, del sur de Francia y del norte de África. Desde finales del siglo XIII, las galeras genovesas navegaron rumbo a los puertos del noroeste de Europa, cargados principalmente de alumbre, y en el viaje de regreso transportaban generalmente lana. Los lazos terrestres de Génova con el centro y

norte de Europa eran más débiles que los de Venecia. Mientras que ésta, en el siglo xv, llegó a controlar los accesos a los pasos alpinos, Génova siguió dependiendo de la buena voluntad de los duques de Milán o se veía obligada a enviar sus mercancías hacia el norte por el valle del Ródano.

Mientras que Venecia era un ejemplo de buena administración y de armonía interna, el gobierno municipal de Génova era faccioso y turbulento. Las divisiones existentes debilitaron políticamente a la República, llegando a aceptar la soberanía francesa, a fines del siglo xv. Mientras tanto, Génova había salido muy mal librada —más por falta de sentido común que de recursos— de la llamada guerra de Chioggia (1378-1381). De resultas de ella, su prepotencia en el Mediterráneo oriental quedó muy seriamente dañada. A mediados del siglo xv, los turcos invadieron Focea, perdiendo Génova el control del suministro del alumbre, que tanta importancia había tenido en su comercio. Poco después, el alumbre de las minas pontificias de Tolfa dominó completamente el mercado europeo.

El siglo xv fue, en el mejor de los casos, un período de estancamiento en la economía genovesa y hacia el año 1460 de declive, al perder las bases de Levante a manos de los turcos y el monopolio de un producto muy lucrativo. A pesar de la debilidad de su situación competitiva, durante el final de la Edad Media, Génova empleó unas técnicas comerciales relativamente avanzadas. No deja de ser paradójico que los métodos financieros y de contabilidad fuesen mucho más avanzados que los de sus rivales triunfantes, los venecianos.

La llanura septentrional

Durante el último siglo de la Edad Media, la economía de Venecia y de Florencia estaba estancada y la de Génova y el sur de Italia en decadencia. Las escasas fuentes indican una modesta reactivación en el norte. En las ciudades se mantenía activa la manufactura de paños; había un mercado de tierras en plena actividad, y las clases medias urbanas hacían fuertes inversiones en propiedades rurales. Verdaderamente, la burguesía volcaba su dinero en las tierras recién adquiridas, realizando trabajos de drenaje y de construcción de diques, extendiendo la ganadería y mejorando la agricultura. No parece que se hicieran inversiones comparables en el terreno de la artesanía ur-

bana. Ciertamente, la población volvía a crecer de nuevo, pero se trataba más bien de la población rural que de la urbana.

En el Piamonte, que en siglos anteriores había estado mucho menos desarrollado que Lombardía, también crecieron de tamaño las ciudades, el volumen del comercio y el total de la población. Se mejoraron los medios de transporte y la prosperidad de Lombardía se transmitió de muchas maneras al Piamonte.

Así pues, Italia, como los Países Bajos contemporáneos, presentaba un cariz de estancamiento general, con algunas áreas en las que la productividad había declinado bruscamente y otras en las que parecía haber cierta prosperidad, aunque modesta. Era lo que cabía esperar de una sociedad en la que la estructura de la demanda estaba cambiando y las circunstancias externas, al mismo tiempo que restringían los mercados, cortaban el suministro de algunos materiales.

La Europa oriental

La vasta zona que se extendía al este del río Elba había constituido la frontera de colonización de la Europa medieval, en la que los colonos siguieron penetrando hasta bien entrado el siglo XIV. Era a todas luces un área de expansión económica, en la que se roturaban tierras, se extendía la agricultura y se fundaban ciudades. Este crecimiento no cesó al concluir las grandes migraciones, sino que perseveró hasta el final de la Edad Media, acaso debido al gran empuje que lo hizo posible. Algunos de los factores del crecimiento económico sostenido son evidentes. Las epidemias del siglo XIV fueron mucho menos desastrosas en la Europa oriental de lo que lo fueron en el Occidente y en el sur. La población no fue tan afectada, aunque, en conjunto, su densidad siguió bastante baja. La relación población-tierras era bastante favorable, como lo había sido en la Europa occidental durante la alta Edad Media.

La población de las tres provincias occidentales de Polonia —Gran y Pequeña Polonia y Mazuria— se estima que pasó de menos de 700.000, alrededor del año 1000, a 1.250.000 en el 1340, y a 3.100.000 en el siglo XVI. En los términos más concretos de densidad por kilómetro cuadrado, la población pasó, en este período, de 4,8 a 8,6 en el siglo XIV y a 21,3 en el XVI. No puede decirse que Polonia estuviese superpoblada en ningún momento de la Edad Media. Faltan

informaciones que hagan referencia a las tierras checas de Bohemia y Moravia, pero las fuentes fragmentarias que se refieren a Hungría sugieren que su población dispersa tenía un crecimiento sostenido durante los siglos finales de la Edad Media.

El crecimiento del mercado interior se refleja en la continua fundación de ciudades, que continuó, por lo menos, hasta principios del siglo XV. Es cierto que la actividad más intensa tuvo lugar en las décadas finales del siglo XIII, pero durante todo el siglo XIV y primera mitad del XV, en un período en el que prácticamente no se estableció ninguna ciudad en la Europa occidental y meridional, el proceso de fundación de ciudades continuó y sólo se vio frenado durante los difíciles años de finales del siglo XV.[24] Hay que señalar que esta actividad era más intensa en las regiones más orientales que en el oeste de Polonia y en Bohemia, donde ya desde finales del siglo XIII se había establecido la red de centros urbanos adecuada.

La dispersión de pequeñas ciudades por toda la Europa oriental implica tanto la existencia de un mercado rural para los productos de la artesanía urbana como la demanda de los productos agrícolas de la región. Hay pruebas de la extensión de la manufactura textil y de la metalurgia en Bohemia y Polonia, durante la baja Edad Media; del aumento del uso del hierro en los útiles agrícolas y de la demanda creciente de bienes de consumo. Hicieron su aparición los pequeños comerciantes rurales, judíos, armenios y griegos, y también se desarrolló el comercio a gran distancia con el oeste. Incluso los paños bastos de Polonia y Bohemia tenían buena aceptación entre los pobres de la Europa central, y los comerciantes bohemios frecuentaban el Fondaco dei Tedeschi en Venecia. Los terratenientes y los burgueses acomodados de la Europa oriental crearon una cierta demanda de los paños finos producidos en los Países Bajos y en Alemania, y de vinos y otros bienes de consumo del oeste. La distribución de estos productos en la Europa oriental estaba, en buena parte, en manos de los comerciantes de Colonia, Aquisgrán y Nuremberg, procedentes de las ferias de Francfort del Main.[25]

24. Heinz Stoob, «Die Ausbreitung der abendländischen Stadt im östlichen Mitteleuropa», *Zeitschrift für Ostforschung*, X (1961), pp. 25-84; véase también el mapa en *Atlas Ostliches Mitteleuropa*, Bielefeld, 1959, pp. 59-60.

25. F. Graus, «Die Handelsbeziehungen Böhmens zu Deutschland und Osterreich im 14. und zu Beginn des 15. Jahrhunderts», *Hist*, II (1960), pp. 77-110; F. Lutge, «Der Handel Nürnbergs nach dem Osten im 15/16. Jahrhundert», *Beiträge zur Wirtschaftsgeschichte Nürnbergs*, I, Nuremberg (1967), pp. 318-376.

Las rutas más empleadas eran las que partían de Sajonia en dirección a Poznan y luego, a través de Silesia a Wroclaw y Cracovia; a través de Bohemia, por Cheb y Praga, y de Austria, pasando por Brno, en Moravia, a Polonia, y en dirección al este hacia Hungría. El comercio trajo prosperidad a ciudades como Wroclaw, Praga, Brno, Olomouc y, sobre todo, Cracovia, en la que convergían varias de las rutas. Gran número de ganado, especialmente bovino, procedente de las regiones más despobladas de Europa, como Galitzia y la llanura húngara, era conducido hacia el oeste por esas rutas, para abastecer a las ciudades de la Europa central. Incluso especias y sedas de Oriente llegaban a veces a Cracovia y Praga, procedentes de la costa del mar Negro, a través del centro comercial de L'vov (Lwow).

Por encima del desarrollo generalizado de la producción y del comercio en casi toda la Europa oriental, hubo dos aspectos que tuvieron una significación especial en Europa, como un todo: el incremento de la producción comercial cerealística y el desarrollo de la minería en Austria, Bohemia y Hungría. Primero en la Europa noroccidental y luego en la meridional, fue creándose un mercado para los granos de la Europa oriental y de la zona del Báltico. Se producía principalmente en la Polonia central y se hacía llegar por tierra hasta los puertos de embarque en los afluentes del Vístula. Malowist considera que las remesas de centeno hacia el oeste habían comenzado con anterioridad a la guerra de los Trece Años (1454-1466) contra los Caballeros Teutónicos; fue creciendo progresivamente durante fines del siglo XV y el XVI. El beneficio que podían obtener los terratenientes, en un momento de caída de los precios agrícolas, dependía de la reducción de los costos de producción y transporte al mínimo, y ello se consiguió, en parte, mediante la reconstitución de grandes propiedades, cultivadas directamente, y en parte por el restablecimiento de la servidumbre. Recuperaron las tenencias de los campesinos y deprimieron el *status* del campesinado semilibre. «Hacia fines del siglo XV —escribía Blum—, en toda la zona comprendida entre el Elba y el Volga el campesinado estaba siendo forzado a la servidumbre.»[26] A fines del siglo XVI, el proceso ya había concluido prácticamente. El cual fue posible gracias al creciente poder político de la nobleza y por la extensión de la jurisdicción señorial.

26. Jerome Blum, «The rise of serfdom in eastern Europe», *AmHR*, LXII (1957), pp. 807-836.

El poder señorial no era menos hostil a las ciudades que a los campesinos libres. Mientras que éstos preferían vender su excedente de granos en un mercado urbano, la nobleza terrateniente, dejando de lado la ciudad, lo vendía directamente al comerciante, que lo exportaba, junto con las pieles, cueros y maderas. El campesinado, oprimido por unas obligaciones serviles cada vez más pesadas, dejó de proveer un mercado para la manufactura urbana. Al mismo tiempo, la nobleza empleaba su poder político para controlar los precios de los productos urbanos, destruyendo de ese modo a una manufactura demasiado débil. Todas las ciudades, excepto las más grandes y más estratégicamente situadas, fueron decayendo, viéndose reducidas de hecho, cuando no de derecho, a la condición de aldeas.

Así pues, en la Europa oriental, el colapso de los precios del grano dio paso, en contraste con lo ocurrido en Occidente, al restablecimiento de la gran propiedad territorial y al reforzamiento del control señorial del campesinado. Este contraste dependió en gran medida del hecho de que la debilidad de la monarquía en la Europa oriental permitió a la nobleza retener gran parte de su poderío, mientras que en el oeste, la tendencia generalizada iba hacia la reducción de su fuerza. Otro factor que debió de influir es la diferente tendencia demográfica. En el oeste, las epidemias de peste del siglo XIV habían mermado la población hasta tal punto que había una verdadera escasez de fuerza de trabajo. En la Europa oriental hubo casos de abandono de aldeas y de tierras de labor, pero, en su conjunto, las pérdidas demográficas fueron mucho menos importantes que en el oeste. Blaschke ha calculado que en Sajonia la población rural sólo disminuyó en un 8,7 por 100 y que buena parte de ese porcentaje, de hecho, había emigrado a las ciudades.[27] Se dice que la población en el siglo XVI debió de ser superior en un quinto a la que había antes de la peste negra. Las apreciaciones ya citadas que hacen referencia a Polonia, indican que la tasa de crecimiento a fines de la Edad Media debió ser más pronunciada que en el caso de Sajonia, y las pérdidas humanas causadas por la peste, mucho menores. En consecuencia la mano de obra era más barata en el este que en el oeste, y los terratenientes creyeron tener la oportunidad de imponer condiciones más duras.

El segundo proceso que influyó en gran medida en la Europa

27. Karlheinz Blaschke, *Bevölkerungsgeschichte von Sachsen bis zur industriellen Revolution*, Weimar, 1967, pp. 81-83.

oriental de fines del período medieval fue el crecimiento de las industrias mineras y de fundición de metales. En la segunda mitad del siglo XV, el drenaje de las galerías, la introducción de nuevas bombas más eficaces y la adopción de nuevos métodos en minería subterránea, contribuyeron a la reactivación de la minería en Bohemia y al poderoso lanzamiento de las de Eslovaquia.

A mediados del siglo XV, los comerciantes de la Alemania meridional comenzaron a invertir en la minería de los Alpes, seguramente porque el comercio con Italia y el Oriente era menos remunerador de lo que lo había sido anteriormente. Entre ellos se encontraba el segundo Jacobo Fugger. Sus antepasados habían sido mercaderes de paños en Augsburgo y él mismo había llevado a cabo operaciones en el *fondaco* alemán de Venecia. A fines del siglo XV entró en posesión de una mina en el Tirol (ver p. 385). Sus actividades, posteriormente, se extendieron a Carintia, Bohemia y las montañas de la alta Hungría. Los Fugger, asociados con los Thurzo, se dedicaron a la minería en Eslovaquia durante medio siglo, antes de que se viera interrumpida por la invasión turca. Su sociedad era una de las mayores empresas capitalistas en la Europa de su tiempo, si no la mayor —y sin tener que aceptar la protección de la ética protestante—.

La plata extraída del Tirol, Bohemia y Eslovaquia contribuyó a la inflación de los precios de Europa, mucho antes de que el flujo procedente del Nuevo Mundo empezara a inundar el mercado europeo. El cobre húngaro cruzaba Europa en dirección al oeste y al norte para abastecer a las industrias del bronce y del latón de Alemania y los Países Bajos. El momento culminante de la minería eslovaca del cobre se alcanzó en la segunda década del siglo XVI. Buena parte de este metal, llegaba mediante una combinación de transporte por tierra, río y mar a Amberes, que durante un período del siglo XVI se convirtió en el principal mercado del cobre europeo. En el año 1546, los Fugger empezaron a abandonar su interés por la minería.[28] La plata procedente del Nuevo Mundo comenzaba a reducir la rentabilidad de la minería de la Europa central y oriental. El relevo de los Fugger fue tomado por otras casas financieras alemanas, los Paumgartner y los Manlich, pero, durante el siglo XVI, la minería siguió

28. Para un inventario de los intereses mineros de los Fugger, véase Ludwig Scheuermann, «Die Fugger als Montanindustrielle in Tirol und Kärnten», *Studien zur Fugger-Geschichte*, VIII (1929).

en declive, hasta que finalmente se paró en el transcurso de las guerras del siglo XVII.

La producción de la efímera minería de Bohemia y Eslovaquia permitió la construcción de unas cuantas ciudades atrayentes entre las montañas, pero contribuyó poco a la prosperidad de esas regiones. La mano de obra estaba explotada y los beneficios iban a parar a las arcas de los empresarios occidentales. No hay signos de que el poder adquisitivo del campesinado se viera estimulado hasta un grado significativo por el desarrollo de la minería. En resumen, la Europa oriental experimentó un corto período de prosperidad que fue superado por una intensa depresión, evidenciada en la decadencia de las ciudades y la reducción del campesinado a la servidumbre. Ni tan sólo el desarrollo minero de la baja Edad Media logró iluminar este cuadro sombrío que perduró hasta una época reciente.

Salarios y precios

Los precios a los que se venden los artículos en el mercado son el barómetro más fiable de las condiciones económicas de que disponemos. El trabajo es una mercancía, lo mismo que el grano o la lana, y su precio refleja también su abundancia en relación con la demanda. Por regla general, la opinión medieval en materias económicas consideraba como precio y salario justo aquellos a los que se había llegado como resultado de la libre competencia en el mercado. Todo intento de fijar un nivel aceptable para ambos tropezó con una fuerte oposición y sólo en casos de emergencia se intentó o toleró la intervención gubernamental. Bajo las condiciones medievales era difícil controlar los precios o los salarios. Las contadas veces que se intentó fue en épocas de crisis, debido a malas cosechas o a enfermedades epidémicas. Normalmente eran soluciones a corto plazo, y las condiciones tenderían a volver a su cauce normal en un período de tiempo relativamente corto. Sin embargo, parece que todos esos esfuerzos para regular la situación no tuvieron mucho éxito.

El precio del suelo fluctuaba lo mismo que cualquier otra mercancía. En realidad, como las principales mercancías eran productos del suelo, ambas categorías tendían a acompasarse armónicamente. Los factores contractuales e institucionales dificultaban, sin embargo, la adaptación rápida de los niveles de renta a los cambios en la de-

manda. A pesar de ello, sí que era posible variar el pago de las entradas que todo arrendatario debía satisfacer al tomar posesión de una tenencia. Los cambios en el nivel de esos pagos dan la medida de la escasez o abundancia relativa de tierras, pero, probablemente, iban tan retrasados que su validez como medida de las condiciones económicas es mínima.

Más útiles son las series de precios de los alimentos básicos: trigo, centeno y avena, así como otros productos relacionados con la agricultura, como malta, ganado y lana. La demanda de estos artículos, especialmente los cereales panificables, era muy poco elástica, de modo que las fluctuaciones de precios pueden considerarse, globalmente, como indicadores de las condiciones de abastecimiento. Por otra parte, la demanda de artículos de lujo y de otros productos manufacturados también era relativamente elástica. No eran indispensables. Si el precio se elevaba bruscamente, las ventas disminuían, y el nivel de precios se restablecía rápidamente.

El estudio de cualquier serie de precios correspondientes a alimentos de primera necesidad evidencia grandes fluctuaciones. Con toda probabilidad, en cualquier serie de precios se refleja un cierto número de factores, de los cuales los más importantes son:

1) Un cambio cíclico anual. Los precios de los productos agrícolas tendían a bajar después de la cosecha. El campesino, presionado por la falta de espacio para almacenar la cosecha o por la urgente necesidad de numerario, colocaba en el mercado parte de su excedente comercializable —a menudo una parte muy considerable—. Los precios tendían a subir durante el año, alcanzándose los niveles más altos en el período anterior a la siguiente cosecha.

2) Superpuesto a este ciclo anual, se sitúan las fluctuaciones menos regulares inducidas por la abundancia o la parvedad de la cosecha. En caso de mala cosecha, los precios de los granos seguían una escalada repentina, aunque de duración relativamente corta. En cierto grado, la situación se remediaba con la importación de granos de áreas distantes no afectadas por las malas cosechas, aunque el mercado medieval era poco flexible y no había que contar con tales correcciones. La situación se restablecía con las buenas cosechas, que inevitablemente seguían a las malas, emparejadas con la también inevitable pérdida de vidas humanas causadas por las crisis de hambre.

3) El otro grupo de factores que intervenían en el nivel de precios y salarios era la cantidad de moneda disponible, su calidad y la

rapidez con que circulaba. Siempre hubo escasez de dinero en la Europa medieval, así como largos períodos en los que las cecas reales no podían operar, debido a la poca existencia de plata (ver p. 135). Por otra parte, la reacuñación de monedas más antiguas y la emisión de moneda devaluada a gran escala, podía inundar el mercado de mala moneda, provocando la ascensión vertiginosa de los precios. Miskimin [29] ha demostrado que una subida muy brusca de los precios del grano en Francia, en el año 1360, que aparentemente tenía todas las características de una crisis producida por las malas cosechas, se debió, en realidad, a la actividad poco corriente de las cecas reales francesas. El brusco disparo de los precios del grano en Gante en las décadas de los 80 y los 90 del siglo xv se debió, ante todo, a la devaluación del cruzado flamenco ocurrida en esos años. Farmer ha demostrado [30] una relación parecida entre las oscilaciones de precios y la refundición de moneda en Inglaterra.

En la llamada fórmula de Fisher, el movimiento de los precios está relacionado con la cantidad de moneda, su rapidez de circulación y el volumen de las transacciones:

$$P = \frac{M \cdot V}{T}$$

En ella, *P* representa el precio; *M* la cantidad de moneda; *V*, la velocidad con que ésta circula, y *T*, el volumen de las transacciones. Todo aumento en el volumen de moneda en circulación, o en la velocidad con que pasaba de unas manos a otras, contribuiría al alza de los precios. El incremento en el volumen de los negocios, sin que aumentase paralelamente el volumen de la moneda en circulación, provocaría la caída de los precios. Teniendo en cuenta que las consideraciones de tipo monetario fueron un factor importante en la caída de los precios a finales de la Edad Media, éstas se habrían concretado en la reducción física de la moneda disponible y en la velocidad con que circulaba. Si ello fue así, la situación se corrigió a fines del siglo xv, incrementando la acuñación de plata. La emisión de monedas

29. Harry A. Miskimin, *Money, prices and foreign exchange in fourteenth century France*, Yale Studies in Economics, XV, 1963, pp. 67-68.

30. D. L. Farmer, «Some livestock price movements in thirteenth-century England», *EHR*, XXII (1969).

devaluadas producía el alza de los precios, puesto que el valor intrínseco de las piezas era menor. Es probable, a pesar de los argumentos de enfoque monetario aducidos por Kosminsky y otros, que la razón principal del descenso a largo plazo de los precios fue la disminución de la demanda que, a su vez, era el resultado de la caída demográfica. Hasta mediados del siglo XIV, los precios tendían a subir. La gran mortandad provocada por la peste negra y las sucesivas irrupciones de la epidemia provocaron la reducción de la demanda y la estabilización, o incluso el descenso, de los precios, aunque las dislocaciones provocadas por la propia situación de emergencia pudieron ocasionar alzas temporales.

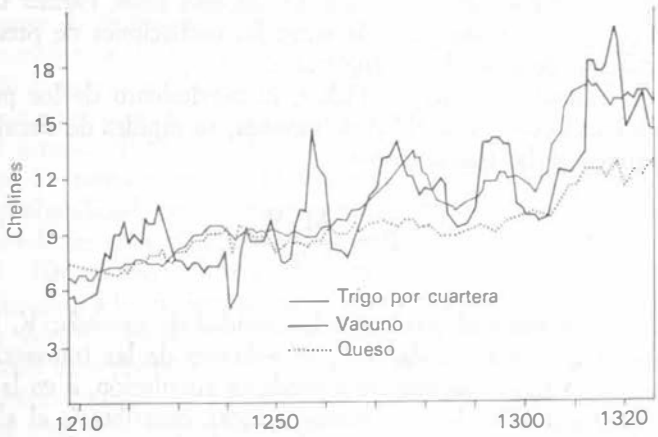


FIGURA 10.6

Precios del trigo, el vacuno y el queso en Inglaterra antes de la peste negra

FUENTE: M. M. Postan, *The Medieval economy and society*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1972, p. 242.

Los materiales para el estudio de los precios son más abundantes para Inglaterra que para la Europa continental. Por ello, puede ser interesante ilustrar la tendencia de los precios, con anterioridad a la peste negra, basándonos en el caso inglés. La figura 10.6 muestra los incrementos en el precio del trigo y del queso durante el siglo XIII

y comienzos del XIV. Como cabía esperar, las fluctuaciones eran mayores en el artículo en el que la demanda era menos elástica. Las graves crisis agrícolas de los años 1315-1317 se reflejan en los precios de los granos, los más altos de todo el período. Por su parte, los precios del queso sólo manifiestan oscilaciones poco importantes. Es interesante notar que los precios de los bueyes y del queso subieron durante el período de 1230-1253, cuando los precios del grano eran notablemente bajos. Acaso se pueda inferir que el bajo precio del cereal permitía disponer de más dinero para la compra de carne y queso, provocando la consiguiente subida de los precios de estos artículos.

Este fenómeno se hizo más evidente después de la peste negra, cuando, durante casi un siglo y medio, los precios de los cereales panificables se mantuvieron estables o cayeron. Al mismo tiempo, los salarios se incrementaron debido a la escasez de fuerza de trabajo, y la demanda de carne y de otros productos de origen animal, así como de bienes de consumo, se incrementó considerablemente. La tendencia de los precios no empezó a cambiar hasta fines del siglo XV. Los precios de los granos dejaron de descender y, a partir del período de 1465-1475, comenzaron a subir en la mayor parte de Europa. La explicación más sencilla es, por supuesto, que el incremento demográfico provocó el aumento de la demanda —y con ello el de los precios— de los cereales panificables, reduciendo así el poder adquisitivo para la compra de otros productos.

Las series de precios son menos frecuentes y menos completas para la Europa continental que para Inglaterra. No existe un cuerpo de datos que se pueda comparar a la ingente recopilación que realizó Thorold Rogers. Las tablas que para Francia realizara D'Avenal no son ni tan completas ni tan fiables; para los demás lugares, la carencia de series de precios es casi total. Los gráficos que aparecen en las figuras 10.7 y 10.8 muestran de manera muy general las tendencias de los precios de granos en Gante y Cracovia. La suavidad de la última gráfica oculta las enormes fluctuaciones ocasionadas por los azotes climatológicos y bélicos.

El giro alcista que aparece en las gráficas en los últimos años del siglo XIV forma parte de la revolución de los precios del siglo XVI, que, como es bien sabido, se atribuye a la influencia de la plata del Nuevo Mundo. Sin embargo, ésta no fue un factor de importancia hasta el segundo cuarto del siglo. Vino precedida por el aumento de

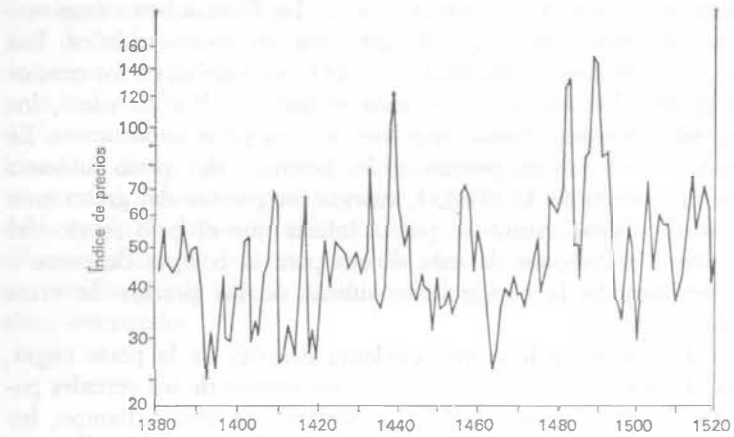


FIGURA 10.7

Precios del trigo en Gante

FUENTE: R. Van Uytven, *op. cit.*

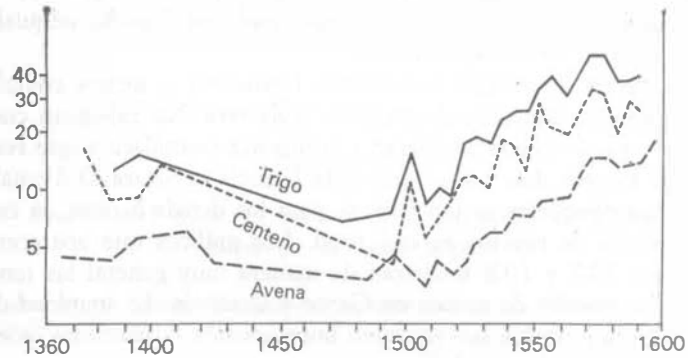


FIGURA 10.8

Precios de cereales en Cracovia

FUENTE: J. Pelc, *Ceny w Krakowie w Latach 1369-1600*, Badania Ch. Dziejów Spolecznych i Gospodarczych, n.° 14, Lwow, 1935; 2.ª parte, p. 151.

la producción de las minas de la Europa central. Pero no hay que responsabilizar totalmente del aumento de precios a las variaciones en el volumen de moneda. Las diferentes categorías de artículos se vieron afectadas de diferente modo, siendo los productos agrícolas los que sufrieron una mayor elevación. Sin contar con otros factores, el aumento de la población, por sí sólo, ya hubiese provocado el aumento de precios en los alimentos. De hecho, muchos otros factores influyeron en los precios. Cipolla ha indicado [31] que en Italia el incremento de la actividad constructora de mediados del siglo XVI provocó el alza de los precios, debido a que la ingente cantidad de dinero que entraba en circulación, en forma de salarios, no venía seguida del aumento de la producción de artículos adquiribles. Además, el dinero debió de circular más rápidamente; y así debió de suceder, puesto que las tiendas en las que se realizaban las transacciones, abiertas permanentemente, con la excepción de las fiestas religiosas, reemplazaron a los mercados y ferias periódicas. Sin embargo, ninguno de estos factores puede explicar por sí solo la brusca y desigual alza de precios, que comenzó a fines del siglo XV, se intensificó a mediados del XVI y concluyó a principios del XVII. No se puede eludir el hecho de que la cantidad de moneda en circulación experimentó un enorme aumento y que ésta fue la principal causa de la «revolución de los precios».

Los cambios ocurridos en el nivel de los salarios son difíciles de interpretar, aunque sólo sea porque no sabemos hasta qué punto el salario se complementaba con otras fuentes de ingresos, como por ejemplo la artesanía doméstica. Es posible que los salarios aumentasen muy lentamente durante el período anterior a la peste negra, pero, como los precios aumentaron bruscamente, los ingresos reales descendieron. Por lo que sabemos con respecto a Inglaterra, los salarios aumentaron considerablemente durante las dos décadas siguientes a la peste negra, como reflejo de la escasez de mano de obra. Luego se nivelaron y, durante el siglo XV, las oscilaciones fueron suaves. Dado que los precios de los alimentos tendieron a bajar, los ingresos reales se incrementaron considerablemente. La figura 10.9 muestra los ingresos *reales* de un artesano a partir de finales del siglo XIII; desde el siglo XIV hasta el año 1500 el crecimiento fue sostenido, para después

31. C. M. Cipolla, «La prétendue révolution des prix», *AnnESC*, X (1955), páginas 513-516.

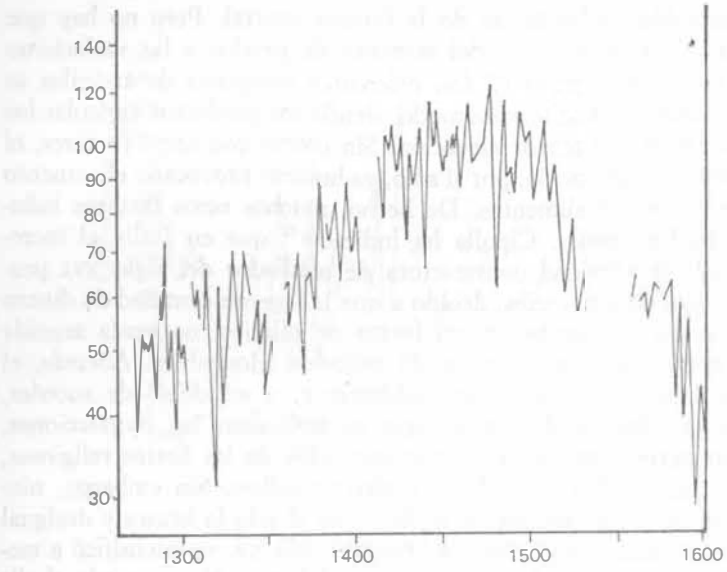


FIGURA 10.9

Ingresos reales de un artesano de la construcción expresados mediante la cantidad de artículos de consumo

caer bruscamente.[32] Sin embargo, no todo el campesinado inglés se benefició de unos ingresos monetarios fijos y, seguramente, sólo un sector muy reducido pudo sacar ventaja del movimiento opuesto de salarios y precios.

En la Europa continental la proporción de la mano de obra rural, que se beneficiaba de un salario fijo en dinero, era más reducida que en Inglaterra. En Francia, por lo común, los viñedos se trabajaban con mano de obra asalariada, cuyas retribuciones eran habitualmente bajas y estables.[33] Otro tanto podría decirse de los salarios de los artesanos urbanos. En Francia las tasas salariales se mantuvieron de-

32. E. H. Phelps Brown y Sheila V. Hopkins, «Seven centuries of the prices of consumables compared with builders' wage-rates», *Economica*, nueva serie, XXIII (1956), pp. 296-314.

33. E. Perroy, «Wage labour in France in the later Middle Ages», *EHR*, VIII (1955-1956), pp. 232-239.

primidas durante toda la baja Edad Media. En Alemania, por su parte, la tendencia era similar a la de Inglaterra, con tasas salariales tendiendo al alza, hasta los años finales del siglo XV, para después caer.

¿Depresión del Renacimiento?

Una de las controversias historiográficas más intensas de los últimos años se ha referido al nivel de actividad económica en el período que transcurre desde la irrupción de la peste negra hasta el año 1500. La opinión más antigua parece haber sido que el nivel de creatividad demostrado por los pintores, escultores y arquitectos del Renacimiento, debía de haber ido apoyado en un nivel de actividad económica paralelo; en pocas palabras, que para hacer posible la expresión artística se requerían grandes beneficios. Esta opinión ha cedido el paso a la opuesta, apoyada en las escasas estadísticas disponibles, de que el último siglo y medio de la Edad Media se caracterizaron por una producción menguante, un nivel de vida deprimido y un malestar generalizado. La controversia sigue en pie, aunque probablemente la realidad, mucho más sencilla de lo que estas dos interpretaciones extremas parecen sugerir, se encuentra en una posición intermedia.

La interpretación tradicional afirma que la explosión artística debió ocurrir en un momento de gran actividad económica; los artistas estarían bien remunerados y el patronazgo se ejercería generosamente. Es cierto que la culminación del estilo gótico coincidió con un siglo XIII expansivo, pero no puede inferirse a partir de ahí que exista una correlación entre la actividad artística y el nivel nacional de ingresos. Según palabras de Lopez «no hay acumulación de riquezas ni pobreza tan miserable que automáticamente pueda garantizar o impedir la expresión artística».[34] La argumentación es concluyente y, por lo tanto, podemos rechazar la idea de la expresión artística basada en una economía próspera de la sociedad en que se produce. De ahí no se sigue que sea verdad lo contrario, que el gran arte surja de la catástrofe y de las dificultades, aunque no hay duda de que el impacto emocional de una época de crisis puede tener unos efectos

34. Robert S. Lopez, «Hard times and investment in culture», *The Renaissance: A Symposium*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 1953.

creativos inmensos. La respuesta a la cuestión de cuál era el estado de la economía durante el Renacimiento no puede hallarse en el arte del período. Lo más que podemos sonsacar es el estado de ánimo y, como se ha dicho a menudo no era muy exuberante ni vitalista. El hombre del Renacimiento vivió bajo el terror combinado de la peste y la guerra. La devastación que estas dos calamidades provocaron se ha subrayado ya repetidamente a lo largo de este libro. Sería sorprendente que las actitudes humanas no se hubiesen visto influidas por ello. «Al concluir la Edad Media —escribió Huizinga—, una melancolía sombría pesaba en los ánimos de la gente. Tanto si leemos una crónica, como un poema, un sermón o un documento legal, la lectura de todos ellos nos produce una inmensa impresión de tristeza.»[35] Sin embargo, no podemos sostener la existencia de unas condiciones económicas deprimidas basándonos en la tristeza y desesperación de un predicador, como tampoco de una economía expansiva a partir de las pinturas de un Giotto y de la Escuela sienesa.

Las condiciones económicas deprimidas implican la contracción de la producción total y, por tanto, del comercio y del consumo. La población se redujo drásticamente en el siglo XIV y la demanda cayó bruscamente. Las consecuencias que esto tuvo sobre la agricultura y la manufactura ya se han descrito (pp. 514-519). Lo que importa no es saber si la producción total cayó bruscamente durante el siglo siguiente a la peste negra —lo que es incuestionable— sino si esta caída fue mayor o menor que la de la población. En otras palabras, necesitamos saber qué cambios ocurrieron en el producto bruto *per capita.*

Este coeficiente, que ya se calcula con dificultad para la Edad Moderna, es imposible precisarlo para la Edad Media. En realidad, es esta escasez de estadísticas lo que ha dado lugar a que la controversia sobre la economía del Renacimiento quedase sin resolver durante tanto tiempo. Los que abogan por la tristeza y la desesperación se apoyan en unas cuantas series estadísticas, los datos sobre los precios y el hecho de que el número de los que estaban exentos del pago de impuestos por ser demasiado pobres, parece haberse incrementado. Pero en todos estos cambios, la contracción demográfica es un factor de suma importancia. Finalmente, la cuestión se plantea en estos términos: ¿fue la contracción de la producción y el volumen de

35. J. Huizinga, *The waning of the Middle Ages*, 1954, p. 31.

servicios realizados superior a lo que puede explicarse en virtud de la sola disminución de la población? La respuesta es que no lo sabemos.

El desnivel de desarrollo —o de recesión— de las distintas regiones de Europa ya se ha subrayado anteriormente en este mismo capítulo y, por lo general, no es objeto de discusión. Los partidarios de la depresión renacentista admiten que, por ejemplo, la manufactura y exportación de los paños ingleses se incrementó durante el período; que la pañería brabanzona se expansionó, que se extendió hacia el norte, hacia lo que hoy son los Países Bajos, y que hubo signos de prosperidad local en diversas regiones de Europa. Lo que sostienen es que el «rápido progreso experimentado por unas cuantas naciones jóvenes no sería suficiente para compensar la decadencia de los antiguos gigantes económicos».[36] El artículo del que se ha extraído esta cita evocaba una arrebatadora réplica de Cipolla. Éste objetaba que la economía del siglo xv era «aún flexible y dinámica»; que se estaba llevando a cabo «la reforma de la división internacional del trabajo», y que lo más que podemos decir es que «en algunas áreas la producción lanera estaba en decadencia mientras que en otras se expandía, y ... es razonable suponer que ambas situaciones estaban relacionadas íntimamente».[37]

Muchos otros participan de esta opinión. Según Waley «una historia de prosperidad puede escribirse junto a cada historia de decadencia, y no se tiene la información adecuada para calibrar la una en oposición a la otra».[38] La opinión contrapuesta la expresaría Bridbury, haciendo referencia, hay que añadir, a Inglaterra. La baja Edad Media —aseguraba— «fue un período de un empuje tremendo, no sólo constitucionalmente, sino también en lo referente a asuntos sociales y económicos».[39] El historiador económico ruso Kosminsky, consideraba que la economía del siglo xv estaba en expansión, como resultado de la pérdida de importancia de las rentas feudales y por su sustitución por una economía monetaria. Lo que sucedió en los Países Bajos, que tan a menudo se cita como prueba de la decaden-

36. R. S. Lopez y H. A. Miskimin, «The economic depression of the Renaissance», *EHR*, XIV (1962) pp. 408-426.

37. Carlo M. Cipolla, «Economic depression of the Renaissance», *EHR*, XVI (1963-1964), pp. 519-524.

38. Daniel Waley, *Later Medieval Europe*, Longmans, Londres, 1964, p. 108.

39. A. R. Bridbury, *Economic growth: England in the later Middle Ages*, Allen and Unwin, Londres, 1962.

cia económica, fue, según él, «el desplazamiento de la producción a otra región económica».[40]

Ambas interpretaciones de la economía del Renacimiento se basan en un cuerpo de evidencias muy limitado. Es imposible elegir una u otra porque, estadísticamente hablando, carecemos de base para opinar acerca del comportamiento de la economía europea en su conjunto. Sin duda alguna, el período de crecimiento había concluido a principios del siglo XIV. Podemos estar de acuerdo con Cipolla en que se estaban realizando transformaciones profundas en la división internacional del trabajo y, quizá, también podríamos añadir que, con la excepción de la manufactura de paños inglesa y, a finales del siglo XV, las actividades mineras de la Europa central, en ninguna parte se producía una expansión espectacular. A decir verdad, en una época tan ensombrecida por la peste y la guerra como lo fue el final de la Edad Media, nadie esperaría hallar señales de un crecimiento económico intenso ni amplio. La escala de inversión de capital, que con casi absoluta seguridad ya era bastante reducida durante el período de expansión anterior, sería aún menor durante el siglo y medio con que se cerraba la Edad Media, cuando los impuestos absorbían una enorme proporción de los ingresos habituales. Los enormes costos financieros y sociales de la actividad bélica constituyeron un enorme freno, especialmente en Francia, que seguramente fue la que sufrió los efectos de un modo más catastrófico en toda Europa. La destrucción sistemática de los bienes de capital parece que fue —por lo menos a nivel local, como en el caso de Borgoña [41] y de Gascuña [42]— mucho más intensa de lo que la sociedad podía sobrellevar. Inevitablemente, la depresión económica se cebó en esas regiones, y al reducirse la demanda de productos del exterior de esas áreas, la depresión se extendió. Algunas de esas regiones, como, por ejemplo, ciertas zonas de Gascuña, que fueron devastadas en el transcurso de la guerra de los Cien Años, hasta poco antes de la guerra habían sido mercados de cierta importancia para los paños del norte de Francia. Debió producirse la interrupción, y no sólo la desaceleración, del crecimiento

40. E. A. Kosminsky, «Peut-on considérer le XIV^e^ et le XV^e^ siècles comme l'époque de la décadence de l'économie européenne?», *Stud On Armando Sapori*, Milán, 1957, vol. 1, pp. 537-569.

41. Joseph Garnier, *La recherche des feux en Bourgogne aux XIV^e^ et XV^e^ siècles*, Dijon, 1876.

42. Robert Boutruche, *La crise d'une société: seigneurs et paysans du Bordelais pendant la Guerre de Cent Ans*, París, 1947, pp. 423-429.

económico en muchas otras partes de Europa, que también fueron gravemente afectadas por la guerra. Con todo «nunca llegó a producirse la quiebra total del sistema de interdependencia comercial ... la especialización local aún podía conseguir nuevos logros».[43]

La depresión del Renacimiento no fue sólo un fenómeno de ámbito local o regional. Afectó a algunos sectores de todas las sociedades. Ya hemos visto que, en algunas zonas, el campesino suficientemente afortunado como para mantener su tenencia, por la que sólo debía de pagar una renta fija y baja, seguramente pudo vivir de un modo más confortable de lo que habían vivido sus antepasados. Un reducido sector pudo ir añadiendo parcela a parcela, llegando a poseer una tenencia de dimensiones considerables. En este proceso, fueron desposeyendo a muchos campesinos humildes de sus herencias. La tendencia general fue la de ir desapareciendo las capas medias de la sociedad medieval; los ricos se hicieron aún más ricos y los pobres cada vez más pobres y numerosos. Ésta es, como los historiadores marxistas han señalado repetidamente, una característica de la sociedad capitalista, que en aquellos años comenzó a reemplazar a la estructurada sociedad feudal.

43. Waley, *op. cit.*, p. 113.

ÍNDICE

Prólogo 7

Capítulo 1. — *El bajo Imperio romano* 9

Las fronteras 12
La población 13
La tierra y las condiciones rurales 18
Las ciudades 30
Manufactura y comercio 37
Los avatares económicos del bajo Imperio 45

Capítulo 2. — *La alta Edad Media* 52

Las invasiones del siglo v 52
Villa y señorío 58
Las ciudades 80
Comercio y manufactura 86
El Imperio bizantino 97
Las invasiones del siglo ix 101

Capítulo 3. — *La expansión de la economía medieval* . . 108

Índices del crecimiento económico 110
El sistema de Estados europeo 111
Crecimiento demográfico 114
Expansión de la agricultura 115

Crecimiento del comercio 116
La urbanización de Europa 119
Resurgimiento económico en Italia 122
El crecimiento económico en la Europa noroccidental . 125
Características del crecimiento económico . . . 128
El sistema monetario medieval 134
Monedas de cuenta 140
Conclusión 143

Capítulo 4. — *La población de la Europa medieval* . . 145

Fuentes para la historia de la población 145
Natalidad y mortalidad en la Europa medieval . . . 151
La familia medieval 164
Historia demográfica 169
La alta Edad Media 169
El período de crecimiento demográfico 170
La baja Edad Media 177
Cálculos de población 185

Capítulo 5. — *Agricultura y vida rural* 192

Asentamiento humano 193
La frontera interna 194
La frontera externa 204
Asentamientos rurales 210
La contracción bajomedieval 215
La economía rural 218
Las cosechas 222
El cultivo del suelo 227
Viticultura 235
Ganadería 237
La reserva señorial 243
Valor del suelo y precio de los granos 252
La baja Edad Media 255

Capítulo 6. — *El desarrollo de la ciudad medieval* . . . 261

La revolución urbana 263
El Mediterráneo: región de continuidad urbana . . 271
El resurgimiento urbano en la Europa noroccidental . 278
Ciudades nuevas del siglo XII 282
El desarrollo urbano en la Europa central . . . 285
Las ciudades de nueva planta de la baja Edad Media . 296
Tamaño y función de la ciudad medieval 296
Dimensiones de la ciudad medieval 299
Ciudades gigantes 301
Ciudades muy grandes 302
Ciudades grandes 303
Ciudades medianas y pequeñas 305
Migración urbana 312
Abastecimiento alimenticio de las ciudades . . . 314
Finanzas urbanas 318
El marco urbano 320

Capítulo 7. — *La manufactura medieval* 327

La manufactura rural y la urbana 330
La organización de la manufactura medieval . . . 335
La corporación de los mercaderes 336
Las corporaciones de artesanos 339
Papel económico de las corporaciones 348
Las ramas de la manufactura medieval 351
La industria de la lana 351
Las regiones pañeras 357
La industria pañera de Flandes 358
La industria pañera italiana 362
Los tejidos de algodón y los fustanes italianos . . 365
La manufactura alemana de lienzo y «barchent» . 367
La industria sedera 371
Los curtidos y las industrias del cuero 373
La metalurgia y las industrias extractivas . . . 373
La industria de la construcción 390
La manufactura en la economía medieval 393

Capítulo 8. — *El comercio en la Edad Media* 394

El comercio medieval primitivo 394
El Mediterráneo 397
El norte vikingo 400
Los mercaderes 404
Ferias y mercados 412
El sistema comercial 420
Italia 421
El Mediterráneo occidental 427
Los Países Bajos 433
La Liga Hanseática 440
El transporte terrestre y fluvial 448
Los artículos del comercio medieval 456
El comercio de especias 457
El comercio de granos 457
El comercio del vino 460
El comercio de la sal 462
El comercio de la lana 462
El comercio de los paños 463
El comercio de los metales 465

Capítulo 9. — *La revolución comercial* 468

Crédito y usura 470
La banca medieval 475
La letra de cambio 481
Organización comercial 487
La contabilidad medieval 490
La legislación mercantil 492
El dinero medieval 494
La intervención del gobierno 498
Política de abundancia 504
Política de poder 507

Capítulo 10. — *La etapa final de la Edad Media* . . . 510

Consecuencias económicas de la peste negra . . . 512
Producción manufacturera 519
Los Países Bajos. 529
Italia a finales de la Edad Media 535
Florencia 538
Venecia 540
Génova 543
La llanura septentrional 545
La Europa oriental 546
Salarios y precios 551
¿Depresión del Renacimiento? 559

Abreviaturas 564
Bibliografía 567
Índice de figuras. 594
Índice alfabético 597

LOS CONTENIDOS DE ESTE LIBRO PUEDEN SER
REPRODUCIDOS EN TODO O EN PARTE, SIEMPRE
Y CUANDO SE CITE LA FUENTE Y SE HAGA CON
FINES ACADÉMICOS Y NO COMERCIALES